RICARDO ÁLVAREZ



Hasta que nos AMAMOS

Hasta que nos AMAMOS

RICARDO ÁLVAREZ

Copyright © 2024 Ricardo Álvarez

Diseño de cubierta: Mari Luz Montes

ISBN: 9798324758363

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, no autorizada por el autor, viola los derechos reservados y las leyes sobre la propiedad intelectual. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

Tabla de contenido

Introducción
- **HASTA QUE TE ODIÉ**
- **MIENTRAS ME OLVIDAS**

Parte I. Insufrible
- **CAPÍTULO1**
- **CAPÍTULO2**
- **CAPÍTULO3**
- **CAPÍTULO4**
- **CAPÍTULO5**
- **CAPÍTULO6**
- **CAPÍTULO7**
- **CAPÍTULO8**
- **CAPÍTULO9**
- **CAPÍTULO10**
- **CAPÍTULO11**
- **CAPÍTULO12**
- **CAPÍTULO13**
- **CAPÍTULO14**
- **CAPÍTULO15**

Parte II. Imposible no amarte
- **CAPÍTULO16**
- **CAPÍTULO17**
- **CAPÍTULO18**
- **CAPÍTULO19**
- **CAPÍTULO20**
- **CAPÍTULO21**
- **CAPÍTULO22**
- **CAPÍTULO23**
- **CAPÍTULO24**
- **CAPÍTULO25**
- **CAPÍTULO26**
- **CAPÍTULO27**
- **CAPÍTULO28**
- **CAPÍTULO29**
- **CAPÍTULO30**

CAPÍTULO31
CAPÍTULO32
CAPÍTULO33

Parte III. Hasta que te odié
CAPÍTULO34
CAPÍTULO35
CAPÍTULO36
CAPÍTULO37
CAPÍTULO38
CAPÍTULO39
CAPÍTULO40
CAPÍTULO41
CAPÍTULO42
CAPÍTULO43
CAPÍTULO44
CAPÍTULO45
CAPÍTULO46
CAPÍTULO47
CAPÍTULO48
CAPÍTULO49
CAPÍTULO50
CAPÍTULO51
CAPÍTULO52
CAPÍTULO53

PARTE IV. Mientras me olvidas
CAPÍTULO54
CAPÍTULO55
CAPÍTULO56
CAPÍTULO57
CAPÍTULO58
CAPÍTULO59
CAPÍTULO60
CAPÍTULO61
CAPÍTULO62
CAPÍTULO63
CAPÍTULO64
CAPÍTULO65
CAPÍTULO66
CAPÍTULO67
CAPÍTULO68
CAPÍTULO69
CAPÍTULO70
CAPÍTULO71
CAPÍTULO72

EL FINAL DE SARA
LO QUE DESEÁBAMOS ESCRIBIR
ESTHÉRIDES

EL FINAL DE TRISTÁN
LO QUE NUNCA QUISE ESCRIBIR
FIN
LA CARTA

Introducción

HASTA QUE TE **ODIÉ**

Me habías enseñado a amarte para dejarme. Te odio

Sara

Nunca pensé que podría odiar tanto a alguien por quien daría mi vida. Pero sí, te odio.

Tus ojos se cubrieron de lágrimas, aunque permanecías inmóvil en un silencio sepulcral que espesaba el aire.

Tus palabras decían una cosa. Tus ojos, otra. Y prefería creerlos a ellos.

—Si no me quieres, sé valiente. Asume tus errores y dímelo. ¡Joder! —chillé—. ¿Por qué no reaccionas? Dime que no me quieres.

—No te quiero.

Ahí se paró el tiempo.

Me derrumbaba. Y no estabas para salvarme. No esa vez. Deseaba salvarte yo, tomarte de la mano y huir del mundo, aunque en tu dolor percibí que nunca más sentiría el roce de tu piel.

No entendía nada. ¿Cómo iba a creer que me querías si me acababas de romper el alma y de partir mi vida en dos?

Solo deseaba huir de allí, escapar del hachazo que habías dado en el centro de mi existencia, como si al doblar la esquina pudiera recomponer los trocitos de mi alma.

Al perderte de vista, tuve que detenerme porque no tenía fuerzas y el llanto me ahogaba. Me apoyé en la pared y traté de tomar aire, aunque el sollozo me provocaba unos espasmos en mi pecho que me impedían respirar.

Empezó a llover, o eso creo; quizás solo eran mis lágrimas las que me hacen tener el recuerdo de estar empapada.

El rechinar de las ruedas de tu coche contra el asfalto se escuchó como banda sonora de mi desesperación. Ya no había vuelta atrás. Seguía sin comprender qué había pasado; solo sabía que no quería perderte. Y te habías ido.

No sabía por qué te alejabas de mí. Por mucho que repasara los días anteriores en busca de una pista que me ayudara a entender por qué me habías abandonado sabía que yo no era el problema.

Todavía no había asimilado que estábamos juntos y ya tenía que acostumbrarme a vivir sin ti. Me habías enseñado a amarte para dejarme. Te odio.

MIENTRAS ME **OLVIDAS**

Tenía que elegir entre romperte el corazón o partirte la vida

Tristán

Estoy tratando de vivir mientras te olvido, pero se me da fatal no pensar en ti.

Me pregunto cuánto tiempo te llevó a ti olvidarme. Yo no he pasado ni un solo día sin sentir el vacío constante que me provoca tu ausencia. Cada vez que te veo por televisión, un nudo me atenaza el pecho. A veces imagino que voy hasta los estudios para esperarte a la puerta y abrazarnos en cuanto salgas, como si todos estos años no hubieran pasado.

—¿Hace unas horas me estabas jurando amor eterno y ahora me estás dejando? ¿Es eso?

Las lágrimas se agolpaban en mis ojos y luchaba para que no resbalaran por mis mejillas.

Has triunfado en el periodismo y la literatura, mientras mi único logro es estar aquí, con la vista fija en el televisor para recordar que la vida pudo tener sentido.

Tuve que ser fuerte por los dos. Sabía que te ibas a venir conmigo y destruir tu futuro. No podía consentirlo. Tenía que elegir entre romperte el corazón o partirte la vida.

—Lo del fin de semana ha sido un error —logré decir, rogando que no percibieras que todo mi mundo se desmoronaba.

—¡Dímelo! ¡Atrévete a decírmelo! —No podía hablar. En cuanto tratara de articular palabra rompería a llorar—. Si no me quieres, sé valiente. Asume tus errores y dímelo. ¡Joder! ¿Por qué no dices nada? Dime que no me quieres.

—No te quiero.

Por un momento reinó el silencio, un silencio sepulcral de los que parecen detener el tiempo.

¿Me arrepentí de haberte dejado? Cada día. Si volviera atrás, ¿lo haría de nuevo? Un millón de veces.

Y así se me escapa la vida, mientras me olvidas.

Parte I. Insufrible

CAPÍTULO**1**

¡Cómo me gustaría mirarte a los ojos para transmitirte todo el amor que iba a sentir por ti!

Tristán

Silvia insistía en quedar contigo, su mejor amiga, su «hermana». Yo trataba de evitarlo; por lo que sabía de ti, me daba la sensación de que eras una pija insufrible. No tengo nada contra los pijos (muchos de mis amigos lo son), pero sí contra los insufribles.

Sin embargo, cuando llevaba ya tres meses saliendo con Silvia, tú empezaste a salir con mi mejor amigo, Jon, así que se hizo inevitable el encuentro.

—¿Estás mejor? —me preguntó Silvia mientras ella conducía de camino al restaurante en el que habíamos quedado con vosotros—. Si no estás de humor, les doy alguna excusa y nos vamos a casa.

—Tranquila. Supongo que me vendrá bien salir un rato. Además, hoy el día ya lo tengo jodido. Mejor quedar con ellos hoy que fastidiar otro día.

—No sé por qué le tienes esa inquina a Sara, si aún no la conoces.

—Lo suficiente. Por cierto… ¿qué tienes aquí?

Le pasé el dedo por sus labios.

—¿Qué tengo? —preguntó mientras trataba de limpiarse.

—Unos labios espectaculares.

Me acerqué y la besé.

La luz del sol que se ocultaba tras las montañas aún alumbraba con la suficiente fuerza para traspasar el cristal del coche y acariciar con suavidad su rostro color chocolate. Estaba preciosa con el pelo rizoso alborotado cayéndole hacia un lado y otro.

—¡Qué tonto eres! Pues a mí —respondió mientras me besaba— tus labios finos me parecen muy sensuales.

—¿Ah, sí?

—Y me encantan esos hoyuelos que se te dibujan con esa sonrisita picarona que me pones.

—Mejor nos vamos a tu casa -sugerí.

Silvia aparcó frente al restaurante y, al ver cómo nos saludabais a desde la puerta, me arrepentí de haber ido.

—Les dijiste que buscaran un sitio con opciones para veganos, ¿no? -pregunté.

—Sí, sí. Hablé con Sara y dijo que ella se encargaba.

—No sé, *Casa Remigio* suena a moho. No tiene mucha pinta de haber muchas opciones.

—Sí, seguro que sí —susurró mientras me acariciaba el brazo—. Y no te preocupes: encargándose Sara, te digo yo que se habrá asegurado de que haya mucho donde elegir, cotejará opiniones para cerciorarse de que tengan buenos platos y hasta habrá visitado el restaurante para comprobar que es agradable.

—Genial. Con el día que llevo, lo que menos me apetece es cenar una triste ensalada de lechuga, tomate y cebolla.

—Además, me dijo que tenías que explicarle bien eso del veganismo, que ella solo sabía

que era una moda de gente como elitista.

Me subió tal nervio por todo el cuerpo que tuve que contenerme para no irme en ese mismo instante. Nunca he pedido a nadie que se interesara por el veganismo ni he criticado que no se entendieran mis motivaciones, pero ese menosprecio que muchas personas demostraban hacia el veganismo no lo podía soportar. Y, obviamente, lo que menos me apetecía era cenar con alguien que pensara así.

—No, hombre. Lo que quiso decir es que no entiende bien el veganismo y que la visión que se tiene, en general, es esa.

—Ya.

—Oye, no te enfades —susurró con suavidad mientras me sujetaba el brazo—. Para mí es importante que os llevéis bien.

—Lo intentaré.

Me arrastré con desgana hasta la puerta del restaurante, donde nos esperabais.

—Esta es Sara —nos presentó Silvia.

Apenas miré hacia ti. El pelo castaño claro, casi rubio, te caía con gracia, con ondulaciones en la parte inferior, sobre los tirantes de tu vestido azul de falda por encima de la rodilla. Cuando estuvimos frente a frente, quedé a la altura de tus ojos, demasiado claros para decir que eran marrones y demasiado oscuros para asegurar que fuesen verdes. Pero no, apenas te miré.

Me cuesta reconocerte en aquella extraña a la que estaba a punto de empezar a conocer, en aquella pijita insufrible que mi cabeza me decía que eras. ¡Cómo quisiera volver a ese momento! ¡Cómo me gustaría mirarte a los ojos para transmitirte todo el amor que iba a sentir por ti!

—¡Hola! —saludaste—. Tenía muchas ganas de conocerte.

Me sonreíste con alegría, pero a mí ya me caías mal. ¡Quería que me cayeras mal! No obstante, ¡tenías esa sonrisa tan dulce! Esa puñetera sonrisa deliciosa tuya.

—Ya —respondí—. Yo también me alegro.

Mi tono sonaba más sarcástico de lo que pretendía.

Te acercaste para darme dos besos. Siempre recordaré el olor que me embriagó, esa fragancia que me transportaba al frescor de las tardes del final de la primavera en las que salía a recoger arándanos con mi madre. No atesoro demasiados recuerdos buenos de mi infancia y aquel quedó ineludiblemente unido a ti.

CAPÍTULO2

Si supiera lo que nos iba a deparar la vida, no hubiera perdido ni un minuto

Sara

—Estás muy guapo —le dije a Jon cuando estábamos llegando a la puerta del restaurante en el que habíamos quedado con vosotros.

Con su porte alto, fuerte y elegante le quedaba bien todo, la verdad. Cada mechón de su pelo rubio parecía caer en el sitio exacto, mientras que sus rasgos fuertes contrastaban con la expresividad de sus ojos verdes. Aunque su aspecto era innegablemente atractivo (estaba muy bueno, vamos), eran su personalidad amable y su sonrisa sincera y constante lo que me habían cautivado de él.

—Tú también estás muy guapa. Me encanta tu peinado. —Me acarició las ondulaciones del pelo que caían sobre mis hombros—. ¿Te has hecho algo? Tienes el pelo más claro.

—Es del sol.

Me recoloqué el vestido. ¡Joder, con lo cómoda que estaba yo siempre de vaquero! El tejido del vestido parecía liso, pero algo tenía en la zona de los tirantes que no dejaba de incordiarme. Y me picaba. No es que fuera a morirme de aquella, pero no era precisamente lo que necesitaba para sentirme cómoda.

—Te queda muy bien.

Se acercó a mí y me besó.

—¿*Casa Remigio*? -pregunté al llegar al restaurante-. ¿En serio aquí hay opciones veganas?

—Sí, tranquila, algo habrá.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Joder, Jon, te lo pedí a ti porque eres su amigo y sabes mejor qué sitios le pueden gustar. Y esto parece una residencia de ancianos más que un restaurante.

—Tranquila. A Tristán le vale cualquier cosa.

—Eso espero. Ya le he comentado a Silvia que quiero que Tristán me explique algo sobre el veganismo, porque yo no tengo ni idea del tema. Los medios de comunicación, las pocas veces que hablan del veganismo, lo muestran el veganismo como una moda de gente elitista.

Os vimos aparcar el coche y venir hacia nosotros. Yo iba predispuesta a que me cayeras bien, todo hay que decirlo. En cierta medida, ya te había tomado algo de cariño por cómo hablaba Silvia de ti. Siempre comentaba que la apoyabas de tal manera que sentía cómo había crecido su autoestima desde que estaba contigo. Sin embargo, estuve a punto de cambiar mi opinión cuando te conocí.

Silvia no mentía: me pareciste muy atractivo. Me tuve que colocar el tirante izquierdo que, no contento con provocarme aquel escozor permanente, no se quedaba quieto sobre mi hombro. No serías lo que suele salir en las películas como el típico tío bueno. No eras demasiado alto, ni fuerte, pero tenías unos rasgos llamativos y un rollo que te hacía diferente. Vestías con unos tejanos desgastados y rotos, unas bambas blancas y una cazadora *navy* con capucha que caía con desenfado desde los hombros hasta un poco por debajo de la cintura.

Tu pelo moreno estaba desordenado. Mientras unos pelos se dejaban caer hacia delante, otros se tiraban hacia la derecha y otros, en medio de aquella maraña, se quedaban en su sitio. Solo personas muy seguras de sí mismas se atreven a llevar ese estilo… diferente.

Cuando te acercaste y nos iban a presentar, me llamaron la atención tus ojos. Eran de color

miel, y no destacarían si no fuera por esa mirada profunda y chispeante.

Si supiera lo que nos iba a deparar la vida no hubiera perdido ni un minuto: hubiera corrido hacia ti y me hubiera lanzado a tus brazos. «Olvídate de Silvia y olvídate de Jon. Estamos hechos el uno para el otro», te hubiera dicho. Oye, como presentación no hubiera estado nada mal, ¿no crees?

Al entrar al restaurante confirmé que era un sitio demasiado serio. A la izquierda, una barra de madera imponente que parecía tallada a mano, con detalles delicados y barnizados cuidadosamente, dotaban de una personalidad clásica y refinada al local.

Al final de la barra nos esperaba el metre, un hombre de cierta edad, alto, espigado (ceniciento, diría yo), quien nos acompañó a la mesa. El comedor tenía unas veinte mesas redondas (sé que eran veintitrés, pero prefiero que no parezca que tengo una obsesión por contar cosas). Los manteles de tela roja y la pared con láminas de madera, similares a las de la barra, lo impregnaban todo de un ambiente serio y formal.

Nos sentamos y un camarero tan ceniciento como el metre nos entregó la carta. Nunca me había parado a conocer con detalle qué significa exactamente ser vegano, ni qué es apto y qué no, aunque no parecía que aquel sitio fuera muy innovador.

—¿Este año vais a ir a Peñíscola de vacaciones otra vez? —me preguntó Silvia para sacar tema de conversación.

—No, este año vamos a Florida —respondí por inercia. Tenía mis ojos fijos en la carta y, de vez en cuando, te miraba de reojo. Pasabas páginas y páginas mientras torcías el gesto.

—No hay mucho que pueda elegir, no —mascullaste.

—Si les dices que no te echen langostinos, puedes pedir las setas —señaló Silvia en la carta —. ¿A Florida? ¡Qué pasada!

—Mi tío, el hermano de mi padre, lleva media vida allí. Nos invita todos los veranos, y este año mis padres han dicho que sí.

Al rato, llegó el metre, el jefe de los cenicientos, a tomar la comanda.

—¿Ya saben?

—Yo quería el salteado de boletus, pero sin langostinos, por favor.

—Lo siento, señor. No se pueden modificar los platos respecto a la carta. De todas formas, los langostinos vienen con el cuerpo completo, pelados y sin cabeza, por lo que se pueden apartar si así lo desea.

—Ya. El problema es que soy alérgico.

El metre te miró y levantó ligeramente las cejas sin decir nada. Me rasqué el hombro izquierdo: no tenía pensado volver a poner aquel vestido.

—Voy a pagar lo mismo —añadiste—. ¿No puede suprimir los langostinos?

—No, señor. Lo siento, pero la casa no permite alterar las recetas de los platos.

—Supongo que tampoco podrán suprimir el jamón de la tosta con tomate.

Negó con la cabeza.

Yo no levantaba la vista de la carta. Pasaba páginas, pero, en realidad, era incapaz de concentrarme y leer una línea. Solo atendía a tu conversación con el ceniciento, preocupada en colocar a cada segundo los putos tirantes del vestido.

—Pues nada. Tráigame una ensalada de lechuga, tomate y cebolla.

Remarcabas cada palabra con inquina.

—¿Y de plato principal?

—Solo eso.

Te miró con desprecio; tú cerraste la carta con rabia.

Mientras el resto pedíamos, sacaste el móvil del bolsillo y mandaste unos cuantos mensajes. Yo me sentía mal. ¿No tenía por qué? Seguramente, no. Le había dicho a Jon que buscara un sitio pensando que reservaría en algún restaurante al que ya hubierais ido. Tendría que haberme ocupado yo. Hubiera encontrado algún restaurante vegano, aunque no hubiera nada que a mí me gustara y tuviera que comer el pladur de las paredes.

—Siento que no tengas mucho donde escoger —me disculpé cuando se fue el camarero.

—No, tranquila.

—Tiene que ser complicado no tener mucho donde elegir —añadí, imaginando que utilizabas un tono más amable conmigo.

—No pasa nada. Ya estoy acostumbrado a no tener elección en los restaurantes, a ser el raro en todas las reuniones, a que mi padre se ría de mí en cada comida. —Te alterabas con cada palabra-. Pero tranquila, todo esto es una pose, una moda que sigo porque soy un elitista.

—Oye, oye. ¿Quién te crees para hablarme de esa manera?

Nos quedamos con la mirada fija el uno en el otro, en silencio. La espalda me empezó a picar como si me estuvieran frotando con una lija. ¡Qué ganas de llegar a casa y poner el puto pijama! El corazón me latía a mil y me picaba todo, pero no iba a rascarme; no iba a pestañear siquiera.

—Tristán, tío, córtate —intervino Jon, muy serio.

No apartamos la vista el uno del otro, aunque estar frente a frente contigo me helaba la sangre. Si no hubieras sido tan borde hasta me hubieras parecido atractivo. Y esa mirada, incluso pretendiendo parecer indiferente, parecía traspasarme, como si fueras capaz de ver qué estaba pensando. Y, como descubrí con el tiempo, sí, tu mirada siempre leer mi alma.

CAPÍTULO3

Una promesa es el comienzo de una mentira

Tristán

Me levanté de la silla con la intención de irme. Había aprendido a marcharme de los sitios cuando no estaba bien en ellos. No obstante, sabía que aquello era importante para Silvia, así que, al llegar a la barra, pedí una cerveza y me senté en un taburete. Jon vino detrás y se sentó a mi lado.

—Oye, ¿qué te pasa? Mira cómo te has puesto.

—Lo que no me parece normal es avisar para que se escoja un sitio con alguna opción y terminar comiendo una maldita lechuga.

—¡Cuántas veces has pedido una ensalada y tan tranquilo!

—Sí, hombre, pero hemos avisado.

—Vale, lo siento. ¿Eso justifica que te pongas así? Oye —me puso la mano en el hombro —, Sara es especial. No tiene nada que ver con ninguna de las chicas con las que he estado.

—¿Seguro?

—Me estoy enamorando, Tristán.

Eché la cabeza hacia atrás y abrí los ojos, sorprendido. ¡Jon, enamorado! No salía de mi asombro. Nunca le había oído hablar de nada mínimamente romántico. La relación más larga que le recordaba era de tres semanas. Casi había llegado al mes una vez.

—Puede que tengas razón. He tenido un mal día y estoy más susceptible de lo normal. Lo siento.

—¿Ha pasado algo? —No pude evitar emocionarme y Jon lo notó— ¿Tus padres? —Asentí —. Tenéis que hacer algo, tío. Un día va a haber una desgracia.

—Ya.

Se me inundaron los ojos con rabia. Ese día me había sincerado con Silvia y le había contado todo. Jon ya conocía la historia, pero no estaba al tanto de lo que habíamos vivido en casa durante las últimas semanas. Quise abrazarlo y compartir esa carga con él. No obstante, no era el lugar ni el momento.

—Tranquilo, tío —dijo con suavidad. Me puso la mano sobre el hombro y apretó con fuerza —. Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias —contesté enjugándome las lágrimas. Tomé aire para tranquilizarme—. Venga, vamos a cenar.

Extendí el brazo para indicarle a Jon que pasara delante de mí y nos dirigimos a la mesa.

—Sara, quiero pedirte perdón —me disculpé con todo el aplomo que me fue posible.

—No pasa nada —contestaste, con seriedad, pero siendo amable—. ¿Un poco de vino?

—No, gracias.

No era el momento de explicarte por qué muchos vinos no son aptos para veganos. Tampoco estaba de humor para investigar si aquel en concreto lo era, así que me serví agua.

—Sara también escribe —dijo Jon intentando romper el silencio.

—Ya —respondí.

No tenía ganas de hablar, la verdad. Silvia me dio una patada por debajo de la mesa para que pusiera de mi parte.

—¡Es una pasada cómo escribe! Me encanta.

—Bueno, Jon, tú qué vas a decir.

No tenía ningún interés en hablar de nada. Quería irme a casa o, al menos, a algún sitio para estar a solas con Silvia. No teníamos que haber ido. No quería estar allí.

—No, en serio. Yo no leo tanto como vosotros, pero nunca he sentido tantas emociones como con lo que escribe Sara.

—¡Qué tonto eres! No me avergüences.

—¿Qué escribes? —pregunté.

—Bueno, de todo un poco. Sobre todo, novelas.

—Yo no tengo la constancia para escribir novelas, la verdad. ¿Escribes algún género en concreto?

—He escrito tres de novela negra. Es mi género preferido. Y una romántica.

La verdad es que ahí captaste mi atención. A esa edad alguien puede haber escrito una como mucho. Y, normalmente, muy mala. ¡Pero cuatro! Eso era algo muy serio que exigía mucho trabajo y constancia. Me entró la curiosidad por saber cómo eran, si habías intentado publicar, cómo te organizabas...

*****

Después de cenar, fuimos hasta *El Rincón de Marc*. Quedamos en la primera columna de las tres que separaban las dos zonas: a la derecha estaba la zona de la barra, y a la izquierda había un espacio muy amplio que se utilizaba como comedor hasta la noche, mientras que, en la madrugada, se despejaba y se utilizaba como pista de baile.

A mí me gustaba más ir sobre las ocho de la tarde, cuando el ambiente es más tranquilo convirtiendo el local en el sitio ideal donde tomar una cerveza y charlar. Además, como supiste más tarde, allí se podía pedir hamburguesa vegana.

Al llegar, encontré en la puerta a todo el equipo de fútbol sala con el que había jugado el año anterior. Estuve un rato con ellos. Lo que necesitaba era eso: aquellos gritos desenfadados, los golpetazos de compañerismo en la espalda y los abrazos de exaltación de la amistad de los que estaban más borrachos. Me venía bien despreocuparme de todo y divertirme.

Yo lo pasaba bien, pero tú estabas allí parada, como un poste. Si no hubiéramos coincido nunca más, hubiera pensado que eras aburrida. Muy aburrida.

—¿Qué cerveza es esa? —me preguntaste para sacar conversación.

—¿Eh? —grité, acercándome a ti, porque no te oía con la música tan alta.

—La cerveza. Que no la conozco.

—*Ranses* —contesté al tiempo que alzaba el botellín.

—¿Está buena?

—Es la única apta para veganos que tienen, así que sí, no me queda otra que creer que está rica.

—¿Hay alguna que no sea vegana? —te sorprendiste.

—Casi ninguna lo es.

—Pero... no lo entiendo. Si la cerveza está hecha con cebada y lúpulo. ¿Por qué no es vegana?

—Puf, otro día lo hablamos si quieres.

En otro lugar y en otro momento no me hubiera importado contestarte. De hecho, dos años antes, cuando empecé a conocer el veganismo, hubiera salido contigo afuera solo para

explicártelo, pero, después de un tiempo, me cansé de contar siempre lo mismo a gente a la que no le interesaba lo más mínimo, así que me aparté de ti y me acerqué a Silvia. La agarré por la cintura y comenzamos a bailar. La apretaba con fuerza contra mí, y sentía cómo ella respondía a cada caricia, a cada beso, a cada roce. Solo quería ir a su casa y explorar cada centímetro de su cuerpo.

Vosotros estabais apáticos. Jon se movía un poco al ritmo de la música, pero tú estabas allí completamente estática, como un monolito. En la barra vi a unos conocidos y pensé que, si iba un rato con ellos, Silvia y tú podríais hablar y así no estarías tan aburrida.

A los pocos minutos, miré hacia vosotras. Silvia me estaba mirando con esa cara de deseo que significaba que no iba a aguantar a llegar a su casa y que me arrancaría la ropa allí mismo. Le lancé un beso. Ella simuló echarme el lazo y tirar de una cuerda invisible. A pesar de que costaba avanzar entre tanta gente, fui hacia ella imitando a un modelo sobre la pasarela. Tropecé con Melania, quien me miró con picardía mientras sorbía de la pajita de su bebida.

Muchos ven en ella únicamente a una tía buena, pero quien se atrevía a acercarse y conocerla de verdad se daba cuenta de que era muy interesante, divertida y, lo que me parecía mejor incluso, pasaba absolutamente de lo que dijera nadie.

—Hola —saludé.

—¿Qué tal? —preguntó, mientras se acercaba a mí—. Baila un poco conmigo, anda, que estoy sola.

—No sé bailar —bromeé—. Y no soy nada divertido. Te aburrirías conmigo.

—Pues a mí me pareces de lo más interesante que hay por aquí. —Miró a su alrededor—. No sé si eso quiere decir demasiado, la verdad.

—Oye, hoy no, porque estamos en salida de parejitas, pero otro día puedes salir con nosotros.

—Prefiero esperar a que quieras quedar solo conmigo.

Siempre estaba con la broma de coquetear conmigo.

—Ja, ja, ja. Eres tremenda.

—Lo sé.

Me guiñó un ojo y se arrimó tanto que me pareció que mi brazo tropezó con sus pechos. Levanté la mano para evitar más roces y aproveché para decirle adiós y despedirme.

Por fin pude llegar hasta donde estabais vosotras. Agarré a Silvia por la cintura para continuar donde lo habíamos dejado, pero me apartó.

—Lo estabas pasando muy bien —me espetó.

—¿Qué dices?

—Anda, que te hemos visto coquetear con ella.

Cuando parecía que la noche se estaba reconduciendo, de la nada, aparecía aquel drama. Silvia te miró con complicidad. Estaba claro que habíais estado hablando de mí.

—Es una tía que me cae bien y me he parado a hablar con ella. Nada más.

—Ya.

—Estoy flipando. Tú lo has visto, ¿no? —te pregunté—. ¿He hecho algo?

En aquel momento, pensé que si eras tan honesta, sincera e inteligente como decía Silvia, habrías visto lo que había pasado en realidad, me darías la razón y evitarías un conflicto entre Silvia y yo. No obstante, callaste y, con eso, contradijiste todo lo que Silvia contaba de ti, a la vez que corroboraste lo que yo creía.

—Alucino.

Vi mi cazadora en el montón de ropa que había en la repisa de la columna, tiré de ella y me fui sin mirar atrás.

Salí muy enfadado de *El Rincón de Marc* con la actitud de Silvia, aunque, antes de pasar el aparcamiento, Silvia me llamó y, en cuanto me giré, se echó a llorar.

—No, no llores. No quiero que estemos enfadados —le susurré. Le di un beso en la frente y me apretó contra ella.

—Lo siento. Te vi ahí con ella… ¡Y está tan buena la cabrona! Que me dio miedo.

—No tienes nada que temer. —Le acaricié la mejilla y le aparté el pelo para limpiarle las lágrimas—. Tú eres mi todo. —Me miró con esos ojos grandes negros llenos de lágrimas—. No te preocupes, gatita. ¿Nos vamos y lo solucionamos?

—¿Gatita? ¿En serio? —frunció el ceño con media sonrisa.

—No te gusta, ¿no? —Ella negó—. Ya. En cuanto lo he dicho, me he sentido un poco ridículo.

Decidimos irnos a su casa. Cuando estábamos llegando al coche, Silvia me sujetó los brazos y se puso frente a mí.

—¡Espera! —me dijo—. Te has convertido en la persona más importante de mi vida. Te prometo que no volveré a comportarme así; eso sí, tú tienes que prometerme algo también.

—No me gusta prometer. Una promesa es el comienzo de una mentira.

—Yo necesito estar segura de que, si en algún momento sientes algo por otra persona, no me vas a engañar. Si llega a pasar, dímelo, déjame, haz lo que tengas que hacer; pero no me engañes.

—¿Sabes? —Le tomé la mano con dulzura—. Eso puedo prometerlo.

CAPÍTULO4

Se giró y clavó la mirada en mí, una mirada que provocó que me estremeciera como si me hubiera dado un chispazo. Un foco iluminó su rostro. ¡Eras tú!

Sara

En cuanto os fuisteis, mis músculos dejaron de estar agarrotados, y comencé a divertirme. Cuando estoy a gusto me gusta divertirme y hasta bailar (bueno, moverme al son de la música intentando no tropezar con mis dos pies izquierdos). Ya lo sabes. Pero aquel día, hasta que te fuiste, parecía que me habían puesto cemento en las piernas.

—¡Qué guapo eres! —le solté a Jon, y le di un beso fuerte en los labios.

Me separé un poco de él y comencé a bailar… bueno, ya sabes, a mi estilo, haciendo el payaso mientras me muevo. Jon pareció incomodarse y miraba a un lado y a otro, como pendiente de ver si alguien se reía de mi baile.

No sé si fue por eso o porque quería tenerme junto a él, me tomó de la cintura y me acercó. Bailamos muy pegados, deteniéndonos cada poco para besarnos. Me agarró por encima de la cintura y me apretó contra él. Me estaba entrando calor y sentir lo excitado que estaba él terminó por encenderme. Me mordí los labios y cerré un instante los ojos.

Ese era el día.

Nos besamos dentro de su coche y me empezó a acariciar los pechos. Metió su mano por debajo de mi falda y rozó el interior de los muslos con sus dedos, provocándome un escalofrío que me hizo retorcerme de placer, y subió su mano hasta que me acarició por encima del tanga.

—Espera. —Se apartó de repente. «No, no, sigue», pensé—. No quiero que nuestra primera vez sea así. Es un recuerdo que tendremos para siempre y no quiero que sea en el aparcamiento dentro del coche.

«Umm, me lo como». Mientras él estaba con el móvil me quedé mirándolo. Me subió una sensación muy agradable que me inundó el pecho. Amor, creo que lo llaman. Pensaba que me había enamorado un montón de veces, pero no. En ese momento supe que no me había enamorado hasta entonces.

—¿Qué pasa? —preguntó al percibir que le estaba mirando como una boba.

—Nada —susurré, melosa.

—Anda, dímelo —rogó poniendo un puchero de niño pequeño.

—Es muy pronto para decir según qué cosas —le contesté.

Me miró, me sonrió y me dio un beso.

—Ponte el cinturón; nos vamos.

—¿A dónde?

—No quieras saberlo todo siempre.

Por el camino, en el coche, apoyé mi cabeza en su hombro. De cuando en cuando, él se giraba ligeramente para mirarme de reojo. ¡Qué sonrisita se le dibujaba en la cara! Entró al parking subterráneo del Hotel *Luxury Bossanova*. Me giré hacia él, sorprendida. No tenía ni idea de lo que podría costar una noche en ese hotel, pero, mínimo, doscientos cincuenta euros (doscientos sesenta y cinco, lo consulté al día siguiente). Me miró y me sonrió. ¿Habría llevado a muchas chicas allí? No me importaba. No quería ser presuntuosa, pero sabía que lo que tenía conmigo no lo había tenido con nadie.

—¡Hala! —exclamé con admiración cuando entré en la habitación.

La cama estaba cubierta por un tapiz de pétalos de rosas rojas y, en el medio, dos toallas en forma de patito parecían nadar en aquel estanque de flores. A los pies de la cama se encontraba una bandeja con dos copas y un cuenco con fresas.

—¡Qué pasada! —dijo Jon mirando hacia mí, levantando las cejas y abriendo la boca con asombro.

—¿Tú no habías estado aquí?

—¿Yo? ¿Para qué me voy a alojar en un hotel de mi ciudad? Y menos a este precio.

Es cierto que no me hubiera importado que hubiera estado con otras chicas allí, pero que solo hubiera tenido ese detalle conmigo me hizo sentir especial. Lo abracé y le di un beso fuerte y sonoro.

—He pedido champán. Te gusta, ¿no? —me preguntó después de agarrar la botella que se encontraba en una cubitera plateada y sentarse en la cama para descorcharla.

—¡Sí! —chillé, ilusionada—. Me gusta todo. Me gusta la habitación, me gustan las flores, me gusta el champán… —canturreé dando vueltas sobre mí misma, sujetando el vestido por el final de la falda y levantándolo al estilo Marilyn Monroe—. ¡Y me encantas tú!

Me tiré en la cama, le abracé por detrás y le mordí el cuello.

—¡Estás muy loca! —se rio.

El corcho salió disparado y el champán comenzó a brotar a borbotones porque la botella debía estar más agitada de la cuenta. Como yo. Jon intentó que no se derramara nada, pero salió demasiada espuma y se le desparramó buena parte en los pantalones. Yo me eché a reír.

—Te noto un poco húmedo —me burlé.

Se giró y se tiró encima de mí. Comenzó a hacerme cosquillas por la barriga.

—Para, para —rogué, incapaz de dejar de reír—. Que me meo, en serio.

Me levanté, porque tenía la necesidad imperiosa de ir al baño. En cuanto salí del aseo, Jon se incorporó con las copas y me ofreció una. Yo busqué el interruptor de la luz para bajarle la intensidad casi hasta quedar a oscuras. Entrelazamos las copas y brindamos mientras nos mirábamos a los ojos.

—Por ti —susurró al tiempo que chocamos las copas de champán—. Eres maravillosa.

—Por ti.

Poco a poco nos acercamos hasta que las bocas estuvieron tan cerca que no pude distinguir qué respiración era de quién. Nuestros labios se juntaron y su lengua comenzó a juguetear con la mía. Sin dejar de besarnos, caminamos hacia atrás en dirección a la cama hasta tropezar con la mesita, donde posamos las copas. Me tomó por la cintura y me arrojó encima del colchón. Quedé tumbada frente a él, con las piernas sobresaliendo de la cama, y me levantó la falda al tiempo que subía las manos por mis muslos sin dejar de mirarme, desafiante. Me mordí el labio mientras un cosquilleo me recorrió desde los muslos a la entrepierna. Agarró el tanga y me lo fue bajando, lentamente, sin apartar la vista de mis ojos. Lo arrojó al suelo y sumergió su cabeza debajo de mi falda.

—Mmm —musité.

Sentí un cosquilleo por todo mi interior que me erizó el vello como si me estuvieran clavando alfileres.

No podía dejar de mover las piernas involuntariamente. Le sujeté la cabeza para marcarle el ritmo. ¡Y para que no se detuviera! Me sentía en una nube. Por una parte, deseaba que llegara hasta el final, pero, por otra, también quería que se pusiera encima y sentirlo dentro de mí, así que le levanté la cabeza.

Me deshice del vestido sin levantarme y abrí la cama. Jon se quitó la camiseta. ¡Estaba tremendo! Intenté ver cómo se quitaba los pantalones, aunque lo hizo tan rápido que, antes de darme cuenta, lo tenía encima de mí. Apoyó las palmas en el colchón y empezó a contornearse con movimientos circulares, despacio, muy suave. Me encantaba esa postura porque le podía acariciar el torso y contemplarlo mientras le sentía dentro de mí. Acercaba los labios a los míos y volvía a su posición, sin dejar de moverse.

Me besaba todo el cuerpo. Pasaba su lengua por mi cuello y bajaba hasta los pechos, donde se detenía a jugar con mis pezones, erizados por el placer. Con Ramón disfrutaba, pero aquello era otra cosa. Iba a cerrar los ojos y a dejarme llevar hasta el final, aunque, en cuanto los cerré, me vino a la mente tu sonrisa, tu estúpida sonrisa cautivadora, esa sonrisa gamberra que tenías cuando estabas en la barra y clavaste tu mirada en mí, esa sonrisa que me dio un chispazo y provocó que me picara todo el cuerpo.

Me solté las manos que Jon me sujetaba y le agarré con fuerza las nalgas para que se moviera más rápido, como si con el movimiento bastara para sacarte de mi mente. Le apreté con más fuerza; él respondía empujando con más intensidad. Solo te veía a ti. Jadeé cada vez más hasta gemir escandalosamente.

Solo podía ver tu mirada y tu estúpida sonrisa. No quería correrme. No contigo en mi cabeza. Jon empujaba cada vez con más ansia. El escalofrío que me recorría la espalda me alertaba: ya no aguantaba más. Y solo veía tus ojos traviesos mirándome mientras tu rostro quedaba iluminado al fin. Estallé. Agarré la almohada y la mordí, pero, aun así, estaba siendo muy escandalosa. Jon empezó a gemir tímidamente. Yo únicamente veía tu rostro. Tu sonrisa. Tu mirada. Sentí que se me agarrotaba todo mi cuerpo y grité. ¡Qué placer! Creía que sabía lo que era un orgasmo, pero no, no tenía ni puta idea. No hasta aquel momento.

—Te quiero —dijo Jon mirándome a los ojos.

No pude contestar.

CAPÍTULO5

Cerré los ojos y, en cuanto lo hice, me vino a la cabeza tu sonrisa. Tu puñetera sonrisa

Tristán

Al pasar por mi calle de camino a casa de Silvia, vi que en la ventana del salón de mi piso había luz, por lo que decidí subir para comprobar que todo estaba bien. Mi madre estaba echada en el sofá, durmiendo.

—¡Joder, mamá! —se me escapó al ver los orfidales encima de la mesa de centro.

No quería despertarla, así que lamenté haber gritado. Por suerte, no se inmutó. La tapé con una manta y salí de casa sin hacer ruido.

En cuanto abrimos la puerta del piso de Silvia, nos fuimos desnudando hasta llegar a su cuarto. La empujé para que cayera en la cama y, aunque yo estaba muy excitado, jugueteé con mi boca en sus muslos.

—Tristán —murmuró con voz melosa—. No seas malo.

Me sujetó la cabeza para llevarme donde ella quería, hasta que me levantó la cabeza invitando a que me pusiera encima de ella.

—¡Fóllame! —ordenó con lascivia.

Con cada movimiento mío, se retorcía de placer; con cada caricia, gemía. Silvia tenía la sensibilidad a flor de piel; supongo que el enfado le había hecho acumular una tensión que estaba liberando. En cuanto me sintió dentro emitió un gemido escandaloso. Cerré los ojos y, en cuanto lo hice, me vino a la cabeza tu sonrisa. Tu puñetera sonrisa. Intenté sacarte de mi mente, pero no podía borrar la imagen de cuando te conocí. Imaginé cómo te daba la vuelta y te giraba allí mismo, en la entrada del restaurante, contra la pared.

Silvia agarró un cojín con violencia. Yo imaginaba que te levantaba el vestido y te penetraba con fuerza, lo que provocaba que penetrara a Silvia cada vez con más ansia. Pude oler la fragancia primaveral que inspiré cuando me diste el primer beso en la mejilla. Silvia gemía como nunca. Yo solo veía tu rostro, girándose hacia mí, retorciéndose de placer, sin que se borrara de tu cara esa puñetera sonrisa deliciosa tuya.

*****

Después de hacer el amor, Silvia y yo nos quedamos en la cama mirándonos y acariciándonos. Tras un buen rato en silencio, hablamos sobre nuestras vidas, nuestros proyectos, nuestros sueños… Nos encantaban esos momentos.

—Yo no tengo claro cuál es mi sueño —dije—. ¿Y tú? ¿Cuál es el tuyo?

—Vivir contigo —contestó, melosa.

—Vale —continué tras darle un beso—, ahora en serio.

—He pensado que voy a inscribirme en *Periodismo*.

—Uy, qué interesante. —Me incorporé y me senté—. Ni se me había ocurrido esa posibilidad. Aunque sigo sin saber por qué no te apuntas a *Bellas Artes*.

—No sé, no me veo. Me gusta pintar y no dejaré de hacerlo, pero, ya sabes, no sé si será algo de lo que vaya a encontrar trabajo.

Me levanté de un salto y me coloqué frente al caballete donde había un lienzo a medio pintar, aunque, en realidad, estaba oscuro y no se distinguía nada.

—Mira. ¡La persona capaz de pintar esto no quiere estudiar *Bellas Artes*! —exclamé—. Claro que vas a poder vivir del arte. Desde Turner, no he visto a nadie capaz de reflejar la puesta de sol con esa vaporosidad, de captar la luz tenue que se esconde tras las montañas con esa sensibilidad. —Silvia seguía echada en la cama, desnuda. Apoyó el codo en el colchón para reposar la cabeza en la mano y así verme mejor—. Si el mundo no valora tu arte es un mundo donde, definitivamente, no merece la pena vivir.

—¡Me encanta cuando te pones así de melodramático y hablas con ese tono pretencioso!

—¿Quieres que me calle las cosas buenas que tienes? Siempre intentaré hacerte sentir tan especial como tú me haces sentir a mí. Y no tengo que esforzarme ni un poco, porque eres la persona más especial que conozco.

—¡Qué exagerado eres!

—Estoy pensando...

—¡Qué miedo me das! —bromeó Silvia.

—Voy a echar la preinscripción para *Periodismo* yo también; a ver si logro entrar.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ahora que me lo he planteado, no me veo en otra cosa.

—Sara va a estudiarlo también. Igual nos toca a todos en la misma clase.

—Vale, sin problema. Ahora quiero hacer *Periodismo*.

—Por mí, genial. Os tendré más tiempo a mi lado, así que no puedo pedir más. Eso sí, a ver si cambias tu actitud con ella, que pareces un crío.

—No, tranquila, podremos comportarnos como adultos. Al menos yo.

—Eso ha sonado muy maduro, sí.

—Oye, ¿tú no lo estudiarás solo por ir con Sara, no?

—¡Vaya! Desde que yo dije que quería estudiarlo, parece ser la vocación de toda tu vida; pero, ¡ah!, tú lo has decidido solito. Yo, no; yo lo hago por ir con mi amiguita.

—No digo eso. Si tú estás segura de que es lo que quieres, perfecto. ¡Vaya rapapolvo en un momento! —Se rio—. Y eso estando desnudos en la cama.

—Ven aquí, anda.

Se destapó, invitándome a ir a la cama de nuevo.

*****

Yo
Buenos días.
¿Estás despierta?

Le escribí a mi madre en cuanto desperté. Pasaban los minutos y no recibía respuesta.

—Me voy —dije mientras me levantaba. Silvia hizo ademán de incorporarse—. No te levantes, amor. No ha calado lo de «gatita»… así que seguiré con los clásicos: «amor», «cariño», «vida»… ¡Qué aburrido! No va nada con nosotros.

—Y, como no va con nosotros —puso el índice señalando hacia arriba para dar énfasis a la explicación—, la gente no se lo espera, por lo que sigue siendo original; por lo que es *muy nosotros*.

Se levantó, todavía desnuda, se acercó a mí y se puso de puntillas para darme un beso en la boca.

—Me voy, me voy. No te tientes.

—Te dejaré ir, anda.

—¡De verdad que me encanta este cuadro!

A la luz de la mañana se veía espectacular el lienzo con los reflejos del sol en el mar y las nubes vaporosas del atardecer.

—Lo terminaré hoy.

—¿Cómo se va a llamar? ¿Ya tiene título?

—*La luz de tus ojos*.

—Guau. Parece un paisaje, pero en realidad es lo que ves de una persona en sus ojos. ¡Qué pasada!

—Lo que veo de una persona, no.

—¿No? —pregunté, extrañado.

—Ese mundo luminoso es como veo la vida a través de ti.

—¿En serio?

Me dio un escalofrío de la emoción. Me acerqué a ella, se incorporó en la cama sin destaparse y la abracé.

—Mira que te quito los pantalones otra vez.

—Me voy, me voy.

Terminé de vestirme y salí de la habitación. Silvia iba a levantarse también.

—No, no, quédate en la cama. Intenta descansar.

—¡Dormiré hasta las tres! Estoy agotada… no sé por qué.

—Ni idea. Chao, gatita —me despedí desde la puerta de la habitación. Ella me lanzó un cojín.

—Te quiero, gatito —contestó alzando el brazo como una garra.

*****

Cuando estaba frente a mi piso, vi que la luz del salón seguía encendida. Estaba convencido de que mi madre se había pasado la noche empastillada en el sofá.

—¡Mamá! —grité por el pasillo—. Ya te vale, toda la noche ahí en el sofá.

Sin embargo, palidecí en cuanto entré al salón. Mi madre estaba tendida en el suelo. Parecía inconsciente. Le caía sangre que parecía proceder del labio, aunque no podía asegurarlo.

—¡Mamá!

Me agaché para ponerme a su lado y aprecié que tenía el labio roto, aunque había demasiada sangre como para que fuera de ahí. Estaba asustado y paralizado contemplando a mi madre inmóvil en el suelo.

—¡No, no! —vociferé—. ¡Hijo de puta!

Localicé una brecha en su ceja izquierda, de donde brotaba la sangre. Me entró pánico solo de pensar que… no podía ni imaginarlo. Le tomé el pulso en la muñeca: era suave y lento, pero ahí estaba.

El vestido de algodón viejo que utilizaba para estar por casa estaba desgarrado dejando al descubierto la zona de los riñones, completamente enrojecida por los golpes.

—¡Joder! Para qué me habré quedado en casa de Silvia. ¡Mierda!

Me levanté y me llevé la mano izquierda a la frente, que noté húmeda al instante: estaba cubierta con la sangre de mi madre. Intenté sacar el móvil del pantalón, aunque temblaba. Me vi obligado a agarrarme el brazo derecho con la mano izquierda para que no se moviera y, así,

poder sacar el teléfono.

—Sí, mire, calle *Saavedra*, treinta cinco. Rápido —expliqué, confuso—. Mi madre; está en el suelo. Le han pegado una paliza. ¡Está en el suelo! —repetí, a gritos—. Mi padre. No, no está aquí, pero ha sido él. Seguro. Vale, vale.

Me dijeron que enviarían una ambulancia y una patrulla de policía. Me agaché, pero no sabía qué hacer. Al intentar girarla, su espalda quedó al descubierto, completamente roja también. El hijo de puta cubría el cinturón con alguna tela, como una camiseta, para evitar marcas evidentes, pero yo conocía bien ese enrojecimiento.

—¡Joder, joder!

Le puse un cojín debajo de la cabeza y le sequé un poco la sangre.

—Mamá —susurré mientras le daba palmaditas en la cara—. ¡Mamá!

—¿Tristán?

Entreabrió los ojos.

—¿Estás bien?

—Me duele —contestó con voz muy débil.

—¿Qué te duele?

—No sé…

Apenas le salía un hilillo de voz, así que, cuando cerró los ojos de nuevo, me temí lo peor. Con la mano temblorosa, le agarré la muñeca. Pensé que allí se acababa su historia, que aquel hijo de puta había acabado con ella. ¡Cuántas veces le había dicho a mi madre que nos fuéramos de aquella casa! Resoplé: seguía habiendo pulso.

No sé cuánto tiempo tardó en aparecer la policía, pero se me hizo eterno. Un agente se agachó y atendió a mi madre, mientras el otro me tomaba declaración.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

—Llegué a casa y me la he encontrado ahí, en el suelo —expliqué mientras se me empañaban los ojos, aunque traté de mantenerme sereno—. Está llena de heridas y golpes. Ese cabrón la va a matar un día.

—¿Quién?

—Mi padre. ¿Quién si no?

—¿Ya ha pasado más veces?

—Así de grave, no. —Me llevé la mano a la frente, que volví a embadurnar de sangre de nuevo. Me estaba agobiando—. Sí se han dado más altercados, aunque luego mi madre nunca denuncia.

—¿Sabe que puede tramitar la denuncia usted mismo?

—Sí, ya la interpuse una vez. ¿Sirvió para algo? Pues para que mi padre la reventara a hostias en cuanto volvió.

—No —se oyó con voz débil. Era mi madre, quien levantó ligeramente la cabeza del suelo —. Tu padre, no.

—Señora, trate de no moverse —le ordenó el policía que la atendía.

—¡Me he caído por las escaleras! —exclamó sin apenas voz.

—¡Mamá! —grité—. Deja de encubrir a papá. ¡Mira qué te ha hecho, por Dios! Casi te mata.

—No ha hecho nada —repitió sin fuerzas.

Me eché la mano a la cara. No podía creer que, a pesar de estar en el suelo, casi inconsciente, con los labios rotos, el ojo que se empezaba a hinchar y golpes por todo el cuerpo,

siguiera encubriendo a mi padre. No podía imaginar qué clase de subyugamiento llevaba a mi madre a mentir para salvaguardar a un hombre que casi la había matado.

Era inverosímil que hubiera caído por las escaleras con tal fuerza que quedara tan grave, y después fuera capaz de subir, cerrar la puerta y tumbarse en el salón. Nadie se podía creer eso.

—Yo voy a denunciar —comuniqué.

—De acuerdo. Deme sus datos.

Mientras prestaba declaración, llegó la ambulancia. Al bajar la camilla, uno de los policías señaló hacia el suelo. Había sangre. ¿Cómo había llegado ahí? Lo de la caída no se lo creía nadie, pero… ¿aquella sangre?

*****

Me mandaron a una sala de espera del hospital mientras atendían a mi madre. No tendría que haber dormido fuera de casa. ¡Joder! Estaba claro que algo así iba a pasar. Necesitaba salir y respirar un poco. Normalmente, cuando estoy así prefiero estar solo y sobrellevarlo a mi manera, pero me estaba ahogando y necesitaba hablar con Silvia y buscar consuelo entre sus brazos.

La llamé, entre lágrimas. No contestó. Supuse que estaría durmiendo después de la noche que habíamos pasado. ¡No me tenía que haber quedado en su casa! Tenía que haberme ido. Teníamos que salir de ese piso como fuera.

—Silvia… por favor.

Salí al pasillo. No podía estar sentado. Llamé a Jon.

—¡Vamos, contesta! —exclamé mientras caminaba por el pasillo y marcaba de nuevo—. ¡Joder!

No podía esperar allí; me estaba ahogando, así que decidí ir a la cafetería. No había desayunado y, aunque tampoco me apetecía comer nada, al menos tomaría un café solo.

Yo
¿Estás despierta?
Llámame cuando puedas.
Es importante.

La culpa me asfixiaba. Necesitaba ordenar mis ideas mientras se lo contaba a alguien; que me dijeran que no era culpa mía. Lo sabía: la culpa la tenía ese hijo de puta. Sin embargo, me venía a la cabeza la imagen de mi madre tendida en el suelo, ensangrentada y con el cuerpo enrojecido por los golpes, y la culpa me resquemaba. Si yo hubiera estado… No, eso no podía volver a ocurrir. Solo quería llorar, abrazarme a alguien, confesar lo culpable que me sentía por haber dejado sola a mi madre.

No me lo podía creer. Estaba terminando de escribir a Silvia cuando entraste casi corriendo por la puerta de la cafetería. Te saludé con la mano, aunque no me viste. Tenía tanta necesidad de compartir lo que había ocurrido que me pareció hasta buena opción hablar contigo. No habíamos comenzado con buen pie, pero necesitaba soltar ese peso que me atenazaba el pecho.

Me levanté para que me vieras y te saludé. Parecía que seguías sin verme, pero te giraste un instante y nuestras miradas quedaron frente a frente. Solo un segundo. Al cruzarnos la vista, se me empañaron los ojos. Una angustia atroz recorría mi estómago. Quería abrazarme a alguien. Y te tenía enfrente. Necesitaba compartir todo ese sufrimiento que me asfixiaba. Y allí estabas.

CAPÍTULO**6**

Ni por asomo supuse que aquel breve instante en que mi imaginación me jugó una mala pasada era un aviso de lo que estaría por venir

Sara

La aparición de tu sonrisa en el momento más inesperado me hizo sentir incómoda durante un rato, aunque lo tomé como algo anecdótico fruto del momento de pasión. Durante el resto de la noche hicimos el amor, charlamos, hicimos el amor, bromeamos, y, ah, hicimos el amor.

Tenía programada la alarma para las 10:00, pero, aunque apenas había dormido dos horas (y diecisiete minutos), estaba pendiente de levantarme para acompañar a mi madre al hospital, así que desperté a las 09:02. Cuando abrí los ojos, vi a Jon y le acaricié la mejilla suavemente, aunque lo suficiente para que se despertara. Me miró y sonrió.

—Te quiero —susurré.

—Ayer pensé que me ibas a dar las gracias.

—¿Qué?

—Cuando te dije: «te quiero», después de hacer el amor, te quedaste callada. Creí que ibas a decir: «gracias».

—¡Ah, qué tonto!

Intenté restarle importancia. No habíamos hablado de ello, así que esperaba que hubiera pasado desapercibido. No me atreví a poner ninguna excusa.

—En serio —continué tras unos segundos de silencio—, te quiero con toda mi alma. Sé que llevamos poco tiempo, pero es lo que siento.

Y era cierto. Estaba enamorada de Jon y ni por asomo supuse que aquel breve instante en que mi imaginación me jugó una mala pasada era, en realidad, un aviso de lo que estaría por venir.

*****

En el jardín de mi casa solo estaba aparcado el coche de mi madre, así que supuse que mi padre no había podido escaparse del trabajo para acompañarla.

—Descansa —me despedí de Jon antes de bajar del coche—; estarás agotado.

—¡Sara! —me llamó cuando ya estaba saliendo.

Me giré y me pidió con el dedo que me aproximara a él. En cuanto me tuvo al alcance de sus manos, me agarró del cuello para acercarme a él y me dio un beso metiéndome la lengua hasta la garganta.

—¡No me obligues a entrar al coche otra vez! —exclamé. Jon soltó una carcajada.

—¡Te quiero! —gritó.

Salí y le lancé un beso por la ventanilla. El coche se alejaba mientras yo seguía en mi nube después de aquella noche mágica.

—Menos mal que has llegado —oí detrás de mí.

—Ay, lo siento, mamá.

—¡Vaya horas de volver!

—¿Me da tiempo a cambiarme? —pregunté, agarrándome la falda.

—Vale —contestó mirando el reloj—, pero tiene que ser rápido. Ya vamos con el tiempo justo. ¿Cómo llegas tan tarde?

Recorrí el jardín rápidamente, subí a mi habitación en la primera planta de la casa, y me vestí con unos vaqueros azules y una sudadera gris. ¡Buf, qué comodidad! Iba a quemar aquel vestido azul.

—Ay, qué prisas —comenté, sofocada, cuando subí al coche.

—Ya. Si hubieras venido a una hora prudente…

—¡Ay, mami! —exclamé nerviosa y alegre, sin atender al reproche de mi madre—. ¡Qué feliz soy!

—¿Con Jon?

—¡Es un hombre espectacular! Hemos estado en el *Bossanova*.

—No sé si quiero saberlo.

Arrugó la frente, aunque sabía que se moría de ganas por conocerlo todo. Bueno, casi todo.

—Tenía champán preparado, toda la cama cubierta de pétalos… ¡Una pasada!

—¡Vaya bien, hija! Me alegro de que seas feliz.

—Estoy enamorada, mamá. ¿Te acuerdas de cuando te decía que quería a Ramón? Comparado con lo que siento ahora, aquello era algo… no sé cómo explicarlo... Ay, perdona, ¿tú qué tal? No te he preguntado nada.

—La verdad es que estoy algo nerviosa —confesó cambiando el tono—. Sabes que no me gusta venir al ginecólogo, pero esta vez, además, me preocupa lo que puedan encontrar.

—Bueno, mamá.

—No sé, últimamente me encuentro muy cansada.

—Ah, si es por eso, papá estará terminal; si no echa la siesta, no se puede ni hablar con él.

Mi madre se rio, aunque quedé preocupada. Cuando llegamos al hospital, mi madre continuaba seria. Nos sentamos a esperar a que nuestro turno saliera en pantalla, aunque aún faltaban más de diez minutos para la hora de la cita.

—No quiero pensar en la revisión. Cuéntame algo sobre Jon. ¿Es guapo?

—¿Que si es guapo? ¡Está tremendo! —exclamé. Mi madre me dio un manotazo en el brazo—. Ay, perdona. Sí, mami, es un buen chico con unas facciones exquisitas.

—¡Qué tonta eres! —respondió, riéndose.

—Es alto, rubio, con el pelo corto y unos ojos verdes… Mmm. —Puse la mirada en blanco y arqueé la frente—. Y tiene unos brazos marcados con un tatuaje de un brazalete que me chifla. ¡Y un culo! —grité más alto de lo que pretendía, mientras con la mano izquierda hacía el gesto de apretar una nalga.

—¡Sara! —me riñó, dándome otro manotazo.

A mamá se le notaba la sonrisilla que ponía cuando Fran o yo hacíamos alguna trastada y sabía que no se podía reír para no dar mal ejemplo, pero no podía evitar que le hiciera gracia.

—¡A ver, si tiene buen culo qué culpa tengo yo!

—No hay quien pueda contigo —respondió mientras se llevaba la mano a la cara.

—Pues siempre dicen que soy igualita que tú, así que…

—Será en el físico, porque yo soy una mujer seria y respetable.

—Ya, no te gusta a ti decir tonterías ni nada. Bueno, a lo que iba: es un amor. Siempre digo que, en una relación, yo necesito hacer que la otra persona se sienta especial. Si estoy con alguien es porque siento que es la persona más especial del mundo. Pero necesito que me hagan sentir tan especial como yo intento hacer sentir a la otra persona. No sé si me explico.

—No muy bien… pero te entiendo como si te hubiera parido.

—¡Qué graciosa!

—Tengo ganas de conocerlo. A ver cuando lo invitas a comer a casa.

—Llevamos solo dos semanas, mamá. ¿Quieres que huya?

—Ya veo, ya.

—¿Qué?

—Pues tal como te brillan los ojos cuando hablas de él, me parece que no importa demasiado el tiempo que llevéis.

—En cambio, tú con papá tuvisteis un noviazgo largo, ¿no?

—Sí, aunque me sirvieron los dos primeros días para saber que lo amaba. ¡Y mira que lo detestaba!

—¿Qué dices? ¿No te caía bien papá?

—Para nada. Me resultaba insufrible. Ya sabes que puede ser muy bruto cuando se expresa. Y chulo. Era muy chulo.

—¿En serio?

— Me pareció tan atractivo como insoportable. Por el verano, y con el moreno subido, se le resaltaban todavía más esos ojazos azules. Era muy guapo y lo sabía.

—Yo no me veo enamorándome de una persona a la que no soporto.

—Ja —soltó una risotada sarcástica.

—No sé. Soy muy cabezota como para cambiar tanto de opinión.

—Eso me repetí yo cien veces durante aquel fin de semana.

—De todas formas, no es el caso, porque yo adoro a Jon.

—Vale. Pero dime, ¿cuándo lo invitamos a comer?

—Ay, mamá, es muy precipitado.

Estuvimos un rato en silencio. Ya pasaban unos quince minutos (diecisiete) de la hora de la cita, así que llevábamos allí como veinticinco minutos (veintiocho). En cuanto dejamos de hablar, noté a mi madre nerviosa, así que intenté animarla.

—¿Sabes qué? Se me ha ocurrido algo.

—Sorpréndeme.

Me miró con los ojos abiertos arrugando la frente con asombro.

—Podemos organizar una barbacoa en casa antes de irnos a Estados Unidos, en plan despedida. Invitaremos a vuestros amigos, así que con nosotros cuatro ya seremos ocho, más otros ocho de la pandilla… bueno, nueve si viene el novio de Silvia. Así puede venir Jon y es todo más natural. ¿Qué te parece?

—¡Ah, sí, genial! Siempre se te ocurre algo —me alagó, acariciándome la mejilla—. ¿Así que Silvia tiene novio?

—Ag, sí; no me hables.

—¿No está bien con él?

—Sí, sí. Ellos, genial. De hecho, nunca he visto a Silvia tan feliz. —Mi madre me miraba extrañada.— Pero él es insufrible, soberbio y prepotente. A ella la trata muy bien, las cosas como son.

—No entiendo nada.

—A mí me parece insufrible, ¿vale?

—Pues yo me alegro. Con la vida tan dura que le ha tocado…

Nuestro turno parpadeó en la pantalla, así que nos levantamos y recorrimos el pasillo hasta la consulta 36. Me sorprendió ver a un médico tan mayor que, me parecía, tendría que estar ya jubilado. Parecía el dueño de *Casa Remigio*, el cabecilla de todos los cenicientos.

—Buenos días —saludamos.

—Sí, sí —repuso sin hacernos mucho caso—; siéntense, por favor. A ver, venían a por los resultados de una revisión, ¿verdad?

—Sí —contestó mi madre.

—Vamos a ver —prosiguió levantando las gafas y mirando la pantalla del ordenador—. En la exploración estaba todo bien. A ver la analítica… Vale, vale.

—Vale, vale, ¿qué? —susurré mirando a mi madre, quien me mandó callar con el dedo. El médico ni se enteró.

—Uy, aquí hay algo raro.

Mi madre trató de incorporarse para alcanzar a ver lo que señalaba el doctor.

—Mire —continuó tras girar la pantalla—, aquí en la ecografía no se ve claro, porque su tejido es muy fibroso, pero en la mamografía se ve algo extraño. Hay que hacer biopsia para confirmarlo.

—Para confirmar, ¿qué? —pregunté asustada. Mi madre palideció.

—Hay que confirmar si hay una presencia de un nódulo. Parece pequeño. Quítese la blusa y póngase en la camilla.

—Pero ¿qué está diciendo? —pregunté, perpleja.

—Después habrá que realizar más pruebas para averiguar si las células cancerosas se han diseminado dentro de la mama o a otras partes del cuerpo.

—¿Células cancerosas? —Casi entro en pánico. Mi madre, en cambio, permanecía inmóvil, en silencio, pálida—. ¿Tiene cáncer?

Me levanté para ayudar a mi madre a quitarse la blusa.

—Eso es lo que vamos a averiguar. Además, siendo tan joven, las células cancerosas pueden replicarse con mayor celeridad. Usted tiene…

Se quitó las gafas intentando ver la edad en la ficha que tenía en pantalla.

—Cuarenta y cuatro años —me adelanté yo.

—Cuarenta y cuatro años. Sí, muy joven —comentó poniendo las gafas de nuevo—. Hay que ser cauteloso. Voy a extraer unas muestras de la zona mamaria, donde parece estar ubicado el nódulo, y solicitaremos una resonancia magnética mamaria.

Si no llego a estar de pie junto a mi madre me temo que se hubiera caído al suelo. ¿Resonancias? ¿Biopsias? ¿Células cancerígenas? No, no. Aquello tenía que ser una imaginación mía que se disiparía en cualquier momento.

—Siéntese, por favor —ordenó el médico sin ningún miramiento mientras mi madre aún estaba recobrando la conciencia.

—Espere un poco, ¿no? —grité —. Da una noticia así y ¿no es capaz de…?

No pude terminar la frase. Mi madre me tomó del brazo para indicarme que no siguiera. Me estaba enfadando, pero me di cuenta de que mi madre necesitaba mi apoyo. Le acababan de decir que tenía cáncer y no podía alterarme ni hundirme; tenía que ser fuerte por ella.

—Voy a administrarle un anestésico local para proceder con el BAAF.

—¿Un BAAF?

—Una biopsia con agua fina mínimamente invasiva —respondió sin mirarnos—. Si es posible tomar así las muestras nos evitaremos la biopsia en quirófano con anestesia general.

Me quedé al lado de mi madre y le di la mano mientras la miraba y sonreía para intentar darle un poco de ánimo.

—Tiene que esperar allí, señorita —me ordenó el médico, señalando hacia las sillas.

Le di un beso a mamá y me levanté de su lado. En cuanto el doctor corrió una cortina blanca y dejé de ver a mi madre, se me humedecieron los ojos por completo y creí estallar en llanto, pero tenía que mantenerme fuerte. Si mi madre necesitaba llorar, me tenía que encontrar allí, a su disposición, y consolarla como ella siempre había hecho con nosotros.

Debía avisar a papá. Necesitábamos que viniera y que estuviera a nuestro lado.

Yo
¿Puedes venir a buscarnos?
Porfa, es importante.

Los mensajes se marcaron como enviados, pero no los leía.

Yo
Porfa.
Ven.
Te necesitamos.
Contesta.

Me impacienté y escribí muchos mensajes cortos para que le saltaran las notificaciones con insistencia.

Papi
¿Qué pasa, hija? Estoy reunido.
¿Sucede algo?

Yo
No, papá.
Es el coche.

Mentí. ¡Cómo iba a contarle algo así por el móvil! Una lágrima resbaló por mi mejilla.

Yo
Está estropeado.

Ya no me aguantaba, aunque tenía que mantenerme firme. Me imaginaba contándoselo a papá y no iba a poder contener el llanto.

Papi
Pero ¿qué le pasa? ¿No arranca?

Yo
No sé.

Me quité las lágrimas de los ojos y me tragué el llanto. Apenas podía respirar. No se me ocurría ninguna mentira sobre el coche.

Papi
Qué rara estás.

«¡No es el puto coche, papa! Ven y punto». Una palabra más y te juro que estallaba allí mismo a voces.

Papi
En diez minutos estoy allí.

Guardé el móvil porque mi madre ya estaba poniéndose la blusa, así que me levanté, fui hasta la camilla y la ayudé.

—¿Estás bien?

Asintió, pero seguía pálida. El médico se sentó delante del ordenador a teclear, bajando las gafas de vez en cuando. Ayudé a mi madre a levantarse de la camilla. Al apoyar los pies en el suelo, la sujeté todo lo fuerte que pude, porque me dio la sensación de que se iba a desvanecer de nuevo.

Ver así a mi madre me destrozaba el alma. ¡Mi madre! ¡La que siempre había tirado por todos!

—Bueno —dijo el médico mientras imprimía el informe—, en una semana, dos a lo sumo, tendremos los resultados y podremos evaluar la situación. Con el diagnóstico definitivo, veremos qué tipo de intervención es la adecuada y si es pertinente realizar quimioterapia previamente o en el tratamiento postoperatorio.

—¿Intervención? ¿Quimio? —pregunté sorprendida—. Entonces… ¿Es definitivo? ¿Tiene cáncer?

Mi madre salió del ensimismamiento en el que estaba y rompió a llorar.

—Evaluaremos la situación cuando tengamos los resultados. Sobre todo, hay que conocer el estadio del cáncer. Es probable que aún no se haya extendido, con lo cual es posible que lo hayamos detectado a tiempo para que el procedimiento no sea demasiado invasivo.

Intentaba escuchar al médico y a la vez tranquilizar a mi madre. Intentó sonreír, pero, de inmediato, volvieron las lágrimas a sus ojos mientras negaba con la cabeza. Yo tampoco me creía lo que estaba pasando. Rebusqué en su bolso hasta que encontré unos pañuelos de papel y se los di.

—En la mayoría de los casos, la detección temprana, como así parece que ha sido, es fundamental y nos da garantías de un procedimiento exitoso.

—Tranquila, mamá —le susurré con todo el aplomo que pude—. Vamos a pasar por esto todos juntos.

Nos dio el informe y se levantó para dar por concluida la consulta. Le di la mano a mi madre para ayudarla a incorporarse y la abracé. Ella se agarró a mí con todas sus fuerzas y rompió a llorar, desolada. Aquel abrazo me quebró el alma; me esforcé para que no se me escapara una sola lágrima.

Mamá, sin embargo, no podía parar de llorar. Era el estallido de una mujer que nunca se había permitido mostrar sus debilidades por no preocupar a nadie; que enterraba su dolor en lo más hondo de sí para cargar con los disgustos de los demás; que se tragaba sus preocupaciones y cargaba con las de todos.

*****

El doctor nos despidió con un ligero levantamiento de cejas. Caminamos por el pasillo y, al fondo, ya vi a mi padre de pie en la sala de espera. Había pensado contarle todo en el coche, más tranquilos, pero ¡qué iba a decirle en ese momento! Mi madre estaba desolada. Y yo… yo a punto.

Mi madre se detuvo al ver a mi padre y, casi asfixiada por el llanto, se llevó las manos a la

cara. Mi padre nos vio y corrió hacia nosotras.

—¿Qué pasa? —me preguntó mientras se lanzaba a abrazar a mamá.

—Tenemos que contarte algo —respondí.

—Me estáis asustando.

—Los resultados… —intenté explicar. Mamá gritó desconsolada—. No han sido buenos.

Hice lo que pude por contenerme, pero me faltaba el aire de aguantarme las ganas de llorar.

—¿Tienes algo? —preguntó a mamá—. Dime, Sara, ¿qué pasa? ¿Qué tiene?

—En la mamografía han encontrado un nódulo.

No sabía por dónde empezar. Entre lo parco que había sido el médico y el aturdimiento que me nublaba la mente, muchas cosas no las tenía claras. De hecho, casi ninguna; solo que mamá podía tener cáncer.

Mi padre arrugó la frente.

—Sí —continué, casi llorando—, es lo que parece.

—Pero… Eso no puede ser. Tú no te encontrabas mal, ¿no? ¿Has notado algo raro?

—¡Qué va a notar! —repliqué—. No son sarpullidos que producen picor o algo así.

—Amor —prosiguió, mirando a los ojos a mi madre—, vamos a superar esto.

Le dio un beso en la mejilla con fuerza y la abrazó.

—Es que no lo entiendo. —Mi madre explotó con el abrazo de mi padre—. Es que no me lo creo… ¿Tengo cáncer? ¿En serio?

—Podrás con esto, ya lo verás —intentó animar papá.

—¡No quiero poder con esto! ¡Estoy harta de poder con cosas!

—Eres muy fuerte —continuó papá—. Siempre lo has sido.

—¡No! —gritó—. Estoy cansada de fingir que soy fuerte para que los demás no se preocupen por mí, cansada de cargar con los problemas de todos y de cuidar de todos. Ahora, ¿qué? ¿Al ser fuerte ya se da por hecho que voy a combatir el maldito cáncer?

—Nosotros cuidaremos de ti, mamá.

—Vamos para casa —ordenó mi padre con dulzura—. Allí estaremos tranquilos.

En el tramo de pasillo que nos quedaba por andar, no podía pensar más que en lo injusto que era todo aquello. Como volviera a oír eso de «todo pasa por algo» o «la vida acaba poniendo a cada cual en su lugar», no respondía de mis actos.

—Papá —le llamé cuando llegamos a la sala de espera—. Yo tengo que llevar el coche de mamá.

—Ya. No le pasaba nada al coche, claro.

Negué con la cabeza. Vi la oportunidad de estar sola un rato. Lo único que quería era correr para salir de allí y gritar.

—Lleva tú a mamá, por favor. Voy a la cafetería; aún no he desayunado —mentí mientras se me empañaban los ojos.

—Claro, hija.

—Mamá, te veo en casa.

Se giró y nos abrazamos. Volví a sentir que me hundía. «No llores, Sara. ¡No llores!», me reñí. «Aguanta un poco más».

La salida quedaba a la derecha, mientras que a la izquierda se encontraba la cafetería, que tenía su propia puerta al exterior. Esperé de pie, observando cómo avanzaban despacio, abrazados. En cuanto los perdí de vista, todo el llanto contenido se abalanzaba sobre mí.

Corrí hasta la entrada de la cafetería y traté de cruzar hasta el otro extremo, donde se

encontraba la salida. Cuando ya estaba a pocos metros de la puerta alguien se levantó de una mesa y me miró. No, por favor. No tenía ganas de saludar a nadie. Quería estar sola.

—Sara —me llamaste.

Todavía no me había dado cuenta de que eras tú.

—¡Sara! —gritaste para reclamar mi atención.

—¡Sara! —gritaste para reclamar mi atención.

El dolor me resquemaba. Y allí apareciste. Intentaba aguantar las lágrimas. Giré la cabeza y nuestras miradas se cruzaron durante un instante; un segundo, lo suficiente para vernos. Tenía que desahogarme. Pero no contigo.

No podía desmoronarme en la cafetería y, muchos menos, frente a ti. No me apetecía mostrar mi dolor con quien me había tratado con tanto desprecio la noche anterior.

Aunque me habías visto mirarte, en esa situación, y tal como te habías comportado conmigo, no me importó. Eras la última persona con la que me plantearía pasar un trago así. De hecho, no entendía para qué me habías llamado. Aparté la vista y continué corriendo hasta salir de la cafetería. Crucé el aparcamiento y, una vez en el coche me dejé caer boca abajo en el asiento trasero. Por fin era libre para llorar.

Se me hace un nudo en el estómago al recordar ese momento, sobre todo porque me pregunto qué hubiera ocurrido si me hubiera detenido. ¡Qué distinto hubiera sido todo! Si te hubiera contado lo que ocurría, si hubiera llorado entre tus brazos, ¡cómo hubiera cambiado nuestra historia!

CAPÍTULO7

Mis ojos, acostumbrados a llorar en silencio, te pidieron auxilio y apartaste la vista

Tristán

Necesitaba compartir mi carga y te tenía enfrente. No obstante, continuaste corriendo como si no me hubieras visto. Mis ojos, acostumbrados a llorar en silencio, te pidieron auxilio y apartaste la vista.

Volví de nuevo a la sala de espera y llamé a Silvia otra vez, pero nada. Caminaba nervioso de un lado a otro, hasta que me dejé caer y me senté en el suelo. Doblé las piernas y puse los brazos entre mis rodillas, como si con eso pudiera esconder mis lágrimas.

Mi madre no se merecía estar allí ni la vida que había llevado. Se merecía volver a los veinte años y empezar una vida distinta. El llanto se entrecortaba y me estaba ahogando. Quería ver a Silvia, contarle todo lo que había pasado, conocer su opinión, pero, sobre todo, que me abrazara y poder llorar a su lado.

El pitido en la pantalla de turnos me sacó de mi obnubilación. Entré en la sala de espera, donde comprobé que estaba parpadeando el mío, así que fui a la consulta.

—Su madre está estable —me informó la doctora—. Tiene varias costillas fracturadas y múltiples contusiones. Vamos a hacerle una resonancia para descartar daños cerebrales.

Me explicó que iban a hacerle varias pruebas, análisis… aunque, como nunca me habían interesado demasiado las cuestiones médicas, me resultaba extraña toda esa terminología.

—Hay que tener cuidado. Otra como esta y puede que no lo cuente.

—Ya. —«Gracias por señalar lo obvio», pensé—. ¿Puedo estar con ella durante las pruebas?

—No, mire, lo mejor es que vaya a casa e intente tranquilizarse. —Se quedó de pie junto a mí. Entendí que tenía que irme, así que me levanté.—. Hasta que terminemos de hacer todas las pruebas pasarán más de dos horas.

No quería irme del lado de mi madre, pero tampoco tenía sentido estar allí para nada. Silvia seguía sin responder. Iba de camino a casa, pero decidí acercarme a *El Rincón de Marc*. Al llegar al local, Marc estaba detrás de la barra y, en cuanto me vio acercarme al mostrador, vino hasta mí.

—¡Ey, Tristán! —saludó mientras me estrechaba la mano—. Tienes que probar una hamburguesa nueva que he traído. Es la que lo rompe ahora.

—¿La de *No Meet Maura*?

—Sí. Han llegado hoy y tengo pensado probarla para la cena. Dicen que tiene un sabor muy conseguido.

—Buf, yo paso. Todas esas a base de proteína de guisante me repiten un montón. Quería hablarte de otra cosa.

—Cuéntame.

—Necesito curro. ¿Tendrás alguna vacante?

—No suelo tomar decisiones en las contrataciones... Cuando metes a trabajar a algún amigo… siempre hay problemas. Las incorporaciones, bajas, etc.; todo eso lo tengo externalizado a una empresa de *Recursos Humanos*: es mucho más práctico.

—Necesito trabajar. Es importante, Marc; si no, no te lo pediría.

—Me pones en un compromiso... ¿Has trabajado alguna vez de camarero?

—En alguna fiesta del instituto y eso.

—O sea, no. Mira, estás abusando de nuestra amistad. Ven el fin de semana de ayudante. Es para recoger vasos y poco más, y luego ya veremos.

—Gracias, Marc, pero... ¿no podría venir en el turno de la mañana? De noche tengo que cuidar a mi madre.

—¿En serio? ¿Hasta el horario te vas a poner? Si quieres, dime lo que quieres cobrar —bromeó, creo. Cada vez le notaba más serio—. De momento, solo necesito un ayudante para las noches de viernes y sábados. Empiezas hoy.

—¿Hoy? —pregunté sorprendido, pero tal como me miró supe que no tenía elección—. Hoy, de acuerdo.

Decidí ir a casa a ducharme y cambiarme de ropa. Ya no tenía tiempo para mucho más.

—¡Mierda, mi madre! —me dije.

No había caído en que, si yo empezaba a trabajar esa misma noche, ella iba a quedar sola en el hospital. La única opción que se me ocurría era llamar a mi tía. No me apetecía nada. Se habían desentendido de nosotros hacía años, pero no se me ocurría otra alternativa.

—¿Sí?

Por la entonación de mi tía al responder a la llamada supuse que ya no tenía mi número guardado en la agenda y no sabía quién hablaba.

—¿Rosa? Soy Tristán.

—¡Ay, hijo, qué alegría oírte! ¡Cuánto tiempo! Ya estarás muy mayor.

—Sí, muy mayor —respondí—. Tres años más mayor, de hecho.

—Ya, claro. Yo creo que desde la comunión de Rosita. ¿Qué tal estáis todos por ahí? ¿Mamá, bien?

—Pues no. Por eso te llamo. Mi padre le ha pegado una paliza que casi la mata.

—¡Qué exagerado! Ellos siempre han tenido sus cosillas.

—Hoy —intenté obviar el comentario— tiene que pasar la noche en el hospital y necesito que vengas para quedarte con ella, porque yo empiezo a trabajar.

—Ay, hijo, no puedo. No tengo en qué ir hasta allí.

—Mira, te envío el horario de autobuses. Tarda treinta y cinco minutos, y hay uno cada hora.

—Yo estoy muy mayor para eso. No me manejo: autobús para arriba, autobús para abajo.

—Si no, podemos ir a buscarte.

—Otro día, mejor. Tengo que preparar ropa para ir, dejar cena preparada para tu tío y tus primos... es un desbarajuste.

—¿Sabes lo que es un desbarajuste? Un desbarajuste es que ayer casi matan a tu hermana y no te preocupa lo más mínimo; un desbarajuste es que lleves sin interesarte por ella tres años, cuando sabes lo mal que lo está pasando —me iba alterando a medida que hablaba, aunque procuré mantener un tono firme sin gritar—; un desbarajuste es que seas incapaz de hacer un favor a alguien que siempre te ha admirado, que siempre te ha tomado como modelo a seguir y que, aun con todo, te quiere con locura.

—Bueno, hijo, tampoco hace falta ponerse de esa manera. Si hay que ir, me lo explicas bien y voy. Lo que sea por mi hermanita.

Resoplé. Lo que me interesaba era que mi madre pasara la noche acompañada, así que le agradecí el gesto y colgué.

En cuanto entré en casa, mi padre salió al pasillo. ¿Cómo tenía la caradura de volver a casa? Me puse muy nervioso, porque tenía la capacidad de intimidarme con su sola presencia. Además, cada vez que había intentado ponerme en medio para defender a mi madre había recibido algún golpe.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, sobreponiéndome al miedo—. Tienes que irte. No quiero verte más en esta casa.

—Contigo quería hablar.

Su voz ronca y áspera terminó de intimidarme.

—Dame las llaves. No puedes tenerlas ni estar aquí. Mamá ya te ha dicho que no quiere estar contigo.

Se acercó a mí. Yo, inconscientemente, retrocedí un paso.

—Mamá no ha dicho nada. Lo has dicho tú. Y esta es mi casa tanto como la suya. O más, que para algo la he pagado y os he mantenido todos estos años.

—¡Qué hijo de puta eres! —vomité con todo el asco que tenía dentro—. Te juro que como vuelvas a aparecer por aquí te reviento la cara.

—Un respeto —respondió, riéndose con ironía—, que soy tu padre.

—Dame las llaves y lárgate.

—Me ha llamado la policía. Por lo visto tu madre se ha caído por las escaleras y me has echado la culpa a mí.

—Como vuelvas a tocar a mamá, te mato.

Se acercó y me agarró por la camiseta a la altura del pecho, retorciéndomela con el puño. Intenté apartarle el brazo, pero noté la fuerza de toda una vida descargando ruedas en un almacén.

—Entérate, chaval. Como vuelvas a denunciarme, como vuelvas si quiera a nombrarme en la policía, prepárate.

Me miraba con odio, pero era capaz de hablar con el tono tranquilo de quien amenaza a alguien inferior y con la frialdad de quien es capaz de cumplir esas amenazas.

Me soltó de un empujón. Yo estaba muy cabreado, aunque también estaba atenazado por el miedo. Se dirigía a la puerta, y para llegar hasta ella tenía que pasar a mi lado.

—Dame la llaves —dije casi sin voz.

Ni me miró

—¡Dame las llaves! —grité.

Pasó junto a mí y me apartó con desprecio. Le sujeté por el brazo.

—¡Que me las des!

—No las tengo —respondió con sorna casi ya en la puerta.

No podía dejar que se fuera. Su espalda era casi tan ancha como el quicio de la puerta, pero tenía que aparcar el pánico que me agarrotaba, aunque fuera un segundo. Si se iba con las llaves viviríamos con la tensión constante de saber que podría entrar en casa en cualquier momento.

—¡Que me las des! —exclamé, tras lo que me abalancé sobre él por detrás.

Se giró con los ojos encendidos en una mirada de odio que jamás había visto. Ni siquiera en él. Me empujó y reculé unos metros. Cerró el puño y me puse muy nervioso, porque, como lograra tumbarme, no sabía cómo iba a acabar aquello.

Tenía en la retina las veces que había tumbado a mi madre de un puñetazo y luego la levantaba por los pelos. Y la abofeteaba. A veces sacaba el cinturón, lo recubría para no dejar demasiadas marcas, la ponía de espaldas y la golpeaba contemplando cómo mi madre chillaba y

se retorcía sin un ápice de culpabilidad.

Lanzó un puñetazo en dirección a mi cara, aunque lo logré esquivar. Intenté contraatacar y le golpeé en el estómago. Pareció no inmutarse. Intenté dar más fuerte. Te juro que le di con todas mis fuerzas acertando de pleno en su rostro. Con miedo, sí, pero concentrando toda la rabia en aquel puñetazo. Ni pestañeó.

Tuvo que dolerle; de hecho, salió algo de sangre de su labio inferior, pero ni se movió del sitio. Quedé absorto pensando en que mi padre no parecía haber sentido los golpes, y él aprovechó ese segundo de desconcierto. Su puño impactó entre mi mejilla y mi oreja como si dos toneladas me cayeran encima. Caí al suelo mientras el tímpano parecía querer resquebrajarse. La parte izquierda de mi cara parecía arder y apenas oía nada por el oído de ese lado.

—Vas de *salvacausas* con esas pintas de pordiosero y eres un pringado.

Se acercó a mí. Lo miraba asustado desde el suelo. Sentí la misma impotencia como cuando, de niño, intentaba mediar para defender a mi madre y mi padre me levantaba por el aire agarrándome por el cuello. Intenté recular. Lanzó una patada que impactó en mis piernas.

—¡Un mierda eres! —escupió con asco.

Se acercó más. Intenté ponerme en pie, pero me dio una patada en el estómago que me impidió levantarme.

—Vas de alternativo con tu mierda de animalitos y tu mierda de poemas. Hasta con esa novia tienes que demostrar lo moderno que eres.

Me invadió la rabia. Intenté levantarme de nuevo, pero me dio otro puñetazo. Me golpeó, otra vez, en la parte izquierda de la cara y el oído me retumbó. Caí al suelo de nuevo. Me golpeó. Y volvió a golpear. No sé cuántas veces. Me encogí doblando las piernas, pensando que no iba a parar nunca. Creí que quedaba allí y no me iba a levantar más. Solo intentaba protegerme con los brazos. Me miró con desprecio desde lo alto.

—Dedícate a tus animalitos y a tus gilipolleces, pero, como vuelvas a hablar de mí con la policía, esto te va a parecer una broma.

Se apartó para irse. Un golpe resonó con fuerza, como si la pared fuera a venirse abajo. Me pude girar lo suficiente para ver que mi padre se había tropezado contra la esquina de la puerta, aunque no se detuvo. Yo me quedé en el suelo, retorciéndome de dolor. Me ahogaba. No había podido defenderme de mi padre. Se me entrecortaba la respiración. No iba a poder defender a mi madre. Mi padre tenía razón: era un mierda.

CAPÍTULO**8**

¿Piensas que, después de conocerte, voy a querer estar en otro lado que no sea contigo?

Tristán

Estuve un buen rato tumbado en el suelo, sintiéndome la peor escoria del mundo. Mi padre tenía ese poder: nos reventaba a hostias y éramos nosotros los que nos sentíamos mal. Sonó el móvil. Me tapé el oído izquierdo; apenas oía por él, pero cualquier ruido me resultaba estridente. Posiblemente fuera Silvia, pero todavía no tenía fuerza para enfrentarme a mis miserias.

La mejilla izquierda me ardía, aunque apenas tenía algún rasguño. Eran años de práctica para pegar sin dejar demasiadas marcas. Me palpé por la zona de los riñones. Ahí sí me dolía de las patadas y lo tenía completamente amoratado.

Recordé que mi madre estaba en el hospital, sola, así que fui al baño y me eché agua en la cara para despejarme e ir a verla, aunque a los dos pasos tuve que dejarme caer al suelo. No era apenas capaz de caminar. Si fuera el protagonista de una película, me levantaría, sacaría fuerzas de mi orgullo y caminaría con un ligero cojeo. No obstante, aquello no era una película. Y yo no era el protagonista ni de mi vida.

Saqué el móvil para escribir a Silvia. Tenía varias llamadas y mensajes suyos, pero no respondí.

Yo
Ven a buscarme a casa con el coche.
Ya te explicaré.

Silvia
¿Qué ha pasado?

Yo
Mi madre...

No terminé la frase. Quería contarle lo que había pasado, pero me avergonzaba. Nunca he sido de clichés ni roles, lo sabes. Jamás he querido aparentar ser un machito, pero es inevitable que el subconsciente colectivo haga mella en la valoración que uno hace de sí mismo. Y yo me veía como una basura.

Esperé en el sofá hasta que oí el timbre. Aquel sonido se transformaba en un pitido estridente en mi oído.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó asustada.

—Entra.

Volvimos al salón y nos sentamos en el sofá.

—Mi padre ha estado aquí anoche.

Silvia me agarró la mano con fuerza y arrugó la frente.

—Cuando llegué a casa... mi madre estaba ahí, en el suelo. Creí que estaba muerta. En serio, estaba ahí tirada, sin moverse. Casi ni respiraba.

—Ven aquí.

Me abrazó apoyando mi cabeza contra su pecho.

—Tenemos que irnos —dije, aún con lágrimas en los ojos—. Están haciéndole pruebas. Quiero estar allí cuando la suban a planta. ¡¡Au!! —grité al incorporarme.

—¿Estás bien?

Levanté la camiseta para enseñarle toda la zona amoratada.

—Pero... ¿Y eso?

—Cuando he vuelto a casa desde el hospital mi padre estaba aquí.

—¡Tienen que vértelo! —exclamó asustada—. Hay que ir al médico.

—Vamos al hospital a ver a mi madre y luego ya veremos.

—¡La policía! Hay que ir a la policía.

—Ya he puesto una denuncia por lo de mi madre. No quiero más líos.

—Pero... —Me levantó la camiseta de nuevo—. ¡Mira cómo está!

—Son golpes nada más. En un par de días se pasará.

—No, no, ya que vamos para el hospital, aprovechamos y que te miren en *Urgencias*.

—No quiero ir al médico. Hoy empiezo a trabajar.

—¿Hoy? ¿En serio?

—Necesito dinero para sacar a mi madre de esta casa.

—¿Y tiene que ser hoy?

Me encogí de hombros.

—Oye —le dije—, no le cuentes a nadie esto, por favor.

—Sí, claro, no te preocupes —contestó. La miré con intención de continuar, pero se adelantó—. Sí, lo sé, ni siquiera a Sara.

*****

Cuando llegamos al hospital, a mi madre ya la habían subido a planta. Entré en la habitación donde estaba ingresada. Le habían administrado calmantes y estaba aturdida.

Mi madre llevaba un rato durmiendo cuando llegó Rosa sobre las siete. Era más bajita de lo que recordaba, aunque, claro, yo tenía quince años la última vez que la había visto. No recordaba tampoco esos ojos saltones y ese nervio que la hacía caminar de un lado a otro colocando hasta lo que estaba colocado, a pesar de rondar ya los sesenta años. Mi madre, por las pastillas y porque era más alta, tenía los rasgos más delgados, pero se parecían mucho.

Le hice una seña a Silvia para que saliéramos de la habitación y me llevara a *El Rincón de Marc*.

—¡Eh, para ahí!

—¿En *Summer Sport*? —preguntó extrañada.

—Es un minuto.

Entré y compré un juego completo de béisbol. Silvia me miró asustada cuando volví.

—No puedo arriesgarme a que mi padre golpee a mi madre de nuevo y no poder defenderla.

—¿Y un bate es la solución? ¿Por qué no vas a la policía?

—La denuncia está puesta, aunque mi padre asegura que él no fue, y mi madre dice que se cayó por las escaleras.

—Eso no se lo cree nadie.

—Ya, pero no hay pruebas de otra cosa. Y en la escalera había sangre. No quiero imaginar cómo llegó ahí.

—No sé qué decirte. Eso sí, lo del bate me parece una locura. Sé que ahora estás alterado y

nervioso.

—Y cagado, Silvia, y cagado. ¿Sabes la paliza que me dio? Estaba en el suelo, impotente, como un crío que no puede reaccionar, mientras mi padre me molía a palos. Además, imagínate que estoy en casa y, aun así, no puedo hacer nada por mi madre. No me lo perdonaría jamás.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

—Cuando pueda, alquilaré un piso para mi madre y para mí. Y procuraré no pasar las tardes ni las noches fuera. Quiero estar en casa cuando mi padre vaya a buscar a mi madre después de emborracharse. Silvia —le tomé la mano—, necesito que entiendas que a partir de hoy mi única preocupación va a ser mi madre.

—Claro que lo entiendo. ¡Cómo no lo voy a entender!

—Trabajaré en lo que sea y el tiempo que sea. Por las tardes, si puedo, volveré pronto a casa. Va a ser duro. Muy duro. Y no sé el tiempo que podré dedicarnos.

—Yo no te voy a dejar solo. —Me miró con los ojos inundados—. Soy parte de tu vida y viviremos esto juntos.

—Tienes dieciocho años. No tienes por qué vivir esto.

—¿Y tú? ¿Tienes cien o qué?

—A mí es lo que me ha tocado vivir. Pero tú no tienes por qué estar conmigo.

—Qué idiota eres, de verdad. ¿Piensas que, después de conocerte, voy a querer estar en otro lado que no sea contigo?

*****

—Deja tus cosas en el almacén —me dijo Róber, el encargado, nada más verme—. Allí hay camisetas del local limpias. Te pones una y vuelves; os explicaré cómo se organiza el trabajo.

Cuando entré en el almacén, me encontré de frente con Melania, que se acababa de poner la camiseta de camarera.

—¡Ey, qué haces aquí! —me saludó con una sonrisa.

—Empiezo hoy a trabajar. ¿No me digas que tú también?

—¡A que es genial! —afirmó.

—La verdad es que me alegro de conocer a alguien. Oye, mira —dije mientras me subía la camiseta para mostrarle los moratones.

—¡Ostras! —Se acercó y lo tocó. Involuntariamente, di un saltito e hice un aspaviento de dolor—. ¡Perdón! Te duele mucho, supongo.

—Me he caído yendo en bici.

Me miró de reojo levantando las cejas, aunque no hizo preguntas.

—El caso es que me duele todo. Apenas puedo moverme.

—¿Y para qué has venido? Vete a casa.

—No puedo. Necesito el trabajo.

—A ver, que es un curro para recoger vasos. Si no es la semana que viene, será la otra, pero no tardará en quedar libre.

—No puedo esperar. Solo te pido que, si me ves jodido, me eches una mano.

—Vale, no te preocupes. Si te veo en el suelo ya te levanto —bromeó—. En serio, tranquilo, estaré pendiente y no te quitaré el ojo de encima.

Me guiñó un ojo y salió del almacén.

De ocho a doce la cosa fue bien. Había bastante gente cenando, y mi trabajo era recoger las

mesas cuando se iban o ayudar a llevar platos si algún compañero me lo solicitaba. A las doce terminaba el servicio de cenas; era la hora tope para que los comensales se levantaran. Los camareros colocaron unos biombos para impedir el paso a la amplia zona de la izquierda, la cual se utilizaba como comedor hasta la noche y se convertía en pista de baile tras las cenas.

Empezó a llegar gente y más gente. Tenía que pasar casi a codazos llevando una bandeja de rejilla para lavavajillas donde iba colocando los vasos. Debía llevarla levantada para poder pasar entre la multitud, y tener el brazo en alto constantemente me estaba matando.

Con la música retumbando a ese volumen, reapareció el pitido agudo que parecía emanar de lo más profundo de mi cerebro. Parpadeé con fuerza para sacudirme aquel sonido que me taladraba, pero no podía escapar de aquel zumbido. Entre el tumulto, se me vinieron a la cabeza las imágenes de mi madre en el suelo. Rompí a sudar. Recordé a la policía señalando la sangre de la escalera. El pitido de mi oído acompañaba cada pensamiento. Me mareé y se me nubló la vista durante un instante. No había comido nada desde la cena de la noche anterior y la debilidad me impedía seguir, así que me apoyé en la columna y me senté en el suelo. El zumbido persistía como una sinfonía distorsionada que tocaba solo para mí, recordándome a cada instante mi fragilidad.

—¿Estás bien? —me preguntó Melania, que llegó casi de inmediato—. He dejado de ver tu bandeja y me he preocupado.

—Estoy mareado. Necesito comer algo.

—Voy a ir a la cocina.

—¡Melania! —la llamé cuando se iba.

—Sí, ya lo sé.

Al rato, volvió con una hamburguesa de las que me había hablado Marc.

—Muchas gracias. ¿Cómo la has conseguido?

—Todavía había gente en la cocina. Y tengo mis contactos.

Con la hamburguesa me repuse un poco, aunque me repitió durante el resto de la noche. «No vuelvo a comer una de estas en mi vida», pensé, apretándome el estómago. A las cuatro de la madrugada cerró el local y empezamos a recoger. A las cinco, ya estábamos listos para irnos.

—Los nuevos, venid un momento —nos llamó Róber—. Estoy contento con vosotros: habéis trabajado bien.

Nos dio cuarenta euros. La verdad es que ni había preguntado cuánto se cobraba.

—Mañana me quedo sin un camarero. ¿Quién quiere pasar detrás de la barra? —preguntó. Melania y yo nos miramos encogiéndose de hombros—. De camarero en barra se cobran setenta la noche.

—Yo prefiero seguir con los vasos —respondió Melania sin pensarlo un instante.

—Genial —contestó Róber—. Mañana pasas a la barra, Tristán. Ven un poco antes para enseñarte dónde está todo y cuáles son tus funciones.

Fuimos al vestuario a cambiarnos de camiseta para irnos a casa. No había estado tan dolorido y cansado en mi vida.

—Muchas gracias, Melania. Por todo.

—Oye, mañana si necesitas un riñón me avisas —ironizó mientras se quitaba la camiseta sin ningún pudor.

—Sí, hoy he excedido los favores que se pueden pedir. Así que, por lo menos hasta el año que viene, ninguno más.

—A ti no me importa hacértelos. Si fuera a otro, ya lo hubiera mandado a la mierda.

—Eres increíble —me reí.

—¡Pues ya sabes!

—Respecto a eso... te quería pedir algo.

Ya estábamos saliendo por el interior de la barra mientras nos despedíamos de los compañeros que aún estaban por el bar.

—¿No has dicho que nada de favores hasta dentro de un año? ¡Qué poco te ha durado el propósito!

—El último, de verdad. Mira, Silvia lo pasa mal con eso del coqueteo. Sé que lo haces de coña.

—¿En coña? Eres un tío muy inteligente, pero ya veo que, para determinadas cosas, eres un poco tonto. De coña nada. Eres el único tío que merece la pena de verdad por aquí. ¿Para echar un polvo? Sí, hay un montón, y que están más buenos que tú.

—Vaya, gracias. No, en serio, me gustaría que fuéramos amigos. Me encantaría, de hecho. Como tú dices, no hay mucha gente que merezca la pena. Y tú eres una pasada de tía.

—No sé... Vale, bah. Seremos amigos, pero quiero que te quede claro algo.

—Dime.

—No soy tu mami. Hoy te he visto jodido y te he ayudado, aunque no vengas todos los días con estas historias que no tengo complejo de salvadora ni nada de esto.

—De acuerdo. Anotado: no pedir ayuda salvo que me estén sacando los ojos —iba dictando yo a la vez que simulaba escribir en un cuaderno imaginario.

Salíamos del bar mientras nos reíamos y nos detuvimos en las escaleras para terminar la conversación.

—Bueno, y otra cosa: si tú y Silvia dejáis de estar juntos, recuerda que yo estoy loca por ti. Y voy a seguir estándolo —dijo, guiñándome un ojo. Yo torcí la cabeza, arrugué la frente y la miré de reojo—. Vale, vale; esta ha sido la última provocación. Amigos.

Melania extendió la mano para estrecharla conmigo y cerrar el pacto. Me despedí de ella, quien, al ver que Silvia me esperaba en el coche, alzó el brazo para saludarla.

—Hola —dije al entrar al coche. Me acerqué para darle un beso, pero Silvia apartó la cara y se lo di en la mejilla.

—¡Tenía que estar ella aquí!

—Ha empezado hoy también a trabajar. Recuerda lo que hablamos ayer.

—Ya, pero es que me lo pone difícil. Vengo a buscarte y os veo salir sonrientes y dándoos la mano.

Después de todo el día no tenía fuerzas para esa conversación de nuevo. Guardé silencio. Silvia se acercó y me dio un beso, aunque noté que, por dentro, seguía dándole vueltas.

—Lo siento —se disculpó al tiempo que apoyaba la cabeza en mi hombro— No sé, no me fío de ella.

—De quién te tienes que fiar es de mí.

—Vale, intentaré tranquilizarme, pero tú recuerda tu promesa.

Al día siguiente volví a *El Rincón de Marc*. Trabajar de camarero detrás de la barra me divertía. Aunque soy introvertido y necesito mis momentos en el día para estar solo conmigo mismo, disfrutaba relacionándome con la gente. Me gustaba, sobre todo, porque, detrás de la barra, en aquel ambiente, las conversaciones duraban los dos minutos que tardaba en servirlos.

Mi madre permaneció ingresada en el hospital hasta que, al viernes siguiente, le dieron el alta y fuimos a buscarla para llevarla a casa.

—No sé si será buena idea ir a la barbacoa —dije.

—Oye —protestó Silvia—, nos merecemos un respiro después de estar encerrados aquí en el hospital todos estos días.

—No quiero dejar a mi madre en casa y marcharnos al momento.

—Me dijiste que iba a estar tu tía.

—Sí, va a estar, pero...

—No quieres ir con mis amigos, vamos. Y menos si se trata de la despedida de Sara.

Sonó mi móvil mientras estábamos recogiendo la ropa de mi madre y metiéndola en la maleta. Saqué el móvil del bolsillo y salí de la habitación para hablar más tranquilo.

—¿Sí?

—Oye, soy Marc. ¿Te pillo mal?

—No. Dime, dime.

—Mira, para la semana siguiente un camarero lo deja. ¿Te interesa venir a diario?

—¡Oh, sí, claro!

—Vale, perfecto. Luego nos vemos y hablamos de condiciones, pero quería saber si podía contar contigo.

—Sí, sí. Por mí, genial.

Finalicé la llamada y levanté a Silvia en brazos mientras le daba un beso.

—¡Voy a empezar a trabajar todos los días!

—¡¡Qué bien!!

—En cuanto cobre la primera paga, nos vamos, mamá.

Mi madre me miró, pero la expresión de su cara no se inmutó, así que no sabía si se estaba enterando de algo o no.

—¿Qué horario vas a tener? —me preguntó Silvia.

—No sé. Hemos quedado en hablarlo... Perdón.

El móvil volvió a sonar.

—¿Sí?

—¿Tristán Palacios Alonso?

—Sí, sí; soy yo —contesté a aquella voz masculina, tan seria que casi parecía un robot. Me aparté un poco para escuchar con más atención.

—Llamo para informarle de que tiene usted que personarse en comisaría a la mayor brevedad posible para declarar en relación con la denuncia interpuesta contra usted.

—¿Cómo? ¿Qué denuncia?

—El señor Fermín Palacios Rodríguez ha interpuesto una denuncia contra usted por lesiones graves.

—¿Cómo? ¿Mi padre? Si ha sido él quien casi mata a mi madre. Y, después, me dio una paliza a mí.

—En cuanto pueda, deberá presentarse en comisaría.

No sabía qué contestar. ¡Qué hijo de puta! Aunque no podía tener nada contra mí. Un poco el labio del único puñetazo que le había dado, pero eso no podía servir de prueba de nada.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó Silvia, acercándose a mí.

Reapareció el pitido de nuevo, que parecía sonar al unísono con cada latido. ¡Qué habría dicho ese cabrón! ¿Casi había matado a mi madre y le creían a él?

—Me pregunta Sara a qué hora vamos a ir.

El ruido insufrible e interminable que retumbaba en mi cabeza provocaba que el mundo

exterior me pareciera distante, como si lo escuchara a través de una catarata estruendosa. No me creía que mi padre me hubiera denunciado.

—¿Qué le digo? ¿A qué hora vamos?

Debía ir a comisaría y aclarar los hechos. No me iban a creer. Mi madre juraba que se había caído por las escaleras. Solo yo le había denunciado; yo que, casualmente, según ellos, le había agredido horas después.

—¿Vamos para las dos?

El pitido persistía; las palabras de Silvia apenas eran un eco agudo y muy desagradable. Antes de ir a comisaría teníamos que terminar de recoger las cosas de mi madre y llevarla a casa. Denuncia por lesiones graves. ¿Qué significaba eso? ¿Me pondrían una multa? ¿Habría juicio?

—Tristán, ¿qué le digo a Sara?

CAPÍTULO**9**

A veces, lo único que hace falta es el silencio de un abrazo

Sara

Por la tarde ya había agotado todas mis lágrimas. O eso creía. Me veía capacitada para hablar con Jon, así que le dije que me viniera a buscar. Tenía pensado ir a algún sitio tranquilo donde contárselo. Sin embargo, cuando salí de casa y lo vi apoyado en su coche me derrumbé.

—Ey, ¿qué pasa? —preguntó, preocupado.

Se acercó a mí y me agarró de los brazos. No pude hablar. Me abracé a él, escondiendo mi cabeza en su pecho.

—¿Qué ha pasado?

—Mamá...

Fue lo único que pude decir antes de llorar de nuevo.

—Tranquila.

—Ven —dije en cuanto pude recomponerme un poco.

Lo llevé al jardín de la parte de atrás de la casa. El banco que había acondicionado mi padre como columpio estaba rodeado de árboles, con lo que allí podríamos tener cierta intimidad. Nos sentamos, me sequé las lágrimas y me tranquilicé cuanto pude. Él rodeó mi mano derecha con la suya, mientras con la izquierda me secaba las mejillas.

—Es mi madre. —Se volvieron a empañar mis ojos. Inspiré con fuerza—. Han detectado unos nódulos.

Se me cortó el habla, así que le señalé mi pecho.

—¿Qué dices?

Abrió los ojos, sorprendido.

—Le tomaron unas muestras para analizar y el lunes tiene que hacer una resonancia. Ahora tenemos que esperar.

Rompí a llorar de nuevo.

—Verás como todo va a ir bien.

—No digas eso —exclamé entre lágrimas.

—Es lo que pienso. Si es la mitad de fuerte que tú, puede con eso y más.

—¡¡No digas eso!! —repetí, enfadada—. ¿Cómo puedes saberlo? Aún no se sabe ni qué tiene. ¡Cómo vas a saber que se pondrá bien!

Me puse en pie, muy alterada, elevando el tono cada vez más.

—¡No tienes derecho a decirme eso! Si en tres meses muere, ¿qué hago? Voy hasta ti y te digo: ¿qué? ¿No se iba a poner bien? ¿No íbamos a poder con todo?

—Solo quería... —intentó disculparse—. Comprendo que estés alterada con esta situación.

—No te confundas —respondí—. Estoy alterada, sí, pero lo que he dicho es cierto. No tienes ningún derecho a decirme que no va a pasar nada, ni esa sarta de chorradas solo porque piensas que es lo que quiero oír.

—No sé... ¿Qué quieres que diga?

—Nada. No digas nada. A veces, lo único que hace falta es el silencio de un abrazo.

Estuvimos sin hablar un rato. Me sujetaba la mano, pero apenas me acariciaba. No sabía si estaba molesto conmigo o solo preocupado.

—Sé que lo has hecho con la mejor intención.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—Yo solo quiero ayudarte. Si no sé cómo, dímelo.

—Ahora mismo solo necesito esto.

Me eché encogiendo las piernas y acomodando la cabeza sobre su muslo.

*****

Cuando volví a casa, subí a la habitación de mamá. Estaba echada, con las piernas y los brazos encogidos, con mi padre a su lado, acariciándola. Mi padre se giró para mirarme y le hice una señal para que se levantara. Me eché junto a mamá. Al poco tiempo, me dormí y me quedé allí hasta la mañana siguiente.

Le escribí a Silvia al despertar. Quería aprovechar que era sábado para estar con mi madre todo el tiempo posible, pero necesitaba quitarme el trago de hablar con todos los que tenían que saberlo.

—Sabes que lo que necesites y a la hora que lo necesites —se ofreció después de haberle contado todo.

—Gracias. —Le sonreí con los ojos empapados aún—. Voy a volver con mi madre.

Cada segundo que no estaba a su lado me sentía culpable, aunque ella estuviera con mi padre o con Fran.

—Vale —respondió mientras me daba un achuchón y un sonoro beso en la mejilla.

—No le cuentes a nadie nada de esto, ¿vale?

—No te preocupes. Ya —me interrumpió antes de que yo pudiera hablar—, lo sé: ni siquiera a Tristán.

*****

Mamá pidió unos días en el trabajo. Durante aquellos días la casa parecía un cementerio desde que nos levantábamos hasta que nos acostábamos. Yo procuraba ocuparme de cocinar y de la compra. Mi padre seguía a lo suyo y apenas colaboraba.

Quien me sorprendió fue Fran. Se parecía tanto a mi padre físicamente, con los mismos ojos azules penetrantes, el cabello moreno con algunos rizos y la misma complexión delgada, como de diferentes eran en carácter y personalidad. A mi hermano no hizo falta decirle nada. Se levantaba, recogía su cuarto y preparaba el desayuno para los cuatro. Eso incluso antes de que despertara nadie. Cuando terminábamos de desayunar, recogía todo, lo metía en el lavavajillas y se vestía para ir al instituto. De tarde, al volver, aspiraba el salón y limpiaba el baño de la planta baja. Con su ritmo cansino de adolescente inconformista hastiado de la vida, pero todo quedaba hecho.

Pasamos toda la semana así, hasta que, al miércoles siguiente, mi madre se levantó de mejor humor.

—He hablado con papá —comentó. Bebió un sorbito de su café antes de continuar—. El plan de EEUU sigue en pie.

—Pero mamá —protesté—. Podemos esperar a que te den los resultados y, después, decidimos qué hacer.

—Hay casos en los que hay que tratarse antes de la operación; tu tío ya ha hablado con un hospital en Florida por si fuera necesaria la quimioterapia. Lo que no quiero es esperar y luego perder la oportunidad sin motivo.

—Ay, mami —suspiré. Me levanté y la abracé—. ¡Saldremos adelante todos juntos!

Fran se unió al abrazo.

Parecía que había recuperado algo el ánimo, así que fuimos a comprar todo lo necesario para la fiesta.

—Vamos a ver si hay algo para veganos —comenté.

—¿No te habrás hecho vegana? —me preguntó mi madre abriendo los ojos, asustada.

—No. Es para Tristán, el novio de Silvia.

—¿El insufrible?

—El mismo.

—Bueno, no me extrañaría de ti que te volvieras vegana: cada día se te ocurre algo nuevo...

—¿Me estás piropeando o riñendo?

Mi madre movió la cabeza sin dar más respuesta. Le sonó una notificación y se detuvo a mirarla. Mientras, fui a buscar unas hamburguesas a base de proteína de guisante que, decían, simulaba el sabor de la ternera y añadí un paquete de cuatro al carro.

—Mañana tengo cita a las 10:20.

Con los preparativos de la fiesta habíamos olvidado por completo el asunto.

—Me he puesto nerviosa —confesó mi madre. Alzó la mano para mostrarme cómo le temblaba el pulso.

—Estamos a tiempo de cancelar la barbacoa.

—No, hija, de verdad que no.

—Llamo a la gente y lo dejamos para otra ocasión.

—Estoy nerviosa, pero preparada para cualquier situación. Mañana, pase lo que pase, habrá barbacoa.

—¡Ay, mami!

Apoyé mi cabeza en su hombro y, a continuación, la abracé con fuerza tratando de transmitirle mi apoyo. A pesar de su aparente calma, podía sentir la preocupación que se cernía sobre ella.

—Vamos para casa.

Ella asintió y atravesamos el supermercado mientras me asombraba una vez más de la fortaleza que irradiaba mi madre y su capacidad para afrontar lo desconocido con valentía.

*****

—¿Has invitado a algún amigo a la barbacoa? —le pregunté a Fran para tratar de no pensar mientras mis padres estaban en consulta.

—No —contestó con seriedad—. Se lo he dicho a Ángela, pero no puede venir.

—¿A nadie más?

—Con Ángela tengo confianza para estar mal. Con el resto, paso de fingir que estoy bien cuando es posible que mi madre se esté muriendo.

—Joder, Fran. No digas eso.

—Mira, Sara, quizás estemos esperando la peor noticia de nuestra vida.

Al poco vimos a mis padres venir por el pasillo. Mamá corrió hacia nosotros y nos abrazó. No podía distinguir si estaba contenta, aliviada o destrozada. Mi padre sonreía, así que tenían que ser buenas noticias.

—¡Va a ir todo bien! —dijo mi padre pasándome el informe—. El tumor aún se encontraba

en estadio I.

«Por esto, el tratamiento recomendado es mastectomía parcial con conservación del seno, donde se procederá al corte del tejido canceroso sin necesidad de extirpación», había escrito el médico.

—O sea, ¿te intervienen y ya está? ¿Hay que hacer quimio o algo parecido?

—No, no, nada. Bueno, después de la intervención tengo que tomar un medicamento…

—Mm —murmuró mi padre buscando en el informe—. *Trastuzumab*.

—Eso. No sé qué dijo de positivo en *nosequé2*.

—HER2 —apuntó mi padre tras buscarlo en el papel.

—Bueno, luego lees el informe, pero que, al no haber metástasis, se puede tratar con medicamento, sin necesidad de quimio.

—¡Qué bien! ¿Estás contenta?

—Mucho, hija. Hay que intervenir, pero dadas las circunstancias no me imaginaba que fuera así de sencillo.

*****

—Estoy nervioso —dijo Jon cuando le abrí la puerta.

Mi padre ya estaba en el jardín preparando la barbacoa.

—A mi madre le vas a encantar, ya verás.

—Estoy nervioso por tu padre, no por tu madre.

—A mi madre le vas a encantar, ya verás.

Lo repetí para hacer la broma, pero, en realidad, yo también estaba preocupada por la reacción que podría tener mi padre, quien nunca supo nada de Ramón… ni de nadie.

—Está de buen humor, así que intenta relajarte.

—Por cierto —me giró y me llevó hasta él—, estás preciosa.

—Anda ya. Me he puesto los tejanos de andar por casa y esta chaqueta vieja.

—Y ese aire desaliñado me pone enfermo.

Me apretó contra él y me besó con ansia.

—Veo que los nervios no te quitan el apetito.

Sonreí, juguetona; él me miró con deseo y me dio una nalgada. Tiré de él hasta la cocina, donde mi madre preparaba aperitivos junto con sus dos amigas. Al vernos, lo soltó todo y vino corriendo hacia nosotros.

—¡Jon! Qué alegría conocerte.

Le abrazó con fuerza mientras le daba un beso en cada mejilla.

—Encantado, señora.

—Llámame Esther.

—Encantado, Esther —saludó luciendo su mejor sonrisa.

—Sí que es guapo —comentó mirando hacia mí mientras le tocaba el brazo a Jon.

—Córtate, mamá. Es mi novio, ¿vale? Vete a buscar a tu marido.

—Cierto. Vamos a presentárselo a papá. Oye, ¿tú no tienes una chaqueta más vieja y llena de bolas que ponerte? —me recriminó. Entorné los ojos—. Siempre te provoca picores todo, pero esa chaqueta ponzoñosa que da dentera solo de mirarla, no; esa, no.

Agarró de la mano a Jon y fuimos al jardín. Mi padre estaba con sus amigos nada más salir, alrededor de la parrilla.

—¡Perdón! —gritó mi madre para que se apartaran todos—. ¡Momento familiar! Disuélvanse —bromeó—. Este es Jon.

Mi padre tomó un trago de su lata de cerveza y miró a Jon de arriba abajo, aunque no parecía entender por qué se lo presentaban.

—Es mi novio, papá.

Di un paso al frente y agarré a Jon del brazo, quien extendió la mano para saludar a mi padre.

—Encantado, señor.

Mi padre estrujó la lata y la lanzó a un cubo de basura que tenía a dos metros.

—Sara, ¿nos traes una cerveza?

—Oh, no, yo prefiero una cola —respondió Jon con timidez.

—¿Vas a rechazar tomarte una cerveza conmigo?

—Papá, no empieces con tus tonterías. No le hagas caso —le advertí a Jon—. Está bromeando.

—Bueno, tráeme una cerveza y a… —dijo mi padre.

—Jon, papá.

—Tráeme una cerveza también—accedió Jon.

Cuando entré en casa, mi hermano se levantó del sofá y entre los dos sacamos un barreño enorme con agua y hielo que colocamos justo a la entrada del jardín, a la derecha, antes de la cabecera de la mesa y frente a la barbacoa.

—Aquí —ordené, apoyándolo junto a la pared—. Ahora os traigo lo vuestro, señoritos.

—¡Me cae bien este chaval! —comentó mi padre sujetando por el hombro a Jon—. ¡Juega de extremo derecho, como yo!

—Como tú hace treinta años, quieres decir —repliqué.

—Mira —le explicó a Jon ignorando por completo mi comentario—, yo siempre jugaba a pierna cambiada. Era muy rápido. Llegaba a línea de fondo y recortaba hacia el interior con mi pierna buena. ¡Se la comían todos!

—Ay, papá. Déjate de tus historias de *boomer*.

—Por cierto, Sara, ¿qué es esta mierda de guisantes o no sé qué?

—Es para el novio de Silvia; es vegano.

—¡¡Lo que me faltaba!! Un vegano en una barbacoa. Para eso que no venga.

—Tú ponlas con el resto. ¡Qué te cuesta!

Mi padre se quedó bufando. Yo me alejé y los dejé junto al fuego para que mi padre instruyera a Jon en sus cosas de machito. Ya era la hora en la que iba a llegar la gente. Quería estar con los que realmente me sentía a gusto, así que invité nada más que a los de la pandilla de siempre: Azu y Marcos, Verónica y Raúl, Juan, que venía solo, y Sabrina, quien dijo que vendría con una amiga. Supuse que era su nueva novia, pero que aún no se atrevía a llamarla así.

—¡Azu, esa morenaza guapa! —la piropeé cuando aparecieron.

—Y yo soy lo que viene con ella —bromeó Marcos.

—Anda, que estás muy guapo también.

—Esta es Rebeca —me presentó Sabrina. Era una chica más alta que yo y con un tipazo tremendo.

—¿Qué tal? —Me acerqué y le di dos besos—. ¡Vaya corte te has metido! —le comenté a Sabrina, que se había cortado su larga melena cobriza.

—¡Eh! No toques —objetó mientras se apartaba hacia atrás y simulaba peinarse de nuevo

—. Este estilazo lleva su tiempo. Oye, ¿puedes enseñarnos tus novelas? Rebeca trabaja en una editorial y publican misterio, novela negra y cosas así.

—¿En serio? Sí, sí, por supuesto. Además, la última que he escrito la tengo encuadernada y todo, así la puede llevar para leerla y darme su opinión.

Entré ilusionada en casa. Además de la buena noticia de mamá, ¿podría ser ese el inicio de la publicación de mi libro? Fran estaba en el sofá mirando el móvil, con la capucha de la sudadera cubriendo su cabeza, escondido del mundo.

—¿Te diviertes? —pregunté con sorna.

—No está mal —respondió sin levantar la cabeza.

—¿Echas de menos a Ángela?

—Algo.

—¿Seguro que no queréis ser novios ni nada?

—Llevas haciéndome la misma pregunta desde que tenía ocho años. Como somos chico y chica, tenemos que ser novios a la fuerza, ¿no?

—Es que os veo tan bien juntos que me parece imposible... Pero ya me callo. ¿Vienes para afuera?

—Prefiero quedarme aquí.

—Todos necesitamos relacionarnos y pasar buenos ratos con los demás.

—Ya. Pero si no me interesa nada de lo que dicen o hacen, prefiero estar solo —replicó sin mirarme.

Una vez en el jardín, busqué a Sabrina y Rebeca, que estaban de pie con el resto del grupo, más allá de donde terminaba la mesa.

—Esta es la última que he escrito —informé mientras le daba el ejemplar a Rebeca.

—*El rencor del almendro* —leyó mirando la portada—. Me gusta. Un título muy sugerente.

—Es la historia de…

—No, no me digas de qué trata. A veces, es mejor leer una novela a ciegas.

—Sobre todo, si es de novela negra, como en este caso —añadí.

—Ya se la pasaré al editor para que la lea y nos pondremos en contacto contigo.

—¡Ay, genial! No sabes la ilusión que me hace.

—Esto te lo mueve Rebeca en tres días, verás —sentenció Sabrina.

—En cuanto tenga la valoración editorial, hablaremos.

—¡Qué bien! —intervino Verónica. Se dirigió a Rebeca—. Te va a encantar. Bueno, y al editor. Está genial.

—¿Lo has leído? —le preguntó Rebeca.

—Sí, y me ha encantado. Los otros dos me habían gustado, pero se nota que madura con cada libro que escribe.

Jon me saludaba desde la barbacoa. Parecía pasárselo bien con mi padre, así que no hice intención de buscarlo hasta que me miró con cara de cordero degollado y me acerqué.

—¿Qué tal, cariño? —se interesó mi padre dándome un beso en la mejilla.

Uno de sus amigos le lanzó una lata de cerveza.

—¡Vaya ritmo llevas!

—¡Es un gran día! Llama a mamá y a Fran, vamos a comer. —Miró a Jon y le puso la mano sobre el hombro—. En familia.

Los cinco, incluyendo a Jon, nos colocamos en el extremo más cercano a la barbacoa y a la entrada a la casa. En el lateral de la pared, próximo a la puerta, se sentó mi padre, quien invitó a

Jon a que se acomodara a su derecha. Yo me puse junto a Jon. Frente a mi padre, se sentó mi madre, y Fran a su izquierda.

—Guarda un poco el móvil —le ordenó mi padre.

Fran lo metió en el bolsillo del pantalón. Instintivamente miré el mío, lo puse en silencio y lo guardé en mi chaqueta.

—Y quita la capucha para comer. ¿Hoy no ha venido tu novia?

—No es mi novia —contestó con pereza a la vez que se echaba la capucha hacia atrás—. ¡Pesados!

—No contestes entre dientes —recriminó mi padre.

—Pues dejad de decir que somos novios.

—Es que lo parecéis.

—Somos amigos. Fin de la conversación —respondió Fran sin levantar la cabeza.

—Mejor echabas unos amigos normales.

—¿Cómo que normales? ¿Ángela no es normal?

—No me refiero a eso —matizó mi padre—. Me refiero a una pandilla de chicos para salir y divertirse. Pero, bueno, ya que preguntas… Ángela, normal, normal, tampoco es.

—No será normal según tus estándares simplistas de la vida —replicó Fran con desprecio.

—No te pases, chaval. A ver si la tenemos.

—Haya calma —intentó mediar mamá—. Estamos disfrutando de una barbacoa con los amigos, así que nos relajamos un poco todos.

—¡Me respetas, que soy tu padre! —gruñó mientras se ponía en pie.

—Te respetaré cuando tú respetes a los demás.

—De ti no he dicho nada, así que no te pongas tonto.

—Si hablas mal de Ángela, hablas mal de mí —señaló Fran con tranquilidad, en contraste con mi padre, quien alzaba la voz cada vez más.

—Lo que me faltaba. Ahora vamos a discutir por esa…

—¿Esa qué, papá?

Fran levantó la cabeza y miró a mi padre desafiante, con odio. Mi madre tiró de la pernera del pantalón a mi padre para que se callara.

—Dilo, esa qué.

Mi padre no abrió la boca, pero seguía en pie, desafiante. Fran azotó los cubiertos al plato, se levantó y salió de su sitio.

—¡A dónde te crees que vas! Estamos todos juntos, en familia, así que te sientas.

Fran siguió avanzando. Mi padre le agarró con fuerza del brazo cuando pasó a su lado.

—No vas a ninguna parte.

Mi padre le miraba con rabia, pero Fran le mantuvo la mirada como un témpano de hielo. Estuvieron unos interminables segundos así.

—¡Que te sientes! —ordenó, encolerizado.

Yo di un salto del grito. Quienes estaban cerca de nosotros ya estaban atentos a la conversación, pero mirando para otro lado, incómodos. Con la voz que había dado mi padre, ya estaban todos al corriente de que algo estaba pasando.

—¿Me vas a pegar? —recriminó Fran manteniendo la mirada sin pestañear.

—No me tientes —gruñó mi padre.

Mi padre continuaba sujetando a Fran con la mano derecha. Apretó el puño de su mano izquierda. Me temí lo peor.

—¡Papá, vale ya! —intervine.

—Sí, siéntate y hablamos —repuso mi madre.

Mi padre soltó el brazo de Fran, quien inmediatamente entró en casa.

—Estás castigado sin móvil un mes —despotricó mi padre, quien había cedido, pero quería mantener el orgullo intacto frente a los demás.

Fran lanzó el móvil encima de la mesa y entró en casa.

—Puto crío —bramó mientras se sentaba.

—No, papá, te has pasado —le dije.

—¿Empiezas tú ahora?

—Has llamado rara a su amiga del alma. Y con ello le has llamado raro a él también, claro.

—¿Cómo crees que se ha pagado esta casa? ¿Leyendo comics de esos japoneses? No. Trabajando como un cabrón desde los diecisiete años.

—Sí, papá, eso tiene mérito —expuse con tono conciliador, dejando que me contara una vez más la historia de siempre—. Has llegado a crear tu propio bufete partiendo de la nada, y tiene mérito, pero no tiene nada que ver con lo que ha pasado.

—Mira, ¡estoy de los rollos de los alternativos hasta los cojones!

En ese momento (¿podría ser más inoportuno?), entraste con Silvia, vistiendo tejanos rotos y desgastados, bambas negras, camiseta gris de Nirvana y un gorro que quitaste mostrando un pelo completamente desaliñado.

—Este es el vegano, ¿no? —bufó mi padre, mirándote con desprecio.

A mí me empezó a picar todo.

CAPÍTULO**10**

Te pusiste frente a mí con la mirada llena de odio. No sabías qué había pasado, pero dabas por hecho que yo era el culpable

Tristán

Tras dejar a mi madre en casa con mi tía, Silvia me acercó a la comisaría. En el mostrador me pidieron los datos y me ordenaron pasar hacia una habitación que estaba a la derecha, ocupada por cuatro mesas. Solo había un agente, quien me invitó a sentarme.

—Como le hemos informado por teléfono, hay una denuncia contra usted. Es de su padre, ¿no?

—Sí, pero es al revés. Él me agredió a mí.

—Aquí consta la declaración del agredido. Estaban en casa y usted se abalanzó sobre él. ¿Eso es cierto?

—Se iba con las llaves.

—No entiendo. ¿Qué llaves?

—Las de casa.

—Sigo sin entender.

—Mi madre y él se han separado. No tiene por qué tenerlas.

—¿Hay algún registro de que hayan iniciado trámites de divorcio?

—No, aún no es oficial, pero mi padre no debería estar en casa.

El agente tecleaba en su ordenador sin decir nada.

—Bien, entonces, usted se abalanzó sobre su padre y le agredió.

—No. Él me agredió a mí.

—Si usted se abalanzó sobre su padre, supongo que él intentaría defenderse.

—Fue él quien intentó darme algún puñetazo. Los primeros los logré esquivar, pero después me empezó a golpear. Me tiró al suelo y comenzó a darme patadas y puñetazos.

—¿Tiene algún parte de lesiones? ¿Alguna herida?

—No. Ya ha pasado algún tiempo y ya se me han quitado los moratones —contesté levantando la camiseta para comprobar si me quedaba alguna marca.

—¿Y no presentó ninguna denuncia?

—Mire. Sé que usted hace su trabajo e intenta apretarme las tuercas para ver qué digo, pero aquí lo que ha pasado es sencillo. No interpuse ninguna denuncia porque ya había puesto una contra él esa misma mañana —exclamé, algo alterado—. Ese hombre, al que usted defiende, casi mata a mi madre.

El agente apartó el teclado, reposó los brazos en el escritorio y entrelazó los dedos de sus manos.

—Fuimos al hospital para que la atendieron y, cuando regresé a casa, estaba allí ese hijo de puta que ¡casi mata a mi madre! —remarqué de nuevo—. Entenderá que no podía dejarlo marchar con las llaves. No puedo permitir que entre en casa cuando quiera hasta que un día mi madre se convierta en la portada de algún periódico.

—Ha visto usted muchas películas —contestó el policía—. Mi trabajo no es apretar tuercas; es tomar declaración y recopilar pruebas.

El agente no dijo nada más. Giró la pantalla del ordenador hacia mí. Fue pasando imágenes de mi padre, en las que se le veía con toda la parte izquierda de su cara desfigurada y el ojo

completamente amoratado e hinchado.

No se había chocado con la puerta al irse. ¡Se había dado un cabezazo! Con toda la sangre fría del mundo, se había autolesionado para cubrirse las espaldas en caso de que yo le denunciara. ¡Y para denunciarme él a mí!

—¡Qué cabrón! —exclamé indignado—. ¿No lo creerá a él? ¡Es un puto maltratador!

Reclinó el asiento hacia atrás con las manos todavía entrelazadas por los dedos, girando los pulgares dibujando círculos en el aire.

—Mire, esto no es ninguna broma. Un delito de lesiones como este, que requiere tratamiento médico, son de seis a doce meses de cárcel. Usted no tiene antecedentes, así que seguramente se lo conmuten por una multa a razón de cinco euros de cuota diaria. Eso siempre que la parte denunciante no reclame indemnización. Yo que usted me buscaba un abogado que le asesore.

Salí de comisaría. Sentí que el mundo se desmoronaba de mí. ¿De dónde iba a sacar dinero?

—¿Qué te han dicho? —se interesó Silvia a la salida.

—Necesito un abogado.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado?

—Ese cabrón. Es muy listo. Al irse oí cómo tropezaba contra la puerta. Me imaginé que era por los nervios, o yo qué sé, pero no. El muy zorro se autolesionó para ir al hospital, registrar un parte de lesiones y denunciarme.

—¿Qué dices? ¿No le habrán creído, no?

—Él tiene pruebas de que le agredí. Yo no tengo nada.

—Vamos a la barbacoa y hablo con Sara.

—¿Piensas que estoy yo para barbacoas?

—El padre de Sara es abogado. Podemos consultárselo.

—No. Ni una palabra de esto.

—¿Confías en mí? —preguntó mirándome a los ojos—. Pues deja que yo me ocupe. Siempre me he llevado muy bien con la familia de Sara: ya me las ingeniaré para informarme sin que se entere de lo que pasa.

Accedí, de mala gana, porque no sabía lo que me podía cobrar un abogado por una consulta, pero me temía que se esfumaría lo poco que había podido ahorrar. Y necesitaba ese dinero.

*****

En unos diez minutos llegamos a tu casa. Era más o menos como me la imaginaba: una bonita construcción a las afueras, independiente, de dos plantas con buhardilla, porche y jardín delantero.

Bajé la vista, cabizbajo y con cierta vergüenza por visitar tu casa, así que, para no pensar en nada, intenté concentrarme en el sinuoso camino de baldosas rústicas e irregulares que se extendía desde la acera hasta la puerta. Cada baldosa, con un color distinto y de una forma única, era fruto de su propia historia de años de sol, lluvia y pisadas que convertían a cada una de ellas en algo único e irrepetible. Como cada uno de nosotros.

Llamamos al timbre y, como nadie abría y Silvia conocía bien la casa, decidimos entrar. Atravesamos el salón que estaba a la entrada. El sofá de cuero negro situado a la derecha era enorme. Servía de separador con la zona del salón, a la vez que creaba una especie de pasillo

para ir hacia la cocina o subir las escaleras de acceso al piso superior.

Cruzamos la cocina. De concepto abierto, claro. Era una casa que parecía sacada de un programa de reformas. Desde ahí ya se oían las voces de la fiesta. Tú estabas con tu familia en la cabecera de la mesa más cercana a la barbacoa, situada frente a la puerta de entrada a la casa.

Antes incluso de que nos vieras, tu padre me observó de arriba abajo y, con un desprecio absoluto, murmuró: «este es el vegano, ¿no?». Miré para otro lado y resoplé. No era el día apropiado para que nadie me dijera nada, aunque preferí actuar como si no lo hubiera escuchado.

—¿Qué tal? —preguntaste mientras te incorporabas.

—Sentimos llegar tan tarde —se disculpó Silvia.

Tus padres también se levantaron de la mesa, lo que aprovechó tu padre para mirarme con desprecio de nuevo. Estuve a punto de irme en ese mismo momento, pero Jon me acercó una *Ranses* y me dijo que te habías acordado de llevarlas para mí, y eso me animó.

—Te hemos preparado unas *No Meet Maura* —me explicaste.

—Te agradezco mucho el detalle.

En aquel momento, que alguien tuviera un gesto amable hacia mí me alegró el día.

—Y por las mesas hay hummus y guacamole —añadiste.

Con los nervios a flor de piel, sentir que alguien se había interesado por hacerme sentir bien me emocionó. Estaba serio por el día que llevaba, pero creía que podría ser el inicio de una relación más normal entre tú y yo.

—No quería que solo pudieras comer un poco de lechuga.

Me gustó que fueras capaz de reírte de tus propios fallos, haciendo referencia a tu metedura de pata del día en que nos conocimos. Por un momento, mientras comíamos y charlábamos, me olvidé de mi madre, de la denuncia, de mi padre… «¿Podríamos llegar a ser amigos algún día?», me pregunté.

—Tengo curiosidad. Voy a probar una *No Meet Maura* —dijiste cuando yo estaba colocando la hamburguesa entre el pan.

—Ojo, repiten bastante —te advertí.

—¿En serio? ¿Y por qué no has dicho nada?

—Porque me ha gustado el detalle de que las trajeras, pero todo lo que está elaborado a base de proteína de guisante me repite un montón.

—A ver si no vas a ser tan borde como quieres aparentar… —bromeaste.

—Tranquila, solo soy borde los jueves. Y hoy es viernes.

—¡Un alivio! ¡Joder, qué bueno está esto! –exclamaste al probar la hamburguesa.

—Déjame probar –te pidió Jon. Le dio un bocado, arrugó la nariz y apartó la hamburguesa–. Para ti, para ti.

Al apartarse Jon y dejar de agarrar la hamburguesa, estuvo a punto de caerse, pero la sujetaste con fuerza, como si fuera el último trozo de comida sobre la faz de la Tierra.

Jon se levantó para ir al baño y, cuando regresó, comentó que Fran estaba sentado en el sofá.

—Me he sentado con tu hermano para intentar entablar conversación, pero me respondía con monosílabos hasta que me echó de allí.

—¿Te echó?

—Bueno, me dijo que prefería estar solo.

—Mi hermano Fran —me explicaste— es muy introvertido.

Cuando fui yo al baño lo comprobé. Él estaba sentado en el sofá junto al montón de

cazadoras de los invitados, solo, mirando el móvil, con la cabeza cubierta por la capucha de su sudadera.

—Hola, ¿el baño?

—Está arriba —contestó sin mirarme.

—Cuando vuelva, ¿te apetece salir con nosotros?

Me senté en el reposabrazos del sofá.

—No, estoy a gusto aquí.

—Genial. No sé si a ti te pasa; a mí no me cuesta hablar con gente, pero siempre tengo la sensación de no encajar del todo en ningún sitio.

Él apenas movió la cabeza. Me levanté y me dirigí a la escalera.

—¡Oye! —me llamó. Giré la cabeza—. Tú eres el vegano, ¿no?

—Prefiero que me llamen Tristán, la verdad. Pero sí, soy vegano.

—Ya, perdón. ¿Puedes explicarme algo?

—Dime.

—¿Puedes explicarme por qué tomaste esa decisión?

—Puf —resoplé, girándome hacia él—. Era lo que me faltaba para caer bien a tu familia: explicarte algo y que digas que te haces vegano tras tener una charla conmigo.

—Tranqui, no les diré que he hablado contigo. Tampoco me entenderían.

—En mi caso —dije, sentándome otra vez en el reposabrazos—, todo parte de la rabia que me provoca la prepotencia que demuestra el ser humano hacia todo, apoderándonos de cualquier territorio y seleccionando a los ejemplares que más nos benefician hasta crear razas que son casi como engendros que no pueden sobrevivir sin nosotros.

—Somos lo peor. Pero… en la ganadería de toda la vida no se trata mal a los animales, ¿no?

—Según como lo veas. ¿Consideras que matar a un ser que no quiere morir es tratarlo bien?

—¿Cómo podemos saber eso? ¿Cómo podemos saber que un animal siente y que desea vivir?

—Mira a un cerdo hacinado y dime que sus ojos no te dicen nada. Además, tienen un sistema nervioso central como el nuestro. A los perros les damos la potestad de sentir y no negamos sus emociones. En un cerdo o una vaca no queremos verlo, porque los tratamos como recursos, no como seres con la capacidad de sentir.

Tú y Jon entrasteis en casa. Miré hacia el exterior y comprobé que Silvia había aprovechado para acercarse a tu padre y hablar con él. Os dirigisteis a la escalera y miraste hacia mí con cara de sorpresa al comprobar que tu hermano estaba hablando conmigo para, a continuación, regalarme una sonrisa. ¡Qué bonita podía ser esa puñetera sonrisa tuya!

—¿Me puedes pasar el enlace de algún documental? —me pidió Fran.

—No —contesté. Me miró, asombrado—. Si ves un documental, es posible que la tristeza y la rabia te hagan dar el paso. Mi consejo es que lo des desde la razón y la empatía. Investiga. Comprueba por ti mismo todo lo que quieras: nutrición, cuestiones morales, formas en las que explotamos a los animales… Después de todo eso, si estás convencido, busca los documentales que quieras.

—Gracias, tío.

Le quité el móvil de la mano, añadí mi contacto y se lo lancé de nuevo.

—Cualquier duda que tengas, consúltame.

En el jardín, Silvia seguía hablando con tu padre, quien agarró una costilla de la barbacoa y le dio un mordisco.

—No sabes lo que te pierdes, chaval —dijo, mirando hacia mí.

—Hace dos años que soy vegano, así que aún recuerdo cómo sabe una costilla. Pero gracias.

La tarde estaba siendo apacible, y tal como se habían presentado esos días eso ya era decir mucho, así que preferí no decir nada más. Me vibró el móvil, así que aproveché la ocasión para retroceder un paso hacia atrás y dejar que Silvia continuara la conversación mientras yo consultaba el mensaje.

Rosa
Tu padre está en casa. Va a hablar con tu madre.
No te preocupes. No la dejaré sola.

La tranquilidad de esa tarde se esfumó definitivamente. Sonó la notificación de otro mensaje y el oído comenzó a pitarme de nuevo. Rosa estaba allí y eso me tranquilizaba un poco, pero necesitaba ir a casa. Me acerqué a Silvia y le enseñé la pantalla con el mensaje.

—Vámonos —dijo Silvia al instante—. Voy a buscar la cazadora.

—Os manejan como quieren, ¿eh? —vomitó tu padre.

El comentario me cabreó, pero no hice caso. Estaba bastante borracho y quería provocarme para hacerse el gracioso delante de sus amigos, así que no le di mayor importancia. Ya me iba, así que no merecía la pena entrar en polémicas.

—Tanto feminismo, tanto feminismo; os tienen acojonados.

—¿Cómo? —Me giré hacia él intentando escuchar con el oído derecho, porque con el izquierdo apenas escuchaba nada más que un zumbido agudo muy desagradable—. ¿En serio un abogado está en contra de que se busque la igualdad?

—¿Qué igualdad? Igualdad ya la tienen. Está en la Constitución. Ahora lo que quieren es mandar ellas. Y tú, que vas de *salvacausas* con tus mierdas y tus animales, se ve que eres un *mandilín*; esa hará contigo lo que le dé la gana, porque hoy en día sois unos blandengues.

Yo me estaba calentando. Me recordaba tanto a cómo hablaba mi padre que era como verlo a él, pero lo que me cabreó por completo fue cómo pronunció «esa» refiriéndose a Silvia.

—No se confunda. Yo tengo la suficiente autoestima para pensar que me van a valorar por cómo soy: no tengo que fingir ser un modelo de autoridad.

El móvil seguía sonando. Me apreté la oreja para intentar calmar el dolor. Tenía que irme

Rosa
Tu padre me ha echado.
Estoy en el rellano.

Yo
¡Llama a la policía! ¡Ya!

—¡Qué dices, mocoso! ¿Insinúas que me quieren por miedo? —bramó tu padre mientras yo contestaba los mensajes—. ¡¿Qué sabes tú de nosotros?!

Yo

Llegaré en diez minutos.

Empezó a despotricar contra mí, aunque ya me daba lo mismo lo que pudiera decirme. Solo pensaba en mi madre. Y en ese pitido insufrible que me nublaba la mente.

—¡Salte de mi casa! —gritó—. Cuando tengas lo que yo he conseguido, podrás hablar conmigo. El modernillo de los cojones…

Respiré para intentar calmarme. Cuando Silvia salió con su cazadora en la mano, le di el móvil para que leyera los mensajes.

—Le pega mucho tener esa novia rarita que va de artista —les dijo a sus amigos—. Y de color, claro, que eso es muy alternativo. No sé qué he hecho mal, pero se ve que a mis hijos les van las amigas raritas.

En ese momento no pude evitarlo. Me giré y le di un puñetazo en toda la cara. Silvia estaba de vuelta, paralizada, junto a la puerta de entrada al jardín. En sus ojos comprobé que lo había escuchado todo. Ella tenía cariño a toda tu familia, y que tu padre hablara así de ella la hirió en lo más profundo.

Tu padre se cayó hacia atrás por la potencia del puñetazo, llevándose la barbacoa con él al suelo. Temí que se hubiera quemado con las brasas, aunque al instante se levantó e intentó abalanzarse sobre mí, aunque sus amigos lo detuvieron.

Silvia me devolvió mi móvil; me había llegado otro mensaje.

Rosa
Tengo miedo.
Oigo golpes.

Ya iba a salir por la puerta del jardín cuando viniste hacia mí y me agarraste por el brazo. Te pusiste frente a mí con la mirada llena de odio. No sabías qué había pasado, pero dabas por hecho que yo era el culpable. Tu padre nos había insultado a mí y, sobre todo, a Silvia, a tu mejor amiga. No obstante, no te preocupaste lo más mínimo por saber qué había ocurrido. Tenías tu sentencia.

No dije nada. Respondí a tu mirada altiva con una de indiferencia. Para mí, cualquier relación que pudiéramos tener había muerto en cuanto me sujetaste por el brazo y me declaraste culpable con esa mirada llena de desprecio.

Me solté y seguí mi camino. No me importaba nada de lo que pasara en aquella casa. Tú me sujetaste de nuevo, pero esa vez ni me dio tiempo a reaccionar. Silvia salió del ensimismamiento y te separó la mano de mi brazo con fuerza.

—¡Suéltalo! —te gritó, nerviosa.

—¿No le disculparás?

—¡Que lo sueltes!

Silvia estaba fuera de sí. Tu padre, el padre de aquella a la que llamaba «hermana», la había despreciado, y Silvia no era aquella adolescente que se hacía pequeñita cuando la insultaban. Ya no.

—Ni se te ocurra decir una palabra más —te dijo Silvia.

Le puse la mano en el hombro para indicarle que teníamos que irnos. El móvil sonó de nuevo.

Rosa

Tengo miedo.
Ven rápido.

—¡Ni una palabra! —repitió Silvia, mirándote con odio.

A mí ya no me preocupaba la discusión con tu padre, ni el desprecio, ni tu actitud. Ni siquiera el pitido incesante que me impedía oír mis propios pensamientos. Todo aquello me parecían frivolidades de adolescente comparado con lo que podría estar pasando en mi casa. Solo me preocupaba llegar allí lo antes posible. Antes de que pudiera ser tarde.

CAPÍTULO**11**

Cerré la puerta, dejando tras de mí demasiadas historias que jamás debería vivir ningún niño

Tristán

Parecía mentira que aquel coche tan pequeño y antiguo corriera tanto. El trayecto de diez minutos quedó reducido a seis gracias a la temeridad de Silvia al volante. Frenó frente a mi portal y salí del coche mientras ella iba a buscar aparcamiento. Subí los peldaños de dos en dos, ansioso por comprobar cómo estaba la situación. Antes de llegar arriba logré ver a dos policías, junto con mi madre, mi padre y Rosa.

—¿Estás bien? —pregunté a mi madre, todavía jadeando por el esfuerzo.

—Sí, hijo —balbuceó, empastillada—. No ha pasado nada.

Mi padre me miró con una sonrisita cínica. Él sabía que llamaríamos a la policía, así que evitó cualquier enfrentamiento. Quizás es especular demasiado y dotar a mi padre de una inteligencia para la estrategia por encima de lo que era capaz, pero, premeditadamente o no, aquella visita me daba a entender que podía presentarse en cualquier momento con total impunidad.

Mi tía estaba en el otro extremo del rellano, muy nerviosa. Me acerqué a ella y le pasé el brazo por encima del hombro.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Asintió moviendo la cabeza como a espasmos, sin atreverse a abrir la boca.

—Señores, intenten no molestar si no hay motivo —amonestó uno de los agentes.

A mí me hervía la sangre, aunque sabía que cualquier cosa que hiciese o dijese podría ir en mi contra y a favor de mi padre.

—Yo me voy también —dijo mi padre con prepotencia.

Bajó detrás de los policías. Silvia estaba subiendo, así que no entré en casa para esperar por ella. Mi padre se giró para mirarla sin disimulo y le sonrió con malicia. Ella agachó la cabeza y continuó subiendo. ¡Qué asco me daba aquel hombre!

En cuanto Silvia llegó arriba, le di un abrazo y entramos los cuatro en casa.

—Ay, hijo —me empezó a contar mi tía por el pasillo—, ¡qué miedo he pasado!

—¿Cómo ha sido?

—Vamos a sentarnos, que traigo una fatiga… Creo que no lo he pasado tan mal en mi vida.

Mi tía se sentó junto a mi madre en el sofá de rayas verticales y tonos ocres y crema situado frente a la puerta del salón, mientras Silvia y yo nos sentamos en sendas butacas a juego, una a cada lado del sofá, separadas por la mesa de mármol.

—Ay, hijo, no podéis vivir así.

—Ya —contesté, haciendo ver que era obvio.

—Tu padre entró sin llamar. Cuando oí la puerta, me acerqué y le saludé. Al principio conversaba con naturalidad; incluso con simpatía. En cuanto le dije que no me parecía oportuno que hablara con tu madre, comenzó a alzarme la voz. Estaba un poco alterado, aunque no le di mayor importancia. Se sentó donde estás tú para hablar con tu madre. Le preguntó qué tal, no sé, todo muy normal. Fue cuando te envié el mensaje de que estaba aquí.

—Y después te echó de casa.

—Tu madre estaba hasta arriba de pastillas, aunque noté que se ponía más nerviosa cada

vez que tu padre hablaba, hasta que se tomó otro orfidal. Tu padre se puso en pie y empezó a gritarle a tu madre. Le recriminaba que lo había estropeado todo, que vaya plan todo el día con las pastillas, que ya la ponía él a descargar ruedas y seguro que se le acaba la tontería de la ansiedad…

—¿Le pegó? —le pregunté a mi tía.

—No, pegar, no. Yo estaba intentando calmar la situación. Le dije que se relajara un poco para hablar las cosas. Me agarró con fuerza por la espalda. Parecía endemoniado. Me llevó a rastras por el pasillo, me sacó al rellano y cerró la puerta.

Mi tía, que seguía temblando, se puso a llorar. Me levanté y me senté en el reposabrazos de madera junto a ella para abrazarla.

—¿Quieres una tila?

—Sí, gracias, hijo.

Me levanté para ir a la cocina, aunque Silvia me hizo una seña mientras se incorporaba para ir ella a preparar la infusión.

—Tenéis que salir de aquí. Cualquier día hay una desgracia.

—Ya lo sé, tía. Por eso he empezado a trabajar, pero todos los alquileres exigen dos meses de fianza y tres meses por adelantado. No sé el tiempo que pasará hasta que logre ahorrar para permitírmelo.

—¡Ay, Virgen Santa! —exclamó, santiguándose—. No, no. Hoy mismo hacemos las maletas y os meto en mi casa. No sé cómo… La habitación de Rosita tiene dos camas. Que duerma Bertín allí una temporada.

—No sé, tía, están los dos en una edad que no les gustará compartir habitación. Necesitan intimidad.

—Oye, que se apañen. Yo, cuando era niña, compartía habitación con mi hermana y dos hermanos. Y dormí con ella hasta que tenía quince años. Mira, tu madre dormirá en la habitación de Bertín. Y tú… ¿Te importa dormir en el sofá?

—No, no. Ya es un incordio estar en tu casa como para ocuparos el salón. Tengo un colchón hinchable; lo colocaré en la habitación con mi madre.

—Hecho, entonces. Ah, y tú eres una más de casa —le dijo a Silvia—. A Rosita le va a encantar conocerte.

A los quince minutos estábamos saliendo por la puerta. Antes de cerrar, eché un vistazo con cierta nostalgia. Sabía que no volvería a vivir en la casa de mi infancia. No es que recuerde la niñez con demasiada alegría: no éramos precisamente una familia feliz. Pero sentí que, al cerrar aquella puerta, estaba cerrando mi adolescencia.

Ya era un adulto. La vida me obligaba a ello. Claro que regresaría a aquella casa a buscar algunas cosas, aunque ya no volvería a ser mi hogar. Cerré la puerta, dejando tras de mí demasiadas historias que jamás debería vivir ningún niño.

*****

Terminamos de instalar a mi madre y nos fuimos a buscar el coche, porque ya llegaba tarde a trabajar.

—¡Vaya cara que traes! —dijo Melania cuando me vio entrar.

—Gracias, mujer. Tú también estás muy guapa.

—Lo sé —bromeó, echándose el pelo hacia atrás como en un anuncio de champú—. Pero tú

traes una cara…

—Ha sido un día intenso.

—¿Qué ha pasado?

—Puf, de todo. Comisaría, pelea, mudanza…

—¿Comisaría? —dijo con cara de sorpresa más que de susto—. ¿Pelea? ¿Tú?

—Yo soy un chico malo, ¡qué piensas!

—Sí, sí, terrible. Mira, Tristán, conmigo no hace falta que uses el humor de tapadera. Sé que estás mal. ¿No quieres contarme por qué? Perfecto, lo entiendo. Recuerda que quedamos en ser amigos, y serlo es escuchar lo que me quieras contar, pero también es respetar que te guardes para ti lo que consideres. Lo que no puedes es fingir. Eso no se hace con los amigos.

No supe qué decir. Melania tenía esa capacidad para sorprenderme cada día y hacerme reflexionar sobre puntos de vista que ni se me habían ocurrido. Y tenía razón una vez más. Con ella no tenía que fingir: con ella me sentía yo mismo. Las bromas tenían algo de coraza, aunque también bromeaba porque me transmitía confianza y con ella me sentía yo mismo.

A pesar de que la música avivó el zumbido de mi oído, el trabajo me obligaba a olvidarme de las preocupaciones de un día tan angustioso.

—Tengo curiosidad por la pelea —me dijo Melania mientras echaba ron en el vaso a un cliente.

—¿No tienes un vaso más ancho? —le preguntó el chico a voces, acercándose a ella por encima de la barra todo lo que pudo.

—No —respondió Melania, tajante—. ¿No te entra la nariz o qué?

—Si te dijera lo que no me entra…

—La bocaza seguro que no. —El cliente se marchó con su vaso mascullando algún juramento—. ¡Eso, la pelea! —volvió a decir mirando hacia mí—. Si quieres contar algo…

—En realidad, no fue una pelea. Le solté un puñetazo al padre de Sara.

—Ju, ju, ju —exclamó, asombrada—. Espera. ¿Sara? ¿Qué Sara? ¿La amiga de Silvia? —preguntó—. Qué bueno.

—No es para estar orgulloso.

—Un ron con cola y una cerveza —pidió un chico acercándose a Melania.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mientras echaba hielo en un vaso para el ron—. Porque no te veo yo de los que dan puñetazos por deporte.

—Buf, se juntó todo. Llevaba un día horrible y él no dejaba de provocarme. Al principio, pasé de él. A medida que me insultaba me fui calentando, pero, cuando ya me iba…

—¿Qué haces cuando salgas de trabajar? —le gritó el cliente a Melania.

Ella intentó seguir mi historia sin prestarle atención.

—¿Qué haces cuando salgas? —repitió, hablando más alto, como si el problema hubiera sido que no le hubiera oído.

—No sé qué haré —respondió girándose hacia él—. Lo que tengo claro es lo que no voy a hacer: quedar contigo.

El chico la insultó entre dientes y se fue con los vasos.

—Pues eso, que llevaba un mal día, me calentó la cabeza desde que llegué y, cuando me iba, menospreció a Silvia con una prepotencia inaguantable. Me giré y le solté un puñetazo tan fuerte que cayó hacia atrás con la barbacoa y todo.

—¿Me pones dos cervezas? —le pidió un chico.

Había terminado de colocar los vasos del lavavajillas e iba a atender a gente al otro extremo

de la barra.

—Y si tienes un minuto me gustaría hablar contigo —dijo el chico cuando Melania le acercó las dos cervezas.

Me quedé cerca para escuchar.

—¿En serio? ¿No se te ha ocurrido nada mejor?

—No es para hablar conmigo —continuó el chico—. Mi amigo —señaló hacia una columna donde estaba apoyado otro chico—. Le gustas desde que ibais a primaria.

—¡Qué cuqui! —dijo Melania con ternura—. No me doy cuenta de quién es.

—No me extraña. No ha hablado contigo en su vida, pero a nosotros nos tiene aburridos.

Melania salió de la barra, se acercó a él y comenzaron a conversar. Me esforcé por ver quién era y le conocía: era Rodri, un buen tío. Y muy guapo. Era más alto que yo, moreno, con el pelo ligeramente ensortijado y algún gracioso bucle en el flequillo. Sus rasgos, aunque algo infantiles todavía, remarcaban su mirada enigmática.

Tras estar un buen rato charlando y bromeando con él, volvió al trabajo.

—Entonces, el héroe que rescata a su damisela, ¿no? —me preguntó para continuar con la conversación.

—Si quieres pensar eso… El caso es que, cuando insinuó que yo estaba saliendo con una chica «de color» por hacerme el interesante, no pude evitarlo.

—¿En serio dijo eso?

—Ese desprecio me sacó de mis casillas.

—Qué fuerte. Oye, y después de eso, ¿Sara se atreve a venir por aquí?

—¿Cómo?

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta. Alcé la vista y me di de bruces con tu mirada. Aunque traté de mantener la calma, toda la tensión del día se abalanzó sobre mí y me tembló todo.

CAPÍTULO**12**

Y ahí estaba yo, agachando la vista, incapaz de mantener tu mirada de hielo

Sara

Yo no daba crédito: no me creía que alguien fuera a una casa ajena y golpeara al anfitrión; y mucho menos que mi mejor amiga, mi hermana, defendiera esa actitud.

—¿Y te extraña?

Esa fue la respuesta de Fran cuando salió al jardín y le conté lo que había ocurrido.

—Lo raro es que no haya pasado antes —añadió.

La gente, poco a poco, incómoda tras lo sucedido, se fue marchando. Solo quedábamos en casa mi familia, Jon y los dos matrimonios amigos de mis padres. Excepto Fran, quien había subido a su cuarto, todos estábamos en la cocina. Mi madre le curaba el ojo izquierdo a mi padre, que ya se empezaba a hinchar.

—Vamos al hospital —comentó mi padre.

—Anda, no seas exagerado —replicó mi madre mientras le aplicaba una crema alrededor del ojo con un algodón.

—Necesito el parte. A este… ¡niñato! se le va a caer el pelo.

—Déjalo estar —aconsejó mi madre—. Ha sido un incidente. Ya está, no lo removamos: son amigos de Sara.

Jon no se atrevía a abrir la boca. Creo que hasta temía que alguien mencionara que eras su amigo.

—¿Tú qué le has dicho para que reaccionara así? —preguntó mi madre.

—Me han pegado a mí y encima tendré yo la culpa.

—La culpa de una pelea siempre es del que pega. Solo digo que no llegaría a ti y te soltaría un puñetazo así porque sí, sin mediar palabra. ¿Qué pasó?

—Yo qué sé. Comenté alguna cosa acerca de que no entendía eso del veganismo y se alteró, empezamos a discutir y sin venir a cuento, zas, me solmenó.

—No sé, Borja —le recriminó mi madre—, últimamente estás haciendo cosas que no me están gustando ni un pelo.

—¿En serio vamos a tener una discusión por culpa de esto?

—Por culpa de esto, no; por culpa de que te estás comportando de una forma que no es normal. Mira cómo te has puesto con Fran.

—O sea, el vegano me pega y es culpa mía; el mocoso este me replica y el que hace las cosas mal soy yo.

—No voy a seguir, pero tenemos una conversación pendiente.

Las respuestas un tanto extrañas de mi padre me hicieron plantearme que algo tenía que haber sucedido para que Silvia, la dulce y tímida Silvia, reaccionara así, y ya me estaba arrepintiendo de cómo me había enfrentado a ti.

Miré el móvil con la esperanza de que Silvia me hubiera mandado un mensaje para explicarme qué había ocurrido, pero no me había escrito.

Yo

Quiero saber qué ha pasado.
¿Podemos quedar y hablarlo?

Miraba el móvil cada poco, con el ansia de recibir un mensaje que me tranquilizara, que me hiciera saber que aquello se podía solucionar; sin embargo, ya habíamos recogido por completo la mesa y fregado todos los platos y aún no tenía noticias suyas.

—Te invito a cenar —me propuso Jon.

—¿Llamamos a los chicos? —pregunté—. Me da rabia que se hayan ido con esa impresión.

—Son tus amigos, ¿no? Lo entenderán. De todas formas, estaría bien quedar con ellos, así los conozco un poco. Hoy tu padre me ha absorbido y apenas me he relacionado con nadie más.

Los llamé, pero todos tenían algo que hacer. La verdad es que me sonó raro, aunque tampoco podía culparles de que ese día ya no quisieran quedar conmigo.

—¿Qué te apetece? —pregunté.

—¿Una hamburguesa? —propuso Jon—. ¿Vamos hasta *El Rincón de Marc*?

—Por mí, genial.

—¿Vas a ir así? —reprochó mi madre cuando íbamos a salir.

—Así, ¿cómo?

—Así, con los pantalones de estar por casa y esa chaqueta tan vieja.

—Bueno, mamá, lo que me faltaba por oír hoy.

—Vale, vale. Tú misma.

Cuando estábamos en el coche de camino, me llegó un mensaje al móvil.

—Azu y Marcos se apuntan —informé a Jon—. Ya les he dicho que nos vemos en *El Rincón de Marc*.

—No, no.

—¿Por qué no? ¿No quieres que vengan?

—Sí, pero vamos a otro sitio.

—No entiendo.

—¡Joder! Soy un imbécil. Te he dicho *El Rincón de Marc* porque Tristán ahora trabaja allí y quería que hablarais.

—Frena ahí.

—Sara, no te enfades.

—¡Para! —ordené, tajante. Detuvo el coche junto a la acera—. ¿Crees que puedes organizarme una encerrona?

—Sé que algo tuvo que pasar. Si conocieras a Tristán sabrías que él es incapaz…

—No sé si es capaz o no; lo que sí sé es que deberías haberte sentado conmigo para hablarlo —le interrumpí—. No soy un puto florero al que puedas llevar donde te dé la gana. ¿Piensas que soy una niña con la que no se puede mantener una conversación?

—Sabes que no.

—¿Y por qué tomas decisiones por mí? ¿Por qué querías llevarme a hablar con Tristán a mis espaldas? ¿Por qué no puedes sentarte conmigo y explicarme tu postura y, a continuación, dejarme decidir cómo quiero abordar la situación? MI situación.

—Perdón.

Me sentí decepcionada con la actitud de Jon. Sabía que tenía buen corazón y hacía las cosas para intentar ayudar, pero me había preparado aquella encerrona y eso no me había gustado nada. Estaba cansada de que la gente no tuviera en cuenta mi opinión; que algunos ni se plantearan que pudiera tener una.

—Vamos a cenar con Azu y Marcos —accedí por fin—. No quiero hacerlos sentir mal otra vez.

—¿Me perdonas? —se disculpó con voz tierna mientras se acercaba a mí poniendo un puchero de niño—. Solo quería que aclararais las cosas.

—Siempre es por mi bien…

—¿Me perdonas, me perdonas? —insistió poniendo el puchero cada vez más triste y simulando llorar.

—¡Qué tonto eres, de verdad! —respondí riéndome—. Tienes suerte; no puedo estar enfadada contigo.

—Entonces… ¿dónde quieres ir a cenar?

—Hemos quedado en *El Rincón de Marc* y allí vamos.

Sinceramente, noté que Jon no sabía dónde meterse cuando mantuve la decisión de ir a *El Rincón de Marc*; sonreí con malicia para mis adentros: era mi pequeña venganza por no tener en cuenta mi opinión.

Sin embargo, me arrepentí de mi bravuconada en cuanto abrí la puerta del local para entrar al bar y me di de bruces con tu mirada. Estabas en la barra, en la zona más próxima a la entrada, junto a Melania. Giraste la vista hacia la puerta y se me aceleró el corazón. Me tembló hasta la oreja. Tú abriste los ojos con sorpresa, aunque no te inmutaste.

*****

Había tomado la decisión en caliente y ni me había parado a plantearme cómo afrontar el encuentro contigo. Y ahí estaba yo, agachando la vista, incapaz de mantener tu mirada de hielo.

—Ey, Tristán —te llamó Jon.

Te giraste y caminaste hacia la otra parte de la barra.

—No te enfades, tío.

Yo estaba a unos metros, pero os oía perfectamente. Me rasqué el brazo. Con el calor del local me empezó a molestar la chaqueta.

—¿A qué habéis venido? —preguntaste con desprecio. Jon quedó paralizado y no sabía qué decir.

—A cenar —respondí yo con chulería, aproximándome un poco a la barra.

Quería hablar con Silvia y saber qué había pasado para solucionar las cosas, pero tu actitud altiva me hervía la sangre.

—A ver, vamos a hablar —intervino Jon.

—Ya, es cierto —respondiste ignorándolo. Tu mirada indiferente me atravesaba—. Los viernes cierran todos los demás restaurantes de la ciudad.

—Nos sentamos y aclaramos las cosas —medió Jon.

—Podemos hacer lo siguiente —te repliqué—. Para la próxima salida que hagamos, te llamamos antes y nos indicas qué locales tenemos derecho a visitar.

—Lo digo por vuestro bien —continuaste—, porque te veo más de *Casa Remigio*. Tienen una ensalada de lechuga, tomate y cebolla exquisita.

Esa vez no diste opción a que te contestara. Te giraste y caminaste hasta entrar en la cocina.

—¡Tristán! —gritó Jon.

—¿Nos vamos? —le pregunté.

Me ponía brava para responderte, pero la verdad es que estaba nerviosa e incómoda. Y ¡joder, cómo me picaba la puta chaqueta!

Azu y Marcos nos saludaron desde una mesa, sobre las que ya tenían varias cervezas.

—¿Pasa algo? —se interesó Marcos.

—Es por el novio de Silvia, ¿no? —apuntó Azu.

—¿Qué pasa con el novio de Silvia? —preguntó Marcos mirando a su alrededor.

Azu señaló hacia la barra, donde ya estabas atendiendo a un par de chicos.

—¡Vaya! —reaccionó Marcos—. Nos vamos, si queréis.

—No, a ver, ya tenéis las cervezas. Tomamos algo y luego ya veremos —sugerí, intentando tranquilizarme.

No sabía muy bien qué decir ni qué hacer. Te miraba de reojo; estabas muy serio. Melania te hablaba, riendo, pero tú no cambiabas el gesto.

Jon, aunque apenas conocía a Azu y a Marcos, se los ganó enseguida. Siempre ha sido la clase de tío que congenia con cualquiera: simpático, agradable, con la empatía necesaria para interesarse por los demás… No sé cómo, pero, a los pocos minutos de estar en la mesa, ya estaban contando anécdotas embarazosas sobre mí.

—Un día fuimos al río… —empezó a narrar Marcos.

—No; lo del río, no —interrumpí, avergonzada.

Tú limpiabas unas copas. Un chico se acercó a la barra. Le preguntaste qué quería sin abrir la boca, con un ligero movimiento de cabeza. Mi presencia te resultaba incómoda, aunque, créeme, yo tampoco estaba a gusto. Me apetecía terminar rápido la cerveza y salir de allí.

—Lo decidimos así sobre la marcha. —Marcos me miró y, aunque yo negaba con la cabeza, continuó con la historia—. No lo teníamos pensado. Sara no llevaba bañador y, cuando llegamos, tan tranquila, dijo que se bañaría en pelota.

—¿Qué dices? —se sorprendió Jon mirando hacia mí—. ¿No llevabas ropa interior, aunque fuera?

—Sí, pero no quería mojarla. Y no había nadie.

—¿Nosotros no somos nadie? —preguntó Marcos.

—Bah, tú eres como un primo o algo así.

—Ah, como si los primos no pudieran mirarse con deseo —respondió Jon.

—¿Quieres decir que me tengo que preocupar cuando conozca a una prima tuya? —Todos se rieron con mi comentario—. ¿Cuántas primas tienes?

—Solo una.

—¿Y… cómo es? —fruncí el ceño, continuando con la broma.

—Ja, ja, ja —se rio Jon—. Esta es buena: celosa de una niña de cinco años que ni conoces.

Todos nos carcajeamos. Saqué el móvil esperando encontrar un mensaje de Silvia, pero no tenía noticias suyas.

—Espera, Jon —señaló Azu—, lo mejor no te lo han contado.

—¿Hay más?

—Ju, ju, ju. Ya verás lo que viene ahora —dijo Marcos.

Apoyé la cabeza en la mano para esconderme, avergonzada, y, al girarme, tú estabas volviendo la vista hacia nosotros. Mi mirada se encontró, de frente, con la tuya. Hablabas con Melania; no sé de qué, aunque se notaba que bromeabais y lo pasabais bien. Con el semblante serio ya resultabas atractivo, pero ¡joder!, ¡qué guapo eras cuando te reías!

Mantuvimos la mirada durante un segundo. Las sonrisas, tanto la tuya como la mía, se congelaron. Tras un instante, volví la vista hacia el resto, sonriendo de nuevo. El corazón me palpitaba apresurado. ¡Cómo me estaba picando la puta chaqueta!

—¿Recuerdas que Marcos jugaba en un equipo de baloncesto? —continuó Azu.

Desbloqueé la pantalla del móvil: nada.

—Bueno, era el utillero más bien —se burló de sí mismo señalando su cuerpo.

—Pues, de repente, aparece uno de sus compañeros. Nosotros, en el agua. Ve a Marcos y le saluda. Luego llega otro, y otro, y otro.

—¡No puede ser! —exclamó Jon mirando hacia mí.

Escondí la cara tras mis dos manos. Aproveché para, inconscientemente, voltear la vista hacia ti. Seguías riendo y bromeando, aunque de vez en cuando mirabas de reojo hacia nuestra mesa. Me tuve que quitar la chaqueta. Melania te estaba contando algo y tú no dejabas de reírte.

—¡¡Siete!! ¡Eran siete! —gritó Azu—. Todos saludan a Marcos entre voces, preguntan cómo está el agua y comienzan a tirarse en bomba hacia donde estamos nosotros. El río es algo turbio y no se transparenta, así que Sara sigue en el agua, como si nada.

—Aunque, obviamente, no podía salir… —continué yo.

Sentía (o me parecía sentir) que tú, cada poco, también volvías la vista hacia nosotros (bueno, hacia mí, en realidad). Sin saber por qué, bajé el volumen de mi voz, como si pudieras oírnos desde más de veinte metros y en medio de aquel bullicio.

—Estaba en pelota —proseguí—. Me alejé un poco de ellos, porque el agua era turbia, pero algo dejaba entrever. Ya llevábamos un rato en el río y tenía frío. Yo creo que me estaba empezando a amoratar.

—Yo salí del agua y fui a por una toalla —continuó Azu—. Me acerqué a la orilla y Sara se aproximó a mí. Me metí un poco en el río para que nadie pudiera ver nada y la cubrí con la toalla.

—Bueno, al menos saliste indemne de la situación —comentó Jon entre risas.

—No, el riesgo de hipotermia tuvo su interés —continué yo la historia—, pero lo mejor es que salía, toda digna, tapada con la toalla y, cuando estaba ya en la orilla, resbalé con una piedra cubierta de musgo. Al intentar sujetarme al suelo con una mano para no caerme, la toalla se fue al agua. Me quedé sin nada y, con el ruido del chapoteo, todos se giraron hacia mí…

Los cuatro nos carcajeamos. Jon se puso colorado de tanto reírse. Melania ya no estaba a tu lado y no sonreías. De hecho, más que preocupado o incómodo con mi presencia, te noté triste. Y me sentí mal, porque no había actuado bien contigo, ni en la barbacoa ni allí. No tenía que haber ido. Estaba preocupada. Y Silvia no contestaba.

—Ella —prosiguió Azu. Yo no dejaba de mirarte; quizás pudiera arreglar las cosas si hablaba contigo—, con toda la naturalidad del mundo, extendió los brazos haciendo una reverencia en dirección al grupo de compañeros de Marcos.

—El ridículo ya estaba hecho… —apunté, encogiéndome de hombros con resignación.

No podía dejarlo pasar. Estabas en la pila fregando vasos. Tomé aire y me levanté.

—Vengo ahora —anuncié.

—Imagínate —exclamó Marcos, prosiguiendo con la historia—. Todos empezaron a aplaudir, silbar, ovacionar…

—Terminamos la noche de fiesta con el equipo al completo —añadió Azu.

Me armé de valor y me acerqué a la barra. Jon me observaba, expectante. Inspiré profundamente a dos metros de ti. Tenía que estar preparada para el momento en que levantaras la vista. No podía pillarme desprevenida de nuevo el impacto que me provocaba tu mirada.

CAPÍTULO**13**

Fuiste el único que quiso acercarse a mí para quitarme la coraza y ayudarme a cargar con el peso que escondía. Nadie antes que tú lo hizo. Nadie lo ha vuelto a hacer

Sara

Me acerqué a ti con miedo, con vergüenza, pero consideré que, ya que me había atrevido a ir a *El Rincón de Marc* sabiendo que trabajabas allí, tenía que dar la cara y hablar contigo.

—¿Sí? —levantaste la cabeza para atenderme pensando que era un cliente.

¿Había dicho que me había preparado para tu mirada? No sirvió de nada. Me tembló hasta la oreja. Tú abriste los ojos con sorpresa, aunque no te inmutaste.

—¿Podemos hablar?

Si no llevaba ya la chaqueta, ¿por qué me picaba todo?

—Nosotros no tenemos nada que hablar.

Bajaste la cabeza y seguiste con los vasos.

—Solo quiero saber qué ha pasado.

—Tu amiga es Silvia, no yo. Es con ella con quien tienes que hablar.

Tu tono me estaba matando.

—¿Y tú no puedes contarme nada? —pregunté, ya a la defensiva.

—Insisto, nosotros no somos amigos. Yo no tengo nada que decir en esto.

—¿Y hace falta ser tan borde? —te recriminé.

Tú bajaste de nuevo la vista y seguiste a lo tuyo. Yo intenté sonar seca y distante, pero me pudo la angustia. Necesitaba salir de allí. Le hice una seña a Jon, que me estaba observando. Le hice un gesto para indicarle que salía del bar para respirar un poco.

Una vez fuera, saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón. Esperaba ver un mensaje de Silvia. Nada. ¿Le habrías dicho que me había presentado allí? Eso quizás la hubiera enfadado aún más.

Llamé a un taxi. No me veía capaz de enfrentarme a la situación de entrar y verte frente a frente de nuevo.

Yo
Me he ido a casa.
Mañana hablamos.

Le escribí a Jon desde el taxi. Respondió al instante, aunque no miré el teléfono. No estaba enfadada; simplemente, no me apetecía estar a solas con él. En ningún sentido.

Una vez en casa, miraba la pantalla y la desbloqueaba constantemente, pero Silvia no daba señales. Ya hasta prefería recibir un mensaje de enfado. Algo. Sentir que aquella amistad no estaba perdida. Hay momentos concretos que marcan si una relación se afianza o se rompe para siempre. Y aquel era ese momento.

En la soledad de mi habitación le doy vueltas a todo; constantemente. Algunos los llaman pensamientos circulares, que son esos pensamientos que se rumian una y otra vez para terminar donde se había empezado, sin solucionar nada; muchas veces porque son cosas que ya han pasado y no tienen solución; otras, porque dependen del futuro, que aún está por venir.

Tú lo sabes. Fuiste el único que supo ahondar en mi interior y molestarse por conocer mis

temores y mis inseguridades. Fuiste el único que quiso acercarse a mí para quitarme la coraza y ayudarme a cargar con el peso que escondía. Nadie antes que tú lo hizo. Nadie lo ha vuelto a hacer.

*****

Estaba durmiendo cuando sonó el tono del mensaje. Abrí los ojos todo lo que pude, aunque tuve que cerrarlos de nuevo con el brillo de la pantalla. ¡¡Era de Silvia!! Por un momento respiré aliviada, pero al instante me puse muy nerviosa, como cuando vas al tablón de anuncios del instituto a ver qué nota has sacado en un examen de una materia que se te da fatal y para la que has estudiado un montón.

Silvia
Sí, tenemos que hablar.

Intenté seguir durmiendo, aunque me levanté a la mañana siguiente más cansada de lo que estaba cuando me había acostado. Apenas había dormido y me dolía la cabeza. A pesar de que era muy temprano, respondí al mensaje.

Yo
¿Tomamos un café?

Contestó de inmediato y eso me tranquilizó, porque me dio la impresión de que Silvia también estaba deseando hablar y arreglar las cosas. Me vestí con los mismos pantalones viejos que llevaba el día anterior y una sudadera. Me até el pelo con una goma para hacerme una coleta sin preocuparme demasiado por cómo quedara. La chaqueta de punto no la podía llevar, porque había salido sin ella de *El Rincón de Marc*, aunque tenía pensado tirarla en cuanto la tuviera entre mis manos.

Llegué al portal de Silvia, llamé al timbre y esperé. Desde afuera, vi cómo salía del ascensor y se acercaba hacia mí muy seria. Me emocioné al verla. No quería perderla; no me podía imaginar la vida sin ella.

—Hola —saludó, muy seca.

Levanté las cejas sin decir palabra. Si hablaba me iba a notar la voz temblorosa por las lágrimas que querían brotar nada más que la vi.

—¿Estás bien? —preguntó arrugando la frente.

—La alergia —contesté con voz ronca. Carraspeé para aclarar la voz, intentando disimular la emoción—. La alergia —repetí.

—Sí, alergia a la tristeza —contestó.

Nos miramos y no pudimos contener la risa, así que estallamos en una carcajada.

—Qué tonta eres, de verdad —le dije ya sin disimular las lágrimas, pero a la vez con la sonrisa que se me dibujó al saber que íbamos a ser capaces de arreglar las cosas.

Cuando nos pusieron el café, le acaricié la mano y le pedí que me contara lo que había ocurrido en la barbacoa.

—Tu padre.

Bajó la vista y se quedó en silencio mientras removía el café una y otra vez con la cucharilla. Yo levanté las cejas, interrogante.

—Le faltó al respeto a Tristán.

Me quedé en silencio, pero Silvia parecía que no arrancaba.

—Sabes que a tu padre, como a toda tu familia, le tengo mucho cariño. O le tenía... Estaba borracho. Y borracho del tipo faltoso que se pone a fanfarronear con sus amigotes.

—A ver, Silvia, no midas tanto tus palabras y di lo que tengas que decir.

—No es tan fácil, Sara. Es tu puto padre, ¿vale? Y lo adoras. No sé si te pondrás a la defensiva para defender la imagen que tienes de él o si lo bajarás del pedestal.

—Ya hemos llegado a este punto, así que suéltalo.

—Tu padre se puso un poco idiota con Tristán, pero nos teníamos que ir por… bueno, por historias. Tristán intentó evitar la confrontación. Yo fui a por la cazadora para marcharnos y, cuando volví, tu padre les vino a decir a sus amigos que Tristán estaba conmigo por hacerse el interesante… que salir con una negra le venía bien para su rollo de alternativo, vamos.

—¿En serio?

—A mí se me cayó el alma al suelo. No me creía lo que acababa de oír, como si yo fuera una camiseta de Nirvana que alguien se pone por hacerse el interesante.

—Estoy flipando.

—Imagínate cómo me sentí. Quedé paralizada. Tristán se giró y… bueno, no se contuvo. ¿No tenía que haberle pegado? Es posible, pero hay gente que piensa que puede herir los sentimientos de los demás sin consecuencia alguna. En este caso, las hubo.

—No me lo imagino. No logro visualizarlo. ¡¿Mi padre?!

—Yo qué sé. Supongo demasiadas cervezas.

—Ya, Silvia, pero el alcohol no es excusa. Te quiero pedir perdón —me disculpé cuando salíamos de la cafetería—. Mi padre te ha faltado al respeto de una forma que nunca habría imaginado y quiero disculparme porque me avergüenzo de haberme puesto en medio para defenderlo.

—Gracias —respondió mientras se detenía y me daba un abrazo.

—Quiero pedirle perdón también a Tristán.

—¿En serio?

—Sí. Mi padre se ha pasado con él… Y yo. Por si fuera poco… anoche no estuvo bien que me presentara en *El Rincón de Marc*.

—¿Fuiste por allí? No me ha dicho nada… Bueno, cuando llegó él yo ya estaba dormida. De todas formas, me extraña que no me lo contara.

—Lo siento. No tenía que haber ido. Fue ponerlo en un compromiso.

Me sorprendió que no le hubieras contado nada a Silvia. Hubiera sido una buena oportunidad para distanciarnos más, porque no estuvo bien que me presentara en tu lugar de trabajo y hacerte sentir incómodo en una situación en la que no tenías opción de irte.

—Ya le traslado yo tus disculpas.

—No. Creo que es algo serio, así que prefiero que sea en persona. ¿Podéis quedar mañana?

—Sí… supongo… El domingo es su día libre. Hablo con él y te cuento.

*****

Yo
¡¡Ha ido todo bien!!
Bien con Silvia.
Mi padre no tiene vergüenza.

Me he disculpado con ella.
Le he dicho que quería quedar con Tristán para pedirle perdón a él también.
Te voy a buscar y te cuento en detalle.

Jon
¡Bien!
Al final me has hecho caso en lo de hablar con él.

No quise responder al mensaje. No se había enterado de nada. Sabía que Jon era un buen tío, con un corazón enorme, y gracioso, y simpático, y, ¡joder!, estaba muy bueno. Sin embargo, me planteaba si era la pareja que yo necesitaba. Si no era así, Jon no tendría ninguna culpa: simplemente, no era lo que yo buscaba, así que decidí no reñir más con él. Le quería, pero no sabía si eso era suficiente.

*****

A mi madre no le iba a gustar nada todo aquello. No sabía si decirle algo: un hecho tan grave no podía quedar en secreto, aunque tampoco quería ser yo quien creara más conflicto entre ellos. No me dio tiempo a planteármelo mucho más. Cuando entramos en casa, escuché a mi padre gritar en la cocina.

—¡¿No te he dicho que estabas castigado sin móvil?!

Me acerqué y vi a Fran en pijama, preparándose un café. Mi padre recogía la decoración del jardín y entraba a la cocina con una bolsa repleta de guirnaldas.

—Mírame cuando te hablo.

Fran levantó la vista con desgana. Quedaron en silencio un instante, así que Fran volvió a bajar la cabeza para seguir concentrado en el móvil.

—¡Que me mires! —vociferó mi padre.

Se acercó a Fran, le agarró ambas mejillas con su mano derecha y le giró la cara hacia él. Mi padre le miraba lleno de furia. La tensión era brutal. A mí me temblaba todo, pero no lo pensé y me interpuse entre ellos.

—¡Vale ya! —le grité a mi padre.

—¡Que obedezca y suelte el puto móvil!

Dio un manotazo que, como intuí después, iba dirigido al teléfono de Fran, pero en ese momento yo lo único que vi fue la mano de mi padre en dirección a mi hermano, así que me puse en medio. Su mano impactó en mi brazo y, por el impulso, me fui al suelo. No me había golpeado con fuerza; ni siquiera el manotazo iba dirigido hacia mí ni hacia Fran, pero aquel no era el padre al que adoraba.

Mirándolo desde el suelo, los ojos se me llenaban de lágrimas. No lloraba por el dolor, ni por la rabia: eran unas lágrimas de desilusión. Miré a mi padre, quien estaba paralizado, sin ser consciente aún de lo que había pasado. Observé a Jon, que estaba inmóvil en la entrada de la cocina, sin saber qué hacer.

Fran estaba detrás de mí y me intentó levantar. Al incorporarme, pude ver por encima de la isleta a mi madre en la puerta del jardín. Entraba con más bolsas de haber recogido la decoración y quedó paralizada. Era una estatua, pero en sus ojos leí la misma desilusión que yo sentía.

—Vete.

Mi madre, sin moverse del sitio, pronunció aquella frase con la más absoluta de las

frialdades. Durante unos segundos no se oyó nada más que un silencio sepulcral que nos heló la sangre a todos.

—¡Cariño! —reaccionó mi padre girándose para mirarla.

Mi padre se acercó a mí con la mano extendida para ayudarme a ponerme en pie, pero ni miré hacia él. Nervioso, sin saber si prestarme atención a mí o a mi madre, giraba en una dirección y en otra, aunque, en realidad, no atendía a ninguna de las dos.

—Ha sido un accidente. Solo quería quitarle el móvil a Fran.

—En tres días me van a operar —continuó diciendo mamá con el mismo tono frío y distante—. Tú, en todo esto, en vez de ser un apoyo, no has hecho nada.

—Pero cariño…

—Y, con nada, me refiero a nada bueno —prosiguió sin dejar hablar a mi padre—. No has podido ser un apoyo para mí ni para tus hijos; al contrario, han tenido que ser ellos quienes se hicieran cargo de todo. Eso sí, emborracharte y montar espectáculos se te ha dado genial.

—Vale, ayer se me fue un poco, pero no dirás que me emborracho a menudo. Y lo del puñetazo de ayer… fue el puto vegano ese…

—Borja, cállate.

*****

Después de la discusión, y con la tensión todavía en el ambiente, mi padre bajó con una bolsa donde había metido ropa para unos días.

—Quería pedirte perdón. Bueno, quería pediros perdón a todos. Ayer me pasé un poco con las cervezas y se me fue de las manos.

—No has entendido nada —dijo mi madre. Eran las mismas palabras que se me habían venido a mí a la cabeza con la actitud de Jon—. Creo que nos vendrá bien que pases una temporada en casa de tus padres. Nos servirá a los dos para aclararnos las ideas.

—Adiós, chicos —se despidió, con resignación.

Se acercó a mi madre para darle un beso. Ella se apartó y dejó que se lo diera, pero en la mejilla. Mi padre se dirigió a la puerta y se fue.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta—. En tres días te operas…

—Estoy segura. Ahora mismo, lo único que me aporta es un estado de desilusión continuo —contestó. A mí se me escapó la mirada hacia Jon—. Lo único que necesito es teneros a vosotros conmigo.

—Te quiero, mami —respondí. Me levanté de la silla y la abracé. Fran se incorporó y se unió al abrazo—. Os voy a preparar una paella de las mías: hay que levantar un poco el ánimo. Después, vemos una peli de esas suecas que te gustan.

En tres días se iba a operar y, aunque nos habían dicho que la operación no suponía apenas riesgo, mi madre estaba muy nerviosa.

—Yo me voy —anunció Jon.

—¿No comes con nosotros? —le preguntó mi madre.

—No, ya he quedado con mis padres —mintió. Habíamos acordado comer juntos, pero entendió que aquel momento era para la familia. Se acercó a mí y me dio un beso—. Te llamo luego.

—Vale. Cuando sepa si quedamos con Tristán y Silvia, te aviso.

—¿Has quedado con Silvia? Entonces, ¿ya sabes lo que ocurrió ayer? —preguntó mi madre.

¡Joder! ¡Me sentí una bocazas!

—He hablado con ella, pero no puedo decirte nada —terminé por responder ante su mirada de desaprobación—. No quiero decírtelo, mamá. Creo que tiene que ser papá quien te lo cuente.

—Vale —sentenció, muy seria—. De todas formas, si quieres quedar con ellos, ya sé lo suficiente.

Después de comer, nos sentamos en el sofá a ver una película. En las escenas más tiernas, ella apoyaba la cabeza en mi hombro mientras le brillaban los ojos por la emoción. Fran estaba sentado en un sillón junto a nosotras. Miraba el móvil sin levantar la cabeza, pero era su manera de acompañarnos y estar juntos.

Silvia
¿Quedamos mañana a las doce?

Estaba esperando ese mensaje, pero me entró un escalofrío. Recordaba tu mirada fría, tu tono seco y tus respuestas bordes y se me helaba la sangre, así que ponerme delante de ti para pedirte perdón no era algo agradable. Sin embargo, no podía eludir esa conversación. Me había equivocado y tenía que asumirlo.

CAPÍTULO**14**

Creo que hay personas que tienen tanta afinidad entre ellos que, por más que la vida se empeñe en separarlos, saben que solo podrán ser felices estando juntos

Tristán

El colchón hinchable no era muy cómodo, así que apenas dormí nada. En cuanto me levanté noté que pasaba algo raro. Mi madre estaba sentada en el sofá, moviendo el cuerpo hacia atrás y hacia adelante. «Otro drama, no, por favor», pensé. Mi tía volvía de la cocina con una infusión, muy seria.

—Tenemos que hablar, hijo —me dijo Rosa en el pasillo.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras me sentaba al lado de mi madre y le acariciaba la mano.

—Lo siento en el alma, pero tenéis que iros.

Quedé pálido. No me esperaba algo así.

—¿Perdona? —pregunté intentando reaccionar.

—Tu padre estuvo aquí ayer de noche.

Me puse en pie y caminé de un lado a otro del salón, nervioso, mientras mi tía me contaba lo que había ocurrido.

—Llamó al timbre abajo. Como no le abrimos, fue pulsando en todos los pisos hasta que alguien le abrió y subió. Tu padre rogaba que le dejáramos entrar, que solo quería hablar con tu madre. Yo intentaba calmar a Alberto, pero tu padre comenzó a golpear la puerta mientras gritaba: «abrid, cabrones». Estaba poseído.

—¿Dónde quieres que vayamos? —pregunté.

Oía su relato, pero mi mente ya analizaba las consecuencias e intentaba buscar una solución; una solución que no existía.

—Alberto fue hacia la puerta hecho una furia. Tu padre quedó blanco cuando lo vio, aunque en seguida se envalentonó de nuevo.

—Si volvemos a casa no sé qué podrá pasar. Ya lo has visto.

—Tu padre gritaba. Yo estaba muy asustada. Intenté sujetar a Alberto, pero tu padre no dejaba de insultarnos. Alberto lo empujó y trató de cerrar la puerta.

—Nos va a matar, tía. ¡Nos va a matar!

—«Déjame pasar, imbécil», gritó mientras sujetaba la puerta para que no se cerrara. Alberto le solmenó un puñetazo en toda la cara que lo tumbó.

—Va a venir a por nosotros.

—Alberto ya me ha avisado que, como mucho después del verano, os tenéis que ir de aquí.

—¡Nos va a matar!

Me senté y me puse las manos en la cara. El miedo es libre, pero no me creía que nos echara de su casa.

—Toma. —Me dio una montonera de billetes pequeños—. Es lo que voy ahorrando por mi cuenta para darme algún caprichito sin que se entere Alberto. Debe haber como unos mil euros.

No quería discutir con mi tía, porque la necesitaba para que cuidara de mi madre mientras yo trabajaba, aunque en aquel momento quizás no pudiera contener lo que se me pasaba por la cabeza, así que decidí irme a casa de Silvia.

—Mi tía ha dicho que tenemos que irnos de su piso —le conté.

—¿Qué dices? Esa señora unas veces parece una santa y otras un ogro.

—Mi padre ha estado allí y ha tenido una pelea con Alberto. Tiene miedo.

—Vale, miedo, pero ¿dónde os vais a meter? No podéis volver a casa.

—Mi tía me ha dejado mil euros para que busque un alquiler, pero necesitaría más.

—Puf, me gustaría ayudarte, pero…

—Tranquila, ya lo sé.

—Lo que sí puedo es hablar con mi madre para que os quedéis aquí una temporada. Le contaré la situación. Tu madre puede dormir aquí en mi cuarto, yo con la mía y tú en el sofá o algo así.

—No. No quiero que le cuentes nada a tu madre —contesté—. Ya tiene bastantes preocupaciones como para estar todos aquí hacinados y cargar con nuestros problemas. Encontraremos otra solución.

—Y si te dan la beca para la universidad, ¿no puedes utilizarlo para el alquiler?

—Hasta diciembre o enero no lo ingresan. En todo caso, lo guardaré, porque si suspendo más de dos tendré que devolverlo. No sé si podré con todo, Silvia. Tengo que hablar con Marc y Róber, a ver si me cambian para el turno de la mañana.

—Pero, entonces, no podrás ir a las clases.

—Al menos tendré la tarde para estudiar. No estaré tranquilo si dejo sola a mi madre por las noches.

—¡Joder! ¡Qué mierda! —protestó Silvia.

Tras un rato abrazados, se giró hacia mí, me dio un beso en la mejilla y se puso en pie.

—Tenemos que irnos —dijo con dulzura.

—¿Irnos?

—Recuerda que hemos quedado con Jon y Sara.

—Buf —resoplé y me dejé caer hacia atrás en la cama—. ¿En serio?

—Se quiere disculpar contigo, así que no seas borde. Además, me has dicho que pondrías de tu parte para llevaros bien.

Me levanté con desgana de la cama. Parecía que todos los días en que nos encontrábamos venían precedidos de situaciones desagradables, aunque Silvia tenía razón y debía dejar de lado mi estado de ánimo y darte la oportunidad de sincerarte.

Llegamos puntuales a la terraza donde habíamos quedado, aunque nunca recuerdo el nombre de ese bar. Vosotros ya estabais sentados y, por como estaban vuestras consumiciones, llevabais un buen rato allí. Nos sentamos y comenzamos alguna conversación intrascendente. Tú, al instante, nos interrumpiste con seguridad.

—Lo siento, chicos, pero quiero ser directa y soltarlo lo antes posible. Tristán —me dijiste, mirándome a los ojos—, te pido perdón. El viernes, en la barbacoa, vi desde lejos que golpeabas a mi padre. El instinto hizo que me enfrentara a ti para dar la cara por él, y me equivoqué, así que quería decirte que lo siento.

Te miraba con atención. Sabías que habías cometido un error y en ningún momento te pusiste a la defensiva ni te intentaste justificar. Asumías la culpa con todas las consecuencias, con tranquilidad y con aplomo.

—Me molestó tu actitud, no te voy a engañar —respondí—. Sobre todo, me molestaron dos cosas: uno, prejuzgaste sin dar oportunidad a nadie de dar su versión; y dos, conoces bien a Silvia, así que tendrías que haber supuesto que no se enfadaría si no hubiera sucedido un

incidente de gravedad.

—Sí, lo siento —te disculpaste mientras agachabas la cabeza.

—De todas formas —añadí—, en primer lugar, entiendo que salieras en defensa de tu padre. Y en segundo…

—Tristán siempre explica las cosas dividiéndolas en dos puntos —bromeó Silvia mientras se reía—. Ya te acostumbrarás.

—En segundo lugar —continué—, te agradezco que hayas querido dar la cara para disculparte. No es fácil encontrar gente que tenga la valentía de asumir sus errores. Por mi parte, este incidente queda aquí.

—Te lo agradezco un montón, Tristán.

—Muy bien —intervino Jon—. Aclarado todo, podemos ir a tomar una cañita.

—No, espera —interrumpiste—. Quiero decir algo más. Mira, Tristán, sé que no hemos empezado con buen pie, pero por Jon y, sobre todo, por Silvia, creo que debemos aparcar lo que hemos vivido hasta hoy y esforzarnos por llevarnos mejor. Yo, desde luego, quiero estar con Jon y quiero estar con Silvia, por lo que es inevitable que nos veamos, y no podemos hacerlos sentir incómodos cada vez que nos encontremos.

Yo te miraba sin perder detalle. Admiraba cómo te expresabas, con claridad y tranquilidad, y sobre todo con valentía y sin excusas.

A partir de ahí el día fue bastante ameno. Os llevé al restaurante *La Posada Vegana* para que probarais algunas cosas y te gustó casi todo, sobre todo te encantó la tabla de quesos veganos.

—Si la poesía no me convierte en millonario —bromeé—, algún día quiero montar mi propio restaurante vegano.

—Pondrás unas costillas para mí, aunque sea —dijo Jon.

—Sí, de seitán.

—Ay, no, deja.

—¿Qué es el seitán? —preguntaste.

—Se hace con gluten y, por la textura y por el sabor que se le intenta dar, se le llama la *carne* vegetal. Además, es una fuente de proteína genial.

—Ni caso —replicó Jon con cara de asco—. Como mascar chicle.

—A mí me gusta —dijo Silvia—. Lo he probado tipo carne asada y está muy rico. Claro, depende de cómo lo elabores.

— ¿Y tú sabes hacer todo eso?

—Bueno… alguna cosa.

—No te hagas el modesto —intervino Silvia dándome un manotazo cariñoso en el brazo—. No le hagas caso: cocina muy bien.

—Oye, perdona si te molesta la pregunta… Ser vegano… ¿empezó por hacer dieta o algo así?

—Bueno… —intervino Jon con sorna—. Su tema favorito. Vete pidiendo algo de cena también, que esto va para largo.

Tú y Silvia estallasteis en una carcajada.

—Tu hermano te puede informar, porque me estuvo preguntando.

—Ah, ¿sí?

—El día de la barbacoa estuvimos hablando en el salón.

—En realidad, no me sorprende demasiado. Bueno, lo de que hable con alguien, sí.

—Lo primero, mucha gente confunde veganismo con una dieta.

—Y no —interpretaste.

—No. El veganismo es una posición ética ante el tratamiento hacia los animales no humanos. Para mí, y por eso soy vegano, no son una mercancía: son seres con la capacidad de sentir y, por tanto, trataré de hacerles el menor daño posible. Y, como no son una mercancía, no los consumo.

—Es inevitable a veces hacer daño a algún animal, ¿no?

—Sí, es inevitable caminar y pisar una hormiga o que en un trayecto en coche se estampen cien mosquitos en el parabrisas, pero eso no puede justificar que matemos a sesenta y ocho mil millones de animales al año. ¡Sesenta y ocho mil millones! Son cifras brutales, pero, detrás de cada uno de esos ceros, hay un ser que quería vivir y cuya vida únicamente fue consecuencia de que nosotros lo queríamos consumir, como quien fabrica una silla.

—¿Y tu poesía trata sobre algo de eso?

—No, la verdad es que nunca he escrito nada sobre el tema. Con la poesía trato de darle salida a esa voz interior que no se calla. Creo que te pasa algo similar y por eso escribes. Por cierto, me encanta el título de tu novela, *El rencor del almendro*. Cómo enlazas sutilmente con el mito griego del almendro.

—Cuando leí la historia de Fílide por primera vez, me pareció tan poético que la flor de almendro simbolizara el amor eterno que sabía que tenía que escribir un libro sobre ello.

—¿Tú crees en eso? ¿En el amor eterno?

—Creo que hay personas que tienen tanta afinidad entre ellos que, por más que la vida se empeñe en separarlos, saben que solo podrán ser felices estando juntos. Como en el libro.

—¡Qué interesante! Partes de un aparente análisis frío y distante, pero lo que te motiva es adentrarte en los sentimientos.

Era la primera vez que hablábamos en serio y, tanto en la madurez de tu disculpa, como en lo interesante de tu conversación, me demostraste que no eras la chica sin ningún trasfondo que me había imaginado, sino que sabías profundizar hasta la esencia de las cosas. También fue la primera vez que vi que, detrás de la luz resplandeciente de tus ojos, se escondía un pedacito sombrío de ti que estaba implorando salir.

Hasta aquel momento había pensado que eras una pijita insufrible, con poco que ofrecer y sin demasiado mundo interior. ¡Tú, de quien he aprendido tantas cosas! Hoy lo pienso y no sé cómo pude ser tan estúpido.

Te levantaste para ir al baño, momento que aprovecharon Jon y Silvia para aleccionarme.

—A ver si es verdad que a partir de ahora os lleváis bien —dijo Jon.

—Bueno, con que no discutáis, me conformo —puntualizó Silvia.

—Creo que he sido muy injusto con ella. La juzgué sin conocerla y, a partir de ahí, vinieron todos estos malentendidos.

—Ya, pues céntrate, tío. Está pasándolo mal por historias en casa y lo que menos necesita son estas movidas.

—¿Está pasándolo mal?

—Sí, la verdad es que tiene una situación complicada —dijo Silvia.

—¿Ves? A eso me refería. Hasta ayer, nunca lo hubiera imaginado.

Jon hizo un gesto con las cejas que no supe interpretar en ese momento.

—Sinceramente, pensaría que su única preocupación podría ser no gastar demasiada agua al

rellenar la piscina.

Jon cerró los ojos, lo que me hizo ver que su gesto quería decir algo. Me giré y allí estabas, detrás de mí. No podía ni imaginar lo que pensarías si solo hubieras escuchado la última frase. En tu mirada de ira comprobé que así había sido. Y se me heló la sangre.

Bajé la cabeza, porque no me atrevía a mantenerte la vista, pero percibía cómo tu mirada de enfado se clavaba en mi espalda. Había metido la pata.

Recogiste tus cosas y te fuiste.

CAPÍTULO**15**

Quizás estemos destinados a estar en desacuerdo, y quizás también a resolver nuestros desacuerdos

Sara

No podía creer que hubieras hecho aquel comentario. Mi única preocupación era llenar la piscina, eso era lo que pensabas de mí. ¡Me hiciste sentir tan pequeñita! Cuando parecía que por fin íbamos a ser capaces de aparcar nuestras diferencias, soltaste aquella bomba en el centro de mi autoestima. Me dirigí al coche con la intención de no malgastar ni un segundo más en solucionar las cosas contigo.

—Sara, ¿qué te pasa? —me preguntó Jon.

Corrió detrás de mí, pero no me giré.

—Sara, espera —gritó.

—¿Vienes o te quedas? —le pregunté, sin detenerme.

—Tristán no ha querido decir eso…

—Mejor te quedas —le espeté—. Que te lleve a casa tu amigo.

—En serio, que no…

—No me sigas. No me hables. Pírate.

Jon se detuvo y yo avancé hasta llegar al coche. No sé si estaba más disgustada, decepcionada o enfadada.

Pasaron alrededor de veinte minutos (veintitrés) desde que había llegado a casa cuando sonó el timbre. Fran se levantó del sofá y se dirigió a la puerta mientras yo subía a mi cuarto.

—¡Ey! —saludó mi hermano con toda la efusividad de la que era capaz.

—¿Está Sara?

No podía verte, aunque reconocí tu voz. ¿Tú? ¿Qué hacías allí? ¿Cómo te atrevías a ir a mi casa después de lo que habías dicho? Bajé las escaleras y me puse frente a ti. Fran volvió al sofá.

—¿Qué quieres? —pregunté, de mal humor—. Estoy ocupadísima rellenando mi piscina imaginaria.

—Vengo a pedirte disculpas.

—Puedes ahorrártelas. Una niña estúpida como yo no sería capaz de entenderlas.

—Lo siento, de verdad. Déjame explicarte.

—Como alguien dijo, no somos amigos, así que no tenemos nada de qué hablar.

—Quien dijo esa chorrada fui yo, pero es que yo soy muy gilipollas a veces. ¿Podemos hablar?

—Llamarte gilipollas es un buen comienzo para entendernos, la verdad.

Cambié el tono. Habías ido hasta mi casa, solo, y te insultabas a ti mismo. Todo sumaba.

—Y soy bastante idiota, también.

No pude evitar que se me escapara la risa.

—Pasa, anda.

Abrí la puerta por completo para que entraras, aunque, antes de cerrar, oí cómo me llamaban.

—¡Sara! —gritó mi padre, que llegaba por el camino de piedra entre el césped—. No cierres.

¿En serio aparecía mi padre? ¿Contigo allí? No sabía dónde meterme y temí que os

enfrentarais de nuevo. Te habías quedado junto al recibidor y, al pasar, mi padre te miró de arriba abajo.

—¿No está mamá? —preguntó, una vez en el salón.

—Está durmiendo —respondí.

—Hola —saludó a Fran con un tono que sonó a reproche—. ¿Ya no saludas a tu padre?

La única respuesta de Fran fue un ligero levantamiento de cejas en su dirección.

—Suelta el maldito móvil y habla como una persona. —Fran no se inmutó—. Además, ya te he dicho que estás castigado sin teléfono. Que no esté en casa no quiere decir que puedas hacer lo que te dé la gana.

Intentó agarrarle el móvil, pero Fran lo sujetó con fuerza. Me estaba empezando a poner nerviosa.

—¡Trae el puto teléfono! —gritó mientras tiraba de él.

—¿Se te va la olla? —gruñó Fran incorporándose del sofá. La actitud de mi hermano tampoco ayudaba a tranquilizar la situación—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Que soy tu padre, eso pasa.

—Ya no vives aquí, así que no puedes entrar como si nada y quitarme el teléfono.

La tensión ya era insufrible y la situación casi idéntica a la del día anterior, pero notaba a mi padre más alterado. Y tú estabas allí. Por muchas diferencias que tuviéramos, no quería que te vieras salpicado por aquella discusión.

—Y ¿por culpa de quién no vivo aquí? ¿Me lo dices? Por culpa de la mierda de vegano este. —Te miró con asco—. ¡Y por tu culpa! —Se acercó a Fran y le señaló dándole con el índice en el pecho. Fran se encaró con él—. ¡Siempre tienes que estar montando el espectáculo!

La perspectiva de verme en el suelo de nuevo no era alentadora, pero, por mucho que temblara, no podía dejar que eso fuera a más, así que decidí ponerme en medio. Otra vez.

Sin embargo, no me dio tiempo, porque te adelantaste y colocaste tu brazo entre los dos, separando un metro hacia atrás a mi padre, lo suficiente para ponerte entre ellos.

—Bueno, creo que ya ha estado bien por hoy —afirmaste, serio, pero muy tranquilo—. Otro día, más calmados, ya continuáis con esta conversación tan amena.

—¡Quítate de en medio, muerto de hambre!

Mi padre te intentó apartar y forcejeasteis, aunque permaneciste en el sitio.

—Creo que es hora de que te vayas —te atreviste a decirle tú a él, con el mismo tono suave y sereno.

Mi padre cerró el puño de su mano derecha. Tu actitud tranquila le enfurecía más que si le insultaras o te enfrentaras a él.

—¡Papá, vale ya! —grité.

—¿Cómo? —te recriminó, sin hacerme caso—. ¿Me estás echando de mi casa?

No contestaste. Continuabas inmóvil, mirándole fijamente a los ojos.

—No te metas donde no te llaman —continuó—. Estoy hablando con mi hijo. No es asunto tuyo.

Intenté sujetarle, porque sabía que la situación estaba a punto de explotar.

—Lárgate. ¿No ves que estás haciendo el ridículo? —gritó Fran, detrás de ti.

«Joder, Fran, no calientes más», pensé. Mi padre intentó atraparlo, pero tú te movías interponiéndote entre ambos.

—¡¡Quítate, imbécil!!

Alzó su brazo derecho para golpearte. Intenté agarrarlo por detrás y su codo impactó en mi

labio, aunque él no debió ni enterar. Su puño impactó en tu cara, lo que te hizo ladear la cabeza. Quedaste en pie, pero, al instante, comenzó a brotar un hilo de sangre desde tu ceja izquierda.

—¡Papá! —grité. Lo rodeé con mis brazos para que se detuviera.

—¡Lárgate de aquí! —te gritó.

Fran estaba detrás de ti con las manos en la cabeza, asustado de hasta donde había llegado la situación. Te llevaste la mano a la ceja y viste la sangre. Apretabas la mandíbula, tenso, aunque te mantenías inmóvil y en silencio.

Intenté sujetarle el brazo a mi padre, pero se soltó y lo alzó, amenazante.

—Lárgate si no quieres otro puñetazo.

No le apartabas la mirada. Yo rezaba para que no le devolvieras el golpe y aquello se descontrolara definitivamente. Ni Fran ni yo íbamos a ser capaces de separaros.

—Eres un mierda, un muerto de hambre —continuó insultándote.

—Puedes llamarme lo que te apetezca. —El hilillo de sangre continuaba cayendo desde tu ceja hasta tu mejilla izquierda, pero no hiciste nada por limpiarla—. Golpéame de nuevo si quieres. Eso sí, ten por seguro que tendrás que golpearme, ¿una vez? No, setenta —soltaste con desprecio. Mi padre continuaba con el puño en alto, totalmente encolerizado—, porque me tendrás enfrente siempre que le faltes al respeto, ya sea a Silvia, ya sea a tu hijo.

—Papá —aproveché para ponerme en medio.

Me miró y, no sé si vio sangre en mi labio, pero se le aplacó la furia, al menos lo suficiente para dar por finalizado el altercado y se fue sin decir nada. Corrí hasta la puerta y salí detrás de él.

—Papá —grité. No se giró.— Papá, joder, ven acá.

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—Mira, no te voy a llamar la atención por lo que has hecho.

—Tendré yo la culpa de que Fran me desobedezca…

—Déjame hablar. No te voy a llamar la atención ni a decirte si haces bien o haces mal. En dos días operarán a mamá. —Intenté no emocionarme demasiado—. Piensa en cómo te has comportado y en lo que quieres para tu futuro. Podemos volver a ser una familia, pero, te aviso, si sigues así no va a ser a mamá a la única a la que pierdas.

No dije más. Me giré y recorrí el camino de vuelta. Me temblaba todo y trataba de controlar las ganas de llorar. Mi padre observó en silencio cómo me iba. Inspiré con fuerza y cerré la puerta.

Tú estabas apoyado en la parte trasera del sofá, frente a las escaleras, junto a Fran, quien te pasaba papel de cocina con el que intentabas apretarte la ceja para que no sangrara.

—Déjame ver.

Me acerqué a ti y te quité la mano para ver la herida. Trataba de limpiarme las lágrimas para que no me vieras llorar.

—No es nada. Lo que pasa es que me ha rozado con el anillo… ¡Au! —protestaste cuando te toqué la ceja.

—Ven, vamos al baño de arriba para curarlo un poco.

—En serio, olvídalo, no es nada.

Te sujeté del brazo y tiré de ti hasta las escaleras. Tú te dejaste llevar, resignado.

—Tristán —te llamó Fran. Te giraste hacia él—. ¡Muchas gracias, tío!

Le sonreíste y subimos al baño de la primera planta, justo frente a la escalera. Busqué gasas, suero fisiológico y *Betadine*.

—Aquí no hay ninguna silla. Vamos a mi habitación.

Saliste del baño y giraste a la izquierda, hacia la habitación de mis padres.

—¡No, ahí no! —te señalé hacia la derecha con la cabeza.

En cuanto entramos a mi cuarto, te llamó la atención el piano eléctrico situado en la pared frente a mi cama.

—¡Ostras! ¡Un teclado, qué guapo!

Te sentaste en el taburete del piano y pasaste tus dedos por él, aunque estaba apagado y solo se oyó el traqueteo de alguna tecla.

—¿Sabes tocar? —te pregunté.

—No, ya me gustaría. ¿Tú? ¿Sabes?

—Un poco —respondí—. Me llevaron a piano de pequeña. Seis años de conservatorio, aunque nunca me ha gustado mucho.

Me coloqué frente a ti, aprovechando que te habías sentado, y te eché un poco de suero fisiológico para limpiar la herida. Después, con una gasa, fui cubriendo la herida con *Betadine* para evitar cualquier infección.

—Mira. —Señalaste mi mano—. Estás temblando.

Yo estaba todavía muy nerviosa y mi mano no paraba quieta por mucho que lo intentara. Me agarraste por la muñeca, lo que me puso más nerviosa. Procuré seguir con la cura para que no se me humedecieran los ojos, aunque me sujetaste el brazo de nuevo y miraste hacia arriba levantando las cejas, interrogante.

—Es que… Buf —resoplé antes de continuar; no me salían las palabras—, mira lo que ha pasado. No sé qué le sucede a mi padre. No entiendo cómo hemos llegado a esto.

Te levantaste y me sujetaste ambas muñecas, tratabas de calmarme con tu mirada, esa mirada; esos ojos tiernos y serenos que, desde entonces, fueron el remanso de paz donde buscaba consuelo.

—Esto no es nada —dijiste señalando tu herida—. Además, llevaba tiempo mereciendo un puñetazo; un puñetazo tuyo, no de tu padre, pero eso son detalles sin importancia.

Lograste sacarme una sonrisa.

—Te ha faltado llamarte imbécil o algo así, pero no está mal. Yo también he sido bastante idiota contigo. En serio, muchas gracias por ayudar en una situación tan complicada. Mi padre está fuera de sí... y… joder… con lo de mi madre… ¿No se da cuenta de que es lo último que necesita?

–¿Qué pasa con tu madre? —En ese momento te sentía tan cercano que di por hecho que sabías cuál era la situación. Al imaginarme contándotelo, se me empañaron los ojos—. No, perdón, no me lo digas. No tienes que contarle nada a este imbécil que no hace más que meter la pata contigo. Sí, porque he sido un imbécil.

Me reí, emocionada todavía.

—Me gusta cómo te insultas.

—Pues me sé más. Soy bastante bobo a veces, un mentecato, botarate en ocasiones, mequetrefe.

—Ja, ja, insultos de este siglo, por favor.

—No me interrumpas, que pierdo el hilo. Soy un cebollino, quizás cretino, y pazguato —arrugaste la frente, reflexionando—; ah, y un poco borde.

—Un poco, dice.

—En serio, Sara. —Me agarraste las manos y me dio un respingo. Bajé la vista porque no

me atreví a mirarte a los ojos—. Sé que he sido un poco idiota contigo, pero te prometo que lo de hoy ha sido un malentendido. Estaba diciéndoles a Jon y a Silvia cuánto me había equivocado contigo. —Levanté la mirada hasta chocar con la tuya. No, esos ojos no engañaban—. Y, aunque lo de hoy haya sido un malentendido, tengo que disculparme por cómo me he comportado contigo hasta ahora. Siento haberte juzgado sin conocerte.

—Estoy cansada de estos malentendidos, la verdad.

—Quizás estemos destinados a estar en desacuerdo, y quizás también a resolver nuestros desacuerdos.

—Suena bonito, pero no lo creo —respondí—. Pienso que hasta ahora no nos hemos permitido ser nosotros mismos con el otro. Cuando lo hagamos, estoy convencida de que nos llevaremos bien. Bueno, siempre que te insultes un poco alguna vez.

—Hecho.

No me había dado cuenta de que seguías apretando mis manos con las tuyas hasta que tú mismo te percataste y las separaste, nervioso.

—Bueno, me voy… Eh, mi chaqueta… —Miraste a un lado y a otro—. Claro, abajo.

Sueles ser tan tranquilo, siempre con todo bajo control, que estás adorable cuando te pones nervioso. Yo sonreía mientras te observaba. Saliste de la habitación y yo me apoyé en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados, observando cómo e ibas. Cuando ibas a bajar la escalera te llamé.

—¡Tristán! —Te volviste. Mi madre había salido de su cuarto, aunque aún no la habíamos visto—. Muchas gracias. Por todo.

Me dirigiste una sonrisa tan enorme como sincera. Se oyó cómo se cerró la puerta del cuarto de mi madre y giraste la cabeza hacia ella.

—¡Hola! —saludaste, sorprendido—. Esto... Bueno... Adiós.

—Adiós —se despidió mi madre con una sonrisa.

Tú bajaste con rapidez la escalera. Mi madre me miró con una sonrisa sarcástica.

—Este es el «insufrible», ¿no?

Agaché la cabeza.

—Insufrible eres tú —le respondí mientras entraba a mi cuarto sin atreverme a volver la vista hacia ella.

Parte II. Imposible no amarte

CAPÍTULO**16**

Se me puso un nudo en el estómago pensando en qué podrías estar pasando para que se te llegara a escapar una lágrima, esa lágrima que se grabó a fuego en mi estómago

Sara

Durante las vacaciones, la vida era playa, tranquilidad y no pensar en nada. La operación de mi madre fue según lo esperado y mi madre, aunque necesitaba reposo, en unos días estaba prácticamente recuperada, así que decidimos continuar con el plan de Florida. Eso sí, mi madre le pidió a mi padre que no viniera con nosotros para darse un tiempo.

Yo cada vez estaba más ansiosa por empezar *Periodismo*. Era mi objetivo desde que tenía memoria. Siempre me había gustado contar historias, investigar, documentarme, y poder vivir de lo que amaba, que era escribir, tenía que ser una satisfacción enorme.

Una mañana, cuando estaba terminando agosto, me llevé una sorpresa al consultar los mensajes en el teléfono.

Rebeca (novia de Sabrina)
¡Hola, soy Rebe!
¡¡El editor me ha dicho que cuenta con tu novela!!!
Pásame tu dirección de e-mail para que te envíen los detalles.

—¡Me van a publicar! —grité saltando de alegría.
—¿En serio? —exclamó mi madre.
—¡¡Sí!!
—¿Y eso? —preguntó Fran acercándose a nosotras.
—¡Que sí! Rebeca, la novia de Sabrina, me lo acaba de confirmar.
Mi madre me achuchó con fuerza.
—¡Te lo mereces, cariño!
—Gracias, mamá.

Yo
Silviiiiiiiii
¡¡¡Van a publicar mi libro!!!

Silvia
¡¡¡Qué biennnnn!!!
¡¡¡Cómo me alegro!!!
Cuenta, cuenta.

Yo
De momento no sé más.
Estoy en una nube.
No me lo creo.

—¡Esto hay que celebrarlo! —anunció mi madre poniéndose el bolso en el hombro ya para irnos—. Vamos a comer al *Happy Shrimp*.

—Ay, sí, un poco de marisco. ¡¡¡Qué bien, mamá!!!

A mitad de comida, me sonó una notificación. Miré la previsualización de un número desconocido: «¡¡Enhorabuena!! Soy Tristán…». Abrí el chat y te añadí a mis contactos.

Tristán
¡¡Enhorabuena!! Soy Tristán. Silvia me ha contado que van a publicar tu novela.
Va a ser un éxito. Estoy convencido.
Engancha desde el primer momento.

Yo
¡¡Gracias!!
¿Lo has leído?

—Deja de rascarte, Sara —me riñó mi madre al tiempo que pelaba una cigala—. Tienes que ir al médico. Esos picores no son normales.

Tristán
Sí. Espero que no te importe: un día vi el ejemplar que le prestaste a Silvia y lo leí.

Yo
Aún tengo que revisarlo de nuevo.
¿Qué te ha parecido?
¿Te ha gustado?

—Ahora te morderás las uñas también —protestó mi madre—. ¡Para ya!

Tristán
Tiene un estilo muy directo que lo hace muy fácil de leer.

Yo
Intento utilizar un lenguaje sencillo, sin demasiados adornos.

Tristán
Lo contrario que yo… que soy insufrible.

Me reí. Mi madre miró hacia mí arrugando la frente.

Yo
¿Preguntas o afirmas?

Tristán
Afirmo, afirmo.
No tienes por qué dar tu opinión.

Yo
Una lástima.

Tristán
Me gusta también cómo te adentras en los personajes.
Los pones ante situaciones límite para ver cómo se comportan.
Son personas sencillas a las que colocas frente a situaciones extremas.
Vamos, que eres de esas escritoras crueles que atormentan a sus

personajes.

Solté una carcajada. Mi madre me miró y entornó los ojos.
—¿Qué? —increpé a mi madre.

Tristán
Me he dado cuenta de que partes de unas situaciones aparentemente frías, pero las cargas de profundidad y sentimiento.

Yo
¡Hala! Nadie me ha dicho algo así.

Me encantaba cómo analizabas mi obra. Nadie la había entendido tan bien. Ni siquiera Verónica, a quien le encantaban mis novelas, había empatizado tanto con la historia.

Tristán
Ya ves, me gusta la buena literatura,
aunque sea un poco idiota a veces.

Yo
Y mequetrefe, no te olvides.

Tristán
Y botarate, en ocasiones.

Solté otra carcajada.
—¿Es Jon? Salúdalo de mi parte.
Solté el móvil, asustada.
—Me alegro de verte ilusionada de nuevo.
No respondí. No había pensado en Jon ni una sola vez desde que había conocido la noticia y, si no había tenido la necesidad de compartir algo tan importante con él, solo podía significar una cosa.

*****

Llegamos a casa el día anterior a comenzar las clases. Jon nos recogió en el aeropuerto. Se limitó a saludarnos a los tres y a ayudarnos con las maletas. Ni intentó acercarse a darme un beso.
—Me voy —anunció, muy serio, cuando terminamos de meter el equipaje en casa.
—¡Espera! —le llamé—. Quiero hablar contigo.
—No hace falta, Sara —respondió desde la puerta—. Creo que está todo dicho.
—Pero… yo quería explicarte…
—No necesito la charla de «eres un buen tío». Se acabó, pues ya está.
Las emociones me gritaban que debía querer a Jon, que era un tío genial. Mi madre, no sé si notando lo que pasaba por mi corazón en ese momento, me tendió la mano. Estaba triste por romper con Jon, pero era lo que tenía que hacer.A la mañana siguiente me levanté muy cansada, aunque ilusionada y con unos nervios enormes por comenzar en la universidad. La facultad era un hervidero de gente yendo y viniendo, muchos de ellos ya adultos a mis ojos de novata. Me encantaba el aire que se respiraba: carteles para unirse a grupos de lectura; gente repartiendo folletos para charlas; festivales de cine anunciándose aquí y allá. Yo me sentía aún una cría, pero ahí estaba, delante de las puertas del aula donde asistiría a la primera clase de *Estructura y*

sistema mundial de la información. Comenzaba mi aventura en la facultad y una vida nueva, una vida de adulta, una vida que estaba deseando vivir.

Tú, Silvia y yo nos sentamos atrás del todo, así que podía observar a todo el mundo. *La empresa informativa y su relación con los sistemas políticos* y *Documentación Informativa* tampoco fueron muy prometedoras. Tenían mejor pinta las asignaturas que iban tras el descanso: *Semiótica de la comunicación* y *Sociología*. En la pausa aprovechamos para conocer la cafetería de la facultad, a la que se accedía bajando unos diez escalones (once, en realidad).

—Me encanta la facultad —exclamé—: este ir y venir de la gente con los portátiles, sus libros. ¡Periódicos! ¡Hacía cuánto que no veía a gente con periódicos en papel!

—Y vivirlo juntas va a ser una pasada.

—Va a ser genial.

—Sí, pero cuenta, cuenta, que no me has dado detalles. ¿Sabes algo más sobre la publicación?

—¡Me han dicho que les ha encantado mi novela!

—¡Qué bien!

—Quieren publicarla. Ellos se encargan de todo: portada, maquetación, distribución…

—¡Qué ilusión me hace!

—¡Y a mí! Ellos apuestan por gente novel, aunque, para asumir el riesgo, necesitan que yo me comprometa. Tengo que comprar yo los primeros setenta ejemplares, porque así se aseguran de que yo voy a involucrarme en la promoción y la venta.

—Bueno, esos los vendes bien, ¿no?

—Supongo que sí.

—Seguro que tu madre lo paga encantada.

—No quiero pedirle el dinero a ella. Mi padre no se da cuenta, pero estamos con el agua al cuello. Debe pensar que vivimos como reyes con el dinero que nos pasa, vamos, pero hay muchísimos gastos, así que prefiero que mi madre no se entere de nada hasta que se publique.

—Pídeselo a tu padre, entonces.

—Paso. Tengo unos mil euros ahorrados, así que lo pagaré con eso.

—¡Qué bien! Qué ganas de tenerlo en papel y tocarlo. ¡Olerlo!

—Um, sí. Me encanta el olor a libro nuevo —ratifiqué—. Oye, de tarde venís hasta *El Rincón de Marc,* ¿no? Tengo ganas de estar toda la pandilla reunida de nuevo.

—Yo, sí. Tristán no sé si podrá.

—Por cierto, ¿no viene a tomar un café? —le pregunté.

—Está hablando con sus jefes. Necesita que le cambien al turno de la mañana.

—Entonces, ¿cómo se va a arreglar para venir a clase?

—Tenemos que ayudarlo, Sara. Está viviendo una situación muy jodida.

—Me asustas.

—No puede trabajar por las tardes porque tiene que quedarse con su madre. Ahora están viviendo con su tía, pero necesita encontrar un piso de alquiler antes de dos semanas.

—Joder, y ¿por qué?

—No te puedo contar más, Sara. El problema es que, para alquilar, piden al menos dos meses de fianza más otros tres por adelantado.

—Buf, eso es una pasada.

—Tristán ahora mismo puede pagar dos meses de alquiler, pero nadie lo aceptará sin más avales.

—¡Joder, vaya situación!

—Por eso tenemos que ayudarlo con los apuntes, los trabajos y lo que podamos.

Volvimos a la fila de atrás, donde tú ya estabas sentado. La profesora de *Semiótica de la comunicación* comenzó a presentarse. Miré a la izquierda con una sonrisa que Silvia me devolvió; tú estabas muy serio. La profesora hablaba y hablaba sin respirar y en un tono monocorde y cansino imposible de seguir sin un bostezo. Parecía empeñada en demostrar ya desde el primer día que iba a ser un tostón de asignatura. Apoyé el codo en la mesa y reposé la cabeza sobre la mano, distraída.

Al rato volví a fijarme en ti y vi cómo por tu mejilla se deslizaba una lágrima que, rápidamente, limpiaste con la manga de tu cazadora.

Me incorporé al instante, nerviosa. Se me puso un nudo en el estómago pensando en qué podrías estar pasando para que, en un día así, se te llegara a escapar una lágrima, esa lágrima que se grabó a fuego en mi estómago.

En toda la mañana apenas me habías dirigido la palabra. Sin embargo, aquello de tener que mudarse, buscar piso, cuidar de tu madre… sonaban a problemas demasiado adultos para alguien que debería estar disfrutando de su primer día de facultad.

El nudo en el estómago que me atenazaba desde que tu lágrima había rodado por tu mejilla me gritaba que tenía que ayudarte. «¡Jaime!», se me ocurrió en mitad clase, y saqué el móvil sin pensarlo dos veces para escribirle.

Yo
¿Qué tal?
¿Has comenzado las clases?
Oye, quería hablar contigo para alquilar un piso.

Mis padres se habían podido permitir enviar a sus hijos a un instituto privado de renombre, aunque la universidad ya suponía un coste inasumible. En aquel instituto conocí a gente con mucha pasta, entre ellos Jaime, a quien sus padres ya le habían regalado tres pisos para que fuera haciendo su dinero con el negocio inmobiliario.

Jaime
Genial. Me acaba de quedar uno disponible en la urbanización *Los Fresnos.*

Yo
¿Te puedo llamar?

Jaime
Por hablar contigo, hasta un piso nuevo compraba.

Arqueé las cejas y emití un bufido. Silvia se volvió hacia mí; también los que estaban en el pupitre delante del nuestro. No podía con su prepotencia, pero quería pedirle ayuda, así que salí del aula al terminar la clase para llamarlo.

—Le va a encantar; es un piso precioso. Es de dos habitaciones, salón grande con chimenea, cocina con electrodomésticos nuevos, piscina, pista de pádel…

—Buf, no sé si se le saldrá de presupuesto.

—Mira, sé que no está en el centro, y soy de los que piensa que es más importante alguien

fiable que ganar más, así que lo alquilo barato: seiscientos cincuenta. Por ser tú, se lo dejo en seiscientos euros al mes. Es un chollo, ya te lo digo.

—Es demasiado. ¿Quinientos? Es alguien de confianza que lo cuidará.

—Por menos de quinientos cincuenta ni me lo planteo. Y porque me pides tú el favor.

—Vale, se lo comentaré a mi amigo.

—Entenderás que necesito unas garantías.

—Tranquilo. Si pasa algo, yo respondo.

—Eso me parece genial, pero lo mínimo son dos meses para la fianza y tres por adelantado.

—Oye, que nos conocemos de siempre.

—Soy de los que piensa que hay que evitar problemas. Si pasa algo, seguro que hay malos rollos, así que, con la fianza y los meses por adelantado, nos ahorramos movidas.

—Que no, ya verás. Y si hay algún problema, contactas conmigo.

—Como siempre digo, soy amigo de mis amigos, así que no se hable más: te quito un mes de adelanto.

—No sé, no creo que mi amigo pueda desembolsar dos mil doscientos euros así de golpe.

—Yo no puedo hacer otra cosa…

Quedamos en silencio cerca de un minuto. No iba a ceder más. Podría usar el dinero de la publicación para la fianza. A fin de cuentas, lo recuperaría con el tiempo, pero ¿de verdad iba a arriesgar el dinero de la publicación por alguien que apenas me había dirigido la palabra ese día? Yo tenía en la retina esa lágrima resbalando por tu mejilla y, aunque no sabía el porqué de la urgencia, la preocupación de Silvia me alertaba de la imperiosa necesidad que tenías.

—Habla con él y si llegáis a un acuerdo te daré la fianza. ¡Ojo! Para él, como si esto no hubiera existido. Yo no he hablado contigo. Le voy a decir que he encontrado un piso en el que únicamente hay que pagar dos meses por adelantado. Lo que pague él será para abonar esta mensualidad y la siguiente.

—Oye, si quieres ese dinero lo gastamos en alguna cenita.

—Mañana te llevaré el dinero —me limité a responder.

*****

Entré al aula, pero antes de poder sentarme o decirle nada a Silvia llegaste tú por sorpresa.

—¡¡Qué contento vienes!! —te dijo—. No contaba contigo ya hoy en clase.

—Digamos que me he quitado un peso de encima. Se me ocurre… —dijiste mirando hacia mí—. ¿Por qué no llamas a Jon y vamos los cuatro hasta *El Rincón de Marc* a comer?

—¿No te ha dicho nada? —te pregunté mirando a Silvia.

—No. ¿Qué pasa? ¿Qué me he perdido?

—Lo siento —te dijo Silvia—, ni me ha dado tiempo a contártelo.

—¿Habéis roto?

Asentí y agaché la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntaste—. No, olvídalo, no quiero ser cotilla.

—Es largo de contar. No ha sido nada en concreto.

—Mira, solo queda una clase. Nos la saltamos y os invito a comer —propusiste.

—¡Vale! —contestó Silvia, muy contenta.

—No sé… —dudaste.

—¡Venga, tía!

—De acueeerdo —acepté a regañadientes.

—¡¡La primera vez que nos saltamos clases en la universidad!! —celebró Silvia.

—Me parece a mí que vais a ser una mala influencia.

Al poco de llegar, me acerqué a la barra a pedir una cerveza. Detrás del mostrador estaban hablando Róber, el encargado, y Marc, aunque ninguno hizo intención de acercarse a atenderme.

—¿Y Antoine? —oí que le preguntaba Róber.

—¿En serio? —respondió Marc, arrugando el gesto—. Yo pondría de subencargado de la mañana a Tristán, que es el más preparado para el puesto y, además, lleva tiempo pidiendo el cambio a la mañana; y pasaría a Antoine al turno de tarde.

—No quiero prescindir de Tristán —explicó Róber—. Es mi mano derecha durante las cenas y en barra por las noches.

—Pues nada, que sea Antoine.

—Perdonad —reclamé su atención.

—Sí, dime —me atendió Marc—, ¿qué vas a tomar?

—Una cerveza… y siento meterme donde no me importa… No he podido evitar oír vuestra conversación… —Me miraron, sin demasiado interés—. Bueno, no es asunto mío.

—Dime, dime. —Marc salió de la barra y se sentó en un taburete a mi lado—. No me dejes así ahora.

—Tristán. Sé que tiene alguna oferta —mentí. Inmediatamente, me entraron las dudas; ¿estaría estropeando más las cosas?—. Siempre dice lo bien que está aquí, pero se está pensando aceptar el otro empleo para trabajar por las mañanas.

—¿En serio?

Miró a Róber con cara de preocupación.

—Bueno, eso y que le pagan más —me atreví a decir. Ya metidos en harina, si servía para que te subieran el sueldo, mejor todavía.

Mientras escuchaba cómo cuchicheaban Marc y Róber, volví a la mesa, triunfante y sonriente, con mi cerveza en la mano, convencida de que mi estrategia estaba funcionando.

CAPÍTULO**17**

Ojalá no me hubiera ido sin decirte nada. Ojalá me hubiera abrazado a ti y te hubiera contado todo

Tristán

El comienzo en la universidad es un momento emocionante, pero para mí, era un día más en el que tenía que pelear contra las circunstancias. Me dolía la cabeza desde que había despertado. Apenas había dormido dándole vueltas a cómo iba a alquilar un piso. Llevábamos semanas rebuscando en todas las agencias y en portales inmobiliarios, pero no encontramos ningún piso de alquiler que aceptara menos de dos meses de fianza y tres meses por adelantado. Incluso alguno exigía contrato de trabajo indefinido o avales. Llamamos también a particulares, pero nada, parecía que estaba en un callejón sin salida.

Tampoco ayudaba la presión de no poder suspender más de dos asignaturas para que no me quitaran la beca. No se me daban mal los estudios, pero se haría difícil compaginarlo con el trabajo, las tareas del hogar y el cuidado de mi madre.

Por si fuera poco, ese día tenía que irme pronto porque tenía que declarar ante el juez por la denuncia de mi padre.

Y aún había más. Todavía no había comenzado la primera clase cuando me sonó una notificación.

Rosa
Tu madre pregunta cuándo vas a volver. Ya está vestida para irse.

Yo
Todavía ni han empezado las clases.
Intenta que se calme.
A ver si puedo tener un primer día de clase NORMAL.

Silvia me apretó la mano y me miró con una sonrisa para intentar tranquilizarme, pero no podía quitarme la presión que sentía en las sienes. Tú estabas a su derecha y vi cómo a ti te brillaban los ojos. Estabas muy ilusionada con todo aquello. Silvia y yo habíamos llegado a *Periodismo* un poco por casualidad, pero se notaba que tú estabas cumpliendo tu sueño.

Al descanso de las once y media, mientras tú y Silvia fuisteis a conocer la cafetería de la facultad, yo me fui hasta la puerta de entrada para hablar por teléfono con Marc.

—Ya sé que lo único que he hecho desde que he empezado a trabajar es pedirte favores —le dije—. En serio, si no fuera importante no te lo pediría. Si recuerdas, cuando comencé te había preguntado si podía trabajar en el turno de las mañanas. Ahora lo necesito.

—Lo miraré. Tengo que hablar con Róber. Creo que no hay ninguna vacante en el turno de mañanas, así que dependemos de que alguien se quiera cambiar. No puedo obligar a nadie.

—Avísame rápido con lo que sea, porfa. Me urge.

Al finalizar esa clase, Silvia se fue al servicio, así que intenté sacar ánimo para hablar contigo, porque en toda la mañana no había encontrado ocasión de dirigirte casi la palabra, pero antes de planteármelo me llegó otro mensaje.

Rosa

Yo no soporto más esta situación.

Yo
¿Y qué quieres que haga?
¿Me voy?
¿El primer día?

—¿Vendrás hasta *El Rincón de Marc* de tarde? —me preguntaste tú.

—Supongo —te respondí sin apartar la vista del teléfono.

Rosa
Ay, no sé, es tu madre.

Yo
¡Joder, y tu hermana!

Me mirabas, quizás esperando una respuesta más explícita. Apagué el móvil. Aún era pronto para irme al juzgado, pero necesitaba salir de allí; no podía estar en clase como si no pasara nada. Me puse la cazadora. Me miraste. Al encontrarme con tus ojos me entraron ganas de llorar. Necesitaba salir de allí.

—Dile a Silvia que luego le mandaré un mensaje.

Pasé a tu lado mientras se me empañaban los ojos.

—¿Estás bien?

No, no estaba bien. Y quería contestarte, pero si me giraba iba a explotar. No aguantaba más la presión que, no se sabe quién, había depositado en mis hombros. Me asfixiaba.

Ojalá me hubiera girado. Cuánto habría cambiado nuestra historia. Ojalá no me hubiera ido sin decirte nada. Ojalá me hubiera abrazado a ti y te hubiera contado todo.

*****

Me dirigí al juzgado y esperé hasta la hora de la cita con el juez.

—Mire, voy a serle sincero —me dijo, después de un rato de conversación—. De esta no se va a librar, porque las pruebas son contundentes. El demandante propone una multa de cien euros por daños y perjuicios y zanjar el tema.

—No sé. Usted qué opina.

—Es su decisión.

—Si no acepto… ¿Qué pasaría?

—Podría ir a juicio. Seguramente, tenga que pagar una multa más elevada y, ya embarcados en juicio, el abogado de la acusación es posible que le recomiende al demandante aumentar la pena solicitada, incluyendo el agravante por convivencia.

No quería enturbiar mi vida otra vez ni que mi padre volviera a formar parte de ella, así que aceptaría la multa y terminaría con aquella historia. Me sentí aliviado por dejar atrás esa preocupación, así que volví a la facultad y os invité a comer.

Fuimos a *El Rincón de Marc* y tomamos unas cervezas.

—¿Qué vais a pedir? —os pregunté.

—Yo, hamburguesa de buey —contestó Silvia.

—No sé… —dudaste mientras ojeabas la carta.

—Yo voy a pedir una ensalada de aguacate de las mías.

—No la veo por aquí —comentaste mirando la sección de ensaladas.

—No la busques, porque no está. La hacen especial para mí. Lleva aguacate, nueces, cherrys, garbanzos, hojas de rúcula; y se riega con una vinagreta de cebollino.

—¡Qué bueno! ¿Puedo pedirla yo también?

—¡Claro! A ver si convencemos a Marc de ponerla en carta. Entonces, con Jon… —soltaste a bocajarro—. ¿Se acabó el amor?

—No exactamente.

Tu cara de sorpresa me indicó que no imaginabas que sacara el tema.

—Oye, si crees que no tenemos la confianza suficiente para hablar de esto, lo dices sin reparos. No quiero meterme en tus cosas.

—No, no es eso. De hecho, me apetece contárselo a alguien. Contigo —dijiste mirando a Silvia— aún no he podido hablar. El tema es que no sé muy bien qué decir: no tengo una respuesta.

—Muchas veces —te dije—, verbalizarlo puede ayudar a ordenar y aclarar las ideas.

—A ver, le quiero. Y sé que me quiere.

—Él, con locura.

—Sin embargo, no sé, en mi vida han pasado cosas. Me fui sintiendo cada vez más alejada de él. ¿Sabes esa sensación de no encajar?

—Todo el tiempo.

—Pues yo sentía que ya no encajaba con él. Empecé a notar que no era la persona indicada para mí. Vale, me estoy explicando fatal, ya veo.

—Un poco —bromeó Silvia.

—Es más difícil de explicar que de entender —comenté—, pero creo que sé a qué te refieres. Si ves a tu pareja como a un extraño del que no entiendes su comportamiento, es que algo se está rompiendo.

—¡Eso! ¡Tal cual!

—Él te quería mucho. Y tiene un corazón enorme.

—Gracias, hombre. Eso me hace sentir mucho mejor —recriminaste, bromeando—. La verdad es que me veía como una hipócrita estando con él, porque ya no sabía si le amaba.

—No me malinterpretes. Lo resalto porque es muy valiente por tu parte dar ese paso.

—¿Valiente?

—Sí. No es fácil abandonar una relación en la que te sientes amado y te tratan bien. Cuando hay un detonante, como una infidelidad, es fácil tomar la determinación de romper, pero, cuando no hay nada que haga saltar la relación por los aires, es complicado. No obstante, tú te percataste de que tu vida estaría incompleta compartiéndola con él y diste el paso.

—Supongo que para él y para su entorno ahora seré la villana de su película, pero era lo que tenía que hacer.

—Tranquila, mujer —le dije a Silvia quien estaba devorando con ansia su hamburguesa—, que te vas a atragantar.

—Me dirás que estoy comiendo un cadáver, pero…

Yo me eché las manos a la cara, mientras tú te reías de la expresión de placer exagerado que puso Silvia.

—¡Joder! —dijiste al probar lo que habías pedido—. ¡Qué bueno! No sabía que se pudiera utilizar el garbanzo en ensalada.

—Sí, está genial.

—Con esta vinagreta está riquísimo.

—Me ha comentado Silvia que para publicar tu novela tienes que comprar setenta ejemplares o algo así, ¿no?

—Sí, pero creo que voy a esperar un poco.

—¿Esperar? —preguntó Silvia extrañada—. Estabas convencida de hacerlo ya y tenías el dinero.

—Eso creía. No me acordaba de un gasto que había hecho en vacaciones.

Silvia arrugó el entrecejo, como si supiera que aquellas palabras no eran sinceras del todo. Te miró extrañada, aunque no se atrevió a comentar nada más. Supongo que no quería seguir con el tema delante de mí.

—No pasa nada. En unos meses publicaré, no tengo prisa.

—Oye, puedes hacer *crowdfunding* —se me ocurrió.

Te reíste porque pensaste que estaba bromeando, así que el comentario pasó desapercibido, pero en mi cabeza se comenzó a gestar una idea.

Después de comer y hacer una sobremesa larga, empezaron a llegar vuestros amigos. Silvia me hizo una seña para que consultara los mensajes en mi móvil. Me había enviado un contacto.

—Es un particular que, según me han dicho, solo pide dos meses por adelantado. Y sin fianza.

—¡Qué bien! ¿Dónde lo has encontrado?

—Me lo han pasado. Y el alquiler me parece asequible: quinientos cincuenta euros.

Si aquello era cierto, no podía perder esa oportunidad, así que llamé al instante. No podía perder esa oportunidad, así que me despedí y me acerqué a ver el apartamento, aunque antes pasé por mi casa a recoger todo el dinero que tenía ahorrado: si todo era verdad, quería dejarlo atado lo antes posible.

Cuando llegué a la zona, me resultó extraño que se alquilara un piso así en esas condiciones. Era una urbanización tranquila con bloques de fachada de ladrillo visto de un color ocre clarito a cuyos portales se accedía por un caminito de unos dos metros hecho con baldosas que simulaban ser piedras flanqueado por zonas ajardinadas.

¿Era un sitio anodino y carente de personalidad? Sí. Sin embargo, era un lugar tan apacible y diferente a todos donde yo había vivido que me ilusionaba residir allí.

Llamé al cuarto derecha y abrieron sin preguntar. Esa tranquilidad de abrir sin estar seguro de quién estaba en la puerta, desde luego, no se daba en mi barrio.

—¡Adelante! —se oyó gritar desde dentro cuando estaba en la puerta.

El apartamento me impresionó nada más entrar al amplio recibidor, sin apenas decoración, de una sobriedad solo rota por un perchero de forja negro y un zapatero blanco que destacaba sobre el gris claro de las paredes. El suelo de tarima, también gris, continuaba hacia el salón, a la derecha, dando fluidez visual entre ambos espacios para terminar en el gran ventanal que presidía el salón.

—Jaime —se presentó cuando entré—. Este es el salón. Ya ves que es grande. Tienes hasta chimenea.

No me había fijado, pero, en la misma pared donde estaba puerta doble de entrada al salón, había una chimenea frente a una mesa de comedor para seis comensales. A continuación, un

mueble de madera noble envejecida presidía la pared frontal, a la izquierda, y, frente a él, se disponía un *chaise longue* gris, a juego con los tonos, también grises, de la pared. Toda la estancia rezumaba una elegancia sobria de líneas puras y colores discretos, a la que la mesa de comedor y el mueble de salón le daban el toque de calidez de la madera.

Lo que más me impresionó, sin embargo, fue el gran ventanal, enorme, de cuatro hojas que caían desde el techo hasta el suelo dotando al salón de luminosidad y amplitud.

—Ya ves que deja entrar luz natural durante todo el día y da para el interior de la manzana. Mira, allí puedes ver la piscina, de uso para toda la comunidad. Al otro lado, encontrarás la pista de pádel —me explicaba mientras señalaba las distintas zonas—. La edificación que ves en medio es un pequeño gimnasio. Hay una cinta de correr y cuatro máquinas más; no es gran cosa, pero está muy bien para días en los que no apetece moverse mucho de casa.

Estaba fascinado, como un campesino que entra por primera vez en un palacio. Para mí, todo aquello solo existía en las películas.

—Ya. Oye, ¿la chimenea se puede tapar para no utilizarla?

—Sí, sin problema —respondió mientras se acercaba a la pared opuesta al ventanal—. Deslizas este panel y queda completamente cubierta. Ni se sabe que está. Pero ¿por qué quieres taparla? ¿Sabes lo acogedor que es estar aquí en invierno con la chimenea encendida?

—No quiero que mi madre ande con nada de eso.

—Pues mira —deslizó a un lado y otro el panel que simulaba ser una pared de ladrillo gris —, la cubres y la descubres a tu antojo.

—Genial.

—Ven, vamos por aquí.

Salimos al recibidor y continuamos de frente.

—¡Guau!

—Es una cocina impecable.

Era una cocina amplia, con encimera de mármol blanco con vetas grises a derecha e izquierda, muebles de acero inoxidable, vitrocerámica y nevera de doble puerta.

El sonido de una llamada en mi móvil me sacó de mi obnubilación.

—¿Sí? Dime, Róber. Perdona un momento —le susurré a Jaime mientras salía al recibidor.

—He mirado el cuadrante y, bueno, Marc me ha pedido que lo organizara como pudiera. Mira, te puedo ofrecer el turno de seis de la mañana a una del mediodía.

—¡Eso estaría genial!

—Agradéceselo a Marc. A mí me desbarajusta todo el cuadrante.

—Se lo agradeceré. Y gracias a ti también; sé que me haces un favor. Y es un gran favor.

—Otra cosa…

—Dime.

—No solo cambias el horario, sino que vas como subencargado para el turno de la mañana. ¿Te parece bien?

—¡Claro!

—Obviamente, esa nueva responsabilidad conlleva un incremento salarial. Ya lo hablaremos cuando vengas.

Me despedí de Róber y volví con Jaime. No me lo podía creer.

—Pues creo que me lo voy a quedar —le dije a Jaime.

—Genial. Te doy mi número de cuenta y me haces transferencia.

—Mira, para no andar con líos, este primer mes y la fianza te lo doy en mano.

—Mejor todavía. Firmamos el contrato y te entrego las llaves.

A pesar de que el tipo era un impresentable y no me generaba ninguna confianza, estaba entusiasmado. ¡No lo podía creer! Ya tenía mi piso.

Cuando quedé solo, me senté en el *chaise longe*, saqué el portátil de mi mochila y comencé a buscar información sobre *crowdfunding*. El tono melancólico con el que contabas que debías posponer la publicación estaba lejos de mostrar la tranquilidad que fingías.

Tras dos horas con el ordenador, levanté la vista y miré a mi alrededor. Me acerqué al ventanal. Estaba en mi hogar. Y todo parecía estar solucionándose. El sol se ocultaba ya debajo de las montañas que rodeaban la ciudad, dejando tras de sí una débil estela anaranjada que se extendía por el cielo cubierto por pequeñas nubes que se iban coloreando al paso de la luz. Seguí con la vista el reflejo del sol hasta la piscina de la urbanización, donde algunos reflejos anaranjados bailaban sobre la lenta ondulación del agua. Me sentí en paz. Era como si un hada madrina hubiera aparecido de pronto en mi vida y me estuviera ayudando a resolver todos mis problemas.

CAPÍTULO**18**

Sentí el roce de tu mejilla y, con la emoción del momento, se me erizó la piel

Sara

Tras mis primeras pellas, comer en *El Rincón de Marc* y estar con la pandilla, Silvia vino hasta mi casa. Nos sentamos en mi cama, con las piernas entrecruzadas, y hablamos sobre mi ruptura con Jon, nos reímos, lloramos un poco; incluso me apeteció vivir el cliché de comer helado de chocolate tras una ruptura, así que subí una tarrina enorme que había en el congelador.

—Buf, no me creo que hayamos empezado a clase en la universidad —dije—. ¿No pensabas que te verías muy mayor cuando llegases a la facultad?

—Sí, y míranos, seguimos siendo unas crías.

—Por cierto, déjame los apuntes de la última clase.

—Oye, tienes que explicarme eso de que no puedes publicar. Y lo del contacto del piso. Últimamente tienes muchos secretos.

—¿Y esto? —pregunté mientras le quitaba la carpeta—. ¿Son instrucciones para la inscripción en el programa de intercambio de arte?

—Me lo han dado al salir.

—Ya, por eso están rellenos todos los datos y tienes toda la información sobre universidades colaboradoras en Italia: Florencia, rodeada con un uno; Roma, con un dos; y Milán, con un tres. ¿Te vas a ir a Italia? ¡Qué bien!

—No voy a ninguna parte.

De pronto cambió el tono y se puso muy seria.

—Joder, tía, ¡es una pasada! ¿Cómo te lo vas a perder?

—No puedo dejarlo solo, Sara.

—¿A Tristán? Yo le pasaré los apuntes. Y lo ayudaré en lo que necesite.

—¿Ves? Esa es otra razón. Me alegra un montón que os llevéis bien y seguro que será un año genial.

—Sí, la verdad es que él ha cambiado conmigo, pero no me desvíes del tema. Yo no te diré lo que es mejor para ti. Solo tienes que plantearte: si no estuvieras con Tristán, ¿irías?

—Sin duda.

—No hay más preguntas, señoría.

—No es tan fácil.

—No quiero opinar de lo que no conozco, pero no se puede renunciar a algo tan importante por otra persona. Siempre te vas a preguntar cómo habría sido, y hasta es posible que desarrolles cierto resentimiento hacia Tristán, porque lo podrías llegar a ver como el obstáculo que te impidió ir.

—No. Resentimiento hacia Tristán, nunca.

—Bueno, yo te apoyaré en lo que decidas. Si vas, ayudaré en cuanto pueda.

—Gracias, Sara. Tengo que darle muchas vueltas todavía.

A Silvia le llegó un mensaje. Giró el móvil para mostrármelo.

—Mira lo que me dice Tristán.

Gatito
¿Estás con Sara todavía?

—¿Gatito? ¿En serio? —pregunté, burlándome de ella—. No os pega nada esa cursilería.
—No se le digas, ¿eh? Siempre está con la coña de que al final me va a gustar que me llame gatita y yo le digo que imposible, así que sshh, que se viene arriba.
—Ja, ja, ja. Vale, vale.

Gatito
Quería enseñarle algo.

—¿Qué me quiere enseñar?
—Ni idea. Le pregunto.

Gatito
Quedamos en algún sitio y os cuento.

—Dile que venga a casa.

Yo
Dice Sara que vengas a su casa.

Gatito
¿Seguro?
No quiero líos.

Yo
Tranqui, su padre no está.

—Y aunque estuviera —puntualicé.
Bajamos y salimos de casa para esperar afuera. No me imaginaba qué podría ser. Estaba intrigadísima. Y hasta un poco nerviosa. A los quince minutos te vimos llegar en el coche de Silvia.
—¿Qué me tienes que enseñar? —te pregunté nada más verte.
—No seas impaciente —respondiste mientras colocabas tu mochila a la espalda.
—Dame una pista. No tengo ni idea de lo que puede ser.
—Mejor.
Al subir, te sentaste de nuevo en la banqueta del piano.
—¿Sabes tocar *Experience*? —me preguntaste.
—Buah, no, hace siglos que no toco nada.
—Está obsesionado con Einaudi —explicó Silvia.
—Muy interesante, pero al lío. ¿Qué te traes entre manos?
—Antes te comenté que podías hacer algo de *crowdfunding*. ¿Qué sabes del tema?
Abriste la mochila y sacaste tu portátil.

—¿Del *crowdfunding*? Bueno… conozco la esencia de para qué se utiliza.

—Vale, sabes lo mismo que sabía yo. Nada.

Quedé ojiplática con esa forma tan directa que tenías de expresarte. ¿Sorprendida? Sí, tanto que creo que es la primera vez que utilizo la palabra «ojiplática».

—Sé que es una manera de financiar proyectos con donaciones que hace la gente.

Me miraste con esa expresión tuya de «vale, lo que yo decía, no sabes nada», y continuaste sin más.

—Bien, donde Marc te comenté que podías hacer *crowdfunding*, aunque sabía del tema tan poco como tú, así que, en el piso, MI piso —subrayaste, ilusionado—, estuve investigando para ver si realmente era una opción a tener en cuenta.

—¿En serio?

Miré a Silvia, extrañada. Ella se encogió de hombros.

—Me enfoqué en plataformas que permiten realizar donaciones en concepto de preventa, como un pago del libro por adelantado. Y que, además, permitiera la donación de cualquier cantidad.

—Suena interesante, pero, no sé, todo esto me sobrepasa un poco. ¿Y qué pasa si, por ejemplo, cinco personas han hecho la preventa, y se suceden los meses sin que pueda publicar?

—No hay problema, porque, tras investigar un poco, el sistema que mejor se adaptaría a tu caso sería lo que se conoce como un *sistema de todo o nada*.

—¿Todo o nada?

—Sí. Se marca un objetivo de recaudación necesaria, por ejemplo mil euros. Si en el plazo indicado no se alcanzan los mil euros, las donaciones vuelven a sus donantes y no hay que entregar nada.

—Buf, no sé… Me parece todo muy complejo. Aunque me lo planteara, no sabría por dónde empezar.

Giraste el portátil para que Silvia y yo viéramos la pantalla.

—¡¡¡Hala!!! ¿¿En serio?? —grité mirando hacia ti.

¡¡No me lo podía creer!! No estaba familiarizada con la interfaz y había cosas que no entendía, pero se veía el título, *El rencor del almendro*. ¡¡Era mi proyecto!!

—Descárgate esta aplicación —ordenaste, enseñándome tu móvil.

—¿*BookProject*?

—Sí. De entre todas, es la plataforma que más se ajusta, yo creo, a lo que necesitas. Es específica para autores que quieren publicar.

—¿Ya está todo?

****

Borrador: El rencor del almendro

Importe proyecto: 1000€

Importe pendiente: 1000€

Tiempo restante: 120 días 0 horas 0 minutos

—Lanzar proyecto—

****

—Contar qué es el *crowdfunding* en abstracto resultaba confuso, por eso he preferido crear el proyecto concreto para que veas que es muy sencillo. Tan sencillo como que introduzcas el

número de cuenta donde quieres recibir el dinero.

—En serio, ¿ya está todo? ¿Y has investigado y creado todo esto en este rato?

—Está guardado como borrador. No está activo aún porque la decisión es tuya. Échale un ojo y verás que es muy sencillo de gestionar.

—No sé qué decir. No me puedo creer que hayas hecho este currazo. Perdona que pregunte lo obvio, pero es que estoy flipando: si pongo de importe los ochocientos euros y no llego a recaudarlos, no recibo un euro.

—Eso es. En tu banco no aparecerá nada hasta que no se complete el total. Si no se completa en el plazo que pongas, los pagos se devuelven automáticamente.

—Ciento veinte días restantes, veo aquí.

—Sí, unos cuatro meses. Para febrero. Lo puedes cambiar.

—Creo que está bien.

Estaba inquieta, sorprendida, ilusionada.

—Piénsalo y, si te decides, solo tienes que darle al botón *Lanzar proyecto* y empezarán a lloverte los billetes.

—Buah, qué nervios. —Miré la pantalla mientras resoplaba—. Pues… —pulsé el botón— ¡Que lluevan billetes!

****

Proyecto creado correctamente

****

¡¡Qué emocionante!! No podía creerme que hubieras empleado tu tiempo investigando y creando ese proyecto solo por ayudarme. Aún tenía los ojos cerrados disfrutando de los nervios de crear el proyecto cuando sonó el móvil dos veces, con un tono que no reconocí. Desbloqueé la pantalla y aparecieron dos notificaciones:

****

Donación: 15 euros
Concepto: preventa
Titular: Tristán.

****

Donación: 15 euros
Concepto: preventa
Titular: Silvia.

****

—¿Ya habéis donado?

Abrí la boca y quedé ojiplática de nuevo.

Me miraste, sonriendo. Os di un abrazo enorme. Incluí a Silvia, aunque en realidad era a ti a quien deseaba abrazar: eras tú quien había montado todo y quien había hecho las primeras donaciones. Sentí el roce de tu mejilla y, con la emoción del momento, se me erizó la piel. ¿Puedo confesar que cerré los ojos? Cerré los ojos. Un instante (tres segundos). ¿Me pareció que tú también los cerraste? Me pareció.

CAPÍTULO**19**

El desagradable olor a humedad inundaba aquel caos de copas rotas, restos de platos y cristales de la pantalla del televisor

Tristán

Sabía que mi madre no me lo pondría fácil cuando le enseñara el apartamento. En su cabeza, tenía instaurada la idea de que no iba a estar tan bien en ninguna parte como en su casa.

—Hay que subir a la cuarta planta, pero aquí tenemos ascensor —dije, tratando de remarcar los aspectos positivos.

—Me da miedo meterme en eso tan pequeño. Yo voy por la escalera.

—Bueno, pues por la escalera.

—Ya podías haber encontrado un primero.

Me llevé la mano a la cara y traté de tomar aire. El carácter de mi madre siempre había sido dulce y afable, hasta que, con las pastillas, se había vuelto inaguantable.

—Mira, vamos al salón. Verás qué luminoso.

—Bueno —contestó con desgana—. No está mal. No hay mesa de centro.

—El mes que viene, si te apetece, vamos a comprar una.

—No. Quiero la de casa.

—Ay —suspiré—. Vamos a ver la cocina.

—No me gusta. —Me quedé en silencio intentando ignorarla—. Y yo estos aparatos no sé usarlos.

—¿Qué es lo que no sabes utilizar, mamá? ¿El microondas? ¿En serio estás diciendo que no sabes usar el microondas?

—Todo así de aluminio como si estuviera envuelto con papel albal. Es muy feo.

—Mamá. —No me respondió. Estaba ensimismada delante de la vitrocerámica—. Mamá, mírame. Aquí vamos a ser felices, ¿vale?

No sé si fue consciente de la realidad por un instante o simplemente se dejó llevar por el desánimo, pero se emocionó y me abrazó mientras sollozaba. Estuvimos unos minutos abrazados de pie en la cocina.

—Solo necesito mi mesa de centro —dijo, finalmente.

—Vale, traeré tu mesa —respondí, tajante—. Eso sí, tienes que prometerme que, bajo ningún concepto, le digas a papá dónde estamos.

Estuvo en silencio unos segundos, los suficientes para dudar de su promesa, así que, mientras ella estaba sentada en el sofá, fui a la entrada, saqué el móvil de su bolso y borré el contacto de mi padre, todos los mensajes, el historial de llamadas; cuanto se me ocurrió.

—He borrado su número —dije mientras le lanzaba el teléfono. Quería que fuera consciente de que no iba a encontrar la forma de contactar con él.

—No le iba a llamar —contestó, sentada en el sofá.

*****

El sábado era mi último día en el turno de noche. En cierto sentido, iba a echar de menos el ajetreo incesante, la música tan alta que no dejaba pensar y, sobre todo, trabajar con Melania.

—Me voy —me dijo tras posar una bayeta y señalar a un chico moreno.

Miré el móvil, extrañado. Faltaba una hora para el cierre, más lo que se tardara en recoger y

limpiar.

—¿Y Rodri?

—¿Qué pasa con Rodri?

—No sé… Como habéis quedado unas cuantas veces…

—Alguna noche hemos pasado juntos, pero los dos sabemos que no es nada serio. Oye, si preguntan por mí, di que me he puesto enferma y me he tenido que ir.

—Vale.

—¡Gracias! —dijo casi cantando. Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla—. No te pongas celosón, ¿eh?

—¡Qué idiota! Eso sí, vete solicitando el cambio de turno.

—¡Te como! —Se acercó y me dio un beso en la mejilla—. Aún no trabajas sin mí y ya me echas de menos.

Todavía me estaba riendo cuando Melania me lanzó un beso desde la puerta. A la izquierda de la entrada, en el rincón que quedaba algo escondido, vi que Rodri, quien estaba con un par de amigos, observaba cómo se iba.

—¡Invita la casa! —grité, aunque era imposible que me oyera.

Señalé el vaso y luego a él, quien arrugó la frente sin entender qué le trataba de decir.

—¿¡Qué!? —chilló.

—Toma. Invita la casa.

—¿Y eso?

—No es fácil verla marchar con otro, ¿no?

Rodri tomó el vaso y dio un trago muy largo.

—A ver, sé que no somos novios ni nada de eso. Hemos quedado cuatro o cinco veces. Sin compromiso. Pero a mí me duele.

—Ya. Tú sí quieres compromiso —indiqué, y él asintió con resignación—. Sabes que Melania, como diría el tópico, es «un espíritu libre». De hecho, te gusta por como es, así que, si quieres estar con ella, tienes que plantearte si estás dispuesto a lo que conlleva.

—Más que gustarme… estoy enamorado. Y ella, no.

—También te digo: desde que la conozco, la única persona con la que ha quedado más de una vez ha sido contigo. Algo especial sí hay.

—¿En serio?

—Sí. La he visto irse con algunos tíos, pero nunca ha repetido.

—No sé —murmuró mientras resoplaba—. Como tú dices, aunque llegara a enamorarse de mí, no creo que quisiera una relación seria. Al menos, no como yo la concibo.

La conversación se alargó, así que le dije a Rodri que me esperara para tomar algo juntos al terminar el trabajo. Fuimos a un par de garitos y bebimos más de la cuenta. Iba a cambiar al turno de mañanas y a cuidar a mi madre por las noches, así que tardaría en tener la oportunidad de disfrutar de otra salida nocturna y procuré aprovecharlo al máximo. Cuando salimos del último local en el que estuvimos, empezaba a amanecer y decidimos ir para casa.

—¿Sabes qué? —me preguntó—. Lo voy a intentar. Voy a cambiar de acti… —La lengua ya le patinaba después de unos cuantos ron-cola de más—, de acti… ¡Mierda!

Nuestras carcajadas resonaron en la calle desierta.

—¡Actitudzzz! —logró decir.

—¿De qué me hablas?

—¿De qué va a ser? Voy a dejarle su esssspacio.

—Vale —respondí poniendo cara de admiración y pasándole el brazo por el hombro—. Yo no aguantaría, ya te lo digo.

—Tú no tendrías que aguantarlo. —Arrugué la frente a modo de interrogación—. No quiere compromisos, pero contigo se casaría mañana.

Me reí con la frase y la manera cómica con la que la dijo, aunque, cuando estuve sobrio, me sorprendió que Rodri lo asumiera con tanta naturalidad y sin ningún tipo de rencor; ni hacia mí, ni hacia Melania.

—Solo espero —respondí. Me detuve y alcé la mano con el índice extendido para dar más énfasis a mi explicación—, solo espero... Mírame. —Le agarré por ambas mejillas y le giré la cara hacia mí—. Solo espero —repetí por tercera vez en el tono más solemne del que fui capaz— que no sufras.

—Gracias.

—Chss, déjame terminar —le interrumpí mientras le tapaba la boca—. De corazón —dije llevándome la mano al pecho—, espero que tu decisión no sea fruto del alcohol. Porque estás un poco borracho, lo sabes.

—Eres un buen tío, Tristán. Aquí tienes a un colega para lo que necesites.

*****

A la semana siguiente comencé con la nueva rutina. Siempre había sido un ave nocturna, así que me costó acostumbrarme a despertar a las cinco de la madrugada. Con el nuevo horario podía acercarme a la facultar únicamente a la última hora de clase. Tomamos por costumbre quedarnos tú, yo y Silvia en la cafetería al menos durante una hora más. Me pasabais los apuntes, consultábamos las tareas pendientes y conversábamos sobre nuestras vidas. Poco a poco íbamos formando una amistad que nunca hubiera imaginado.

No tenía ningún interés en volver a mi antigua casa, y lo demoré más de un mes, pero mi madre era una metralleta que me recordaba a cada segundo que no había ido a por la maldita mesa.

En cuanto abrí la puerta, me golpeó un desagradable olor a humedad y me encontré con el pasillo repleto de fragmentos de cristales del espejo que solía adornar la pared encima del zapatero. En la salita la escena era igual de desoladora. Las puertas de cristal del armario estaban destrozadas por completo.

—La mesa está bien, hombre —lamenté.

Miré a mi alrededor. El desagradable olor a humedad inundaba aquel caos de copas rotas, restos de platos y cristales de la pantalla del televisor… Parecía mentira que a aquello lo hubiera llamado hogar algún día.

El bate de béisbol estaba en el centro de la salita y, aunque astillado de los golpes que se debieron dar con él, seguía de una pieza, así que decidí meterlo en la mochila junto a algunas libretas y hojas sueltas.

Sara
Hola.
No quiero entrometerme, pero creo que debes saberlo.
Silvia tenía los formularios para el programa de intercambio.
En dos días termina el plazo y sé que no los presentará.

Dice que no quiere dejarte solo.

Yo
No sabía nada.

Sara
Siento si he abusado de la confianza.
Creo que no puede renunciar a sus sueños por nadie.
Perdona que te lo diga así, pero ni por ti, en este caso.

Yo
Hablaré con ella.
Gracias por avisarme.

¿Silvia se quería ir de intercambio a Italia? Me parecía evidente que no quería ser periodista. Le interesaba la carreara de *Periodismo*, pero era artista. Siempre sería artista. En Florencia quizás se replanteara en qué debía enfocarse y, así, no malgastaría cuatro años estudiando algo de lo que no quería trabajar.

Faltaban dos días para que finalizara el plazo, así que no lo pensé más y saqué el portátil de la mochila para rellenar la inscripción. Aunque la aceptaran, siempre podía rechazar la beca, pero no quería que perdiera la oportunidad por mi culpa.

Bajé primero la mochila y una bolsa con algunos enseres de cocina. Lo coloqué todo en el asiento del copiloto y subí de nuevo a la cuarta planta. En cuanto levanté la mesa, me arrepentí de haberle dicho a Silvia que no necesitaba ayuda. No era muy grande, pero ¡cómo pesaba! Tendría un metro de largo, cincuenta centímetros de alto y unos cuarenta centímetros de ancho, pero sus dos placas macizas de mármol blanco con vetas grises la convertían en una mole. ¡Qué asco le tenía ya!

Silvia me ayudó a subirla a casa y la colocamos frente al sofá. Mi madre estaba viendo la tele y ni se inmutó.

—Ahí tienes, mamá.

Mi madre me miró, tocó la mesa y continuó viendo la tele sin decir nada.

—Gracias por lo menos, ¿no? —recriminé. No obtuve respuesta.

Tomé a Silvia de la mano y la llevé a mi habitación. Palideció cuando le mostré el comprobante en pdf de la inscripción en el programa de intercambio.

—¿Por qué has decidido echar la solicitud?

Su tono se volvió seco y cambió el semblante de culpabilidad por el de enfado.

—Porque te conozco. Tú no la hubieras echado.

—¡No tienes derecho a decirme si tengo que ir de intercambio o no! ¡¡No puedes decidir por mí!!

—No puedes cerrarte esa oportunidad por mi culpa. Enfádate conmigo si quieres, pero no me lo perdonaría. Ya tendrás tiempo a rechazarla si te aceptan y no quieres ir.

—No quiero ir.

Frunció el entrecejo y cruzó los brazos girándose para darme la espalda.

—¿Por qué?

No me miraba ni respondía. Seguía con los brazos cruzados y el entrecejo apretado.

—Dime, ¿por qué no quieres ir a Italia?

—Porque no me apetece.

—Mírame —dije poniéndome delante de ella.

—No quiero —contestó girando la cabeza hacia el otro lado.

—Mírame y dime que no quieres estar cuatro meses en Florencia.

—No.

—Dime que si yo no existiera no irías a Florencia.

—¡Pero existes, joder! —exclamó, incorporándose—. No te voy a dejar solo. No quiero dejarte solo.

*****

El domingo quedamos para comer con vuestros amigos. Bueno, ya los consideraba amigos míos también, porque nos veíamos casi todas las semanas. Yo no podía permitirme comer en un restaurante con tanta frecuencia, así que me escudaba en el veganismo para pedir una ensalada y poco más. Ese día estábamos todos excepto Sabrina y Rebeca.

—Estoy preocupada —nos comentaste.

—¿Por *Ciencia política y relaciones internacionales*? —preguntó Silvia.

—Yo esa la doy por perdida —dije yo—. Espero tener tiempo y prepararla para junio.

—No, no es eso. Estoy algo descentrada, pero llevo bien las materias. Es por el proyecto. Mirad.

****

Proyecto: El rencor del almendro

Importe proyecto: 800€

Importe pendiente: 576

Tiempo restante: 62 días, 5 horas y 42 minutos

****

—La progresión no es buena, no —comentó Vero.

—Faltan dos meses aún —indicó Silvia.

—No sabía que los veganos comíais de esto —comentó Juan cuando comí una patata frita del aperitivo que habían servido con las consumiciones.

Yo miré para otro lado. Juan siempre intentaba buscarme las cosquillas, aunque a mí no me apetecía entrar al trapo.

—Se ha estancado demasiado. Y lo peor no es eso; lo peor es que no se me ocurre cómo reactivar la cuenta. Me agobia pensar que tengo que explicarle a la gente que no se va a publicar y que se les devolverá la pasta.

—Aún queda mucho tiempo —apreció Silvia—. Vamos a ser positivos.

—Como solo coméis verduras y cosas sanas… —continuó Juan a pesar de que nadie le había hecho caso.

—¡Cómo eres tan ignorante, Juan! —intervino Vero—. Los veganos no comen nada que sea de origen animal. ¿No? —te preguntó para confirmar lo que había dicho.

—Sí, algo así.

—No solo es no comer nada de origen animal —puntualizó Silvia—, es no consumir nada de origen animal ni fomentar nada que provenga de la explotación animal.

—No entiendo el veganismo —prosiguió Juan—. Imagina que todos nos volvemos veganos. No hay tierra bastante para cultivar. Y los colmillos: si tenemos colmillos es porque somos carnívoros.

—No digas chorradas, Juan —replicó Vero—. A ver si ahora tenemos colmillos de tigre. Y mira los gorilas; solo comen vegetales y tienen unos colmillos enormes. No soy vegana, pero a ver si das algún argumento que no sea una tontería.

—Y la supervivencia es así: la ley del más fuerte. ¿O no? —continuó.

—Si tú lo dices —respondí sin darle importancia.

—Explícamelo bien, porque me parece que no tiene sentido.

—Si alguien tiene interés por conocer el tema, ahí está *Google*.

—O sea, no tienes más argumentos.

—Será que soy un poco botarate —respondí mientras volví la vista hacia ti. Tú me devolviste el gesto de complicidad con una sonrisa—. Lo que pasa es que hace tiempo que no pierdo energía en convencer a nadie de nada. ¿Tú piensas eso? Genial. No lo vas a cambiar por los argumentos que te dé en una conversación de bar. Ni tú a mí. ¿Me piden mi opinión? No tengo problema en darla. No obstante, no voy a malgastar tiempo en intentar convencer a nadie de nada.

—Bueno, chicos, ya me han aprobado la beca para el intercambio —anunció Azu después de un silencio.

Silvia no había dicho nada sobre la resolución de la beca. Agachó la cabeza, en silencio.

—¡Qué bien! —celebraste tú—. ¿A dónde vas?

—A Florencia.

—¿Tú sabes algo, Silvia? —le preguntaste.

—Han aceptado la preinscripción —respondió con voz débil.

—¡Qué guay! —dijo Azu—. ¿Para dónde?

—Para Florencia también.

—¡¡Vamos juntas!! —gritó, emocionada.

—Oye, y la lana, por ejemplo, ¿qué mal hace la lana? —me preguntó Juan con intención de retomar el tema.

—No seas coñazo, tío —le respondí. Ya había cierta confianza para mandarlo a la mierda sin que le pareciera mal del todo.

—No es definitivo —prosiguió Silvia—. Aún falta el examen de idiomas.

—¡Qué problema tienes tú! —intervino Marcos—. Tienes el B2 de inglés y te defiendes en italiano.

—De todas formas, no sé si podré ir.

—Nunca tienes respuestas, ¿ves? —dijo Juan dirigiéndose a mí—. Si tengo razón, admítelo y ya está.

—Tienes razón, Juan, tienes razón —respondí con tono cansino.

Yo no quería intervenir en la conversación sobre Florencia, porque sabía que Silvia no quería tener que dar explicaciones delante de sus amigos, pero Juan me estaba poniendo nervioso.

—Sí, Juan —añadiste tú para apoyarme—. Todos sabemos que tienes razón.

—Siempre tienes razón —añadió Vero.

—¡No fastidies! —exclamó Azu mirando a Silvia—. ¡Ahora ya sé que vamos juntas! No puedes hacerme eso.

—Además —dijo Marcos—, es una experiencia fantástica. Yo estuve el año pasado en Budapest y es lo mejor que me ha pasado. —Miró a Azu y le dio un abrazo—. Después de estar contigo, claro.

—Ya —replicó Juan—. Como no tenéis argumentos, os metéis conmigo. Esto es *bullying*, que lo sepáis. Por cierto, Silvia, bien tonta serías de no aprovechar una oportunidad así.

Silvia no aguantó más, se levantó y salió corriendo.

—¿Qué he dicho yo ahora? —preguntó Juan con cara de susto.

—¡Espera, Silvia! —la llamé mientras corría hasta ella.

Corrí tras ella, pero no se giró hasta que la alcancé y la agarré por el brazo.

—Silvia, si no quieres ir, no vayas. No insistiré más. Lo siento.

—Es que sí quiero ir, Tristán —dijo mientras se volvía hacia mí—. ¡Pasarán años hasta que tenga otra oportunidad de visitar Florencia! Y no será como esto; no será empaparse de la ciudad durante cuatro meses, tener tiempo para conocer cada iglesia y perderme por cada callejuela.

—Pues vete, gatita —dije mientras le acariciaba la mejilla.

—¡¡¡No puedo!!! —gritó entre sollozos—. No puedo irme sabiendo que tú te quedas aquí, solo con tu madre, luchando por salir adelante, trabajando y sin casi tiempo para estudiar. No puedo abandonarte.

—No me abandonas, Silvia. Vas a vivir una experiencia increíble durante cuatro meses.

—Tú peleando contra todo, como siempre. Desde la madrugada en el trabajo, luego tu madre, la casa, los estudios… Y yo, allí, en Italia, disfrutando de la vida y sin preocupaciones. No quiero dejarte solo. ¿Es tan difícil de entender?

—Claro que te entiendo. Y tú tienes que entender que no puedo ser la razón por la que no vayas a Italia.

Se lanzó a mí mientras lloraba. Ese abrazo me confirmó lo que los dos sabíamos: debía ir a Florencia.

CAPÍTULO**20**

Sentí el roce de tu mejilla y, con la emoción del momento, se me erizó la piel

Sara

Las semanas siguientes fueron duras en la facultad. Se sucedían los exámenes, las entregas de trabajos, las exposiciones orales… Apenas tenía tiempo para preocuparme por otra cosa. Sin embargo, sí que me angustiaba, y mucho, la marcha del proyecto. Tenía que asumir que no podría publicar, aunque me resultaba complicado no pensar en ello. Si nunca se hubiese presentado la ocasión, no tendría problema; lo malo es que lo tenía delante de mis narices y no iba a poder cumplirlo.

Mi cabeza tenía hueco para una preocupación más: Silvia se iba a Florencia. Los grupos dentro del aula cada vez estaban más definidos y nosotras estábamos allí, en tierra de nadie. Las relaciones sociales no eran mi fuerte, pero iba a tener que hacer un esfuerzo si no quería pasarme sola el resto del curso.

El día antes de que se cumpliera el plazo en *BookProject* y de que se fuera Silvia, quedamos en la cafetería los tres después de clase, como era ya habitual. Intenté retrasar lo máximo posible el momento de despedirme de Silvia, hasta que fue inevitable. Os acerqué hasta tu casa. Tú saliste del coche y subiste para dejarnos solas unos minutos.

—Ay, qué bien lo vas a pasar. Manda un montón de fotos.

—¡Sí, es genial! Estoy muy nerviosa. Nunca he ido a ninguna parte. Bueno, al pueblo, pero no creo que eso cuente —bromeó—. Menos mal que voy con Azu. Eso me tranquiliza mucho.

—Ya me dirás cómo son los italianos. Siempre he tenido debilidad por el acento. A ver si tengo que ir una temporada a visitarte…

—Eso estaría genial.

—¡Te voy a echar tanto de menos!

La abracé, emocionada.

—¡¡Y yo a ti!!

*****

Hay cambios que se dan de una manera tan brusca que es inevitable saber que te van a trastocar la vida. Otros cambios, sin embargo, se esconden tras un hecho sutil e insignificante, por lo que es imposible prever el alcance de cómo van a desestabilizar los pilares de nuestras vidas. Eso sucedió aquel día.

Estaba feliz por Silvia; iba a vivir una experiencia increíble. Pero yo estaba triste. La iba a echar de menos. Además, aunque no podía comparar la relación que tenía con Silvia con ninguna otra, Azu era con quien más confianza tenía tras Silvia, y se había ido también.

Silvia
¡¡¡Ya estamos en la residencia!!!
¡¡Qué nerviosss!!
Estamos superilusionadas.
Muchas gracias por convencerme para que viniera.
¡¡Te quiero!!

Yo

¡Pásalo bien!
Ya hablamos de noche y me cuentas todo.

Silvia necesitaba su espacio para acomodarse, aunque, la verdad, tampoco estaba de humor para hablar con ella.

Tristán
¿Cómo vas? ¿Podrás publicar?

Yo
Creo que tendré que esperar a otra ocasión.
Me faltan más de 200 euros.

Al rato sonaron más notificaciones de mensajes y pensé que eras tú de nuevo.

****

Donación: 210 euros
Concepto: otras donaciones
Titular: Anónimo.
****

No me lo podía creer. Se me abrieron los ojos todo lo que se pueden abrir. ¿En serio? ¿Era aquello una puta película de Hollywood donde parece que todo va mal hasta el final feliz? ¿Y con una donación anónima?

****

El rencor del almendro
¡¡¡OBJETIVO CUMPLIDO!!!
****

¿Habrías sido tú? Sí, tenías que haber sido tú. Habías creado el proyecto y habías estado pendiente hasta el final.

Yo
¡¡¡Silvia!!!
¡Lo he conseguido! ¡He llegado al objetivo!
¡¡¡Voy a poder publicar!!!

Pasaban los minutos y Silvia no respondía. Suponía que se estaría instalando y tampoco quería robarle tiempo de su primer día de estancia, pero yo tenía una gran noticia y ansiaba compartirlo con alguien.

Yo
¡Lo he conseguido!
¡Muchas gracias!

Tristán
¡Enhorabuena!
¡Me alegra haberte ayudado!

Yo

¿Quieres tomar una cerveza para celebrarlo?

Tristán
No puedo.
Tengo que estar con mi madre.
Mañana después de clase lo celebramos como se merece.

Vi la previsualización del mensaje sin entrar al chat. Sin Silvia ni Azucena, eras la persona con la que quería celebrar el logro, tanto por lo que me habías ayudado con el proyecto como por la confianza que comenzábamos a tener, así que me desilusionó no poder compartirlo contigo tampoco.

Yo
Vale.

Tristán
Me puedo escapar un rato.

Yo
No, tranquilo. Mañana hablamos.

Tristán
Te veo en *El rincón de Marc*.
En 15 minutos.
Ya estoy saliendo.

Te estaba empezando a conocer de verdad y no podía saberlo entonces. Hoy sí; hoy sé que en aquel «vale» leíste mi desilusión y no me diste opción a negarme. Me puse lo primero que encontré y, sí, también aquella chaqueta vieja (¿por qué no la habría tirado todavía? ¿Por qué me empeñaba en ponerla?). Me hice una coleta y salí hacia allí; contenta por haber cumplido el objetivo; ilusionada por compartirlo.

—Entonces, cuéntame. Te faltaba bastante pasta, ¿no?

—No te hagas el tonto. —Arrugaste el entrecejo sin entender a qué me refería—. ¿No has sido tú?

—No he sido yo… ¿el qué?

—Me faltaban doscientos doce euros y entró una donación por valor del importe pendiente. Una donación anónima.

—Mía no, desde luego. Me gustaría poder permitírmelo, pero no. Imposible.

—¿Quién sería, entonces?

—¿Tu madre?

—No, no sabe nada. Piensa que la editorial ya lo está publicando.

—Tu padre, entonces.

—No sé… No creo que se enterara. Por cierto, estamos jugando en desigualdad de condiciones.

—¿Cómo?

—Tú has leído mi novela, pero yo no he leído ningún poema tuyo.

—Ah, no sabía que era una competición.

—Obvio. Te toca.

—Me da algo de vergüenza…

—¿En serio?

—Muy poca gente ha leído nada de lo que he escrito.

—Pues toca exponerse, así que no te hagas el interesante y tráeme algún poema; tengo mucha curiosidad. ¡Eh! ¡Mira estos!

Vero y Raúl estaban entrando por la puerta.

—¡Enhorabuena! —gritó Vero, que corrió a darme un abrazo.

—¡¡Esa escritora!! —exclamó Raúl, que llegó a continuación—. Ahora que vas a ser una escritora famosa ya quieres dejarnos de lado.

Entraron también Marcos y Juan y, tras ellos, Sabrina y Rebeca. Con la mirada te lancé un reproche; con los labios, una sonrisa. Alzaste la cerveza; levanté la mía; las acercamos sin tocarse en un brindis imaginario. En unos minutos, conseguiste transformar mi sensación de soledad en la maravillosa sensación de estar rodeada de amigos y sentirme especial.

Tampoco lo sabía entonces: tu especialidad era transformar mi desilusión y mi tristeza en momentos especiales donde me sentía la persona más importante del mundo.

—¡¡Un brindis, un brindis!! —propuso Marcos levantando su botellín de cerveza.

—¡¡Por Sara y su *best seller*!! —gritó Vero.

—¡¡¡Por la nueva Agatha Christie!!! —chilló Juan.

Me estaba muriendo de vergüenza. La clientela del bar me miraba y las mejillas me ardían amenazando con explotar en cualquier momento.

Un camarero se acercó a nuestra mesa y colocó sobre ella unos nachos con guacamole, patatas fritas, hummus y dos ensaladas de aguacate.

—Perdón, no hemos pedido nada —le dije.

—Invitación del caballero —respondió el camarero inclinando la cabeza hacia ti.

—¿Cuánto ha sido? —pregunté sacando la cartera.

—¿Qué ha dicho el camarero? «Invitación». Y los camareros siempre tienen razón. Sobre todo, los de este local.

—Venga, bah, es la celebración por mi novela; dime cuánto es, no hagas el tonto.

—Sabes que soy un poco idiota.

—Y un tanto botarate. ¿Hay que añadir cabezota, también?

Te encogiste de hombros. Di la batalla por perdida, así que guardé la cartera.

—¿No tienes calor con esa chaqueta? —me preguntó Vero.

—Un poco.

—Estás roja. A mí me picaría todo con eso de lana aquí dentro.

—Pues yo estoy genial.

En realidad, yo misma estaba sorprendida. Ni el calor, ni la vergüenza, ni la tensión me molestaban. Ni un picor.

—Bueno, chicos , tengo que irme —anunciaste.

—Muchas gracias —te agradecí con una mueca de tristeza. No me gustaba que tuvieras que irte.

—Chao, Tristán —se despidió Vero.

—Oye, el domingo quedamos para comer, ¿eh? —se despidió Marcos dándote un manotazo en la espalda—. No pongas como excusa que no está Silvia, porque Azu tampoco va a estar y yo voy, así que no puedes faltar.

Contemplé con desilusión cómo te alejabas hacia la puerta. Siempre que nos divertíamos tenías que irte y me parecía muy injusto, pero aquel día me habías organizado la celebración de

la publicación de mi libro, en la que habías sido protagonista, y verte marchar me entristecía.

—Vengo ahora.

Me bajé del taburete y corrí hacia la entrada.

CAPÍTULO**21**

No sé si estoy mezclando la sensación que tuve en ese momento con la emoción que me provoca hoy el recuerdo de tu mirada

Sara

—¡Tristán!

Tú estabas bajando los cuatro escalones de acceso y miraste hacia atrás cuando te llamé. Clavaste tu mirada en mis ojos y un escalofrío recorrió mi cuerpo. En realidad, no sé si estoy mezclando la sensación que tuve en ese momento con la emoción que me provoca hoy el recuerdo de tu mirada.

Tristán

Me llamaste cuando estaba bajando los escalones. Es posible que no sintiera nada, que te mirara extrañado, que no entendiera para qué salías. No obstante, hoy, cuando recuerdo cómo nuestras miradas se suspendieron en el aire, siento un estremecimiento que me recorre desde los pies hasta la última neurona de mi cerebro.

—Quería darte las gracias.

—No tienes por qué. Me encanta formar parte, aunque sea en lo mínimo, de la publicación del primer libro de quien será una escritora de éxito.

—No me refiero a eso ahora. Me refiero a lo de hoy. Necesitaba a un amigo con quien compartir la noticia. Y me has hecho sentir muy especial.

Sara

Me acariciaste el brazo en respuesta a mi agradecimiento. Te abracé. ¡Qué a gusto he estado siempre entre tus brazos! Incluso en ese momento, en el que estaba lejos de imaginar lo que estaba a punto de suceder, me dio pena separarme de ti y volver adentro.

Tristán

¡Me abrazaste! No tenías miedo a mostrar agradecimiento cuando alguien se había portado bien contigo, igual que no lo tuviste al pedir perdón cuando te habías equivocado. Créeme, no es fácil encontrar personas que sean capaces de mostrarse tal cual son ante los demás.

Sara

Antes de cerrar la puerta, me giré para observar cómo te alejabas, caminando, con las manos en los bolsillos de tu anorak. Todavía emocionada, con la sonrisa en la boca y el corazón crepitando, entré para comenzar a echarte de menos. No sabía que no podría dejar de hacerlo.

Tristán

Te separaste para volver adentro. Quizás intuía lo que sucedería durante esas semanas, no lo sé. ¡Lo cierto es que me sentí tan vivo a tu lado! «Al final el día no ha sido tan malo», pensé mientras me alejaba del bar, con las manos en los bolsillos de mi anorak y la sonrisa en la boca que siempre se me dibuja cuando pienso en ti.

CAPÍTULO**22**

Éramos dos amigos que habían pasado un buen rato. Entonces, ¿por qué me sentía culpable?

Tristán

Aunque Silvia ya no estaba, mantuvimos la costumbre de quedarnos en la cafetería tras terminar las clases. Para mí, era el mejor momento del día. Sin aquellas charlas, mi rutina hubiera sido ir de casa al trabajo y del trabajo a casa.

Las asignaturas del segundo cuatrimestre me parecían asequibles. Alguna era más peñazo que otra, pero, echándole horas, no me daban miedo… excepto *Economía aplicada al periodismo*.

Siempre había sido de letras, así que ver más de dos números juntos me mareaba. En cuanto llevábamos unas clases, comprobé que necesitaba ayuda. La asignatura tenía partes de estadísticas y gráficos, además de conceptos de economía; sería incapaz de aprobarla por mí mismo.

No fue fácil dar con alguien que diera clases de esa materia específica. Muchos impartían *Economía*, pero solo encontré a una chica que, además, conociera el temario específico de la asignatura de *Periodismo*, así que la llamé por teléfono.

—No tengo hueco —me dijo—. Puedo reservarte plaza para septiembre. Oye, tú prepárala. Si hay suerte, me avisas y lo cancelamos. Que no, pues ya tienes la reserva para el año que viene.

—El problema es que no puedo suspender esta convocatoria.

—¿Tema becas?

—Ya he suspendido dos. ¿Podrías hacerme un hueco?

—Lo tengo todo ocupado, en serio.

En algún lado oí que el silencio es una buena táctica de negociación. Y no tenía gran cosa que decir, así que estuvimos sin hablar unos interminables 20 segundos.

—Mira, me estoy metiendo en más de lo que debería… ¿Qué te parece si te hago un hueco tres días a la semana de tres a cuatro?

—No sé si me dará tiempo a llegar…

—Yo estoy suprimiendo mi hora de la comida. Más no puedo hacer.

—Vale, vale. Me arreglo como sea.

Con ese horario, los días en los que tuviera clases particulares no me iba a dar tiempo a pasar por la universidad ni a la última hora de clase, pero no tenía otra opción.

—He encontrado a una chica que da clases particulares —te dije—. El problema es que solo tiene hueco a las tres y está en la otra punta, junto al parque *San Javier*; o voy directo desde el trabajo, o no llego.

—¿No vas a poder venir ni a la última hora?

—Imposible. Y te quería pedir un favor. Un favor más, quiero decir. Tenemos que organizarnos para que me pases los apuntes, porque no quiero ir acumulando lo de varios días.

—Se me ocurre algo.

—No sé si eso me da miedo.

—¡Calla, déjame hablar! —me reñiste a la vez que me dabas un manotazo en el brazo—. Yo vengo en coche a la facultad, así que, mira, tú sigues viniendo a última hora, como siempre, y después te llevo yo a particular.

—Es excesivo. No puedo pedirte que hagas eso.

—No me lo has pedido.

—Muchas gracias, en serio. No sé cómo voy a agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—Pero… una cosa. La clase dura una hora, ¿no? —Asentí—. ¿Cómo tienes pensado volver a casa?

—Andando. —Me miraste arrugando la frente—. Es un paseo.

—Un paseo de una hora, sí.

—No. Serán cincuenta minutos si voy rápido.

—Se me ocurre algo —dijiste—. Normalmente, después de clase, solemos estar como una hora en la cafetería. En vez de perderla aquí, te llevo, espero a que salgas y te acerco a casa. Aprovecharé para repasar los apuntes o buscar información para algún trabajo.

—No puedo…

—¿Cuándo empezamos? —me interrumpiste sin darme opción a negarme.

*****

El miércoles comencé las clases particulares. Me daba apuro que perdieras el tiempo por llevarme a particular y esperar por mí, así que se me ocurrió llevarte algo de comer para que, al menos, pudieras aprovechar el tiempo.

—¿Puedo robarte un poco de espacio? —pregunté entrando a la cocina antes de finalizar el turno.

—¡Ey, mi niño! —exclamó Ana María al descubrir que era yo.

La cocinera me tenía mucho cariño y siempre estábamos de broma. Era una cubana que llevaba más de treinta años fuera de su tierra. Andaría cerca de los sesenta años y ya tenía que poner gafas para leer las comandas.

—Siento molestar —me disculpé.

—Ay, cariño mío —dijo con un marcado acento cubano—, tú no molestarías aunque quisieras. Si yo te hubiera conocido en mis años, no hubieras salido vivito, ¿oíste? —dijo, soltando una sonora risotada.

—Me parece a mí que me traerías loquito y sería yo quien anduviera tirándote ficha.

—Mucha soja tenías que comer tú para llevar el aguante a esta mulatona, mi amor. —Echó una carcajada mientras se contorneaba. Era imposible no reírse con ella—. Ahora, cuando tú quieras te presento a mi nieta. No tiene el garbo que tiene su abuela —dijo mientras se movía con chulería—, pero es muy guapa mi Tania. ¿Qué necesitas, mi amor?

—Voy a preparar unos sándwiches para comer por el camino.

—Ay, no. Para qué estoy yo aquí, entonces. Yo te hago lo que quieras. —A Sofía, su ayudante, una chica de mi edad, se le escapó una sonrisilla pícara. Ana María le dio en las nalgas

con el rodillo que llevaba en la mano—. Ay, pero mira que eres malpensada, niña. Siempre de vueltas con lo mismo.

—Traigo aquí los ingredientes. —Levanté la mochila—. Lo preparo yo en un momento.

—Eso está genial entonces. Lo hacemos juntos y así aprendo algo más de esas cosas raras tuyas.

Cuando terminé de preparar el sándwich, fui a la barra a despedirme de los compañeros.

—Oye… —le dije a Róber mientras me hacía con uno de los sacos de cacahuetes de cinco kilos que se compraban para poner tapitas de aperitivo con las consumiciones—. ¿Me vendes uno?

—¿Para qué quieres tanto?

—Siempre me gusta llevar frutos secos conmigo.

—¿Y vas a cargar con esa bolsa?

—No, hombre. Los dejaré en casa y meteré en una bolsita unos pocos para llevar en la mochila.

—Llévala. Y toma —sacó dos *Ranses* de la cámara—. Hay que contrarrestar la sequedad de los cacahuetes con algo.

—Cierto.

Saqué un billete de la cartera, pero Róber negó con la cabeza y me hizo un gesto con la mano para que me fuera.

—¡Gracias!

Llegué a última hora con la clase empezada, como siempre. Por desgracia, tres días a la semana coincidía que la última hora era *Semiótica de la comunicación*, y notaba cómo la profesora me estaba pillando manía.

—¡Hola! —susurré cuando me senté a tu lado—. Mira, que si no quieres llevarme no hace falta. Ya me arreglaré, en serio.

—Creo que hoy la máquina de teletransporte está estropeada. Mañana, cuando la reparen, ya la utilizas si quieres. Hoy te llevo yo.

Samuel, el chico que se sentaba delante de nosotros, se rio y se giró hacia atrás. La profesora de *Semiótica* se quedó mirando hacia nosotros y tú agachaste la cabeza, avergonzada.

—Han mandado otro trabajo de *Historia de la comunicación social* —me explicaste en el coche, de camino al piso donde iba a clase particular.

—¿En serio, otro trabajo? ¿No tiene vida ese hombre?

—Me imagino a sus amigos pidiéndole que vaya a tomar algo y él respondiendo: «No, no, es sábado por la noche» —imitaste al profesor poniendo una voz exageradamente grave—. «Prefiero quedarme en casa corrigiendo trabajos sobre el papel de la imprenta en la *Reforma* y la *Contrarreforma*».

—¡No me digas que de eso trata el trabajo!

—Ajá.

—Eso sí, la voz clavadita te ha salido.

—¡A que sí! Si no llegas a tener los ojos abiertos, seguramente habrías dudado de si venías en coche conmigo o con él.

—De hecho —respondí después de reírme—, te estaba mirando y aun así dudaba. Escucha, yo tengo tiempo para investigar, así que voy a buscar información. Cuando tenga una base, te lo

paso y eso que te ahorro.

—Vale. Yo voy preparando lo de *Semiótica* —respondiste.

—¿*Semiótica*? ¿Ha mandado algo?

—Sí, lo explicó antes de que llegaras. Hay que hacer una exposición oral. Yo he elegido *la semiótica de la mentira*.

—¿Qué es eso? ¿Y yo? ¿Qué he elegido?

—Tú, conmigo. Es por parejas. La semiótica de la mentira es una teoría que se enfoca en cómo se construyen y transmiten las mentiras a través de los signos y las relaciones de significado en la comunicación.

—Ah. Ya me ha quedado claro.

—Es una teoría importante para entender cómo las mentiras se utilizan para manipular la opinión pública y cómo los medios de comunicación y las redes sociales contribuyen a la difusión de las mentiras.

—Eh… sí, me parece bien que seas tú quien busque información sobre eso.

Cuando aparcaste en el parque *San Javier*, abrí la mochila y saqué el sándwich que te había preparado.

—¡Gracias! ¿Qué es?

—Pruébalo y luego te cuento.

—¿Te has traído algo para ti?

—Sí. Me he preparado uno para cuando salga.

—Pues te espero y lo comemos ahí cuando vuelvas —dijiste mientras señalabas las mesas de merendero que había en el parque—. No me gusta comer sola.

Paula, la profesora, una chica morena de unos treinta años, me estaba explicando unos conceptos básicos de economía cuando me vibró el móvil unas cuantas veces. En un momento en el que ella salió de la habitación, aproveché para mirar el teléfono.

Fran
Hola, ¿cómo vas?
Quería pedirte algún consejo.
¿Cómo comienzo con el veganismo?
Sobre todo, en el tema de la alimentación.
Porque estoy decidido.
Esta semana doy el paso y ya no voy a consumir más productos de origen animal.

¡Vaya tela! Fran había empezado a hablarme por mensaje para preguntarme sobre documentales que veía acerca del veganismo; después, sobre recomendaciones musicales de los noventa; y, ya en ese momento, me hablaba de todo: de sus clases, de vosotros, de Ángela… Le escribí algo rápido sin que me viera la profesora con la intención de hablar con él después.

Yo
Planifícalo y explícalo con detalle en casa.
No te lo tomes a la ligera.
Es importante llevar una dieta que esté bien balanceada.

Le iba a ayudar, pero me ponía en un compromiso contándomelo antes que a ti, porque no

sabía si decírtelo y desvelar su secreto o callarme y traicionar tu confianza. Cuando volví al coche, estabas escribiendo en el portátil.

—Está frío —dije cuando vi que te ponías el abrigo—. Si quieres, comemos en el coche.

—No, vamos a las mesas. Llevo toda la mañana en clase y de tarde estaré encerrada en casa, así que me vendrá bien un poco de aire.

—Vale, como quieras. A quién no le viene bien una pulmonía.

—No seas friolero, anda.

Nos sentamos en una de las mesas del parque. Abrí la mochila, saqué mi sándwich y las dos cervezas. Después, la bolsa grande de cacahuetes.

—¿En serio llevas cerveza en esa mochila?

—Nunca están de más.

—Y ¿salen frías porque llevas un congelador también? ¿O cómo va el tema?

—Ja, ja, ja. No; tanto, no. Bueno, en Alemania las toman a temperatura ambiente.

—¡¡Qué sabrán ellos!! —ironicé—. Por hoy te perdono, pero, toma nota, me gustan heladas.

—Para compensar…

Saqué la bolsa grande de cacahuetes y soltaste una carcajada enorme.

—Hay que estar preparado.

—¿Para qué? ¿Para una debacle nuclear? Lo que no sé es cómo entra todo en esa mochila.

—Es como la de Dora, la exploradora —dije—. ¿Era esa la que tenía una mochila infinita?

—No. ¿Qué dices? Lo único que se me ocurre es el bolsillo mágico de Doraemon.

—¿En serio has visto *Doraemon*? Qué vintage eres. Dime que no has visto *Friends*.

—¡Me encanta *Friends*! —exclamaste—. ¿A quién no le gusta *Friends*?

—A mí no me gusta —respondí—. De hecho, me parece un poco lamentable esa serie.

—No has visto *Friends* —comentaste—, no has visto *Doraemon.*… Dime que no has visto los *Simpsons* y aquí acaba nuestra amistad.

—No, mujer. Hay que ser muy psicópata para no haber visto los *Simpsons* —te reíste mientras abrías el sándwich para investigar de qué era—. Chtts, no se mira. Pruébalo antes.

—¡¡Joder!! —exclamaste cuando diste el primer mordisco—. ¡¡Qué coño es esto que está tan jodidamente bueno!!

—Pues, por lo que se ve, algo que te hace decir muchas palabrotas.

—No, en serio. A ver —dijiste mientras abría el sándwich—. Lleva lechuga, tomate…

—Sí.

—Esta crema de abajo… es como mantequilla de aguacate.

—Ajá.

—Esta salsa… No, el resto no sé qué es.

—Pues es un sándwich de crema de aguacate con calabacín rebozado y mayonesa de anacardos.

—¿Eh? ¿Mayonesa de anacardos? Ya me explicarás cómo es eso. ¿Y calabacín rebozado? ¿Sin huevo?

—Sí. Para reemplazar el huevo en rebozados se puede utilizar, entre otras cosas, harina de garbanzos.

—¿Qué dices?

—Como lo oyes. Se pueden hacer hasta tortillas de patata.

—No te creo.

—Mañana hay particular otra vez. Haré una para que la pruebes.

—No sé si traerme un bocadillo… por si quedo con hambre, no es que desconfíe.

—Por cierto…

—¿Um? —preguntaste con la boca llena, tratando de tragar a prisa— ¿Por cierto, qué?

—No sé si puedo decírtelo.

—No me pongas nerviosa. Ahora TIENES que decirlo.

—Mira —te dije mientras te enseñaba la parte de la conversación en la que Fran me informaba de que había tomado la decisión.

—¡Van a flipar en mi familia! Bueno, yo estoy flipando ya.

No tenía ninguna gana de irme, pero eran más de la cinco y media, así que me llevaste a casa.

—Mañana, tortilla —dije mientras me bajaba del coche.

—Lleva más cacahuetes, por si acaso.

Habíamos estado poco más de una hora juntos, pero sentí que habíamos exprimido cada segundo al máximo. Disfruté con cada comentario, con cada broma, con cada gesto. No había pasado nada raro. Éramos dos amigos que habían pasado un buen rato. Entonces, ¿por qué me sentía culpable?

****

El jueves había quedado en prepararte tortilla, y me hacía ilusión que la probaras, aunque quien estaba encantada era Ana María.

—¿Y ahora qué hago?

—Hay que echar a freír las patatas.

—Ay, pero eso hace cuánto que está ya preparado —contestó señalando una fuente repleta de ellas.

—Vale, pues, entonces, en un bol grande, echa tres cucharadas de harina de garbanzo y dos vasos hasta arriba de agua.

—Yo no sé qué saldrá de esto —dijo, arrugando la frente.

—Tranquila, confía en mí. —Torció la boca—. Que sí, ya verás. Remueve con una varilla y vete agregando agua hasta que quede algo líquido.

—¿Quién es la chica? —preguntó mientras comenzaba a batir.

—¿Cómo?

—Nadie se toma tantas molestias si no hay una chica.

—Es para comer después de particular.

—Tú solo —dijo a la vez que me miraba por encima de las gafas.

—Bueno, no; con Sara, que me lleva.

—¡Ay, saltó la liebre! —gritó dándose una palmada en su muslo que resonó con fuerza. Sofía, que estaba metiendo platos al lavavajillas, soltó una carcajada.

—No, mujer. Sara es la amiga de Silvia. Me acerca a particular. Para devolverle el favor, le llevo la comida.

—Claaaro. Todo este lío de pochar patata, echar harina de no sé qué, mezclar y todo eso, por un favor. Ay, mi amor, por un favor le llevarías un bocadillo.

—Echa un chorrito de limón a la mezcla y una pizca de sal. Bueno, me apetece que pruebe la tortilla.

—Ya está —gritó de nuevo—. Al niño le apetece que pruebe SU tortilla. ¿Y por qué al niño le apetece cocinar para que Sarita lo pruebe?

—Déjate de historias y mézclalo todo con las patatas, anda.

—Vale —levantó las manos—, no digo nada.

—Cuando se termine de hacer, échala aquí —le dije al tiempo que sacaba un táper redondo de mi mochila. Ella me observaba mientras sonreía—. Es para que se mantenga caliente.

—¡Mira! —intervino Sofía, señalando mi mochila—. ¡Lleva hasta cervezas en una bolsa entre hielo!

—Ay, mi amor. Estás perdidito ya.

CAPÍTULO**23**

Hay personas que te hacen tan fácil ser tú misma que estar con ellas es como ver tu serie favorita en tu sofá y con tu pijama favorito

Sara

El jueves estaba desayunando en la isleta de la cocina cuando, en medio del silencio matutino, mi madre soltó la bomba.

—Estoy hablando con papá.

Fran levantó la cabeza del móvil y miró a mi madre con desaprobación. Si nos lo confesaba es que ya estarían a punto de volver definitivamente.

—¿Quedáis en secreto como dos adolescentes? —pregunté.

—Estos meses separados me han servido para darme cuenta de que le echo de menos y quiero estar con él. Hay cosas que no pueden seguir igual, obviamente.

—No te engañes, mamá —comenté—. La gente no suele cambiar. No para bien.

—No tiene que cambiar: tiene que volver a ser el que era. Tu padre siempre ha sido cariñoso y atento. No sé por qué lleva un tiempo comportándose… así. Me gustaría darle una oportunidad.

—Si es lo que quieres, adelante.

—¿Y tú? —preguntó a Fran, que continuaba en silencio mirando el móvil.

—Es tu vida —contestó sin levantar la cabeza.

Fran se puso en pie y, cuando estaba llegando al salón, se giró, guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón de chándal y volvió hacia la isleta.

—Ah, he decidido ser vegano. Díselo a papá para que lo tenga claro.

Yo cerré los ojos. No quería mirar. Fran se dio la vuelta de nuevo hacia el salón.

—Oye, oye. Ven acá. —Mi madre lo sujetó por el brazo—. ¿Y qué vas a comer?

—Cualquier cosa —contestó encogiéndose de hombros.

—Cualquier cosa, no. ¿Cómo pretendes soltar eso así de repente e irte?

—He comprado algunas cosas. Ya me arreglo.

—¿Comprado? ¿El qué?

—Cosas.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—No sé, cosas. Soja texturizada, tofu…

—Ni idea de lo que me hablas. ¿Y quién lo va a cocinar? ¿Tú sabes?

—No será difícil. Si no me quieres ayudar, lo voy a hacer solo, pero a partir de mañana no voy a consumir nada de origen animal.

—Ven acá. —Lo agarró con fuerza del brazo y lo acercó al taburete frente a ella—. Eres un chico maduro y sabes que así no se va a ningún lado. Yo te voy a apoyar en lo que sea. No lo entiendo, pero te ayudaré. Eso sí, no te pongas tan tajante que las cosas no se hacen así, a las bravas. Algo tan serio hay que controlarlo bien.

—Ya he investigado, mamá.

—Vale, pues yo no. O me cuentas, o esperas a que investigue yo.

Fran entró en razón y le estuvo explicando un montón de cosas sobre nutrición. Puso hincapié en explicarle el tema de aminoácidos esenciales, en fuentes de proteína vegetal como la soja, la avena, en cómo combinar legumbres y cereales para obtener la cantidad suficiente de

todos los aminoácidos… Me sorprendió que hubiera aprendido todo aquello. Tenía buen maestro.

—Tristán me ha pasado alguna receta.

—¿Tristán? —Mi madre me fulminó con la mirada—. ¿No tendrá nada que ver en esta decisión?

—¿Sabes en qué ha influido Tristán? —intervine, muy seria—. Ha influido porque ha asesorado a Fran y le ha incitado a que investigue antes de lanzarse al vacío. En eso ha influido.

—No hagas como papá, por favor —replicó Fran—. Sabes que mis decisiones son mías. Tristán está siendo un gran apoyo.

—Vale, pues nada —rectificó con resignación—. A ser vegano.

*****

Desde que Silvia se había ido, me esforcé por acercarme a más gente en clase, así que empecé a hablar con el grupo que tenía delante. Solían ser tres: Samuel, Cristina y David. Cristina y David siempre estaban juntos y parecían pareja, pero nunca los había visto darse un beso o un abrazo. Samuel era el más hablador; solía contar cosas sobre los chicos que le gustaban, pero Cristina y David siempre se burlaban de él porque, al final, terminaba por rechazar a todos los que se le acercaban. «Hasta que no encuentre un amor de verdad, nada», repetía.

Decidí aprovechar la hora de tu clase particular para empezar una novela que me rondaba la cabeza. Emplearía, también, la media hora del descanso en la facultad. Ya que me quedaba sola en el aula, no sería tiempo perdido. Media hora de lunes a viernes, más una hora tres días a la semana, escribiría al menos cinco horas y media a la semana. Con un par de horas que dedicara los sábados, serían un total de siete horas y media; con unas mil doscientas palabras por hora serían unas nueve mil palabras a la semana; treinta y seis mil al mes. Así por encima; no es que me guste contar nada ni tener controladas las cosas.

El jueves, cuando empezó el descanso, abrí el portátil.

—¿Quieres venir a tomar un café? —preguntó Samuel—. ¡Sara! Que si te vienes a un café.

—¿Me decías a mí?

—Estos se van a comprar no sé qué —explicó, arrugando la nariz.

No sabía qué hacer. Acababa de abrir el documento con las fichas de personajes y me apetecía completar toda la información previa lo antes posible, pero no podía desaprovechar la invitación.

—Sí, vale.

Cerré el portátil para meterlo en su funda.

En la cafetería todas las mesas estaban ocupadas, pero Samuel se acercó a una grande en la que había asientos libres y se sentó sin preguntar a los que estaban en ella.

—Ven, siéntate aquí —indicó.

—Voy a por los cafés. ¿Qué quieres?

—Descafeinado, porfa.

Me acerqué a la barra y esperé un buen rato. A esa hora la cafetería estaba a reventar.

—Mañana invito yo —anunció cuando volví con los cafés.

—No hace falta.

—Sí, sí. Cuando estamos todos, cada uno paga lo suyo. Si no, empiezan los malos rollos de: «este siempre se escaquea», «aquella nunca paga»… Así, evitamos historias.

—Vale, vale.

—¿Qué tal tu amiga por Florencia?

—Bien, disfrutando como una niña. Ella es pintora, así que imagínate lo que puede gozar una amante del arte en una ciudad como esa.

—Bueno, disfrutará del arte y de esto. —Hizo gesto de beber—. Y conocerá a gente… Ya sabes.

—Está loca por Tristán.

—Ya, ya, hasta que se cruce un italiano buenorro. Pero, oye, dile a Tristán que ya le consuelo yo cuando Silvia le deje.

—¿Y eso?

—¿¡Hola!? —dijo—. ¿Le has visto?

—Yo qué sé. Para mí es la pareja de Silvia.

—¿Y? ¿No tienes ojos?

—Es el novio de una amiga: no puedo verlo de otra manera.

—Lo que me faltaba por oír. ¡Está tremendo!

—Ja, ja, ja. Oye, ¿y tus amigos son pareja?

—¿David y Cris? —preguntó Samuel.

—Sí. Veo mucha complicidad entre ellos y siempre están juntos, aunque nunca los he visto besarse ni nada así.

—Mira, no me hables. Se gustan, pero, ya sabes, a veces son los últimos en enterarse. A David le digo que Cris está loca por él, y a Cris le digo que David se muere por ella. Y nada, oye. Ninguno se lanza.

—En ocasiones, hay que darse de bruces con el amor para enterarse, porque, sí, a veces el amor llega arrasándolo todo como un tsunami. Otras, en cambio, es como una lluvia fina de la que no te enteras hasta que te estás ahogando. Y eso es lo que debe estar pasándoles a ellos.

—¡Qué poético, chica! Cómo se nota que eres escritora.

—¿Sabes que he escrito un libro?

—Claro. Hice hasta una donación. Tres euros, no te creas. Oye, el miércoles iremos a la fiesta, ¿no?

—No lo sé. No tenía pensado, la verdad.

—Sí, mujer, verás cómo nos divertiremos. Y es por una buena causa.

—¿Que los de cuarto puedan recaudar suficiente dinero para ir a emborracharse a las Barbados en fin de curso es una buena causa?

—Tú dirás: la mejor.

Se encogió de hombros mientras nos reíamos.

—No sé. Después de clase igual me quedo un rato.

—No, no. Vamos a las doce. Hay que empezar pronto.

De camino al aula, Cris y David entraban en la facultad de la mano. Al vernos, se separaron.

—Mira estos dos. ¿Qué tal chicos? —preguntó con picardía—. ¿Lo habéis pasado bien?

—No ha estado mal —respondió Cristina mirando a David con complicidad, quien le devolvió la sonrisa.

—¡Oye, puedes venir con nosotros al *Liverno* este finde! —exclamó Samuel.

—No creo que pueda —mentí. No me veía capacitada para salir de fiesta con ellos aún.

—Tienes que venir. ¡Vaya pasote de discoteca! Yo la conocí el sábado y es una pasada.

—Bueno, tú poco la disfrutaste —indicó David.

—A los diez minutos de entrar —me comentó Cris—, se enrolló con un tío y se fueron.

—Me enrollé, no. Conocí al padre de mis hijos. —Se llevó el corazón al pecho—. Hacía meses que no estaba con nadie, pero fue un flechazo absoluto. Eso sí, los veinte euros de la entrada, a la mierda.

David, Cris y yo estallamos en una carcajada. Aquella conversación me dejaba más tranquila y me abría las puertas a sentirme más cómoda con ellos.

*****

Ese día, cuando llegaste a última hora, la profesora te miró mal. Ya nos tenía manía, y más que nos empezó a tener.

—Ayer salió tu nombre en mi casa —te susurré en cuanto te sentaste.

Te llevaste la mano a la cara.

—No sé si quiero saberlo.

—Al final, bien.

—¿Al final? Cuéntame solo esa parte, entonces.

—¡¡Perdón ahí atrás!! —gritó la profesora, dirigiéndose a nosotros—. Siento interrumpirles. Igual con mi explicación sobre la teoría de la mentira, teoría que, por cierto, creo que es el tema que nos expondrán a todos en dos semanas, les estoy molestando. Si es así, háganmelo saber. En cualquier punto puedo guardar silencio para que sigan debatiendo sobre esos asuntos suyos tan importantes.

—Lo siento —te disculpaste y te pusiste en pie—. Culpa mía. Como he llegado tarde, le estaba preguntando qué me había perdido.

—Nada más importante que la semiótica, ¡dónde va a parar! —susurré para mí mientras garabateaba en los apuntes con la cabeza agachada.

Oí cómo, de pronto, toda la clase estallaba en una carcajada. Lo que en mi cabeza había sonado como un susurro había retumbado en toda la clase. Quería que me tragara la tierra.

—Salgan de clase, por favor.

Recogimos nuestras cosas y caminamos hacia la puerta. No dirigí la vista hacia la profesora, pero sentí su mirada enfurecida encima de mí. Tú no podías contener la risa y, aunque te tapabas la boca mientras salíamos del aula, estabas formando un escándalo.

—¡Ha sido buenísimo! «Nada más importante que la semiótica». Tenías que haber visto su cara.

Entre la risa y los nervios, me llevé las manos al estómago y me dejé caer para sentarme en el suelo. De pronto, se abrió la puerta del aula.

—Les hace mucha gracia. —La profesora salió, roja de ira—. El treinta por ciento de la evaluación corresponde a participación y colaboración. Y ya saben qué nota tienen, ¿no?

Me cortó el vacilón de repente. A ver si al final iba a ser yo la culpable de que tuvieras que devolver la beca. Sin embargo, tú no le diste importancia. Incluso parecía que te alegrabas.

—Mira, no hay mal que por bien no venga —dijiste, abriendo la mochila—. ¡Así comemos la tortilla mientras aún esté caliente!

—¡Oh, sí, tu mochila mágica!

Quise ironizar, aunque, en realidad, había quedado preocupada.

—Oye, lo siento mucho. Esperamos a que termine la clase y hablo con ella.

—Bah, que le den.

—No, no. A ver si fastidiamos la asignatura por esto.

—Vale, pero antes…

Levantaste las cejas un par de veces para hacerte el interesante y sacaste un táper redondo del que todavía salía un poco de humo. Nos acercamos a la gran explanada de la entrada al campus.

—¿Aquí? —me preguntaste—. ¿O vamos para adentro? Está un poco frío.

—¿Frío? ¡Se está genial! Mira qué solecito.

—Vale, vale —respondiste—. Yo lo decía por lo de la pulmonía y eso.

Nos sentamos y metiste la mano en la mochila. Después, estiraste el brazo para pasarme un tenedor y una servilleta de papel.

—Esto ya va subiendo de nivel. En tres días, nos veo de pícnic como el oso Yogui.

—¿El oso Yogui? En serio, ¿te han sacado de los noventa?

Flipé aún más cuando sacaste cuatro cervezas de la mochila. ¡Las habías metido entre hielo! No me lo podía creer. Me sentí hasta culpable por haberte dicho el día anterior que me gustaban muy frías. Venías cargando con todo eso por mi culpa…

—Prueba la tortilla.

—¡¡Joder!! ¡¡Está buenísima!!

—Vale, lo de las palabrotas cuando pruebas algo… ¿es porque potencia el sabor o…?

—Oye, qué culpa tengo yo de que cocines tan rico. ¿En serio no lleva huevo?

—No. Lo que no sabía era si echarle cebolla, así que no me he arriesgado.

—¡¡¡Oh, sí, con cebolla estaría brutal!!!

—Para la siguiente.

—¿Cuándo? ¿Mañana, dices?

—Ja, ja, ja. No, mañana no hay particular.

—Dame el teléfono de esa chica que te da clases. Tengo que hablar con ella. Vas muy retrasado y necesitas volver mañana para ir recuperando.

Mientras te carcajeabas, se me ocurrió una idea. Quizás fuera una locura. Fran quería empezar con el veganismo, aunque ni él ni mi madre sabían por dónde. En mi casa, lo único verde que se comía era la tarta de manzana.

—Ya que mañana no tienes clase particular… ¿Podrías venir hasta mi casa y enseñarnos a cocinar alguna cosa de estas a Fran y a mí? Si no, ya le veo comiendo lechuga todo el día.

—No sé… En tu casa…

—¡Porfaaa!

Según lo estaba diciendo me parecía imposible, pero te convencí. No sé cómo. Bueno, quizás mi puchero te ablandó un poco. Tuve que reconocerme a mí misma que me hacía ilusión pasar más tiempo contigo.

Cuando terminamos de comer, fuimos al coche y te acerqué a clase particular. Me quedé en el coche a esperarte. Abrí el portátil y revisé lo que había escrito en la ficha de la protagonista, Edurne. Me encantaba Edurne. Y me encantaba que cocinaras para llevarme la comida. Me quedé recordando lo rica que estaba la tortilla. Y lo bien que lo pasaba contigo. ¡Me sentía tan yo junto a ti! Hay personas que te hacen tan fácil ser tú misma que estar con ellas es como ver tu serie favorita en tu sofá y con tu pijama favorito. Y tú, desde entonces, te convertiste en mi hogar.

Le pregunté a mi personaje qué manía curiosa tenía, una manía sin importancia que pudiera sacar de quicio a los demás. Mi manía de decir palabrotas cuando probaba tu comida te encantaba. Lo notaba. «El personaje. Vale, vale». Edurne era maniática del orden: en cuanto veía un jarrón dos milímetros fuera de su sitio, tenía que colocarlo bien; aunque se hubiera echado en la cama, se tenía que levantar.

Empecé con el protagonista. Escribí un pequeño resumen antes de rellenar la ficha.

> *Tiene el pelo castaño, de estatura media y complexión normal, aunque bien definido. Lleva el pelo completamente desaliñado siempre. No es guapo ni elegante; de hecho, por su atuendo parece que se empeña en ser feo, aunque su magnetismo lo convierte en un hombre cautivador. Es sensible y empático, pero sabe ser fuerte y resolutivo cuando la situación lo requiere. Edurne, aunque se siente atraído por él cuando lo conoce, no se enamora de él hasta tiempo después, cuando va descubriendo lo cariñoso, divertido, inteligente y atento que es.*

Te vi venir hacia el coche. Me puse colorada. ¡Eras tú! ¡Mi personaje eras tú! Le di a la tecla de borrado hasta hacer desaparecer todo, como si el hecho de haberlo escrito fuera suficiente para que pudieras leerme la mente; como si el haber pensado en características que te definían para crear un personaje que tuviera que enamorar a la protagonista y al lector significara… No, no. No podía ni pensarlo siquiera. Eliminar, eliminar.

CAPÍTULO**24**

Miré hacia atrás y me inundó la calidez en el pecho. Me sonreíste. Tuve que apartar la vista

Tristán

Solo éramos dos amigos que habían pasado un buen rato. Te había encantado mi tortilla y nos habíamos divertido juntos. Sin más. No obstante, me sentí tan a gusto contigo que tuve la necesidad de escribir a Silvia en cuanto llegué a casa.

Silvia
Por cierto… ¡Mañana voy a la galería *Uffizi*!!

Yo
¡Qué bien!
No sé si os dará tiempo a verlo entero.

Silvia
No, no. Vamos por la mañana ya para echar el día allí.

Yo
Así, fumándose la clase.

Silvia
¡Es por una buena causa!

Yo
¿Qué causa?

Silvia
Necesito nutrir mi alma de inspiración.

Yo
Anda, qué teatrera, ja, ja, ja.
Voy a bañar a mi madre y ponerme con la cena.

Silvia
Ciao, mio caro!

Yo
Ma cosa dici, bambina.

Silvia
Ti voglio.

Yo
¡¡Te quiero!! Diviértete.

Con la nostalgia de tener a Silvia a más de mil quinientos kilómetros de distancia, traté de concentrarme, saqué el papel y comencé a escribir. Hacía meses que no tenía un momento para escribir un poema, y pensé que la ausencia de Silvia me inspiraría para escribir algunos versos.

Cuando no puedo ver tus ojos
Veo…

—Veo… ¿tu presencia? —pensé en voz alta—. No, eso no.

Veo tu ausencia entre las nubes.

Silvia
Chao, gatito.

Sonreí. Siempre hacía lo mismo: nos despedíamos y, para no darme la opción de que la llamara gatita yo a ella, esperaba a que me desconectara y me enviaba ese mensaje. Claro que podía conectarme de nuevo y contestarle, pero siempre lo dejábamos así, con el «Chao, gatito» como fin de la conversación.

Cuando no veo tu sonrisa
Me imagino tiritar a la mañana…

Nada. No se me ocurría cómo continuar. No. Arrugué el papel, hice una bola y la lancé a la papelera.

*****

El viernes, cuando llegué a clase, saludé a la profesora con el habitual movimiento de cabeza.

—¿Has hablado con ella? —te pregunté en voz baja en cuanto me senté.

—Luego te cuento —susurraste—. Recuerda que has quedado en venir a mi casa. No quieras escaquearte.

Samuel se giró hacia nosotros, sorprendido.

—Si quieres, estás invitado tú también —le espetaste ante su mirada indiscreta—. Va a enseñarnos a cocinar algunas recetas veganas a mí y a mi hermano.

—No, no —respondió mientras levantaba los brazos—. Ya me contaréis el lunes si está todo rico.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté cuando salimos de clase—. ¿Qué me he perdido?

—¿Con Samuel, te refieres?

—Ajá.

—No sé. Ayer al descanso me ha preguntado si quería tomar un café con él y he ido. Me cae bien.

—Sí. A mí ese grupo me parece buena gente.

—Por cierto, no sé si lo sabes, el miércoles es la fiesta de los de cuarto, que recaudan fondos para el viaje de fin de curso y hacen calçotada. Bueno, y parrillada.

—Sí, he visto los carteles.

—En vez de ir a clase, iremos a la fiesta, así que, cuando llegues, estaremos por la zona de la carpa.

—¿«Iremos»?

—Sí, con Samuel y el resto. Después del descanso quedaremos ya en la fiesta. Estaré un poco incómoda hasta que vengas, pero, bueno, hay que relacionarse.

—Vale. O sea, cuando llegue el miércoles os encontraré a todos borrachos.

—Espero que no. Si no, oye, me robas las llaves del coches y me traes a casa. No podrás salir antes ese día, ¿no?

—No creo.

—Es que, no sé, no tengo mucha confianza con ellos y me sentiré un poco sola.

Al llegar a tu casa, Fran ya nos esperaba con el mandil en la cocina.

—¡Qué pasa, tío! —me saludó chocando el puño—. Estaba escuchando a *South Garden.* Molan mil. Gracias por la recomendación. Conocía a *Nirvana* y *Pearl Jam*, pero a estos no.

—Has de escuchar también a *Alice in Chains* y a *Garbage* —le sugerí.

—Eh, bueno, yo soy tu hermana, me parece —protestaste.

Dejé la mochila en la encimera y saqué algunas cosas que llevaba.

—¿Qué tienes ahí hoy en la mochila mágica? —bromeaste—. ¿Vas a sacar un horno? ¿Un congelador portátil?

—Mira, traigo los ingredientes para hacer la tortilla: harina de garbanzo, limón, sal…

—Oye, sal tenemos aquí. ¿En qué casa crees que estás?

—Es una especial, que se llama *Kala Namak*. Huele.

Lo destapé y te lo acerqué a la nariz.

—Puag.

—Es rica en azufre, por eso le da un toque de sabor a huevo. Saca un plato hondo, Fran, y echa un par de cucharadas de harina de garbanzo.

—Vale.

—¿Yo que voy haciendo? —preguntaste.

—Saca unas patatas de mi mochila.

—No sé si atreverme a meter la mano ahí.

En cuanto lo hiciste, te agarré el brazo mientras daba un grito con voz muy ronca y diste un paso hacia atrás del susto. Fran y yo nos echamos a reír.

—¡Qué tonto! —me dijiste—. ¿Y tú de qué te ríes? —recriminaste a Fran.

—Ha sido muy gracioso ver tu cara de pánico.

—Ñi, ñi, ñi.

—Vete pelando las patatas —te ordené.

—¡Genial! Vosotros lo divertido: a cocinar. Y yo, castigada.

—Fran, echa agua en el plato hasta cubrir un poco la harina de garbanzo y remueve.

—¿Con un tenedor?

—Toma.

Saqué unas varillas pequeñas de la mochila y se las di.

—¿Así?

—Sí. Vete controlando. Si queda muy espeso, echa un poco más de agua. Y, si lo notas muy líquido, más harina. Tiene que quedar una consistencia como de huevo batido.

—¿A ver? —preguntaste acercándote a mirar—. Eso no tiene consistencia de huevo.

—¡Quita! —respondió Fran.

—Ahora echamos unas gotitas de limón.

—Estas patatas son pocas —dijiste—. Vaya tortilla pequeña que vamos a hacer. Sacaré más.

—¿Siempre protesta tanto? —le pregunté a Fran, fingiendo que no nos oías.

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Como no la escucho…

—¡Oye! —exclamaste mientras le azotabas con el rodillo.

Él metió la mano en la masa de harina y agua y te la restregó por la cara.

—¡¡Qué asco!! —protestaste, y arrugaste la nariz a la vez que te intentabas limpiar.

—Estás preciosa así —dijo Fran, riéndose.

Metiste la mano hasta el fondo del plato y se lo lanzaste. Él fue hacia ti e intentó

restregártelo. Le agarraste por el cuello y forcejeasteis. Era en broma, pero el que cediera iba a terminar pringado por completo.

—Haya paz —intervine, intentando separaros.

Te soltaste de Fran y lo siguiente que vi fueron tus manos llenas de la pasta de harina y agua contra mi cara. Me lo restregaste hasta que me dejaste completamente cubierto. Levanté el plato con lo poco que quedaba para intentar tirártelo.

—¡No, no, no! —suplicaste, mientras me sujetabas por los antebrazos.

Me mirabas con ojos tiernos para que no te echara la pasta por encima. Me quedé mirándote. Tú sonreíste. Dejaste de hacer fuerza, aunque seguías agarrándome. Esa puñetera deliciosa sonrisa tuya.

Tras un par de segundos volví a la realidad. Aproveché que habías dejado de hacer fuerza, levanté el plato y lo volqué colocándotelo de sombrero. La mezcla de harina de garbanzo y agua te fue resbalando desde el pelo hasta la cara. Con los brazos en jarras, abriste los ojos y la boca, sorprendida.

—¿Qué hacéis? —se oyó a tu madre, muy seria, detrás de nosotros.

Quedé helado. Con el alboroto que estábamos formando, ninguno de nosotros había escuchado la puerta abrirse. Aún sostenía el plato goteando en la mano mientras la masa descendía por tu pelo. No quería girarme. No quería encontrarme con la mirada de tu madre. Tú, sin embargo, luchabas por contener la risa. Finalmente, reuní el valor para girarme. Detrás de ella, pude distinguir la silueta de tu padre.

—¿Qué es esta locura? —riñó tu madre—. ¡Mirad cómo lo estáis poniendo todo!

Tu madre me miró, interrogante.

—Ha venido a enseñarnos a preparar algunas recetas —dijiste.

—Ya veo.

El tono irónico me resultó tan parecido al tuyo que me costó reconocer que no eras tú. De hecho, no me había fijado hasta entonces, pero os parecíais muchísimo. Sus ojos, demasiado claros para decir que eran marrones, eran idénticos a los tuyos. El pelo castaño también se parecía, aunque el de tu madre quizás era un poco más oscuro.

Me dio la impresión de que yo ya no pintaba nada allí, así que decidí que tenía que irme.

—Tristán —dijo tu padre. «Ya está. Ahora empieza el lío», pensé—, aprovechando que estás aquí, ¿podemos hablar?

Asentí, aunque temía lo que pudiera ocurrir. Tu madre me trajo una toalla para que me limpiara un poco y fui al salón con tu padre.

—Quería pedirte perdón. Traslada mis disculpas a Silvia, aunque, cuando vuelva, ya hablaré con ella personalmente. He pasado una mala racha. Sé que no es excusa, pero me dio por beber más de la cuenta y, ya sabes, la bebida saca lo peor de nosotros.

—Te agradezco la disculpa.

—Sé que has estado aconsejando a Fran y quería darte las gracias. Quiero enmendar las cosas con él, aunque siempre me ha costado llegar a él. Con esto… bueno, del veganismo… espero poder apoyarlo. Me informaré para indicarle lo que es mejor.

—Si me permite el consejo…

—Tutéame, por favor.

—Si me permites el consejo, yo haría dos cosas: uno, debes aprender a escuchar a Fran, porque sabe lo que hace; y dos, tienes que respetar sus decisiones. Incluso cuando se equivoque. Dándole órdenes o diciéndole lo que tiene que hacer, aunque sea con buena intención, solo

conseguirás alejarlo más.

—Muchas gracias, Tristán —me agradeció, estrechándome la mano—. Voy a despedirme.

Siempre recordaré tu cara de pánico cuando volvimos a la cocina. No sabías lo que había pasado, y me miraste, interrogante. Asentí ligeramente y respiraste, aliviada. Tu padre se despidió de vosotros y yo aproveché para decir que me iba también.

—De eso nada —ordenó tu madre—. El desastre ya lo habéis montado, así que ahora, para compensar, tienes que enseñarnos algo. Ten —dijo, acercándome un delantal—. ¿Con qué estabais?

—Tortilla —contesté poniéndome el mandil. Ya había asumido que intentar irme era una batalla perdida.

—Ah, eso es fácil. Ya sé hacer tortilla.

—Vegana, mamá —dijiste. Ella arrugó la frente.

—Sin huevo —puntualicé.

—Sin huevo. Ja, ja, ja —se rio, creyendo que lo decía de broma. Al darse cuenta de que tú y Fran la mirabais con desaprobación, quedó paralizada—. ¿Lo decís en serio? Vale. Sin huevo.

Tu madre era un encanto. Me encantó ver en su cara la misma expresión que ponías tú cuando te extrañabas por algo.

—Sí, ahora te explico. Fran, abre la soja texturizada y ponla en remojo. Después, echa un poco de salsa de soja para que se vaya empapando de sabor.

—Ya, ya. Yo pelo patatas —protestaste.

Mientras tú pelabas patatas y nos observabas en un taburete frente a la isleta, Fran, tu madre y yo estábamos en la encimera preparando la tortilla, una boloñesa con la soja texturizada y palitos de mar.

Me imaginé que así se podía sentir uno en una fría mañana de un domingo de invierno en el que no apetece salir, y se reúne la familia en la cocina para compartir momentos, conversaciones y bromas mientras se prepara la comida. Miré hacia atrás y me inundó la calidez en el pecho. Me sonreíste. Tuve que apartar la vista.

—¿Cómo van esas patatas? —disimulé.

Me puse nervioso; aparté la vista porque, por un momento, pensé que se trasparentaba lo que estaba pensando.

—¿Van a venir los vecinos a cenar? —ironizó tu madre.

—¿Qué? —preguntaste, arrugando la frente.

—No sé, hay patatas para siete tortillas.

Igualita que tú.

—Me he puesto a pelar… y no me he dado cuenta.

—A saber en qué estabas pensando.

Miré hacia atrás con la sonrisa de quien está disfrutando de verdad. Cruzamos la mirada y te ruborizaste. Sí, estaba claro que leías en mis ojos lo que pasaba por mi mente. En aquella casa, con vosotros, me sentí tan relajado y en paz como no me sentía desde que tenía siete años y aún ignoraba lo que me depararía la vida.

*****

Cuando ya estaba todo prácticamente hecho, tu madre y Fran salieron a la terraza para preparar la mesa. Tú y yo estábamos terminando de preparar la tortilla.

—Vale, Sara. Ven a echar las patatas.

—Ay, Dios. ¿Yo? ¿Por qué?

—Saca una sartén lo suficientemente grande para una tortilla con los cien kilos de patatas que has preparado.

—Ñi, ñi, ñi. Muy gracioso. Pero ¿estás seguro? A mí se me da fatal la cocina.

—Ya, ya. Eso lo dices para que te siga llevando yo cosas de comer y tú no preparar nada nunca.

—Que no, en serio. Hago una paella muy rica. El resto, un desastre. Pero, vale, me comprometo a preparar algo.

—No digas algo de lo que te vayas a arrepentir.

—Vale, el miércoles llevo yo la comida.

—¿El miércoles no era la fiesta en la facultad?

—¡Es verdad!

—Ya me querías hacer el lío.

—¡El jueves! —rectificaste—. ¡El jueves la preparo yo!

—Llevaré cacahuetes…

—¡Te voy a sorprender!

—Eso seguro. A ver, saca las patatas de la freidora a ese bol y unta la sartén con un poco de aceite, tanto por el fondo como por los laterales.

—¿Así?

Echaste un chorrito y lo esparciste con un papel absorbente, aunque con tanta precaución que el aceite no quedaba impregnado en la sartén.

—Sin miedo.

Te sujeté la mano para mostrarte cómo esparcir bien el aceite. Me miraste. Terminamos de esparcir el aceite… Seguimos de la mano un instante.

—Eeeeh. —Apartaste la vista, avergonzado. Tú agachaste la cabeza—. Saca las patatas de la freidora a ese bol.

—Esto, sí, vale. —respondiste mientras, nerviosa, colocabas tras la oreja un mechón de pelo que se había salido de la coleta.

—La sartén ya se está calentando. Echa el no–huevo en el bol de las patatas y mézclalo bien.

—Oye, va pareciendo una tortilla.

—Agrega también la cebolla que hemos pochado y una pizca de Kala Namak.

—Puaj. —Arrugaste la cara con asco al abrir el frasco de la sal—. ¿Estás seguro de que esto no es huevo podrido en polvo?

—Sí, huele fuerte, pero ya verás qué sabor le da.

—¡Fuerte, dice! A estercolero. ¿Echo todo a la sartén?

—Dale. ¡Quién dijo miedo!

—Pues… En un minuto viene lo complicado. Tienes que darle la vuelta.

—¿Yo? ¿En serio?

—Busca un plato grande y échale un poco de aceite para que así, después, se desprenda mejor.

—Vale. Lo pongo aquí, ¿no?

Pusiste el plato boca abajo encima de la sartén.

—Ahora, agarra la sartén y ponte aquí, en la encimera. Espera, déjame limpiarla bien. Me

encanta tu madre. Es tremenda.

—Sí, tremendísima.

—¿Ves? Es que tenéis la misma expresión. Te tuvo muy joven, ¿no?

—Sí, bueno, tiene cuarenta y cuatro ahora, así que con veintiséis me tuvo. ¿Por qué tengo que ponerme en la encimera?

—Por si hay un desastre y se cae.

—Esa confianza me deja muy tranquila.

—Venga, a la de tres. Uno, dos y

—¡¡¡Tres!!! —gritamos los dos.

La mitad de la tortilla cayó en el plato y la otra por la encimera.

—¡¡Joder, joder!! Es que pesaba mucho. —Yo no podía parar de reír—. Mira qué desastre. Acabo de estropear el trabajo de toda la tarde.

—Rápido, échalo antes de que cuaje el resto.

Echamos en la sartén lo que se pudo aprovechar.

—Vale, vale. ¿Esto quedará bien?

—En un minuto lo veremos.

—¡Ay, qué nervios!

—Esta vez lo saco yo —afirmé.

—No, no —respondiste entrecerrando los ojos—. Ya es algo personal.

Pusiste el plato sobre la sartén, le diste la vuelta y la destapaste.

—¡¡¡Bien!!! —gritaste.

—¡Somos unos artistas!

Chocamos la mano mientras me mirabas, sonriente.

—¿Ya está todo? —preguntó tu madre—. ¡Oye, tiene buena pinta!

—Prueba un poco.

Partí un trozo con un tenedor y se lo llevó a la boca.

—¡Joder! —exclamó. Se me escapó una carcajada—. Uy, perdón.

—No, no, si ahora entiendo muchas cosas.

Estaba todo preparado y la mesa puesta en la terraza, pero yo tenía que irme.

—¿No te quedas a merendar con nosotros? —preguntó tu madre.

—Me encantaría —respondí, mirándote, no puedo.

—Te llevo —propusiste.

—No hace falta, voy dando un paseo.

—Ya, un paseo. Anda, vamos a por tu anorak a mi habitación y te acerco.

—Tristán —dijo tu madre mientras se acercaba a darme dos besos de despedida—. ¡Muchas gracias! Otro día nos enseñas alguna receta más. Y te quedas a comer.

—Sí, claro. Sin problema. Fran —extendí la mano, que rápidamente me estrechó—, cualquier cosa, ya sabes.

Subimos a tu habitación y me senté frente al piano. Tú abriste el armario y rebuscaste hasta encontrar una cazadora que ponerte.

—Qué bonito. ¿Sabes tocar alguna pieza? —te pregunté.

—Buf, no me atrevo ya. Hace mucho que no practico.

—Venga, porfa —rogué, poniendo un puchero—. Ahora soy yo el que suplica.

—En serio, estoy muy oxidada.

—Mmm —puse voz melosa y ojitos.

—Está bien, pesado, espera. —Colocaste una partitura en el atril del piano—. A ver si recuerdo esta…

Comenzaste a tocar lentamente unos acordes suaves en las notas graves. A continuación, con la mano derecha, empezaste a interpretar la melodía.

—¿Cuál es?

—*Serenade*, de Schubert. Es una canción, en realidad —explicabas con la música de fondo —. La letra es un poema que habla de un hombre que se sienta bajo un árbol, solo en mitad de la noche. El hombre escucha esta serenata en la distancia.

La música seguía siendo suave y delicada, pero se tornó melancólica. Yo contemplaba embobado cómo deslizabas los dedos por las teclas, con gracilidad y elegancia. Tu cuerpo tapaba la luz que emanaba de la lámpara, así que tus manos quedaban ocultas en la sombra, aunque, de vez en cuando, salían de la oscuridad y quedaban iluminadas.

«En tus manos vi la luz», se me vino a la cabeza.

La melodía subió la intensidad. Tú cerraste los ojos para sentir la música. Me entró un escalofrío. Volvió a descender el volumen, y la música reflejó aún más una atmósfera de soledad y tristeza.

«Las tinieblas en tus ojos».

—La luz de la luna —continuaste explicando— penetra entre las copas de los árboles mientras el hombre implora por su amada y se deja llevar por la melancolía.

«En tus manos vi el pesar
De mil corazones rotos».

Al verte interpretar aquella música melancólica se me ocurrió esa estrofa, con los versos acordes al ritmo de la música.

La intensidad subió de nuevo hasta que se fue apagando. Decías que no querías tocar, pero, al finalizar, cuando te giraste hacia mí, tenías un brillo especial en la mirada.

Como si después de aquel momento místico las palabras nos parecieran un método de comunicación demasiado vulgar y mundano, guardamos silencio durante todo el trayecto. Yo intentaba retener aquellos versos, los primeros que me apetecía escribir en meses, y me afanaba por capturar todos los detalles de tu interpretación.

Nos despedimos con un ligero movimiento de cabeza y media sonrisa, quizás con la culpabilidad de haber vivido momentos mágicos, o quizás con la timidez de desear vivirlos de nuevo.

Me senté frente a mi escritorio y busqué «*Serenade*, Schubert» en *YouTube*. Saqué un papel, porque la poesía se escribe en papel. O en barro. O en piedra. En algo tangible.

Normalmente, no utilizo rimas ni estructuras rígidas, pero, para seguir el ritmo de la canción, mi cabeza fue dictando versos octosílabos con rima asonante en los pares. Un romance, vamos, la más típica de las estructuras.

Había atrapado cada sensación aquella tarde y el boli se desplazaba por el papel casi sin esfuerzo. No pensaba en ti al escribirlo, me dije; era una idealización poética de la situación. Cuando terminé, leí el poema con la música de fondo.

En tus manos vi la luz,
Las tinieblas en tus ojos.

En tus manos vi el pesar
De mil corazones rotos.

En tus manos vi la luz,
En tu boca acordes sordos,
En tus manos vi la dicha
De mil corazones locos.

Y si al verme frente a frente
Viste mi alma en el lodo,
Y si al cruzarnos la mirada
Tiemblas, aunque sea un poco,
Es posible que te diga
Lo que ya sabemos todos.
El mañana será nuestro
O prefiero morir solo.

En tus manos vi la luz,
En tu boca besos sordos,
En tus manos vi el amor,
Las estrellas en tus ojos.

Lo leí de nuevo. Me encantaba. Lo doblé con cuidado y lo rompí por la mitad. Nunca debí escribir aquello.

CAPÍTULO25

no me quitaba de la cabeza esos interminables tres segundos en que me sujetabas la mano

Sara

Durante la noche apenas pude dormir, porque en la oscuridad de mi cuarto repasaba el día una y otra vez: el plato pringoso que me colocaste por sombrero, tu cara de pánico cuando llegó mi madre, la tortilla desparramada por la encimera, y tu sonrisa, esa sonrisa tan sincera que no se te había borrado en todo el día.

El fin de semana se haría eterno, pero el lunes tenías particular. No, no me quería alegrar pensando en pasar otro rato contigo. Bueno, eras mi mejor amigo. Era eso. Me gustaba bromear contigo. No había más. Sin embargo, no me quitaba de la cabeza esos interminables tres segundos en que me sujetabas la mano para esparcir el aceite, ni podía evitar que se me dibujara una sonrisa tonta cuando recordaba cómo le dabas instrucciones a mi madre.

Recuerdo que os miraba y me sentía como cuando hacíamos galletas por Navidad, con el árbol puesto, la casa decorada, vaho en las ventanas y esa sensación de calidez de los días previos a Nochebuena. De hecho, me imaginé que, perfectamente, podríais estar preparando la comida de Navidad para toda la familia. Y lo peor (o lo mejor) es que me imaginaba pasando muchos días así.

Tuve la necesidad de escribirle a Silvia para que, si tú se lo contabas, no pensara que le ocultaba algo. O quizás no era a ella a quien tenía que convencer.

Silvia
¿Os ha hecho palitos de mar?
Están buenísimos.

Yo
Sí, me ha encantado todo.

Me senté al piano. ¡Con qué admiración me habías mirado mientras tocaba! Se me erizaba el vello al recordar cómo me ardían las mejillas mientras me observabas interpretando *Serenade*. No me importaba si la interpretación no era perfecta: solo cerré los ojos y sentí la música mientras el tiempo parecía detenerse como si únicamente existíamos nosotros dos. Me encantaba la persona que era cuando estaba contigo y cualquier inseguridad se desvanecía mientras me mirabas con aquellos ojos repletos de admiración. Si alguna vez hubiera sentido algo remotamente parecido de niña, no hubiera abandonado el conservatorio ni en un millón de años.

Me inspiró una idea para una escena. Edurne detestaba el patinaje, aunque su madre la había presionado para que lo practicara durante años. Saqué papel y boli y fui escribiendo.

> *En una fría tarde navideña, las pistas de hielo al aire libre se habían convertido en un mágico rincón de la ciudad. Edurne ya no era aquella niña insegura…*

—En diez minutos nos vamos —me interrumpió mi madre, al tiempo que intenté tapar lo que escribía—. ¿Estás preparada?

—Ay, es verdad, vamos a cenar con papá. Sí, vale, enseguida estoy.

Salió de mi cuarto y continué escribiendo. No podía dejarlo en ese momento cuando las palabras estaban fluyendo con esa naturalidad. Edurne se sentía observada por Xulián, pero su mirada no le incomodaba. Al contrario, le transmitía tal seguridad en sí misma que patinó como nunca. Eso sí, estaba tan claro que Xulián eras tú que tuve que enmascararlo: lo describí alto, rubio, de ojos claros y facciones secas. No quería que nadie sospechara que podía hablar de ti.

—¿Todavía no te has preparado?

—Estoy, estoy.

Le di la vuelta a los folios. Me parecía tan obvio que hablaba de nosotros que me daba vergüenza que pudiera leer algo de lo que había escrito. Me puse una sudadera, me calcé unas botas sin tacón y me acerqué al escritorio para seguir escribiendo, aunque fuera de pie. Estaba en un momento de plena inspiración y no podía soltar el bolígrafo.

> *La pista parecía envuelta en una atmósfera mágica bajo la mirada de admiración de Xulián, y Edurne decidió que era el momento de redescubrir el placer de deslizarse sobre el hielo.*

—¡¡Sara!! —gritó mi madre desde abajo—. ¡Venga, vámonos!

Estaba saliendo del cuarto y miré hacia los folios. Los guardé en una carpetita de cartón junto con un boli y bajé con ellos. Mi padre nos esperaba en el restaurante, así que dejé a Fran sentarse en el asiento del copiloto y me senté sola atrás para sacar los folios y continuar por donde lo había dejado antes de que se me fuera la inspiración.

> *Podía ser un espacio de descubrimiento, de amor propio y, tal vez, incluso de un amor secreto que finalmente encontraba su momento para brillar.*

¡Guau! Me estremecí al terminar la escena, esa escena tan preciosa que no era otra que la que me habías hecho vivir el día anterior. ¡Qué suerte ser escritora para poder disfrazar cada anécdota e incluir una escena que me había resultado tan entrañable en una novela de misterio!

Guardé la carpeta en la guantera, decidida a pasar el resto de la noche sin pensar más en ti. La cena en familia me serviría para sacarte de mi cabeza un rato y no sentirme culpable durante unas horas.

—Estaba mejor la tortilla de ayer —comentó mi madre.

Yo la miré sorprendida. No podía creerlo. Tenías que salir hasta en la conversación durante la cena con mi familia.

—Y los palitos. ¡Joder, qué buenos! —exclamó.

—¡Mamá! —la riñó Fran.

—Tiene mano para la cocina —aseguró mi madre.

—Sí, no sé qué hace en *Periodismo* —intervine—, porque su sueño es montar un restaurante vegano.

—¿Está rico lo tuyo, Fran? —preguntó mi padre—. Me han recomendado este sitio porque me han dicho que tienen platos de verduras muy ricos.

—Bueno. —Torció el gesto con cara de asco—. Tengo que acostumbrarme…

—¡Ay, Señor! —suspiró mamá—. Con lo que yo he peleado contigo para que comieras verdura… y ahora, mírate, con alcachofas.

—Es que… de momento no les encuentro sabor. Y la textura…

No añadió más; solo arrugó la nariz.

—Tristán siempre dice que las setas le salvaron la vida —expliqué—. Me contó que, al principio, las verduras no le sabían a nada y que, para comer algo con un sabor potente, se preparaba unas setas con ajo y guindilla, por ejemplo.

—Las setas sí me gustan.

—¡Perdone! —mi padre llamó al camarero, quien se acercó a la mesa—. Traiga un plato de setas a la plancha.

—Con unas patatas fritas —añadió Fran.

—Con patatas —le repitió mi padre al camarero.

—Perdón, señor, las setas solo las servimos en revuelto.

—Vale, pues, si hace el favor, me trae un revuelto de setas sin huevos ni langostinos. Y, además, una ración de patatas.

Mi padre lo exigió con tanta seguridad que el camarero no se atrevió a contradecirlo. Durante la cena, parecía que no se hablaba más que de ti. Y, cuando no, mi hermano explicaba detalles sobre el veganismo. De hecho, Fran no había hablado tanto con nosotros en su vida.

Cuando regresé a casa, me apetecía contártelo todo, explicarte cómo mi hermano no paró de nombrarte o cómo mi madre alababa tus recetas. Hasta mi padre habló de ti, ¡y para bien! Sin embargo, me daba vergüenza escribirte sin ningún motivo.

Bajé a por un vaso de agua antes de acostarme. Mi madre tomaba un café en la isleta.

—¿Qué lees? —le pregunté.

Me enseñó la portada. Era *La historia del señor Sommer*.

—¡Ah! Patrick Süskind es el escritor favorito de Tristán. Dice que describe los detalles sensoriales como nadie. «Es capaz de dibujar los olores», me dijo un día.

—Parece que conoces bien a Tristán.

Cerró el libro y lo posó en la encimera, colocando las manos sobre él.

—Sí, la verdad es que nos estamos haciendo buenos amigos.

—Es un amor. Ayer fue muy agradable tenerlo en casa.

—Sí, estuvo bien.

—Ya.

Mi madre abrió el libro de nuevo.

—¿Ya qué, mamá?

—Nada, nada. Que estuvo bien. Solo eso.

—No tires la piedra y escondas la mano. ¿Qué has querido decir?

—Nada. Sé que es el novio de Silvia…

—Pues eso.

—¡Pero se os ve tan bien juntos!

—¡Mamá!

—Has preguntado.

—Somos amigos. Y tú lo has dicho: es el novio de Silvia.

—Vale.

Me miró de reojo por encima del libro y bebió un sorbo de café.

—En serio, deja de mirarme así.

—Seguro que te ha pasado que ves a dos personas —posó el libro de nuevo en el mármol y comenzó su explicación—, y observas cómo se hablan, la complicidad que tienen, cómo se admiran; y sientes que parece que es inevitable que estén juntos.

—¡Mamá!

Le pegué un manotazo en el brazo.

—Vale, vale.

Volvió a abrir el libro y a esconderse detrás de él mientras yo salía de la cocina.

—Yo, lo que veo —apostilló.

*****

Éramos amigos. ¿Resultaba tan difícil de entender? Sin embargo, en lo único que podía pensar era en que la comida del domingo se había cancelado y que no te vería hasta el lunes.

Ya era más de medianoche cuando saltó una notificación en mi teléfono.

******

Facebook

Felicita a Tristán por su cumpleaños

******

No sabía por qué, pero de la nada me entraron nervios y me puse colorada. Lo de ruborizarme me estaba pasando con bastante frecuencia, al parecer. Entré en tu perfil. La foto tenía al menos cuatro años y estaba completamente pixelada. Tú no habías hecho ninguna publicación. Lo que vi fueron felicitaciones que te habían dejado años anteriores, así que comprobé que sí, ese domingo era tu cumpleaños.

¿Por qué Silvia no nos había avisado? Ella estaba en Florencia y la comida con el grupo se había cancelado. Entonces, ¿con quién ibas a pasarlo? ¿Con tu familia? Por lo que contabas, tu madre no estaba para celebraciones. No me iba a arriesgar a que pasaras tu cumpleaños solo: al menos yo iba a pasarlo contigo.

Pensé en enviarte una felicitación en cuanto me llegó la notificación, pero me dio un poco de vergüenza escribirte justo a las doce de la noche. Hasta era posible que estuvieras durmiendo, así que preferí esperar al día siguiente.

Envié un mensaje a todos explicando que era tu cumpleaños para que cada cual procurara cancelar lo que tuviera planificado. Les dije que, si no era posible que llegaran a la hora de la comida, intentaran al menos acercarse después.

Sabrina

Nosotras imposible, corazón.

Había pasado más de media hora y nadie más respondía. ¿No iba a ir nadie? ¡Qué desastre! Pensé en Melania. Por cómo hablabas de ella, imaginé que te gustaría que estuviera. No tenía su número, así que la localicé por *Instagram*.

Yo

¡Hola! No sé si lo sabes. Mañana es el cumpleaños de Tristán. Me acabo de enterar y quería organizar una comida para darle una sorpresa. Sé que le encantaría que estuvieras, así que, si te parece buena idea, me gustaría que vinierais.

Escribí del tirón. Me daba vergüenza enviar un mensaje corto y que, al oír la notificación,

se conectara y me contestara al momento.

Esperaba que la gente pudiera venir y que te hiciera ilusión celebrarlo, aunque fuera tan improvisado. Y, sobre todo, estaba nerviosa porque me hacía ilusión verte. Era como si, de pronto, me hubiera entrado la imperiosa necesidad de hablar contigo y de estar a tu lado.

Mi mente todavía me hacía ver que era tan solo porque me gustaba tener un amigo como tú, un amigo que me entendía tan bien y con el que me divertía tanto, un amigo con el que aprendía mucho y al que le gustaba aprender de mí, un amigo que me hacía sentir especial y al que me encantaba hacer sentir especial.

Mientras esperaba a que alguien más contestara, me senté en el taburete del piano. Estaba apagado, pero los dedos se movieron por las teclas siguiendo la partitura de *Serenade*. Cerré los ojos y, aunque solo sonaba el traqueteo de las teclas, oí la pieza con total nitidez y recordé la admiración con la que me habías mirado cuando la interpreté.

«¡Claro!», me dije. Me levanté del asiento y subí a la azotea donde almacenábamos los trastes. Busqué mi antiguo teclado y lo bajé a la habitación. ¡¡Te iba a encantar!! Lo limpié con mimo y lo guardé en su funda. La de tiempo que me había pasado practicando con ese teclado.

Quizás nunca habías podido tener un teclado, y se notaba que te encantaría aprender, así que no sabía si te haría a ti más ilusión recibirlo o a mí regalártelo.

*****

Me desperté muy pronto, aunque me contuve las ganas de felicitarte. No había buenas noticias. Todos decían que se pasarían después de comer. El único mensaje positivo fue el de Melania.

Melania
¡¡¡Sí!!! Cuenta con nosotros. Cancelo lo que haga falta.

Ya no me aguanté más y te escribí.

Yo
¡¡¡Felicidades!!!
Vete preparándote que a las 12:00 paso a buscarte.
¡¡No te hagas el dormido, que sé que a tu edad se duerme poco!!

Me mordí el labio y sonreí imaginando que te había hecho ilusión, y eso me hizo sentir bien. Saqué el teclado de su funda y pasé mis dedos por las teclas. Te iba a encantar. Busqué *Experience* en *YouTube.* En realidad, nunca había escuchado con atención a Ludovico Einaudi, pero enseguida entendí por qué te gustaba tanto esa obra. Aquella rueda de cuatro acordes casi hipnótica iba creando un efecto de elevación hasta que, en los momentos en que el *tempo* se iba acelerando, parecía que podías despegar del suelo y levitar.

—¡Estoy enfadada! —te dije cuando montaste en el coche.

—¿Por qué?

—No habías dicho nada. Si no me llega a saltar la notificación de *Facebook,* no me hubiera enterado de que era tu cumple.

—Ah, es verdad. Sigo teniendo *Facebook.*

—Eso sí, no sé quién podrá venir avisando con tan poco tiempo.

«Lástima que venga más gente», pensé yo.

Quedamos en *La Terraza de Moix*. No se me puede olvidar el nombre de ese bar, porque fue donde te había pedido disculpas por lo ocurrido en la barbacoa. Parecía que había pasado una vida entera desde aquello.

—Esto de quedar en una terraza a dos grados… —protestaste—. ¿Es un castigo por no haberte avisado?

—¡Ah, mira qué solecito!

Al rato, Melania te felicitó desde la distancia. Vestía unos vaqueros ajustados, botines negros con tacón pequeño y una cazadora negra con pelo en la capucha. Nada especial, pero todo eso combinado con la raya del ojo negro, los ojos oscuros y la sonrisa juguetona hacían de ella una mujer que atraía a todo el mundo.

—¡¡Felicidades!!! —gritó, y echó a correr hacia ti con los brazos extendidos.

—¿Cómo te has enterado? —preguntaste, sorprendido por verla y porque te felicitara. Ella te señaló con la mirada.

—Son invitados a tu cumple —te informé—. De hecho, creo que sois los únicos que vais a llegar para la comida.

—¡Felicidades, Tristán! —me saludó Rodri mientras chocábamos la mano—. Sara, muchas gracias por invitarnos —te agradeció, a la vez que te daba dos besos.

—Qué bien hueles —me piropeó Melania cuando me saludó con dos besos—. Me encanta tu perfume.

—Es una esencia de arándanos.

—¡Me chifla! Y el pelo —añadió tocando mi melena—. Tienes un pelo precioso.

—¡Gracias!

—Oye —dijiste—, luego comeremos en algún sitio en el interior, ¿no?

—Ay, no seas friolero —contestó Melania—. Mira qué bien se está al sol.

—Yo estoy con Tristán —intervino Rodri—. No entiendo esto de las terrazas en invierno.

—Ja, ja, ja. Vaya dos agonías —contesté—. Vaaale. Si el cumpleañero quiere comer dentro, comeremos dentro. He reservado en *La Posada Vegana*.

—¿Dónde está eso? —preguntó Rodri.

—Es un restaurante al que nos llevó Tristán hace tiempo —expliqué—. Estaba todo muy rico. Y ya que es su cumple, qué menos que estar en algún restaurante donde puedas pedir algo más que ensalada de lechuga, tomate y cebolla.

Me giré hacia ti, sonriendo, y tú me devolviste la mirada de complicidad.

Al primer plato que trajeron ya nos dimos cuenta de que la cocina había cambiado.

—¿Y esta textura? —protestó Rodri con cara de asco estirajando un trozo de Seitán.

—Después de probar lo tuyo… —comenté— esto me parece insípido.

—¿Le has cocinado? —me preguntó Melania.

—Sí, ella me lleva a particular y, a cambio, yo le llevo comida.

—En serio. ¿Le has cocinado? —recriminó, bromeando—. Llevo yo… ¿qué? ¿Seis meses? Llevo más de seis meses para que me dé a probar algo de lo que cocina y nada.

—Tienes que disculparlo —intenté hablar en tu favor mientras nos reíamos con el tono de exagerado despecho que adoptaba Melania en su acusación—. Mi hermano se ha hecho vegano y por eso vino a enseñarnos alguna receta.

—Ah —exclamó abriendo los ojos. Tú te llevaste la mano a la cara, previendo la que te caería encima—. Que les enseñas recetas también. Flipo. Acabas de perder a una amiga, que lo

sepas.

—¡Pues no veas! —seguí con la broma, hurgando en su herida—. Pienso en el sándwich de calabacín rebozado que me llevó y… ¡joder, que bueno!

—Mátame —dijo Melania extendiendo el brazo y descubriendo la muñeca.

—No te queda nada que aguantar a partir de ahora, Tristán —se rio Rodri—. Te lo va a recordar todos los días. Lo sabes, ¿no?

—Tendrás queja tú de mí —le provocó Melania.

—Bueno… Si me pongo a hablar…

—¿Sí? —Melania se acercó a él con sensualidad—. Cuenta, cuenta —continuó con voz dulce mientras comenzaba a besarlo.

—¡¡Id a un hotel!! —les recriminaste tú.

—Um, buena idea. De momento, voy al baño. —Se mordió el labio y pasó las manos por el pecho de Rodri—. No es para que nadie venga conmigo, eh. No penséis mal.

Los tres nos reímos durante un buen rato.

—Tengo que ir… bueno, al baño —anunció Rodri, avergonzado—. En serio. A ver si ahora pensáis que… pero es que tengo…

Se levantó y fue hacia el lavabo. Tú echaste una carcajada.

—¿Tú crees que…? —te pregunté.

—Supongo que no.

—Oye, no me extraña que tengas tanta amistad con Melania. ¡Me encanta! ¡Es tan sincera y directa!

—Es tremenda. ¿Sabes esas personas que sacan lo mejor de uno?

—Me hago una idea —respondí mirándote a los ojos.

—Oye, pues llevan un rato en el baño —comentaste.

—Igual es solo que les ha sentado mal el seitán; no debía estar en buen estado.

Al poco volvió Melania.

—Sara, gracias por acordarte de nosotros para el cumple —me dijo—. Estaba muy equivocada contigo. Me parecías una niña pija bastante presumida. En cambio, mira, eres una tía de puta madre. Me has caído genial.

—Me suele pasar. Lo de caer de puta madre, no; lo otro.

—Ya —me dijiste—. El día que te conocí ibas bastante pijita, aunque no te he vuelto a ver así.

—¡No me hables de ese día, eh! Tristán estaba insufrible —le comenté a Melania, señalándote.

—¿Y tú? ¿Sabes a dónde nos llevó?

—¿A dónde? —preguntó Rodri.

—A *Casa Remigio.*

—¿En serio? —se sorprendió arrugando la cara con una mueca de asco.—. Si huele a naftalina desde el aparcamiento.

—Que no lo escogí yo, idiota —te reñí mientras trataba de empujarte.

Empezaron a llegar los del grupo. Esperaba a que llegaran todos, aunque cuando llegó Juan ya eran casi las seis.

Silvia
¡Hola!

Oye, si te acuerdas, felicita a Tristán, que hoy es su cumple

«A buenas horas», pensé. Me dio hasta cierto resquemor por dentro. Incluso, me planteé no responderle.

Yo
Me ha avisado su *Facebook*.
Me tenías que haber dicho algo antes.

Silvia
Es que, buf, estoy con una resaca que no sé ni por dónde ando.

Yo
Apenas tuve tiempo, pero escribí a estos para quedar.
La mayoría han aparecido después de la comida.

Silvia
¿Han ido todos?

Yo
Sí, excepto Sabrina y Rebeca.
Melania y Rodri también han venido.

Silvia
¿Tristán ha invitado a Melania?

Yo
No, Tristán no sabía nada.
Ha sido todo por sorpresa.
La he invitado yo.

Silvia
¿Y por qué la has invitado?

Yo
¿Porque es su amiga, quizás?

Ahí ya me calenté y me desconecté antes de decir algo de lo que me arrepintiera. Lo que pensaba, sí, pero lo que no tenía que decir. Me molestó que no se hubiera preocupado de avisarnos para poder celebrar el cumpleaños como te merecías. Sus protestas por invitar a una amiga tuya, definitivamente, hicieron que me hirviera la sangre.

Mirabas la hora en el móvil, así que me acerqué y me senté a tu lado.

—No puedes irte —te susurré—. Yo lo siento, pero es tu cumple.

—Me quedaré un rato.

Te sonreí. Hice una señal al camarero para que apagara las luces y trajera la tarta. Agachaste la cabeza, sonriendo, avergonzado, y comenzamos a cantar el cumpleaños feliz. Esperé a tu lado a que todos vinieran a felicitarte.

—¡¡Feliz cumpleaños!!

Me acerqué más a ti y te di un abrazo.

—Muchas gracias —me susurraste mientras seguíamos abrazados. Cerré los ojos un instante—. Me encanta que me hayas preparado todo esto.

*****

—Te llevo —te propuse cuando te ibas.

Cuando llegamos a tu portal y nos apeamos del coche, te tomé de la mano y te llevé hasta el maletero. Quería hacerte sentir tan especial como tratabas de hacerme sentir tú con cada detalle que tenías conmigo.

—No tendrás una motosierra ahí atrás —bromeaste.

—Mira.

—¿Qué es esto? ¿Me has traído un teclado?

—Recordé que tenía uno en el trastero —te expliqué mientras le quitaba la funda—. Tiene el soporte, el pedal de sostenido y unos auriculares para que puedas tocar de noche.

—¡¡Qué pasada!!

Tus ojos tintineaban de ilusión al acariciar las teclas con delicadeza, como si tuvieras miedo de que se rompiera con solo tocarlo.

—Este es de cinco octavas, pero te puede servir para empezar.

—No sé qué significa eso de cinco octavas, así que sí, me servirá.

Te expliqué cómo funcionaba el teclado, aunque hablaba por inercia, porque el corazón me latía descontrolado. Me encantaba verte tan ilusionado. Estabas feliz y en tus ojos me vi como la persona más especial del mundo.

—No puedo aceptar esto.

Soltaste el teclado como si estuviera en llamas.

—Sí, llévalo. Yo lo tengo en el trastero.

—No, no. Imposible.

—Mira. Considéralo un préstamo. Cuando logres interpretar *Experience* me lo devuelves. Eso sí, tienes que interpretarlo y que yo dé el visto bueno.

—Gracias —accediste—. ¡Ha sido un cumpleaños genial!

—Lo he hecho encantada.

—Sara.

Cómo sonaba mi nombre en tus labios. Me agarraste las manos. Yo estaba helada, pero, si tiritaba, no era de frío.

—En serio —susurraste. Continuamos con las manos entrelazadas—. Muchas gracias.

Pasaron unos segundos. Quizás solo fuera uno, pero el mundo se había ralentizado y únicamente existían tus ojos.

—Bueno… me voy… —balbuceé cuando fui consciente de que seguíamos mirándonos agarrados de la mano—. Empieza pronto a practicar; quiero escucharte interpretando a Einaudi lo antes posible.

Aparté la vista y entré en el coche. Miraba por el retrovisor, nerviosa, y tú contemplabas cómo me alejaba, hasta que tu silueta fue haciéndose tan pequeña que dejé de verla.

CAPÍTULO**26**

El sentimiento de culpa me debería haber alertado de que, quizás, estaba ocultándome algo a mí mismo

Tristán

Quedé absorto contemplando cómo tu coche se alejaba en el silencio de la noche. Estaba emocionado por la posibilidad de aprender a tocar el piano e interpretar la música de Einaudi delante de ti para agradecerte todo lo que hacías por mí. Mis mejillas heladas y el vaho que desprendía mi boca me alertaban del frío, pero en mi pecho se había instalado una calidez que había llegado para quedarse.

Me habías dado el mejor cumpleaños de mi vida.

En cuanto llegué a casa, saqué el teclado de su funda y valoré llevarlo a mi habitación, aunque después opté por ponerlo frente al gran ventanal del salón. Me encantaba imaginarme tocando mientras entraba el sol; o lo nostálgico que resultaría interpretar una pieza melancólica junto al sonido de la lluvia golpeando contra los cristales.

Era tarde, así que dejé el teclado y fui a la habitación. Guardé algunos folios que tenía por encima del escritorio y me quedé observando un poema. Me habías pedido leer alguno, aunque me avergonzaba mostrarme ante ti con unos sentimientos tan íntimos y personales. No obstante, nuestra confianza crecía cada día, y hasta me ilusionaba que leyeras algo de lo que escribía y me conocieras un poco más.

Revisé entre mis folios y seleccioné algunos poemas. Los guardé en una funda de plástico, que coloqué sobre el escritorio. Aunque nunca te reconociera para quién lo había escrito, quizás debería ser honesto e incluir el poema que me habías inspirado.

Para mí, era evidente que hablaba de ti, y temía que pudieras sospecharlo. Y, en cuanto lo había escrito, lo había hecho añicos, así que lo mejor sería no entregártelo.

Un sensación de inquietud empezó a crecer en mi mente. Quizás había abusado de la confianza que creía tener contigo. No debería haber agarrado tus manos. No debería haberme perdido en tus ojos durante tanto tiempo.

En mi mente solo eras una amiga. No obstante, el sentimiento de culpa me debería haber alertado de que, quizás, estaba ocultándome algo a mí mismo.

*****

—Oye, lo pasé genial ayer —me dijo Melania cuando nos vimos en el trabajo—. En cuanto Sara me envió el mensaje avisándonos de que era tu cumpleaños, cancelamos los planes.

—Pobre Rodri.

—Él estuvo de acuerdo. Y habíamos quedado con su hermano, que es como un amigo, vamos. No es como si hubiéramos quedado con los padres. Que con más razón lo hubiera cancelado.

—Ja, ja, ja. Me encanta veros así a ti y a Rodri. Hacéis una pareja genial.

—No somos novios ni nada, eh.

—Ya, ya vi.

—¿Y tú qué? —contraatacó.

—Yo, ¿qué?

—Sara.

—Qué —contesté, muy seco.

—Nada. Es una tía genial… —respondió. Y las palabras sonaban bien, pero dejaban un poso de incertidumbre.

—¿Pero?

—Nada, en serio. Es una tía genial.

—¿Cómo era esa frase? —Me acaricié la barbilla simulando pensar—. Ah, era… «si no quieres contarme algo, dímelo, pero no me sueltes rollos».

—La tenías guardadita, ¿eh?

—Ya ves.

—Es que… me da un poco vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿!Tú!?

—Pues… que he sentido celos —dijo, agachando la cabeza.

—¿Celos?

—El caso es que me conoces, y no soy precisamente de esas movidas. Los celos son lo peor. Sin embargo, viéndote con Sara me ha subido un algo por el estómago…

—Tranquila, mujer, que siempre serás mi mejor amiga.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Con lo empático que eres, lo tonto que pareces para ciertas cosas.

—¡Vaya! Gracias. Creo que eso ya me lo has dicho alguna vez: te repites.

—A lo que me refiero es que no es esa clase de celos de «ay, que me quitan a mi amigo».

—¿Entonces?

—¿Sabes cuando ves a dos personas y percibes que es imposible que no estén juntas?

—¡Vaya historias te montas!

—Al veros, me dio la sensación de que es como si llevarais siendo pareja toda la vida. Silvia es tu novia y solo el futuro dirá, pero, viéndote con Sara, he comprendido que tú y yo nunca estaremos juntos.

—No sé qué cosas tan raras te pasan por la cabeza. Sara es una amiga.

—Yo, lo que he visto.

La conversación con Melania añadió incertidumbre a mis pensamientos. Si ella se sentía celosa con lo que había visto, probablemente tú te sentías incómoda con la situación. Había acordado con Róber que saldría a las tres de trabajar lunes y martes, y él me permitiría salir antes el miércoles para llegar a tiempo a la fiesta y que estuvieras sola. Sin embargo, en ese momento, me cuestionaba si realmente querrías que fuera. En cualquier caso, podría ser prudente mantener cierta distancia durante unos días para evitar que te sintieras incómoda.

Fuese o no lo más conveniente, el turno ya estaba cambiado, así que te escribí para avisarte de que no podría ir el lunes. No sentí la naturalidad con la que siempre hablábamos y pensé demasiado qué decir. Estaba tenso y no encontraba las palabras.

Yo

Tengo que salir un poco más tarde del curro.
Iré directo a particular.
Hoy no te molesto.

Me parecían unos mensajes muy sosos. No quería mostrar demasiada amabilidad ni cariño

para no incomodarte, pero me pareció que sonaba hasta borde, así que intenté suavizarlo con un emoticono.

Yo
;P

En cuanto lo envié, me sentí ridículo. ¿En serio? ¿Un emoticono? En la vida había utilizado uno. Habías visto el mensaje y, tras unos segundos, te habías desconectado. Pasaron unos minutos hasta que respondiste.

Sara
Vale.
Mañana nos vemos.

«¡Seré idiota!», me dije. No debí llevarte sándwich; ni, mucho menos, cerveza; no debí comer contigo, ni tomarme tantas confianzas en tu casa. Tú eras una amiga siendo amable y yo te había hecho sentir incómoda. Aquella respuesta tan fría me lo dejaba claro. Habías respondido tan tajante a mi mensaje que no me atreví ni a pedirte que me enviaras los apuntes.

Al día siguiente iba a faltar a clase de nuevo.

Yo
Hoy tampoco voy a poder ir.
Lo siento.

Sara
Vale.

Fue tu única respuesta. En el resto del día no nos escribimos, así que no sabía si presentarme en la fiesta al día siguiente. Me daba miedo llegar y que me recibieras con un «hola» tan distante como tus «vale» de los mensajes.

Sin embargo, tú me habías pedido que fuera. Para ti quizás en esos días todo hubiese cambiado, pero también cabía la posibilidad de que todo fueran imaginaciones mías y, en ese caso, te dejaría sola en la fiesta. Me habías pedido que fuera, y tú nunca pedías nada, así que dejé de lado mis inseguridades y decidí ir.

El miércoles, cuando llegué a la facultad, me acerqué al entoldado donde habían colocado largas mesas de madera con bancos y una barra metálica. La esplanada entre edificios estaba habilitada para el concierto, con un escenario bastante grande para una fiesta como aquella.

Te busqué entre las mesas. No te localizaba entre tanta gente. De pronto, a lo lejos, te vi, de espaldas, junto a la barra. Se me aceleró el corazón. ¿Y si no querías saber nada de mí?

Samuel pedía alguna consumición y tú estabas detrás de él. Me detuve a unos tres metros, indeciso. Te giraste. Tus ojos se iluminaron, y todo el miedo que había sentido durante aquellos dos días desapareció en un segundo con tu sonrisa.

CAPÍTULO27

¿Sabes ese brillo de sol que se cuela entre dos nubes cuando termina de llover?
Podrás hacerte una idea de lo que sentí al verte

Sara

—Vamos a pedir una cerveza —me sugirió Samuel—. Y alegra esa cara, mujer, que parece que estás en una biblioteca o algo así.

—Vale. —Sonreí tímidamente.

—Uy, practica, hija mía. —Me pellizcó cariñosamente la mejilla—. Seguro que puedes hacerlo mejor.

Me sentía incómoda, fuera de sitio. Me faltaba esa persona de confianza con la que sentirse tranquila. Y, lo peor, no sabía si ibas a venir. Había temido preguntarte. Sobre todo, porque intuía la respuesta.

Samuel se acercó a la barra que habían habilitado para la fiesta debajo de un toldo y pidió dos cañas. Yo esperaba detrás de él. Me giré para localizar a Cris y David. ¡Y te vi venir! Estabas de pie, frente a mí, a unos tres metros, y cruzamos la mirada. ¿Sabes ese brillo de sol que se cuela entre dos nubes cuando termina de llover? Pues multiplica esa sensación por mil y podrás hacerte una idea de lo que sentí al verte.

No me importó que se notara la ilusión que me hacía que estuvieras allí y te miré con la sonrisa más abierta y sincera que recuerdo haber tenido nunca.

—¡Has venido pronto! —murmuré, acercándome a ti.

—Sí, he podido salir antes.

Hubo un silencio que me confirmó que no había nada que temer estando a tu lado.

—¿Una cerveza? —propuse señalando el mostrador.

Levantaste tu mochila y la hiciste tintinear. Sacaste unas *Ranses* que traías entre el hielo; David y Cris se animaron también. Cuando me diste un botellín, me acerqué a ti.

—Muchas gracias por venir. —Alcé la botella para brindar—. No sabes la ilusión que me ha hecho que llegaras tan pronto.

—Me alegro.

Juntamos delicadamente los botellines.

—¿Te soy sincera? Dudé de si vendrías.

—¿Te soy sincero? Dudé de si venir.

—Vaya par de idiotas —dije, mientras nos reíamos.

—Y mequetrefes, yo creo—añadiste.

—¡A ver, parejas! —gritó Samuel—. Os presento a Róber. ¡Ha venido a verme!

Se acercó a un chico y le dio un beso. ¡Era tu jefe!

—¡¡Hombre, Tristán!! ¿Este era el examen tan importante por el que tenías que salir pronto?

¿Habías mentido en el trabajo por venir a la fiesta conmigo?

—¿Os conocéis? —preguntó Samuel.

—Es mi jefe —respondiste—. Ha sido solo hoy —te disculpaste con Róber.

—¡Uy! ¡Qué fuerte que seas su jefe! —se sorprendió Samuel—. Pero hoy estamos de fiesta, así que no le riñas.

—No, no. A mí me ha venido genial. Para salir un poco antes hoy, se tragó los turnos de

comidas de lunes y martes, así que mira a ver si me ha compensado.

¿Habías hecho horas de más para que no me sintiera incómoda? ¿Por eso habías faltado a clase? En ese momento no me sentí una estúpida, ¡sabía que era una estúpida! Pensaba que no querías saber nada de mí y, de pronto, me enteraba de que habías hecho esos esfuerzos para que no me sintiera sola. Sé que me emociono con facilidad, pero aquello… buf… me hizo sentir tan especial que lo único que me apetecía era abrazarte. En vez de eso, te sonreí, agradecida, y tú agachaste la cabeza.

—¡Habrá que ir a por algo de comida! —exclamó David.

—Ven conmigo, porfa —me pidió Cris.

—¿Os ayudo? —te ofreciste.

—No, no. Luego, cuando nos den la comida, os avisamos para que nos echéis una mano.

Fuimos hasta la barra Cris y yo, mientras tú y David os quedasteis en la mesa. Samu y Róber estaban a lo suyo, tan pronto acaramelados, tan pronto por otras mesas hablando con gente.

—¡Guau! ¡Vaya parejaza hacéis! —me soltó Cris, tan a bocajarro que me asustó.

—No, no. Somos amigos. Además, es el novio de Silvia.

—¿En serio? Perdón. Es que veo como os tratáis… —Estuvo un par de segundos mirándome y, después, volvió la vista hacia ti sin decir nada—. ¡Guau!

—¿Qué?

—Que sólo tiene ojos para ti, tía, que únicamente está pendiente de que estés bien. Y que ha mentido en el curro para estar aquí. ¿Eso no te dice nada? O le gustas o es un apasionado de las costillas, vamos.

—En realidad… es vegano.

Echó una carcajada.

—Es vegano —repitió con ironía—. Míralo, solo está pendiente de ti.

Me giré hacia la mesa. Estabas hablando con David. Notaste que te miraba y alzaste el botellín para saludarme mientras sonreías. No sé de qué hablabais, pero ¡se te veía tan contento!

—Y ahora mírate.

Hizo un gesto con las cejas para señalar hacia mi boca.

—¿Qué?

En seguida comprendí que se refería a mi expresión. Sonreía como una tonta. Intenté cerrar la boca y ponerme seria. Te juro que lo intenté.

—Esa será la sonrisa que se ponen los amigos, supongo —apuntilló.

*****

Después de comer, nos acercamos al escenario. Participaron varias bandas, aunque la que esperaba con ganas era una banda tributo a los noventa. Tocaron un montón de canciones que me gustaban, pero tú estabas en tu salsa

Veinte de abril del noventa
Hola, Chata, ¿cómo estás?

Cuando llegó el estribillo, los seis cantamos a gritos, a la vez que saltábamos y nos empujábamos.

Hoy no que—da ca—si na—die de los de anteees

Y los que haaay
han cambiado
Han cambiadoooo.
Síií.

Los seis cantamos, saltamos, nos reímos. La gente estaba entregada a la música y se respiraba un ambiente genial. ¡Estaba siendo un día espectacular!

Sonaron unas notas interpretadas por el bajo que reconocí al instante: era *With or Withouth you*, de U2. Me encantaba esa canción. En cuanto entraron las guitarras, la gente supo cuál era y empezó a vitorear.

Róber pasó el brazo por encima del hombro a Samuel, y este le respondió rodeando su cintura con la mano y apoyando la cabeza sobre su hombro. David y Cris cruzaron la vista y sonrieron. Yo te miré de reojo.

See the stone set in your eyes
See the thorn twist in your side
I'll wait for you
Mira la piedra en tus ojos
Mira la espina retorcida a tu lado
Yo espero por ti.

En cuanto entró la letra comencé a cantar, bajito, casi en un susurro. Me puse muy nerviosa. Eran demasiadas personas las que parecían tener la respuesta a una pregunta que nunca habría querido plantearme.

You give it all, but I want more
And I'm waiting for you
Tú lo das todo, pero yo quiero más
Y yo te estoy esperando.

Aquella canción parecía hablar de mí. Claro que no había nada entre nosotros. Aparté la vista. No, no. Imposible. Respiré profundamente, como si al inspirar y llenar el estómago de aire fueran a desaparecer todas aquellas mariposas que revoloteaban y se daban cabezazos contra mi corazón para decirle lo que yo no me atrevía.

Tú comenzaste a cantar, en voz baja también. Estábamos tan cerca que me moví un centímetro (o te moviste tú, no lo sé) y nuestras manos se rozaron por el dorso. Al sentir tu piel, no me quedó ninguna duda. Entonces entró el estribillo final, donde la canción sube de intensidad.

With or without you
With or without you, ah
Contigo o sin ti.
Contigo o sin ti.

Los dos mantuvimos las manos rozándose, tan levemente que podían separarse en cualquier momento. Un roce casual. Eso me decía a mí misma. Solo un roce del que ninguno se apartaba.

Sonaba la parte final de la canción, donde la intensidad sigue subiendo hasta que explota en mil notas y la voz parece desgarrarse.

With or withooooooooout you

Contigo o sin ti

Moviste tu dedo. ¿O fui yo? Nuestros índices se entrelazaron. Sentí un chispazo que me recorrió hasta el pecho. Y una calidez que inundó mi corazón. Y nervios. Y emoción. ¡Era todo tan confuso! Y a la vez nunca nada había tenido tanto sentido. Me pareció percibir tus latidos. ¿O eran los míos?

Todos sacaron sus móviles para iluminar el cielo con los flashes. Y allí, en medio, estábamos nosotros, entrelazados por un único dedo, pero con la sensación de estar abrazándonos con toda nuestra alma. Apreté un poco tu dedo contra el mío. Me lo apretaste contra ti. No me atrevía a mirarte.

Terminó la canción. Todos aplaudían, pero nosotros no nos movimos. No queríamos soltarnos. Nunca. Abrí los ojos: miraba alrededor para atrapar el momento y recordarlo para siempre. David y Cris se volvieron hacia nosotros y nuestros dedos se separaron lentamente.

Y allí, mientras aplaudíamos, podría haberlo adivinado; allí, mientras aguantábamos las ganas de mirarnos a los ojos, podría haberme dado cuenta; allí, cuando sentí el calor de haberte abrazado tan levemente, debería haberlo sabido. Me giré. Levantaste el rostro. Nuestra mirada cargada de emociones se volvió tan real que parecía tangible. Todo lo demás había desaparecido. En el silencio de aquel momento, le pedí permiso a tus ojos para amarte en secreto durante toda la vida.

CAPÍTULO**28**

Ojalá te hubieras visto con mis ojos, porque todas tus inseguridades se hubieran desvanecido al instante

Tristán

Después de aquel momento tan especial, tratamos de hacer como si no hubiera pasado nada. Cantamos, bailamos y nos divertimos, pero en cada mirada, en cada sonrisa, en cada ligero roce, la sensación mágica de haberte abrazado me inundaba el pecho de la calidez. La complicidad que compartimos me hizo sentir como si hubiera encontrado una parte esencial de mí que ni siquiera sabía que estaba buscando.

Había tantas veces en las que me sentía como un anciano, mirando la vida desde el ventanal del salón de mi piso, que degustaba todos los pequeños momentos en que me sentía vivo. Y, en todos ellos, coincidía que estabas tú.

—Quería darte algo —te dije cuando aparcaste frente a mi portal.

—¿Qué es?

—He tenido muchas dudas sobre si dártelo o no… De hecho, aún estoy dudando si subir a buscarlo.

—No, no, no. Nada de dudas. —Me empujaste hacia la puerta del coche—. Venga, fuera. Te espero aquí.

Subí y miré la funda de los poemas. Eran algo muy íntimo. ¿De verdad sería oportuno dejar que lo leyeras? Confiaba en ti y, después de las emociones de ese día, lo que me hubiera gustado de verdad hubiera sido subir contigo a mi cuarto y leerte cada uno de mis poemas, abrazarte después de cada página y contarte todo de mí para que entendieras de dónde nacía el dolor que reflejaban. Y, sobre todo, deseaba leerte el poema que me habías inspirado, confesarte que lo había escrito para ti y que te escribiría otros cien mil, porque cada que cerraba los ojos veía tu sonrisa; esa puñetera sonrisa.

En tus manos vi la luz,
Las tinieblas en tus ojos.

Rescribí el poema en dos minutos, lo metí entre el resto de hojas y bajé. No sabrías que me había inspirado en ti, pero quería que tuvieras aquellos versos que se me habían grabado a fuego.

—Ten —dije, de vuelta en el coche, entregándote la funda.

—¿Son poemas tuyos? —preguntaste a la vez que sacabas algunas hojas—. ¡Son poemas tuyos!

Te lanzaste hacia mí y me abrazaste. No sabes la emoción que sentí con tu reacción al recibir mis poemas.

—Creí que no te acordabas de que te había pedido leerlos —me dijiste casi al oído.

—No los leas ahora. Me da vergüenza. Ya me contarás qué te parecen.

—Escribes en folios, a mano, pero la *vintage* soy yo.

—La poesía ha de escribirse en papel, en barro, en piedra. Los sentimientos son algo tan etéreo que, para que no huyan, hay que esculpirlos sobre un soporte real en que dejen huella.

—¡Joder! —exclamaste a la vez que me mostrabas tu piel de gallina.

—Lo de las palabrotas no es solo para la comida, por lo que veo. La poesía también le afecta. Ah, hablando de comida, recuerda que habías quedado en prepararla tú para mañana.

—¡Es verdad! Vale, vale. Dije que te sorprendería y te sorprenderé.

Salí del coche, aunque no quería irme nunca de allí. Quería quedarme a tu lado toda la noche. Y que la noche durara toda la vida.

—¡Tristán! —me llamaste cuando estaba llegando al portal.

Volví hasta el coche y bajaste la ventanilla del copiloto. Abriste la guantera y me entregaste una carpeta que estaba dentro.

—¿Y esto?

—Ya que has corrido el riesgo de traerme tus poemas, quiero que leas esto que me dará vergüenza a mí. Es una escena que he escrito estos días de *El llanto del sauce*.

*****

Me entró mucha curiosidad por saber qué había allí y por qué podía darte vergüenza que alguien lo leyera. Eran unos pocos folios escritos a mano con el título *Como en Navidad*.

> *En una fría tarde navideña, las pistas de hielo al aire libre se habían convertido en un mágico rincón de la ciudad. Edurne ya no era aquella niña insegura, sino una joven de veintiún años con una figura que emanaba una encantadora seguridad. Su historia con el patinaje artístico se remontaba a años atrás, cuando aún era una niña. Sin embargo, aquellos recuerdos estaban teñidos de una especie de incomodidad, una sensación de ser observada y juzgada que nunca había logrado sacudirse del todo.*

Era evidente que Edurne eras tú. Siempre habías guardado a buen recaudo tus miedos y tus inseguridades para que nadie sospechara que, tras esa alegría de vivir, también se escondían unos temores que nunca verían la luz. Ojalá llegaras a compartirlos conmigo.

> *Aunque su amor por el patinaje artístico había sido tenue en el pasado, todo cambió esa tarde que compartió con Xulián. La pista de hielo parecía envuelta en una atmósfera mágica, y Edurne decidió que era el momento de redescubrir el placer de deslizarse sobre el hielo, lejos de las luces de los reflectores y las miradas críticas.*
>
> *Su mirada se encontró con la de Xulián. Él estaba apoyado en la barandilla; sus ojos, clavados en ella con una intensidad que la hizo sentir como si fuera el único ser en el mundo. La sensación de ser observada ya no la llenaba de ansiedad, sino que le proporcionaba una extraña dosis de confianza. Sus mejillas se colorearon, pero, en lugar de esconderse, su sonrisa se amplió.*
>
> *Edurne continuó patinando y sintiendo la melodía como un latido en su pecho. Cada movimiento era una celebración de la persona en la que se convirtió en ese instante. Y Xulián seguía allí, admirando cada momento como si el tiempo se hubiera detenido solo para ellos dos. Edurne no se sentía juzgada, solo sentía una conexión profunda con el hielo bajo sus pies y con el chico que la observaba con aquellos ojos repletos de admiración. Edurne sentía cómo sus inseguridades se desvanecían, como si estuviera liberando una parte de sí misma que había estado oculta.*

Ojalá mi mirada pudiera parecerse a la de Xulián y vieras la admiración que sentía hacia ti. Ojalá te hubieras visto con mis ojos, porque todas tus inseguridades se hubieran desvanecido al instante.

> *Xulián la observaba con esa mirada de admiración. Su estatura imponente acentuaba su presencia en cualquier entorno, y su cabello rubio, como los rayos dorados del sol, añadía un toque de luminosidad a su imagen. Sus ojos claros, llenos de matices y profundidad, eran como ventanas al universo de emociones que habitaban en su interior. Su mandíbula marcada y su ceño, ligeramente fruncido en reposo, le daban un aire de seriedad que se mezclaba de manera intrigante con su aura empática que hacían de él un compañero perfecto en el viaje de autodescubrimiento de Edurne.*

Esa descripción fue como si me clavaran alfileres, uno detrás de otro. Ninguna frase dolía lo suficiente, pero todas juntas me destrozaban. En lo más profundo, estaba imaginándome que yo era Xulián, que hablabas de mí cuando te referías a aquella persona que te hacía la vida más fácil y te permitía ser tú misma. Aquel hombre alto, rubio y fuerte era todo lo opuesto a mí, y eso me mató.

> *Las estrellas comenzaron a parpadear en el cielo oscuro, y la pista de hielo parecía un escenario mágico en el que solo existían ellos dos. En ese momento, Edurne se dio cuenta de que nunca antes había sido tan feliz sobre unos patines. No importaba si sus giros eran perfectos o si su figura se alejaba de los estándares tradicionales de belleza. Lo que importaba era la sensación de libertad, de estar en armonía consigo misma y con el universo que la rodeaba.*

No quería reflexionar sobre si estaba sintiendo algo por ti, pero aquella escena estaba acabando conmigo. Me encantaría estar a tu lado, ayudarte a que sintieras esa armonía contigo misma y que vieras en mi mirada el reflejo mágico de lo que eras. Sin embargo, era otra persona quien te hacía sentir especial y por quien resplandecías. Por la descripción, podía ser que siguieras enamorada de Jon. ¿Por eso te daba vergüenza que lo leyera?

> *Y así, mientras el hielo seguía crujiente bajo sus patines y la melodía llegaba a su clímax, Edurne continuó danzando en una celebración de su propia autenticidad. En medio de risas y miradas compartidas, descubrió que la pista de hielo podía ser mucho más que un escenario de ansiedad. Podía ser un espacio de descubrimiento, de amor propio y, tal vez, incluso de un amor secreto que finalmente encontraba su momento para brillar.*

Ni me atrevía a pensar en ti como un amor secreto, pero imaginarte enamorada de otro dolía. Mucho.

CAPÍTULO29

¿Por qué se me estaba resquebrajando el pecho?

Sara

¿Me dio un respingo cuando me diste tus poemas? Me dio un respingo. Tanto que me había atrevido a darte la carpeta con la escena sobre patinaje que había escrito el sábado. Y ya estaba arrepentida. Me había dejado llevar por la ilusión de devolverte la confianza que habías depositado en mí al dejarme leer tus poemas, pero… ¡era tan obvio que mi escena hablaba sobre nosotros!

Al llegar a casa guardé los poemas en el cajón de mi escritorio. Tenía muchas ganas de leerlos, pero debía preparar la comida para el día siguiente. ¡En qué momento me había metido en ese lío yo sola! Consulté unos cuantos blogs de recetas veganas para obtener ideas de qué preparar. Decidí llevar unas hamburguesas de soja texturizada, ya que la elaboración no parecía muy complicada.

—¿Qué haces? —preguntó Fran viendo que amasaba y estrujaba la soja ya hidratada.

—Estoy preparando unas hamburguesas de soja.

—¿Te puedo ayudar?

—¡Vale! Vete echando a la sartén esa cebolla.

—Y un ajo. Ajo siempre.

—Sí, creo que la receta especificaba un diente de ajo. La tengo abierta en mi móvil —dije mostrando mis manos pegajosas con la soja y señalando hacia el teléfono que tenía sobre la isleta.

—Hay que echar harina y pan rallado en el bol —explicó, leyendo la receta en mi teléfono.

—Vale.

—Y amasa.

—¿Qué hacéis? —preguntó mi madre.

—Hamburguesas de soja —respondí.

—Ah, yo también quiero aprender.

Se colocó el mandil y le quitó mi móvil a Fran para ir leyendo ella la receta.

—Eso ya está —afirmó, apartando la sartén con la cebolla del fuego y apagando la vitrocerámica—. Ahora hay que triturar.

—¿A quién? —bromeé agarrando a Fran por el cuello—. Ah, la soja, vale.

Fran entornó los ojos.

—Ahora hay que hacer una bola, así —explicó mientras hacía una pelota con una porción de masa—. Y luego aplastarla un poco para darle forma.

—¡Déjame a mí! —protesté.

—Yo quiero aprender —interrumpió Fran haciendo otra pelota.

—¡Quita!

Le empujé con el culo y él respondió arrojándome un trozo de masa. No lo vi venir, pero mi madre había cogido un poco de masa en cada mano y nos lo estampó en la cara a los dos. Se avecinaba guerra de comida. Mi madre nos reñía si lo hacíamos nosotros solos, pero era la primera que empezaba otras veces.

—¡No! ¡Parad! —grité—. Necesito preparar estas hamburguesas.

Me miraron sorprendidos.

—¿Necesitas? —preguntó mi madre.

—Bueno… sí. Le prometí a Tristán que mañana llevaría yo la comida.

—Ya —contestó, sarcástica.

¡Cómo odiaba esa sonrisilla irónica suya! Se quitó el mandil, me dio un beso y se fue para dejarme cocinar sola y tranquila.

*****

Cuando terminé de preparar las hamburguesas y recoger todo ya era tarde, pero me esperaban tus poemas en mi habitación. Me preparé un sándwich y subí a mi cuarto. ¡Cómo me iba a gustar aquello! Di un bocado mientras sacaba la funda. Tenía mucha hambre, pero aparté el plato porque no quería arriesgarme a manchar ninguna hoja.

Saqué los poemas de la funda de plástico con delicadeza para que no se doblara ningún folio. Eran como treinta (veintiocho); había un poema en cada hoja y ninguno se extendía más de una página.

Antes de leerlo, me detuve en contemplar algunos folios; incluso pasaba la palma de mi mano por encima para apreciar los surcos que dibujaban las palabras. Eran poemas muy visuales. En algunos, combinabas tipos de letras, con unas tipografías más redondeadas en algunos versos y otras de estilo cursiva. Incluso, había poemas en los que dibujabas formas abstractas, como una frase creando tres cuartos de una circunferencia atravesada por otro verso escrito en vertical.

En cualquiera de los casos, me encantaba tu letra. A veces se hacía difícil de entender, pero era muy creativa. Me gustaba la curvatura asimétrica de tus ces mayúsculas, o cómo esbozabas las ges minúsculas, distinguibles únicamente por una ligera pancita en su cuerpo. Y me fascinaba, sobre todo, imaginarte mientras trazabas las palabras en aquellos mismos folios.

Después de disfrutar de la letra, el trazo y la forma de algunos poemas, me centré en leer cada verso. Detrás de una aparente complejidad, eras capaz de racionalizar los sentimientos hasta el punto de estructurarlos y mostrarlos limpios, nítidos y duros, muy duros. No voy a reconocerte que lloré con algún verso. No podía imaginar qué tendrías que haber vivido para llegar a sentir según qué cosas.

Las piedras atadas a mi cuello
asfixia constante
gritan que soy adulto

¿Por qué entonces me acompañan estos ojos,
los ojos
del niño
solitario
que siempre he sido?

Versos demoledores como esos recorrían cada poema. No, ya he dicho que no reconoceré cuánto lloré. Deseaba saberlo todo sobre ti, llegar hasta el fondo para descubrir qué era lo que te atormentaba y que tuvieras la confianza para abrirte conmigo.

Como a la mitad (al poema dieciséis), entre tantos poemas sin rima y con estructuras visuales e innovadoras, me sorprendió encontrarme con un romance clásico. Sorprendía, además, porque entre todos aquellos versos que golpeaban como bolas de demolición en el pecho, aquel poema de amor parecía reconciliarte con la vida.

En tus manos vi la luz,
Las tinieblas en tus ojos.
En tus manos vi el pesar
De mil corazones rotos.

¡Qué tonta! Yo te había dado esa escena en la que sabrías que la había escrito inspirándome en ti y, mientras, yo leía aquel poema escrito para Silvia.

En tus manos vi la luz,
En tu boca acordes sordos,
En tus manos vi la dicha
De mil corazones locos.

¿Me hubiera gustado que alguien lo hubiera escrito para mí? Eso no justificaba que el corazón se me estuviera encogiendo.

Y si al verme frente a frente
Viste mi alma en el lodo,
Y si al cruzarnos la mirada
Tiemblas, aunque sea un poco,
Es posible que te diga
Lo que ya sabemos todos.
El mañana será nuestro
O prefiero morir solo.

¡Qué suerte tenía Silvia de haberte encontrado! ¡Qué suerte que alguien vea en uno cosas tan especiales como para escribir un poema así! ¿Por qué se me estaba resquebrajando el pecho?

En tus manos vi la luz,
En tu boca besos sordos,
En tus manos vi el amor,
Las estrellas en tus ojos.

¿Me había gustado el poema? Me encantaba. Me quedé observándolo un rato. Lo releí. Siete veces. Ojalá no le hubieras escrito ese poema a Silvia. Ojalá… alguien… me lo hubiera escrito a mí. Lo guardé en su funda. Y la funda en el cajón. No quería verlo más.

CAPÍTULO**30**

Ojalá no dejaras que mis labios se acercaran más a tus labios

Tristán

En cuanto llegamos al parque fuiste corriendo hasta nuestra mesa, sacaste la comida y te sentaste sobre el respaldo del banco, poniendo los pies en el asiento.

—Eso es para sentarse, no para poner los pies —te reñí.

—Ay, lo siento, señor de ochenta años —te burlaste.

—¿Recuerdas que, antes de comer, suelo ir a clase particular?

Estabas tan ilusionada por enseñarme lo que habías preparado que se te había olvidado hasta la razón que nos llevaba hasta allí.

—¡Es verdad!

—Supongo que por un día que falte no pasará nada.

—No, no pasará, aunque, en realidad, ayer tampoco fuiste.

—Cierto. Debería ir.

—Ah, lo siento, he sacado la comida. Ya no puedes marchar.

En cuanto vi que habías preparado hamburguesas de soja, me temí lo peor. Hay que pillarle el punto para que se integren y se compacten bien todos los ingredientes.

—Anda, prueba.

Estabas muy ilusionada, pero en cuanto saqué la hamburguesa del papel de aluminio e intenté llevármela a la boca, un montón de pegotes empezaron a caer sobre la mesa. Tampoco confiaba mucho en el sabor. Y tú viste mi cara de asco; lo que no imaginabas era cuánto intentaba disimular para no hacerte sentir mal. Ni la textura era aceptable: no habías escurrido bien la soja y, al primer mordisco, noté que salía agua. Estaba tan pegajoso que parecía chicle.

—Vaya desastre —lamentaste.

—Lo has hecho mal a propósito, ¿no? —bromeé restándole importancia—. Para no tener que preparar la comida nunca más.

—Que no. ¡Con el esfuerzo que he puesto! Pues mira, para lo que sí va a servir es para esto.

Me tiraste un pegote lleno de kétchup que me impactó en la mejilla. Quité el pan de la parte de arriba de mi hamburguesa, salté por encima de la mesa y te la restregué por la cara. Abriste la boca, asombrada y, a continuación, intentaste lanzarme lo que te quedaba de hamburguesa, aunque te agarré por los antebrazos. Te caíste sobre el césped; por la inercia, te agarraste a mi brazo, llevándome al suelo contigo. Intenté levantarme, pero resbalé y caí sobre ti.

Estábamos en el suelo, riéndonos a carcajadas. Poco a poco, las risas fueron cesando y nuestras bocas se fueron cerrando. Noté tu respiración acelerada mientras me mirabas a los ojos. No quería bajar la vista, pero de tus ojos bajé por tu nariz, tan suave, tan dulce, hasta llegar a tus labios, finos y delicados.

Me puse nervioso, porque tenías que estar sintiendo el pálpito desordenado de mi corazón.

Solo habíamos caído. Nada más. Cómo sonreías con la boca entrecerrada. Me miraste a los ojos. Quería besarte. No, no podía hacerlo. «Pero apártame, te lo suplico». Tus ojos me miraron pidiendo tregua. Ojalá te echaras a un lado, ojalá no dejaras que mis labios se acercaran más a tus labios.

Emitiste un suspiro tan profundo que hasta me levantó el pecho mientras, casi de manera imperceptible, te mordiste inconscientemente el labio inferior.

«No, no voy a besarte», porque entonces mis labios te tendrían que mordisquear con delicadeza el lóbulo de tu oreja mientras mis manos te acariciarían el cuello con delicadeza. «No, no voy a besarte», porque, si lo hacía, tendría que susurrarte al oído todo lo que no me atrevía a decirme ni a mí mismo. «No, no voy a besarte», porque, entonces, tendría que agarrarte por la cintura y ponerte encima de mí en el banco; tu melena caería sobre mis hombros y nuestros rostros quedarían encerrados en esa maraña, recordándonos que no existía más mundo que nuestro mundo.

Cerré los ojos y me acerqué más a ti. «No, no voy a besarte porque, si lo hago, tendré que besarte cada día».

CAPÍTULO**31**

Que tus labios no me rocen, porque entonces tendré que besarte hasta perder el conocimiento

Sara

Estábamos en el suelo, frente a frente. Nuestras bocas casi parecían acariciarse. Cerré los ojos y mis labios rozaron los tuyos. Tu corazón resonaba en mi pecho. Me ibas a besar.

No, no. Te empujé para quitarte de encima.

—¡Verás! —intenté bromear.

Hice una pelota con el trozo que me quedaba de hamburguesa y te lo lancé. Te levantaste, aturdido todavía.

—Espera, ven acá, que estás cubierta de hamburguesa.

Te acercaste a tu mochila y sacaste una toalla pequeña. Me intenté limpiar el pelo y la cara, pero estaba demasiado pringoso todo y no veía por dónde estaba manchada. Me quitaste la toalla y empezaste a limpiar mi mejilla derecha, que se puso colorada al instante.

—He leído los poemas.

—¡Qué rápido!

Intenté calmarme. Solo me estabas limpiando. Solo eso. Te miré a los ojos. Con qué mimo me pasabas la toalla. Respiré profundamente, bajé la vista un instante y, cuando la levanté, tus ojos estaban fijos en mis labios. Me ibas a besar. Era indiferente lo que deseara; no podía hacerlo.

—Me han encantado —susurré.

—Gracias.

—Sobre todo, cómo racionalizas el sentimiento.

El corazón parecía salirse del pecho. Me sonreíste mientras me mirabas a los ojos; a continuación, me pasaste los dedos junto a los labios. No quería besarte. «Pero, ¡por favor!, no me beses». Un escalofrío recorrió mi estómago.

—Solo quiero que sepas —continué, casi en un susurro— que estoy aquí para lo que necesites. No te preguntaré nada, pero desearía que tuvieras la confianza para contarme todo lo que has vivido.

Aproximaste tu cara un poco más hacia mí para fijarte más en mis labios mientras me limpiabas.

—No se me ocurre mejor persona con quien tener esa confianza —respondiste.

Mis ojos tímidos te miraron pidiendo compasión. «No, no te acerques más», quería decirte. No quería besarte, pero rogaba que no te inclinaras más hacia mí, que no pusieras tus labios en mis labios.

«No, no me beses», porque entonces mi mano tendría que sujetar tu cuello para acercar tu rostro y apretar tus labios contra los míos con tanta fuerza que dolería. «No, no me beses», porque, si lo hacías, tendría que agarrarte por ambas mejillas para evitar que te movieras, ponerme encima de ti y que mi lengua jugueteara con tus labios. «No, no me beses», porque entonces te echaría en aquel banco, te quitaría la camiseta y te mordería el cuello con rabia.

Tú entrecerraste los ojos; yo los cerré por completo y me acerqué a ti. «No, no me beses, que tus labios no me rocen, porque entonces tendré que besarte hasta perder el conocimiento».

*****

Frente a frente, con nuestras bocas casi rozándose hasta el punto en que nuestras respiraciones se entremezclaban, nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro.

—Está empezando a llover —dijiste y, de pronto, te apartaste.

¿En serio? ¿Eras el puto hombre del tiempo? Abrí los ojos y respiré profundamente. Fue como si me echaran un jarro de agua fría. Y un manguerazo. Y tres cubitos de hielo por la espalda.

No sé si no estabas pensando lo mismo que yo o si pusiste algo de cordura en aquella situación. Me froté los ojos para volver a la realidad. Sí, era lo que quería. Menos mal que no me habías besado, porque tendría que haberte rechazado.

—Vamos —ordenaste cubriéndome de la lluvia con la toalla.

—Ah, sí —traté de reaccionar—. Han pronosticado mucha lluvia hasta el lunes.

Igual que el día anterior, después de ese momento bromeamos y nos divertimos como si nada hubiera pasado. Y no había pasado nada, en realidad, así que te llevé a casa, como siempre.

—Mañana es viernes —comentaste. «Sí, no hay particular y no nos veremos apenas», pensé. «Y, después, el fin de semana»—. ¿Qué te parece si quedamos para preparar el trabajo de *Semiótica*?

—¡Oh, sí! —respondí con demasiado entusiasmo.

Era la primera vez que me alegraba escuchar la palabra «Semiótica». Carraspeé, como si la sequedad de boca hubiera sido la responsable de mi tono de énfasis.

—Quiero decir que sí, que puedo quedar.

—Vale. ¿Dónde?

—¿Vienes a mi casa? Podemos hacer el trabajo en mi habitación. O, bueno, en el salón, si prefieres.

—Ya llevo yo la comida, ¿de acuerdo? —te burlaste de mí.

—¡Qué tonto eres, de verdad!

—Tú, por mucha gana que tengas de ponerte a cocinar, que las tendrás, refrena tus impulsos y no te muevas del sofá. ¿Podrás contenerte?

—Sí, no te preocupes. —«Estoy dando unas clases de autocontrol a marchas forzadas», pensé.

CAPÍTULO32

Lo único claro es que tenía que ir a verte, abrazarte, hundirme entre tus brazos

Sara

Me sentía tan feliz aquellos días, tan plena, que no quería plantearme nada más. Cuando desperté aquella mañana, recordé que pasaríamos la tarde juntos. Qué ganas de escribir sobre semiótica, de contener la respiración, de sentir tu mirada tímida y disimulada. Qué ganas de estar contigo, de rozar tu brazo por accidente, de cruzar sonrisas nerviosas.

—¡Ayer fue un día genial! —exclamó Samuel, con la voz ronca todavía, mientras tomábamos café al descanso.

—Sí que lo fue. Tanto que la fiesta fue el miércoles y piensas que fue ayer.

—Buf, el jueves no cuenta. El miércoles llegué a casa que no era persona y ayer me pasé el día desmayado.

—Yo lo pasé muy bien, la verdad.

—Hay que repetir. Tenemos que quedar para ir a algún concierto. Ay, que apareciera Róber me enamoró del todo.

—¡Se os ve tan bien!

—Ay, sí. La verdad es que estoy superilusionado. Espero no equivocarme. Otra vez, quiero decir —añadió con cara de resignación.

—Ja, ja, ja. Nunca se sabe, aunque no lo creo.

—Oye, tú escapaste muy pronto. Te perdí de vista y ya no estabas.

—Tristán tenía que irse y le acerqué a casa.

—Tú y Tristán… Perdona que te lo pregunte así. —Me puse colorada—. Sé que era el novio de Silvia, pero… algo hay, ¿no?

—No, no. —Carraspeé para aclararme la voz—. No, para nada. No sé por qué piensas eso.

—Bueno, quizá el hecho de veros agarrados de la mano me dio alguna pista.

—Fue un choque. —Creí que me ardía la cara—. Algo fortuito.

—Ay, madre. Otros.

—Otros, ¿qué?

—Nada, nada.

No respondí ni pregunté nada más, porque prefería dar por concluida la conversación.

—Entiendo que no quieras reconocer nada, así que no diré más. Eso sí, sigue negándolo, que estallar, te va a estallar en la cara.

—Es la hora —cambié de tema mirando el móvil.

—*Boom* —bromeó haciendo el gesto con las manos de una explosión expandiéndose.

Al salir de la cafetería y recuperar la cobertura, llegaron unos mensajes de mi padre. Le dije a Samuel que él fuera entrando en clase. Yo me acerqué a la puerta de entrada para que no fallara la conexión y hablar más tranquila.

Papá

Estoy en el médico con mamá.

Cuando volvamos a casa, por favor, dejadle un poco de espacio y no le preguntéis demasiado. Ya te contaré, pero está muy nerviosa.

Le han dado *tranquimazin* y está en un box de urgencias.

Yo
Voy para allá.

Papá
No, ahora está dormida. Quizás luego la suban a planta.

Los mensajes con mi padre se fueron sucediendo, uno detrás de otro, cada cual más preocupante. Yo, ensimismada, con la mirada fija en la pantalla, no me creía lo que iba leyendo. Cada mensaje era más demoledor que el anterior, hasta que el teléfono resbaló de mis manos inertes y golpeó contra el suelo. Quería que me tragara la tierra allí mismo para poder llorar sin que nadie me viera; pero no podía hundirme en medio de la facultad.

Por mi cabeza se cruzaban mil pensamientos. No podía ser real. Lo único claro es que tenía que ir a verte, abrazarte, hundirme entre tus brazos. Recogí el móvil del suelo. 12:23. Quedaba más de media hora antes de que terminaras el turno, así que tendría suficiente para tiempo a llegar a *El Rincón de Marc* antes de que salieras.

Afuera estaba frío y llovía. Solo llevaba una blusa fina, y mi abrigo estaba en el aula, pero no iba a volver adentro. No en ese estado. Corrí hasta el coche. Me di cuenta de lo ansiosa que estaba cuando intenté insertar la llave en el contacto, ya que no podía mantener la mano firme.

No, todo aquello tenía que ser un mal sueño.

La lluvia arreciaba con fuerza. Los limpiaparabrisas iban y venían mientras las luces de coches y semáforos, amplificadas por la refracción al atravesar la lluvia, me deslumbraban. Empecé a marearme. Me arrepentí de haber llevado el coche, porque no estaba en condiciones de conducir. Los mensajes de mi padre se repetían una y otra vez en mi cabeza.

Yo
¿A planta?
¿Qué ha pasado, papá?

El primer semáforo que encontré estaba en verde. O eso creo, porque tenía la mirada fija en el infinito, los ojos empañados en lágrimas y la mente ocupada recordando los mensajes. El siguiente semáforo posiblemente estuviera en rojo. No puedo asegurarlo, pero lo deduje cuando alguien hizo sonar el claxon con violencia. Volví la cabeza justo a tiempo para escuchar un impacto que hizo tambalear todo el vehículo.

Papá
Luego hablamos, Sara.

Yo
No, no.
No puedes dejarme así.

Papá
Hay malas noticias.

Un latigazo provocó que me chascara el cuello, aunque en ese momento no sentí dolor. No, tenía que ser mentira.

Yo
¿Malas noticias?
¿Cómo que malas noticias?

—¡Hay que mirar por dónde se va!

Un señor de unos cincuenta años salió gritando como un energúmeno. Yo seguía llorando. Quería irme. Quería irme y estar contigo. Me bajé del coche. Del vehículo que estaba detrás del mío salió un hombre que intentó tranquilizarme, mientras el otro seguía gritando. Puedo imaginar lo que decían, pero no escuchaba más que un murmullo de fondo. Necesitaba escapar de allí. Los mensajes retumbaban en mi cabeza.

Papá
En la revisión.

Yo
¿Tenía revisión?
¿Por qué no me ha dicho nada?
Siempre va conmigo.
¿Han encontrado algo raro?

Papá
Ha reaparecido.

Empecé a correr. Estaba empapada. Necesitaba que me abrazaras. Unos chorros enormes caían desde mi cabeza por todo mi rostro, pero seguí corriendo para tratar de detener el constante tormento de aquellos mensajes que me perforaban la mente.

Yo
¡Joder!
¿Cómo que ha reaparecido?
¿Qué quiere decir eso?
¿El tumor?
¿Y se interviene y listo, como la vez anterior?

Papá
Prefiero que lo hablemos luego, hija. Solo quería avisarte para que no le preguntes a mamá. Le ha dado un ataque de ansiedad y no sé el tiempo que estaremos aquí.

Yo
¡¡Papá!!
Se me está acelerando el corazón a mí.
¡ Cuéntame qué pasa!

Comencé a tiritar por el frío. O por la angustia. Quería gritar, sacar todo el nudo que me atenazaba por dentro. Crucé los brazos, como si eso fuera a abrigarme, o a resguardarme de la lluvia, o a protegerme de mis lágrimas.

Cruzaba las calles sin prestar atención. Los coches me pitaban; algunos pasaban tan cerca que me salpicaban.

Tenía que ser una gran mentira; tenía que ser un mal sueño del que despertaría.

Papá
Es más complicado que la otra vez.

Yo

¿Más complicado?
¡Cómo de complicado!
¿Perderá el pecho?

Papá
Luego lo hablamos, hija.

Yo
¿¡Perderá el pecho!?

Me pesaban las piernas y el cuello me empezaba a doler, pero ya veía el bar a lo lejos. No me había planteado qué decirte. No me importaba. Solo quería llegar y verte. Abrazarte. Cuando estaba frente a los cuatro escalones que daban acceso a la entrada, vi que salías hablando con Melania.

Papá
Lo más probable es que sí, que lo tengan que extirpar.

Yo
Vale, perderá el pecho.
¿Y luego?
¿Se extirpa y ya está?

Papá
Esperemos que sí.
Habrá que hacer algo de quimio después.

Yo
¿Esperemos?
¡¡¡Papá, dime la verdad!!!

Papá
Hay metástasis. Ha afectado a otros órganos.
Mamá está mal. Ella ya lo intuía, por eso prefirió que fuera yo y que no tuvieras que pasarlo con ella como la otra vez.

No podía creer que aquello fuera real. Sus mensajes, su miedo a hablar, su tono… todo me indicaba la gravedad de la situación. Quería desaparecer del mundo. O hacerlo desaparecer a él. Me podía la rabia, la ira y, sobre todo, la impotencia. Al menos ya estaba frente a ti. No sabía qué iba a decirte, pero ya podía verte.

Papá
El médico dice que se extiende muy rápido.
Lo siento, hija. No quería decírtelo así.

Cruzamos la mirada. En tus ojos, percibí el pánico que sentiste al verme frente a ti, llorando, bajo la lluvia, sin saber qué ocurría. No me salieron las palabras. Daba igual. Estabas ahí y ya me podía derrumbar. Intenté decir algo, aunque, al intentar vocalizar, lo único que brotó de mi boca fue un llanto que no podía frenar. Mi cuerpo estaba débil. Pero te tenía allí, frente a mí. Los espasmos no me dejaban respirar y me ahogaba. Ya estaba a tu lado, y me sentí libre para hundirme. No tenía fuerzas y me dejé caer hasta sentarme en el suelo.

Estaba contigo.

CAPÍTULO**33**

Solo quiero estar aquí, en mi refugio

Tristán

—Oye… —le comenté a Melania tímidamente mientras nos cambiábamos el viernes al finalizar el turno.

No quería contar nada sobre ti; mientras no lo dijera, no existía. No obstante, por contradictorio que parezca, tenía la necesidad de hablar sobre ello, porque no podía quitarme de la cabeza el aluvión de sentimientos contradictorios que se sucedían durante aquellos días.

—Lo que dijiste el otro día… ¿lo pensabas de verdad? —me atreví a preguntar.

—¿El qué? Digo tantas cosas interesantes siempre que no sé a cuál te refieres.

—Lo de Sara.

—¿Que me parece una tía genial? Sí, es verdad. —Me quedé en silencio y ya no insistí—. Ah, ya. Tú y ella.

—Olvídalo —respondí mientras salíamos por el pasillo, arrepentido de haber sacado el tema.

—Tomad —nos dijo Róber, lanzándonos un paraguas promocional del bar desde la barra—, que llueve a mares.

—Tengo el coche aquí, en el aparcamiento —contestó Melania.

—Aunque sea para ir hasta el coche. No sabes cómo cae.

—Gracias.

Alzó la mano como despedida.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó Melania retomando el tema.

—No, nada… Bueno… no sé…

—Eh, no me dejes así.

En cuanto nos acercamos a la puerta, oímos cómo caía una lluvia intensa que apenas nos permitía escucharnos el uno al otro.

—No sé muy bien qué decir… No hay nada, pero…

—Ay, ay. ¿Dónde vamos a tomar algo? ¡Quiero saber más! ¡Necesito!

Al abrir la puerta quedé petrificado. Estabas frente a mí, a los pies de los escalones de entrada, empapada, con los brazos cruzados, tiritando y con el rostro desencajado.

Cruzamos la mirada y pude leer la desesperación en tus ojos. Llovía a mares y tú, a pesar de estar chorreando, permanecías inmóvil frente a mí. Estabas rota, y verte así me resquebrajó por dentro. No podía imaginar qué te había ocurrido, pero no soportaba verte sufrir.

Al verme, tus lágrimas se intensificaron y respirabas como a espasmos, hasta que pude sentir cómo te desmoronabas. Corrí hacia ti y llegué a tiempo para sostenerte antes de que te hicieras daño, aunque no pude evitar que te sentaras en el suelo.

Me quité el anorak y te rodeé con él, frotándote los brazos para que entraras en calor. Te miré a los ojos y me abrazaste. Te juro que nunca nadie me había abrazado así, con ese ansia.

Ese día empecé a tener claro que por tu sonrisa haría todo lo que me pidieras, sí, pero que por tus lágrimas haría todo lo que necesitases.

—Mi madre, Tristán —balbuceaste.

Tu imagen, sentada en el suelo, cubierta con mi anorak, empapada, me rompía el alma. Te abracé todo lo fuerte que pude. ¿Cómo? ¿Qué había pasado?

—Melania —me giré y vi que volvía de su coche con una toalla—, llévanos a mi casa.

—¿No prefieres que entremos al bar para que se seque un poco y entre en calor?

Negué con la cabeza. Necesitabas entrar en calor, pero necesitabas todavía más estar en un sitio donde pudieras esconderte del mundo y llorar, gritar o lo que quisieras. Te levanté y caminaste apoyada en mí hasta el coche, mientras yo te rodeaba con el brazo, intentando sujetar el anorak sobre tus hombros.

Melania conducía; tú y yo nos sentamos atrás. Te apoyaste en mi pecho mientras llorabas y negabas constantemente con la cabeza.

—Ahora me cuentas todo.

Te di un beso en la frente y te limpié la cara como pude. Tú asentiste levemente.

Solo podía abrazarte. No había otra cosa que se pudiera hacer hasta que no estuviéramos solos y te pudieras desahogar.

—¡El coche! —exclamaste mientras te incorporabas—. Tengo que ir a por mi coche. Venía con él y me dieron un golpe. Lo dejé allí tirado. Tengo que ir a por él.

—Luego. De momento, vamos a casa.

Asumiste que tenía razón y volviste a apoyar tu cabeza en mi pecho. Levantaste un poco la vista, con los ojos empapados, sin voz apenas, y me rompiste el alma.

—Mi madre… vuelve a tener cáncer, Tristán. Esta vez…

Comenzaste a sollozar. Me intentaste explicar algo más, pero cada vez que abrías la boca aparecía un gemido. Aquellos días habíamos creado una conexión tan profunda que parecía que dábamos por hecho que el otro lo conocía todo sobre uno, y lo cierto era que apenas sabíamos nada de nuestras vidas.

Supuse que esa situación era a la que se habían referido Silvia y Jon cuando me contaban que estabas pasando por momentos difíciles.

—Respira. Ya me contarás.

El resto del camino permanecimos en silencio. Tu cabeza no paraba de moverse en mi pecho porque no dejabas de llorar. Yo te apretaba la cabeza contra mí mientras te acariciaba la mejilla. Estabas temblando.

Llegamos a mi portal. Te tapé con el anorak para que no te mojaras más y me despedí de Melania con la mano.

—Llámame y me cuentas —pude leer en sus labios, aunque no pronunció una palabra.

Corrimos hacia el portal. Entramos en casa y fuimos a mi habitación. Mi madre estaba sentada viendo la tele y ni nos saludó.

—Dúchate, así templarás un poco —te dije extendiendo dos toallas hacia ti—. Voy a buscar algo de ropa.

—No —respondiste—. No quiero ducharme ahora.

—Al menos, cámbiate.

Convencerte para que te ducharas iba a ser una batalla perdida, así que te di un pantalón de chándal negro, una camiseta blanca y una sudadera gris. Fui contigo al baño, te di dos toallas y coloqué la ropa en la silla que tenía siempre allí para ayudar a mi madre a bañarse.

—Toma —dijiste mientras me dabas tu móvil. Dos lágrimas recorrieron tus mejillas—. Lee desde aquí. Yo no creo que sea capaz de contártelo.

Me dirigí a mi habitación, pero, antes de ponerme a leer nada, saqué una manta eléctrica y preparé una infusión para cuando regresaras de cambiarte. Me senté en mi cama y comencé a leer una conversación con tu padre.

Papá
Estoy en el médico con mamá.

Te imaginaba leyendo esto, mientras en mi cabeza resonaba lo poco que me habías contado, y se me partía el corazón. No pude contener las lágrimas.

Papá
Ha reaparecido.
11:28

Yo
¡Joder!
¿El tumor?

Tuve que apartar el móvil unos segundos y respirar. Tus mensajes se agolpaban sin dejar contestar una cosa para preguntar otra. Era capaz de sentir tu ansiedad a través de la pantalla.

Suspiré antes de continuar.

Yo
¡¡Papá!!
Cuéntame qué pasa.

Gritabas por dentro, unos gritos sordos y desgarradores que podía oír a través de los mensajes y que me estaban rompiendo el alma.

Papá
Es más complicado que la otra vez.

Yo
¿Más complicado?
¡Cómo de complicado!
¿Perderá el pecho?

Papá
Luego lo hablamos, hija.

Yo
¿¡Perderá el pecho!?

—¡Joder! —exclamé levantándome de la cama y limpiándome las lágrimas con las dos manos—. ¡Qué mierda!

Papá
Hay metástasis. Ha afectado a otros órganos. Mamá está mal.

Me llevé la mano a la boca. No podía creer que aquello fuera real. Pude sentir tu rabia, tu ira, tu impotencia. Pude ver tus lágrimas, tus ganas de desaparecer, tu odio al mundo.

Me imaginé también a tu padre llorando, solo en la sala de espera, derrumbándose mientras te trataba de explicar lo que parecía no tener explicación.

Los mensajes se sucedían, pero tú no habías contestado más y yo ya había leído suficiente. Supuse que ahí fue cuando, rota y con ganas de hundirte, viniste a buscarme. Me consumían el dolor y la rabia, así que no quería imaginarme por lo que estabas pasando tú.

Oí la puerta del baño. Inspiré profundamente e intenté enjugar las lágrimas. No podía ponerme en tu lugar. Nadie puede salvo que haya vivido lo mismo. Me levanté para esperarte junto a la puerta de la habitación.

—Ven —te dije, extendiendo los brazos.

Te abalanzaste sobre mí, llorando desconsoladamente.

—Estás tiritando. Y helada —dije mientras te frotaba la espalda para darte calor. Te aparté, te sujeté por los antebrazos y te miré a los ojos—. No voy a decirte que estés tranquila, que no pasa nada, porque no lo sé.

Asentiste e intentaste contener el llanto para escucharme.

—Va a ser una temporada muy jodida —continué—. Y, muchas veces, tendrás que hacerte la fuerte delante de tu madre para apoyarla. Lo único que puedo hacer es ofrecerte mi casa para cuando necesites un sitio donde permitirte ser débil y mi hombro para cuando quieras apoyarte en él.

Te volviste a lanzar a mis brazos. Estuvimos un rato así, de pie, mientras echabas fuera parte del dolor con el que cargabas.

—Bebe esto.

Te ofrecí la infusión que había preparado, nos sentamos en la cama y te puse la manta eléctrica por encima de los muslos. Agarraste la taza con fuerza y apretaste tus manos contra ella para calentarlas.

—Es que no lo entiendo —dijiste entre el llanto—. ¡Joder! ¡Mi madre! Siempre la ves con esa alegría, esa gana de vivir. ¡Y que es muy joven, joder! No es justo.

Asentí. Aquello no tenía nada que ver con la justicia. Ojalá fuera así. Lo único que podía hacer era permitir que desahogaras esa impotencia enorme que te hervía la sangre.

—Voy a por una toalla. Aún tienes el pelo empapado.

Cuando regresé, estabas echada en mi cama, acurrucada, mirando hacia la pared. Escuchaba cómo llorabas, casi sin fuerzas. Saqué una manta del armario y te tapé con ella. Me eché a tu lado, frotándote el brazo para darte calor y cariño al mismo tiempo. En cuanto te acaricié, te giraste.

—Ojalá se pare el tiempo —dijiste poniendo la cabeza sobre mi pecho—. No quiero vivir lo que me va a tocar vivir. Solo quiero estar aquí, en mi refugio.

Pasamos unos diez minutos en silencio. Tú llorabas. Yo te acariciaba.

—¡Fran! —exclamaste de pronto—. Tengo que hablar con él. ¡Y el coche!

—Tranquila —dije buscando mi móvil—. Dime tu matrícula.

—No me acuerdo. Qué desastre.

Por primera vez, sonreíste ligeramente. Te incorporaste un poco. Mi sudadera te quedaba grande y te sobresalían las mangas. Estabas adorable.

Buscaste una foto del coche en tu móvil y anoté la matrícula en un papel.

—¿Policía? Sí, un coche que ha tenido un accidente. La chica se puso nerviosa y se fue. Vale. Está en el depósito municipal —te dije cuando colgué—. Voy a pedir un taxi y nos acercamos. Y, después, vamos hasta tu casa y hablas con Fran. Si quieres, te acompaño mientras se lo cuentas.

Marqué el número para pedir el taxi. Me quitaste el teléfono.

—Espera. —Volviste a poner la cabeza sobre mi pecho—. Déjame ser débil otro rato.

Acaricié tu pelo castaño claro, casi rubio, mientras oía tus latidos acelerados. Tenías que estar agotada de la presión, el dolor, el frío, el cansancio… Poco a poco, tu respiración pasó a ser

lenta y profunda. Al estar bajo la manta, entraste en calor y toda esa presión se liberó hasta que quedaste dormida entre mis brazos.

Te aparté un poco el pelo que te cubría la cara para verte mejor. Era un rostro tan dulce y lleno de vida que reflejaban a la perfección cómo eras. Te acaricié la mejilla. Se puso colorada, como cuando te pasé la toalla para limpiarte la hamburguesa. Sonreí. Tu rostro calmado, la respiración serena y profunda, tu brazo sobre mi barriga; sabía que eran cosas que no iba a olvidar jamás. Respiré profundamente. Nos aguardaban meses muy duros y nada volvería a ser igual.

En la cama contigo vivimos unos minutos de tanto dolor y, a la vez, de tanta ternura, que se me hace un nudo en la garganta siempre que lo recuerdo. Ojalá pudiera volver a aquel día, a tenerte entre mis brazos, a ser tu refugio, a que tú seas el mío.

Y no separarnos nunca.

Parte III. Hasta que te odié

CAPÍTULO**34**

Era la mirada de confianza ciega en ti, pero, a la vez, era la mirada que nos confirmaba que lo nuestro era imposible

Sara

Sé que todo podría haber sido distinto entre nosotros. Sé que, aunque tuviéramos a Silvia en la mente y nos hubiéramos muerto de remordimiento, no hubiéramos tardado en estar juntos. Cualquier mínimo roce, cualquier palabra fuera de sitio, cualquier mirada hubieran bastado para hacer estallar todo en mil pedazos.

Eso lo sé ahora, mirándolo desde el tiempo y la distancia. En aquel momento, no me atrevía a reconocer ningún sentimiento hacia ti. Sin embargo, cuando estaba a punto de darme de bruces con la realidad, llegó aquel viernes que me partió la vida, aquel día que me destrozó el alma y del que no puedo hablar sin lágrimas en los ojos y un nudo en el estómago.

Después de unos veinte minutos desperté, desubicada, sin saber dónde estaba y qué hacía allí. Poco a poco, fui recodando todo. Tenía que ir a hablar con Fran. No sabía qué hora era, aunque tocaba levantarse. Antes, suspiré mientras apretaba con fuerza mi cabeza contra tu pecho, como un último abrazo para darme fuerzas.

—Me he dormido.

Giré la cabeza para verte mientras me frotaba los ojos.

—Sí. Necesitabas descansar.

Me miraste con cariño. En tu rostro se dibujó una sonrisa llena de ternura que me mató. Quería despertarme contemplándola siempre.

—Tengo que irme. Quiero hablar con Fran antes de que lleguen mis padres a casa. Y tengo que hablar con mi padre. —Me empecé a poner nerviosa—. No sé si mi madre sigue en el hospital. Y tengo que ir a por el coche.

—Vale, no te aceleres —me dijiste con tono calmado—. Lo primero, escríbele a tu padre para saber si siguen allí.

Cuando me pasaste el móvil, vi que tenía cinco llamadas de mi padre. Entré al chat y me había escrito un montón de mensajes, pero ni los leí.

Yo
¿Seguís en el hospital?
¿Cómo está mamá?

Papá
¡Menos mal que respondes, hija! Estaba muy preocupado. Me han llamado porque el coche está en el depósito municipal. Me dijeron que habías tenido un accidente y habías dejado el coche allí. ¿Dónde estás?

Yo
Estoy bien, papá.
Siento no haberte respondido.
Luego voy a por el coche. Cuéntame cómo estáis.

Papá

Mamá sigue en el *Box*. Se ha despertado, pero la han medicado de nuevo. Ya te iré informando.

Yo

Voy para casa.
Hablaré con Fran.

—He llamado a un taxi —me informaste.

—Muchas gracias. Por todo. Voy a bajar para esperarlo.

—Eh, no. VAMOS —remarcaste— a bajar y lo VAMOS a esperar.

—No hace falta, de verdad.

—¿No hace falta? —Me miraste de reojo—. ¿O no quieres?

—No hace falta —respondí con timidez al tiempo que bajaba la vista.

—Pues vamos. Ten, ponte esto.

Me diste tu anorak.

—¿Y tú?

—¿Yo? Si ese te queda mejor a ti que a mí —bromeaste. Estiré los brazos y me sobresalía la manga unos diez centímetros más allá de mis manos—. Yo pondré otro.

Abriste el armario y sacaste una cazadora vieja y desgastada.

Pasamos a recoger el coche por el depósito municipal y fuimos a casa. En la puerta, te miré y resoplé con fuerza para tomar impulso e intentar no desmoronarme al contárselo a mi hermano.

—¡Ey! —saludó Fran desde la isleta de la cocina cuando entramos en casa. Estaba comiendo un sándwich—. Ya pensaba que me había despertado en un futuro postapocalíptico donde todos habían desaparecido y empezaban a aparecer zombis.

—Fran, vamos al salón, porfa —le sugerí, con voz suave. Soltó el sándwich y me miró con preocupación—. Tengo que contarte algo.

Le conté lo que sucedía. No reaccionaba. Tu estabas detrás del sofá, lo suficientemente lejos como para no oírnos y darnos cierta privacidad, pero lo suficientemente cerca y a la vista para sentirme arropada en todo momento.

—Fran, escúchame. Esta vez es muy grave.

Por un momento, no sabía si no me entendía. Su rostro impasible me estaba asustando.

—¿Me estás entendiendo, Fran? Esta vez… hay más riesgos.

Fran apretaba una y otra vez la mandíbula y su rostro iba enrojeciendo. Se levantó en un gesto violento y se fue.

—¡Fran! —grité cuando ya estaba frente a las escaleras—. Vamos a hablar.

Fui detrás de él, pero tú me sujetaste antes de llegar a la escalera.

—Dale su tiempo.

—¡Joder, qué mierda!

Me froté los ojos y me llevé la mano a la cabeza. Miraste el móvil. Eran más de las seis y sabía lo que eso significaba.

—Es tarde, te llevo si quieres —te propuse.

—Ven, vamos a sentarnos.

Me subí al sofá y me senté sobre mis piernas cruzadas. Tú te pusiste en la butaca de la

izquierda.

—Muchas gracias —te agradecí en un susurro.

Te miré con ternura; era la mirada de confianza ciega en ti, pero, a la vez, era la mirada que nos confirmaba que lo nuestro era imposible. Tú tenías a Silvia y yo, una situación complicada que no dejaba hueco para lo que tendríamos que haber vivido. Esa mirada fue como un pacto de no agresión. Cualquier muestra de cariño a partir de entonces sería interpretada como lo que me decía que éramos: dos amigos que se apoyan. La diferencia es que, a partir de ese momento, tenía que ser cierto.

Se abrió la puerta. Mi madre entraba apoyada con su brazo derecho en el hombro de mi padre y la mirada perdida. Fui hacia ella. Mi padre me hizo un gesto con la mano para indicarme que me tranquilizara. Le pasé el brazo izquierdo por mi hombro y subí con ellos. Al poco, bajó mi padre y se sentó en el sofá. Yo me acomodé a su lado, agarrándole la mano.

—Está dormida —informó.

—Cuéntame en detalle.

—Está muy extendido. Ha afectado al pulmón.

Traté de contenerme al escuchar eso.

—¿Y ahora?

—Hay que operar. El martes la ingresan de urgencia y entra en quirófano el miércoles. Lo más seguro es que haya que extirpar el seno derecho. Y probablemente el izquierdo también. Quizás un trozo de pulmón.

—No entiendo. En la última revisión no se vio nada.

—En una persona joven las células son fuertes y resistentes y se reproducen con rapidez. Las células cancerígenas también. Algo así me explicó el doctor. Vamos, que si te da de joven es más abrasivo y se extiende más rápido.

—Vale. —Resoplé—. ¿Y después?

—Después, quimio seguramente…

—¿Y después? —Mi padre guardó silencio—. Todo saldrá bien, ¿no?

Respiró profundamente y apartó la vista.

—Papá —dije, ya sin poder contener las lágrimas.

—No sé —musitó sin mirarme.

—Papá, en serio.

—No sé —repitió, con menos voz incluso.

—¡¡Sé claro, por favor!! —grité, desesperada.

—¡No puedo ser claro, Sara! —Se levantó y se llevó la mano a la cara, frotándose los ojos —. Me he pasado todo el día allí, recibiendo más información de la que soy capaz de procesar, intentando comprender lo que pasa, asimilando que, por gilipollas, quizás he desaprovechado el último año que podía pasar con tu madre. No puedo ser claro. No puedo asumir algo así.

Se puso a llorar y me abracé a él.

—No lo digas, papá. Lucharemos.

Estuvimos un rato abrazados, de pie.

—¿Y Fran? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Se ha ido a su habitación y no ha salido de ahí.

—Voy a hablar con él.

—Suerte.

Cuando estaba junto a la escalera, se volvió hacia mí.

—Hija, esta vez no os voy a fallar.

Mi padre subió. Miré a mi alrededor. Me sentí vacía sin ti. Me acerqué a por el teléfono, que seguía guardado en el anorak que me habías prestado. Metí la mano en el bolsillo y me acerqué. Todavía estaba húmedo, pero olía a ti, así que me lo puse y me acurruqué en el sofá para llorar en silencio.

Desbloqueé la pantalla y, al comprobar que tenía mensajes tuyos, sonreí entre las lágrimas.

> **Tristán**
> Me he ido para que tengáis vuestro espacio.
> Cualquier cosa que necesites, aquí estaré.
> Lo que sea y en cualquier momento.
> Siempre.

Al leer ese «siempre», un escalofrío recorrió mi espalda. «Esto no entra en nuestro pacto de no agresión, Tristán», te recriminé mentalmente.

CAPÍTULO35

Hay un montón de hijos de puta sanos por el mundo y tu madre va a tener una lucha a vida o muerte con esta puta enfermedad

Tristán

—¡Hola! —saludaste con media sonrisa cuando fui a tu casa el sábado.

—¿Qué tal tu madre?

—Está durmiendo. Se despertó a mitad de la noche y se desveló, pero ahora descansa.

—Hola —me saludó tu padre viniendo a estrecharme la mano.

—¿Cómo estás?

—Ahí vamos —respondió encogiéndose de hombros y apretando los labios con resignación.

Me dirigí a la cocina y abrí la mochila.

—¿Qué traes ahí hoy?

—Algo de comida. No os apetecerá mucho, pero aquí queda.

—¿A ver? —dijiste mirando en los táperes.

—¿Has comido algo? —te pregunté. Saqué una sartén y la puse al fuego.

—No, la verdad es que, desde ayer al desayuno, nada —contestaste mientras te sentabas en la isleta—, pero no tengo hambre.

Eché garbanzos en la sartén. Agregué un chorro de aceite de oliva y los salteé. Cuando estuvo caliente, agregué espinacas y, a continuación, pimentón dulce y picante, lo puse en un plato y te lo acerqué.

—¡Qué bien huele!

—En el otro táper hay lentejas estofadas. Creo que son suficientes para los cuatro. Ten —dije echando otra ración de garbanzos—. Llévaselo a tu padre.

—¡Papá! —gritaste.

—¡Qué haces, loca!

—¡Huele bien! —dijo tu padre entrando en la cocina.

—Tristán nos ha traído esto. Prueba.

—Gracias.

—Avisad a Fran también.

—Lleva encerrado en su cuarto desde ayer.

—He subido a hablar con él —comentó tu padre—, pero apenas respondía a lo que le explicaba. Está como en shock.

—¡Vaya! Supongo que necesita tiempo para digerirlo.

—Oye, esto está muy rico. No me engañaban cuando decían lo bien que cocinabas —piropeó tu padre—. Yo, comiendo espinacas… No me lo creo.

Te levantaste y, sin decir nada, sacaste un plato, echaste una ración y me la pusiste delante. Volviste a sentarte y comimos los tres. Después de recoger la cocina juntos, decidí que tenía que irme y dejaros vuestro espacio.

—El lunes no sé si iré a clase —te despediste de mí en la puerta.

—Ya, normal. Le pediré los apuntes a Samuel y a estos. Cuando los tenga, te los pasaré.

—No les cuentes nada de momento. Ya veré si hablo con ellos.

—¿Y con Silvia? ¿Has hablado con ella?

—Me ha escrito, pero aún no le he contestado.

—Si necesitas cualquier cosa, me avisas.

Me dolía despedirme. Mucho. Separarme de ti cuando estabas contenta me entristecía porque sabía lo que te echaría de menos, pero no estar contigo viéndote destrozada me resquemaba.

*****

Tenía pensado quedarme el domingo en casa, practicando con el teclado, aunque aún me estaba preparando cuando sonó el móvil. No tenía pensado hacerle caso, pero vi tu nombre en las notificaciones.

Sara
Fran sigue sin salir de su habitación.
No quiere hablar con nadie.
¿Te importaría venir tú y hablar con él?

Me vestí con lo primero que encontré y fui hasta tu casa. Cuando llegué, se oía a Nirvana a todo volumen en la habitación de Fran. Se me dibujó media sonrisa amarga al pensar que sería lo que yo escucharía en una situación así.

Tu madre estaba en la cocina, así que me acerqué a saludarla.

—Esther.

Tu madre se levantó y vino hacia mí para darme un abrazo.

—Muy ricas las lentejas —comentó tratando de poner una sonrisa—. Ya me pasarás la receta, porque es la primera vez que comen lentejas estofadas.

—¿«Comen», dices? —la reprendiste, en broma—. Tú las comes todos los días, ¿no?

—Bueno, que comemos. No soy de verduras yo tampoco.

—¡Ven! —me dijiste tirándome del brazo para llevarme al salón—. Estamos preocupados por Fran. No sabemos ni si ha comido algo desde el viernes.

—Vale, intentaré hablar con él.

En realidad, no sabía qué podía decirle yo que no le hubierais dicho tú o tu padre. De todas formas, subí y llamé a la puerta de su habitación. No obtuve respuesta, así que insistí.

—¡Abre! —ordené con firmeza—. ¡Soy Tristán!

Detrás de la puerta, pude oír cómo se levantaba de la cama, encendía la luz y giraba el picaporte. En cuanto entré, se dejó caer sobre el colchón de nuevo. El ambiente denso me confirmó que no había salido de la habitación en varios días. ¿Me sentaba a su lado para explicarle lo que ya sabía? ¿Le comentaba lo duro que iba a ser todo y que tenía que apoyar a su madre?

—¡Ven!

Se me ocurrió de pronto. Lo levanté sin darle tiempo a reaccionar.

—¿Dónde? —preguntó, abrumado.

Bajé agarrándolo con fuerza del brazo. Nos viste descender por la escalera y me miraste extrañada. A tus padres preferí ni verlos, porque ni yo estaba muy seguro de lo que estaba haciendo.

—Déjame las llaves de tu coche —te ordené.

—¿Qué? —reaccionaste con cara de sorpresa. Te miré de lado para que no hicieras más

preguntas—. Vale, vale.

Me lanzaste un juego de llaves que había en el cuenco del mueble de la entrada.

—¿Dónde vamos? —me preguntó Fran, asustado, cuando lo llevé fuera de la casa.

—A un sitio.

Entramos al coche y comencé a subir la colina hacia el monte Serbal mientras sonaban los primeros acordes de *Experience*.

—Mira, aquí se acelera la música —le dije a la vez que subía el volumen.

—El *tempo*.

—¿Qué? —le pregunté, apretando el acelerador.

—¡El *tempo*! —gritó—. En música se dice el *tempo*. ¿Puedes ir más despacio? —me pidió Fran, alzando la voz para que lo escuchara.

Salía de cada curva acelerando escandalosamente para frenar en seco en la siguiente. Llegamos a la cima y comenzamos la bajada, donde las curvas se cerraban cada vez más. Por la derecha, por el lado de Fran, un simple quitamiedos nos separaba de un precipicio de doscientos metros hacia la nada.

—¡Frena! —rogó, agarrándose en el salpicadero.

Aceleré aún más, y empecé a recortar las curvas invadiendo el carril contrario. Cuando había visibilidad, claro.

—¡¡Tristán!! ¡¡¡Estás loco!!!

Bajé las marchas para que el motor rugiera más de la cuenta en cada acelerón. Y en cada frenazo hacía chirriar las ruedas.

—¡¡¡Para, tío!!! —suplicó, asustado, casi llorando—. ¡¡Para, por favor!!

A pocos kilómetros de iniciar el descenso, se encontraba una explanada presidida por el serbal, que daba nombre a la montaña, donde iba cuando quería desconectar de todo.

Cuando llegué a esa especie de mirador, frené de golpe y eché el freno de mano. Salí del coche y, sin siquiera detenerme a cerrar la puerta, saqué a Fran, lo agarré por el brazo y lo acerqué al precipicio.

—¡Grita! —le dije. Me miró, asustado—. El pánico que sentías en la carretera. Sácalo.

—Ahh —gritó muy tímidamente.

—¡Fran! Ese miedo que acabas de sentir es una mierda al lado del pánico que te agarrotará cuando hables con tu madre. Vas a mirarla a los ojos y notarás que está en peligro. —Se quedó paralizado—. ¡Grita!

—No puedo —contestó.

Comenzó a llorar. Le zarandeé para que reaccionara.

—¡No puedo, joder! —sollozó con impotencia.

Lo agarré por la cintura y lo acerqué al precipicio.

—¡¡Tu madre tiene cáncer, Fran!! Tu madre no se lo merece. Hay un montón de hijos de puta sanos por el mundo y tu madre va a tener una lucha a vida o muerte con esta puta enfermedad.

—Ahhh —empezó a gritar mirando al precipicio.

—¡Es muy injusto que tu madre pase por esto! ¡Es una mierda para todos! Ninguno os merecéis sufrir algo así.

—¡¡¡Ahhhhh!!! —gritó más fuerte—. ¡¡¡Jodeeeeer!!!

El grito resonó por las montañas, propagándose con el eco.

—Sácalo, Fran. ¡¡Sácalo todo!!

—¡¡¡¡¡¡Aaahhhhhhhhh!!!!!!

Su rostro se volvió rojo de la furia; estaba desencajado. Gritó hasta que no tuvo nada más dentro. Le abracé por detrás mientras se desmoronaba.

—Ya está —dije mientras él se dejaba caer. Yo lo sujetaba y le senté en la roca junto al serbal.

—No lo entiendo, Tristán. ¿Qué mierda es esta? Ya lo ha pasado una vez, ¿no? Ahora les toca a otros.

—No te puedo dar una respuesta. Si esto fuera cuestión de justicia, ninguno de vosotros tendría que pasar por esta situación.

Estuvimos un rato sentados, hablando. Cuando se tranquilizó un poco, saqué la mochila del coche y me senté de nuevo. Abrí una cerveza para él y otra para mí.

—Ten, quiero que tomes tu primera cerveza conmigo.

—Ja —le salió sin pensar—. Perdón, pero si te hace ilusión pensar que es la primera…

—Ja, ja, tienes razón.

—Por cierto, ¿siempre llevas cervezas en la mochila?

—Últimamente me gusta estar prevenido.

—¿Prevenido?

—Mira, Fran —dije, cambiando de tema—. Por cosas de la vida, yo no he podido disfrutar de mi madre. Está viva y estoy con ella a diario, pero está mal desde hace mucho tiempo. Tú la tienes. Siempre la has tenido.

—Es la mejor —respondió, y dio un trago enorme.

—Ya veo que no es tu primera cerveza, ya. Lo que quiero decir es que disfrutes todo el tiempo que tengas con ella. Nadie sabe cómo acabará esto. Tienes que exprimir cada segundo a su lado, decirle cuánto la quieres, demostrarle lo agradecido que estás de que sea tu madre. No te arrepientas de no haberlo hecho.

—Es que es muy duro, Tristán.

—Lo sé. —Bebí un trago—. Bueno, lo imagino solo. Y también tienes derecho a llorar. Solo, con tu hermana, con tu padre; incluso con ella. Tu madre agradecerá que llores a su lado. Lo único que te pido es que no te encierres en ti mismo. Disfruta con ella; sufre con ella si tienes que hacerlo.

—¿Tienes más? —preguntó mientras apuraba el último sorbo de su botellín.

En mi mochila aún guardaba dos, pero no quería beberlas allí porque tenía que conducir, así que decidí bajar a *El Rincón de Marc*.

—Todavía no he hablado con Ángela —me comentó a la tercera cerveza. Se notaba que no era la primera cerveza que bebía, pero tampoco estaba muy acostumbrado.

—¿Por qué?

—No sé. Me da miedo que piense que soy un *agonías* que solo habla de cosas chungas.

—¿No es tu amiga?

—Sé que es una gilipollez, pero no me he atrevido.

—¿Sabes? He tenido esa sensación que no te atreves a expresar. Se llama «miedo a parecer débil». Ahora, pregúntale a Ángela si prefiere a un amigo que muestre su tristeza o a alguien que, a base de fingir que todo está bien, se convierta en una persona infranqueable.

—Ya. Voy a escribirle.

Sacó el móvil y comenzó a teclear.

—¿Estás loco? Trae acá —dije quitándoselo de las manos.

—Ey.

—Mañana me lo agradecerás.

—Que no estoy borracho.

—Claro. Voy a hacer como que te creo. De todos modos, si has podido esperar hasta hoy, podrás esperar a mañana.

Después de unas cuantas cervezas más, me escribiste para saber dónde estábamos, así que decidí acompañar a Fran a casa. Había bebido demasiado, tanto que ni me importaba llevarlo con vosotros en esas condiciones. Eso sí, no estaba para conducir, así que regresamos andando.

—¿Dónde habéis estado? —preguntaste al abrir la puerta.

—Hemos ido al monte Serbal.

—¿En serio? ¿Habéis bajado el puerto así? —recriminaste, muy seria.

—No, no —respondí, intentando mantener los ojos abiertos—. Eso sí, mañana tienes que ir a buscar el coche a *El Rincón de Marc*. O bueno, hoy, como quieras.

—¿Has emborrachado a mi hermano?

—Alguna vez tenía que ser su primera borrachera. Mejor conmigo que solo, ¿no?

—¿Su primera borrachera? Si casi no he tenido yo la mía.

—Otro día.

—Otro día, ¿qué?

—Otro día solucionamos eso. Hoy no estoy en condiciones.

Tu tono era de regañina, pero en tu rostro veía que deseabas reírte viéndonos así. Alcé la mano con las llaves del coche para depositarlas en el cuenco, pero, no sé por qué, cayeron al suelo.

—Uy, lo siento.

—¿En serio? —me reñiste sin poder disimular la risa.

—Hasta mañana.

Me despedí y, a continuación, me acerqué a ti y te di un sonoro beso en la mejilla. ¿De verdad? ¿Un beso en la mejilla? Me sigue dando vergüenza cuando lo recuerdo. ¿A qué había venido eso?

CAPÍTULO**36**

¿Por qué coño no te abracé hasta que me sangraran las manos?

Sara

Fran no confesó nada de lo que habíais hecho. Tú tampoco me lo contaste. «Cosas nuestras», contestaste cuando te pregunté al día siguiente. Lo cierto es que, después de ese día, Fran volvió a ser el chico comprometido, cariñoso y familiar de la vez anterior.

La semana fue transcurriendo hasta que llegó el día de la operación. El jueves estábamos en la sala de espera, como cerca de un año antes. Mi padre estaba en medio, yo a su derecha y Fran a la izquierda, como hacía menos de un año. Estábamos nerviosos, agarrados de las manos, con la incertidumbre de cómo saldría la intervención; como el año anterior.

Lo único nuevo era el pánico que nos devoraba por dentro. En la ocasión anterior, los médicos nos habían repetido hasta la saciedad que, dentro de la gravedad, era un tumor tratable. En esta ocasión no lo habíamos escuchado ni una sola vez. «Habrá que valorar tras la operación», repetían, como un puñal que se clavaba una y otra vez en el costado desgarrando la piel. «Observaremos la evolución cuando se inicie la quimioterapia»; puñalada tras puñalada, el miedo se hacía cada vez más fuerte. «Es pronto para saberlo», «no podemos aventurarnos a asegurar nada».

*****

La sala de espera parecía haberse quedado sin aire y me ahogaba. Necesitaba respirar. Salí al pasillo y allí estabas. Aparentaste caminar, pero, en realidad, te había visto de pie, quieto, como si llevaras esperando toda la mañana sin hacer nada.

—Solo venía a saber si había novedades —dijiste con voz suave—. Y a ver cómo estabas.

—Sigue en quirófano. ¿No trabajas?

—No, hoy no.

—¿Es festivo y yo no sabía nada?

—En algún sitio del mundo lo es.

—¿Clase? Tampoco.

—Día libre: es el día mundial de los manatíes.

—Ya. El mundialmente celebrado día de los manatíes. ¡Cómo se me habrá olvidado! Voy para la sala de espera. ¿Vienes?

—No, pero estaré por aquí cerca. He traído…

Señalaste la mochila.

—Imagino: la tienda de campaña, comida, portátil, antena wifi… —Sonreíste—. Ven allí con nosotros.

—Tranquila, si necesitas cualquier cosa, me mandas un mensaje.

—Porfa.

Mi voz sin fuerza, junto al nudo en mi garganta que me impedía decir nada más, te convencieron. Fuimos a la sala de espera y le diste un abrazo a Fran. Después, mi padre se levantó para saludarte. Estrechasteis la mano, pero de inmediato lo abrazaste y ambos os emocionasteis.

Tras la operación, cuando nos llamaron para informarnos, tú quedaste en la sala de espera

con Fran mientras mi padre y yo entrábamos a hablar con el cirujano.

—Hemos tenido que extirpar los dos senos y un lóbulo del pulmón derecho que estaba afectado —nos informó.

Se confirmaba el peor presagio.

—Me voy —anunciaste cuando volvimos a la sala de espera.

Entendí que querías que estuviéramos a solas los tres para hablar y entendí que tenías razón, así que te acompañé afuera. De camino a la salida, me empezaron a brotar las lágrimas. Estaba agotada y me dolía la cabeza, así que me senté en la sala junto a la entrada. Necesitaba descansar, pero, sobre todo, tenerte cerca un rato, a solas, para poder estar triste sin remordimiento.

—Le han quitado los dos pechos, Tristán.

—¡Joder!

—No sé si puedo aguantar esto —continué sin voz apenas—. De verdad. Lo intento, pero me supera.

—Esto supera a cualquiera, Sara —respondiste—. Nadie está preparado para vivir esta mierda.

Me agarraste la mano y no pude contenerme. Envuelta en lágrimas, me abracé a ti. Al cabo de un rato me calmé: ya no tenía fuerzas para seguir llorando. Con las manos entrelazadas, apoyé mi cabeza en tu pecho. Mi lugar favorito.

*****

Esta vez mamá se tuvo que quedar en el hospital el fin de semana. El lunes volvió a casa y el miércoles de la semana siguiente empezaba la quimioterapia. Nos explicaron que el intervalo entre la cirugía y el inicio del tratamiento solía estar entre las cuatro y las seis semanas. Sin embargo, no había tiempo que perder y el beneficio de comenzar el tratamiento temprano podría superar al riesgo de complicaciones, como infecciones y problemas de cicatrización.

Fueron semanas muy duras. Papá y yo la acompañamos a la primera sesión de quimioterapia. La enfermera nos explicó todo el proceso mientras preparaba la infusión de *paclitaxel* y *gemcitabina*. Cuando terminó todo, aún tuvimos que esperar como veinte minutos, porque mi madre se sintió mareada.

—Es normal —nos explicó la enfermera mientras quitaba la vía de la medicación—. Hay que esperar un rato para que se normalice antes de irse.

*****

No sé qué hubiera sido de mí sin mi refugio. Esos días lo fuiste todo para mí. Bueno, para mí y para el resto de la familia. Verte por casa era algo habitual. No sabía que estabas y, de repente, te encontraba hablando con mi padre. No sabía que habías venido y, de pronto, me tropezaba contigo saliendo de la habitación de Fran.

Había veces que nos sentábamos en el salón. Yo solía ponerme en el sofá, sentada sobre mis piernas, y tú te sentabas en la butaca, a la izquierda. Te convencí para que viéramos *Friends* y, a veces, poníamos algún capítulo. Otras, nos quedábamos en silencio. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, te hablaba; necesitaba contarte todo sobre mí.

Me acuerdo de un día en que te conté la anécdota en la que Fran y yo, estando de vacaciones, nos peleábamos por subir en los hombros de papá. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas que te dije que mamá nos vendía turnos para subirnos a los hombros de papá a cambio de besos? Se me

empañaron los ojos mientras te narraba cómo caminábamos por la fortaleza de Peñíscola.

Mi padre estaba agotado de cargar con nosotros por las cuestas, así que, para dejar de subirnos, nos chantajeó con un helado. ¿Recuerdas que te dije que es el recuerdo más feliz que tengo de mi infancia? Porque yo sí, me acuerdo a menudo.

Aún veo, como si la tuviera delante, la sonrisa de mamá acercando sus mejillas a nosotros para que le diéramos besos a cambio de un «vale por un viaje en hombros»; veo su brillo en esos ojos colmados de felicidad por vernos felices a nosotros; y veo tus ojos tiernos mirándome con devoción mientras te lo contaba.

¡Joder! ¿Por qué no me di cuenta de que aquella era la mirada de quien te ama con toda el alma, de alguien que daría todo por ti? ¿Por qué no fui hasta ti? ¿Por qué coño no te abracé hasta que me sangraran las manos?

CAPÍTULO37

Esos labios que se torcían de manera encantadora para fingir desaprobación cuando te hacía una broma y que, con la misma facilidad, dibujaban una sonrisa puñeteramente perfecta cuando me mirabas

Tristán

El sábado, después de trabajar, me acerqué hasta tu casa para saber cómo estabais. Me llevaste a tu cuarto y me enseñaste las imágenes que te habían enviado de la primera versión de la portada de *El rencor del almendro* y el primer borrador corregido.

—Por cierto, Fran quiere presentarte a Ángela. Dice que si vamos a comer mañana a algún sitio. Él no se atreve a decírtelo, ya ves.

—Me encantaría. Había quedado con Melania y Rodri, pero puedo cancelarlo.

—No, genial. Avísalos y, si no tienen problema, vamos todos. Necesito desconectar un rato.

Melania y Rodri pasaron a buscarme y fuimos a la terraza de otras veces. Me gustaría recordar el nombre, pero creo que nunca lo supe. Os vi venir a lo lejos. Llevabas el pelo atado en una coleta de la que se descolgaban algunos mechones por los laterales de la frente. Tu sudadera gris *oversize* me recordaba a cuando habías puesto una mía en mi casa y te quedaba enorme. Con cualquier cosa estabas preciosa, aunque siempre me ha gustado esa belleza natural y desenfadada. Y tu sonrisa. Desde esa distancia, más que verla, la intuí, pero se me aceleró el pulso.

Junto a vosotros venía la que supuse que era Ángela: una chica bajita, delgada, con el pelo azul recogido en dos moños. Cuando se acercó un poco más, vi que tenía los labios pintados en el mismo tono que el pelo. Me llamaron la atención los playeros negros de suela enorme, de los que colgaba una cadena por el exterior que hacía ruido al golpear con los embellecedores de los ojetes de metal donde se engarzaban los cordones.

—¡Ey, tú debes ser Tristán! —Se abalanzó sobre mí y me abrazó— . Soy Ángela.

—Ya, ya. Encantado.

—¡Qué bien conocerte! En esa casa no se habla más que de ti, vamos. Lo que no me habíais dicho —se dirigió a Fran y a ti— es que era un buenorro. ¿En serio queréis quedar fuera? —protestó, cambiando de tema por completo.

Era una chica llena de energía. Demasiada para mi gusto. Hablaba sin parar y saltaba de un tema a otro sin sentido. Eso sí, me pareció una chica muy del estilo de Fran, con las ideas muy claras para su edad. Además, a Fran le pasaba un poco como a mí. Éramos tranquilos, y necesitábamos a nuestro lado a alguien con chispa que nos agitase la vida de vez en cuando.

—No seas friolera —le recriminó Fran.

—Bueno, tres quieren terraza —dijiste señalando a Melania, a Fran y a ti—, y tres no. Si os parece, tomamos algo fuera y, después, comemos dentro. Por cierto, es para ti.

Me diste una bolsa que tenía una cazadora.

—¿Y esto?

—Iba a devolverte tu anorak, pero mi madre vio cómo había quedado después de… bueno, eso, me ordenó tirarlo y comprarte uno nuevo.

—No tenías por qué. Seguro que no estaba tan mal.

—Cuando veas a mi madre, ya la riñes tú. A mí no me hace caso.

Nos sentamos y tomamos algunas cervezas. A la hora de la comida, propuse quedarnos allí,

porque tenían algunas opciones para veganos.

—Tienen hamburguesa de soja —dijiste señalando un cartel pegado en la cristalera.

—¿Será hamburguesa de soja de verdad? ¿O serán pegotes de soja desmenuzados?

—Juégatela —me amenazaste—, que acabas con la cara pringada, ya lo sabes.

—¿No estaba buena la que preparamos nosotros? —preguntó Fran—. Interés le pusimos.

—Pues con el interés… ¡pasé un hambre!

—Ay, Tristán —dijo Ángela—, yo quiero probar todo eso que me cuenta Fran. Quiero no: ¡necesito!

—¡Eso, una comida! —dijo Melania—. ¡Qué bien me cae esta chica!

—Podemos preparar algo en mi casa —propuso Fran—. Bueno, más adelante.

—¿Pedimos algo de comer, entonces? —preguntaste, para cambiar de tema.

—Eh —protestó Rodri—, ¿no íbamos a comer dentro?

—Ay, no —respondió Ángela —. ¡Ahora se está tan bien aquí!

—¡¡Toma!!

Melania extendió la mano hacia Ángela y chocaron las palmas.

—Vale, pero mientras viene la comida —replicó Rodri— propongo un juego.

—A ver qué tramas —contestó Fran con media sonrisa.

—Cada uno tiene que decir lo que más le gusta de sí mismo.

—Venga, bah, puede ser divertido —comentó Ángela—. Eso sí, hay que decir también lo que menos nos gusta.

—Empiezo yo. Me gusta mucho mi boca. —Melania puso morritos exhibiendo sus labios carnosos pintados en granate—. Lo que menos me gusta son mis pies.

—Hay que verlos —replicó Fran.

—No, no. ¿Cómo voy a enseñar mis pies aquí? Son horribles.

—Lo siento, hay que comprobar que es cierto.

—Eh, eh, si hay que enseñarlo, yo voy a cambiar lo que tenía pensado decir sobre mí —intervino Rodri.

—¿Qué tenías pensado decir? —Melania miró para él con cara de asombro—. Sí, es hermosa, pero tanto como lo mejor…

Todos estallamos en una carcajada. Tú casi escupes la cerveza que estabas bebiendo.

—Iba a decir esto.

Se levantó, se giró y puso el culo en pompa.

—Ah, sí, sí, un señor culo —ratificó Melania.

Me levanté y le di un manotazo en una nalga.

—Y duro como una piedra —añadí.

—Que sí, que sí. Un culazo, te lo digo yo —confirmó Melania, dando con el puño en la mesa para añadir énfasis.

Después llegó mi turno.

—Pues yo creo que mis manos.

—Tus manos —dijiste, mirándome con incredulidad.

—Nunca me había fijado en ellas, pero, ahora, practicando con el teclado, las veo y me gustan.

Tú negabas con la cabeza.

—No le hagáis caso —contradijo Melania—. Lo mejor son sus abdominales.

—¿Qué dices?

Ángela se sorprendió y se puso en pie para mirarte, como si quisiera traspasar tu ropa con la mirada para comprobarlo.

—Lo que yo te diga, que lo veo todos los días sin camiseta. Vamos, de hecho, si llego al trabajo y veo que aún no está, hago tiempo y espero un poco para entrar cuando él y ver cómo se cambia. Se está poniendo tremendo.

—No te pega mucho —comentó Ángela—. A ver, estás bueno, pero nunca diría que tienes tableta.

—Es lo mejor de esa urbanización —respondí—. Hay días en que, cuando mi madre se duerme, bajo un rato al gimnasio.

—Con lo metódico que eres, estoy convencida de que no es «hay día», sino que lo tienes bien organizado y vas días concretos a horas concretas, en plan lunes, martes y jueves a las 21:05.

—Y sábados a las 12:35.

Todos nos reímos. A continuación, llegó tu turno.

—Pues me gusta mi perseverancia… —dijiste.

—Buuu —te abucheamos.

—Vale, vale. Mi pelo. Au, ayúdame —me pediste tras tirar de la goma que se te había enredado con la melena.

—Un día vas a tener un disgusto con el coletero. Los carga el diablo.

—Tendré cuidado, gracias —respondiste a mi broma con una gran sonrisa mientras movías la cabeza para asentar la melena. Estabas preciosa, y esa sonrisa me mataba—. Pues sí, siempre me ha gustado, tanto así suelto como con coleta.

No me sorprendió que dijeras que te encantaba tu pelo, porque me encantaba cómo tu melena de color castaño claro, casi rubio, te caía con gracia sobre los hombros dibujando pequeñas ondulaciones.

También podrías haber dicho que te gustaba tu nariz, redondita y dulce, o esas mejillas suaves que se ponían coloradas al mínimo contacto. O tus ojos, demasiado claros para decir que fueran marrones, aunque demasiado oscuros para asegurar que fuesen verdes.

Sin embargo, si me hubieran preguntado a mí qué era lo que más me gustaba de ti hubiera dicho tus labios, esos labios que se torcían de manera encantadora para fingir desaprobación cuando te hacía una broma y que, con la misma facilidad, dibujaban una sonrisa puñeteramente perfecta cuando me mirabas.

—A mí también me encanta tu pelo —dijo Melania—. ¿Usas algún champú en concreto?

—No lo cuido con nada en especial, la verdad. Será por todo el plátano que nos obligaba a comer mi madre.

—Ya —intervino Fran—. ¿Te acuerdas? Por las tardes, después de clase, siempre íbamos al parque que había junto al cole y nos llevaba un bocadillo y un plátano.

—El bocadillo podía variar —explicaste—, pero, oye, el plátano siempre había que comerlo. Y, según ella, era bueno para todo: para la memoria, para el sistema nervioso, para prevenir enfermedades cardiovasculares…

—¿Y por qué se supone que va bien para el pelo? —preguntó Rodri.

—Decía que tenía vitamina E, que los antioxidantes ayudaban a reparar el cabello dañado… Era lo más, vamos.

—Mi padre estaba obsesionado con la leche —comentó Melania—. En la merienda siempre me daba leche.

—Ay, pues a mí no. Mi madre me llevaba unos bocatas de chorizo así de grandes —exclamó Ángela extendiendo los brazos—. Es permisiva para la comida, sí. Ahora, tengo que estar a las ocho en casa todos los días. Aunque sea sábado.

—Bueno —dijo Melania—. A mí, hasta los dieciocho, no me permitieron llegar más tarde de las diez.

—¿Qué te pasa, Tristán? —me preguntó Rodri.

—Nada —respondí intentando sonreír.

—No sé, te noto… melancólico desde que han empezado a contar sus batallitas de niños.

—No, en serio. No es nada.

—Ey, Tristán, estamos entre amigos —dijo Ángela—. Aquí se puede contar todo. Vamos, yo os considero amigos.

—Años con los compañeros de clase y dices que no son ni conocidos —comentó Fran—. Dos minutos aquí y ya son tus amigos.

—Qué quieres. La gente auténtica se cala a la primera. Y sé que eres auténtico, Tristán. Además, no tienes miedo a hablar de tus sentimientos. ¿Por qué te has puesto triste? Todos lo hemos notado. Me gustaría que tuvieras la confianza para contarlo.

No suelo hablar sobre mí; mucho menos cuando hay mucha gente. Sin embargo, en aquel grupo me sentía tranquilo y en confianza. Y el comentario de Ángela terminó de convencerme.

—Es una tontería, de verdad. Es que mi infancia ha sido tan diferente a la vuestra que, a veces, cuando oigo hablar a los demás, creo que hemos vivido en realidades distintas. Y no es algo contra vosotros. Al contrario, lo que habéis vivido vosotros es lo que debería ser normal.

Todos quedasteis en silencio, escuchándome.

—Desde los siete años —continuaste—, quizás ocho, podía quedar en el parque cuanto quisiera, porque nadie iba a buscarme al colegio. Yo miraba con envidia a los niños a los que obligaban a merendar. Ojalá alguien me hubiera llevado un plátano algún día.

Al notarme emocionado, acercaste tu mano a mí, aunque no te atreviste a ponerla sobre la mía y tus dedos quedaron a dos centímetros de mi piel.

—Y, cuando alguien protesta porque hasta los dieciocho años no le dejaban llegar después de las diez de la noche —miré a Melania—, o que tiene que llegar a las ocho —dije mirando a Ángela, a quien se le estaban empañando los ojos—, a mí lo que me da es envidia. Repito: no es ningún reproche hacia vosotros, ni mucho menos, pero yo nunca he tenido hora de llegada a casa porque nunca nadie se ha preocupado de a qué hora llegaba.

Ahí sí, me agarraste la mano y, a medida que se cerraba alrededor de la mía, sentí que mis preocupaciones quedaban atrapadas en ese gesto. Ya no cargaba con ese peso yo solo. Nuestras manos entrelazadas formaron una unión silenciosa, un lazo de confianza y comprensión donde era aceptado con todas mis vulnerabilidades. Esa sensación de plenitud recorrió mi cuerpo con tal fuerza que era como si nunca nadie me hubiera abrazado antes.

—Habláis de cosas normales: de unos padres que os iban a buscar al cole y os llevaban al parque; de unos padres que os ponen una hora y esperan por vosotros para cenar; de unos padres que os ayudarán, cada uno en lo que pueda, cuando os queráis independizar. Sin embargo, en esas conversaciones no puedo participar, porque nuestras realidades han sido demasiado distintas.

Cuando terminé, Ángela se levantó, se colocó detrás de mí y me abrazó.

—Nosotros seremos tu familia —me dijo Fran, poniendo su mano en mi hombro.

—Pues sí, con vosotros es con quienes me siento más tranquilo y en confianza para hablar

de lo que sea. Ahora mismo, sois lo más parecido a una familia.

—Bueno, y Silvia, ¿no? —dijo Rodri—. Te falta Silvia.

Me quedé helado. Por unos segundos ni reaccioné. Tú me soltaste la mano.

—Sí, claro. Y Silvia.

«Te falta Silvia», resonó en mi cabeza. Y no, no me faltaba. La quería, la seguía queriendo… Pero lo vi claro. Fue el momento en que comprendí que quien me hacía falta en mi vida eras tú, no ella.

La conversación continuó y lo pasamos muy bien. Yo te miraba. No podía dejar de hacerlo. En ese momento no cambió nada entre nosotros, pero lo cambió todo para mí, porque ese día me permití quererte.

CAPÍTULO38

¿Habría un puto día en que no supieras qué decir para que me sintiera arropada y segura?

Sara

Aquel domingo fue un breve paréntesis (demasiado breve) en esa mala época. Mamá no se terminaba de habituar a la quimio, si es que eso es posible. Cada vez se encontraba más cansada. A las dos semanas de tratamiento, más o menos, me dirigía al baño cuando la vi en el tocador de su habitación. Estaba cepillándose la melena, pero se quedó con una gran mata de pelo en la mano. Una lágrima como un puño empezó a rodar por su mejilla. Entré y la abracé.

—Ya no se puede retrasar más, mamá.

—Sé que es una tontería en comparación a lo que me está pasando, pero sin pechos… ahora sin pelo… me voy a ver como un espantajo.

—¿Un espantajo? ¿Eso existe?

—Qué sé yo, hija —respondió con media sonrisa. Apretó los labios y contuvo las lágrimas —. Tú eres la escritora.

—Voy a por la maquinilla de papá. ¿O quieres esperar y que compremos una peluca?

—No, no, peluca no. Ya he comprado unos pañuelos —dijo mientras señalaba un cajón de la cómoda.

Fui al baño y busqué la maquinilla de mi padre. Leí las instrucciones que aún estaban en la caja y comprobé que servía para el cabello. Busqué las tijeras y regresé a la habitación.

Me puse detrás de mi madre, que estaba sentada en la silla blanca del tocador frente a un espejo, también blanco y un tanto rococó, en el que la veía reflejada. Le recogí el pelo y, mientras ella comenzaba a llorar, le fui recortando la coleta con la tijera. Se me partía el corazón verla sufrir.

Encendí la maquinilla. El sonido incesante de las cuchillas me puso los pelos de punta. Cerré los ojos para contener una lágrima que se me escapaba, levanté la maquinilla y, sin pensarlo dos veces, la llevé desde mi frente hasta atrás recorriendo el centro de mi cabeza para que no hubiera opción a rectificar.

—¡¡Noooo!! —gritó mi madre llevándose las manos a la boca.

Se levantó y me quitó la maquinilla de las manos. No pude contener el llanto. Mi madre lloró también, emocionada.

—Llevaremos siempre el mismo pañuelo —le dije.

—Imposible —respondió secándose las lágrimas—, porque yo soy de rosa y tú eres más de morado.

—Eres muy tonta. —Me reí entre las lágrimas.

Con las tijeras, me corté parte de la melena y, después, terminé de raparme el pelo. Mi madre me miraba con incredulidad. A continuación se lo corté a ella. Posó su mano izquierda en su hombro derecho y yo se la agarraba, soltándola solo cuando era imprescindible para colocar el pelo y seguir rasurando.

Mi madre sonreía. Ya no lloraba. Me miraba con alegría y admiración. Esa sonrisa enorme que se dibujó en su cara, y que no se le borró en todo el tiempo que tardé en cortarle el pelo, compensó por completo haberme rapado.

*****

Mi melena siempre había sido lo que más me había gustado de mi físico, pero, si mi madre se iba a sentir un poco mejor, no había nada que pensar. Era pelo. Y crecería. Eso sí, era inevitable que después, a solas, me sintiera triste. Me merecía estar mal un rato. Me lo había ganado.

Me temblaba la mano al escribirte. Me habías ofrecido tu casa y tu hombro, aunque desde aquel viernes no había vuelto. Quizás me estuviera tomando demasiada confianza, pero no se me ocurría otro sitio a donde ir ni otro hombro sobre el que llorar. Escribí con miedo.

Yo
¿Está abierto el refugio?

Tristán
Veinticuatro horas.

Me dio un respingo. ¡Joder! ¿Habría un puto día en que no supieras qué decir para que me sintiera arropada y segura? Me até el pañuelo morado en la cabeza y fui hasta tu casa. Cuando llegué, volviste a demostrar que sabías mejor que yo lo que necesitaba.

Me quité el pañuelo en cuanto me abriste la puerta, dispuesta a echarme en tus brazos y acurrucarme en tu pecho. Tenía ganas de dejarme llevar por el llanto hasta dormirme, como aquel viernes.

—Ese nuevo corte de pelo te rejuvenece —me soltaste—. Estás tan joven que apenas te reconozco.

—¿En serio? ¿Es eso lo que me tienes que decir?

Intenté disimular la sonrisa que me habías sacado.

—Me gusta. —Pasaste tu mano por mi calva—. Con la ventaja de que ya no perderás más gomas entre tu pelo. La coleta te quedará regular, eso sí, pero el coletero no se te enredará.

—Bueno, y ¿ahora qué hacemos? Venía con la intención de llorar durante una hora al menos. Nos hemos quedado sin plan.

—Vaya. Sonaba divertido.

Fuimos al salón a ver *Friends* donde lo habíamos dejado.

—Ey —me llamaste cuando estaba junto a la mesa de centro tan horrible que había delante del sofá. ¿Por qué tenías aquella mesa tan fea que desentonaba con todo? Me giré hacia ti y me quitaste el pañuelo—. No escondas tu gesto detrás de un pañuelo; al menos, no conmigo.

Me emocionó comprobar que valorabas lo que suponía para mí aquello y me hiciste sentir orgullosa de lo que había hecho. Y no solo por las palabras, sino por cómo te brillaban los ojos mientras lo decías.

—Eres muy grande.

Clavaste tu mirada en mis ojos. Tomé aire y suspiré profundamente a la vez que me abrazabas.

Vimos la serie. Se notaba que no te gustaba demasiado, pero esperaba que, durante la temporada dos, conocieras más a los personajes y te metieras en su mundo. Llegó el capítulo en que Rachel y Ross discuten y él llama a la radio para dedicarle *With or without you*. No importaba que no lo supieras: era nuestra canción.

Me descubrí a mí misma mirándote como una boba. No hacía otra cosa. La canción sonaba de fondo. La escena la conocía de memoria: las imágenes de Rachel, melancólica, escuchando la

canción junto al ventanal donde caen las gotas de lluvia, se intercalaban con las de Ross, triste en su apartamento. Yo te miraba a ti. Solo existías tú. Y aquella canción era tu banda sonora.

Lo supe. Lo sabía desde unas semanas antes, pero ese día le puse nombre. «Te quiero», susurré para mis adentros. «Sé que te quiero, Tristán». «Sé que te amo. ¡Cómo no hacerlo, joder! Mírate: eres brillante, empático, cariñoso. Eres guapo, alegre, decidido. Cómo no voy a amarte si eres todo lo que siempre había soñado. No. Más. Cómo no voy a amarte si eres lo que ni sabía que se podía soñar».

Sin embargo, no estaba para lo nuestro.

No podía hacerle eso a Silvia, pero, sobre todo, no era momento para el amor y ni soñaba con que estuviéramos juntos. Tenerte allí cerca, tan cerca de mí, me bastaba.

Créeme, Tristán, aquellos momentos contigo eran mágicos. No se me escaparon como si nada; no los recuerdo con la decepción de no haberlos saboreado. Créeme cuando te digo que degusté cada segundo que pasé contigo.

CAPÍTULO39

Si hay dos personas que estén destinadas a estar juntas sois vosotros dos

Tristán

Cuando te fuiste de mi casa me quedé mirando el móvil, sentado en mi cama. ¡Qué gesto tan maravilloso habías tenido! Pero delante de mí tenía un mensaje de Silvia y no sabía qué hacer. Estaba rompiendo la promesa que le había hecho.

Silvia
¡Hola, gatito!
¿Ya estás en casa?
¿Te puedo llamar?

Releí el mensaje cien veces, no sé si con la intención de que en una de ellas se me ocurriera la solución a aquella encrucijada. Podía maquillarlo como quisiera, pero la realidad era que sentía cosas por ti y ya no me quedó más remedio que ponerle nombre. ¡Te amaba! Y, lo peor en ese caso, es que no quería dejar de hacerlo. Amarte, aunque fuera en secreto, me llenaba y me hacía feliz de una manera en la que nunca lo había sido.

Sin embargo, no iba a dejar que mis sentimientos afectaran a nuestra relación de amistad y confianza. Me necesitabas como amigo, y no te iba a fallar.

Lo peor era lo que tenía enfrente. No sabía cómo gestionar mi relación con Silvia. Y allí estaba su mensaje, esperando una respuesta que no era capaz de dar.

Tenía que romper con ella. Se me partía el corazón solo de pensarlo. No se lo merecía. ¿Sabes esos momentos en que uno se da asco a sí mismo? Así me sentí, como si estuviera sucio por dentro. Más allá de la promesa rota, lo importante era que le estaba mintiendo a una persona a la que quería.

No podía romper con ella por teléfono, ni estando a más de mil quinientos kilómetros de distancia. Si había sido capaz de romper la promesa tenía que ser capaz de esperar, ponerme frente a ella y contarle la verdad.

No obstante, faltaban casi dos meses para que regresara. Y el mensaje estaba ahí, en el móvil.

Yo
Sí, ya estoy en casa.
Estoy cansado, mejor hablamos mañ

No pude terminar el mensaje y me sonó su llamada.

—¡Hola, gatito! ¿Qué tal? Yo acabo de llegar de Pisa.

—¡Qué bien! —dije tratando de aparentar normalidad.

—¡Vaya pasada! Bueno, muchos turistas, ya sabes —me contó. Hablaba muy rápido, llena de energía. Yo, en cambio, me iba desinflando con cada palabra que salía de su boca—. Pero la zona es preciosa. Toda la Toscana lo es, la verdad. ¡Qué locura! Estamos disfrutando como niñas.

—¡Hola, Tristán! —se oyó a Azu de fondo.

—Hola, Azu —forcé una sonrisa, aunque me sentí ridículo porque estaba claro que no

podían verme.

—Hemos estado en Lucca también. ¡Es una ciudad preciosa! Llena de iglesias renacentistas, murallas, la *Piazza Napoleone*… Estoy muy contenta. Es una experiencia mágica estar aquí. Ojalá pudiera compartirlo contigo. Quizás podamos venir de vacaciones alguna vez. ¡O a vivir una temporada! ¡Sería genial vivir aquí un par de años! ¿Tú qué tal?

—Bien.

—¿Te pasa algo?

—Nada, estoy cansado.

—Vale, te dejo descansar. Es que estoy pletórica ahora mismo. Me rebosa la energía. Hasta mañana. ¡¡Te quiero!!

—Te quiero.

Me sentí mal. Muy mal. No había mentido; ni siquiera el «te quiero» era mentira, aunque no contar la verdad en algo así es peor que el mayor de los engaños. ¿Cómo iba a aguantar tanto tiempo así?

*****

Sara
Cuando salgas de trabajar, ¿vienes por aquí?
¡¡Tengo una sorpresa!!

Me escribiste días después mientras estaba en el trabajo. Me guardé el móvil porque apareció Róber, y se suponía que en horario laboral debía quedar en la taquilla. Dejé de preocuparme cuando vi que él traía el suyo en la mano.

—Mira, Tristán —dijo, enseñándome la foto de un coche. Era un deportivo, pero ya sabes que nunca he entendido de esas cosas.

—¡Es una pasada!

—Me lo entregan en unas semanas.

—¿Lo has comprado? Qué bien.

—Sí, cuesta un dineral, pero si no lo hago con veintiséis y viviendo con mis padres, ¿cuándo lo voy a hacer?

—Cierto. ¿Y el que tienes ahora? Porque está nuevo, ¿no?

—Nuevo, dice. Tiene casi veinte años. Me da pena, porque está bien y en la casa me dan mil doscientos euros por él nada más.

—¿No puedes venderlo por tu cuenta?

—Podría sacar un poco más de dinero, pero es mucho incordio para el beneficio que voy a obtener. Oye, tú no tienes coche, ¿no? ¿Por qué no me lo compras tú?

—Ojalá pudiera, pero no tengo pasta.

—Mira, te lo dejo por los mil doscientos euros que me daría la casa. Y me lo pagas poco a poco. Unos… cien euros al mes. ¿Qué te parece? En un año lo tienes liquidado.

—Me haría falta, la verdad.

—Sí, tío. Me hace ilusión seguir viéndolo. Te juro que no me ha dado un problema. Le he tenido que cambiar la batería un par de veces; poco más.

—¿De verdad que no te importa que te lo pague a plazos?

—No, joder. Me alegra que te pueda servir. Prefiero eso a que se lo lleven los del concesionario, le den una capa de pintura y lo vendan por tres mil euros.

—¡Venga, vale!

—Genial. En cuanto me llegue el coche nuevo, te llevas el mío.

No me lo podía creer. ¡Había comprado un coche! Sí, de veinte años, y con doscientos mil kilómetros. Pero ¡había comprado un coche! Al salir, me acerqué a él porque no sabía ni qué coche era: *Seat León 1.9 TDi SPORTS LIMITED*, leí.

*****

¿Qué sorpresa tendrías? Tu padre me abrió la puerta. Había entendido que la sorpresa era positiva, pero la cara de tu padre parecía advertirme de que no era así.

—Hola, Tristán. Está en su habitación.

Su tono me alarmó aún más. Subí las escaleras y entré en tu habitación. Estabas agachada frente a unas cajas de lo que parecían unos libros. No entendía nada. Entré y te giraste hacia mí.

—Mira qué mierda —dijiste, sacando un libro de la caja—. Esperaba emocionarme al ver mi novela con mi nombre en la portada y, en cambio, lo primero que veo es un puto árbol. ¡Un puto árbol, Tristán! —exclamaste acercándome el libro a la cara—. ¿Dónde está la protagonista que sale de detrás del almendro?

—Esa se parece más a la primera prueba que te habían enviado. ¿Has hablado con ellos? Igual es un error.

—No pueden hacer nada, dicen. Ellos ya me habían enviado la prueba de impresión, dicen.

Cada vez te notaba más alterada. Nunca te había visto así de furiosa.

—¿La tienes por ahí para comparar?

—No, no la tengo. Ya he buscado por todas partes. No se parecía en nada a esta mierda, Tristán.

—Tienen que haberse equivocado. De todas formas, aunque la portada es importante, lo fundamental es lo de dentro y verás cómo, en cuanto la gente comience a leerte, se venderá solo.

—El interior —dijiste con ironía—. Este interior.

Sujetaste un libro y, al pasar las páginas un poco rápido, se desprendieron dos hojas.

—¿Este interior? —dijiste pasando las hojas cada vez con más violencia—. ¿¡Este puto interior que se desarma con soplar!?

—A ver, nadie va a tratarlo así, aunque es cierto que se desprende fácilmente. Tendrán que imprimirlo otra vez.

—Dicen que no. Es el papel que he contratado y es así de débil. Que quizá tendría que haber pagado más y el papel sería mejor.

—Joder, vaya mal —dije, sentándome en tu cama.

—¿Cómo voy a entregar esto a nadie, Tristán? La gente ha pagado por un libro y ¿le voy a dar esto?

—Los comprobaremos uno a uno. Los que estén bien, se los das a los que han hecho la precompra.

—Mira. —Arrancaste unas cuantas hojas—. ¡Mira qué basura! —gritaste azotándolo contra la pared—. A ver este —dijiste sacando otro de la caja.

Pasabas las hojas con fuerza, aunque no tendría que ser suficiente como para que se desprendieran.

—¡Más basura!

Sacabas libros y los tirabas, uno detrás de otro, gritando.

—¡Y este! ¡Una basura! ¡Y este! ¡Y este!

Estabas completamente fuera de ti. Te sujeté por detrás, inmovilizándote los brazos.

—Ya, ya vale.

—¡Noooo! —gritaste pataleando en el aire—. ¡¡Suéltame!!

Seguías chillando mientras intentabas mover los brazos y empezaste a llorar, gritando todavía. La furia se fue transformando en desesperación. Perdiste la fuerza y te dejaste caer. Te solté poco a poco hasta que te sentaste sobre la caja de libros.

—Se muere, Tristán. Mi madre se muere.

Tu mirada se perdió en el infinito.

—No digas eso. Aún queda tratamiento por hacer.

—Veo cómo se apaga cada día.

Me senté en el suelo, a tu lado. Seguías con la mirada perdida.

—¿Sabes qué nos habían dicho?

—No —susurré.

—El médico habló con mi padre y conmigo después de la operación. Dijo que sería un milagro que pasara de los seis meses.

Se me heló la sangre al escucharlo.

—Nos aferramos a la mínima posibilidad que había para que se produjera un milagro —continuaste—. Y quizás no deberíamos haberlo hecho.

—Hay que intentarlo, ¿no?

—No lo sé. Estos meses, con el desgaste de la quimio, no los está viviendo. Y quizá para nada, porque, hoy por hoy, no creo que vaya a llegar a los seis meses.

—Hay que esperar.

—La veo apagarse, Tristán.

Te arrojaste a mis brazos, sollozando.

—¡Se muere! —Te abracé lo más fuerte que pude—. ¡Mi madre se muere, Tristán!

*****

Habías estado muy cerca de un ataque de ansiedad. No soportabas ver así a tu madre. Cuando lograste tranquilizarte, más de una hora después, te dejé descansando sobre tu cama y me fui.

—¡Tristán! —oí que me llamaban al salir de tu cuarto. Era tu madre desde su habitación.

—Hola —saludé, y entré con timidez.

Me acerqué a la cama y me agaché para darle un beso. Esperaba que no hubiera oído lo que habíamos hablado tú y yo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

Se encogió de hombros y ladeó la cabeza. Sus ojos reflejaban una mezcla de cansancio y tristeza difícil de describir, pero que me hizo entender perfectamente a qué te referías cuando me habías dicho que se apagaba.

—¿Qué tal está Sara?

—Disgustada con su libro —respondí. No quería contarle a qué se debía tu rabia.

—¡Vaya! Tanto esperar para eso.

—Ey —me sorprendí al ver *La historia del señor Sommer*, de Patrick Süskind, abierto en su mesita—. «El pasado es una sombra que nos persigue y el futuro es un sueño que nos alumbra».

—¿Qué?

—Es una cita del libro —dije, levantándolo y enseñándole la portada.

—Ah, aún no he llegado a esa parte. O la he pasado y no me he dado cuenta. No me concentro muy bien. Tengo entendido que es tu escritor favorito, ¿no?

—Oh, sí; de narrativa, sí. Me encanta cómo logra captar…

—Los detalles sensoriales —terminó mi frase—. «Es capaz de dibujar los olores», creo que dijo alguien.

¿Se refería a lo que yo había hablado contigo en alguna ocasión? ¿Tú se lo habías contado? ¿Hablabas de mí con ella?

—¿Y cuál es el sueño que alumbra tu futuro?

—¿Cómo?

—La frase que me has citado del libro: «el futuro es un sueño que nos alumbra» —repitió con un tono de voz débil—. ¿Cuál es tu sueño?

—No lo sé. Lo primero que necesito es encontrar la tranquilidad necesaria para detenerme, reflexionar sobre qué espero de la vida y empezar a buscarlo.

—Ojalá lo encuentres. ¿Y sabes qué espero yo?

—¿El qué?

—Espero que ojalá ese futuro incluya a Sara —dijo tu madre.

Creo que me puse pálido. ¿Tan transparente era?

—Estoy convencido de que seremos amigos durante mucho tiempo —contesté.

—No, no me refiero a eso —dijo sin fuerza. Parecía que se ahogaba—. Es igual —concluyó con desgana.

—Descansa —me despedí. Le di un beso y me dirigí a la puerta.

—Espera. A estas alturas no voy a callar lo que pienso —me giré y volví a su lado—. Pienso que estáis hechos el uno para el otro. Si no llegáis a saberlo, si no intentáis estar juntos, seríais muy estúpidos.

—Pero yo…

—Sí, sé que estás con Silvia. Y ahora… bueno, no es el momento. Pero prométeme una cosa: prométeme que esperarás por ella.

—No me hagas prometer nada. Solo he hecho una promesa y la he roto.

—No creo en el destino, pero si hay dos personas que estén destinadas a estar juntas sois vosotros dos —afirmó en un tono muy suave—. Dime que lo intentarás al menos —continuó casi sin fuerza—. Dime que, en algún momento…

—Lo intentaré —la interrumpí.

Aquella conversación me afectó. Tu madre tenía razón. Te amaba, y el momento no era el indicado, así que te iba a esperar. No iba a tener prisa por empezar contigo. Tendríamos toda la vida para estar juntos.

CAPÍTULO**40**

Sus ojos se apagaban, como una puta flor que no se riega

Sara

Mi madre se apagaba día a día y no podía soportarlo. Empezaron a ser frecuentes las visitas al hospital. A veces, estábamos unas horas en urgencias y volvíamos a casa. Otras, mamá tenía que pasar la noche ingresada. Se encontraba siempre tan cansada que apenas se levantaba de la cama.

Una noche de jueves volvíamos del hospital. En el coche reinaba el silencio. Fran estaba sentado atrás, a mi izquierda, con los ojos empapados, pero sin que le llegara a caer ninguna lágrima. Mi padre llevaba horas sin decir una palabra. Yo miraba hacia delante y empecé a fijar la vista en el retrovisor lateral del copiloto. El rostro de mi madre se reflejaba intermitentemente pasando cada segundo de la oscuridad a la luz naranja de las farolas.

Era una flor marchita, Tristán. Se le marcaban todos los huesos de la cara y tenía manchas y ronchas por la piel, pero era otra cosa lo que me dejaba sin respiración. Sus ojos se apagaban, como una puta flor que no se riega. Eran unos ojos sin vida.

Una lágrima, solo una, me rodó por toda la mejilla izquierda hasta que la atrapé con mi índice, aquel índice con el que nos habíamos abrazado.

Deseé más que nunca acurrucarme en tu pecho. Pero no tenía derecho. Eras el novio de Silvia. No tenía derecho a usurparte, a invadir tu casa, a echarme sobre tu pecho como si fueras mío también. Me habías dado tu amistad; mucho más de lo que cualquier amigo hubiera dado.

No podía hacerte eso. No podía hacérnoslo a ninguno.

Los cuatro entramos en casa, en silencio. Estábamos rotos por dentro y nadie quería hablar. Cada uno se fue a su cuarto. Me tumbé en mi cama, saqué el móvil y entré en el chat contigo. Deseaba mandarte un mensaje, decirte que vinieras, que necesitaba mi refugio; sin embargo, me parecía que me aprovechaba de tu confianza. Yo te amaba, Tristán, y eso lo cambió todo para mí.

Saqué tu anorak del armario y me abracé a él. ¿Te dije que lo había tirado? Nunca reconoceré a nadie que, aún hoy, a veces, me lo pongo para estar por casa. No confesaré que, incluso, me siento a ver *Friends* y se me escapa alguna lagrimita. ¡Te echo tanto de menos!

Releí los mensajes que nos habíamos mandado. No eran muchos, porque no solíamos hablarnos por el móvil, pero cada uno me recordaba un día único.

Subí por la conversación hasta ver el que te había enviado por tu cumpleaños.

Yo
¡¡¡Felicidades!!!
Vete preparándote que a las 12:00 paso a buscarte.

Recordé tu cara de ilusión cuando fui a recogerte. Sonreí recordando los nervios que pasaste cuando te enseñé el teclado. Me emocioné rememorando el brillo de tus ojos cuando nos sujetamos las manos más de lo que se suponía que era normal.

Tristán
Hoy tengo que quedarme un poco más en el curro.

Esos habían sido dos malos días, pero me trajeron a la mente nuestro gran día, el día de la

fiesta en la facultad. Recordé cuando, al girarme, descubrí que habías ido para estar conmigo y tuve la sensación de ver el sol entre las nubes. Claro que te amaba. Cómo había sido tan tonta de negármelo.

Yo
Fran sigue sin salir de su habitación.
¿Te importaría venir tú y hablar con él?

Eché una carcajada. Habíais vuelto borrachos como cubas. Se me escapó la risa recordando cuando intentaste posar las llaves en el cuenco y las tiraste al suelo. Y el beso, aquel ridículo beso en la mejilla que me diste como si fuera tu hermana o algo así.

Yo
¿Está abierto el refugio?

Tristán
Veinticuatro horas.

Y ese; ese era de los últimos mensajes que nos habíamos enviado. Lo miré fijamente, como si al traspasarlo con la vista pudiera decirte que te necesitaba y, así, de repente, aparecieras en mi puerta.

Abracé tu anorak más fuerte mientras rogaba que vinieras y que me llevaras contigo. A donde fuera. A lo que fuera. Solo quería estar a tu lado, sacar esa angustia contigo, que me dejaras llorar en tu hombro o me hicieras reír. Tú sabrías qué hacer.

*****

Cuando me levanté por la mañana tenía un mensaje de mi padre: habían vuelto al hospital. Otra vez. Sentí unas punzadas de angustia en el pecho.
No aguanté más y te escribí.

Yo
¿Puedes venir?

Transcurrían los minutos y no contestabas. Posiblemente ni vieras el mensaje, porque estabas trabajando. Y si lo llegaras a ver me llamarías loca por pretender que fueras a mi casa a esas horas. Sonó el móvil y me lancé a él con la esperanza de encontrar tu respuesta.

Papá
Venid en cuanto podáis.
Van a sedar a mamá.

Me cayó el móvil al suelo, igual que la vez que mi padre me contó que el puto cáncer había reaparecido. Me llevé las manos a la cara e intenté gritar, pero no me salía la voz. Me estaba ahogando. Fui al fregadero y bebí un poco de agua tratando de calmarme, pero tuve que escupirla porque no podía tragarlo. Estaba temblando y un nudo en el estómago me impedía respirar.

Llevaba tiempo previendo que ocurriría, pero eso no lo hacía menos doloroso. Intenté vomitar para ver si podía sacar el dolor de dentro, como si aquella angustia fuera a desaparecer por toser fuerte o algo así. Sin embargo, ese dolor estaba agarrado a mi pecho.

Fran bajó las escaleras, me vio en la cocina y corrió hasta mí.

—¿Qué te pasa?

Le señalé el móvil, que seguía en el suelo. Fran palideció.

—Tenemos que irnos —logré decir.

Intenté sacar las llaves del cuenco, pero temblaba. No sabía si iba a poder conducir. Abrí la puerta y allí estabas. Me volviste a ver hundida, destrozada, con las lágrimas brotando de mis ojos.

—¡Tristán! —gemí. Me tiré a tu cuello y te abracé.

No sabes lo que te necesitaba. Más de lo que he necesitado a nadie en mi vida. Más de lo que necesitaré nada nunca.

Fran estaba detrás de nosotros, llorando también, sin decir nada. Extendiste tu brazo para incorporar a Fran al abrazo y envolverlo a él también.

Te di las llaves del coche de mamá, pero tú señalaste hacia la acera. Ni me acordaba. Me habías comentado que le habías comprado el coche a Róber. Fue un mal día para estrenarlo.

Entramos al hospital y corrimos hasta el ascensor. Mi padre esperaba en la puerta de la habitación. Tenía los ojos rojos de haber llorado, pero lo noté bastante sereno dadas las circunstancias. Al vernos, nos abrazó y, después, fuimos a sentarnos en la sala de espera.

—Se nos va —nos contó manteniendo la calma—. Es probable que ya no despierte.

A Fran se le escapó un llanto tan fuerte que resonó en toda la sala. Le apreté la mano con fuerza

—Vamos a entrar a despedirnos —continuó—. Sé que lloraréis. Y mamá llorará. Intentad que se vaya con un buen recuerdo. Solo decidle lo que la queréis y lo orgullosos que estáis de ella.

—¿Y ella sabe…? —pregunté.

Se encogió de hombros y asintió para decir que se lo suponía.

—¿Quién quiere entrar primero?

—Yo —contesté tras mirar a Fran. Estaba destrozado y hubiera sido incapaz de articular palabra.

Mi madre estaba en la cama, monitorizada y con vías para la medicación. Me miró y sonrió. Me senté a su lado y entrelazamos nuestras manos. Yo no sabía qué decir.

—Sara —habló con dulzura—, ¡estoy tan orgullosa de ti!

No aguanté el llanto y me recosté apoyándome en ella. Me acarició mientras yo seguía llorando.

—Siempre me has hecho sentir segura y feliz, mamá; incluso ahora. Eres la persona con quien más he reído, con la que más he jugado, con quien más secretos he compartido.

—Bueno, quizás ahora tengas a otra persona con la que te rías más y compartas más cosas que conmigo.

—No empieces, mamá.

—Cuéntamelo, hija. Puede que sea el último secreto que vayamos a compartir.

—Eso no se vale —intenté bromear—. ¡Cómo voy a negártelo!

—Ah, mala suerte.

—Lo amo, mamá. Sí, esta hija de la que estás orgullosa está enamorada hasta la médula del novio de su mejor amiga.

—No lo digas así, como si lo hubieras provocado o estuvieras haciendo algo malo. Esas cosas surgen. Te lo dije aquel día. Y te lo digo hoy. Estáis hechos el uno para el otro.

—No me digas eso, mamá, porque no podré estar con él. Ni tengo humor para estar con

nadie ni voy a traicionar a Silvia.

—Hija, no creo en cosas así, pero, al veros juntos, cuesta no creer en eso del alma gemela.

Me abracé a ella durante un par de minutos, hasta que la puerta se abrió. Era mi padre, que me hizo un gesto para que saliera. A continuación, entró Fran para despedirse de ella.

—Te quiero, mamá —le susurré, dándole un beso—. Eres la mejor madre que se puede tener.

Cuando salí, tuve que sentarme en el suelo, desconsolada. Me quité el pañuelo de la cabeza y me tapé la cara con él. No era mi cabeza lo que quería esconder, era mi dolor. Y tú estabas allí, a mi lado, mi puta alma gemela a la que nunca podría tener.

Salió Fran y le pregunté a mi padre si quería entrar él.

—Yo ya me he despedido. Ahora vamos a entrar todos. Estoy muy orgulloso de vosotros.

Nos dio un beso y abrimos la puerta para estar con mamá. Mi padre se sentó en una silla, a la izquierda de la cama de mamá. Fran y yo nos subimos a la cama. Mi padre le acariciaba el brazo. Fran y yo entrelazamos nuestras manos con la mano de mi madre.

—Intentad ser felices —dijo mamá con un hilillo de voz— y rodearos de gente que os quiera. Es lo único que importa.

No podía creer que fuera cierto. Es muy difícil describir la sensación de estar de la mano con la persona más importante de tu vida y sentir que esa será la última vez que podrás tocarla, verla, hablar con ella.

—Seguiremos comiendo plátanos, mamá —me despedí, besándole la frente.

Le dimos un beso y le dijimos te quiero. Después, guardamos silencio. Noté cómo se iba, poco a poco, hasta que cerró los ojos para no abrirlos nunca más.

CAPÍTULO**41**

No tenía derecho a sufrir tanto por una amiga

Tristán

No sabía muy bien qué hacía allí, en la sala de espera, pero no quería irme. Estuvisteis más de tres horas en la habitación y, al salir, te derrumbaste. Tu padre te abrazó y Fran se unió a vosotros. Entendí que ya había terminado todo. Tu madre estaba tan débil que no aguantó más de tres horas desde que la habían sedado: se había ido.

Me dolía por tu madre, tan joven y llena de vida. Me dolía por Fran, que perdía a su pilar en un momento tan importante como la adolescencia. Incluso por tu padre, que mantenía la compostura para apoyaros. Pero, sobre todo, me rompía el alma verte sufrir de aquella manera. Tu madre lo era todo para ti.

Y yo no podía ser tu refugio. Deseaba abrazarte, consolarte, estar contigo, pero no iba a romper el momento familiar de compartir el dolor. Empezasteis a caminar en dirección opuesta a la sala de espera. Supongo que tendríais que hablar con el médico, organizar papeles, contratar el tanatorio... Te giraste y me miraste. Me levanté. No sabía si querías que fuera hasta ti. Era una situación delicada y temía incomodaros.

No te movías. Solo me mirabas. No podía quedarme allí sin hacer nada, así que caminé en tu dirección y, en cuanto di el primer paso, viniste corriendo hacia mí y nos fundimos en un abrazo.

Tu respiración entrecortada, y el temblor de tu cuerpo contra el mío, me contaban cuánto necesitabas que estuviera a tu lado. Para mí, cada segundo de ese abrazo era un dolorosa contradicción: jamás habíamos estado tan conectados y, al mismo tiempo, una realidad cruel estaba levantando una barrera invisible que nos separaba. Yo tenía que limitarme a ser un espectador, un amigo que quería estar ahí para ti, pero que no podía ocupar el lugar que hubiera deseado.

Tus brazos me rodeaban con fuerza y, en medio de la tristeza y la incertidumbre, traté de darte un refugio momentáneo, aunque deseaba con toda mi alma que no te separaras de mí.

—Vete a casa —me dijiste después de un minuto, limpiándote las lágrimas—. Te avisaré cuando sepamos algo.

Te vi irte con tu familia y miraste hacia atrás por última vez. Me senté en la sala de espera para tomar aire. Aquel abrazo casi furtivo me dejó sin aliento. Al mundo, teníamos que mostrarnos como dos amigos. No sabría ponerle nombre a los que éramos, pero, desde luego, la palabra «amigos» se nos quedaba muy pequeña.

Yo

La madre de Sara ha muerto.

Escribía en el móvil mientras me limpiaba las lágrimas. Silvia me respondió a los pocos minutos para saber qué había pasado, pero guardé el teléfono. No tenía ganas de hablar con nadie.

Las palabras de tu madre resonaban en mi cabeza. «Espera por ella». «Sí, toda la vida», le respondía a tu madre mentalmente.

La realidad, no obstante, era que Silvia llegaría al día siguiente por la mañana y no sabía

cómo afrontarlo. Aún le faltaba más de una semana para terminar el intercambio, pero sacó los billetes para el primer vuelo en cuanto se enteró. Y no sabía qué hacer, porque no podía contarle nada de lo que sentía en medio de esa situación. ¡Cómo decirle que estaba enamorado de su amiga, de esa amiga por la que estaba sufriendo!

*****

Al día siguiente me presenté a primera hora en el tanatorio. Fran me abrazó nada más verme. Ángela ya estaba con él. Le di el pésame a tu padre y después me acerqué a ti, que llorabas frente a la cristalera que te separaba del féretro, con el pañuelo rosa en la cabeza que solía llevar tu madre. Parecía irreal que Esther estuviera allí dentro, sin vida. Te pasé el brazo por el hombro y lloraste contra mi pecho.

—Lo siento —susurré.

—Se ha ido —respondiste, completamente ensimismada—. Mamá se ha ido.

Poco a poco, la sala se fue llenando. Llegaban compañeros de trabajo de tu madre, amigos, familiares, así que salí de la sala. Cuando aparecieron Vero y Raúl, me quedé con ellos. Ángela no se separaba de Fran, pero yo no podía ocupar el lugar que me debería corresponder a tu lado, así que te miraba desde la distancia.

Me quedé fuera de la sala, junto a la entrada, aunque pendiente de ti. Estabas entre una marea de gente que os daba el pésame. Odio esos sitios. ¿No es bastante con el dolor de la pérdida que hay que saludar a todo el mundo, aguantar las frases hechas y mantenerse en pie para ser educado?

Cruzamos la mirada un segundo y me suplicaste con los ojos que fuera a rescatarte y te sacara de allí un rato. Me hubiera encantado limpiarte las lágrimas y hacer que tu dolor desapareciera. Tenía que conformarme con intentar llegar hasta ti y abrazarte con toda la ternura de la que fuera capaz.

Crucé la puerta con intención de llegar hasta ti, abrazarte con ternura. Deseaba estar contigo.

—¡Gatito! —oí detrás de mí, como si un cuchillo me hubiera atravesado el costado.

*****

Te juro que fue como si me hubieran clavado un puñal. Y tu mirada: no sé si lo imaginé o fue real, pero me pareció que reflejaba una mezcla de asombro y tristeza que inundaba tus ojos. Una angustia de pronto inundó mi pecho y solo deseaba escapar de allí. En cambio, tuve que darme la vuelta y ver la cara sonriente de Silvia mientras se echaba en mis brazos. Cuando se abrazó a mi cuello, sabía que me iba a besar y giré ligeramente la cabeza, con lo que el beso se estrelló en la mejilla. Quedó ridículo, aunque Silvia creyó que no quise besarla por la situación y el lugar donde estábamos.

—¡Te he echado de menos! —me susurró.

Aunque mi única respuesta fue un abrazo, me sentí la persona más hipócrita del mundo.

Marcos os había ido a buscar al aeropuerto y entré con ellos para a verte.

—Vamos a tomar un café —propusiste. Me miraste un instante y agachaste la vista—. Necesito salir un rato de aquí.

En cuanto nos sentamos en la cafetería del tanatorio, Silvia te agarró de la mano y no se separó de ti. Les contaste a todos cómo se había desarrollado la enfermedad hasta el desenlace.

Bueno, todo no. Cuando contaste cómo te enteraste de la noticia, le pusiste fin al relato en el momento en que leíste los mensajes de tu padre; no podías contar cómo habías venido a buscarme después, ni cómo te habías dormido abrazada a mí. Cuando contaste que a Fran le había costado asimilar la noticia, tuviste que omitir por qué a partir del domingo tomó otra actitud. Cuando hablaste del corte de pelo de tu madre y cómo habías decidido raparte con ella, no podías confesar que buscaste refugio a mi lado.

En cada anécdota, yo había desaparecido, como si me hubieras borrado en todas las fotos con *Photoshop*. Todos hablaban. Yo no podía. Me mirabas de reojo de vez en cuando y agachabas la cabeza.

Sentía una presión en las sienes que empezó a preocuparme. No estaba hecho para fingir; no estoy hecho para fingir. Y aquella situación me superaba. Era incapaz de contemplar tu tristeza sin compartir tu dolor e intentar arroparte; no podía poner buena cara cuando Silvia me miraba; y se me hacía un nudo en el estómago cada vez que tú y yo cruzábamos la mirada con culpabilidad por todo lo que habíamos vivido.

—Voy al servicio.

Estaba a punto de derrumbarme, así que, con la excusa de ir al baño, salí afuera y me dirigí hacia el coche.

—¡Tristán! —me llamaron.

No quería mirar. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Nadie debía verme así. No tenía derecho a sufrir tanto por la muerte de la madre de una amiga. No tenía derecho a sufrir tanto por una amiga.

—¡Tristán! —me llamaron de nuevo.

Reconocí la voz de Melania, así que me sentí aliviado. Fui hacia ella, la abracé y me apretó con toda su fuerza.

—Ven.

Me tomó de la mano y me llevó hasta la parte de atrás del tanatorio, apartados de todos.

—La quieres.

No preguntó: afirmó.

—Con toda el alma.

—No puedes verla así. —Negué con la cabeza—. Y, menos aún, verla así y no poder compartir su dolor porque tienes que fingir que eres un amigo más. —Asentí—. Y Silvia ya está aquí.

A mí se me escapó la risa por un instante.

—Me siento como una basura, Melania. Me está superando la situación.

—A ver, dame esos dos motivos.

—¿Dos motivos?

—Sí, siempre explicas las cosas y te pones así, serio. «Uno» —puso una voz exageradamente grave para imitarme—, «bla, bla, bla»; «y dos, bla, bla, bla».

—Pues uno —dije después de reírme—, me hunde la vida ver sufrir a Sara. Y dos, no puedo mirar a Silvia a la cara.

—Ay, mi Tristán.

Me abrazó contra ella y lloré hasta desahogarme.

—Y tres —dije al rato, separándome un poco de ella.

—¿Tres?

—¡Eres insufrible!

—Recuerdo que un día me comentaste que no eras muy del tres. Y no, sigues sin serlo.

Cuando entramos, ya os habíais ido de la cafetería. Silvia estaba junto a la puerta de los aseos y me vio entrar con Melania.

—Te estaba esperando. ¿Estás bien?

—No. Necesitaba salir y llorar un poco, la verdad. Y no quería hacerlo delante de todos.

—Hola. —Melania se acercó a Silvia y le dio dos besos.

—Podías haberme avisado para que fuera contigo.

Melania se apartó y se dirigió a la sala para dejarnos un poco de intimidad.

—Es Sara quien necesita apoyo hoy —contesté—. Por suerte, además, he encontrado a Melania.

—Ya, siempre Melania.

No estaba en condiciones para esa conversación con Silvia. Ni para esa, ni para ninguna, así que comencé a caminar hacia la sala.

—Estás muy raro, Tristán —me dijo, preocupada.

—Son malos días —me limité a contestar, aunque por dentro me resquemaba la culpabilidad de no sincerarme con ella.

CAPÍTULO**42**

Solos tú y yo, de la mano, mirándonos a los ojos; solos, aunque nos rodeara un universo entero

Sara

Al regresar a casa el día que murió mi madre fue cuando entendí realmente qué significaba echar de menos a alguien. ¡Estaba todo tan vacío sin ella! Incluso, a día de hoy, muchas noches me despierto a las tres o las cuatro de la madrugada, me siento en la cama y lloro en silencio pensando en ella.

En la sala del tanatorio venían familiares que no recordaba, amigos de mi padre a los que apenas conocía, compañeros de mi madre a los que nunca había visto y, uno detrás de otro, me daban el pésame. Muchos querían abrazarme, incluso.

Por si no fuera poco el dolor, ya no accedía a mi refugio con la confianza de siempre: tú y yo no podíamos mostrarnos delante de los demás con naturalidad. Es cierto que cada vez que necesitaba un poco de aliento, miraba a mi alrededor y terminaba por encontrarte, alejado, pero siempre lo suficientemente cerca para localizarte cuando lo necesitaba; constantemente pendiente de mí.

Te busqué con la mirada para pedir que me sacaras de allí un rato. En cuanto enfocaste la vista hacia mí, me entendiste. Siempre lo hacías.

Venías hacia mí, pero, de pronto, vi a Silvia detrás de ti; os fundisteis en un abrazo y os disteis un beso. No sabía que mi corazón podía crujir hasta aquel momento. Silvia me había dicho que ella y Azu habían tomado el primer vuelo para venir a verme, pero veros abrazados me rompió por dentro.

Silvia estuvo conmigo, pendiente de mí a todas horas. Cada vez tenía más claro que no podía hacerle daño a mi amiga. Cuando por fin se acabó la tortura de estar en el tanatorio ese día, Silvia quiso acompañarme y pasar un rato conmigo en casa. Se interesó por mí y por cómo me sentía, aunque también tuvo un minuto en que me preguntó por ti.

—Sé que no es momento para hablar de estas cosas, pero estoy preocupada —me confesó —. ¿Sabes si Tristán tiene algo con Melania?

—No, no tienen nada. —Me sentí muy mal. No era capaz de sentir más dolor, pero no puedo negar que también me invadía la culpabilidad—. Además, Melania está con Rodri, ya lo sabes.

—No sé, pues creo que tiene algo con alguien. Se comporta de manera extraña.

Silvia seguía loca por ti y el reencuentro no estaba siendo como ella había imaginado. Me sentí fatal. ¿Cómo iba a meterme yo en medio de vuestra relación? ¿Cómo iba a partirle el corazón?

*****

Mis tíos iban a llegar de Florida el domingo. Me pareció buena idea la propuesta de mi padre de irnos los tres a Estados Unidos con ellos cuando regresaran. La casa se me caía encima sin mi madre. Y necesitaba tomar distancia de ti.

El domingo se celebró un pequeño responso en la capilla del tanatorio. Estaba en la primera fila con mi familia; detrás, Silvia, tú y el resto de amigos. Tendrías que estar delante, conmigo, de la mano. Descubrieron unas cortinas a la izquierda del altar para dejar ver el ataúd tras un

cristal. Aún no era consciente de que allí dentro estaba el cuerpo sin vida de mamá. Silvia me posó la mano encima del hombro derecho. Tú, sin disimular, me agarraste la mano izquierda y me la apretaste con tus dos manos.

Me ofrecí para acompañar a mi padre a reconocer el cuerpo antes del crematorio. Necesitaba verla una última vez. Intenté convencer a Fran para que se quedara arriba, pero comprendí que él también lo necesitaba, así que bajamos los tres. Abrieron el ataúd; lloré sobre el pecho de mamá, un pecho inerte y frío, y le di un beso. Cerraron el ataúd y, desde arriba, abrazados los tres, observamos cómo la cinta mecánica iba introduciendo el ataúd de mamá en el horno.

*****

Nos íbamos el lunes de tarde y, aunque era una situación extraña e incómoda, quería despedirme de ti y de Silvia, así que nos vimos en *El Rincón de Marc*. Bueno, en realidad, aunque agradecía el apoyo de Silvia, con quien quería estar era contigo.

Nunca había tenido que fingir nada a tu lado y, sin embargo, durante esos días no había hecho otra cosa. Después de un silencio, tuve que escupir un poco de sinceridad, porque me estaba ahogando.

—Tristán —si supieras qué calidez siente mi pecho cada vez que digo tu nombre, me pedirías que no dejara de pronunciarlo nunca—, muchas gracias por tu apoyo en todo este tiempo.

Coloqué mi mano sobre la tuya.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí… por nosotros, por toda la familia.

—Solo he hecho lo que sentía.

—Mi madre te adoraba. Hablaba de ti con mucha ternura.

—Era una mujer espectacular.

—Siempre has estado ahí para nosotros. Y eso no lo voy a olvidar nunca. Pase lo que pase.

Parecía que no hubiera nadie más allí. Todo había desaparecido excepto nosotros. No existía la gente, ni el bar, ni la música; solos tú y yo, de la mano, mirándonos a los ojos; solos, aunque nos rodeara un universo entero.

De pronto, sentí el frío de la mano de Silvia encima de las nuestras. Te levantaste como un resorte.

—Me voy.

—Vamos, sí, es tarde —dijo Silvia—. ¿Nos llevas, Tristán? Yo me quedaré con Sara en su casa hasta que se vayan al aeropuerto.

CAPÍTULO**43**

soñé que me besabas, que lo hacías reventar todo por los aires sin que nada más importara

Sara

Silvia no entendía que querías irte de allí y evitarnos una despedida demasiado dolorosa, un adiós con demasiado sentimiento como para vivirlo frente a ella, pero no podía explicárselo, obviamente, así que nos levantamos y me llevasteis a casa.

En el coche, mientras conducías, no me atrevía a alzar la vista y cruzarme con la tuya. No me creía que fuera a pasarme más de dos meses sin verte, casi tres. ¡Dos meses lejos de ti eran demasiados!

Tristán

Por el caminito de cien metros desde la carretera hasta la puerta de tu casa me quedé atrás. Caminaba despacio, tratando de ocultar mis ojos vidriosos. Miré las baldosas. ¡Cuántas veces ese camino me había llevado hasta tu casa! Cada paso que me acercaba a la puerta me alejaba más de ti. Inspiré profundamente tratando de capturar el aroma a tierra húmeda, el susurro de las hojas y, sobre todo, la sensación de estar cerca de ti.

—Adiós, Tristán.

Sara

Silvia estaba delante de nosotros y no podía despedirme como hubiera querida. Deseaba tomar distancia para intentar olvidarte, pero me dolía separarme de ti. Me giré para entrar en casa. ¡Joder! ¡Dos meses! ¡Dos putos meses sin verte!

No pude aguantarme; me volví hacia ti y me lancé a tus brazos. Sentí tu mejilla; tu mejilla y la lágrima que resbalaba sobre ella.

Tristán

¿En serio era eso todo lo que nos íbamos a decir? ¿En serio acababa ahí nuestra historia? Cerré los ojos un segundo para contener las lágrimas mientras entrabais en casa y cerrabais la puerta.

Antes de que abriera los ojos, te echaste en mis brazos. Inhalé profundamente el olor a arándanos mientras nuestras mejillas se rozaban.

—No sé qué hubiera hecho sin ti.

Sara

Entre tus brazos me vinieron todos los momentos que habíamos vivido. Por un momento, soñé que me besabas, que lo hacías reventar todo por los aires sin que nada más importara.

Sabía que no era posible, que aquel sería nuestro último abrazo y quería despedirme de verdad. Bajé mi mano derecha y la acerqué a tu mano izquierda. Estiré el índice buscando el tuyo; estiraste tu índice buscando el mío.

Te apreté el dedo con fuerza para decirte «no te olvidaré jamás», y respondiste estrechándolo contra el tuyo.

Tristán

Apreté con fuerza tu cuerpo contra el mío añorando todo lo que no habíamos podido vivir, pero con la esperanza de que me pidieras que te esperara y estar juntos algún día.

Aquel tenía que ser el primer abrazo de una relación que era imposible que no fuera. Y entonces bajaste tu mano derecha; con tu índice buscaste mi índice y lo apretaste con fuerza. Respondí apretándolo contra mí.

«Te voy a esperar», pensé. «Siempre», grité en mi mente, con tanta fuerza que imaginé que me oías.

CAPÍTULO**44**

¿Vas a dejar de quererla? Guardé silencio. Siguió caminando

Tristán

Después de nuestra despedida, regresé a mi apartamento y me senté al teclado, frente al ventanal. Ya no llovía, aunque aún resbalaba alguna gota por el cristal. No tenía tiempo de recrearme en la melancolía que podría provocarme tu ausencia, porque tenía que confesarle a Silvia lo que sentía por ti. A las horas me avisó de que tú y tu familia ya os habíais marchado al aeropuerto, así que pasé a buscarla.

—¡Por fin solos!

Silvia se tiró a mi cuello en cuanto entró al coche. La aparté con delicadeza, pero para ella debí ser la persona más cruel del mundo al rechazarle ese abrazo que llevaba días deseando darme.

—Tengo que contarte algo.

No me atreví a mirarla, aunque percibí su miedo.

—Te prometí que si sentía algo por alguien te lo diría.

Guardamos silencio unos segundos, de esos silencios que parecen poner la vida en pausa.

—¿Me estás diciendo lo que creo que estás diciendo? Sabía yo que algo había. ¿Estás con Melania?

—No.

—¿Con quién, entonces?

—Con nadie.

Silvia me miró, pero no dijo nada. Agaché la cabeza. Me sentía tan mal por haber mentido que me costaba hablar.

—Tristán, cuéntame qué pasa.

—Estoy enamorado de otra.

—¿Cómo que estás enamorado de otra? ¿De quién?

—¿Acaso importa?

—Claro que importa. Vaya que si importa. Has roto la promesa que me habías hecho. Creo que tengo derecho a saberlo. Es lo mínimo.

Otra vez silencio.

No quería imaginar el daño que le haría al pronunciar tu nombre.

—Sara.

—¿Sara?

—Estoy enamorado de Sara.

—¿Estás de coña? Estás de coña. Tienes que estar de coña. ¿Me estás diciendo que me he peleado con vosotros para que os soportarais y ahora estás enamorado de ella? ¿De verdad me estás diciendo eso?

—Lo siento mucho.

—Te eché en sus brazos. «¡Qué bien que sois amigos!», te animaba. Seré imbécil.

—Nadie podía saber que sucedería algo así.

—¿Y ella? ¿Qué ha dicho?

—Ella no lo sabe.

—¿Me dejas por alguien que no sabes si te ama?

Asentí.

—Silvia, lo siento mucho.

—No puedo creerlo. ¡Qué tonta he sido!

—No quería hacerte daño —traté de disculparme mientras ponía mi mano sobre su brazo.

—¡No me toques! —chilló con voz muy aguda y con los ojos completamente abiertos por la ira—. No me toques. Tú, precisamente tú. Siempre pensé que eras distinto. Especial. ¡Y eres un mierda!

Salió del coche, enfurecida. Intenté ir tras ella, aunque sabía que cualquier cosa que dijera sería inútil.

—Silvia, no te vayas así. Te acerco a casa y hablamos más tranquilos.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó. Su tono ya no era de enfado, sino de tristeza—. ¿Vas a dejar de quererla?

Guardé silencio. Siguió caminando.

*****

Desde el día en que te fuiste tenía claro que iba a esperarte. No sabía cómo reaccionarías cuando te confesara lo que sentía por ti, pero debía hacerlo. Callármelo durante dos meses ya me parecía demasiado tiempo.

Durante el verano apenas hablamos. Nunca hemos sido de mandarnos mensajes. Mi principal pasatiempo era el teclado. Incluso me apunté a clases e iba dos días a la semana. Hacía los ejercicios que me pautaba el profesor, pero, por mi cuenta, me peleaba con la partitura de *Experience*. El profesor me reñía, porque adquiría vicios que luego costaba eliminar, pero la ilusión por interpretar esa pieza para ti podía más que cualquier consejo.

Silvia, pasados unos días, me pidió que le explicara cómo había llegado a esa situación y quedamos para hablar. Le resumí cómo, día a día, me había ido enamorando de ti. Ella escuchaba, con tristeza, en silencio.

—¿Piensas decirle algo? —me preguntó, finalmente.

—Sí. Tengo que hacerlo.

—¿Tienes? —preguntó con ironía.

—No espero que lo entiendas, Silvia. Solo espero que, con el tiempo, podamos normalizar nuestra relación, porque eres muy especial y quiero que estés en mi vida.

—Yo también lo espero. Eso sí, si llegáis a estar juntos, no creo que pueda soportar estar con vosotros.

Había guardado los días de vacaciones para el comienzo del curso y, el día que comenzaban las clases, fui a buscar a Silvia para ir juntos. El aula era otra, pero todas se parecían. Al entrar, tropecé con un chico.

—Perdón.

—*Stai attento*.

Aún no lo conocía. Era Piero. Me giré para mirarlo y continué mi camino hasta la fila de atrás.

—Una tentación *come* tú merece un *peccato come* yo.

Hablaba con una de las chicas que se sentaba en la primera fila, que se reía con sus comentarios. Yo puse los ojos en blanco.

—No sé cómo alguien se puede dejar embaucar por un tipo así —le dije a Silvia.

—¿Así, cómo?

—No hay más que verlo.

—¿Tú, juzgando por las apariencias?

Silvia quería aparentar normalidad, pero en cada comentario escupía resquemor.

—Y por los actos. Observándolo diez segundos, ya se sabe de qué pie cojea. Por cierto, no me gusta que alises el pelo.

—Creo que no eres quién para decirme lo que te gusta de mí y lo que no.

—Sabes a qué me refiero. Entiendo que te sientas mal, pero debes sentirte mal conmigo, no contigo misma. Eres la misma persona extraordinaria; no tienes que esconderte detrás de un pelo liso.

—¡Déjame en paz! —exclamó, enfadada.

*****

Tú llegabas al día siguiente. Tenía muchas ganas de verte. Y estaba nervioso. Había preparado unos sándwiches y llevaba unas *Ranses* en la mochila, porque había planeado decirte que te quería contar algo, llevarte al parque *San Javier* y confesarte todo. No sabía qué reacción ibas a tener. Estaba casi convencido de que sentías algo por mí, aunque la inseguridad en esos casos impide distinguir hasta lo más evidente.

Silvia y yo ya estábamos sentados en la fila de atrás cuando llegaste. ¡Qué guapa estabas! Ya habían pasado seis meses desde que te habías rapado, así que te había crecido bastante el pelo y se te había aclarado por el sol. Por los lados lo habías mantenido corto. El resto, te lo habías peinado con raya a la izquierda dibujando una pequeña onda hacia arriba que caía con elegancia en la parte derecha de la frente.

Llegaste hasta la última fila y te sentaste al lado de Silvia y, cuando apenas no habías ni saludado, Piero entró por la puerta.

—¡Joder! ¡Qué bueno está! —dijiste mirando hacia él.

Me hirvió la sangre. Iba dispuesto a declarar cuánto te amaba y tus primeras palabras eran para piropear a aquel impresentable.

CAPÍTULO**45**

Piero podría ser la equivocación que necesitaba para olvidarte

Sara

Los meses en Florida me sirvieron para acostumbrarme de nuevo a la vida. No olvidaba a mamá ni un minuto, pero, pasado un tiempo, tomé la decisión de concederme esos meses como un paréntesis. Cuando regresara, retomaría mi vida donde la había aparcado.

Para ello, como solías hacer tú, me basé en dos puntos. El primero fue decidir que la desilusión por la publicación del libro no iba a desalentarme; ni para publicar, ni para seguir escribiendo.

Y dos… las relaciones. No dejaba de recordar a mi madre, es cierto, pero tampoco dejaba de pensar en ti.

Silvia me escribió a las dos semanas.

Silvia
Tristán y yo hemos roto.

No explicó más. Nunca me atreví a preguntar ni ella quiso contarme nada. Lo que sí me relataba a menudo era lo mucho que te echaba de menos, lo que te quería y lo mal que se sentía. Yo no contribuiría a su dolor, así que decidí que no podría estar contigo nunca. Eso, obviamente, lo decidí cuando estaba a miles de kilómetros. Si hubiera seguido viéndote a diario no creo que ni me lo hubiera llegado a plantear.

La manera más fácil de olvidarte, pensé (ya, ya sé que soy una ilusa), sería enamorándome de otra persona. Cuando regresara, esperaba encontrar pronto a alguien con quien ilusionarme y borrar la huella que habías dejado.

Nerviosa, con cierto ánimo para seguir con mi vida y deseando ilusionarme con alguien con la intención de olvidarte, llegó el momento de regresar. Me parecía que habían pasado siglos desde que me había ido. Llegué a casa la noche del día en que empezaban las clases, así que no asistí a la presentación.

Yo
Acabamos de llegar, así que mañana no iré a clase.

Silvia
Vale, no te preocupes. El primer día no creo que te pierdas gran cosa.
¿Quieres que pasemos a buscarte el miércoles para venir a clase?

Yo
¿«Pasemos»? ¿Quién?

Silvia
Tristán y yo, ¿quién va a ser?

Yo
Ah. ¿Estáis juntos de nuevo?

Si había decidido olvidarte, ¿por qué sentí una punzada en el pecho?

Silvia
No, no, pero somos adultos y podemos ser amigos.

No me gustaba que Silvia pensara que podríais ser amigos: ese nunca funciona, y el que más siente es el que más sufre.

Yo
No, tranquila. Ya voy por mi cuenta.

Ese primer día de clase lo pasé en casa, descansando del viaje. Al segundo día me encontraba frente a la puerta del aula y tomé aire. Lejos quedaba aquella cría que, un año antes, había atravesado el umbral con ilusión por iniciar aquella nueva etapa.

Tú y Silvia estabais sentados atrás, como siempre. ¡Cómo me impactó verte de nuevo! Creía que me había preparado lo suficiente para aquel momento, pero me puse muy nerviosa.

—¿Te has alisado el pelo? —le pregunté a Silvia.

—Sí, me apetecía —contestó con indiferencia. La situación no era muy cómoda. Y sabía que solo se alisaba el pelo para ocasiones especiales o cuando no se encontraba demasiado segura de sí misma.

Al instante, vi a un tío alto, moreno, muy guapo y decidí aprovechar la ocasión.

—¡Joder, qué bueno está! —exclamé en cuanto entró Piero.

Lo sé, no me lo digas; sé que fui una estúpida (y botarate, y bastante idiota). De hecho, estoy recordando el momento y me tapo la cara por vergüenza. Nunca debí haberme comportado como me comporté aquellos días.

Pensé que, al decirlo en alto, me oirías y así, si sentías algo por mí, te dejaría claro que yo no. Al menos eso tenía que aparentar. No estaba preparada para enamorarme de otra persona, pero debía permitirme sentir cierta chispilla por alguien para comenzar a olvidarte. Y Piero podría ser esa chispa.

—Ya vino ayer —explicó Silvia—. ¡Está tremendo! Creo que es italiano.

—Interesante.

—Buf, vaya prepotente —mascullaste.

—Dices eso porque te molesta lo bueno que está —te repliqué.

—Anda, Sara, qué sé yo de eso.

—Los tíos siempre decís lo mismo. Y, sin embargo, ¿sabes qué? Claro que lo sabéis. —Me miraste con esa suficiencia tan insultante que te sale a veces—. Los jueves solíamos ir Jon y yo a cenar algo a *El Rincón de Marc* antes de ir al cine. Uno de esos jueves entró Antoine...

—¿Antoine? —preguntaste con cara de asco.

No te reconocí: no era propio de ti criticar a nadie.

—Bueno, la cosa es que me levanté a hablar con él. Jon se quedó mirando el partido en el móvil tan tranquilo.

—Ya, ¿y? —replicaste, lacónico.

—¡Déjame acabar, agonías! —contesté un poco molesta ya—. Pues pedimos otra cerveza y unos nachos.

—Muy relevante para la historia, sí.

—Vaya borde que estás hoy, ¿no? No te cuento más.

—¡Perdón! Sigue, por favor. Me muero por saber si echasteis queso o guacamole.

—¡Imbécil!

Me levanté y me senté tres mesas más adelante. Piero miró hacia el asiento que yo tenía al lado y se acercó. Sus ojos negros me traspasaron. No me atreví a girarme, pero podía sentir tu resquemor detrás de mí.

—¿*Io posso*...?

Señaló hacia el asiento libre. Me encantaba el acento italiano.

—Sí, siéntate —le ayudé a finalizar la frase.

Pensé que podía seguir con mi vida sin ti. Te juro que lo pensé. Fue la primera vez que creí que podría olvidarte. Y la primera vez que me equivoqué al pensarlo.

En cuanto comenzó la clase, Piero no hacía otra cosa que regalarme los oídos. Era el cliché de italiano elegante y seductor en persona, que, aunque sabes que te está embaucando, te adormece con sus palabras hasta que te dejas caer con dulzura en su mentira.

—*Non conosco* a nadie *qui*. *Possiamo* quedar *per una birra*.

—Uy, ¿no vas un poco rápido?

—¿Tienes novio?

—Mira qué bien sabes español para preguntar lo que te interesa. No, no tengo.

—¿Cómo así? Una *bella donna come* tú.

Aquella misma tarde quedamos para tomar una cerveza. Él iba a saco desde el principio, así que intenté frenarlo un poco. Quería comenzar una relación, pero no a ese ritmo.

—Ya te aviso: necesito ir despacio.

—Como tú quieras. Hay cosas *nella vita* por las que merece la pena esperar —dijo mientras me acariciaba la mano y me miraba a los ojos.

El viernes quedé con él para ir a una discoteca. Supongo que quería demostrarme lo bien que bailaba. Lo que él no sabía es que yo tengo dos pies izquierdos.

—Pienso que me estoy *innamorando* de ti —me susurró. Le miré de reojo sin creerme nada —. Porque eres… ¿*Come si dice*?

—Divina, soy divina —bromeé.

—Sí, *ecco*. Un *angelo*. Eres un *angelo*.

—A ver, Piero, no te confundas. Si llegamos a algo tú y yo, sé que tendrá fecha de caducidad. No hace falta que me vendas amor eterno ni nada por el estilo.

—*Dai!* No digas eso —susurró, arrugando la frente y llevándose las manos al pecho.

—Quizás lleguemos a estar juntos, pero no me vendas historias de enamoramientos a los dos días de conocernos.

Me apoyé en una columna y él puso una mano sobre mi hombro.

—Es lo que siento. Y *non so* si lo nuestro acabará, *ma* te llevaré en *il mio cuore*.

—Déjate de *il mio cuore*. Sabes que se dice «en mi corazón», pero, como me gusta escucharte en italiano, intentas camelarme con tu acento.

—Tú lo vas a ver. Las palabras *sono andate* con *il vento*. Yo te lo mostraré.

Me acarició la mejilla con delicadeza. Sabía que me estaba embaucando, que seguramente era un vividor que se acostaría con media facultad antes de volver a Milán, aunque no me importaba. No sabía lo que me iba a costar levantarme, pero estaba dispuesta a caer. Piero podría ser la equivocación que necesitaba para olvidarte.

Acercó su boca a mis labios, aunque, en cuanto se rozaron con los míos, sentí el impulso de

apartarme.

—Hay que ir más despacio.

Él quedó atónito.

—¿Te han hecho daño, *mia bella*?

—Algo así.

Entendió que ese día no iba a pasar nada entre nosotros, así que tratamos de divertirnos. Yo comencé a bailar, a «mi estilo», es decir, a dar saltos y hacer el tonto. Enseguida me atrapó para apretarme contra él. Quería seducirme, sí, pero en sus ojos leí que se avergonzaba de verme hacer el idiota, así que dejé de bailar.

Al miércoles siguiente quedamos de nuevo. Estábamos tomando una cerveza y me besó la mano. Después, me dio unos besos en el cuello y quiso llegar a mi boca. Le aparté otra vez. Continuó acercándose a mí con la intención de provocarme, aunque yo no sabía muy bien cómo sentirme. Quizás necesitaba más tiempo. Piero me gustaba, pero no estaba preparada.

—Yo sé que *è difficile* recuperarse cuando te hacen daño, *ma devi alzarti* y gozar de la *vita* —dijo, gesticulando exageradamente.

—Lo sé, pero prefiero ir despacio.

—*Possiamo andare* a mi cuarto, estar *tranquilli…*

—¿En tu cuarto? ¿En la residencia de estudiantes?

—*Va tutto bene*. Tendré *pazienza*.

Eso dijo, aunque Piero estaba acostumbrado a conseguir lo que quería y a que no le hicieran esperar por ello. Por otra parte, yo tampoco quería posponerlo demasiado. Cuanto más lo alargara, más me iba a costar.

*****

Decidí que el viernes sería el día. Melania celebraba su cumpleaños en *El Rincón de Marc*. Haría una visita rápida y, después, reservaría una habitación en un hotel para pasar la noche con Piero.

Llegué sobre las seis. Casi todas las mesas estaban ocupadas por los invitados a la fiesta de Melania. En el centro del comedor colgaban guirnaldas de *Feliz cumpleaños*, una piñata y dos globos que formaban un veinte enorme. Preferiría haber ido sola; sin embargo, Piero quiso quedar pronto, y yo no tenía por qué esconderme.

Estabas en la primera mesa junto a Melania. Me extrañó no ver a Rodri con vosotros. Saludamos y fuimos a una de las mesas del fondo. Vestías a tu rollo, con un tejano desgastado y roto, algo flojo de cintura, y una camiseta roja. El pelo, que se notaba aún húmedo de haberte duchado, caía con gracia hacia un lado y otro, como distraído, tomando forma sin que hubieras hecho nada por peinarlo. Solo tú podías ir así y estar guapo. ¡Y, joder, estabas increíble!

—Ten cuidado con ese —me avisó Piero, señalándote, cuando nos sentamos.

—¿Por qué? —pregunté extrañada.

—*Ma* —exclamó agitando las manos—, no seas inocente. Está loquito por ti. Se inventa cosas *di me* solo porque estoy contigo. Está… ¿*envidiado* de mí?

—Celoso, se dice.

—*Ecco*. Celoso.

¿Tú, inventando cosas de nadie? No lo creía, pero el resquemor, a veces, saca lo peor de nosotros. Piero me agarró la mano y quiso besarme en el cuello. Noté que mirabas hacia mí. O solo lo imaginé. Solté a Piero y lo aparté.

Al momento, volvió Melania junto a ti con unos chupitos. Brindasteis y ella se puso delante de ti. Me pareció que iba a besarte. ¡Iba a besarte! Se me aceleró el corazón. No podía mirar. Pero qué me importaba a mí, yo iba a estar con Piero.

Qué alivio cuando vi que Melania se apartó.

—Tengo una sorpresa —le susurré a Piero acercándome a su oído.

—Uh, suena interesante. Cuenta. —Puso una mirada entrecerrada muy seductora.

—He reservado una habitación de hotel.

—¡*Cosa stiamo facendo qui*! *Andiamo* —dijo tirando de mi brazo.

—Tranquilo. Tomaremos un par de cervezas y después tendremos toda la noche para nosotros.

—Me tienes loco —clamó juntando los dedos y agitando la mano en el típico gesto italiano.

De pronto, te levantaste y caminaste hacia nosotros. Pensé que ibas al aseo, pero no: te colocaste delante de nuestra mesa. Se me aceleró el pulso. Piero se puso en pie, amenazante, pero te dirigiste a mí como si él no existiera.

—¿Podemos hablar un segundo?

CAPÍTULO**46**

Si quieres, te cuento que nunca quise besarte, o que el roce que terminó con nuestros índices agarrados fue casual y fortuito

Tristán

Cuando abría el local a las seis de la mañana, se juntaban los que iban a desayunar de camino al trabajo con los que venían de fiesta y paraban a comer algo antes de regresar a casa. El jueves, en cuanto abrí, entró Piero de la mano con una chica, borrachos los dos y riéndose. Pasó por delante de la barra, pero, como ni saludó, no me vio. Melania salía a atenderlos a la mesa.

—Espera, voy yo —la detuve.

—Rodri y yo hemos roto —me soltó Melania de repente.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Llevamos semanas hablando y ayer rompimos definitivamente. Él quiere un compromiso y yo no.

—¡Ay!

Abracé a Melania; debió ser la primera vez que la vi triste. De hecho, lo soltó así sin tiempo para hablar de ello y no incidir en el tema. Tras unos segundos, fui a atender a Piero.

—Buenos días —saludé.

—Un café *latte* —dijo sin mirarme, centrado en mordisquear el cuello de la chica.

—Un café con leche —pidió ella.

—¿Algo más?

—No, nada —contestó girándose hacia mí.

Quedó blanco en cuanto me reconoció. Me mantuve frente a él, serio, mirándolo sin moverme.

—¿Tú? —le pregunté a ella. Piero agachó la cabeza—. ¿Quieres algo más?

—Sí, algo dulce. Una caña de chocolate, por favor.

*****

El viernes de tarde, Melania celebraba su cumpleaños en *El Rincón de Marc*. Sabía que te había invitado, así que me planteaba si decirte algo sobre Piero o no. Nuestra relación, incluso de amistad, se había enfriado, pero qué ardor de estómago me entró cuando te vi entrar con él.

Melania y yo estábamos en la primera mesa para ir saludando a la gente a la entrada. Te acercaste a Melania con Piero al lado y la felicitaste. Tú y yo cruzamos un «hola» distraído y os fuisteis a una mesa del fondo.

Tonteabais, y eso me dolía, aunque al menos noté que, cada vez que se acercaba demasiado, tú lo apartabas. No quería mirar hacia allí, pero se me escapaba la vista.

Tu pelo castaño claro, casi rubio, caía con gracia hacia un lado, como distraído, intencionadamente despeinado. Vestías un pantalón vaquero azul claro con botas camel de media caña y sin tacón, combinado con una blusa de tirantes blanca, que, en la zona del pecho era estrecha y tenía un tejido de redecilla, y el resto, que se iba ensanchando, era liso. No tenía nada especial, pero era tan tú que te vi preciosa.

—Brindemos —dijo Melania con unos chupitos de tequila en la mano.

—Por ti. ¡¡Felicidades!!

Alzamos los vasos y lo bebimos de un trago.

—¡¡Gracias!! Eres un ángel —dijo mientras me abrazaba—. ¿Lo sabes?

Su voz se volvió melosa. Sus labios rozaron mi cuello, aunque solo deslizaba la boca, como si fuera un roce casual. Se colocó frente a mí. Me miró, provocativa, con sus profundos ojos oscuros, y me acarició la mejilla. Vi que se acercaba demasiado y me puse nervioso. No quería verme en esa situación.

—Iba a besarte —dijo en el mismo tono dulce, apartándose un poco de mí cuando estaba a punto de llegar a mi boca—, pero no lo voy a hacer. ¿Sabes por qué?

—A ver, sorpréndeme.

—Porque dirías: «Hola, soy Tristán —puso el mismo tono de voz grave y burlona que en el tanatorio—. Uno, no te voy a besar ni a estar contigo porque amo a Sara».

—Pss, habla suave —le susurré.

—«Mis principios —siguió burlándose de mí— no me permiten estar con una mujer estando enamorado de otra, aunque sea solo por sexo. Jo, jo, jo».

—¿Y esa risa a lo Papá Noel?

—No sé, me ha salido así. Bueno, y seguirías diciendo: «Y dos, Rodri es mi amigo. Nunca le haría eso. Jo, jo, jo».

—Estás muy mal —dije mientras me reía.

—¿Me equivoco?

—Loca del todo.

—Vale, pero ¿me equivoco?

Se me escapó la vista hacia vosotros y os vi acaramelados. Esperaba no ver cómo os besabais. ¿Por qué estabas con aquel idiota?

—Lo que yo no entiendo es que hayáis roto Rodri y tú —le dije a Melania.

—Ya te lo he dicho. Él quiere compromisos que yo no.

—¿En serio? ¿Cuánto lleváis quedando?

—No sé…

—Más de un año.

—¿Tanto?

—¿Con cuántos tíos has estado desde que empezaste a quedar con Rodri? Yo solo recuerdo a uno.

—Bueno… En realidad, aquella noche en la que marché con un tío, no llegué ni a su coche, pero me dio vergüenza entrar en el bar de nuevo y reconocerlo.

—Vamos a ver: entonces te gusta.

—Sí, claro.

—Y lo pasas bien con él.

—Genial, sí.

—Y no has estado con nadie más desde que quedáis.

—No.

—Y el sexo es fantástico.

—Oye, ¿eso es lo que hago yo?

—¿Sabes lo que creo? Uno, que pensaste en besarme para ver si así se te olvidaba que echas de menos a Rodri. Y dos, que no has podido besarme porque le quieres.

—Sí que resulta insufrible, sí.

—Discúlpame un segundo.

Vi cómo te arrimabas a Piero y ya no lo soporté más. Fui hasta vosotros y me coloqué

delante de ti. Se me aceleró el pulso. Piero se levantó y me miró con desprecio, aunque no miré hacia él.

—¿Podemos hablar un segundo? —te dije.

—¿Qué quieres hablar tú, *figlio di troia?* —me increpó Piero. Lo ignoré y seguí con la vista fija en ti.

—Vuelvo ahora —le dijiste a Piero.

Salí del local. Tú venías detrás. Bajamos los escalones.

—¿Qué haces con ese? —te pregunté.

Sonó más a reproche de lo que yo había imaginado. No me había percatado hasta ese momento de lo furioso que estaba.

—¿Cómo? —preguntaste, incrédula, con cara de sorpresa.

—Con ese idiota.

—¿Perdona? ¿Te tengo que dar explicaciones a ti de con quién estoy?

—Va a estar con quien se ponga a tiro. Y no me lo han contado. Lo he visto yo. Ayer llegó a las seis de la mañana de la mano con una chica. No creo que vinieran de hacer *running*.

—¿Y a ti qué te importa? ¿A qué viene este interés repentino por con quién estoy?

—Porque… eres mi amiga.

—¿Soy tu amiga? ¿Es eso, Tristán? ¿O son los celos los que hablan?

¿Estaba celoso? Sí, la rabia me consumía. Sin embargo, creía que me conocías lo suficiente como para saber que eso no me haría mentir sobre nadie.

—Di, ¿es cierto lo que cuentas? ¿O hablan los celos por ti?

Me dolía que nos habláramos así.

—Contesta, Tristán —insististe.

—¿Qué quieres que te diga, Sara? —contesté, con rabia—. ¿Quieres que te diga que no siento nada? Vale, entonces no te diré que cada vez que cocino nos veo a nosotros recogiendo media tortilla de la encimera. Si quieres, te cuento que nunca quise besarte, o que el roce que terminó con nuestros índices agarrados fue casual y fortuito. Si quieres, te digo que no esperé por ti durante todo el verano deseando que llegaras para confesarte lo que sentía. Si quieres, te digo todo eso.

—¿Y por eso, porque sientes algo por mí, metes mierda contra Piero?

—No, joder, Sara. Te digo que es un canalla porque es cierto. Y te pido perdón por lo que siento, si es lo que deseas, pero ¡te quiero, joder! ¡Te quiero más que a nada! —No me creía que te estuviera diciendo que te quería—. Y todo el mundo me dice que estamos hechos el uno para el otro: David y Cris, Melania, Samuel, hasta tu…

Sabía que no tenía que haber dicho eso. Aunque no había concluido la frase, sabía que no tenía que haberme referido a tu madre en esa conversación. ¡Joder!

—¿Hasta quién, Tristán?

—Nada.

—Dilo. ¿Hasta quién? —gritaste con rabia y me empujaste—. ¡Dilo! —Me empujaste de nuevo—. ¡¡Dilo!! —Te quedaste en silencio mirándome con rencor—. ¿En serio vas a utilizar su recuerdo?

—No quería decir eso.

—¡Vete a la mierda!

Te fuiste, furiosa, y entraste al bar. Me senté en las escaleras. ¡Qué mal! En serio te había dicho que te quería? ¿A voces? ¿Y había nombrado a tu madre?

Me había imaginado mil formas de confesarte lo que sentía, pero ninguna incluía los gritos y la rabia.

CAPÍTULO**47**

¡¡¡Habías dicho que me querías!!!

Sara

Entré en el bar, furiosa. ¿Habías nombrado a mi madre? Posiblemente sin mala intención, recapacité, ya con alguna lágrima en los ojos. ¿Te había dicho algo mi madre, igual que me lo había dicho a mí? Me puse muy nerviosa. Miré a Piero desde la entrada. Tenía que hablar con él para pedirle explicaciones.

¿O te cegaban los celos? Esos celos… Lo habías reconocido; habías dicho que me querías. Sí, a voces. Sí, en medio de una discusión. ¡Habías dicho que me querías! Piero dejó de importarme. Me resultaba indiferente que hubiera estado con alguien o no. ¡¡Habías dicho que me querías!! Me daba igual si Piero se había acostado con una o con cien. Quería verte, estar contigo, abrazarte.

¡¡¡Habías dicho que me querías!!!

Salí del bar. Estabas sentado en las escaleras y te levantaste al verme. Bajé y me puse frente a ti.

—¿Me quieres? —pregunté con timidez, sin apenas atreverme a mirarte. Asentiste.

Te agarré el índice, nuestros índices. Nos miramos, en silencio. Acerqué mi boca a tus labios y cerré los ojos. Sentí tus labios rozando los míos. Temblaba. Mi corazón se aceleró. ¡Cuántas veces había deseado besarte!

—Espera —dijiste, apartándote—. Ahora mi pregunta es: ¿quieres besarme de verdad o solo estás despechada con Piero?

—¿Quién es Piero? —bromeé.

Intenté acercarme de nuevo, pero giraste ligeramente la cara.

—Vale, vale. Si de verdad es lo que quieres, no te importará esperar.

—¿A qué quieres esperar?

¿A qué venía eso? ¿Querías castigarme o algo así?

—A estar seguros. Cuando la situación se tranquilice, ya hablaremos.

—Llevas esperándome más de dos meses, así que podré esperarte… pero me voy a cobrar una deuda.

—¿Una deuda?

—Dijiste que me acompañarías en mi primera borrachera.

—¿Cómo? —preguntaste, sorprendido.

—Vámonos de fiesta. Juntos. Tú y yo.

—¿Quieres emborracharme para aprovecharte de mí?

—Decídete rápido. Piero estará extrañado y no tardará en salir a buscarme.

La puerta del bar se abrió. Los dos nos giramos.

—¡Vamos! —gritaste.

Me apretaste la mano y tiraste de mí, sonriendo. No era Piero quien salía del bar, pero corrimos hasta tu coche como si nos persiguiera la policía montada. No dijimos nada. Sabíamos que aquella carrera marcaba el inicio de nuestra relación.

*****

Solamente tú podías ser capaz de decirme que me querías y, al minuto, apartarte cuando

intentaba besarte. Si insistía, sabía a lo que me arriesgaba, aunque, en el fondo, tu sonrisa te delataba; estabas encantado jugando a resistirte y solo era cuestión de tiempo.

—¿En serio me has hecho la cobra? —te pregunté en el coche.

—¿Has intentado besarme después de estar con Piero? —respondiste.

—*Touché*.

Te pedí que te detuvieras en el primer pub que encontramos. Era un antro en un polígono industrial cuya estructura de hormigón era casi tan horrible como el interior, pero deseaba empezar a beber lo antes posible. Supuse que habría bastante gente porque el aparcamiento era amplio y estaba repleto de coches, camiones y motos. Había hasta un hombre de seguridad en la puerta.

Empezamos por tequila y cerveza. Todavía no me creía que estuviéramos juntos, solos, con las caretas quitadas y los sentimientos al descubierto. No me creía que me hubieras dicho «te quiero», aunque fuera enfadado; ni que yo te hubiera besado, aunque me hubieras hecho la cobra. Podíamos volver a ser nosotros mismos, y esta vez al completo, sin medias verdades ni sentimientos ocultos.

—No pienses que porque me emborraches voy a caer en la tentación.

—¿Ah, no?

Me acerqué a ti, insinuante.

Te miraba a los ojos mientras bromeábamos y bebíamos. Por fuera sonreía y me divertía; por dentro, era feliz y necesitaba que supieras la falta que me hacías. Sabía que terminaríamos por besarnos, pero no saber cuándo me estaba matando.

—Bueno, no puedo asegurar que no caeré —confesaste—, aunque pondré todo de mi parte para que no sea así.

—¡Te he echado tanto de menos!

Reventaba si no te lo decía.

—Por ahí, no, ¿eh? A las provocaciones puedo intentar resistirme. A esos ojos tiernos no creo que pueda.

—Como me dijo alguien: si quieres no digo nada.

—Sí, mejor no lo digas.

—Vale, entonces no diré que abrazarte este índice —te lo agarré alzando nuestras manos— me hizo imaginar lo feliz que podía ser a tu lado. Si no quieres, entonces no diré que intenté olvidarte cada uno de los días en los que estuve separada de ti. Y sí, a mí también me lo decía todo el mundo. Incluso mi madre.

Su recuerdo aún estaba muy vivo, y me removía pensar que te había hablado de mí; que habíais hablado de mí.

—¿Qué te dijo a ti sobre nosotros? —te pregunté.

—Me dijo que no conocía a nadie tan destinado a estar juntos. Y que te esperara.

—¿Que me esperaras?

—Sí. No estabas en el momento adecuado para algo así.

—Necesitaba olvidarte, Tristán. Aunque eso significara estar con un imbécil. Pero la imbécil fui yo.

—Y algo idiota también.

—Y un poco botarate. —Nos reímos y nos apretamos las manos—. No pude ni besarlo. Y tú, que a ti sí quiero besarte —cambié el tono por uno más divertido—, me haces la cobra.

—La sensibilidad está a flor de piel, con Piero, el recuerdo de tu madre, mi enfado, mi…

nefasta confesión. Necesito saber que, lo que vayas a hacer, lo harás porque lo sientes de verdad, no por la confusión de un momento emotivo.

—¿Y dos? Siempre das dos motivos.

—Esta vez no hay más explicación. Incluso el uno me parece cada vez más estúpido.

—Vale, acepto esperar. Entonces, ¿ahora qué se supone que somos?

Alcé nuestras manos, todavía unidas.

—¿Buenos amigos?

—Ya. ¿Sabes qué, «amigo»? —Me acerqué a tu oído—. Te quiero más de lo que he querido a nadie; más de lo que jamás podré querer a nadie.

Vi cómo se te erizaba el vello y noté que me ibas a besar…

—Voy al baño —dije apartándome de ti.

Me giré y te saqué la lengua. Yo también sabía jugar a eso.

Al volver, estaba sonando una canción *indie* de inspiración folk estadounidense. No la había escuchado en mi vida, pero, con su aire alegre y optimista, me invitó a bailar; ya sabes, a «mi estilo». Te agarré del brazo y te arrastré hasta la pista de baile. Me puse delante de ti y comencé a subir un brazo y bajar el otro alternativamente mientras daba pequeños saltitos y movía la cabeza de un lado a otro. Tu semblante se volvió serio, casi intimidante.

En mi mente resonó el recuerdo de Jon y cómo, sin decir nada, miraba a un sitio y a otro cuando me ponía a hacer el payaso, temiendo que alguien se riera de lo que hacía. O de Piero, quien se avergonzaba de mi espontaneidad (prefiero llamarlo así) mientras bailaba. Quizás debería dejar de hacer el ridículo. Además, tú bailabas muy bien. ¿Para qué me ponía a hacer el tonto?

Poco a poco, dejé de moverme, pero, cuando estaba ya casi quieta, me sonreíste mientras te ponías a dar saltos, más exagerados incluso que los míos, agarrándome por las manos para moverme los brazos de manera completamente excesiva. Saltamos, moviendo los brazos arriba y abajo y la cabeza a un lado y otro. A la tercera vez que sonó el estribillo, ya nos lo sabíamos y lo cantamos (voceamos) a coro.

Oh, home, let me come home
Home is wherever I'm with you
Oh, hogar, déjame volver a mi hogar
Mi hogar es donde sea que esté contigo

Como supe después, se trataba de *Home*, de *Edward Sharpe and The Magnetic Zeros*, y se convirtió en una de mis canciones favoritas. Saltábamos, tropezando el uno con el otro, nos reíamos y nos mirábamos con una complicidad absoluta. Cuando estaba terminando la canción, me detuve y te observé mientras tú seguías «bailando». ¡Qué fácil resultaba ser yo misma contigo! ¡Cómo me ha gustado siempre la persona que soy cuando estoy a tu lado!

Deseaba acercarme a ti, arrimar tu espalda contra la pared para que no tuvieras escapatoria y besarte con rabia. Me mordí el labio intentando contenerme. Me ibas a hacer la cobra de nuevo, lo tenía claro. Y, la verdad, ya me costaba mantenerme en pie después de unas cuantas (siete) cervezas y bastantes (seis) golpes de tequila.

Salí del pub apoyada en tu hombro. Enfrente, había un edificio con un cartel luminoso verde muy cutre, que ponía MOTEL, un edificio que se parecía al de las películas estadounidenses, con planta baja y una primera planta con un corredor en el que se veían las

puertas de las habitaciones.

—¡Un motel! ¡Mola mucho! No quiero ir a casa en estas condiciones. ¿Qué te parece si estos dos «amigos» duermen ahí?

—Ja, ja, ¿estás loca? Tiene pinta de ser el hogar perfecto para las cucarachas.

—Prometo no intentar nada en toda la noche —rogué poniendo un puchero—. Además, tú tampoco estás para conducir.

—¿Esto va a ser siempre así? ¿Me vas a pedir algo y luego me vas a convencer con esa mezcla de buenos argumentos y ternura?

Asentí, sonriente por aquella pequeña victoria. Entramos en la habitación, me tiré en la cama y… me quedé dormida. Había bebido demasiado. Solo recuerdo que me tapaste y, al echarte a mi lado, me acurruqué sobre tu pecho. Lo siguiente que vi fue al sol entrando por la ventana.

*****

Debía ser muy temprano porque el sol brillaba aún muy bajo, pero no me molesté en mirar la hora. Estaba sobre tu pecho. Y te observé. No se me ocurría mejor pasatiempo que observarte.

Te pasé la mano por la frente y, tras quitarte los pelos hacia atrás para que no te molestaran, te di un beso. Abriste un momento los ojos. Sonreíste. Esa sonrisa que tenías cuando me desperté entre tus brazos aquel maldito viernes. Esa sonrisa que había deseado contemplar cada mañana al despertar.

Te dormiste de nuevo, pero al rato yo no podía aguantar más tenerte al lado y no besarte. Me puse a horcajadas sobre ti y me acerqué a tu oído.

—Despierta —te susurré mientras te daba besitos tiernos por el cuello.

Ibas a decir algo, pero puse mi dedo en tu boca para que guardaras silencio.

—Chsss. No digas nada. Es lo que quiero. Estoy segura. —Noté cómo te habías excitado—. Y tú también quieres.

Me empecé a contornear encima de ti con suavidad, frotándome contra tu cuerpo. «¡Te amo!», quise gritar, pero, en vez de eso, me mordí el labio con fuerza y me moví juntándome lo máximo posible a ti.

Nuestros cuerpos estaban tan cerca de unirse y nuestras bocas tan cerca de besarse que parecía que iba a estallar y mi corazón a salirse del pecho. Te empecé a besar alrededor de tu boca. Me acerqué a tu oído.

—Te quiero —susurré.

En ese instante me agarraste por el cuello, me miraste fijamente con deseo y me acercaste hasta estrellar mis labios contra los tuyos. Fue un beso cargado de rabia, por tantos que no nos habíamos dado; un beso con ira, por tantos que nos habíamos guardado; un beso con pasión, por tantas veces en las que nos habíamos besado con la imaginación.

Parecía que nuestras bocas no se iban a poder separar nunca. Nuestras lenguas se movían, frenéticas. Empujaste ligeramente mi cuerpo contra el tuyo hasta que te sentí dentro de mí. Se me escapó un gemido suave, lo que provocó que separara un poco mis labios de los tuyos. Me agarraste la cabeza por detrás de la nuca y me acercaste con ímpetu de nuevo hasta ti.

Me sujetaste la cara: no querías que dejara de besarte. Te sujeté las mejillas: deseaba besarte para siempre.

Quería que aquello no terminara nunca. Ahogaba mis gemidos contra tu boca, porque no

podía separarme de ellos. Nos movíamos cada vez más rápido, más fuerte, hasta que no aguanté más.

—Te quiero, Tristán —dije mientras mi cuerpo se relajaba.

Pensaba que habíamos terminado, aunque, en cuanto te susurré ese «te quiero», volviste a apretar tu boca contra la mía. Sí, creía que no podía más, pero deseaba sentirte. Me levantaste en tu cuello mientras te ponías en pie. Nuestras bocas no se separaban más de un segundo. Te rodeé el cuello con mis brazos y la cintura con mis piernas, a la vez que me llevabas hacia atrás hasta apoyarme contra la pared.

Te acariciaba el pelo y te sujetaba la cabeza para que no te despegases ni un milímetro de mi boca. Cerré los ojos mientras te movías dentro de mí. Busqué tu dedo con mi dedo y te lo apreté con toda la fuerza de la que fui capaz, mientras me retorcía de placer.

Cuando terminamos, volvimos a la cama y quedamos en silencio unos minutos, abrazados.

—Entonces, ¿hay que seguir diciendo que somos amigos? —te pregunté.

Te reíste y, a continuación, me sujetaste suavemente la cara para mirarme a los ojos.

—Sara.

Me excitaste de nuevo solo con escucharte decir mi nombre con esa pasión.

—Te quiero —susurraste.

Te comencé a besar, esta vez de manera suave y pausada, disfrutando del roce de tus labios, de cada delicado movimiento de tu lengua. Ya habíamos desatado la furia contenida de meses mirándonos sin poder tocarnos. En ese momento, queríamos disfrutarnos, acariciarnos con dulzura y saborear cada caricia; besarnos con mimo y gozar con cada beso.

Me puse encima de ti y te llevé las manos a mis pechos, que acariciaste lentamente. Alzaste la cabeza hasta besarlos. Me levantaste y, cuando me quise dar cuenta, yo estaba tumbada en la cama y tú encima de mí.

—Ahí quieta —me susurraste.

¡No sabes cómo me excitó oírte decir eso! Ni imaginaba lo que harías, pero, hasta ese momento, habías demostrado conocerme tan bien en todos los aspectos que me entraron muchos nervios.

Bajaste la cabeza y besaste mi cuello, con suavidad y delicadeza. Cerré los ojos. Intenté acariciarte el pelo, pero me sujetaste la mano y la llevaste al cabecero.

—No me obligues a atarte —me dijiste al oído.

—Mmm.

Llevaste tu mano a mi boca para que tampoco hablara. Tus labios fueron bajando hasta mis pechos, y seguiste bajando. ¡¡Cómo iba a mantenerme callada!! Pasaste la lengua cerca del ombligo. Y seguiste bajando. «¡Baja más, por favor!», gritaba dentro de mí.

Me abriste las piernas y me empezaste a besar por el interior del muslo izquierdo. «¡¡No, por ahí no!! Que me muero». Me acariciaste la otra pierna, con sutileza, moviendo tus dedos, que fueron subiendo lentamente hasta moverse alrededor de la entrepierna, rozándola en algún momento, como por accidente, aunque era completamente intencionado.

Tus labios acariciaron mi clítoris y, para no pasar de un suave gemido a un grito escandaloso, me llevé la mano a la boca y me la mordí con rabia.

Tus dedos empezaron a juguetear sin llegar a introducirse. Me retorcí y arqueé la espalda de placer. Iba a explotar. Y tenía que gritar. Me agitaba cada vez más rápido. Estaba a punto de estallar en un orgasmo intenso y prolongado… Sin embargo, te apartaste y subiste hasta mi oído.

«¿Qué? ¿Por qué? No pares».

—Todavía no —ordenaste con suavidad.

—¡¡Me matas!! —susurré en un gemido.

¡Tantas veces había deseado tenerte frente a mí así, sin ocultarnos nada, mostrándonos!

Intenté atraerte a mis labios, pero me quitaste la mano y me apartaste de ti.

—Buf, Tristán…

Entonces te sentí. Ahogué un grito. Te movías dentro de mí sin darme un respiro, al tiempo que apretaba el cabecero con mis manos.

—Todavía no, he dicho —ordenaste, con voz sensual, mientras te detenías durante un instante.

Me mordí el labio y cerré los ojos, suplicando que siguieras hasta el final. Y volviste a moverte, más rápido, más fuerte.

Estaba a punto de explotar.

—No pares, por favor —gemí al tiempo que intentabas taparme la boca con tu mano—. ¡No quiero que pares! —grité con ansia.

Seguías moviéndote mientras me tapabas la boca de nuevo. Hiciste un ademán de detenerte; entonces, liberé mis manos y te apreté con fuerza contra mí para que continuaras. Quería chillar y sacar afuera todo el placer acumulado, así que te aparté la mano de mi boca. Mi cuerpo se empezó a contraer por completo y grité hasta que todo estalló en una gran explosión.

CAPÍTULO**48**

Desde que nos cruzamos los dedos por primera vez, mi dedo es el ancla que hace que no me mueva de tu lado

Tristán

Después de pasar unas horas intensas en el motel, decidimos ir a comer algo a la terraza de siempre de la que nunca recuerdo el nombre.

—Bah… —comentaste al probar la hamburguesa de soja—, quizás llega para un «jolines, no está mal». Nada que ver con las tuyas, que son de «¡joder, qué bueno está esto, la hostia!».

—Ja, ja, ja. Estás fatal.

—Por cierto, cuando montes tu restaurante vegano, ¿cómo lo vas a llamar?

—*Green Day*, eso ni se pregunta.

—¡¡Qué bueno!! ¿No se le ha ocurrido ese nombre a nadie?

—Supongo que alguno habrá, pero yo no lo conozco, aunque pienso que deberían llamarse así todos los restaurantes veganos.

Soltaste una carcajada.

—Vale, pues hecho. *Green Day*. ¡Me apunto!

—¿Vas a montar el restaurante conmigo? —dije, dándote un beso en la mejilla.

—¿Quieres que montemos el restaurante juntos? —preguntaste con voz tierna.

—Ajá —respondí mientras te daba besitos por el cuello—. Pero tú serás periodista y escritora.

—Seré socia del restaurante, aunque solo sea para acostarme con el jefe. Oye, tú también serás periodista, ¿no? —dijiste, poniéndote seria—. No me dejarás sola en clase.

—No lo dejaré, pero sé que ahí no está mi futuro. En cambio, a ti te brillan los ojos cada vez que hablas de periodismo. Se te ve feliz hasta en *Economía*.

—Sí, me apasiona. *Economía* no, me refiero al *Periodismo*, obviamente. Tengo que recuperar algunas que suspendí cuando… ya sabes —dijiste un poco triste. Te acaricié la mejilla —. Pero sí, me encanta estar en *Periodismo*.

—Y escribir. ¿Cómo vas con eso?

—En estos meses no he podido concentrarme, aunque lo retomaré.

—Ya. Me lo imagino.

—En lo que estoy centrada es en volver a publicar *El rencor del almendro*. Me he informado y no me tomarán más el pelo. Estoy convencida de publicarlo; esta vez por mi cuenta. He establecido una estrategia de *mailing*.

—¡Qué bien! Yo de marketing y redes sociales no sé nada, pero te ayudaré en lo que pueda. Como darte muchos mimos mientras escribes —te dije, mordisqueándote la oreja.

—Sí, sí, seguro que es la mejor manera de concentrarse —respondiste al tiempo que cerrabas los ojos—. Gracias, serás un ayudante genial. ¡Hemos perdido tanto tiempo de estar juntos!

—No lo creo. Después de vivir lo que hemos vivido juntos y de conocernos como nos conocemos, sé que eres la persona con la que quiero estar, y tengo clarísimo que lo nuestro será para siempre.

—Yo también estoy convencida. ¿Sabes por qué? Porque no estoy capacitada para querer más de lo que te quiero ahora mismo.

Me acerqué para besarte y, después, diste otro mordisco a tu hamburguesa y torciste el gesto.

—¿Hola? Llamando al sabor! —ironizaste—. Recuerdo el primer sándwich que me llevaste. ¡Joder, qué bueno! Fue un día genial.

—Vamos —dije, levantándome.

—¿A dónde?

—Al parque.

—Sabes que tendremos muchos días para hacer cosas juntos, ¿no?

—Porfa —rogaste con un puchero—. Además, quien lleva el coche soy yo, así que te llevaré donde quiera.

—Oye, si vas a empezar tú también con los pucheros y los buenos argumentos, vamos a tener un problema.

—Aprendo rápido.

Te levantaste y, mientras me besabas para distraerme, metiste la llave en mi bolsillo y me quitaste las llaves del coche.

—¡Ahora iremos donde yo quiera! —gritaste y escapaste corriendo.

Te alcancé cuando ya estabas llegaste al coche. Te giraste y yo acerqué mis labios a los tuyos. Te acaricié el brazo hasta que llegué a tu mano… y te quité la llave.

—¡Oye! —me reñiste—. Con los besos no se juega.

—Ah, ¿no? Díselo a tu *yo* de hace dos minutos, que no se debió de enterar.

—Nada, él sigue con su lógica aplastante.

En el trayecto en coche hasta el parque notaba cómo me mirabas, sonriendo todo el rato, feliz. Tu mirada cariñosa y tu sonrisa me hacían sentir seguro y emocionado por lo que el futuro juntos que nos esperaba.

Cuando aparqué, me acerqué al maletero para sacar unas cervezas.

—Si la mochila me da miedo, prefiero no mirar ese maletero.

—Y tú, ¿has traído unos pegotes de esos que haces y que te atreves a llamar hamburguesa? —te pregunté cuando salíamos del coche.

—¡Oye!

Me intentaste dar un manotazo en el brazo, pero escapé. Me perseguiste y yo corrí en dirección a nuestra mesa. Te lanzaste contra mí y te subiste a mi espalda, rodeándome el cuello con tus brazos. No me esperaba que te tiraras contra mí con esa fuerza, así que me desestabilicé y caímos los dos.

—¿Recuerdas cuando caímos aquella vez? —preguntaste cuando dejaste de reírte. Me puse encima de ti.

—Recuerdo que estábamos así. Y nos miramos.

—Notaba tu respiración junto a la mía —dijiste acariciándome por encima de la nuca, moviendo tus dedos con suavidad.

—Te iba a besar, creí que te iba a besar —confesé acercándome a tus labios.

—No iba a poder resistirme —reconociste tú.

—Y entonces te levantaste —dije.

Y esa vez fue yo quien se puso en pie.

—¡Oye! —me reñiste—. Acabas de portarte muy mal. Esta te la guardo.

—Estamos en un parque público. Hay que mantener las formas.

Te ayudé a levantarte y te atrapé entre mis brazos. Me senté y tú te echaste en el banco,

utilizando mi pierna como almohada.

—Era complicado.

—No, no tiene por qué serlo —comentaste mientras te incorporabas—. Mira, te propongo que, cada vez que uno no sea del todo sincero con el otro, o no se atreva a decir algo, el que no sea claro tiene que pagarle una *Ranses* al otro.

—Trato hecho.

Pasamos un buen rato en el parque. Después, propusiste ir a cenar a un local donde servían tapas y tenían sesiones de micrófono abierto. Quien quisiera, podía apuntarse en la lista y salir a actuar. Sonaba divertido.

El local daba sensación de intimidad, con unas cuantas mesas redondas, no muy grandes, y un pequeño escenario, en el que había instrumentos, micrófono y hasta un perchero con disfraces, y que se separaba de las mesas por un único escalón.

Todavía no había nadie actuando, así que aproveché para llamar a mi tía.

—¿Rosa? Hola, ¿qué tal?

—Hoy también tienes que quedarte, ni me digas más.

—Sí, Sebas sigue en el hospital —mentí—. Tengo que trabajar esta noche también. Lo siento.

—Ya estoy en tu casa, hijo. Me lo suponía.

—Gracias. ¡Eres un amor!

En carta, no había gran cosa que fuera apta para veganos, así que pedimos unas patatas, ensalada y setas al ajillo. Cuando me di cuenta, ya teníamos los dedos entrelazados.

—¿Te das cuenta —pregunté— de que cada vez que hablamos no tardamos más de dos minutos en agarrarnos los índices?

—¡Es cierto! —respondiste—. Sonará cursi, pero supongo que es porque, desde que nos cruzamos los dedos por primera vez, mi dedo es el ancla que hace que no me mueva de tu lado.

—¡Qué metáfora más bonita! Un poco ñoña, pero bonita.

—Te la regalo. La puedes utilizar para cuando escribas el primer poema pensando en mí.

—¿El primero?

—¿Ya me has escrito algún poema? —preguntaste, ilusionada. Yo asentí—. ¡Léeme alguno!

—Aquí no lo tengo.

—¿Y no recuerdas ninguno?

—Chtss, que empieza.

El primero que subió al escenario fue un chico que no cantó mal del todo. A continuación, se presentó un hombre de unos treinta años, alto y fuerte. Rebuscó entre los disfraces disponibles y se puso una chaqueta brillante gris. Inició un monólogo y poco después empezó a interactuar con el público.

—Hay tres chicas aquí —dijo señalando a la mesa que estaba en primera fila, delante de la nuestra—, que, por lo visto, no tienen mejor plan un sábado por la noche que venir a un micro abierto. —Todos nos reímos—. A escucharnos.

Levantó las manos e hizo mueca de incredulidad. La verdad es que era un tipo muy gracioso, tanto en el ingenio que demostraba en las improvisaciones como en la manera de expresarse y gesticular.

—¿A qué os dedicáis? —les preguntó.

—Estudiantes —contestó una de ellas.

—¿Qué carrera hacéis?

—*Magisterio* —dijo otra.

—Ah, vale, pensé que habías dicho que erais estudiantes. Habré entendido mal

Se oyeron risas y alguna carcajada. Las chicas con las que hablaba se reían, nerviosas. Una de ellas se tapaba la cara con el pelo.

—Eso sí, ahora entiendo a qué habéis venido: supongo que si hacéis unos malabares aquí os convalidan el segundo curso completo.

Nos miramos y te pasé el brazo por encima de tus hombros. No me creía todavía que pudiéramos estar allí, compartiendo esos momentos. Nos dimos un besito y apoyaste tu cabeza sobre mi hombro.

—¡Oh, qué bonito es el amor! —dijo extendiendo el brazo hacia nosotros. Asentimos—. ¿Cuánto hace que estáis juntos?

—Un día —contesté.

—No, aún ni eso —rectificaste tú.

—Ah, vale, por eso se os ve tan felices…

La gente se rio y aplaudió. Él asentía, esperando a que el público terminara de aplaudir. Se notaba que tenía tablas sobre el escenario.

—Oye, simple curiosidad —se interesó acercando la oreja en nuestra dirección y arrugando la frente—. ¿Quién dio el primer paso?

Nos miramos. En realidad, no sabíamos qué contestar.

—No lo saben —exclamó poniendo cara de asombro.

Se encogió de hombros. La gente estalló en una nueva carcajada.

—Él me riñó y me dijo que me quería —le respondiste.

—Ah, lo normal para empezar…

—Y ella me mandó a la mierda e intentó besarme —repliqué yo.

El local estalló en una risa que se prolongó durante unos segundos.

—Os auguro un buen futuro, sí, señor —dijo mientras arrugaba la boca—. Hay parejas que esperan incluso hasta después del matrimonio para hacer esas cosas.

Hizo una reverencia y se bajó del escenario entre los aplausos de la gente. Se acercó hasta nosotros juntando las manos para disculparse. Tú te acercaste, le dijiste que había estado genial y le diste un abrazo.

El camarero insistía en que alguien se animara a subir al escenario, porque no se apuntado nadie más. Miré el teclado escondido tras los disfraces. Uf, me entraron sudores. Se me pasó por la cabeza darte la sorpresa de interpretar *Experience*, pero aún estaba muy verde.

—Cualquier cosa. Un baile, cantar, hasta manualidades —dijo el chico del micrófono mirando a las chicas de *Magisterio*.

Te miré. Quería darte aquella sorpresa y demostrarte lo importante que había sido para mí aquel gesto. Me sequé el sudor de las manos y me levanté.

—Yo —dije casi sin voz por los nervios.

Me miraste con cara de sorpresa. Me armé de valor y subí al escenario y, muy nervioso, comencé a interpretar *Experience*. Respiré profundamente tratando de relajarme y, aunque me equivocaba en algunas notas, seguía adelante disfrutando de la emoción de saber que me estabas escuchando. Cuando terminé, estabas en pie, aplaudiendo, con los ojos vidriosos.

CAPÍTULO**49**

Te acerqué a mí y te besé, con la misma pasión de nuestro primer beso y con la ilusión de saber que nos tendríamos para siempre

Sara

Desde entonces han pasado muchas cosas, y tengo que decir que la vida me ha tratado bien. De hecho, si alguien escribiera mi biografía, expondría al mundo la vida de una escritora y periodista de éxito que ha triunfado. ¿Por qué, entonces, no recuerdo haber sido plenamente feliz ningún día desde entonces? ¿Por qué llevo esta angustia en mis entrañas constantemente? ¿Por qué no puedo dejar de recordar aquel día una y otra vez?

Te ibas a volver a la mesa. Aún no me creía que hubieras interpretado *Experience* para mí. Te equivocaste en alguna nota, pero la esencia estaba ahí; el *tempo* no era el correcto, pero emocionaste a todos; la intensidad no era la adecuada, pero la música nunca había sonado tan bien.

Sin embargo, te giraste y le hablaste al micrófono de nuevo.

—Sara, te debo una *Ranses*. ¿¡Alguien puede llevarle una *Ranses*!? —preguntaste mirando hacia la barra. Un camarero sacó una de la nevera que tenía frente a él y la levantó para que la vieras—. No he sido del todo sincero contigo. El primer poema te lo escribí tras quedar fascinado viéndote interpretar *Serenade*. Y quizás hasta ya lo hayas leído sin saber que era para ti. Aún ni me planteaba que podía llegar a quererte, pero mi corazón ya lo sabía. Rompí el papel donde lo había escrito, porque me sentía culpable de haberlo hecho, aunque quedó grabado a fuego en mi mente.

Ahí sí, ahí supe que iba a llorar. Tocaste los primeros acordes de *Serenade* y, cuando entró la línea melódica, comenzaste a recitar los versos con voz grave y profunda, con lentitud, con dulzura, engarzando los versos en los compases.

> En tus manos vi la luz,
> Las tinieblas en tus ojos.
> En tus manos vi el pesar
> De mil corazones rotos.

¡Era el poema! ¡El poema que guardé en su funda y escondí en el cajón para siempre! ¡El poema que detestaba porque no estaba escrito para mí! Dejaste terminar el fraseo de la música para retomar el poema coincidiendo con la siguiente frase de la pieza. Era emocionante que hubieras escrito eso pensando en mí.

¡Mi poema!

La forma en que recitabas, suave y pausada, me inundaba el corazón. Y me maravilló cómo habías conseguido que música y texto engarzaran con esa armonía.

> En tus manos vi la luz,
> En tu boca acordes sordos,
> En tus manos vi la dicha
> De mil corazones locos.

¡Guau! No dejaba de mirarte, con los ojos chispeantes. ¿Cuántas veces se podía salir el

corazón del pecho en un solo día?

Apoyé los codos en la mesa y junté las manos para descansar mi barbilla en ellas. Te contemplaba con los ojos inundados. ¡Desde que me había despertado había sido todo tan perfecto!

Y si al verme frente a frente
Viste mi alma en el lodo,
Y si al cruzarnos la mirada
Tiemblas, aunque sea un poco,
Es posible que te diga
Lo que ya sabemos todos.
El mañana será nuestro
O prefiero morir solo.

Se me erizó la piel. «No tiemblo al mirarte, Tristán. Me estremezco». Deseaba llegar a casa y rescatar el poema del fondo de mi cajón para leerlo quinientas mil millones de veces (una arriba, una abajo).

En tus manos vi la luz,
En tu boca besos sordos,
En tus manos vi el amor,
Las estrellas en tus ojos.

Terminaste y todo quedó en silencio unos segundos. La gente, emocionada con tu interpretación, estaba expectante mientras te bajabas del escenario y venías hacia mí. Me puse en pie y te abracé. Toda la sala rompió a aplaudir. Algunos incluso silbaban.

—¡¡Que se besen!! ¡¡Que se besen!!

Entre lágrimas de emoción, me reía mientras la gente gritaba y aplaudía. ¿Era aquello una puta película de Hollywood?

—¿Te ha gustado? —preguntaste.

¿Mis lágrimas no te daban ninguna pista? Te acerqué a mí y te besé, con la misma pasión de nuestro primer beso y con la ilusión de saber que nos tendríamos para siempre.

*****

—¿Dónde quieres ir ahora? —preguntaste al salir del bar.

—Oye, ayer me lo pasé bien en el antro ese. Podíamos volver.

—¿En serio?

—¡¡Porfa!!

—No empieces con tu mezcla letal de ternura y argumentos, que te veo venir.

—Hoy no tengo ningún argumento para ir a ese sitio… pero —te besé el cuello— a lo mejor te apetece ir —te di unos mordisquitos alrededor de la oreja—, tomar una cerveza —te acaricié la pierna— y volver al motel.

Mientras te acariciaba, metí la mano en el bolsillo de tu pantalón y te robé las llaves del coche.

—Lo siento —dije enseñándotelas—. Ahora me toca elegir a mí.

Fuimos hasta el pub y estuvimos un rato sentados junto a la barra.

—No me mires así —te dije.

—Así, ¿cómo?

—Así, haciéndome sentir la persona más especial del mundo.

—¿No lo eres? —respondiste con voz sugerente—. Tendré que seguir investigando, entonces.

Te levantaste y miraste a un lado y a otro.

—Ni se te ocurra buscar más.

Te sujeté, te senté en el taburete y te besé.

—No empieces, que si no tendremos que ir al motel ya.

Pasaste la lengua por mi cuello.

—¡Que no me tientes! ¡Venga, al motel!

—De eso nada —exclamaste. Señalaste hacia una mesa de billar que había al fondo, como apartada—; el que gane, elige dónde vamos después.

Fuimos a la zona del fondo del pub, iluminada únicamente por la tenue luz que emanaba de la lámpara que alumbraba el tapete.

—¿Tú sabes jugar a esto? —me preguntaste, intentando burlarte.

Golpeé la bola blanca con fuerza para abrir el juego, que impactó con violencia contra el resto. Dos de ellas entraron, cada una, en una tronera de cada esquina. Me encantó ver tu cara.

—Vale, ya veo que algo sabes jugar.

Me acerqué a ti y te di un beso, abriendo la boca para rozar tu lengua un segundo. Seguí tirando. Tú empezaste a acariciarme con sensualidad; primero, la zona de la barriga; después, subiste a mis pechos.

—Sé lo que estás intentando. Y no voy a caer.

Seguí tirando, sin perder el turno. Me acariciaste por debajo de la blusa. Procuraba hacerme la fuerte, pero me estabas excitando mucho. Solo me quedaba por meter la bola negra. Traté de apuntar, aunque intentabas desconcentrarme frotándote contra mí descaradamente. Pasaste tu mano por delante y comenzaste a acariciarme por la entrepierna. Tiré con todas mis fuerzas y la bola negra entró en la tronera que correspondía sonando con contundencia.

Me giré y comencé a besarte con deseo. Te fui llevando hacia atrás para llegar a la pared, pero, en esos pocos pasos, tropezamos contra otra pareja. Con tu espalda chocaste con la chica, a la que se le derramó algo de su copa.

—¿Qué pasa? ¿Estás loco? —te chilló.

El novio se puso en pie.

—Perdón. No os había visto —te disculpaste.

—«Perdón», dice el tío —replicó mirando a su novio—. Mira cómo me ha dejado el pantalón.

—Lo siento. Te pago otra copa.

—Pues claro que la vas a pagar. Mira, me has dejado sin nada.

Te lanzó lo que quedaba en su vaso a la cara. Tú estabas tratando de ser educado y ella te respondía con esa salida de tono, tirándote la copa. No me pude contener y me abalancé sobre ella. Creo que no me había peleado en mi vida, pero le lancé un puñetazo que le dio en la mejilla.

El novio se abalanzó sobre ti y te dio varios puñetazos en la cara. Yo seguía sujetando a la chica. Su novio me agarró por detrás, me levantó y me tiró al suelo. Entonces, con cara de enajenado total, alzaste un taburete con el que le golpeaste en la espalda. Él ni pestañeó. Cuando se giró hacia ti, me viste allí en el suelo y comenzaste a lanzarle puñetazos. Él no parecía

inmutarse, pero golpeabas una y otra vez.

El chico ya estaba sangrando por la nariz y totalmente derrotado, así que me levanté y te sujeté por detrás. El encargado de seguridad se acercó a nosotros y te sujetó.

—¿Qué ha pasado, Satur? —le preguntó.

—Ese animal. Mira cómo me ha dejado —contestó tratando de limpiarse la sangre de la cara.

El guardia de seguridad nos agarró por la parte de atrás de la camiseta y nos empujó hasta la salida.

—¡Han sido ellos quienes han empezado! —protesté.

Nos empujó fuera del local y cerró la puerta.

—¡Idiotas! —grité.

—¡Mequetrefes!

—¡Botarates!

Nos carcajeamos, pero el de seguridad abrió la puerta de nuevo y huimos despavoridos (y muertos de risa).

Entre las carcajadas, la oscuridad y la leve lluvia que había comenzado a caer, no encontrábamos el coche. Lo localizamos escondido entre un camión, que había aparcado a la derecha, y un furgón, que estaba a la izquierda.

—Estás loquísima.

Me arrimaste contra el coche y me besaste.

—¿Sabes qué, Tristán? Es el mejor día de mi vida.

—Pues todavía puede mejorar —respondiste acercándote a mí para besarme.

Podría echarle la culpa a las horas, al alcohol, a la adrenalina por la pelea, pero lo cierto es que nada de eso influyó en el deseo que nos aceleraba el corazón. Mi lengua se movía con ansia dentro de tu boca. Metí la mano en tu pantalón y, al desabrocharte, comprobé que estabas muy excitado. Lancé tu camiseta al suelo y recorrí tus pectorales con mis manos, bajando hasta tus abdominales. Me quitaste la camiseta y me abrazaste contra ti hasta que nuestras pieles se rozaron.

Había comenzado a chispear tan levemente que era casi imperceptible y, lejos de resultar molesto, aquellas gotas finas que caían en mi espalda eran como chispazos que intensificaban el deseo.

Me subiste al capó del coche y me quitaste el pantalón con la intención de jugar conmigo, pero el deseo ya se había apoderado de mi cuerpo y te necesitaba. Rodeé tu cintura con mis piernas y te empujé hacia mí hasta que te sentí dentro. Emitiste un gemidito, casi un suspiro, que me volvió loca. Te apreté para que te movieras más rápido.

De pronto, sentimos un bocinazo tremendo que casi nos saca el corazón del pecho. Un hombre estaba en la ventanilla del camión de al lado, gesticulando, muy enfadado. Creo que lo despertamos. Yo me moría de vergüenza. ¿Cuánto tiempo llevaría mirándonos? Recogimos la ropa del suelo y entramos al coche.

—Arranca, arranca, ya nos vestiremos —rogué.

Paramos en un área de descanso que había a un par de kilómetros para vestirnos, muertos de la risa.

—Espera —susurré poniéndome encima de ti—. Vamos a terminar lo que habíamos empezado.

Después de hacer el amor, nos vestimos y quedamos hablando en el coche.

—Como has querido marchar tan pronto del pub —bromeaste—, ahora es temprano. ¿Qué quieres hacer?

—No sé. Quiero conocerte más. Llévame a algún sitio que sea especial para ti.

No dijiste nada y encendiste el contacto.

—¡Espera! —te pedí sujetando tu mano—. Tengo que decírtelo. Está siendo un día perfecto. Bueno, lo de pelear tenemos que mejorarlo.

—Y la comida no ha sido buena del todo.

—Cierto, pero incluso lo de la comida pasa a segundo plano. —Me miraste con mueca de sorpresa—. Sí, sí, créetelo. Ahora en serio, me ha encantado que tocaras *Experience*. ¡Y el poema! Me has emocionado. Te quiero tanto, Tristán.

—Yo tam…

—Déjame acabar —te interrumpí—. No es decir por decir. Te quiero de verdad. Es más que quererte. ¡Te amo! No, es que no se me ocurre cómo decirlo, porque todas las palabras se quedan cortas para decirte la sensación de plenitud que recorre mi cuerpo ahora mismo. No sé cómo hacerte entender lo tremendamente feliz que me hace estar a tu lado y saber que estamos juntos. Me estremezco al pensar que, a partir de ahora, nos apoyaremos en todo, más aún; nos divertiremos juntos, más todavía; y viviremos momentos únicos como los que estamos viviendo. No sé cómo expresarlo. Solo puedo decir que te amo, te adoro y te admiro.

CAPÍTULO**50**

Sarífone se va apagando, abrazada a Tristófonos, hasta que muere junto a su amado

Sara

Con *Experience* a todo volumen y mientras te sonreía como una boba, tomaste la carretera hacia el monte Serbal. Paraste en una especie de mirador y nos sentamos en una roca que había junto a un árbol que miraba hacia el precipicio. Ya no llovía y las estrellas alumbraban en medio de aquella oscuridad. Alguna nube las tapaba durante unos segundos, pero el viento las obligaba a cruzar con rapidez, volviendo a mostrar una luna casi llena.

—Es un sitio precioso —comenté—. ¿Por qué es especial para ti?

—¿Sabes cuando estás cansado de la vida?

—No digas eso.

—En esos días vengo aquí y me desahogo. A veces grito hasta quedar sin fuerza y así no tengo hueco ni para la rabia. Otras, simplemente me siento a observar la inmensidad del cielo.

—¿Qué es eso que te ha hecho cansarte de la vida?

—No es día para cosas tristes.

—Siento que, con lo de mi madre, hemos estado tan centrados en mí que me queda mucho por conocer sobre ti, y ¡lo quiero saber todo!

—Y te contaré todo, pero no hoy. Solo quiero disfrutar de estar contigo. Por cierto, aquí traje a Fran aquel domingo.

—¿Ah, sí? Regresasteis a casa guapos, anda. ¿Y qué le dijiste?

—Que disfrutara de tu madre. Que sufriera con ella. Que lloraran juntos si hacía falta, y que exprimiera cada momento con ella. Pero hoy no es día de cosas tristes.

—Me entristezco, pero ahora lo vivo de manera diferente. Siento el dolor de no poder estar con ella, obvio, pero siempre se me pone una sonrisa cuando la recuerdo.

—Por cierto, ¿tu padre no se ha preocupado por ti ayer y hoy?

—Mi padre confía en mí. Eso, y que le he dicho que estaba con Silvia. Si le digo así por teléfono que estoy pasando el *finde* contigo le da algo. Mañana se lo contaré. En el fondo, sé que se va a alegrar, porque ha visto cómo eres.

—Le he notado muy cambiado, la verdad.

—Se ha portado. Durante la enfermedad ha llevado todo el peso de la familia. El día que murió mamá él ya había hecho esfuerzos por asumirlo para poder estar centrado en nosotros y le noté hasta sereno.

En ese momento te levantaste señalando al cielo.

—Mira, aquella constelación es Casiopea.

—¿Qué dices? —Me levanté y me puse a tu lado.

—¿No es lo que suele pasar en las pelis? En un momento emotivo, el chico mira hacia el firmamento y dice: «Fíjate allí, es Casiopea», y cuenta un hermoso mito griego sobre el amor.

—Ya… El problema es que no te lo puedes inventar porque me gusta mucho la mitología griega. Y soy experta en astronomía. Casiopea es aquella.

—¿Cuál?

—Aquella que tiene como forma de W. Pero cuenta, cuenta la historia.

—No, no. ¡No me atrevo a engañarte!

—No, venga, no quiero chafar tu plan. Invéntate una historia, lo más disparatada posible, y

yo hago esfuerzos por creérmela.

—Vale —pensaste un momento mirando las estrellas—. Mira, aquella es la constelación del pingüino. —Solté una carcajada—. ¿Ves que tiene forma de pingüino emperador?

—Eh… Sí, sí. —Entorné los ojos hacia arriba—. Al principio pensé que era una masa informe de estrellas que están a millones de años luz, pero no, fijándome bien, veo que es igualito a un pingüino.

—Hay que fijarse mejor para la próxima. Pues bien —proseguiste señalando hacia el cielo —, Tristófonos, el dios de los tristes, estaba enamorado de la ninfa Saríone.

—Ja, ja, ja. Tristófonos y Saríone. Me muero. Y si Tristófonos es el dios de los tristes, ¿la ninfa Saríone?

—Umm —pensaste arrugando la frente—, ¿la ninfa de los *saraos*?

—Vale, vale —respondí mientras me reía.

—Toximisa, diosa de los gases tóxicos del inframundo, estaba enamorada de Tristófonos. Cuando Tristófonos le regala un anillo a Saríone como prueba de su amor y se declara a ella, Toximisa, corroída por la envidia —entrecerraste los ojos—, convierte a Saríone en pingüina.

—¡Oye, vaya caradura! ¿Y por qué no a Tristófonos? Es él quien le hace daño.

—Porque Tristófonos es un dios poderoso y a él no puede enfrentarse.

—Ya, ya.

—Yo no pongo las reglas. —Te encogiste de hombros—. El caso es que Tristófonos ama tanto a Saríone, pero tanto, tanto, que va a hablar con Benévolo, el dios de las buenas causas.

—Ja, ja, ja. No puedo. —Te miraba muerta de risa. De la nada te estabas sacando una historia mitológica totalmente disparatada y a la vez con sentido.

—«Amo a Saríone», le dijo, «pero Toximisa la ha convertido en pingüina. Y, no sé por qué, las relaciones hombre/pingüina están mal vistas» —declamaste exageradamente como en una tragedia griega—. Era otra época, claro —puntualizaste.

—Pues, oye, cada vez que miro al cielo, cada vez se parece más a un pingüino.

—Claro —respondiste, y continuaste con el relato—. «Te comprendo», le dijo Benévolo. «Yo no puedo deshacer el hechizo de Toximisa, que soy Benévolo, pero no tonto. Por ayudarte a ti, no me voy a arriesgar a que Toximisa me condene a respirar sus gases fétidos durante toda la eternidad». Tristófonos arrugó el entrecejo mirándole con desilusión, a lo que Benévolo dijo: «yo, si quieres, te convierto en pingüino a ti también». Y así fue cómo, por amor, Tristófonos, dios de los tristes, se convirtió en pingüino emperador.

—¡¡Muy bien!! —aplaudí—. Una historia muy romántica.

—No, no. Ahí no acaba.

—¡Anda! La historia ya me parecía que quedaba redonda así.

—«Toximisa no puede sospechar, por lo que te convertiré en pingüino durante los tres meses que pasan en las colonias. Así podrás estar con tu amada. El resto del año, mientras los pingüinos regresan a alta mar, tú volverás a la tierra con tu forma de dios». Tristófonos acepta y se dirige al Polo Norte… ¿o están en el Polo Sur? Siempre me entra la duda.

—En el hemisferio sur —respondí.

—Tristófonos va a la Antártida —continuaste— y recorre todas las playas en busca de Saríone, llevando consigo la piedra más grande y hermosa que encuentra para ofrecérsela y construir juntos el nido donde incubar el huevo que tendrán. No obstante, todos los pingüinos le parecen iguales y no sabe cómo distinguirla. Él va graznando de playa en playa, caminando con sus ridículas patitas —juntaste las piernas y pegaste los brazos a tu cuerpo, con las palmas

abiertas, caminando como un pingüino—. De hecho, como no está acostumbrado, se cae cada poco.

—¿Cómo dices que camina? —Te moviste de un lado a otro imitando a un pingüino—. Ja, ja, ja. Perdón, continúa.

—De entre todos los pingüinos, ve a una pingüina que prueba un sándwich de plancton (porque son pingüinos veganos) y emite un graznido enorme y malsonante. Casi le pareció escuchar un «¡Joder, qué rico!». Tristófonos reconocería ese graznido en cualquier parte: era Sarífone.

—Ja, ja, ja, me meo.

—Sarífone, sin soltar el sándwich, mira a Tristófonos y lo reconoce. Está a punto de caérsele el bocado, pero lo sujeta con fuerza mientras camina hacia su amado. Tristófonos le ofrece la piedra para su nido y ella acepta.

—¡Precioso! Lo de no soltar el bocado… me ha llegado al alma.

—Cada año, después de construir el nido, aparearse e incubar el huevo juntos, Sarífone regresa a alta mar, mientras Tristófonos vuelve a tierra. Y, así, año tras año, viven su amor como si fuera eterno.

—¡Qué bonito! Aparearse una vez al año no suena bien, pero el resto, precioso.

—No se dan cuenta de que Sarífone ya no es una ninfa inmortal, sino una pingüina, así que, pasados unos años, Sarífone se va apagando, abrazada a Tristófonos, hasta que muere junto a su amado.

—Tonto —te reñí, con cariño, dándote un manotazo en el brazo—. ¡Ya no me gusta esta historia!

—Tristófonos dibuja a su amada y le pide a Estréllides que convierta su dibujo en una constelación para poder ver a Sarífone todas las noches. Y ahí está, la constelación del pingüino. De la pingüina, en realidad. Tristófonos, desde cualquier sitio de la tierra en el que esté, sale todas las noches a ver a su amada en el cielo.

—Eres muy tonto —protesté con los ojos vidriosos. Era una tontería de cuento sobre pingüinos simulando una historia mitológica, pero me había emocionado.

Fuiste al coche y volviste con dos mantas. Una la colocaste sobre nuestras piernas y, otra, envolviéndonos los hombros. Quizás tú ni recuerdes esa historia, pero yo miraba las estrellas, porque no quería que se me escapara dónde decías que estaba el pingüino. Era difícil imaginarlo, aunque intenté recordar cómo se podía dibujar la silueta de Sarífone para, en las noches en las que no estuviéramos juntos, contemplar el cielo y acordarme del momento mágico en que me contaste la historia de Tristófonos, el dios de los tristes, y Sarífone, la ninfa de los *saraos*.

CAPÍTULO**51**

La vida es eso que transcurre entre momentos importantes

Tristán

Han pasado muchas cosas desde aquel día, incluso alguna buena. Nadie que indagara en mi vida se podría extrañar de que mis recuerdos vuelvan una y otra vez a aquel instante. Si a alguien le interesara mi historia lo más mínimo, comprobaría que fue el único momento en que toqué la felicidad con los dedos, el breve paréntesis que me hizo comprender que la vida podría tener sentido.

Era el día más feliz de tu vida, habías dicho. Para mí, aquel día compensaba tantos años en los que me había preguntado si la vida merecía la pena. Por fin lo tenía claro. Contigo apoyada en mi pecho, comprendí que todos los años de sufrimiento no hacían sombra a un solo día juntos.

—O sea, aquí traes a tus chicas a mirar las estrellas, ¿no?

—¿Qué chicas? La verdad es que con Silvia nunca coincidió que viniera. Y antes de Silvia solo hubo una.

—¿Quién? ¿Quién es?

—Uy, ¿celosa?

—No, es por bromear. No me importa no haber sido la primera; me esforzaré en ser la última.

Me levanté y miré hacia el cielo.

—Es un sitio precioso —dijiste—, pero ¿por qué es especial para ti?

—¿Sabes cuando estás cansado de la vida?

—No digas eso —me reprendiste con dulzura.

—En esos días vengo aquí y me desahogo. A veces grito hasta quedar sin fuerza y, así, no tengo hueco ni para la rabia. Otras, simplemente me siento a observar la inmensidad del cielo.

—¿Qué es eso que a veces te hace cansarte de la vida?

—No es día para cosas tristes.

—Yo lo quiero saber todo de ti, Tristán. Siento que, con lo de mi madre, hemos estado tan centrados en mí que me queda mucho por conocer sobre ti, y ¡lo quiero saber todo!

—Y te contaré todo, pero no hoy.

Estuvimos un buen rato sentados en la roca. Me acerqué al coche para volver con dos mantas. Con una, nos cubrimos las piernas; la otra la pasamos por encima de nuestros hombros.

—Oye, eres una experta en mitología relacionada con los árboles, ¿conoces algún mito griego relacionado con este?

—¿Con el serbal? Pues mira, de la mitología griega no sé ninguno.

—¿Te he pillado?

—Lo que te puedo contar es que para los celtas tendría mucho sentido que vinieras aquí a descargar tu ira y a deshacerte de tus malas sensaciones. Creían que sus frutos eran la comida de los dioses y que sus ramas ahuyentaban a los espíritus malignos.

—¡Qué bueno!

—Además, se creía que el árbol era un puente entre el mundo humano y el de los espíritus.

—Me gusta aún más este sitio. Entonces, solo sabías eso, ¿no? ¡Qué poco!

—Bueno, también existe una leyenda escandinava que cuenta cómo Thor se refugiaba

debajo de un serbal durante las tormentas. O sea, por ese lado, también tiene sentido que vengas a refugiarte aquí.

Te miraba y no podía dejar de admirarte. Cada cosa que hacías era más emocionante que la anterior; cada frase que decías, más inteligente. Y lo contabas sin darte importancia, como si fueran cosas que todo el mundo conoce. Sin ser consciente de ello, mientras te contemplaba, se fue dibujando una sonrisa enorme en mi cara.

—¿Qué? —preguntaste al girarte hacia mí.

—Nada —dije en voz baja.

—Oye, no me hagas cobrarte otra *Ranses*.

—Es que te lo he dicho tantas veces hoy…

—No sé de qué me hablas —bromeaste. Ay, ese sentido del humor tan tuyo—. No recuerdo que me hayas dicho nada.

—Te quiero, Sara. Tanto, que me estremezco —por un momento se me pusieron los ojos vidriosos de la emoción—. Nunca imaginé vivir esto contigo. Ayer creía que no podríamos estar juntos nunca y hoy no encuentro la manera en que nos puedan separar.

****

Estuvimos más de una hora sentados junto al serbal, abrazados, sin decir nada, mirándonos, sonriendo, sin más distracción que sentir que estábamos juntos.

—¡Son las cuatro! —dijiste, sorprendida, tras consultar la hora en el móvil.

—Al motel ya casi ni merece la pena ir. ¿Te apetece que vayamos a la playa?

—¿A la playa? Estamos a más de tres horas.

—Perfecto. Llegaremos cuando esté amaneciendo.

—Me encanta. Si estás cansado, podemos ir otro día.

—Sabes que no suelo tener mucho tiempo para mí. Quiero aprovechar cada segundo contigo.

Acordamos ir alternándonos para conducir, pero no pasaron ni diez minutos y ya roncabas. Detuve el coche en cuanto tuve ocasión, abrí el maletero para buscar una manta y te arropé con ella. Abriste ligeramente los ojos un segundo; te tapaste, acurrucada en el asiento, y me miraste. Sí, ahí aparecía. Por esa sonrisa merecía la pena todo.

Estábamos llegando cuando empezó a amanecer. Aparqué en un mirador. Me daba pena despertarte, así que salí del coche y me detuve un rato a contemplar cómo las olas chocaban con furia contra los acantilados. El sol aparecía como saliendo del mar, inundando el cielo de un naranja intenso.

A veces, la vida nos lleva y nos trae con esa misma furia con que las olas se estrellaban contra las rocas y no nos permite detenernos a contemplar amaneceres como ese. Es lo bueno de haber sufrido tanto, que nunca me importó que la vida me adelantara por el carril derecho. No merecía la pena lo suficiente como para perseguirla, así que podía pararme a contemplar cada brillo del reflejo del sol en el mar.

Te miré; seguías dormida en el asiento del copiloto. En el maletero llevaba algunas cosas de comer, así que preparé unas tostas. Entré al coche y te desperté con un beso en la frente.

—Me ha parecido un buen sitio para que veamos amanecer.

Poco a poco, fuiste abriendo los ojos. Nos sentamos en el capó, cubiertos con tu manta.

—¡Es precioso! —Apoyaste tu cabeza en mi hombro—. ¿Podemos quedarnos aquí toda la

vida?

—¿Sí? ¿No tienes hambre?

—¡Cierto! —dijiste, posándote del capó—. Y el desayuno es la comida más importante del día, así que vamos.

—Ja, ja, ja. Te has quedado en los noventa hasta para la nutrición. Ahora bajamos a la playa y desayunamos en algún bar por allí. De momento…

Te acerqué las tostas que había preparado.

—¡Um! ¿Ya te había dicho que te quiero? —dijiste al probar el primer bocado—. ¡Joder! ¡Te amo!

—Por la comida, solo. ¡Qué bonito!

—Y por el sexo. No te olvides del sexo.

*****

Siempre recordaré tu cara de ilusión cuando comenzaste a ver la silueta del castillo de Peñíscola a lo lejos. Se tardaba un poco más que ir a otras playas, pero hablabas constantemente de lo que te gustaba y de los recuerdos que te traía, así que quería conocer esa ciudad contigo.

—¿En serio? —Me miraste, ilusionada.

—Para que me quieras por algo más que por la cocina y el sexo.

—¡Te como! —exclamaste, tras lo que me diste un beso en la mejilla que resonó con fuerza.

Cuando llegamos, consultaste en el móvil y diste con una confitería que tenía en carta opciones de pastelería y bollería para veganos.

—Puedo, ¿no? —dijiste partiendo un trozo de mi tarta de avellana después de haberte comido un croissant enorme.

—Eso se pregunta antes de comerlo, creo.

—Son gananciales —respondiste con la boca llena—. ¡Um, está muy buena! Tienes que aprender a hacerla. ¿Les pido la receta?

—No, no —te contesté, pero tú ya estabas en la barra.

—Aquí tienes —dijiste a los dos minutos, entregándome un papel donde traías apuntados todos los detalles—. ¿Cuándo tienes pensado hacerla? ¿Probamos mañana?

Después de desayunar, subimos a la fortaleza. Te brillaban los ojos mientras me contabas anécdotas de ti y de la familia.

—¡Mira! Allí es donde solíamos cenar pizza.

—Podemos consultar si hay algo apto y comer ahí.

—¡Ay, sí! Y al lado, en donde ahora está esa tienda de móviles, había una heladería artesanal. Yo siempre lo comía de chocolate; Fran, de nata y fresa. ¡Muchas gracias por darme esta sorpresa!

Te tiraste hacia mí y me abrazaste, aunque entre el ímpetu con el que te lanzaste y que estábamos subiendo una de las cuestas de la fortaleza casi me tiras hacia atrás.

—¡Cuidado, que casi caigo!

—Seguro que puedes conmigo.

Te subiste a mi espalda y traté de llevarte un rato, pero la cuesta era demasiado empinada y no avancé más de cinco metros.

—¡Baja, baja!

—¡Sigue! ¡Tú puedes! —dijiste mientras te reías, dándome con el talón como si estuvieras montando a caballo.

—¡Me caigo!

No sabes lo cerca que estuve de llevarnos a los dos al suelo. Pude reaccionar y te apoyé en un murete de piedra de menos de un metro. Subimos hasta arriba del todo, nos apoyamos en la barandilla y contemplamos el mar. Me rodeaste la cintura con tus brazos.

—¿Qué piensas? —preguntaste.

—Que esto es una maravilla. Si alguna vez me pierdo, buscadme en un sitio con playa. Pero un sitio donde haga calor, ¿eh? A ver si me vas a mandar a los fiordos noruegos o algo así.

—Ja, ja. Ya sé que el frío no es lo tuyo.

—¿Y tú? ¿Qué pensabas?

—¿La verdad?

—Claro.

—Pues que no pasara nada —respondiste.

—¿Cómo que no pasara nada?

—La vida es eso que transcurre entre momentos importantes; y yo quiero que no pase nada importante en mucho tiempo. Quiero vivir, solo eso; quedarme así, abrazada a ti. No quiero más hitos en mi vida.

—Qué bonito.

—Siempre parece que tienen que vivirse momentos épicos que nos marquen para que nuestra existencia sea plena. Yo, ya no. Quiero aprender a vivir más lento; a tener vivencias insignificantes, como agarrarte por la cintura y contemplar el mar; pequeñas cosas que me hagan sentir viva.

—¡Cómo no te voy a querer!

—¿Sabes qué decía mi madre?

—¿Qué decía? —pregunté tratando de secarte las mejillas.

—Era muy tonta. Yo, tratando de olvidarte, y ella, diciéndome… —Te detuviste, emocionada—. Diciendo que, si por alguien podía llegar a creer que existía eso del alma gemela, éramos nosotros dos.

Te abracé con fuerza. Comenzaste a sollozar. El recuerdo de tu madre estaba muy vivo aún. Habías dicho que su recuerdo siempre terminaba por sacarte una sonrisa, pero, hasta llegar a ella, seguías sufriendo mucho.

—¿Vamos a comer? —preguntaste cuando te tranquilizaste.

—Sí. Después, hay que irse.

—Jo —protestaste, enfurruñada.

—¿Qué te parece si, en las primeras vacaciones que hagamos juntos, venimos aquí?

—¿En serio? —Me rodeaste con tus brazos por el cuello.

—En serio.

No te dije nada, pero en los últimos meses había podido ahorrar algo; poco, aunque quizás, cuando llegaran las vacaciones de Navidad, pudiera tener lo suficiente para pasar unos días allí.

—Te quiero —dijiste, y me diste un beso—; te quiero, te quiero. —Me diste un montón de besitos más alrededor de la boca—. Ah, y no sé si te lo había dicho: te quiero.

Cuando bajamos de la fortaleza, íbamos a entrar en la pizzería, aunque un cartel de neón verde llamó tu atención: TATTOO.

—Vamos a mirar —dijiste, cruzando de acera—. ¿Tienes algún tatuaje?

—No. Nunca me he planteado hacerme ninguno.

—Yo tampoco. Lo bueno de estos sitios turísticos es que, mira, un domingo por la mañana te encuentras esto abierto. ¿Te gusta alguno?

—No especialmente.

—¿Sería mucha locura si…?

Miraste hacia dentro.

—Sí, mucha.

—¿Quizás… una locura que quieras hacer?

—No, no —contesté después de un par de segundos, lo que interpretaste como indecisión.

—¡No te atreves a decir que sí! Vamos a entrar.

—Solo a mirar, ¿eh?

—Solo a echar un vistazo. Hola —saludaste.

—Hola —respondió la chica que estaba en la trastienda tatuando el brazo a un hombre de unos cuarenta años.

Cotilleaste por las vitrinas, donde había los típicos anillos de calaveras, candelabros, camisetas de grupos de rock, incienso…

—¿Cuánto se tarda en hacer un tatuaje? —preguntaste—. Uno pequeñito.

—Eso varía mucho en función del dibujo que se quiera, del estilo… —contestó sin apartar la vista del brazo que tatuaba.

—Ya.

Entonces lo vi. Había una foto. No me había planteado hacerme un tatuaje, pero en cuanto posé la vista en la vitrina que había frente a la entrada lo supe.

—Tenemos que tatuarnos —te susurré.

—¿¡En serio!?

—Cierra los ojos. —Me hiciste caso, pero entreabrías el derecho cada poco—. Vale, ya te los tapo yo.

Te los cubrí con mis manos y te llevé hasta la vitrina. En cuanto retiré mis manos, los ojos se te iluminaron, abiertos, repletos de sorpresa e ilusión. Me miraste y señalaste hacia un ancla, con la boca abierta. Era un tatuaje simple, pero tenía que ser el nuestro.

CAPÍTULO52

No me estás viendo, así que no tengo por qué confesar que esa foto está en un marco sobre la mesa en la que escribo

Sara

Me llevaste hasta cerca de la entrada y retiraste tus manos de mis ojos. Los abrí por completo, ilusionada. ¡Era un ancla!

—Nos lo tatuamos los dos —dijiste. Un escalofrío me recorrió por dentro —. Tú te lo tatúas en el índice de tu mano derecha.

—¡Y tú en la izquierda!

—¿Te gusta?

—¡¡Me encanta!! Es tan perfecto y obvio que no sé cómo no se me había ocurrido.

—No nos dará tiempo a comer, eso sí —comentaste.

—¡Me da lo mismo!

—¿Estás renunciando a la comida? No te lo puedo negar entonces. Eso sí, hay que preguntar si tienen tinta apta para veganos.

—Sí, mira —te señalé un estante donde había varios botes y un cartel donde se leía: «tinta vegana»—. Me llamó la atención porque no sabía que podía no ser vegana.

—Pueden contener huesos, glicerinas y gelatinas de vacas y otros animales —dijo la chica que tatuaba—, pero estad tranquilos, que aquí todo es apto.

Mientras la chica te tatuaba, llamé a la pizzería para consultar los ingredientes de la masa y cerciorarme de que eran aptas para veganos. Encargué una vegetal y otra de setas. «¡Sin queso! ¡Tenía que pedirlas sin queso!». Volví a llamar. Todavía me costaba procesar lo que podía ser apto y lo que no.

Después me tatué yo. Pensé que se tardaría al ser una zona en la que parecía difícil trabajar, como era el interior del índice que rozaba con el dedo medio. Sin embargo, en menos de una hora estaba listo.

—¡Qué bien! ¡No puedo creérmelo!

—Nuestro índice —dijiste, contemplando el ancla en tu dedo.

Cruzamos y, al pasar por la pizzería, entré a buscarlas.

—No nos dará tiempo —te advertí.

—Espera aquí.

No sabías que ya las había encargado y en menos de dos minutos estaba fuera con dos pizzas.

—La masa es apta —te informé—: no lleva ningún lácteo ni huevo. Las he pedido sin queso. Una es pizza vegetal y la otra de tomate, orégano y setas.

—Pero ¿cómo?

—Mientras te hacían tu ancla, he llamado y las he dejado encargadas.

—Cuando creo que ya no puedes sorprenderme…

—Y lo que te falta por conocer —alardeé—. Venga, vamos para el coche.

—Gracias a tu capacidad de previsión —respondiste, mirando la hora—, podemos hasta sentarnos a comerlas.

Atravesamos un pequeño parque frente a la playa que nos quedaba camino del coche y nos sentamos junto a las letras grandes con el nombre de la ciudad, donde se detenían multitud de

turistas a hacerse fotos. A la derecha estaba el peñón de la ciudad antigua, coronado por la fortaleza. Frente a nosotros estaba la playa, que se extendía hacia nuestra izquierda hasta donde me alcanzaba la vista. Me enamoraba estar allí; siempre me había enamorado. A partir de ese momento, tenía un motivo más para amarlo.

A pesar de tus protestas, hicimos unas cuantas fotos. Y te encantaba, aunque pusieras cara de amargado.

—Mira qué fotos te saco yo —comentaste—. Esta, encuadrada, de medio cuerpo, donde se te ve preciosa con la fortaleza de fondo. Esta otra, de cuerpo entero.

—No están mal.

—Bien, ¿no? Ahora mira las que tú me has hecho.

—¿Qué tienen?

—Mira ésta: desenfocada. Me cortas las piernas por las rodillas, pero por arriba se ve más cielo que en la *Capilla Sixtina*. Ésta, oscura. Borrosa. Torcida.

—Vale, ya lo pillo. Será que yo salgo bien y tú no. ¡Qué culpa tengo yo!

—Serás caradura.

—Ahora vamos a hacernos alguna de los *tatus*—propuse.

—Perdón —dijiste a una chica—. ¿Nos sacas una foto?

—Sí, claro.

—Es un poco especial… Queríamos que se nos viera de espaldas con los índices entrelazados, mostrando los tatuajes.

—¡Ay, me encanta! —respondió la chica—. A ver si podéis bajaros un poco el plástico para que no se vea bien.

Nos quitamos un poco el film que los cubría y nos agarramos por el índice sin tocarnos la tinta. La chica, detrás de nosotros para sacarnos de espaldas, nos los colocó hasta que se vieron bien. De fondo, difuminado, aparecían parte de las letras y el peñón con la fortaleza. No me estás viendo, así que no tengo por qué confesar que esa foto está en un marco sobre la mesa en la que escribo.

****

Al llegar al coche, te pedí las llaves para conducir yo y que pudieras dormir o, al menos, descansar un rato.

—Da lo mismo —dijiste—; nunca me duermo en el coche.

Creo que no nos había dado tiempo a llegar a la autovía cuando ya estabas roncando. No despertaste hasta que aparqué enfrente de mi casa. Salimos y nos apoyamos en el capó.

— Son las cinco —dijiste mirando la hora—. Es pronto, aún puedo quedarme una hora más... Y llevo todo el día pensando en que no hemos hecho el amor.

—¿Ah, sí?

Me acerqué a ti y te apoyé contra el coche, melosa y juguetona, hasta que te convencí para subir a mi habitación. Hicimos el amor y, cuando ya estabas mirando la hora para irte, oí cómo se cerraba la puerta de casa y mi padre saludaba en voz alta.

—¿Hola?

Saltamos de la cama, nerviosos, y buscamos la ropa desperdigada por el suelo.

—Bueno, calma —reflexioné—. Otras veces estás en mi habitación haciendo un trabajo, estudiando, lo que sea.

—Ya, con la cama deshecha.

—Mira.

Eché la manta encima para intentar tapar el desastre que habíamos montado.

—Desnudos. Con este olor a sudor.

—Se lo decimos.

—No, no, cuéntaselo poco a poco. No conmigo en la cama, por favor.

—Ya, tiene sentido.

Te pusiste los pantalones y, mientras intentabas colocarte la camiseta, abriste la ventana.

—¿En serio? ¿Vas a saltar?

—Tú dirás qué hacemos.

—Voy a bajar y le llevo a la cocina para hablar con él; tú, bajas en silencio y, cuando no miremos, te vas.

Asentiste. Cuando terminé de vestirme, salí de la habitación.

—¡Sara! —me llamaste en un susurro. Me giré—. ¡Te quiero!

—Te adoro —contesté, acercándome a ti.

—Han sido los mejores días de mi vida. —Nos besamos un instante—. Anda, vete.

Bajé y saludé a mi padre, que estaba en la cocina.

—¿Qué tal el fin de semana? ¿Ibais vosotras dos nada más?

—Sí, solo íbamos dos.

—¿Qué hicisteis? ¿Fuisteis a algún sitio?

—De todo hicimos. —Me reí disimuladamente. Te vi en la escalera—. ¿Me haces un café, papá? —le pedí para que se acercara a la encimera y no pudiera ver el pasillo en dirección a la puerta.

Cuando volví a mirar no estabas, pero era imposible que ya hubieras salido de casa. Me levanté del taburete y me acerqué un poco.

Asomaste la cabeza por encima del sofá.

—Buf —resoplé para mis adentros.

Me diste un susto de muerte. ¿Por qué te habías tumbado ahí? Te hice señas con la mano para que te fueras, porque mi padre no podía verte desde donde estaba. Cuando ibas a abrir la puerta, tosí para tapar cualquier ruido que pudieras hacer.

—Te quiero —vocalicé sin emitir sonido.

Te lancé un beso. Tú, ya con la puerta abierta, tensaste un arco imaginario y me disparaste una flecha. Después, simulaste que te impactaba a ti una flecha en el corazón. Te estabas dejando caer al suelo a la vez que ponías muecas exageradas de dolor.

Mi padre iba hacia la isleta con el café y, sin parar de reírme, te hice un gesto con las manos para que salieras rápido de allí.

—¡Si supieras dónde hemos terminado! —le conté a mi padre cuando cerraste la puerta.

—¿Dónde?

—¡En Peñíscola!

—¡Estáis locas!

—Sabía que me haría ilusión y me llevó.

—Amistades así hay que conservarlas.

—¡Siempre! —respondí, bebiendo un sorbo de café. Ese día no quería decirle que estaba contigo, pero deseaba contárselo—. Mañana te doy detalles. Hoy estoy cansada.

Mi padre me dio un beso y subí a mi cuarto. En cuanto cerré la puerta de la habitación, abrí

el cajón de mi escritorio y revolví hasta encontrar el poema. ¡Mi poema! Lo leí. Suspiré. Cerré los ojos. Lo leí de nuevo.

Conecté el teléfono al ordenador para traspasar las fotos y los vídeos de esos días. Mientras se copiaban, busqué el vídeo de cuando me recitaste el poema al piano. Al releerlo, me parecía tan obvio que representaba el momento en que había interpretado *Serenade* que no me creía que hubiera sido tan estúpida de imaginar que lo habías escrito pensando en Silvia.

Me eché en la cama, boca arriba. Le di a reproducir el vídeo desde el principio. Y otra vez. En bucle. ¡Qué suerte tenerte en mi vida!

*****

Tristán
¿Podemos vernos ahora en el parque *San Javier*?

Yo
¡Qué tonto!
¿Ya me echas de menos?

Tristán
Rápido, por favor.

Yo
Vale, voy.

Ese «rápido» me dejó intranquila. ¿Había pasado algo? Bajé, busqué las llaves del coche y salí.

—¡Vengo ahora, papá! —grité desde la puerta.

—¿A dónde vas a estas horas?

No respondí y me fui. Conduje hasta el parque. Estabas en nuestra mesa, con los pies en el banco y sentado sobre el respaldo.

—Eso es para sentarse —bromeé señalando al banco, parodiando la vez que me habías reñido tú por lo mismo—, no para poner los pies.

—Tenemos que hablar.

Me entró un temblor frío.

—¿Qué pasa? —Intenté acariciarte el brazo, pero te apartaste—. Me estás asustando.

—Lo que ha ocurrido este fin de semana ha sido un error. Lo siento, debí frenarlo. No se puede repetir jamás.

—¿De qué coño estás hablando, Tristán? ¿Es una broma? —Tu tono distante me estaba matando—. Es una broma. Ja, me parto. Pues está dejando de tener gracia.

Agachabas la cabeza, pero no decías nada. ¡Me estaba entrando una angustia por dentro!

—¿Qué estás tratando de decir? ¿Hoy me estabas jurando amor eterno y ahora me estás dejando? ¿Es eso?

Trataste de mantenerte firme, pero se te empañaron los ojos por completo. Yo no entendía nada.

—Lo del fin de semana ha sido un error.

Tus palabras decían una cosa. Tus ojos, otra. Y prefería creerlos a ellos.

—¿Qué dices, Tristán? —comencé a llorar, no sé si de rabia o de impotencia. No era ninguna broma. No tenía ni idea de qué coño era, pero, desde luego, no era una jodida broma—. No sé a qué viene esto, ¿me lo puedes explicar?

No decías nada. Estabas quieto, mirando al suelo.

—¡Dímelo! —te dije sujetándote la cara; igual que te la había sujetado para besarte; igual que te la había sujetado para mirarte y decirte que te amaba—. ¡Mírame a los ojos y dime que no me quieres!

Te levanté la vista. Llorabas. No querías que se notara, pero llorabas. Sí, me querías. Claro que me querías.

—¡Dímelo! ¡Atrévete a decírmelo!

Te solté. Seguías inmóvil, en silencio. Me giré, sin saber qué hacer.

—Si no me quieres, sé valiente. Asume tus errores y dímelo. ¡Joder! —chillé—. ¿Por qué no dices nada? Dime que no me quieres.

—No te quiero.

Ahí se paró el tiempo.

¿Recuerdas que, cuando te vi besar a Silvia en el tanatorio, oí cómo había crujido mi corazón? Pues, en ese momento, mi corazón se congeló y se resquebrajó hasta deshacerse.

Por más que quisiera pensar lo contrario para encontrarle un sentido a lo que estaba pasando, sabía que me amabas, pero no entendía nada. ¿Cómo iba a creer que me querías si me acababas de romper el alma y de partir mi vida en dos?

—Hace… ¿cuánto? ¿Una hora? Me decías lo especial que era y lo maravillosos que habían sido estos días. ¿Me estabas mintiendo? ¿Eres un puto mentiroso, Tristán? ¡Contesta! —grité—. ¿Por qué no dices nada?

Me derrumbaba. Y no estabas para salvarme. No esa vez. Deseaba salvarte yo, tomarte de la mano y huir del mundo, aunque en tu dolor percibí que nunca más sentiría el roce de tu piel.

Solo deseaba huir de allí, escapar del hachazo que habías dado en el centro de mi pecho, como si al doblar la esquina pudiera recomponer los trocitos de mi alma.

Al perderte de vista, tuve que detenerme porque no tenía fuerzas y el llanto me ahogaba. Me apoyé en la pared y traté de tomar aire, aunque el sollozo me provocaba unos espasmos en mi pecho que me impedían respirar.

Empezó a llover, o eso creo; quizás solo eran mis lágrimas las que me hacen tener el recuerdo de estar empapada.

El rechinar de las ruedas de tu coche contra el asfalto se escuchó como banda sonora de mi desesperación. Ya no había vuelta atrás. Seguía sin comprender qué había pasado; solo sabía que no quería perderte. Y te habías ido.

Por mucho que repasara los días anteriores en busca de una pista que me ayudara a entender por qué me habías abandonado sabía que yo no era el problema.

Todavía no había asimilado que estábamos juntos y ya tenía que acostumbrarme a vivir sin ti. Me habías enseñado a amarte para dejarme.

Te odio.

CAPÍTULO**53**

El silencio del instante en que sabes que te ha cambiado la vida por completo

Tristán

Si hubiera sido una película, tras cerrar la puerta esquivando las miradas de tu padre se hubiera pasado a un fundido en negro. Se nos vería años después; tú estarías escribiendo, rodeada de imágenes de las portadas de tus *best-sellers* mientras yo preparaba la cena. Quizás apareciera por ahí el perro que habríamos adoptado. Aquel hubiera sido un bonito final feliz para nuestra historia. El final que nos merecíamos.

Llevaba todo el fin de semana en una nube de la que no quería bajarme. Salí de tu casa y, de camino a la mía, en el coche, creí flotar. Respiré profundamente y llené los pulmones de aire para disfrutar de la plenitud que sentía en mi pecho.

Subí por las escaleras; siempre por las escaleras. Mi madre odiaba el ascensor, así que me acostumbré a no utilizarlo. Estaba derrotado, pero eufórico, así que subía los peldaños de dos en dos. Incluso algunos de tres en tres.

En cuanto pasé del tercero comencé a escuchar golpes y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—No, hoy no —rogué. Quizás fuera en casa de algún vecino—. Hoy sí que no.

Negué con la cabeza y me apresuré a subir, aún más rápido. Abrí la puerta, despacio, porque no sabía qué me podía encontrar. En cuanto miré hacia el salón vi a mi padre, de pie. Tenía a mi madre arrodillada y con los brazos en el suelo como si fuera una puta mesa. Le había quitado la parte de arriba del pijama, dejándola con la espalda descubierta.

Mi padre estaba de espaldas a la puerta, así que pasé rápido a mi habitación, intentando no hacer ruido, en busca del bate de béisbol. Ese día no iba a permitir que le hiciera un rasguño a mi madre. Antes tendría que matarme.

Entré en el salón silenciosamente y, cuando mi padre ya estaba preparando su cinturón para azotar a mi madre, le golpeé con el bate en la espalda todo lo fuerte que pude. Mi padre se retorció con el golpe mientras gritaba.

Se giró hacia mí e intenté darle de nuevo, pero detuvo el bate con sus dos manos. Debió de hacerle mucho daño pararlo así, aunque la furia le podía más que el dolor.

Forcejeamos y el bate cayó. Me adelanté un paso para intentar levantarlo del suelo; no me di cuenta de que me había puesto por delante de mi padre, quien aprovechó para darme una patada por detrás que me hizo caer.

Yo aún seguía con una rodilla hincada en el suelo cuando él se agachó y recogió el bate. Lo sujetó con fuerza con ambas manos, me lo pasó por encima de la cabeza y me apretó la garganta con él. Fue tirando del bate hacia arriba, aprisionando mi garganta cada vez más, y me fue levantando a la vez que me asfixiaba.

Ya de pie, con mi padre detrás de mí tirando del bate con fuerza hacia atrás, sentía la presión, mientras me afanaba por respirar. Agarré el bate con mis dos manos y tiré de él hacia delante para intentar inhalar una mínima bocanada de aire, pero no conseguí separarlo de mí aunque fuera un milímetro.

Solo veía el ventanal. El sol ya casi no alumbraba. Me asfixiaba. Empecé a notar calor en las mejillas y la cara enrojecida. Pensé que me mataba; te juro que creí que aquel tenue sol del atardecer era lo último que veía. Mi cuerpo quedó sin fuerza, ya rendido casi por completo.

Entonces volví a tener aire y respiré agitadamente. Mis pulmones intentaban recuperar

aliento. ¿Me había soltado? Dejé de sentir la presión en la garganta.

El bate golpeó contra el suelo. Me adelanté y me solté de mi padre sin oposición. Su cuerpo comenzó a desplomarse como un árbol. Sus ojos estaban abiertos, pero parecían sin vida. Se fue hacia delante y comenzó a caer.

Toda la rapidez del momento se detuvo. Mi padre caía hacia delante y yo lo veía como a cámara lenta. Mi madre, asustada detrás de él, sostenía el atizador de la chimenea.

Su cuerpo se desplomó y la frente de mi padre golpeó con violencia, con estrépito, contra la mesa de mármol.

Ahí se paró el mundo.

Fue como si en mi cabeza hubiera estado sonando a todo volumen una música estridente de tensión y, de repente, se hubiera hecho el silencio. Un silencio sepulcral. El silencio del instante en que sabes que te ha cambiado la vida por completo.

Supe que, después de aquello, mi vida nunca sería igual. Lo supe en cuanto la cabeza de mi padre golpeó contra aquella maldita mesa de mármol. Le tomé el pulso, asustado, rezando para sentir su respiración. Nada. Lo intenté otra vez. ¿Estaba muerto? Mis nervios me impedían asegurarlo, pero sí, todo parecía indicar que sí.

—¡Joder, joder!

Empecé a dar vueltas sobre mí mismo, tapándome la cara con la mano. Mi padre estaba en el suelo, inerte. Mi madre le había matado. ¡Mierda! No sabía si había sido el golpe con el atizador o la caída contra la mesa; lo cierto es que estaba muerto. En defensa propia, o legítima defensa, o como cojones se diga, pero le había matado.

Mi cabeza daba vueltas y vueltas, aunque no podía pensar con claridad. Mi madre le había golpeado por detrás. Eso no era bueno para demostrar que había sido en legítima defensa. Mi padre peleaba conmigo y por eso salió en mi ayuda, aunque ¿se podía demostrar?

—¿Cómo se ha enterado de que vivimos aquí? —pregunté. Mi madre agachó la cabeza, en silencio—. ¡Contesta!

Dio un salto hacia atrás del susto por el grito que di.

—Yo lo he llamado —sollozó.

—Joder —lamenté. Me giré, resoplando, con la mano en la frente—. ¡Joder, joder! ¿De dónde has sacado su número?

—Me lo había aprendido de memoria.

—¡Genial! No te acuerdas de qué has desayunado y recuerdas su número. ¿Cómo nos van a creer si le llamas tú para que venga? Y, mírate, vas de pastillas hasta arriba. ¿Quién se va a imaginar que eres capaz de golpear a nadie si te cuesta mantenerte en pie?

—Pero verán que te estaba defendiendo, ¿no?

—Qué van a ver, mamá —grité, llevándome las manos a la cara y resoplando—. ¡Qué van a ver! ¿Cuántas denuncias le has puesto? ¿Cuántas veces te dije que fuéramos a denunciar y al llegar te echaste para atrás?

—Lo siento, hijo —se disculpó entre sollozos.

—¿Sabes quién sí tiene una denuncia por haberle pegado? Yo. No él. Yo tengo una maldita condena por agredirle. Y ha venido porque le has llamado tú.

Di vueltas en círculos, con las manos en la cabeza, intentando pensar.

—No hay ni una sola prueba de que te haya pegado en todos estos años. Ni ahora de que haya hecho nada. De lo que sí hay pruebas, ¿sabes de qué es? Hay pruebas de que lo has llamado para que venga. Hay pruebas de que ha llevado un golpe por la espalda. Y hay pruebas de que yo

le agredí hace unos meses.

No sabía qué hacer. ¿Podrían juzgar a mi madre por asesinato? ¡Joder! Había sido fortuito. Y para defenderme. Y defenderse. Pero le habíamos golpeado por la espalda. Y no tenía más que la denuncia que yo interpuse. Y ella le había llamado. ¡Jodeeer! Cada cosa que se me pasaba por la cabeza me hacía dudar más y cada vez me parecía más complicado demostrar legítima defensa.

Aunque con el tiempo saliese a la luz la verdad, ¿podría entrar en la cárcel? ¿Tal como estaba? No resistiría allí ni cinco minutos. Moriría allí dentro. O peor aún, quisiera estar muerta, pero no la dejarían. No quería pensar en la angustia que sufriría si eso llegara a pasar.

Me dolía la cabeza. Todos esos pensamientos me taladraron en segundos. Necesitaba despejar, pero no había tiempo. No podía arriesgarme a que mi madre fuera a la cárcel.

—Mamá —dije, por fin—. Tú no has hecho nada.

Me miró extrañada. Fui hasta ella, la agarré por los brazos y clavé mis ojos en los suyos.

—Escúchame bien. Tú no has hecho nada. Tú estabas durmiendo y oíste unos golpes. Listo.

—No te entiendo.

—Creerán que he sido yo. Lo van a creer de todas formas. Soy yo quien ha tenido líos con él, así que el primero a por quien vendrán será a por mí, así que dejaremos que lo piensen.

—No, no, no. No puedo hacerte eso.

—Yo voy a estar bien. No voy a ir a la cárcel ni nada de eso. Voy a guardar algunas cosas y me voy. Al huir, les daré más motivos para que piensen que he sido yo. No te preocupes por mí. Iré lejos de aquí y no me encontrarán. Estaré bien. Te lo prometo.

Ella decía que sí, aunque no me quedaba claro si me entendía del todo ni si me iba a hacer caso. De todas formas, confiaba en que, incluso si alguna vez se le ocurría decir la verdad, no la tomarían en serio viendo cómo estaba.

Fui a mi habitación, metí cuatro cosas en una maleta y el portátil. No sabía si la decisión era la adecuada. Quizás era más fácil demostrar la verdad de lo que parecía. Quizás estuviera haciendo una estupidez. No lo sé. Ni lo sabía entonces ni quise planteármelo nunca después de ese día. Lo que tenía claro era que tenía que hacerlo.

Abrí el cajón de mi mesita y guardé el sobre con el poco dinero que tenía ahorrado. Ese dinero tenía que haber sido para irnos a Peñíscola.

Quedé paralizado. No lo había pensado hasta ese momento. ¿Qué iba a hacer contigo?

No podía involucrarte en aquello. Si te contaba la verdad, sabía que te ibas a venir conmigo. No te lo ibas a pensar; vendrías conmigo a donde quiera que fuese.

Recordé tus ojos ilusionados cada vez que hablabas de ser periodista, las ganas con que estabas atenta en todas las clases. Incluso en *Economía*. No podía consentirlo. No me hubiera perdonado ser yo el culpable de tu infelicidad.

Tenía que elegir entre partirte el corazón o romperte la vida.

Debía terminar contigo. No podía decirte nada por mensaje, ni callarme y dejar las cosas en el aire. Debía hablar contigo cara a cara, y que me vieras decidido; hasta cruel. Quería que decidieras odiarme, porque la otra opción era decirte la verdad y que te vinieras conmigo, y eso no era posible.

Esa vez sí que decidí por ti.

Yo

¿Podemos vernos ahora en el parque *San Javier*?

—Mamá, vete a tu habitación y mete en una maleta lo que vayas a necesitar para unos días. En un rato vuelvo y te llevo con la tía.

Le di un beso. Agachó la cabeza, en silencio, y se fue a su habitación. Limpié el atizador y después lo manoseé por completo para volver a dejarlo en el suelo.

—¡Hijo de puta! —maldije, mirando a mi padre—. Hasta muerto nos vas a joder la vida.

Me acerqué a la nevera, saqué una *Ranses*, me la guardé en la cazadora y salí de casa.

Llegué al parque. No había nadie. Di vueltas de un lado a otro, inquieto. Tenía un maldito cadáver en el salón de mi casa. Te vi venir a los lejos. Me fui a nuestra mesa y me senté en el respaldo, posando los pies en el banco. ¡Cómo iba a ser capaz de dejarte!, me preguntaba mientras te acercabas, sonriente.

—Eso es para sentarse —me reñiste, en broma, como te había reñido yo el día de las hamburguesas—, no para poner los pies.

—Tenemos que hablar —dije, lo más seco y distante que pude.

—¿Qué pasa? —preguntaste con voz suave. Me mató tener que apartar tu brazo cuando intentaste tocarme—. Me estás asustando.

—Lo que ha pasado este fin de semana ha sido un error. —Temía que se me escaparan las lágrimas en cualquier momento—. Lo siento, debí frenarlo. No se puede repetir jamás.

—¿De qué coño estás hablando, Tristán? ¿Es una broma? —Tu voz desgarrada me estaba partiendo el alma—. Es una broma. Ja, me parto. Pues está dejando de tener gracia.

Agaché la cabeza sin decir nada. Sabía que aquello iba a ser muy duro, pero no imaginé que tanto.

—¿Qué estás tratando de decir? —continuaste—. ¿Hoy me estabas jurando amor eterno y ahora me estás dejando? ¿Es eso?

Asentí, tratando de mantenerme distante, pero las lágrimas se agolpaban en mis ojos y hacía esfuerzos para que no comenzaran a caer.

—Lo del fin de semana ha sido un error —logré decir, esperando que no notaras que me estaba hundiendo.

—¿Qué dices, Tristán? No sé a qué viene esto, ¿me lo puedes explicar?

Solo me apetecía abrazarte, decirte que sentía haberte dicho eso, confesarte lo que había pasado, fugarnos juntos. ¡Todo había salido mal!

—¡Dímelo! —gritaste, enfadada, mientras me sujetabas la cara; igual que me la habías sujetado para besarme; igual que me la habías sujetado para mirarme y decirme que me amabas —. ¡Mírame a los ojos y dime que no me quieres!

Me levantaste la vista y, por más que intentara disimular, lloraba. Te quería, claro que te quería. ¡Cómo no hacerlo! Y tú lo notabas.

—¡Dímelo! ¡Atrévete a decírmelo! —No podía hablar. Tenía miedo de romper a llorar—. Si no me quieres, sé valiente. Asume tus errores y dímelo. ¡Joder! —gritaste—. ¿Por qué no dices nada? Dime que no me quieres.

—No te quiero.

Por un momento volvió a reinar el silencio, ese silencio sepulcral que parece detener el tiempo.

Logré mantener la calma lo justo para decirlo. Casi me rompo por dentro sabiendo el daño que te estaba provocando. Hice lo posible para que no notaras que era la mayor mentira que

había dicho nunca. Intenté ser cruel contigo, por mucho que me doliera, por mucho que te dañara, por mucho que nos rompiera el alma. No quería separarme de ti.

—Hace… ¿cuánto? ¿Una hora? Me decías lo especial que era y lo maravillosos que habían sido estos días. ¿Me estabas mintiendo? ¿Eres un puto mentiroso, Tristán? ¡Contesta! —chillaste, más furiosa—. ¿Por qué no dices nada?

Echaste a correr y te perdí de vista cuando doblaste la esquina. Te vi marchar, angustiada, llorando, y casi me derrumbo yo también, pero no tenía tiempo para hundirme.

Saqué la *Ranses* de la cazadora y la posé junto a una de las patas de nuestra mesa. No había hablado claro, Sara. Te había mentido.

—Lo siento —dije, mientras lloraba y dejaba el botellín en el suelo.

Arranqué y aceleré a fondo. Tenía que irme. Me había quedado solo. Durante el último año había llegado a construir una vida que me llenaba, y estar contigo era el colofón a todo eso. En un instante todo se vino abajo.

—Mamá, no voy a ir a casa —le dije por teléfono—. No quería decirte nada para no dañarte. Estaré bien. No te preocupes por mí. ¿Estás ahí?

—Sí, hijo. ¡Siento tanto lo que te he hecho!

—En media hora aproximadamente te haré una llamada y colgaré. Entonces es cuando tienes que llamar a Rosa y decirle que vaya a buscarte. Recuerda lo que te he dicho: tú estabas en la habitación y te despertaste oyendo golpes, nada más. No sé cuándo podré contactar con vosotras, pero, aunque no sepáis nada de mí, estaré bien. ¡Te quiero, mamá!

—Te quiero, hijo. Cuídate mucho, por favor.

Finalicé la llamada y arrojé el teléfono en el asiento del copiloto.

—¡¡Jodeeer!! —grité para liberar tensión mientras daba manotazos al volante.

Busqué *Experience* en el reproductor. Necesitaba la adrenalina que me aportaba para tomar impulso; no sabía si hacia una nueva vida o hacia el abismo.

Aunque sabía que era más rápido ir por la autovía necesitaba subir al monte Serbal. El ritmo de la música se aceleraba (el *tempo*, me corregiría Fran) y yo con él. Ese día no simulaba ir rápido haciendo rugir el motor más de la cuenta; ese día el motor bramaba porque aceleraba todo lo que podía, con rabia, con impotencia.

Ese día no daba volantazos exagerados para asustar a nadie; ese día subía furioso, llorando a mares. Te había dejado atrás. Había abandonado lo que más me había importado en la vida.

—¡Jodeeer! —grité.

Apreté a fondo el acelerador. Invadí el carril contrario en una curva cerrada. Un coche bajaba a gran velocidad. No me importó. Sentí que me cegaban sus luces. Ni me inmuté. Frenó en seco y se tiró al arcén. En ese momento, me era indiferente vivir o morir. De hecho, mejor no me dieras a elegir.

Tenía que escapar, y todo lo que me importaba quedaba atrás. Comencé el descenso. Seguí acelerando. Solo el quitamiedos separaba la carretera de un precipicio de más de doscientos metros.

El serbal, me habías explicado, era el puente entre el mundo humano y el mundo de los espíritus. Estaba en el lugar indicado para cruzarlo.

Las lágrimas me resbalaban por las mejillas. Te habías ido, angustiada y llorando. Te había dicho que no te quería. Aceleré. Agarré mis manos con fuerza al volante. No quería frenar. Vi el precipicio. Quería volar y acabar con todo.

En el último momento, el instinto me hizo pisar el freno a fondo mientras giraba las ruedas

para derrapar. La parte trasera impactó contra el quitamiedos, aunque no me detuve y seguí hasta llegar al mirador. Salí del coche, dejando la puerta abierta.

—¡¡¡Jodeeeeeer!!! —grité al precipicio mientras caía la noche. El eco repitió mi desesperación por las montañas—. ¡¡¡Jodeeeeerrr!!!

Comencé a golpear el árbol, enrabietado, aquel árbol que, me contaste, utilizaba Thor para refugiarse en las tempestades. Ni yo era un dios, ni había serbal tan grande que me pudiera cobijar de aquella tormenta.

—¡¡Tenía que habértelo dicho!! —exclamé mientras lo golpeaba—. Tenía que habértelo dicho —continué, ya sin fuerzas, sentándome en la roca en la que, solo un día antes, habíamos estado abrazados—. Tenía que habértelo dicho.

Me lamentaba, pero sabía que hubiera hecho lo mismo cincuenta millones de veces. No podía permitir que mi madre cargara con ninguna culpa. Y no podía robarte tu vida ni tus sueños. No obstante, fue como si me arrancaran un trozo de mí. El más importante.

Desde entonces, estoy tratando de vivir mientras me olvidas. Por mi parte, ya te adelanto, se me da fatal no pensar en ti.

PARTE IV. Mientras me olvidas

CAPÍTULO**54**

Te quiero con toda el alma y prefiero odiarte que intentar olvidarte

Sara

El momento en que saliste de mi casa a escondidas de mi padre hubiera sido el perfecto final de «vivieron felices para siempre». Si fuera una de mis novelas, de ahí habría un salto temporal, tras el que se nos vería abrazados, sonriendo, con nuestra hija encima de nosotros o correteando en el jardín persiguiendo al perro de la familia. Pero esto no es una puta novela y ya me estoy acostumbrando a que, en la vida real, no haya finales felices.

Llena de odio, rabia, impotencia y desesperación, he comenzado a escribirte estos cuadernos que jamás leerás. Necesito contarte lo furiosa que estoy, que sepas lo rota que me has dejado. Te escribo para no olvidar el daño que me has hecho, para que no se me escape ni un detalle de lo que hemos vivido. Quizás estoy buscando escribir un renglón que ponga ante mí algún detalle que se me haya escapado. Te quiero con toda el alma y prefiero odiarte que intentar olvidarte.

*****

—Levántate, Sara —me llamó mi padre a la mañana siguiente.

—Hoy no voy a la facultad. Me encuentro mal.

—Tienes que ver algo.

—¡Apaga eso! —protesté cuando mi padre encendió el televisor.

—Mira.

—*Tristán Palacios, el principal sospechoso, se encuentra en paradero desconocido. Las autoridades agradecen cualquier pista que pueda esclarecer la ubicación del acusado.*

Me dio un vuelco el corazón. Inmediatamente, me incorporé y me senté sobre la cama. ¿Había una foto tuya en las noticias?

—*En la tarde de ayer, el sospechoso, presuntamente, atacó por la espalda a su padre en el domicilio familiar para, posteriormente, darse a la fuga. Según fuentes policiales, la llegada de la madre al domicilio de su hermana puso en alerta a la familia, que, inmediatamente, comunicó sus sospechas a las autoridades, quienes confirmaron la muerte de Alonso Palacios.*

Apagué la tele. ¿Qué coño estaba pasando?

—Estoy flipando —dijo mi padre.

—Si tú flipas, papá…

—¿Estás bien?

Asentí sin decir nada. Y no, no estaba bien. ¿Por eso habías huido? ¿Habías matado a tu padre? Mi mente era incapaz de procesar esa información. Me levanté y me vestí.

—¿Dónde vas? ¿No te encontrabas mal?

—Papá, ¿no lo acabas de ver? Tristán ha matado a su padre. Tengo que saber qué ha pasado.

Salí de casa, pero no sabía qué hacer. ¡Joder! ¿No escribía novelas? Cuando se trataba de

crímenes ficticios sabía de qué hilo tirar, pero la vida real no es tan sencilla.

«El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura», sonó al llamarte. Sabía que sería inútil, pero, aun así, tenía que intentarlo.

¿Silvia podría saber algo? Quizás, aunque no iba a llamarla y decirle: «oye, ese novio que te ha dejado y al que adoras… Hemos pasado juntos el fin de semana y ahora me interesa que me des información para intentar localizarlo».

La única persona con la que podía mostrarme sin caretas era con Melania. Y, de haber contactado con alguien, estaba convencida de que sería con ella, así que conduje hasta *El Rincón de Marc*.

Me pareció imposible que hubieras matado a alguien. Sonaba fuerte pensarlo siquiera. Imposible.

Yo
Llámame, porfa.
O escríbeme. Lo que sea.
Seguro que encontraremos una manera de solucionarlo.
Juntos.

Aunque los mensajes se marcaban como enviados, no aparecían como recibidos. Entré al bar y me acerqué a Melania, que estaba tras la barra.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, muy seca, en cuanto me vio.

—¿Has visto lo de…?

—¡Lárgate!

¿Qué le pasaba conmigo?

—Solo quiero preguntarte si sabes algo.

—¿Si sé algo? —Salió de la barra, muy alterada—. Se fue contigo, ¿no? Estaba en mi cumpleaños y me dejó sola. Se fue contigo, ¿verdad?

Asentí. Estaba empezando a asustarme.

—Fuera. —No me moví—. ¡Fuera!

Me dio hasta miedo y me di la vuelta. No entendía por qué me trataba así. Melania era la única persona con la que debería poder desahogarme, contarle lo que habíamos vivido; la única que podría llegar a comprender mi dolor.

—¿Sabes por qué lo mató?

Me giré hacia ella. Tal como hablaba, daba por cierto que habías matado a tu padre y eso me asustó.

—No, no tienes ni puta idea —continuó—. ¿Sabías que el hijo de puta que tenía por padre molía a palos a su madre?

Negué tímidamente con la cabeza. Mi cabeza no era capaz de razonar lo que Melania me lanzaba como dardos de reproche.

—No, ¿eh? ¿Sabes por qué tenía que estar a las seis en casa como si fuera una puta cenicienta?

Empecé a llorar, tapándome la cara. ¿No entendía que estaba esforzándome por no hundirme?

—El día que os cruzasteis en el hospital, ¿sabes que estaba allí porque su padre casi mata a su madre? Ni puta idea, ¿verdad?

Me senté en un taburete junto a la barra, angustiada. ¿Por eso le habías matado? ¿Defendías a tu madre? Eso sí podía creerlo. ¿Y por eso te ibas pronto a casa y no querías dejarla sola?

Por si no fuera suficiente con el dolor, empecé a sentirme culpable. Si no hubiéramos estado juntos, quizás hubieras estado en casa y no hubiera sucedido nada. «No, no, a las seis estabas en casa, como siempre. Incluso alguna vez llegabas más tarde». La mente me repetía que no era culpable de nada, pero el ardor en el estómago y la angustia en el pecho pensaban otra cosa.

Saqué fuerzas de donde no las tenía y me acerqué a ella. No podía irme sin preguntarle.

—¿Ha contactado contigo?

Melania no respondió y se metió en la cocina.

—¿Qué te pasa, mi niña? —sentí que le decían mientras ella lloraba.

Me acerqué. Melania era la única que podía compartir mi dolor. Ella sabía lo nuestro, siempre lo supo. Antes que nosotros.

—¿Podemos hablar? —pregunté desde la puerta de la cocina. Me miró, desencajada.

—¡¡Que te largues!! —me gritó.

En sus ojos entendí que me odiaba. En su mirada vi que me culpaba.

Me senté en el coche. Quería llorar, pero necesitaba sentir un dolor más real, más intenso. Fui al parque *San Javier* para martirizarme reviviendo la tarde anterior. Aquel «no te quiero» me había fulminado el alma. Aunque tus ojos dijeran otra cosa, aquellas palabras que salieron de tu boca fueron puñales que se clavaron en mi pecho.

Me senté en un banco. Tu padre era un maltratador y le habías matado. Estaba convencida de que había sido un accidente intentando defender a tu madre. No me creía que lo hubieras matado a sangre fría y por la espalda.

Bajo nuestra mesa había una *Ranses* sin abrir. ¡Habías dejado una *Ranses*!

—Ya lo sé, Tristán, ya sé que no has hablado claro. Y me quieres. Claro que me quieres. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me contaste lo de tu padre? ¿Por qué me trataste con esa crueldad? Me hubiera ido contigo. Sin dudarlo. A donde fuera.

*****

Necesitaba respirar. Me estaba ahogando. Recogí la cerveza y entré en el coche. Puse *Experience* y aceleré. Subí al monte Serbal recortando las curvas mientras intentaba limpiarme las lágrimas. No sé si me podía más la desilusión de que me hubieras dejado, la rabia de que no me hubieras dicho nada o la impotencia de no saber qué hacer.

Aceleré hasta llegar al mirador y, al llegar, salí furiosa del coche.

—¡¡¡Jodeeeeeeeeer!!! —grité acercándome al precipicio—. ¡Aaaaaaah!

Chillé hasta quedarme sin fuerzas. ¿Se suponía que a partir de aquel día tendría que buscarte en la puta constelación del pingüino?

—¡¡Tenías que habérmelo dicho!! —chillé, con rabia, golpeando al árbol. Cayeron unas hojas de las flores rojas del serbal—. ¿¡Por qué no me dijiste nada!? ¡¡Por qué me dejaste!!

Seguía golpeando el árbol mientras gritaba. Saqué el móvil y te llamé.

«El teléfono al que llama…»

—Aahhh —grité; al tiempo, azoté el móvil al precipicio lo más lejos que pude—. ¿Dónde estás, Tristán?

Me senté en la roca. Solo un día antes estábamos sentados en ese mismo sitio imaginando que nada nos podría separar jamás.

Un coche se detuvo en el mirador. Me levanté con la intención de irme. Era el coche de mi padre. ¿Cómo podía saber que estaba allí? Se abrió la puerta del conductor y quien salió fue Fran.

—Pero… ¿qué haces conduciendo?

—¿Dónde tenías el móvil? —eludió mi pregunta—. Te he estado llamando.

Le señalé hacia precipicio con la cabeza.

—No puedes conducir. ¿Cuándo has aprendido? —Se encogió de hombros sin decir nada —. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—En realidad, estaba buscando a Tristán. Aquí me trajo aquel domingo.

—Sí, me lo contó.

—Intuyo que también viniste con él. Estabais juntos, ¿no?

Una lágrima recorrió mi mejilla. Me dio un abrazo y nos sentamos en la roca, frente al barranco, donde le conté lo que habíamos vivido juntos ese fin de semana.

—¡Joder! —se lamentó cuando le hablé de los maltratos de tu padre—. Nunca me ha dicho nada.

—Ni a mí. ¡Qué mierda! Tenía que haberle preguntado más, presionarlo para que me confesara lo que llevaba viviendo desde niño.

—No hubiera servido de nada. Sabes cómo es. Intentaría no contarte nada para no preocupar a nadie.

—¿Y por qué me dejó, Fran? ¿Por qué ayer no me confesó lo que había sucedido de verdad? ¿Por qué tiene que estar pasando esto él solo?

—¿Qué hubieras hecho? —me preguntó Fran.

—Hubiéramos… no sé, mantenido el contacto de alguna manera.

—En serio, ¿qué hubieras hecho?

—Le hubiera intentado ayudar…

—Sara.

Me callé, mientras las lágrimas brotaban de nuevo. Fran sabía lo que habría hecho.

—Nunca se hubiera perdonado que hubieras abandonado tu vida por irte con él.

—Pero era mi puta decisión, ¿vale? —grité—. Si quería acompañarlo, nadie tenía que decidir por mí.

Mi hermano se puso en pie y me achuchó con fuerza.

—Quiero estar con él, Fran. Ahora más que nunca. No quiero que pase esto solo. Necesito estar con él; huir con él si es lo que decide, o apoyarle si se queda. Lo que haga falta.

*****

No podía localizarte ni tenía ninguna pista que seguir. Tu madre tenía que saber algo. Quizás si hablara con ella… Fui hasta tu casa y llamé, pero no había nadie. Supuse que estaría con tu tía, aunque no tenía ni idea de dónde vivía.

Lo último que me apetecía era ponerme delante de Silvia. No sabía cómo abordar el tema, pero no se me ocurría otra opción, así que me presenté en su casa.

—¿Te has enterado? —preguntó, entre lágrimas, cuando me abrió la puerta de su piso.

Le di un abrazo.

—No sé qué voy a hacer sin él —dijo—. Sabía que algo malo pasaría. No podía acabar bien —continuó mientras se limpiaba las lágrimas—. Siempre tuve la esperanza de volver con él, pero

ahora… ¿cómo voy a olvidarlo?

¡Ay, Silvia! Preferí no contarle nada. ¿Para qué aumentar su angustia?

—Esa fue la razón por la que necesitaba mudarse —siguió explicando—, y por eso Tristán siempre quería estar pronto en casa.

—¿No estaban bien en casa de la tía? ¿Por qué se tuvieron que mudar?

—El problema es que la madre de Tristán estaba subyugada por completo al padre. Ella lo llamó para decirle dónde estaba. El padre se presentó en casa de Rosa y tuvo enfrentamiento con el tío de Tristán. Alberto, el marido de Rosa, es como es, y les ordenó que se fueran.

—¡Vaya cabrón!

—Pues sí, la verdad es que los dejó vendidos.

—¿Y dónde vivían sus tíos?

—Era un piso por el barrio de *Dosaguas*. ¿Por qué?

—Nada. Curiosidad.

*****

Durante varios días me acerqué por la zona. Era un barrio humilde de bloques de tres pisos de ladrillo visto. Desconocía el número de portal, así que me dedicaba a dar vueltas por el barrio. Paseaba por el parque, la panadería, el supermercado; donde fuera probable encontrar a tu tía.

Días después, las vi sentarse en un banco del parque. Rosa posó las bolsas a los pies de tu madre y se acercó a una pequeña carnicería que había enfrente. Aproveché para sentarme junto a ella, no sé muy bien con qué intención. Solo esperaba que me contara algo que me pudiera ayudar.

—¿Silvia? —me preguntó al verme.

—Sara —aclaré.

—Me gustaba más Silvia.

—¿Sabe dónde está Tristán?

—No. La policía lo está buscando.

—Yo no soy la policía.

—La policía lo está buscando —respondió con la mirada perdida.

—Lo sé, pero yo solo intento ayudarlo.

—¿Silvia? —volvió a decir.

Entonces comprendí que aquella mujer no estaba para nada. Si a alguien no le ibas a decir dónde estabas era a ella.

—Si le ve, dígale que Sara le está buscando.

—Me gustaba más Silvia.

Era el único hilo del que podía tener y el ovillo se había terminado. Al día siguiente emprendí viaje a Peñíscola. Recorrí las calles una y otra vez. La pizzería, el parque, la fortaleza… Ni rastro de ti.

Has desaparecido de mi vida como si nunca hubieras existido.

Estos días he vuelto a la facultad y está siendo horrible. Todos me preguntan por ti; todos quieren saber si sé algo. Después, llego a casa y la ausencia de mi madre es inmensa. Pienso en ella y no está. Giro mi cabeza para buscar mi refugio, porque siempre estabas ahí, pendiente de mí. Y no te encuentro.

No me queda nada. Necesito escribirte al menos, contarte cómo me encuentro, cuánto te

echo en falta. Quiero decirte cuánto te odio por dejarme aquí… y cuánto te quiero.

CAPÍTULO**55**

Lo recuerdo todo teñido por el filtro gris de la tristeza

Tristán

Han transcurrido casi nueve años desde aquello y cada día te escribo con el corazón encogido por haberte hecho daño. ¡Han pasado tantas cosas! Incluso alguna buena. Pero hoy nada de lo que ha acontecido, ni bueno ni malo, tiene importancia. Hoy creo que te voy a ver.

Te escribo mientras te veo en el canal de televisión en el que trabajas y trato de distinguir sin aún llevas el ancla en tu dedo o si el tiempo ha desgastado la memoria de lo nuestro. Siempre admiro lo inteligente que eres, lo bien que te expresas y lo guapa que estás, todavía con esa coleta entre la que siempre se te enredaba la goma. No obstante, noto un reflejo triste en tu mirada, nada que ver con el brillo de ilusión que iluminaba tu rostro cuando hablabas de periodismo o de literatura. Supongo que el tiempo descubre las miserias de cualquier profesión, incluso de la que amas.

Hoy no das tu opinión, ni presentas ningún reportaje; hoy tú eres la entrevistada, y no porque presentes un nuevo libro. Simplemente, anuncias que te tomarás un tiempo libre, lejos de los medios de comunicación y del mundo literario.

Has triunfado en la vida. Tras *El rencor del almendro*, publicaste *El llanto del sauce*, del que aún guardo la escena que me habías dejado leer. Tras esa, publicaste cuatro novelas más. Tus protagonistas masculinos, tan refinados, elegantes y discretos me daban a entender cuánto me odiabas y cuánto querías apartarte de mí, porque eran la antítesis de lo que soy.

Además de tus méritos literarios, tu carrera en el periodismo despegó desde que finalizaste los estudios. Lo único que tienes que saber de mí es que te he echado de menos cada uno de los días en los que hemos estado separados. Había tocado la felicidad con los dedos; la había saboreado y, de pronto, me vi con un cadáver en mi salón y huyendo de una posible orden de búsqueda y captura.

*****

Iba camino del aeropuerto cargado con una maleta y mi mochila, que ya no era una espectacular mochila mágica de la que sacar sándwich que compartir o *Ranses* frías, sino un transporte sobrio para un portátil, documentación y algo de dinero. Mi vida se había vuelto gris de repente.

Yo

Perdóname.

Fue lo último que escribí en nuestra conversación, un perdóname que nunca te envié, un perdóname que voló con mi móvil por los aires en mitad de la autopista de camino al aeropuerto.

Decidí no tomar ningún vuelo desde España por si podían rastrear mi destino, así que conduje hasta el aeropuerto de Perpiñán. Miraba el panel de vuelos con la intención de subirme al primero que despegase.

06:02 — Oslo—Gardermoen

—Venga, bah, tiene que ser una broma.

06:15 — Cancún

No lo pensé; fui a la taquilla y saqué los billetes. Aún faltaban dos horas para el despegue. Sentado en aquella sala de espera, en mitad de la noche, te imaginaba llorando en tu cuarto, destrozada, como yo lo estaría si tú me hubieses dicho que no me querías. ¡Te amaba tanto!

Aún podía dar la vuelta y que la vida tomase el rumbo que debiese. Aún podía ir a tu casa y explicártelo todo.

—*Les passagers du vol vers Cancún embarquent par la porte 32* —se oyó por megafonía.

El resto del pasaje eran parejas que parecían ir de luna miel y algún grupo de chavales de mi edad dispuestos a disfrutar de las vacaciones de sus vidas. Entré en el avión, casi arrastrando los pies, dejando tras de mí una vida que, por primera vez, tenía sentido.

*****

En una zona tan turística como es Cancún no tardé en encontrar trabajo de camarero en un hotel. De hecho, tuve varias ofertas y me decidí por el *Hotel Alabama*, que, además del mismo sueldo miserable que pagaban todos, me ofrecía alojamiento y comida, así que, al menos, no tenía que buscar dónde vivir ni pagar alquiler.

Cancún es una ciudad llena de vida y color, tanto la zona hotelera, rebosante de actividades para los turistas, como el centro, más tradicional. No obstante, lo recuerdo todo teñido por el filtro gris de la tristeza.

No me apetecía vivir. A alguien que no haya estado dentro de mi piel desde niño puede sonarle exagerado, pero únicamente podía pensar en que había tocado la felicidad por primera vez en mi vida y me la habían arrebatado de un solo golpe. Literalmente.

Todos los días eran iguales. Si me tocaba turno de mañanas, solía pasear por la playa de *Las Perlas* tras finalizar la jornada. Incluso en esos momentos era incapaz de no pensar en ti. Donde fijara la vista, me topaba con una pareja paseando de la mano, o abrazados sobre una toalla en la arena, o jugando en el agua.

Después, volvía a mi habitación en el propio hotel donde trabajaba, una habitación pequeña que compartía con un compañero. Había mucha rotación de personal, así que no tenía que esforzarme por mostrar interés por nadie. De hecho, no hacía nada por relacionarme, ni con compañeros ni con clientes. Si alguien se acercaba demasiado, ya me encargaba de echarlo de mi vida. Siempre se me ha dado bien ser borde.

Me gustaba cuando me tocaba trabajar en la zona de coctelería por la noche. La barra de cócteles estaba en una pequeña construcción de madera con techo de paja que miraba hacia la playa. A veces, cuando terminaba el turno, me sentaba en la arena a contemplar cómo tintineaban las luces de la ciudad en el agua. Evitaba a toda costa preguntarme qué esperaba de la vida, porque sabía la respuesta.

Transcurridos tres meses desde la fuga, llamé a mi madre, aunque no estaba en condiciones de hablar, así que fue mi tía quien contestó.

—Ay, hijo —dijo Rosa—. ¡Matar a alguien, Dios mío! Sé que era un mal hombre, pero tanto como para matarlo…

—Tía, nadie quería matar a nadie.

—Tenías que haberlo pensado bien. Mira ahora, a saber por dónde andas, sin nadie que te ayude. ¡Ay, madre, madre!

Así pasé dos años, solo y angustiado. Los peores de mi vida. Los peores hasta ese

momento. No obstante, la vida sí me tenía preparada una sorpresa agradable.

—¡¡Tristán!? —oí a voces mientras daba un servicio de comidas.

—No puede ser —me dije, reconociendo la voz de Melania.

—¡¡Tristán!!

La vi correr hacia mí. Yo llevaba dos platos en la mano derecha y un tercero en la izquierda, pero no le importó lo más mínimo y se abalanzó sobre mí, tirándolo todo. Me abrazó con fuerza. A mí se me escapó una lágrima. Rodri me abrazó después, más calmado.

Cuando finalicé el turno, me estaban esperando y fuimos a una coctelería a pocos metros del hotel.

—De todos los bares de todas las ciudades del mundo, has tenido que entrar en el mío.

—Vale, Rick, no estamos en *Casablanca* —bromeó Melania, reconociendo la cita de la película—. Ni el hotel es tuyo.

—Me hacía ilusión; llevo pensando en decirlo desde que te he visto. ¿Cómo habéis llegado a parar aquí?

—Eh… bueno —respondió Melania—, Cancún no creo que sea un destino demasiado alternativo, ¿no? No es como hacer una escapada a un rincón recóndito de Vietnam o algo así.

—He terminado un máster —contestó Rodri— y, para celebrarlo, nos hemos venido de vacaciones.

—¿La has visto? —pregunté a Melania.

—No, solo el día después de que te fueras.

—¿Qué tal estaba?

—Mal —respondió, agachando la cabeza—. Y yo la hice sentir peor.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Yo estaba rabiada y la culpaba.

—¿Qué culpa iba a tener ella? No lo entiendo.

—Ya lo sé, fue totalmente irracional. Te había perdido. Ella te había alejado de mí, llevándote de mi fiesta de cumpleaños. Y no te iba a volver a ver. Yo necesitaba un culpable, alguien a quien odiar. Y ella pagó los platos rotos.

—¡Joder!

—Lo siento.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Rodri—. Es posible que ni lo recuerde.

—Eso es cierto —contesté—. Quizás ni recuerde lo que vivimos. ¿Y vosotros? Contadme, ¿cómo os ha tratado la vida?

—No te creas que hay muchos cambios. Continúo trabajando en *El Rincón de Marc* y, por allí, después del revuelo por lo que pasó, todo sigue más o menos igual.

—Por cierto, esta *Piña Colada* está asquerosa —señaló Rodri.

—El próximo día os preparo yo una. Se me da bastante bien la coctelería.

—Es algo así como la cocina para un barman, ¿no?

—¡Vaya comparaciones tienes, Rodri! —dije, apretándole el brazo—. ¡Qué alegría veros, de verdad!

—Ay, Tristán —suspiró Melania—. Alegría la mía de haberte encontrado. Pensé que no te vería más.

—Aquí me siento muy solo. Y lo peor es que no me apetece conocer a nadie.

—Ojalá pudiéramos quedarnos contigo. ¿Verdad, Rodri?

Él estaba sorbiendo por la pajita y no se había enterado de que Melania le estaba hablando.

—¡Rodri! —gritó, zarandeándolo.

—¿Qué? —reaccionó, con cara de sorpresa.

—Estás empanado.

—Perdón. El *jet lag*.

Les pedí que pasaran por el hotel dos días después, porque tenía el turno de noche, así que trabajaba en la barra exterior habilitada para cócteles.

—Una *piña colada* —pidió Rodri.

—*Sex on the beach*, por favor —dijo Melania—. Ah, y para beber, una *margarita*.

—Ja, ja, ja. ¡Qué idiota eres! No cambias.

—Cóbrate ahí.

Rodri arrojó un papel encima de la barra. Miré con mueca de asombro y desplegué la hoja. Era un contrato de trabajo a nombre de Rodrigo Colmenar Salgado. No entendía nada.

—¡Que nos quedamos aquí, Tristán! —gritó Melania.

—¿Qué dices?

—He buscado trabajo —respondió Rodri—. Con tanta oferta turística, no es difícil encontrar empleo de lo mío.

—Perdón… ¿Qué es lo tuyo?

—Marketing.

—Ah, ya. O sea…

—Que sí, Tristán —dijo Rodri—, que he aceptado un trabajo y nos quedaremos una temporada.

—¿Es un amor o no es un amor? —exclamó Melania dándole un beso sonoro en la mejilla.

Salí de la barra y les abracé. Arreglaron todo el papeleo y, en menos de un mes, se instalaron. A Melania le entró el gusanillo por aprender coctelería y encontró trabajo frente a la playa de *Las Perlas* en un local que se llamaba, nadie sabe por qué, *Coctelería Los Pingüinos*. Nunca encontré qué relación podía tener Cancún con esas aves a las que les gusta el frío.

Tenerlos allí me devolvía un poco la alegría. Al terminar mi turno, salvo que estuviera en el de la noche, me dejaba caer por la coctelería donde trabajaba Melania y tomaba algo con Rodri, quien no faltaba ningún día. Era un sitio pequeño y coqueto, la típica construcción de madera con techo de paja de muchos bares de la playa.

Este, sin embargo, no estaba en la arena, sino frente a la playa, en el asfalto. Sobre cuatro pilares redondos de hormigón, de unos tres metros de altura, descansaba la estructura de madera del techo, soportada por vigas que se unían en el centro formando una cúpula. No era nada espectacular, pero me gustaba la apariencia de construcción tradicional. Y que estaba frente al mar, claro.

Era un sitio divertido. De hecho, los dueños eran los que más bebían, e invitaban a los clientes más de la cuenta. Rodri madrugaba mucho y sobre las dos de la madrugada solía irse. Yo, muchas veces, me quedaba hasta que Melania terminaba. Si aún estábamos de humor, nos sentábamos en la arena, contemplando el mar mientras amanecía.

—¿Sabes algo de tu madre? ¿Contactas con alguien?

—Intento no llamar mucho. De cuando en cuando hablo dos minutos con ellas para saber cómo están. Supongo que eso de intervenir teléfonos queda para las series policíacas o para las personas muy importantes.

—Nunca te he preguntado. ¿Cómo fue?

—Melania, es mejor que no sepas nada.

—Eso ha sonado muy a mafia. A ver, supongo que te enfrentarías a ese cabrón y… un mal golpe, o yo qué sé.

—Han pasado más de dos años y, aun así, prefiero no recordarlo. No por ese hijo de puta, que está bien bajo tierra, sino por lo que tuve que dejar atrás.

—Tendrás que pasar página. No sé, conocer a alguien. Conmigo ya has perdido la oportunidad —bromeó—, pero hay mil mejicanas preciosas. Y turistas. ¿Sabes cuántos grupos de chavalas preguntan por ti?

—No me interesa, Melania.

—Aunque sea un revolcón; algo. No vas a estar solo siempre.

—No puedo, Melania. Mira a nuestro alrededor. Estoy en el puto paraíso. ¿Y me ves feliz? Porque, desde entonces, yo no recuerdo un solo día en el que me haya sentido bien.

—¿Intento contactar con ella? Seguro que alguno de mis amigos, o amigos de amigos, tienen su número.

—¡Déjalo, Melania!

—No me cuesta nada.

—¡Que no! —grité, enfadado—. Ella estará haciendo su vida. Ya está.

—Déjame buscar, voy a hablar con…

—¡¡No!! ¡No te metas en mi vida! ¡Nunca!

Me miró, en silencio, unos segundos. Parecía que intentaba procesar lo que le había dicho. Se puso en pie, con los brazos abiertos.

—¿Que no me meta en tu vida, Tristán? ¿En serio?

No esperó a que contestara y se fue corriendo. Me quedé en la arena, mirando al mar, hasta que vino Rodri y se sentó a mi lado.

—No sé qué le has dicho; nunca la he visto así.

—Soy imbécil, Rodri.

Fui a su casa. Estaba en la cama, a oscuras. Entré en su habitación y ni se giró para mirarme.

—Lo siento —dije mientras me sentaba a su lado. Coloqué mi mano en su hombro, pero lo movió sin decir nada para que la quitara—. Sé que estás aquí por mí y no me has dejado solo ni un momento. Te lo agradezco todos los días. Y necesito que te metas en mi vida.

Se incorporó. Tenía los ojos rojos, más de rabia que de tristeza.

—Sé el dolor que tienes, pero no me vuelvas a hablar así. Nunca.

—Lo siento, Melania. Los momentos contigo y con Rodri son los únicos que han merecido la pena desde entonces, pero la vida me agota. Me fui porque ella tiene que hacer su vida; no puedo buscarla, por más que me duela.

—¿Me he puesto un poco pesada?

—Un poco. —Torció la nariz y me abrazó—. Siento haberte hablado así.

*****

Melania llevaba trabajando en la coctelería unos cuatro meses cuando los jefes decidieron traspasarla. Viendo que lo gestionaban más como un club particular donde emborracharse que como un negocio, a nadie le extrañó.

—Oye, los dos sabemos de hostelería y de cócteles —reflexionó Melania la noche en que se lo comunicaron—. ¿Por qué no lo llevamos nosotros?

—¿En serio?

—Sí, por qué no —respondió Rodri.

—No le sigas el rollo con sus locuras. Alguien tiene que ponerle freno.

—Me parece buena idea, en serio. Yo os llevaré el marketing, aunque, mira, aquí, frente a la playa, muy mal hay que hacerlo para no ganar pasta.

—En serio, Tristán. No me digas que no estaría genial trabajar juntos viendo el mar siempre.

—No lo niego. ¿Y el dinero? ¿Cuánto piden? He podido ahorrar un poco, pero, vamos, no para hacerse con un negocio.

—Algo tengo yo también —añadió Melania.

—Si queréis, puedo buscar algún inversor entre los hoteles que gestionamos.

—No, no —respondí—. De montarlo, quiero que lo llevemos a nuestra manera.

—¿Eso es un «sí»?

—Os estáis olvidando de un detalle.

—¿El qué? —preguntó Melania.

—Que soy un prófugo.

—No creo que nadie llame a España para saber de ti —respondió ella.

—No he tenido ningún problema para trabajar hasta ahora, pero, no sé, me da miedo empezar con los trámites de apertura, licencias, y que, con el papeleo, se descubra algo.

—Pues nada, fuera plan —sentenció Rodri.

—No, a ver, yo pongo pasta, pero me contratáis. No quiero aparecer en ningún papel.

—Mi idea era llevarlo a medias —protestó Melania—, no contratarte.

—Sí, será de los dos, aunque yo no puedo constar en ninguna parte.

Ellos se ocuparon de las gestiones y, en cuestión de meses, comenzamos a llevar la coctelería. Era divertido tener nuestro propio negocio, Melania y yo, sin más jefes. Rodri nos ayudaba casi todas las noches, porque, aunque era un local pequeño, de unas doce mesas, cada vez teníamos más clientela.

Fue un año y medio bastante bueno. La mejor época desde que había llegado a Cancún. Incluso entonces, no pasaba un solo día en que no pensara en ti. Mil veces pensé que había hecho mal marchándome y dejándote. Mil veces me imaginé cómo sería la vida junto a ti. Mil veces hubiera hecho lo mismo, por más que me pesara.

CAPÍTULO**56**

Siempre había algo que te traía a mi mente, pero me acostumbré a que tu recuerdo formara parte de mí

Sara

Después de estos años, hoy necesito abrir de nuevo mi cuaderno para hablar contigo. Te había escrito cada día recapitulando todo lo que habíamos vivido, pero, después de un tiempo (mucho tiempo), intenté rehacer mi vida.

Mi padre me sugirió que estudiara en el extranjero, así que, a los dos meses de tu huida, le hice caso y me fui a Irlanda. Durante ese año autopubliqué *El rencor del almendro* y, entre la estrategia de *mailing* que había ideado, más un poco de inversión en publicidad en redes, las ventas fueron despegando. En menos de seis meses ya había vendido más de mil ejemplares; más de diez mil en un año.

Continué escribiendo. A los dos años, publiqué *El llanto del sauce* y, al siguiente, en mi último año de carrera, *La margarita que siempre odié*. Todos mis protagonistas masculinos eran tú. Me parecía tan evidente que los revestía de un aspecto lo más alejado posible a ti. Eran altos, bien peinados, elegantes. Sin embargo, tras la superficie, eran unos luchadores a los que no les importaba sacrificar su vida por los demás; inconformistas, a los que no les importaba lo que pensara el mundo; empáticos, siempre pendientes de las necesidades del resto antes que de las suyas propias; íntegros, divertidos y resolutivos.

Sé que suena infantil, pero era mi manera de decirle al mundo que te amaba, que te seguía amando. Necesitaba escribir sobre ti, sentirte en cada personaje, imaginarme cómo reaccionarías ante las situaciones a las que te enfrentaba. Era mi forma de vivir a tu lado, porque cada día me pregunto cómo hubiera sido la vida contigo. Por muchas cosas buenas que llegue a disfrutar, solo deseo que pase el tiempo hasta que llegue el día en que el destino nos vuelva a colocar frente a frente.

*****

Después de más de tres años, ya era conocida en el mundo editorial, así que, en cuanto terminé la carrera de *Periodismo*, me ofrecieron trabajar de columnista en *Expresión*, un periódico online independiente de España, pero me quedé en Irlanda mientras preparaba el doctorado.

Allí conocí a Patrick, periodista que me ayudó con mi tesis. Era un hombre alto, guapo, elegante. Sinceramente, él sí parecía sacado de una de mis novelas. El día en que empecé a salir con él, dejé de escribirte. Creía que nuestra historia ya estaba concluida. ¡Qué ilusa! Pensaba que, con poner el punto final a nuestro relato, te borraría de mi recuerdo.

Fue la segunda vez que intenté olvidarte y la segunda vez que fracasé. No puedes hacerte una idea de lo doloroso que es vivir sin saber de ti, la angustia que supone no saber dónde estás, el ardor de estómago que me provoca no tenerte a mi lado.

Siempre había algo que te traía a mi mente, pero me acostumbré a que tu recuerdo formara parte de mí. Tras presentar la tesis, Patrick y yo fuimos de vacaciones a Cancún. Y, desde entonces, la vida me ha puesto ante tu recuerdo de una manera tan evidente que necesito hablarte de nuevo.

Al llegar, de camino a la playa, vi un cartel enorme: *Coctelería Los Pingüinos*. Al sol de Cancún, solo llamaría así a su local alguien que tuviera alguna vinculación emocional con los

pingüinos. ¿Ese podrías ser tú? No sé si busco cualquier excusa para echarte de menos.

—Vamos a tomar un cóctel —le dije a Patrick.

—¿A las diez de la mañana?

—Estamos de vacaciones —respondí.

Tenía que comprobar que aquello era una casualidad, que no tenía nada que ver contigo. Me acerqué. Quería observar de cerca a los empleados. Un chico joven estaba atendiendo las mesas. Me aproximé y, desde afuera, vi a una chica en la barra. ¡Era Melania! Se me aceleró el corazón. ¿En serio me la tenía que encontrar en Cancún?

—Lo que faltaba.

—¿Qué pasa?

—Nada, no me apetece tomar nada. Tienes razón, es muy pronto.

El último encuentro con Melania había sido muy desagradable y no quería retomar la conversación por donde la habíamos dejado. Tampoco me apetecía darle explicaciones a Patrick.

No podía ser una coincidencia. El nombre ya me parecía extraño, pero que, además, estuviera Melania detrás de la barra tenía que significar algo.

Pasaban los días en Cancún. No quería acercarme a hablar con ella, así que todos los días nos sentábamos en un local de la playa frente a la coctelería. Observaba a Melania desde la distancia. Rodri iba cada tarde y se quedaba hasta la noche. Nada más. Parecía ser una mera casualidad. La esperanza de encontrarme contigo parecía escaparse como arena entre mis manos.

CAPÍTULO57

Mi vida nunca llega a construirse del todo antes de derrumbarse de nuevo

Tristán

En Cancún parecía que mi vida podía normalizarse. Te echaba de menos cada día, pero poco a poco iba reconstruyendo mi vida, aunque, ya sabes, mi vida nunca llega a construirse del todo antes de derrumbarse de nuevo.

—Tu madre está mal —dijo mi tía por teléfono.

—¿Qué le pasa?

—Le cuesta hablar y, a veces, hasta caminar. Hay días en los que no reconoce a nadie.

—Los médicos… ¿qué dicen?

—Puede vivir así años. Lo que tiene mal es la cabeza; y va a peor.

Después de cuatro años, puede que fuera mi única oportunidad de volver a verla. O, al menos, de estar con ella y que me reconociera. Tras tanto tiempo fuera, ¿quién iba a saber ya que existía un prófugo llamado Tristán? Así que decidí regresar para verla. Eso sí, para cubrirme las espaldas, me hice con un pasaporte falso gracias a unos clientes.

—¿En serio te vas a ir? —me recriminó Melania—. Nos hemos quedado aquí para estar contigo, ¿y ahora nos dejas?

—Serán unas semanas. Necesito ver a mi madre. ¡Quién sabe si podré estar con ella más veces!

—Me da miedo.

—Tendré cuidado.

—Ya, porque esto es como llevar una bandeja con unas copas: con tener cuidado es suficiente.

Le di un beso en la frente. Lloró y se echó contra mí.

—Te voy a echar de menos, Melania. Tengo mucha suerte de haberte conocido.

Guardó silencio. No dijo nada hasta que nos levantamos para irnos.

—Prométeme que volverás.

—¡Joder! No estoy dispuesto a romper una tercera promesa.

—Aunque sea mentira. Necesito oír que volverás.

—Solo puedo decirte que, pase lo que pase, sabrás de mí.

—Supongo que me tendré que conformar con eso.

*****

Ocho horas en avión dan para pensar mucho. Lo último que sabía de ti era que vivías en Irlanda, pero no descartaba que estuvieras en España de visita. ¿Me atrevería a llamar a la puerta de tu casa para averiguarlo? No tenía ese miedo que tuve cuando hui de romperte la vida porque ya la tenías más que encaminada. Mi único temor era que me odiaras. No sabía qué hacer. Me propuse dejar que los acontecimientos sucedieran sin más y, por una vez, tomar las decisiones sobre la marcha.

Al bajarme del avión y ver el primer control de aduana me puse nervioso. Intenté tranquilizarme lo suficiente para que no se notara mi inquietud. Entregué el pasaporte. El hombre lo observó un buen rato. Me miró.

—Espere un momento, por favor.

Me entró un sudor frío.

—¿Algún problema?

Al instante, se presentaron dos policías nacionales. Consultaron el monitor durante un par de minutos y cuchichearon entre ellos.

—Acompáñenos, por favor —dijo uno de los agentes.

Estaba temblando. Me llevaron por un pasillo que conducía a una habitación donde no había más que una mesa y cuatro sillas ocupando el centro, mientras que, a la derecha, se encontraba una mesa alta con un taburete, en el que se sentó uno de los policías en cuanto entramos.

—¿Dónde ha obtenido el pasaporte? —me preguntó el agente que permanecía de pie, a mi lado. Yo estaba concentrado en dejar de temblar.

—No entiendo.

—Podemos ahorrarnos tiempo si nos lo cuenta.

—Ponga aquí la huella —me dijo el agente sentado frente al ordenador, señalando un lector de huellas digital.

El otro policía consultaba el monitor y, al cabo de unos segundos, asintió mirando a su compañero mientras se levantaba.

—Le detengo porque hay una orden de detención en su contra. —Se me encogió el corazón hasta hacerse tan pequeñito como una miguita de pan—. Tiene derecho a guardar silencio y no declarar contra usted mismo. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. Tiene derecho a un abogado que le asista en todo momento, tanto durante la detención como en las diligencias posteriores.

Me tuve que sentar porque me estaba mareando.

—Si no tiene abogado, se le asignará uno de oficio —continuó—. También tiene derecho a comunicar la detención a un familiar o persona que desee. ¿Comprende sus derechos?

Sentado, con la cabeza apoyada en mi mano, con la mirada perdida, asentí.

—Por favor, conteste claramente. ¿Comprende sus derechos?

—Sí, comprendo mis derechos —mentí.

—En ese caso, le ruego que me acompañe a las dependencias policiales para llevar a cabo las diligencias oportunas.

Sacó las esposas. El otro agente, supongo que al verme temblar, negó con la cabeza.

—No le vamos a esposar —dijo, guardándolas—, pero no haga tonterías.

La gente me miraba. No estaba esposado, aunque estaba claro que iba detenido. Algunos miraban de reojo, señalando hacia mí con la cabeza. Otros, sin disimulo.

—Melania, me han detenido.

Decidí llamarla a ella, porque confiaba más en la ayuda que me pudiera brindar Melania que en los suspiros y lamentos de Rosa.

—¡Joder! —respondió nerviosa. Se mordió la lengua para no recriminarme el haber vuelto a España—. ¡Joder, joder! —exclamó con preocupación—. Vale, vamos para allá.

Tras pasar a disposición judicial, y teniendo en cuenta que ya me había fugado, me decretaron prisión preventiva.

Pensaba que había pasado por experiencias negativas y traumáticas, pero nada es comparable con el momento de entrar en prisión. Ni siquiera ver a mi padre desplomarse y golpear contra la mesa o verlo inerte en el suelo se asemejaban a lo que viví entonces.

Me subieron a lo que parecía un pequeño autobús blindado. Me acompañaba otro preso y nos metieron a cada uno en un pequeño cubículo de los cuatro que había. Esa pequeña celda solo estaba abierta por un respiradero. Me senté en uno de los dos asientos, con la mirada perdida en el ancla de mi dedo que acariciaba compulsivamente. No sabía qué me iba a encontrar al llegar. La angustia por estar detenido se unía a la inquietud de lo desconocido. Demasiado castigo por proteger a mi madre.

El furgón atravesó la primera puerta de seguridad hasta llegar a un patio. No creía que estuviera yo allí, descendiendo de un furgón policial, en una cárcel, esposado. Al bajarme, me quitaron las esposas y se abrió una verja de rejas metálicas rojas. Avanzamos. A mi espalda se oía el inquietante traqueteo de la puerta corredera al cerrarse.

El chico que iba conmigo echó la cabeza a un lado y vomitó. Estaba tan aterrado como yo. Sentí el golpe seco y metálico de la verja al cerrarse tras de mí y me dio un respingo.

Si pensaba que mi felicidad se había esfumado cuando vi a mi padre desplomarse contra la mesa de mármol, esa puerta cerrándose confirmó que esa vida quedaba clausurada.

Llegamos a la zona de ingreso, donde guardaron nuestras pertenencias y nos explicaron las normas de conducta. Se abrió una puerta blindada, pero esta no era una verja, sino una plancha maciza que no dejaba ver nada al otro lado. Al cruzarla, se cerró tras nosotros emitiendo un «clon» que resonó en todo el pasillo y me taladró hasta los huesos.

Hasta ese momento, no sé qué clase de milagro esperaba, pero no me creía que fuera a entrar en prisión. No obstante, cuando se cerró tras nosotros la puerta de ingreso, fui consciente de que ya estaba en la cárcel. No había vuelta atrás.

Recorrimos un pasillo larguísimo, que, por otra parte, deseaba que no terminara nunca. No quería descubrir lo que me esperaba al final. Caminaba sobre un suelo tan liso que reflejaba la luz. Temblaba. Demasiado castigo cuando toda mi culpa era haber tenido un padre maltratador.

Pasamos dos puertas más hasta que llegamos. Algunos reclusos hablaban entre sí. Unos cuantos nos miraban para infundirnos miedo. Ahí, atenazado por el pánico que apenas me permitía moverme, sabía que tenía que levantar la vista y mirar de frente a quien me mirase. No podía demostrar debilidad. En el momento de más pavor de mi vida, tenía que mostrar más seguridad en mí mismo que nunca. Te aseguro que fue el peor momento de mi vida.

Hasta ese momento.

*****

En otros países, al entrar en prisión te dan uniforme. Aquí no, aquí cada uno va con su ropa, así que ya te catalogan en cuanto te ven por cómo vas vestido. Desde ese momento fui *el hippie*. Y no, no era un mote cariñoso. La cárcel no es un sitio muy dado a la poesía. Mi mote, para ellos, significaba que era un muerto de hambre que no tenía quien le defendiera y con el que podrían hacer lo que les diera la gana.

La celda tenía espacio para dos camas y, separado por un murete de un metro, un retrete metálico sin tapa. Esa noche, no quería que mi compañero me oyera llorar, así que me acurruqué en posición fetal mientras mordía la almohada y me apretaba el estómago con las dos manos. Sentía verdadero pánico. De vez en cuando, se oía algún lamento desde otra celda o algún grito sin sentido que añadía más desesperación a lo que sentía.

Hay gente que, tras ver un documental en el que aparece una prisión con cancha de fútbol, gimnasio y televisión en las habitaciones, se atreve a decir que se está mejor dentro que fuera. En

broma (aunque nunca le he encontrado la gracia), dicen que, si se quedan sin trabajo, delinquen y así entran en la cárcel. «Hasta salen con paguita», se les oye decir. Les invito a cada uno de ellos a pasar una semana aquí, solo una semana, para que experimenten qué se siente cuando te privan de libertad.

La sensación de soledad, miedo y angustia, todo ello unido en un único sentimiento, es tan devastadora que es normal que te quiten hasta los cordones de los zapatos, porque de lo único que tienes ganas es de quitarte de en medio.

—Ey —me dijo mi compañero en mitad de la noche—. Todos hemos pasado por eso. Mira yo: pensé que me comía el mundo y el mundo me comió a mí. Parece mentira, pero aprendes a sobrevivir aquí dentro.

Y era cierto. Nunca te puedes acostumbrar a estar allí, pero, poco a poco, me fui haciendo a la rutina de la cárcel. Hay que intentar mantenerse ocupado, tener el menor tiempo posible para pensar, así que me apunté a teatro, jugaba a fútbol sala, iba al gimnasio, echaba partidas de cartas… lo que fuera. No obstante, al final del día, te acuestas mal. Y, cuando empieza el día, te levantas mal.

Convivía con asesinos, pequeños camellos, ladrones y narcotraficantes en el módulo uno, intentando pasar lo más desapercibido posible. Es cierto que la mayoría va a lo suyo, aunque un chico me tenía tomada la medida y siempre me buscaba las cosquillas: el *tuercas*, lo llamaban. Tampoco era un mote cariñoso ni bucólico. Había metido un montón de tuercas gruesas en un pañuelo, había hecho una bola con él y había azotado a un chico en la cabeza hasta hacerle perder el conocimiento. Aun así, él no me asustaba. El grupo con el que andaba, sí.

—¿Qué pasa? ¿Eres idiota? —me insultó un día que le di una patada sin querer jugando al fútbol.

No dije nada; me dio varios empujones para provocarme y que saltara. Como no respondí, me dio un puñetazo en el ojo. La rabia se apoderó de mí, aunque traté de mantener la calma. No sabía si era peor no enfrentarme a él, y que los demás pensaran que podían abusar de mí, o responder y llevarme paliza diaria de aquellos matones. Decidí arriesgarme a parecer cobarde, así que me quedé quieto.

—¡*Pringao*!

Algunos de su grupo le hicieron señas para que no continuara. Una cosa era darme una paliza con la excusa de estar peleándonos y otra diferente era golpearme sin oposición. Eso no podría justificarse y le supondría días en la ratonera, como llamaban a las celdas de castigo.

Incluso entre esa miseria, no podía dejar de pensar en ti. Un día, en la sala común, aparecías en la tele. Te estaban entrevistando porque volvías a España para trabajar en el *Expresión*.

—He convencido a Patrick para venirnos a vivir aquí.

La cámara enfocó a un hombre que sonreía: tu pareja. Él sí era uno de tus protagonistas: alto, distinguido, refinado; un señor. Hay veces en que uno siente como un viento gélido en la cara; otras, en que el estómago se encoge de preocupación hasta convertirse en una canica. En aquel momento en que te vi con otro hombre, sentí todo a la vez y mi sangre se paralizó, aunque mi corazón, por contradictorio que parezca, bombeaba descontrolado. Habían pasado más de cuatro años. Era normal que rehicieras tu vida, decía mi sentido común. Me cayó una lágrima como un puño.

—Una *follada* le metía yo —dijo el *tuercas*, sentado delante de mí.

No lo pensé. Me levanté, le agarré la cabeza por detrás y le estampé la cara contra la mesa. Y otra vez. Y una tercera. Tres golpes secos. En un segundo. En cuanto me senté de nuevo en mi

silla, me entró un escalofrío. La había cagado.

CAPÍTULO**58**

Sí, por desgracia habían pasado demasiadas cosas importantes desde entonces

Tristán

Me había dejado llevar por la rabia sin pensar en las consecuencias y, aunque el *tuercas* se lo merecía, pensé que sus compañeros saltarían a por mí. En el momento en que le estampé la cara contra la mesa no pensé en nada, pero sabía que la había cagado y no estaba preparado para eso.

—Te ha dejado bien el *hippie* —se mofaron de él mientras sangraba por la nariz.

Se reían y se burlaban de él, así que decidí salir de allí lo antes posible. Suponía que desde ese día el *tuercas* me haría la vida imposible, pero ocurrió todo lo contrario. No volvió a meterse conmigo.

Melania venía a verme cada vez que podía viajar desde México. En una de esas visitas trajo buenas noticias. Mi madre aún tenía momentos de lucidez y llegó a enterarse de que yo estaba en prisión. Nunca le pregunté nada a Melania, aunque siempre tuve la sensación de que había sido ella la responsable de que mi madre se enterara de que había entrado en la cárcel.

A mi madre, cuando era consciente, ya le costaba vivir pensando que yo estaba huyendo para encubrirla, así que no pudo cargar con la culpa de verme en prisión y confesó todo; ya no tenía sentido que yo siguiera callando y conté la verdad.

Escucharon ambas declaraciones y ambas coincidían, así que, tras unos meses, a mí me exculparon. Tuve que pagar, eso sí, una multa por ocultación de delito y obstrucción a la justicia, aunque la jueza entendió que, en mi caso, el mayor perjudicado por la ocultación había sido yo mismo, así que la pena fue mínima.

A mi madre la acusaron de homicidio involuntario y la condenaron a un año y tres meses, aunque nunca llegó a entrar en prisión.

—¡Muchas gracias! —agradecí a la abogada que nos había representado. Ella me estrechó la mano—. ¿Usted cree…? Si en aquel entonces…

—¿Si hizo bien en huir? —Asentí—. Es difícil asegurarlo, aunque mi opinión es que hubiera sido complicado demostrar su inocencia o la legítima defensa de su madre.

—¿Y ella…?

—Es de esas situaciones en que todos, incluido el juez, sabemos qué ha pasado, pero las pruebas son las que mandan. Y sí, es probable que su madre hubiera entrado en prisión.

—Gracias.

—Ni quiero imaginar lo que ha sacrificado en la huida —dijo mientras ponía su mano derecha sobre mi brazo—, pero no tenga ninguna duda de que ha sido de gran ayuda para su madre.

Nunca sabré si lo dijo porque lo creía con sinceridad o porque sabía que era lo que necesitaba oír.

*****

Tras pasar allí dentro los peores 7 meses de mi vida, y antes de regresar a Cancún, decidí visitar Peñíscola. Subí a la fortaleza, repasando cada paso que habíamos dado por aquella colina. «La vida es eso que transcurre entre momentos importantes», resonó en mi cabeza mientras contemplaba el mar, apoyado en la misma barandilla donde habías pronunciado aquella frase. Y

sí, por desgracia habían pasado demasiadas cosas importantes desde entonces.

Bajé con la intención de comer en la pizzería donde cenabas con tus padres durante las vacaciones de tu infancia. «Se traspasa», leí en el cartel del escaparate. No creo en las señales, pero no iba a dejar escapar aquella oportunidad. Mi vida, hasta que llegara el siguiente momento importante, tenía que transcurrir allí.

—He encontrado *Green Day* —informé a Melania por teléfono.

Gracias a ella, tenía dinero ahorrado. Todos los meses me ingresaba la mitad de los beneficios de la coctelería. Ella cobraba un sueldo por trabajar y llevar el negocio, pero, una vez computados los gastos y su sueldo, dividía el resto entre dos.

—¿De qué me hablas?

—He encontrado el local que tiene que ser mi restaurante, Melania.

—¿Estás loco?

—Es una ciudad turística, así que habrá demanda para un restaurante vegano. Está entre la playa y el peñón, o sea que no se me ocurre mejor ubicación. Y es amplio.

—Espera, pongo el manos-libres para que te oiga Rodri.

—Es el restaurante que siempre quise montar. Es el momento y es el lugar.

—No sé —dijo Rodri—. Lo dices con tanto entusiasmo que es difícil negarse.

—Es una pasada. Hay que abrir dos grandes ventanales. El interior tiene que estar decorado con lámparas de cestería y plantas. Muchas plantas. Hay que revestir la barra con listones horizontales de madera. Quiero que tenga todo un ambiente natural.

—Vale, vale. Ya veo que lo tienes claro —respondió Melania.

—Y arándanos. Quiero que haya floreros repletos de arándanos. Que el olor lo impregne todo.

—No sé, iré gestionando el traspaso de la coctelería y nos mudaremos allí.

—Yo puedo teletrabajar una temporada —dijo Rodri—. Después, estoy convencido de que encontraré trabajo por la zona.

—No, chicos. Os agradezco todo lo que habéis hecho por mí. Vivir con vosotros es lo único que me ha mantenido con algo de ilusión.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Melania—. Ni de broma.

—Os merecéis vivir vuestra relación solos y tranquilos. Es hora de que yo levante cabeza e intente construir este sueño por mi cuenta.

—No te flipes, Tristán —respondió, airada, Melania—. En unos días me embarco para allá.

—No, Melania. Es en serio. Venid a visitarme cuando queráis. Y quizás yo vaya a veros.

—Ojalá se cumpla todo eso que te propones, Tristán —deseó Rodri.

—Que no, que no. No sé qué habéis fumado —dijo Melania, con el tono entrecortado—. Yo voy a verte ya.

—Adiós, chicos. Os mantendré informados. ¡Os quiero un montonazo!

—Te quiero, tío —contestó Rodri, emocionado.

—Tristán, no me hagas esto —dijo Melania entre lágrimas—. Sabes que no puedes hacerme esto.

—Os veré pronto. Millones de besos.

—¡Eres muy imbécil, que lo sepas! —respondió Melania—. ¡Te quiero mucho! ¡Idiota!

*****

En un par de meses lo tenía todo listo. Aquel local representaba nuestro refugio. Estaba en Peñíscola, junto al mar, en tu pizzería y frente a nuestra tienda de tatuajes, que había pasado a ser un local de apuestas deportivas.

Y todo olía a arándanos. Cuando me encontraba mal, solo tenía que inspirar profundamente y recordar nuestros momentos juntos, desde que nos conocimos y pretendí odiarte hasta que supe que era imposible no amarte.

Cuando llegó la temporada alta tuve que contratar a dos ayudantes para que me acompañaran en cocina y a tres camareros. El negocio iba realmente bien. La tortilla era todo un éxito. También tu sándwich. Y la ensalada de garbanzo y aguacate, y la lasaña de espinacas o el cachopo de seitán.

Comparado con todo lo que había dejado atrás, fueron dos años que podría llamar felices. El exceso de trabajo me obligaba a concentrarme en el negocio y no dejaba oportunidad para otros pensamientos. Te echaba de menos. A diario. Ya no me empeñaba en borrar tu recuerdo. Sabía que no podía tenerte, pero tampoco intentaba olvidarte, porque es como dejar de fumar: es imposible no pensar en el tabaco. Hay que ser consciente de que ese recuerdo siempre regresa para estar preparado y afrontarlo.

Un día, tras el turno de comidas, salí de la cocina y me encontré con Silvia frente a la barra. Frené en seco al verla. Ella inspiró, pero no parecía sorprendida de verme. Detrás, estaba quien supuse que era el marido junto a su hijo, un mulato precioso de unos tres años.

—Nada más ver el restaurante pensé que podrías tener algo que ver. Esos platos son inconfundibles.

—¿Qué tal estás?

Le di dos besos y, aunque hizo esfuerzos por esconderlo, vi que en el antebrazo tenía tatuado un gatito en tinta azul; pequeño, sencillo, pero se distinguía perfectamente.

—Bien —respondió señalando a su familia.

—Hola —saludé al marido, extendiendo la mano, que él me estrechó con fuerza. Acaricié el pelo al pequeño, quien se escondió rápidamente detrás de su padre.

—Es… un viejo amigo —le dijo Silvia a su marido.

—Vale, amor —le contestó él—. Te esperamos afuera.

—Veo que tienes algún cuadro mío aquí.

—Sí, hay dos que están en la barra y tres en el comedor. Son espectaculares. Mira —señalé *La luz de tus ojos*—, siempre recordaré cuando pintaste ese cuadro y dijiste que reflejaba cómo veías el mundo a través de mí. Me encantó. Eso sí, temía que miraras tanto el mundo a través de mis ojos que no fueras capaz de verlo con los tuyos propios. Por eso me tranquilizó mucho cuando me dijiste que ibas a empezar a quererte por ti misma y comenzarías a trabajar para ser artista.

—También dije que no estaría contigo aunque volvieras a quererme.

—Y mírate, felizmente casada y con un hijo.

—Ya. Siempre has sido inteligente para casi todo. ¿Tú? ¿Estás casado? ¿Tienes pareja?

—No. Desde Sara no he estado con nadie.

De la manera en que abrió los ojos, entendí que no sabía que habíamos estado juntos. No tenía por qué saberlo, en realidad. Para mí era algo tan obvio que ni se me pasó por la cabeza que alguien en el mundo no lo supiera, pero me sentí mal por si aquello le abría viejas heridas.

—Bueno, me voy —se despidió, y me dio dos besos—. Me alegra mucho ver que te va todo bien.

CAPÍTULO**59**

Tu recuerdo me asfixia, pero no estoy dispuesta a olvidar lo mejor que me ha pasado en la vida

Sara

Al regresar de Cancún, acepté el trabajo en *Expansión* para volver a España. Deseaba estar cerca de mi padre y de Fran, aunque mi hermano, al poco, se fue con Ángela a Berlín, donde aún residen.

Aquí he vivido estos años, relativamente tranquila, hasta este verano. Amaba a Patrick de la manera en la que puedo amar a alguien que no seas tú. Tener el trabajo de mis sueños, la buena acogida que han tenido mis libros y gozar de una estabilidad emocional me provocaban la falsa sensación de sentir que mi vida iba bien, aunque todo aquello no eran más que castillos de naipes. Cualquier ligera brisa podía echarlos abajo, y lo que llegó fue un huracán.

A Patrick le apetecía conocer España, así que se nos ocurrió recorrerla en coche. Él sabía que me encantaba Peñíscola, así que reservó dos días en un hotel en el propio peñón, cerca del castillo.

—He reservado mesa para cenar en un restaurante vegano —gritó desde la ducha—. Tiene unas críticas excelentes.

—Ah, vale. Genial.

—Todos los comentarios resaltan la tortilla de patata con cebolla.

Se me aceleró el corazón. Restaurante vegano y tortilla en la misma frase… Inevitablemente pensé en ti.

—¿Cómo dices que se llama? —pregunté.

—*Green Day*.

Se me aceleró el pulso más aún. Eso sí que no podía ser una coincidencia.

—¿No te parece genial el nombre? —preguntó Patrick saliendo de la ducha, cubierto solo con una toalla.

—Sí —contesté, ensimismada—. El mejor del mundo. No sé por qué no se llaman así todos los restaurantes veganos.

—Eres un poco exagerada, ¿no? Oye, falta un rato para la hora de la reserva —se insinuó, dejando caer la toalla.

—No, ahora no. Tengo hambre.

Cuando llegamos al restaurante, el corazón, que unos minutos antes se agitaba acelerado, se paralizó. ¿Era una jodida broma? *Green Day* estaba en el local donde se encontraba la pizzería, mi pizzería de la infancia; nuestra pizzería.

El fin de semana que tú y yo pasamos juntos recorrió mi cabeza en un par de segundos. Buf, no sabía si sería capaz de entrar. Dos grandes ventanales con marcos verdes dejaban ver el interior. En la pared junto a la puerta se podía leer la carta en varios idiomas. Lo primero que aparecía eran las recomendaciones: sándwich de calabacín con mayonesa de anacardos, tortilla de patata con cebolla y palitos de mar. Estaba segura de que era tu *Green Day*.

—¿Entramos? —preguntó Patrick, mientras ponía la mano en mi espalda para que avanzara.

No podía. Estaba paralizada. Me rasqué el brazo. La idea de encontrarte, frente a frente, me

ilusionaba y me aterraba a un tiempo.

—¿Estás bien?

Asentí moviendo repetidamente la cabeza, nerviosa. Respiré hondo y entré. En las paredes del interior reconocí algunos cuadros de Silvia. Y arándanos; arándanos por todas partes. Me picaba la espalda. Estaba claro que no era una coincidencia.

—¡Joder, qué buena está la tortilla! —exclamé al probarla.

Su sabor era tal como el de la que habíamos preparado juntos. Te juro que sentí cómo me agarrabas la mano para esparcir el aceite por la sartén y cómo nos miramos, tímidamente, durante tres segundos (quizás cuatro).

—¡Ay, Sara! Esas groserías no son muy propias de ti.

—¿En serio? —contesté, arrugando la frente—. Creo que no hay nada más propio de mí.

—Cierto que lo dices a menudo, más a menudo de lo que me gustaría.

Levanté las cejas con desagrado. Lo último que me apetecía era discutir. Patrick era un buen hombre, pero, a veces, me exasperaba su excesivo interés por la corrección y esa seriedad que no dejaba espacio para la espontaneidad.

Mientras cenábamos, me fijaba en cada una de las personas que entraban en el local y en cada empleado. Nada. Ni rastro de ti. Tu sitio sería la cocina, obviamente, así que alargué la sobremesa cuanto pude para intentar descubrir si estabas allí.

Uno a uno, fueron saliendo los empleados de cocina, hasta que el último apagó la luz. Eran más de las doce y media.

—¿Pedimos la cuenta? —preguntó Patrick.

—Me apetece otro café. ¿Quieres algo?

—Lo tomamos en otro sitio, mejor.

—Uno rápido.

Me levanté y me acerqué a la barra. Temí que no me sirvieran, porque era tarde y apenas faltaban por irse cuatro comensales de otra mesa.

—¿Me pone un café, por favor? —pregunté al chico que estaba detrás de la barra.

—Claro, ¿cómo lo quiere?

—Solo, si es tan amable.

—Siéntese; ahora se lo acerco yo.

—Gracias. —Me di la vuelta hacia mi sitio—. Esto… —Me giré de nuevo hacia el camarero—. ¿Tristán no está?

Me picaba todo el cuerpo.

—¿Perdón?

—Tristán. Me dijeron que trabajaba aquí.

—Espere un momento. Yo no llevo mucho. Voy a preguntar a la encargada.

Se acercó a la caja registradora, donde una chica rubia contaba los billetes y las monedas. Me miró y se acercó.

—Tristán ya no está aquí. —Me entró un sudor frío. Me froté la nuca—. Hace un par de meses que ha traspasado el restaurante.

—Lo veo todo como cuando estaba él —intenté disimular, aunque, en realidad, lo que decía tenía sentido, porque el local eras tú.

—La mayoría de la plantilla que trabajaba aquí cuando él era el dueño sigue trabajando. Fue una condición que puso para traspasarlo. Los cocineros aprendieron con él, así que se ha mantenido la carta y el espíritu del negocio.

—¿Sabe dónde está?

—Ni idea. Fue todo muy rápido. Cuando nos comunicó que lo traspasaba, ya lo tenía todo atado. No dijo nada más a nadie. Era buena gente y se llevaba bien con todos, aunque mantenía las distancias.

—Tengo entendido que había estado en México —pregunté, como sin darle importancia.

El nudo de mi estómago me recordaba cuánto deseaba verte. Los picores, el ansia por reencontrarme contigo.

—Ah, sí, allí había montado una coctelería. De hecho, sus socios en México vinieron a visitarlo un par de veces.

—Melania y Rodri —aseguré.

La chica asintió. ¿Habíamos coincidido? No, imposible. Me había quedado horas allí y no había perdido detalle de lo que ocurría en la coctelería. ¿Había llegado tarde allí también?

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Patrick al salir del restaurante.

—Quiero ir al hotel —contesté—. Estoy cansada.

—Te noto rara.

—Soy rara —intenté bromear.

Por dentro algo me ardía. El ambiente era cálido y todo parecía en calma, pero en mi interior algo revoloteaba presagiando el huracán que estaba al acecho.

—Tengo una sorpresa —anunció Patrick al llegar a la habitación—. Cierra los ojos.

—¿Qué sorpresa?

Intenté reponerme. Bastante sorpresa me había llevado ya. Habías estado allí, en nuestro local, habías montado nuestro *Green Day*. Si hubiera llegado dos meses antes me hubiera encontrado de frente contigo. Solo de imaginarlo se me aceleraba el pulso y los picores eran horribles.

Patrick colocó algo en mis manos. Abrí los ojos. Eran unas entradas para un concierto en el teatro romano de Mérida dos días después. De Ludovico Einaudi. ¿En serio? Nuestras vivencias se agolpaban como si fueran puñetazos que golpearan contra mi cara, uno detrás de otro. ¿Cómo iba a poder soportar tu recuerdo escuchando *Experience*?

—¿No te parece el mejor escenario posible para ver un concierto suyo?

Sí, Patrick, claro que me lo parecía: el escenario perfecto para recordar cada instante contigo, sentirte en cada nota y soñar con volver a verte.

*****

Nos sentamos en la parte baja de la cávea situada a la derecha. Sobre el escenario apareció Ludovico Einaudi y comenzó a tocar él en solitario el piano. La decoración con columnas, estatuas y relieves tras él se iluminaba; primero con luz rosa, después azul.

Cuando comenzó la interpretación de *Divenire*, una de mis piezas favoritas, se me erizó el vello. Estaba nerviosa. En esos dos días no te pude quitar de mi cabeza ni un instante. Entró el acompañamiento de cuerda y percusión. El huracán en mi interior era cuestión de minutos.

Sonaron los primeros acordes de *Experience*. La gente aplaudió. Recordé tus nervios cuando comenzaste a tocarla en el local donde cenamos. Se te ve siempre tan seguro de ti mismo que me parece adorable recordarte hecho un flan.

Los ojos se me iban empañando a medida que aceleraba la pieza. Me recordaba a mí misma cuando me había quedado sola al doblar la esquina. Me habías dejado y no entendía por qué.

Habíamos vivido un fin de semana maravilloso y me habías abandonado.

No he podido olvidarte, Tristán. Ni un solo día. No podré olvidarte, aunque viva treinta vidas. Para mí, quererte es una enfermedad. El problema es que no deseo renunciar a lo que me enferma. Tu recuerdo me asfixia, pero no estoy dispuesta a olvidar lo mejor que me ha pasado en la vida.

Patrick me miró y me pasó el brazo por el hombro. El sentimiento de impotencia que sentí cuando me abandonaste volvió a la vida. Sabía que me amabas y que te habías ido.

Me estaba derrumbando. Tenía que salir de allí. La música ganaba en intensidad. Podía sentir el centro del huracán en mi pecho, generando un remolino de emociones del que no iba a poder escapar. Me levanté, bajé las escaleras de la cávea y escapé del teatro corriendo.

A los pocos metros me sujetaron del brazo. Se me pasó por la cabeza la loca idea de que pudieras ser tú. La música se suavizó y se volvió melancólica; la calma antes de la explosión final. Quizás estuvieras en el concierto. Quizás al verme huir hubieras corrido hasta detenerme. Quizás me giraras y me besaras hasta que el huracán derribara el mundo.

CAPÍTULO**60**

Te juro que solo pensaba en acelerar. Destrozar el quitamiedos. Volar esos más de doscientos metros. Cuántas veces me maldije por haber frenado

Tristán

No sé si a Silvia aquella conversación le reavivó viejas heridas; a mí me abrió en canal. Nombrarte de nuevo me hizo replantearme mi vida. Se suponía que estaba viviendo mi sueño, pero, cuando me detenía un instante, me sentía vacío. No estaba contigo, ni tenía cerca a Melania, ni siquiera compartía la vida junto a mi madre.

Sentado en la barra, solo, con las luces apagadas, me di cuenta de que aquel no era mi sueño en realidad. Mi sueño era compartirlo con la gente a la que amaba, y no tenía a nadie a mi lado. Me divertía cocinando y la ciudad me encantaba, pero nada me llenaba. No sabía qué necesitaba; lo que sabía era que no estaba en *Green Day*.

El negocio había ido bien, así que, con lo que había ahorrado y lo que conseguí del traspaso del local, decidí viajar por Europa: Ámsterdam, Berlín, Praga, Budapest… Me gustaba estar con gente siempre de paso, sin esfuerzos por ser querido, sin pretensiones de que nadie me recordase al día siguiente. Era liberador; en cierto sentido, parecido a cuando estaba en el turno de noches en *El Rincón de Marc*. Me daba la impresión de que habían pasado siglos desde aquello.

Volví a España. Había comprado la entrada para un concierto de Ludovico Einaudi en el teatro romano de Mérida. No podía perderme la experiencia de vivir su música en un marco como ese. Desde la parte alta de la cávea izquierda contemplaba a Einaudi en el escenario, al piano; a su alrededor, algunos instrumentos de cuerda y, tras ellos, el escenario de columnas y figuras escultóricas que se iluminaba con luces que iban alternando de color.

Cuando comenzó a sonar *Experience*, el escenario pasó de ser un espectáculo a convertirse en magia pura. Ludovico Einaudi interpretó los primeros compases únicamente con el piano, con tal sutileza que parecía transportar la melancolía por todo el escenario. Recordé tu cara de ilusión cuando me regalaste el teclado. Un violín acompañó al piano, con suavidad, apenas imperceptible. El chelo hizo su aparición con un tañido grave, profundo y desgarrador que parecía rasgar el corazón.

El *tempo*, como diría Fran, se aceleró. Einaudi hacía mover el sombrero de su cabeza al ritmo de la música. Se me empañaron los ojos por la emoción. La sensación de plenitud era enorme, indescriptible. Me vino a la mente tu cara de sorpresa mientras yo tocaba el piano en aquel restaurante, nervioso, para agradecerte todo lo que habías hecho por mí.

El violín empezó a sonar más agudo y a llevar el protagonismo de la pieza hasta que el piano irrumpió de nuevo, acelerando el *tempo*, hasta que todos los instrumentos, todos juntos, hicieron explotar la melodía en un estallido de notas a todo volumen.

Una mujer, en el otro extremo del escenario, descendió las escaleras. ¿Cómo alguien podía irse de allí? Y en ese momento. ¡Con lo que tú lo hubieras disfrutado! Un hombre fue tras ella. Quizás fuera una urgencia. O una discusión de pareja.

Tras la explosión, vino la calma final. La melancolía volvió a inundar el escenario. Entonces recordé cuando te dije que no te quería. ¡Cuánto te hice sufrir! La música volvió a intensificarse. La noche en que hui, subía al Serbal escuchando aquella misma pieza. Con las manos en el volante, te imaginaba llorando por mi culpa, mientras yo tenía que buscarme un futuro sin saber dónde. Te juro que solo pensaba en acelerar. Destrozar el quitamiedos. Volar

esos más de doscientos metros. Cuántas veces me maldije por haber frenado.

*****

Y hoy es posible que te vaya a ver. Miro la tele y te veo ahí, explicando que llevas escribiendo y trabajando desde antes incluso de terminar la carrera y que necesitas detenerte un tiempo. Quizás sea la última oportunidad de encontrarte, aunque sea en la distancia, porque es posible que ni me atreva a acercarme.

Semanas después del concierto de Einaudi, me avisaron de que mi madre estaba ya muy enferma y que, probablemente, no duraría muchos días. Llegué a tiempo para verla. Quizás ella aguantó hasta verme.

Cuando murió, apoyé mi cabeza en su pecho. Siempre había mantenido la esperanza de volver a sentirme hijo por un rato. Desde muy niño había tenido que ser el protector y no el protegido.

Rosa quiso hacer una misa. Nunca he sido de esas cosas, pero, si ella se quedaba tranquila así, a mí no me importaba. De hecho, me parecía una buena manera de despedirnos de ella. Al terminar la ceremonia nos dirigimos al cementerio.

Conduciendo detrás del coche fúnebre, solo podía pensar en que estábamos en la misma ciudad. Incluso el día en que enterraba a mi madre no dejaba de pensar en ti. Me fijaba en cada persona con la esperanza de ver tu rostro. Todo mi dolor debería estar concentrado en mi madre, aunque no podía evitar los nervios de saber que podría verte al doblar cualquier esquina.

Cuando empezaron a bajar el ataúd de mi madre, me giré y, tras los árboles, al fondo, vislumbré una silueta de mujer. Por un segundo, quedé paralizado. No tenía pruebas, y desde esa distancia hablaba más el deseo que la vista, pero sabía que eras tú.

Notaste que me había girado y que te miraba. Saliste de detrás del árbol, como tu protagonista emergió de detrás del almendro para descubrir a los secuestradores, pero en tu caso para escapar de allí. El paso acelerado con el que huiste no hizo más que confirmarme que eras tú.

Tuve la tentación de correr tras de ti, pero estaban descendiendo el féretro de mi madre. Volví la vista de nuevo. Te habías ido.

Ahora estás en la pantalla del televisor. Y quiero ir a verte. De lejos. En la distancia, como hiciste tú. Miro la tele y te veo ahí, explicando que necesitas detenerte un tiempo.

Aunque no sales en la prensa rosa, se ha comentado que te has separado de Patrick. Es el último día que puedo saber dónde estás. Y necesito verte. Sin acercarme a ti, quizás. Han pasado demasiados años. Estoy nervioso. No sé cómo reaccionarás. Ni cómo reaccionaré yo al verte a ti.

*****

Me levanté del sofá y corrí hasta el estudio. Me quedé en la acera frente a la entrada, caminando nervioso de un lado a otro. El programa había terminado hacía más de veinte minutos, pero no salías. Cada vez me entraban más dudas. ¿Qué esperaba yendo hasta allí? ¿Tenía pensado hablarte? Ni idea. Solo sabía que aparecerías en cualquier momento y el corazón me iba a mil por hora.

La puerta se abrió y saliste, sonriente, mientras agarrabas del brazo a alguien. ¿Era Jon? Estaba lejos, pero sí, pude distinguirlo. ¿Estabas con Jon? Os reíais, con complicidad, en la distancia. Vestías muy elegante con vestido azul, como el día en que nos conocimos. Tu pelo

castaño claro, casi rubio, te caía con gracia sobre los hombros, como aquel día. Y estabas con Jon.

Había estado esperando allí como un idiota. Pero ¿qué pretendía después de ocho años? ¿Que me vieras y salieras corriendo detrás de mí?

Giraste la cabeza hacia donde estaba yo y me viste. Te miré. Sentí detenerse el tiempo, una vez más. Cruzamos la mirada, como cuando saliste de *El Rincón de Marc* a darme las gracias el día que celebramos la publicación de tu libro; como cruzamos la mirada cuando llegué a la fiesta de la facultad y te giraste; como nos miramos a los ojos tendidos en el césped sin atrevernos a besarnos; como cuando estabas encima de mí en el motel y nos miramos antes de hacer el amor por primera vez.

Fui consciente, un poco más si era posible, de todo lo que te amaba, de lo que daría por abrazarte, de cuánto deseaba apretarte las manos y besarte.

Agaché la cabeza y comencé a caminar para irme de allí. Estabas con Jon. No tendría que haber ido. Me habías olvidado: era duro suponerlo, pero era insufrible verlo frente a frente.

—¡¡Tristán!! —te oí gritar.

CAPÍTULO**61**

Hablando sobre la posibilidad de estar juntos de nuevo, soy capaz de creer en la justicia poética, en el karma y en los unicornios que cabalgan sobre el arcoíris

Sara

En cuanto salí del concierto de Einaudi me derrumbé. La música en el escenario explotaba en mil colores mientras alguien me sujetaba del brazo. No quería girarme. Prefería imaginar por un instante que estábamos juntos de nuevo, perderme en los violines y la percusión hasta evadirme por completo de esa realidad que no quería vivir sin ti.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Patrick.

—No puedo.

—¿Qué es lo que no puedes?

¿Cómo le explicaba a Patrick que, por mucho que le quisiera, nunca iba a amarlo como a ti? En la habitación del hotel le conté lo que habíamos tenido y lo que significabas en mi vida, a pesar de los años sin verte.

—Lo siento, Patrick. Te quiero. Y pensé que podría amarte. Pero nunca te querré como a él.

—¿Me has engañado todo este tiempo? ¿Hemos vivido una mentira durante años?

—No, te juro que no. Creía que era capaz de pasar página y seguir con mi vida hasta quererte como te merecías.

—¿Pero?

—Lo siento.

Salió de la habitación, probablemente para no vernos más. He tenido que abrir el cuaderno y escribirte de nuevo. Como hace años. Me siento fatal por haber engañado a Patrick, aunque, en realidad, a quien engañaba era a mí misma.

Y hoy te he visto.

Ayer, unas semanas después de aquel reencuentro con Jon, Fran me escribió para decirme que tu madre había muerto, así que regresé a casa. Nada me gustaría más que acompañarte y apoyarte en un momento así. Sin embargo, no me atreví a entrar a la iglesia hasta que todo el mundo estaba sentado y había comenzado la ceremonia. Salí antes de que terminara. No tuve valor para acercarme. Esperaba, al menos, acercarme para mirarte a los ojos y decirte un simple «lo siento», pero el impacto que podría tener nuestro encuentro no era para un momento así.

Desde el coche vi tu figura portando el ataúd hasta el coche fúnebre junto a otros tres hombres. Desde esa distancia apenas te pude distinguir, pero se me aceleró el corazón. Después de que arrancarais, esperé aún unos diez minutos. Cuando llegué al cementerio, el sacerdote estaba diciendo unas palabras.

Me quedé alejada. No te veía todo lo bien que hubiera querido, pero ¡joder, qué guapo estás! Salvo el pelo, que llevas un poco más corto, estás tal como te recordaba.

Lo que no sabía era todo lo que me iba a impactar verte. Miraste hacia atrás. Era imposible que me reconocieras desde la distancia a la que te encontrabas; de todas formas, me entró el pánico y me fui.

No sé para qué he ido.

*****

En el periódico me esperaba otra sorpresa. Jon había comenzado a trabajar en *Contabilidad*.

Durante estas semanas han pasado demasiadas cosas que te han situado frente a mí de nuevo.

—Si soy sincero, sabía que trabajabas aquí cuando acepté el puesto, pero era muy buena oferta.

—Ha pasado mucho tiempo, Jon.

—Te pido perdón por… la última conversación que tuvimos. Te hice pasar por una situación muy incómoda. No debí presionarte.

—Gracias por las disculpas. Se nota que has madurado.

—Y menos mal que aportaste coherencia, porque yo me hubiera lanzado de cabeza. En el fondo, sabía que, si volvíamos, nuestra relación estaba destinada al fracaso.

—¡Claro, qué tonta! Fuiste tú.

—Yo, qué.

—La donación. Tú donaste el dinero que me faltaba para publicar.

—Me sentía mal por haberte puesto en aquella situación. Y todavía te quería. La verdad… Me gustaba imaginar que te había ayudado.

—Sí que me ayudó —le agradecí, poniendo mi mano sobre la suya.

—Ha pasado mucho tiempo y fui feliz con Marta el tiempo que estuvimos juntos, pero verte ha revivido sensaciones. Quizás aquel no fuera nuestro momento. ¿Qué te parece si empezamos de cero y tenemos una cita? ¿Una cena o algo así?

—Verte me ha removido muchas cosas, Jon, y eres un gran hombre.

—No sigas, por favor.

—No, lo digo en serio. Siempre lo has sido. Quizás fui yo quien, por las circunstancias, quiso dejar de ser joven antes de tiempo. Y, joder, ¡sigues estando muy bueno!

Agachó la cabeza con timidez.

—¿Entonces?

—Como te he dicho, verte me remueve sentimientos, pero por otros motivos. Siempre que te viese iba a recordar… Bueno, cosas.

—¿Qué cosas?

—Es mejor que no lo sepas.

—No empieces con misterios. Tú lo has dicho, ya no soy aquel chaval inmaduro.

No encontraba la manera de explicar en una conversación lo que llegaste a significar para mí, lo que sigues significando. En realidad, ¿qué le iba a decir? ¿Que habíamos pasado un fin de semana juntos? Porque esa era la verdad; habíamos sido pareja durante dos días.

—Ven.

Le llevé a mi casa y le mostré todos mis cuadernos. Me daba un poco de vergüenza que leyera las páginas donde desnudo mi alma ante ti. Bueno, ni ante ti. Necesito contarte todo, hablar contigo, pero, en realidad, sé que no leerás nunca esto que te escribo. Sin embargo, quería hacerle entender a Jon que, cada vez que le viera, iba a pensar en ti y en nuestra historia. Era la única manera que tenía de exponerle lo que significabas para mí…. Lo que significas.

Le mostré el cuaderno en el que cuento la celebración de tu cumpleaños. Parecía que sus ojos se iban a salir de las cuencas cada vez que leía una nueva página.

—¿Tú y Tristán?

—Flipas, ¿no?

—Sí, un poco. Aunque, si intento olvidar que has sido mi pareja, os podría imaginar juntos. Siempre te he dicho que eres la persona más inteligente que conozco. Y Tristán seguro que es capaz de apreciar como nadie hasta qué punto lo eres.

Cuando llegó a los cuadernos donde contaba nuestro fin de semana juntos, me los devolvió.

—Esto permíteme que no lo lea. ¿No le has visto desde entonces? ¿Ni has tenido noticias suyas?

—Toma. —Saqué un último cuaderno de mi bolso—. El que estoy escribiendo siempre lo llevo conmigo por si tengo que contarle algo.

—¿Le sigues escribiendo?

—Cuando empecé con Patrick dejé de hacerlo. Creí que podría olvidarlo. Pero… bueno, léelo.

Leyó el cuaderno que había comenzado a escribir la noche del concierto de Einaudi.

—Se me pone la piel de gallina cuando hablas de él —comentó—. Ojalá alguien me llegara a querer así algún día. No sé cómo, pero la vida os debe una. Os tenéis que reencontrar.

—Como te diría Tristán, esto no es cuestión de justicia.

—Bueno, pero ya sabes que él es un pesimista. Vais a volver a estar juntos, ya lo verás.

Aquella inocencia de Jon, junto a esas palabras de ánimo vacías, en otro tiempo, o hablando de cualquier otra cosa, me hubieran provocado un «ay, Jon» de desaprobación, con levantamiento de cejas incluido. Sin embargo, hablando sobre la posibilidad de estar juntos de nuevo, soy capaz de creer en la justicia poética, en el karma y en los unicornios que cabalgan sobre el arcoíris.

****

Solo han pasado dos semanas desde aquello, pero todo ha cambiado. Hoy me entrevistan en *Expansión*. Tengo que anunciar que me voy a tomar un tiempo de descanso, tanto del periodismo como del mundo editorial, aunque, antes de ir al estudio, he abierto este cuaderno.

Necesito escribir; necesito contarte por qué tengo que apartarme del mundo. He sido incapaz hasta ahora. Me tiembla el pulso y no sé si seré capaz de aguantar el llanto. Vale, ya veo que no. Solo intentaré que esas lágrimas no me impidan escribirlo, porque necesito contártelo, aunque, en realidad, no puedo describirte la sensación que tuve cuando la doctora me explicaba lo que ocurría. Ya lo había vivido con mamá, pero, si no lo esperas con cuarenta y cuatro años que tenía ella, imagínate con veintiocho.

—Estadio III —explicaba, aunque no oía más que palabras sueltas.

¿Cáncer? ¿En serio? Eso no entraba en los planes. Fue como una bola de demolición que me cayera encima. Había dejado que la vida fuera dibujando sus trazos en mi pizarra mientras yo estudiaba, trabajaba y escribía, sin que me planteara qué líneas quería dibujar en mi existencia.

Había ido sola al médico, porque no quería preocupar a nadie.

—Eres muy joven —escuché de fondo a mis pensamientos—. Se extiende rápido.

De un plumazo, las palabras de aquella doctora borraron todos y cada uno de los trazos escritos en mi pizarra. Mi vida ha pasado a ser un espacio vacío y negro.

—El cáncer ha invadido sus ganglios linfáticos y ha comenzado a extenderse.

Estaba obligada a detenerme y mirarme, frente a frente; comenzar a valorar qué quería escribir en mi vida a partir de entonces.

—Le soy sincera. Hay pocas posibilidades…

*****

En *Expansión* me solicitaron que les concediera una entrevista para comunicar que me apartaba

de los medios. No me apetece nada ponerme frente a las cámaras, pero tomaré aire y afrontaré la situación.

Con todo el aplomo del que fui capaz, y mintiendo para no reconocer lo que ocurría en realidad, sobreviví a la entrevista. Después, me organizaron una pequeña despedida en la oficina.

—¿Quieres uno? —me ofreció Carlos, de deportes, lo que parecían rollitos de *bacon* y queso de una bandeja.

—No come carne —explicó Jon detrás de mí.

—¡Hola! —le saludé.

Me alegraba tenerlo allí. Estas últimas semanas hemos entablado bastante confianza. Después de todo, solo él y Fran saben lo que significas para mí, aunque tampoco a él le había explicado los verdaderos motivos que me llevaban a apartarme del mundo.

—¿Nerviosa por obligarte a descansar?

—No sé qué decirte. Va a ser extraño no escribir en una temporada.

No tenía ninguna gana de estar en aquella despedida, pero, ya que no sabía cuánto tiempo estaría sin ver a mis compañeros, aguanté más de media hora. Jon me acompañó y, al salir, me agarré de su brazo.

—Si te viera Tristán pensaría que te has puesto ese vestido por él.

—¿Por qué? —pregunté mientras abría la puerta.

—Porque es igualito al que llevabas en la cena del día en que lo conociste.

—¿En serio? ¿Tú te acuerdas de cómo era mi vestido?

—Claro —respondió con una risa malévola.

Giré la vista y me pareció verte. ¿Eras tú? Estabas en la acera de enfrente, alejado, aunque lo suficientemente cerca para reconocerte. Clavamos la mirada el uno en el otro.

¡Joder, cómo te seguía amando!

El tiempo se ralentizó como cuando salí de *El Rincón de Marc* para agradecerte la celebración que me habías organizado por la publicación de *El rencor del almendro*. Se unió a lo que sentí cuando, sin estar segura de si vendrías, te vi en la fiesta de la facultad. Y todo ello se entremezcló con las miradas tímidas y furtivas que cruzábamos en el sofá de mi casa cuando pasamos por la situación de mi madre.

Todas nuestras miradas se unificaron en aquella mirada.

Clavamos la vista el uno en el otro durante segundos, petrificados, a la vez que un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Cuando reaccionaste, apartaste la vista y te giraste hacia la izquierda para irte. No podía tenerte tan cerca y no decirte nada; no podía estar a unos metros de ti y no tocarte.

—¡¡Tristán!!

Seguías avanzando y corrí detrás de ti. Te detuviste y te volviste, así que quedamos frente a frente. Me temblaba el pulso. No dijimos nada. Acerqué tímidamente mi mano a la tuya y nos agarramos los índices. Me acerqué hacia ti. Bajé la vista un segundo, y los ojos se me empañaron al instante. No podía canalizar de otra manera toda la emoción que me inundaba el pecho.

Tus ojos dejaron de estar fijos en los míos para mirarme a los labios. Te acercaste. Cerré los ojos. Nuestros labios se rozaron con tanta delicadeza que el corazón me iba a estallar.

Quería vivir en aquel beso para siempre.

CAPÍTULO62

«Te quiero, Tristán», le susurré a mi almohada, como si aquel «te quiero» pudiera volar desde mis labios hasta tu corazón

Sara

No tenía que haberte besado. Te juro que no se me pasó por la cabeza hasta ese momento. La emoción por verte pesó más que cualquier razonamiento. El sentido común tiene poco que decir en estos casos.

Allí estaba, frente a ti. Había soñado con aquel momento durante más de ocho años, casi nueve. Y, sin embargo, nada podía ser como había imaginado.

—¿Por qué me dejaste aquí, Tristán? —pregunté, mientras una lágrima empezaba a resbalar por mi mejilla.

No era una lágrima por la emoción de habernos reencontrado; no era la ilusión de tenerte conmigo de nuevo. Era el llanto de tener que separarme de ti otra vez, el sufrimiento de salir derrotada por una realidad que no nos daba tregua.

—Yo quería ir contigo —susurré.

—Por eso no te dije nada.

—No sabes cuánto te odié por decirme que no me querías. Y lo culpable que me sentí cuando comprendí por qué. Y cuánto te odié de nuevo por no haberme dejado ir contigo.

—Eso ya no importa.

—Lo siento, Tristán. Es demasiado tarde.

Me sentí muy culpable, pero la decisión estaba tomada. Se me iba a partir el alma, como se te debió partir a ti cuando me dejaste. ¡Joder, no sabía que iba a ser tan difícil!

—Tengo que irme —dije, llorando—. Esto nunca debió ocurrir.

—¿Cómo? No entiendo nada. —En tu rostro vi el pánico. Se me hizo un nudo en el estómago, igual que el nudo que se formó cuando me dejaste—. ¿Me sigues odiando por aquello?

—Siempre te he amado.

Me giré y esta vez fui yo quien huyó.

–No me busques, por favor —grité, volviéndome hacia ti.

—¡Sara!

No me volví. No podía dejar que vieras mis lágrimas por despedirme de ti. No debí haberme acercado, no debí hacernos pasar por eso otra vez. ¡Para qué gritaría tu nombre!

De camino a casa me detuve en la gasolinera. Compré un *pack* de seis *Ranses*. Fui al mirador del Serbal, abrí una botella y, mientras la bebía, me senté en la roca mirando al infinito de aquellas montañas. Coloqué el resto alrededor del árbol.

—Lo siento, Tristán. ¡Lo siento tanto!

Estuve un rato en silencio, intentando no recordar que te había dejado atrás ni pensar en lo que me esperaría a partir de entonces. Cuando llegué a mi piso, Jon me esperaba sentado en el rellano.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó mientras se levantaba.

—Vete, Jon. Quiero estar sola.

—No, no me voy —respondió muy serio—. Lo siento, pero tienes que explicarme por qué

llevas ocho años esperando por alguien y, cuando lo ves, lo besas y escapas corriendo.

—No puedo estar con él.

—No entiendo nada.

—Ven.

Lo llevé a mi habitación. Le di el último cuaderno para que lo leyera. No tenía fuerzas para decirlo en voz alta.

—¿Qué es esto?

Lo leyó de manera apresurada.

—¿Esto es…?

—Sí, es lo que parece.

—Ven acá.

—Notaba algo en el pecho. Me decían que era displasia. Yo les conté… Bueno, eso, mis antecedentes, pero… aun así… siendo tan joven, tuve que insistir para que me hicieran la mamografía.

—¡Joder! ¡Qué mierda!

—Y no puedo hacerle eso a Tristán. Ocho años sin verlo y no le voy a hacer pasar por algo así. Mucho menos si…

—No lo digas.

—Me dijeron…

No pude acabar la frase y me abracé a él .

—¿Es grave? —Asentí. No podía hablar—. Bueno, aún tendrás que tratarte. Ya veremos cómo se desarrolla. Pero creo que estar lejos de él tampoco te va a hacer bien.

—La cuestión es no hacerle mal a él. Lleva toda su vida sufriendo, la mayoría de las veces por culpa de los demás. No voy a hacerle esto, Jon. No puedo.

No debí llamarte, Tristán. Fui muy egoísta. No debí besarte. Lo sé, pero no pude evitarlo. Quizás era la última oportunidad que tenía de verte, de tocarte, de estar contigo.

Te amo y quisiera pasar mis últimos días contigo, pero tengo que limpiarme las lágrimas y ser fuerte. Como lo fuiste tú por mí. No puedo obligarte a perderme de nuevo.

*****

Me operaban al día siguiente, aunque no le temía a la operación. A lo que tenía pánico era a todo lo que vendría después. Estaba echada en la cama, intentando dormir, aterrada. No podía quitarte de mi cabeza. Si estábamos hechos el uno para el otro, ¿por qué la vida nos ponía tantas dificultades para estar juntos?

«Te quiero, Tristán», le susurré a mi almohada, como si aquel «te quiero» pudiera volar desde mis labios hasta tu corazón. La agarraba con todas mis fuerzas, apretándola contra mí como quisiera apretarte a ti para deshacerme de la angustia que me devoraba por dentro.

Me aterraba vivir lo que iba a sufrir. Tras la operación, iba a necesitar un tratamiento agresivo de quimioterapia y radioterapia para tener alguna esperanza. Después de haberte tenido delante de mí, enfrentarme a ello sin ti me daba pavor.

Fran y Ángela habían regresado desde Berlín para acompañarme durante la operación. Mi padre llegó temprano para ayudarme a preparar la maleta para el hospital y llevarme. Me dio un escalofrío al entrar. El hospital había cambiado poco.

¡Al despertar de la operación me arrepentí tanto de no haberte contado la verdad! Mi padre

estaba conmigo, pero yo te necesitaba. Quería que estuvieras allí, que me dieras la mano.

—*Solo tú puedes estar guapa tras una operación* —me hubieras dicho.

Te habría mirado con media sonrisa, la que me habrían permitido mis fuerzas, y te hubiera admirado una vez más.

—Hemos extirpado los dos senos —explicó la cirujana—. El tumor parecía que ya empezaba a afectar y, dada la situación, no se puede correr ningún riesgo.

—*¿Y cuándo podremos hacer el amor de nuevo?* —hubieras preguntado para sacarme una sonrisa.

No te hubiera importado lo que hubiera pensado la cirujana porque, además, querrías hacerme ver que estabas deseando hacerme el amor.

—*Esta noche me quedaré contigo* —me habrías dicho apretando mi mano con esa mezcla de firmeza y delicadeza de la que solo tú eras capaz—. *Quería quedarse tu padre, pero ya le he dicho que yo iba a pasar aquí la noche, aunque fuera en la sala de espera. Si no hacemos mucho ruido* —me habrías susurrado—, *es posible que hoy podamos hacer el amor.*

Como siempre, sabrías lo que me hacía falta antes que yo misma. Pero te había echado de mi vida. Me había ido.

Mi padre me besó en la frente mientras me abrazaba. Él pensaba que lloraba por la operación. El dolor era otro. El dolor venía de más adentro.

Tenía que estar dos días más en el hospital. Mi padre y mi hermano estaban muy preocupados. Me veían tan alicaída que percibían que no sería capaz de enfrentarme a lo que me esperaba.

—Habla con ella —oí que mi padre, angustiado, le decía a Jon en la puerta.

—¿Qué tal? —me preguntó cuando entró.

Sonreí, con lágrimas en los ojos. Se acercó a la cama y me dio un beso en la mejilla mientras me agarraba la mano.

—No quiero vivir esto, Jon. No me veo capaz.

—No te creo. Nunca has sido de tirar la toalla. Ey, no llores.

—No puedo vivir esto sin él, Jon. —Rompí a llorar—. No debí echarlo de mi vida. Haberlo besado de nuevo y ahora estar sin él me está matando. Y lo peor es que no quiero buscarlo; no puedo hacerle pasar por esto.

—Mira, sois las personas más inteligentes que he conocido en mi vida, pero parecéis tontos, de verdad. Estáis tan preocupados pensando en lo que puede ser mejor para el otro que no os dais cuenta de que lo mejor para Tristán es estar contigo y lo mejor para ti es estar con él. No sé si la vida os dejará ser felices juntos; lo que está claro es que, separados, no lo vais a ser nunca.

No dije nada. Estuvo un rato más acariciándome la mano, pero mi mirada ya estaba perdida en la ventana y mi mente clavada en lo que tendría que vivir a partir de entonces.

CAPÍTULO**63**

Claro que debía ocurrir. Siempre. Es más, nunca debió dejar de ocurrir

Tristán

¿Por qué habías huido? ¿Cómo que eso no debió ocurrir? Claro que debía ocurrir. Siempre. Es más, nunca debió dejar de ocurrir. Me recordó a la frase que te había dicho yo el día que hui. Algo había detrás de esas palabras ambiguas; tenía que encontrarte. Esta vez no iba a irme a ninguna parte.

Entré en el edificio de la cadena donde trabajabas y me acerqué a la recepción.

—Preguntaba por Sara Escudero.

—Ya no trabaja aquí —respondió la chica.

—Sí, lo sé. Se ha pedido una excedencia, pero necesito localizarla. ¿Me puede dar su dirección? ¿Su teléfono?

—Lo siento. No tengo acceso a esa información, aunque, en todo caso, no se la podría facilitar.

—Es muy importante, de verdad —rogué, con los ojos casi empañados.

—Yo lo siento… —se disculpó, arrugando la frente.

—Vale, no se preocupe. La entiendo.

Me giré para salir de allí, aunque me llamó cuando estaba llegando a la puerta de salida.

—¡Espere! —Me volví y me acerqué de nuevo al mostrador—. De verdad que, por política de protección de datos, no tengo acceso a esa información. Lo que sí puede hacer es dejarme su número de teléfono o su dirección y yo, mañana, hablaré con algunos empleados para comprobar si alguien se lo puede hacer llegar.

—¡Oh, genial, muchas gracias!

Supongo que me vio tan desesperado que quiso ayudarme. De mi cartera, saqué una tarjeta del hotel donde me hospedaba y, por el dorso, escribí mi número de teléfono.

—Investigaré a ver quién puede contactar con ella.

—¡Jon! —se me ocurrió—. Pregúntele a Jon. Seguramente, él sabrá cómo dar con Sara. Muchas gracias, de verdad.

*****

No podía quedarme esperando. Quizás vivieras con tu padre después de separarte de Patrick, así que decidí ir a su casa. En todo caso, aunque no vivieras con él, supongo que sería capaz de convencerlo para que me diera tu número de teléfono o me ayudara a contactar contigo de alguna manera.

Una señora de unos setenta años asomó la cabeza por la puerta sin abrirla del todo.

—¿Qué quería?

—Buscaba a Sara —le dije. No se inmutó—. Y a Borja.

—Se ha equivocado.

—Vivían aquí —quise explicarle.

Cerró la puerta sin decir nada más.

Me quedé sin ideas. Mi única opción era ir a nuestros sitios. No tenía fe en encontrar nada, pero, salvo esperar, no podía hacer otra cosa. Fui al parque *San Javier*. No había cambiado

demasiado. A algunos bancos les faltaban tablas y se notaba que no habían hecho muchas reparaciones ni mantenimiento, pero, básicamente, seguía igual.

Subí al monte Serbal. No una, ¡cinco *Ranses* rodeaban el árbol!

—Ya lo sé, Sara —murmuré.

Me senté en la roca, abrí una cerveza y me quedé en silencio contemplando las montañas. Si ya lo tenía claro antes de subir al Serbal, aquello me hizo tomar la decisión de no irme de allí hasta encontrarte. Si era cierto que no querías estar conmigo, lo asumiría y me marcharía, aunque sabía que eso no iba a pasar. Esas *Ranses* me lo confirmaban.

*****

Me pasé el fin de semana dando vueltas por las calles, unas veces paseando por el centro y otras en coche, recorriendo la ciudad de punta a punta. Las cinco *Ranses* alrededor del serbal me parecieron una llamada de auxilio para que te buscara. Pero ¿dónde?

El lunes salí temprano del hotel. Me angustiaba estar encerrado en aquel cuarto sin otra ocupación que esperar. No volví hasta la tarde. Cuando regresé, vi a Jon levantarse de un sillón de la entrada. Lo miré, sorprendido. Antes de saludarme siquiera, me entregó un cuaderno.

—Tienes que leer esto —dijo, muy serio.

—Hola, ¿qué tal? —saludé.

—Sí, hola, y hace mil años que no nos vemos y bla, bla, bla. Vamos a tu habitación y lee esto —ordenó, tajante.

—Vale, vale.

En el ascensor, abrí la libreta para ojear. Vi mi nombre y me entró un escalofrío. ¡Era un cuaderno tuyo! ¡En el que me hablabas a mí!

—¿Son de…? —pregunté, sin poder creérmelo.

—Sí.

—¿Y por qué…?

Entramos a mi habitación. Iba tan enfrascado con el cuaderno que al cerrar casi le doy con la puerta en la nariz a Jon.

—Lee algunos fragmentos y luego te cuento.

Estaba emocionado, sorprendido y aterrado, todo al mismo tiempo. Narrabas lo que ibas sintiendo sobre mí, contándome nuestra historia como yo te la cuento a ti.

> *Para mí, quererte es una enfermedad. El problema es que no deseo renunciar a lo que me enferma. Tu recuerdo me asfixia, pero no estoy dispuesta a olvidar lo mejor que me había pasado en la vida.*

—Esta es solo la última parte, la que está escribiendo ahora. Yo he leído todo, desde el inicio de vuestra historia. Te ha echado de menos todos y cada uno de los días desde que te fuiste.

—Ahora sí que no entiendo nada, Jon —dije, con los ojos empapados—.¿Por qué se ha ido, entonces?

—¿Y tú? ¿La has echado de menos?

—Cada instante, Jon. Nunca me he arrepentido de haberla amado, aunque me partiera el alma cuando tuve que decirle adiós.

—Lee aquí —dijo pasando las páginas casi hasta el final.

—El cáncer ha invadido sus ganglios linfáticos y ha comenzado a extenderse.

Estaba obligada a detenerme y mirarme, frente a frente; comenzar a valorar qué quería escribir en mi vida a partir de entonces.

—Le soy sincera. Hay pocas posibilidades.…

—¿Tiene cáncer? —busqué con la vista a Jon, con pánico, esperando que me dijera que no, pero asintió con resignación—. ¿Por eso no quiere estar conmigo? No lo entiendo.

—Pues por lo mismo que tú la dejaste cuando ibas a huir, Tristán. Sara dice que por no hacerte pasar por eso. Yo digo que porque sois idiotas.

—Es diferente. Yo no quería partirle la vida.

—Y ella no quiere que sufras por su culpa. Mira, sois las personas más inteligentes que he conocido en mi vida, pero parecéis tontos, de verdad. Estáis tan preocupados pensando en lo que puede ser mejor para el otro que no os dais cuenta de que separados nunca vais a ser felices.

—Jon, no sabes cuánto te agradezco lo que acabas de hacer —dije mientras le abrazaba.

—Está en el hospital. El jueves le dan el alta, así que entonces puedes ir a su casa.

—¡Te quiero! —Le di un sonoro beso en la mejilla—. No sabes cuánto —grité ya desde la puerta.

—¿Dónde vas?

—¿En qué habitación? —pregunté, asomando la cabeza.

—Vete el jueves a su casa, que… —Negué. Entendió que no me iba a convencer—. Sección B-C, habitación setecientos cuatro.

Sabía que no te irías a ninguna parte, pero corrí como si fueras a tomar un vuelo al otro extremo de la tierra. Te iba a ver. Y ya no te dejaría nunca. Estaba ansioso por llegar, por verte, por explicarte que no me importaba lo que ocurriera: solo quería estar contigo.

Allí estaba. Frente a la setecientos cuatro. A punto de verte. No sabía cuál sería tu reacción. Quizás me pidieras que me fuera; o quizás me explicaras que ya no querías estar conmigo. Tomé aire y la puerta se abrió. Era tu padre, quien salía del cuarto y que quedó petrificado al verme.

—¿Has venido a…?

—A ver a Sara —contesté sin dejarle terminar la pregunta.

—Mejor ven el jueves. Ahora está descansando. —Negué con la cabeza—. Mira, el jueves le dan el alta. Podrás ir a casa…

—No —respondí—. Lo siento, Borja, no tengo intención de discutir. —El corazón me bombeaba a mil—. Si ella no me quiere aquí, me iré, pero voy a verla.

—Entiende que está cansada y confusa…

Fran, supongo que, al oírnos hablar, salió de la habitación.

—Entiendo todo lo que me cuentas, Borja, pero necesito ver a Sara.

—No te voy a…

—Papá —intervino Fran, agarrándolo por el hombro.

Tu padre se apartó. Fran entreabrió la puerta e hizo una seña. Al instante, Ángela se levantó y salió. Al pasar a mi lado se le iluminaron los ojos y me dio un beso.

—Hola —susurró.

Estabas echada. Al principio pensé que dormías, porque solo se escuchaba una respiración lenta. Ni te habías dado cuenta de que Fran y Ángela habían salido. Me acerqué unos pasos, en silencio, y comprobé que tenías la mirada perdida en dirección a la ventana.

—Sara —susurré.

CAPÍTULO**64**

Recordé cómo sonaba mi nombre en tus labios y me entró un escalofrío

Sara

—Sara.

Creí oír cómo me llamabas en un susurro. Recordé cómo sonaba mi nombre en tus labios y me entró un escalofrío. Cerré los ojos para recrearme en esos recuerdos, como si al abrirlos de nuevo fueras a aparecer a mi lado.

—Sara.

Me giré. ¡Eras tú, estabas allí! Suspiré al verte como si con aquella bocanada hubiera recobrado el aire.

«¿Qué haces aquí?», quise preguntar. «Ya te he dicho que es demasiado tarde», intenté exclamar. «Ya no te quiero», me hubiera gustado atreverme a decir. Estabas frente a mí y no tenía fuerza para alejarte otra vez.

No dijiste nada. Emocionado, levantaste un cuaderno. ¡Era mi cuaderno! Donde yo te escribía, en el que me desnudaba frente a ti. Ya no tenía que mentirte. Me sentí libre.

Arrugué la frente con fuerza para intentar contener el llanto, pero rompí a llorar y me abracé a ti.

—Lo siento —me disculpé entre lágrimas—. No debí mentirte.

A veces no recordaba lo jodidamente hermoso que eres.

—Lo siento mucho —continué—. No quería hacerte esto. Media vida buscándote para que me encuentres así.

—Sara, no te voy a dejar. No me voy a ir de tu lado.

*****

No me lo creía. Te tenía delante, sujetando mi cuaderno. No te iba a echar de mi lado. Quería tenerte conmigo.

—¿Sabes? —me dijiste—. Yo también te he escrito. Casi a diario.

—¿En serio? —contesté—. Dame, dame.

—No lo he traído.

—¿Por qué?

—No sé, cuando me da por correr por la calle como un loco que va a perder el tren prefiero ir sin cargas.

—¡Qué mal! —contesté con una sonrisa. No me creía que estuvieras allí.

—¡Estás preciosa! Solo tú puedes estar tan guapa después de una operación.

Te miré, emocionada.

—¿Qué? —preguntaste. Continuaba mirándote como una tonta.

—Oye, se me ocurre que vayas a buscar lo que me has escrito y vuelvas.

—¿En serio? ¿Me ordenas que me vaya?

—¿Vas a negar algo así a una convaleciente?

—¡Cómo echaba de menos ese sentido del humor!

—¡Cómo echaba de menos esa risa!

Te acercaste a mí y creí que se tambaleaba el mundo. Cerré los ojos, cansados después de

tantas lágrimas, y suspiré antes de acercar mis labios a los tuyos. Me diste dos besitos tiernos en la boca. Yo abrí los labios suavemente y fui sintiendo tu lengua acariciando la mía, con suavidad, con ternura.

Fue un beso largo, sin prisa, con la quietud de saber que teníamos todo el tiempo del mundo. Te apartaste, despacio, con tanta delicadeza como me habías besado. Entreabrí los ojos y contemplé cómo tú también los habías cerrado y cómo los estabas abriendo al mismo tiempo que yo hasta que quedaron frente a frente.

—¡Uf, Tristán! Van a tener que coserme los puntos de nuevo, porque se me está saliendo el corazón del pecho.

—¡Serás idiota! —respondiste con una gran sonrisa que me atravesó el alma.

—Y mequetrefe.

—Y un poco botarate —añadiste acercándote para darme otro beso.

—Vale, eso significa que vas, ¿no? Yo le voy a pedir a Fran que se acerque a mi casa y traiga mis cuadernos.

—Yo me imaginaba, no sé, reconciliarnos, sexo, romanticismo, sexo…

—Lo siento, tendrás que esperar. Si no hubieras dicho nada, ahora estaríamos haciendo el amor desaforadamente —te dije—. Culpa tuya. Y ya que no habrá nada de sexo… no se me ocurre nada mejor.

No te lo creías, pero al poco saliste por la puerta para cumplir lo que te pedía. Mi padre entró a la habitación y se sentó a mi lado.

—Dice Tristán que va a pasar la noche en el hospital. Como si es en la sala de espera. ¿Quieres que se quede él contigo?

—Más que nada en el mundo —respondí en un suspiro.

—Muy bien. Yo me iré cuando él vuelva, pero, por favor, si te encuentras mal o pasa algo me avisas al instante.

—Sí, papá. Aquí estaré bien.

—Ya me lo decía mamá.

—¿El qué?

—Ya sabes que era un poco exagerada. No sé quién me recuerda a ella. Decía que solo te imaginaba feliz si estabas con él, y pensé que era una forma de hablar. Sin embargo, comparo cómo estás ahora a cómo estabas hace apenas unos minutos… Estaba muy preocupado, Sara.

—Nunca te lo dije, pero… cuando huyó… ese fin de semana…

—No tengo mucha intuición para esas cosas —me interrumpió—, pero hasta para mí era evidente.

Regresaste con lo que habías escrito. ¡Era tan tú tenerlo todo colocado! En un archivador; folios escritos a mano y clasificados por fechas en fundas transparentes. Como tus poemas. No podía ser de otra manera.

—Ay, cómo me va a gustar esto.

Adelanté unos cuantos portafolios. Tenía curiosidad por saber qué habías escrito sobre tu cumpleaños. Al sacar las hojas, cayó una vela. ¡Habías guardado una vela de tu tarta! Te miré, emocionada, y te sonreí.

Tenía molestias al mover los brazos, pero seguí buscando por los portafolios. Encontré la cuenta del motel donde pasamos la primera noche, el pago de los tatuajes, una carta del *Green Day*, las entradas para el concierto de Einaudi, el billete de avión a Cancún, unas etiquetas de

Ranses…

—Las etiquetas son de este viernes —puntualizaste.

—No creía que tuvieras apego a las cosas materiales.

—Normalmente, no le doy valor sentimental a los objetos. No obstante, ya ves, necesitaba guardar todo esto.

—Te quiero tanto. Me parece que fue ayer cuando visitamos Peñíscola —dije, apoyando de nuevo la cabeza en la almohada. Acercaste tu mano para acariciarme la cara—. Me son suficientes dos minutos contigo para sentirme tan cerca de ti como entonces. Lo único que lamento es no haber tenido tiempo para disfrutarnos sin dramas.

—Sara, va a ser jodido. Pero no dudes que necesito estar contigo. Por mal que vaya todo. No quiero pasar ni un solo día más sin ti.

—Te amaré para siempre. Ahora quizás tenga fácil cumplirlo.

—¡Sara! —me recriminaste, muy serio—. No tiene gracia.

—Perdón. —Apreté la mejilla contra tu mano—. Sabes que a veces suelto tonterías para disimular el miedo. Quiero que me prometas algo. Bueno, que me lo digas, sin más. Sé que no te gusta prometer.

—Las peticiones surten mayor efecto antes del sexo —bromeaste, acercando tu cara a la mía—, no sé si lo sabes.

—Vaya, lo tendré en cuenta. —Comencé a darte besitos tiernos alrededor de tus labios—. ¿Algo así?

—Ajá —dijiste, sin dejar de darme besos.

—Buf, no, no. Voy a parar, porque creo que hoy no es una buena táctica.

—A ver —continuaste mientras te reías—, sorpréndeme.

—No quiero que tengas tu refugio fuera de mí.

Pusiste cara de extrañado. En mi cabeza sonaba tal cual lo quería expresar, pero, al verbalizarlo, comprendí que no se entendía nada.

—Desarróllalo, por favor. En dos puntos, si puede ser.

—Vale, lo intentaré. Uno, la situación está jodida. El cáncer está en estadio III. No sé si…

—No, no digas eso.

—Es cierto, Tristán —lamenté con lágrimas en los ojos—. Es la realidad.

—¡Joder!

—Voy a sufrir. Mucho. Y tú. Y ahí voy con el punto número uno. No quiero que te guardes ese sufrimiento. No lo soportes únicamente para que yo no te vea mal. Quiero que sufras conmigo, que lloremos juntos si hace falta.

—Vale —respondiste, desanimado y sin apenas voz.

—Necesito un poco más de convicción para creérmelo.

—Sí, lo intentaré. ¿Y dos?

—Dos, no se me ocurre mejor persona con quien pasar esto que contigo.

—No debí irme —te lamentaste mientras nos fundíamos en un abrazo—. No debí dejarte.

—No digas eso. ¡Eres increíble, Tristán! No sé si te quiero más de lo que te admiro o te admiro más de lo que te amo.

*****

Intenté comenzar a leer, aunque cualquier postura me resultaba incómoda.

Hoy, cuando recuerdo cómo clavamos la mirada el uno en el otro, siento un estremecimiento que me recorre desde los pies hasta la última neurona de mi cerebro.

Apenas había leído eso cuando entró la doctora en la habitación.

—¿Cómo te encuentras, Sara? —preguntó, con suavidad.

—Bien. Algo cansada.

—Ya, pero esto fuera —me riñó, posando el archivador en la mesita—. No es bueno forzar la postura.

—¡Vaya! —protesté—. Estaba deseando leerlo.

—¿Ves? —me recriminaste, al tiempo que ponías una mueca de burla.

—Te lo puede leer él —sugirió, señalándote—. Y tú descansas.

—Ah, sí, genial. —Te devolví la mueca—. Me parece una idea brillante.

—Vaya, gracias, doctora —bromeaste. Ella asintió mientras sonreía—. Por cierto… ¿cuándo cree que podremos… hacer el amor?

Solté una carcajada. La doctora te miró frunciendo el entrecejo, pero también se le dibujó una sonrisa.

—Bueno, yo esperaría unos días para que no se salten los puntos y, aun así, hay que ser muy cuidadoso y no moverse demasiado.

—Gracias, doctora —respondiste, con cierta decepción.

Yo seguía riéndome. En mi cabeza esa situación ya había ocurrido, pero no me imaginaba que fuera tan divertido verte superar la vergüenza para preguntar algo así completamente serio solo por hacerme sentir bien.

—En todo caso —se acercó a nosotros, susurrando, en tono cómplice—, recuerden que esto es un hospital y no se puede hacer mucho ruido.

—Ya has oído a la doctora. Por prescripción médica, tienes que leerme algún pasaje.

—¿Por prescripción médica? Serás caradura.

Buscaste entre las fundas hasta que diste con una que te interesó. Tu voz profunda y pausada parecía crear un halo que era como un sofá tan confortable que apetecía recostarse en él. Cada frase que habías escrito sobre nosotros era la manta con que me acurrucaba para sentirme arropada.

Me leíste los pasajes del día de la fiesta mientras me apretabas con fuerza la mano. Comprobar que habías sentido la misma emoción que yo por estar juntos me hacía sentir plena. Aquel momento fue tan emotivo que se esfumó toda la impotencia acumulada durante más de ocho años sin verte.

Entre los rayos de luz de los flashes de los móviles que tintineaban en el cielo, ya casi oscurecido del todo, unidos por un único dedo, tuve la sensación de que no podrían separarnos jamás de ese abrazo tan sutil.

Sonreía. Fue la primera vez que leíste para mí. Me sentía en paz, tranquila. No me imaginaba cómo podía estar mejor que en aquel momento, arrullada por tu voz y sintiendo tu mano sobre la mía. Cerré los ojos y me dejé llevar a un sueño dulce, como aquel viernes en el que me quedé dormida sobre tu pecho; aquel viernes tan lejano y que a la vez tenía más presente que nunca.

CAPÍTULO**65**

No hay recuerdo más doloroso que el de aquello que se debería haber vivido

Tristán

No podía dejar de mirarte. No me creía que te tuviera delante, que te hubieras dormido mientras te leía. No es que pensara que nunca fueras a leer lo que te escribía; es que nunca me lo había planteado siquiera.

Aunque me habías contado algo y en tu cuaderno hablabas sobre ello, quería conocer más detalles sobre la enfermedad. Tu padre y Fran me habían dado su número de teléfono por si pasaba algo, así que pensé en llamar a alguno de ellos para que me explicaran con detenimiento a qué nos enfrentábamos. Me pareció oportuno hablar con tu padre porque, además de tener más información, podría limar asperezas con él.

—¿Borja? Soy Tristán.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, nervioso.

—No, no, tranquilo. Sara se acaba de dormir. Solo quería hablar contigo.

—No me des estos sustos, Tristán.

—Lo siento. Solo quería… preguntarte… Bueno, Sara me ha contado algo, pero me gustaría que me comentaras en qué punto está la situación. Con sinceridad.

—Pues está mal, Tristán —dijo, emocionado—. Está muy mal.

Se me hizo un nudo en el estómago. Sabía que no mentías cuando decías que era grave, pero tenía la esperanza de que exageraras. Oírlo de boca de otra persona me provocó una angustia en el pecho…

—¡Joder! —exclamé en voz baja—. ¿Cómo de mal?

—Me recuerda tanto a lo que viví con Esther que no quiero ni pensarlo.

Guardó silencio unos segundos.

—¿Sabes? Con mi mujer terminé por asumirlo. No tenía más remedio si quería servir de apoyo a mis hijos. La echo de menos cada día, pero la tranquilidad con la que lo asumió Esther me hizo ser consciente de que era inevitable. Con una hija… —la voz empezó a temblarle— es imposible asumirlo.

—¿Qué opciones hay?

—Van a hacer un tratamiento agresivo combinando quimioterapia y radioterapia. Empieza en dos semanas. Lo normal es esperar cuatro o seis semanas al menos para que haya una buena cicatrización, pero hay que empezar lo antes posible. Como con Esther.

—Siento preguntar tanto, pero quiero conocer todo —dije, mientras me limpiaba las lágrimas—. Quiero estar prevenido para lo que pueda suceder y saber cómo se puede actuar.

—Sé que está en buenas manos contigo, Tristán. Pero hay algo que tienes que saber.

Su tono preocupado me heló la sangre. ¿Podía haber algo más grave que lo que me estaba contando?

—Sara ha dicho que, en cuanto viera que el tratamiento no diera resultados, lo suspendería.

—¿Cómo? —pregunté, sin asimilar lo que oía.

—Dice que no quiere pasar lo que su madre. Si va a vivir dos meses, dice que no los pasará tumbada, cansada y anestesiada por culpa de la quimio.

Me llevé las manos a la boca, sorprendido y asustado.

—Tú la conoces. No dice las cosas por decir. Hay que estar preparado para que suelte la

bomba en cualquier momento. Y cuando lo haga no se va a echar atrás.

—Gracias, Borja. Siento haberte hecho pasar este trago de rememorar todo.

—Gracias a ti. Eres la alegría que quizás le dé energía para luchar por sobrevivir.

—Mañana nos vemos. Un abrazo.

Me senté en la butaca junto a la cama y te contemplé. Tenía que empezar a asumir que te podías ir. Pero ¿cómo se hace eso? Aún no te había empezado a tener y ya te estaba perdiendo.

Fran había traído tus cuadernos y los leí desde el principio. En ellos, descubrí cómo te fuiste enamorando de mí, tan poco a poco como yo, negando la evidencia hasta que todo nos estalló en la cara.

Empezó a llover, o eso creo; quizás solo eran mis lágrimas las que me hacen tener el recuerdo de estar empapada.

Me estremecía comprobar el daño que te había hecho. Cómo me gustaría volver a ese día y huir juntos. Me preguntaba si eran más dolorosos los recuerdos de los momentos tristes o de los momentos felices. Ahora ya lo sé. No hay recuerdo más doloroso que el de aquello que se debería haber vivido.

Necesitaba llorar, que no se enquistara el dolor que sentía al pensar que te podías ir. Tenía que echar fuera todo antes de que despertaras y me vieras contento cuando abrieras los ojos. Pasaríamos momentos muy duros y sufriría contigo, pero ese primer golpe lo tenía que amortiguar solo.

Dormiste toda la noche. Cuando despertaste me encontraste con tus cuadernos.

—¿Qué lees? —preguntaste sin apenas haber abierto los ojos.

—Cuando desparramaste media tortilla por la encimera.

—Ay, es de mis momentos favoritos. Por cierto, me ha encantado que me leyeras. Me parece que ya tengo una nueva afición.

—El caso es abusar de mí. Como aún no podemos tener sexo, con la lectura.

—Ya verás cuando podamos hacer el amor. Vas a desear haberme leído *El Quijote*.

—Ja, ja, ja. Lo peor es que te creo —respondí mientras acercaba mis labios a los tuyos—. Buenos días, por cierto —te dije al tiempo que te daba besos—. ¿Has dormido bien?

—Mejor que nunca —susurraste apartando los labios únicamente el tiempo imprescindible.

—Te quiero, Sara.

¡Qué cosquilleo en el estómago sentía cada vez que te lo decía!

*****

El jueves te dieron el alta. No hizo falta decir nada: me fui a tu casa. De hecho, ya había recogido mis cosas del hotel y me había instalado. Era algo tan obvio que ni lo habíamos comentado.

Poco a poco te fuiste encontrando mejor de la operación. Me gustaba estar cocinando y saber que estabas en la habitación, o que me llamaras de pronto para que me acercara a darte un beso, aunque mi momento favorito del día era después de la cena. El primer día me dio por leerte algo de mis folios y tú ya lo estableciste como rutina.

—Un día tienes que leerme la historia de la constelación del pingüino —me pediste—. ¿Te acuerdas?

—Buf, vagamente. Eso fue viendo las estrellas en el Serbal, ¿no?

—¿En serio? Yo lo he releído un montón de veces. Es de mis momentos favoritos. ¿Cómo

dices que no te acuerdas?

—Recuerdo lo que me contaste del serbal en las distintas mitologías, eso sí.

—Pues tienes que leer esa parte en mis cuadernos. Y, de paso, cambiar el final.

—No, no. Los finales no se cambian.

—De eso nada; mientras no haya concluido la historia, se puede cambiar el final. Sobre todo, si la historia la escribes tú.

CAPÍTULO**66**

Me eché en la cama, en posición fetal, como queriendo esconderme de mí misma

Sara

Me habías visto el pecho mientras me hacían las curas y con nadie tenía más confianza que contigo; sin embargo, no sé si me daba más miedo que me vieras o si temía verme yo.

El sábado me encontraba mejor, lo suficientemente bien para salir a dar un paseo. Me estaba vistiendo en la habitación y, al alzar la camiseta para cambiarme, me vi en el espejo del tocador.

Puede que haya gente que considere que es una frivolidad preocuparse por el físico en esas circunstancias. Yo misma pensaba que no me iba a afectar tanto, pero es duro ver cicatrices en vez de tetas. Era un espantajo, como dijo mi madre.

Oí tus pasos por el pasillo y bajé la camiseta rápidamente. Entraste en la habitación y me agarraste la mano para que me levantara de la silla del tocador. Te aproximaste a mis labios y me besaste. Al separarte de mi boca emitiste un gemidito de deseo mientras te mordías el labio.

Me apretaste con fuerza las nalgas con las dos manos al tiempo que me mordisqueabas el lóbulo de la oreja. Ibas retrocediendo y me llevabas contigo, hasta que te sentaste en la cama y me pusiste a horcajadas sobre ti. ¡Qué ganas tenía de hacerte el amor!

Empecé a moverme encima de ti. Haber estado ocho años sin sentir tus dedos rozando mi espalda provocaba que cada roce fuera un chispazo que me atravesaba de arriba abajo. Me quité el pantalón y me besaste por la zona de la barriga. Intentaste subir y levantarme la camiseta, pero te aparté. Me daba pánico mostrar lo que había debajo.

Entendiste que estaba incómoda y bajaste la camiseta de nuevo. Me agarraste las nalgas para que me moviera y, poco a poco, te fui sintiendo dentro de mí. Suspiré.

Tenía la sensibilidad a flor de piel y, en el calor del momento, decidí quitarme la camiseta. Quedé completamente desnuda. Me diste unos besos en la barriga, con delicadeza.

Bajé la vista y me vi horrible. Sentí que, si me seguías viendo desnuda, no te iba a gustar jamás y perderías todo el interés por mí. Sí, sé que suena estúpido, y superficial, y sé que tú no eres así, pero se me escapó alguna lágrima mientras me ponía en pie para vestirme.

—Escúchame —dijiste, muy serio—. Sé que perder los pechos es duro. Sé que, además de sufrir lo tuyo, estás reviviendo muchas cosas del pasado. Lo que quiero es que te quede clara una cosa.

No podía mirarte. Me sentía fatal. Por una parte, me sentía horrible mirando mi cuerpo y, por otra, estaba avergonzada por no poder mostrarme ante ti. ¡Ante ti! Me eché en la cama, en posición fetal, como queriendo esconderme de mí misma.

—Mírame. Nunca…

Seguía sin levantar la cabeza.

—Mírame. Nunca dudes de lo especial que eres para mí. En primer lugar, te podría caer un caldero de ácido sulfúrico en la cara y te seguiría amando. Aunque te convirtieras en un pellejo andante, te querría.

—¿Un pellejo andante?

Me incorporé para mirarte a los ojos, sin poder evitar la risa.

—Y dos: no es el caso. Te veo como la mujer que eres , la más fascinante y sexy del mundo, la más…

Te tapé la boca con la mía. Esa mezcla de atracción y amor que demostrabas me volvía loca. Me puse encima de ti, pero me echaste en la cama con delicadeza y te pusiste encima de mí. Pasaste tu lengua por mi barriga, subiendo hacia el pecho. Te sujeté la cabeza para que bajaras; era lo que deseaba, pero, sobre todo, me daba miedo que subieras y enfrentarme a mi vergüenza de nuevo.

—Un día ya te avisé que estuvieras quieta.

No tenía ni idea de qué tramabas. Abriste varios cajones hasta que encontraste unos pañuelos. Con dos, me ataste las manos. Al principio, me ataste cada muñeca a un extremo del cabecero. Creíste que quedaba demasiado tirante y que podría hacerme daño, así que me ataste a los dos barrotes centrales para que los brazos quedaran relajados y no me tiraran de los puntos.

—Oye —dije, con un poco de miedo y vergüenza—. No sé si…

—Lo de callarse no va contigo, ¿no?

Sonreí mientras negaba con la cabeza. Sacaste un pañuelo del mismo cajón y me amordazaste. Con otro, me tapaste los ojos. Temblé, nerviosa y excitada al mismo tiempo.

Intuía tu silueta, pero no veía nada. No sabía qué ibas a hacer. Tu lengua pasó por mi cuello, y me dabas pequeños mordisquitos con los labios, hasta que los subiste tus labios y los rozaste contra los míos. Ignorar tus intenciones y sentirte por sorpresa me estaba excitando muchísimo. Sentí tu boca frente a la mía, así que me acerqué e intenté besarte, pero te habías apartado. Al mover tus dedos por mi estómago, me contraje por el cosquilleo. Tu boca descendió del cuello hasta mi pecho, donde me diste unos besitos tiernos y delicados alrededor de las cicatrices.

Tuve la tentación de apartarme, pero, inmediatamente, sentí tu mano izquierda acariciando mi muslo. La excitación pudo más que la vergüenza. Subiste la mano derecha hasta mi boca y tus dedos juguetearon con mis labios por debajo del pañuelo que me amordazaba. Conseguí atraparte un dedo y te lo mordisqueé, aunque al instante lo bajaste para acariciarme cerca de las cicatrices, donde tu boca continuaba besando mi piel.

Tu mano izquierda me rozó la entrepierna y me dio un respingo que provocó que arqueara la espalda. Comenzaste a juguetear con mi clítoris, moviendo tus dedos sobre él; primero despacio y con delicadeza; después, aumentando la intensidad.

Te pusiste encima de mí. Quise gritar, pero mis jadeos se ahogaban en el pañuelo. Te sentí juguetear, notando tu erección entre mis piernas.

—¿Es lo que quieres? —me susurraste al oído.

Asentí, frenética, mientras me movía intentando provocar que entraras.

—No seas impaciente.

Te apartaste. Me apeteció gritar. En cambio, ahogué un suspiro y cerré los ojos. Sin dejar de acariciarme, fuiste bajando hasta que sustituiste los dedos con los que jugueteabas en mi clítoris por tu boca. Tu lengua se movía mientras tus labios lo apretaban.

Te pusiste encima de nuevo sin apoyarte en mi pecho. Durante un par de segundos no noté ningún contacto, y eso me encendió aún más. No sabía qué ibas a hacer. Y te sentí, empujando con fuerza, muy excitado. Me apetecía agarrarte por el cuello y atraerte hasta mí para besarte con rabia, pero no podía mover las manos. Con el movimiento agitado de nuestros cuerpos, el pañuelo de los ojos se movió lo suficiente para lograr verte entre la tela.

Observaba cómo te movías y jadeabas. ¡Qué ganas de agarrarte y abrazarte contra mí! Sentía tu respiración cerca de mi boca. ¡Qué ganas de besarte! Quería correrme, aunque intentaba esperarte para llegar juntos al orgasmo. Te mordías el labio con fuerza y te movías cada vez más

rápido. No sabía si iba a poder aguantarme. Intuí que estabas llegando al final, y yo iba a explotar contigo. Justo cuando empecé a sentir el orgasmo, me quitaste con fuerza el pañuelo de la boca. Y grité, jadeando.

Me quitaste el pañuelo de los ojos. ¡Joder! ¡Cómo me mirabas! Ya no pude aguantar más y exploté mientras me contemplabas. En tus ojos sentí tal devoción y pasión hacia mí que nunca más temí dejar de atraerte.

CAPÍTULO**67**

Solo sabía que no quería perderte

Tristán

Un par de noches antes de comenzar el tratamiento, te oí llorar sentada en la cama. 04:17, marcaba el despertador. Llevabas toda la semana sin dormir apenas. Me incorporé y te abracé.

—Tengo mucho miedo, Tristán.

Quedaste en silencio unos segundos, intentando calmarte un poco.

—Estaba viviendo la vida sin detenerme —continuaste— y, de pronto, me dieron ese mazazo tan grande que me obligó a frenar en seco. Miro a mi alrededor y pienso que no puede estar pasando, que esto no puede ser el final del camino. Sobre todo, ahora. ¡Quiero vivir tantas cosas a tu lado!

—Y yo quiero vivirlas conmigo.

Te besé en la mejilla. Comprendí que sería inútil intentar que no pensaras en ello, así que lo que intenté fue que pensaras en ello pero cambiando la perspectiva.

—Vamos a suponer que todo sale bien —te dije—. ¿Cómo te imaginas que sería nuestra vida en unos años?

—Uf, a ver… ¡Esto me va a encantar! —respondiste al tiempo que te limpiabas las lágrimas —. Nos imagino casados.

—¿Casados? —contesté, arrugando la frente.

—Ya, ya sé que, para el señor *anti-convenciones sociales*, el matrimonio no es más que un papel innecesario, porque no se precisa una firma para saber que nos queremos.

—Claro.

—Aun así, me gustaría. Además, déjame, que es mi imaginación, no la tuya.

—Vale, vale, casados —dije, levantando las manos en señal de rendición.

—Viviríamos en una casita en las afueras de Peñíscola. Nada ostentoso, aunque sí tendríamos un pequeño terreno donde podrías plantar algunas verduritas y especias.

—Me gusta, me gusta.

—Tendríamos un hijo. Quizás una niña, no lo sé.

—¿Una mini Sara? No sé si podría con las dos.

—No entiendo la duda —dijiste en tono juguetón—. Haríamos de ti lo que nos diera la gana. Bueno, el nombre está por decidir. Ahí igual te dejaré opinar.

—Gracias, todo un detalle por tu parte.

—También tendríamos un perro.

—¿Y eso?

—Pues algún perro que habrías rescatado de la perrera y habrías llevado a casa. *Poppi*.

—¿*Poppi*? —protesté, torciendo el gesto con desagrado.

—Bueno, pues *Bala*. —Negué también—. ¿*Rayo*?

—Vale, tú no tienes derecho a opinión para el nombre del perro.

—¿Te lo imaginas, Tristán? —dijiste, apoyada en mi hombro.

Te echaste sobre mi pecho, más relajada, hasta que te quedaste dormida. No obstante, yo no pude conciliar el sueño. Yo también tenía miedo. Pánico. Ignoraba qué nos esperaba.

Había investigado sobre el tratamiento, efectos secundarios, cuidados, dietas que pudieran ser beneficiosas… todo lo que se me había ocurrido. Pero no podíamos conocer cómo iba a

responder tu cuerpo. Solo sabía que no quería que sufrieras. Solo sabía que no quería perderte.

CAPÍTULO**68**

El tiempo se escapa entre nuestros dedos mientras nos preocupamos por cosas que no recordaremos una semana después

Sara

Aún sentía bastantes molestias de la operación y ya tenía que empezar el tratamiento. El régimen de quimioterapia incluiría una combinación de *doxorubicina* y *ciclofosfamida*, seguidos de *paclitaxel*. Ellos lo llamaban AC–T. Era un tratamiento agresivo, pero que había demostrado ser efectivo.

Tras las sesiones de quimio, me aplicarían radioterapia externa enfocada en el pecho y las zonas circundantes. Además, me administrarían lo que llamaban terapia dirigida, con un fármaco, *Herceptin*, específico para las células que producen la proteína HER2. Todo aquello iba a ser una bomba de relojería con un montón de posibles efectos secundarios.

El día antes de empezar el tratamiento, te acercaste con una maquinilla.

—¿Qué te parece si, en vez de esperar, nos adelantamos?

—Eso, ¡que se joda la quimio!

—¡Punto para los buenos!

—¿Me ayudas?

—Claro. Recuerdo cuando llegaste a mi casa, calva como una rana.

—Y lo idiota que fuiste. Quería llorar como una loca; y tú haciéndome reír.

Ataste mi melena en una coleta que ibas recortando con la tijera. Después, encendiste la maquinilla y comenzaste a raparme.

—No te iba a permitir llorar ese día. Un gesto tan grande como el que habías hecho por tu madre no merecía una lágrima, sino signos de exclamación. ¡Gigantes!

—¿Sabes qué? Ese día fue el primero en que reconocí que te amaba. Me quité la careta, al menos ante mí misma.

—Viendo *Friends*.

—Sí.

—Con la escena de Ross y Rachel.

—Mientras sonaba nuestra canción —aclaré.

—Me costaba un triunfo no ir hasta ti. Solo pensaba en abrazarte y permanecer abrazados constantemente.

—¡Cada día se me hacía más difícil separarme de ti!

—Pues, mira, mi bombillita —me diste un beso en la calva—, ya no nos separaremos nunca.

—Lo de los motes cariñosos no es lo tuyo, ¿eh? Y que sepas que me he dado cuenta de que me has hablado todo el rato para que no me emocionara con el corte de pelo.

—¿Se ha notado?

—A veces dejo ver que me engañas, pero es que se te da fatal mentir.

Me levanté, rodeé tu cuello con mis brazos y te besé.

—Um —suspiraste—, nunca he hecho el amor con una calva.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y te apetece?

—Mucho —respondiste entre beso y beso.

—Y en aquel entonces, ¿también querías hacer el amor con esta calva?

—Ni me atrevía a imaginar tanto. Con soñar con que te besaba ya era feliz.

—Uy, qué tierno. No sé si creerte —dije, frotándome contra ti—. Esto parece decir otra cosa.

—¡Bueno, qué sabrá! Solo se acuerda de lo que quiere.

—Tú déjame a mí. Ya hago yo un interrogatorio en profundidad a ver si pensaba en mí alguna vez.

*****

Aunque traté de mantenerlo en secreto, poco a poco la gente se fue enterando. Amigos, compañeros, conocidos del mundo editorial y del periodismo… eran muchos los que me hacían llegar sus mensajes de ánimo. Incluso hubo alguno que no me esperaba.

Desconocido
Hola, soy Melania.

Me sorprendió que me escribiera después de tanto tiempo. Nuestro último encuentro no había sido muy agradable, aunque, tras leer todo lo que te había ayudado, no me extrañó que mantuvierais la amistad y le contaras por lo que estábamos pasando. La agregué a *Contactos*.

Melania
Deseo que el tratamiento sea lo más liviano posible.
Y sobre todo que te mejores.
Siento mucho haberte tratado como te traté.
Hace tiempo, pero quería disculparme.
Estaba rabiada y lo pagué contigo.
No tengo excusa.
Espero que todo vaya bien.

Yo
Es cierto que me dolió.
Y agradezco la disculpa, aunque sea tan tarde.

Melania
Te entiendo.
Yo no sé si me perdonaría.
Lo que sí deseo de corazón es que te vaya todo bien.
Y que podáis ser felices al fin.
Os lo merecéis.
Los dos.

Yo
Gracias, Melania
No estoy enfadada contigo.
No puedo estar enfadada con la persona que tanto ha ayudado a Tristán.

Me escribió también el día que comencé el tratamiento.

Melania

Hola.

Solo venía a saludar.

En unos meses iremos a España y esperamos poder visitaros.

Y también espero que te recuperes pronto para que podáis venir a vernos y pasar unas semanas aquí.

Y así podrás disfrutar de la playa y el buen tiempo.

Y de los tíos, que están muy buenos.

Ya, ya sé. *In love* con Tristán, pero por mirar…

Yo

Ja, ja, ja.

Muchas gracias, Melania.

Tendré en cuenta la invitación.

Su mensaje me sacó una sonrisa. Mucha gente de mi entorno me escribió aquellos días. La diferencia es que Melania me escribió un día. Y al siguiente. Y al otro. Y, aunque esos días no respondí porque ya no me encontraba con ánimos de hablar con nadie, me escribió de nuevo.

Melania

¡¡Hola!!

¿Qué tal te encuentras?

Yo pregunto, pero tienes que saber que no espero respuesta.

Sé cuál es la situación y si hay días que no quieres responder me parece genial.

Yo te escribiré cada día.

Tú responde si tienes ánimo y si te apetece.

Melania enviaba al menos un mensaje al día, sin esperar nada a cambio, ni un *hola*. Supongo que sabía que yo no estaba en condiciones de ofrecer nada.

Melania

Hoy era mi día de cierre y hemos ido a escalar.

Rodri siempre está organizando escapadas y a mí me encanta.

Ese día tampoco podía contestar, pero me quedé leyendo la historia que me escribía. Siempre me contaba alguna anécdota: cómo había discutido con algún cliente porque le había dicho alguna grosería, algún detalle que había tenido con Rodri, o cómo él la esperaba alguna vez hasta que cerraban y se sentaban a desayunar frente al mar antes de ir a casa. Otras veces, cuando tenía ánimo, le contestaba y, entonces, teníamos charlas eternas.

Lo malo es que fueron pocos los días en los que tuve algo de humor a partir de ese momento.

*****

Sabía que el tratamiento iba a ser duro, pero no suponía que pudiera serlo tanto. Me ponían todo ese veneno y después iba sintiendo cómo mi cuerpo se apagaba. Llegó un momento en que tenía que pedir ayuda para levantarme de la cama. En unas semanas, no podía hacer nada por mi

cuenta.

Me convertí en una persona totalmente dependiente. No creo que pudiera haberlo soportado con otra persona al lado, ni con mi padre siquiera. Sufría viéndote atado a mí. Me dolía, Tristán, y sentía una impotencia enorme. Intentaba llorar cuando no me veías, aunque era imposible, porque siempre estabas pendiente de mí.

Es tan duro verse sin fuerzas que, poco a poco, fui perdiendo las ganas de vivir. Me golpeaban las náuseas, la fatiga y el dolor de huesos y músculos. Me molestaba hasta la luz y el ruido. Normalmente, tenía que estar con la persiana bajada y la luz apagada. La mayoría de los días lo único que podía hacer era quedarme quieta, literalmente mirando al techo.

Íbamos a las sesiones de quimio y radioterapia. Me costaba horrores levantarme. Alquilaste una silla de ruedas porque cada vez se hacía más costoso dar unos pasos. Además, contrataste a una fisioterapeuta para que viniera a casa y me ayudara a recuperar la fuerza y la movilidad, pero muchas veces era incapaz siquiera de levantarme de la cama.

Perdí el apetito por completo. Planificaste una dieta sana, sin procesados y rica en grasas saludables y proteína. Los domingos nos dábamos el capricho de comer tarta de fresa. Me encantaba, aunque muchos domingos fingía que me ilusionaba el premio; lo único que me gustaba era pasar un nuevo momento especial contigo.

Estar atada a una cama, con la muerte mirándome frente a frente, me hacía plantearme muchas cosas. La mayoría de nuestras vidas se nos pasan entre la tensión estresante del día a día. ¡Qué poco sentido tenía todo aquello en mi situación! El tiempo se escapa entre nuestros dedos mientras nos preocupamos por cosas que no recordaremos una semana después. Nos amargamos con enfados tontos o dejamos pasar los días sin valorar a quienes tenemos a nuestro lado. Aprendes que no hay muchas cosas que tengan importancia y que lo realmente importante es, al final del día, a lo que menos tiempo hemos dedicado.

Me molestaba hasta la luz del televisor, así que solo podía quedarme mirando el techo de la habitación, o, si ese día podía soportar un poco de luz, las montañas que se veían desde mi ventana. Tenía mucho tiempo para reflexionar y, en cierta manera, de tomarme el tiempo para mí que nunca me había dedicado.

Muchas veces valoran a uno por el trabajo que tiene. Incluso yo misma llegaba a creerme que lo que me definía era que tenía éxito en el periodismo y me apasionaba escribir. Pero no; no soy Sara, «la escritora de superventas hecha a sí misma», como me habían definido algunos; ni Sara, «la periodista dispuesta a buscar la verdad sin importar quien caiga», como me catalogaban otros.

Soy Sara, la que dice palabrotas cuando le encanta la comida; Sara, la que calcula cuántos comensales puede haber en un comedor; Sara, la que se emociona con la música de los noventa, la que quiere ser mejor persona cada día, la que te ama con locura, la que no soporta estar un día más en esta cama, pero, aun así, quiere resistir por la esperanza de un futuro a tu lado.

Dicen que tenemos dos vidas, y que la segunda comienza cuando nos damos cuenta de que solo tenemos una. Yo empecé mi segunda vida en aquel momento. Me resultaba irónico que estaba aprendiendo unas lecciones de vida importantes justo cuando quizá ya no las pudiera poner en práctica. Sé que me reñirías si oyeras mis pensamientos, pero era la verdad, Tristán. ¡Había tantas cosas por vivir! Lo único que no teníamos era el tiempo para vivirlas.

Tuve que aprender a confiar aún más en ti. Me ayudabas a comer, a asearme, a ir al baño… Había perdido el más mínimo derecho a la intimidad. No podía estar a solas ni para sentirme mal conmigo misma. Es imposible explicarle a nadie lo que sentía en aquellos momentos. Solo tú lo

sabes. Solo tú puedes comprenderlo sin que te haya pasado a ti, porque sé que lo vivimos juntos y que lo sufrías conmigo.

Alguna vez (pocas) me habías hecho caso, buscabas en mí tu refugio y llorabas en mi regazo. Te dolía verme así, sufriendo, impotente, con esa dependencia absoluta. Sé que tú querías vivir conmigo cada una de las experiencias, por desagradables que fueran, pero sufrías por mí y, sobre todo, porque veías tan cerca como yo el momento de la despedida.

Muchas veces leías para mí. Con la persiana bajada y la única luz del flexo que enfocaba tus folios o mis cuadernos, te sentabas en una butaca junto a la cama. Tu voz delicada y profunda comenzaba a narrar nuestras historias.

Unas veces me giraba hacia la ventana cerrada y, tras pedirte que leyeras algo de tus folios, te escuchaba. Habíamos podido construir tan pocos recuerdos… y, al mismo tiempo, eran esos recuerdos los que habían atravesado mi vida.

Otras veces, me giraba hacia ti para verte mientras leías. Qué hermoso eras. En esa postura solía perder el hilo de la historia, porque no podía dejar de admirarte. Veía tus labios moverse y sentía tu voz flotando por el aire, pero no lograba escucharte, porque me imaginaba poniéndome a horcajadas sobre ti, o besándote, o llevándote a comer a algún sitio, o paseando cerca de la playa, o diciendo alguna tontería para hacerte reír.

¡Cuánto echaba de menos tus carcajadas! Deseaba oírtelas de nuevo, aunque la mayoría del tiempo reinaba el silencio en casa. No tenía ánimos para hacer el idiota ni fuerzas para que se me ocurriera nada. Tú intentabas bromear a veces; me dolía, pero no podía responder más que con una sonrisa de medio lado, tan sutil que no estaba segura de que la pudieses percibir.

CAPÍTULO**69**

No te esfuerces, Tristán. Estas lágrimas ya no se borran

Sara

Hoy no tengo fuerzas para escribir, así que te he pedido que fueras plasmando en el papel lo que yo iba dictando. Sé que es irónico dictarte lo que te estoy contando a ti, pero me he acostumbrado a explicarte las cosas escribiéndolas, y hoy no puedo hacerlo por mí misma. Me siento paralizada, cansada, sin fuerza.

Y preciosa.

—Oye, tú no puedes poner lo que quieras —te riño.

—Si te olvidas de lo obvio, tendré que escribirlo.

—Cíñete a lo que digo —*gruñe ella malhumorada*—. ¡Oye!

—Vaaale. Escribiré solo lo que digas.

Siempre buscas la manera de hacerme sentir bien. A veces, cuando estamos en silencio, te observo sin que te des cuenta. Te adoro. No solo por lo que me cuidas, me das cariño o me haces reír, sino, sobre todo, por cómo me miras. Aunque esté tumbada, apenas pueda levantarme, me agote solo con hablar, tenga ojeras, esté delgada y calva, sigues mirándome con los mismos ojos vibrantes repletos de ternura y pasión.

Si no fuera porque me haces sentir tan viva, me sentiría muerta en vida.

Veo cómo bebes agua después de que digo esto para disimular que te has emocionado. Sí, a mí también me parece que vivimos con la emoción a flor de piel desde hace demasiado tiempo. Ojalá llegue el día en que podamos vivir la rutina. Nada me haría más feliz que aburrirme a tu lado.

El tratamiento no está funcionando.

O está funcionando más lento de lo que pensábamos.

—Que no escribas lo que quieras. Oye, tampoco pongas esto de cuando te riño.

—Ah, lo siento. Ya no se puede borrar.

—*Y Tristán cada día es más tonto* —escribo tras robarte el cuaderno.

—¡Mírala! ¡Para eso sí tienes fuerzas!

—Ah, lo siento. No se puede borrar.

Sé que aún te hago reír. Y me encanta que te rías con mis tonterías. Ojalá pudiera bromear más a menudo.

Sin embargo, la verdadera razón de pedirte que escribas… bueno, hay dos motivos, en realidad. Ya me he acostumbrado a razonar de dos en dos, como tú.

El primer motivo es que, si falto, quiero que me recuerdes, y necesito plasmar todo lo que vivimos. Sé que no te gusta que te diga esas cosas, pero tenemos que empezar a asumirlo. De hecho, deberíamos haber empezado a asumirlo hace tiempo.

Y la segunda razón… es porque no quiero tener esta conversación contigo. Prefiero contarlo al aire y que lo escribas. No puedo mirarte a los ojos. No puedo soportar que me digas que no.

—Quiero suspender el tratamiento.

—No, eso no —dices al tiempo que posas el cuaderno en la mesita.

—Tienes que seguir escribiendo —te ordeno mientras intentas aguantar las lágrimas, sin demasiado éxito.

Hoy es mi cumpleaños. Llevaba unos días encontrándome mejor, con más ánimo. Incluso me levantaba y salía al balcón un rato. Me encanta cómo huele la ciudad en invierno.

No dijiste nada, pero sé que eso te animó a organizar una celebración. Poca cosa, porque tampoco tengo demasiadas fuerzas. Seguramente, habrías invitado a mi padre, a Fran, Ángela, y quizás a Azu y Marcos.

Desperté y ya sentí ajetreo en la cocina. Estabas preparando la comida. Sonreí. A quién no le gusta que le preparen una celebración de cumpleaños. Al poco, apareciste con el desayuno en una bandeja.

Ahora te frotas los ojos, recordándolo, porque sabes lo que te voy a contar.

—¡Felicidades!

Me apoyaste la bandeja sobre las piernas, me diste un beso en la frente y te fuiste.

—¡Te quiero! —grité.

Al primer sorbo de café vomité sobre la bandeja y toda la cama. Intenté levantarme para ir al baño. Ya ni me planteaba limpiar aquel desastre. Solo quería ir al baño para seguir vomitando. Me sentí paralizada, Tristán. No me pude mover. No me respondían las piernas.

—Tristán.

Te intenté llamar, pero apenas me salía la voz.

Me vi a mí misma paralizada, aterrada, cubierta de vómito, sin fuerzas ni para llamarte. Pasarían cinco minutos, pero para mí fue una eternidad. Regresaste para comprobar si había terminado el desayuno y me encontraste así. Me miraste, aterrado, y al momento ya estabas apartando la bandeja, abrazándome y levantándome para ir al baño.

Cuando estoy desnuda mientras me ayudas a asearme, me veo tan horrible que me digo a mí misma que ahí se acabó el romanticismo y la pasión. Después, siempre tienes una mirada en la que me siento como la persona más especial y bonita del mundo.

Sin embargo, esto fue distinto. Aquí ya no se trataba del orgullo herido o de ver que me tienen que ayudar en la acción más insignificante. Se apoderó de mí la impotencia de luchar hasta sentirme sin fuerzas, de combatir hasta la última gota de sangre y, aun así, desde el suelo, mirar hacia arriba y comprobar que el monstruo que me devora es cada vez más grande, cada vez más fuerte.

Quizás tengas que escribir tú los últimos capítulos de nuestra historia.

Es hora de asumir la derrota. No importa la dignidad. Qué más da eso ahora. Me importa vivir y, ya que no podré hacerlo durante mucho tiempo, al menos quiero tener algún momento en que pueda disfrutar. Quizás abrazarte viendo amanecer. Hasta hacer el amor contigo una última vez. Si no es demasiado pedir, incluso un último fin de semana en Peñíscola.

Lloras. Por más que agaches la cabeza, sé que lloras, Tristán. Yo también lo haría en tu lugar. Y tratarás de convencerme con tus dos argumentos de peso. Y los entenderé, pero no hay nada que pueda hacerme cambiar de idea.

Me llevaste al baño para limpiarme, me desnudaste y me ayudaste a bañarme. Después, cambiaste toda la ropa de la cama y abriste la ventana para que ventilara la habitación.

—Diles que no vengan —te pedí una vez que me acosté de nuevo.

—Solo he avisado a los de casa. ¿No te apetece?

Negué, sin apenas fuerza. Te echaste a mi lado y pasaste el brazo por encima de mí. Estaba triste, cansada, marchita… «como una puta flor que no se riega», recordé que había dicho sobre mi madre en la misma situación, el día antes de que falleciera.

—¿Quieres que cierre la ventana?

—No, déjala así. Me gusta ver el sol mientras siento el frío.

—Ya, unas cuantas terrazas tuve que sufrir.

Sonreí levemente. No tenía fuerzas para reírme de verdad, a carcajadas, como a mí me gustaba; como siempre me hacías reír.

—Léeme algo —te pedí—. Algo sobre nosotros. La historia que me contaste mirando las estrellas.

—¿Lo de la constelación del pingüino?

Te levantaste y buscaste en mis cuadernos hasta que diste con el fragmento y comenzaste a leer.

—Espera, antes quiero escribir algo —te dije.

Me trajiste un cuaderno y un boli. En cuanto intenté dar los primeros trazos me di cuenta de que no iba a poder, así que te pedí que escribieras lo que iba dictando. Y aquí estamos; yo, derrotada, mirando al sol débil del invierno; y tú, escribiendo y llorando, mientras intentas agarrarme con la otra mano para que sienta tu cariño.

A veces, cuando hago una pausa para respirar, me acaricias y me secas las mejillas. No te esfuerces, Tristán. Estas lágrimas ya no se borran.

Solo me apetece cerrar los ojos mientras tu voz tranquila y serena, esta vez seguramente entrecortada por el llanto, me cuenta el mito que te inventaste de cómo Tristófonos y Sarífone se convirtieron en la constelación del pingüino. Solo quiero que me aprietes fuerte la mano, sentir tu apoyo, como siempre, dejarme llevar hasta cerrar los ojos y poder descansar.

CAPÍTULO**70**

No hay estrellas que puedan contar cómo nos amamos, Sara

Tristán

Terminaste de dictar y me pediste que te leyera la historia de las estrellas. Estabas tumbada boca arriba y cerraste los ojos para descansar. Busqué la parte exacta y comencé a leer tu cuaderno.

—Vale —pensaste un momento mirando las estrellas—. Mira, aquella es la constelación del pingüino. —Solté una carcajada—. ¿Ves que tiene forma de pingüino emperador?

Vi cómo se te escapaba una ligera sonrisa cuando leí esto. No sé qué vi para que se me ocurriera lo del pingüino. ¿Sabes que posiblemente ese día haya sido el más feliz de mi vida?

—Eh… Sí, sí. —Entorné los ojos hacia arriba con ironía—. Al principio pensé que era una masa informe de estrellas que están a millones de años luz, pero no, fijándome bien, veo que es igualito a un pingüino.

—Hay que fijarse mejor para la próxima. Pues bien —proseguiste señalando hacia el cielo—, Tristófonos, el dios de los tristes, estaba enamorado de la ninfa Sarífone.

—Ja, ja, ja. Tristófonos y Sarífone. Me muero. Y si Tristófonos es el dios de los tristes, ¿la ninfa Sarífone?

Entonces me vino muy claro el recuerdo de aquella noche, de tus carcajadas mientras lo contaba, de tu mirada de admiración. Nunca me he sentido tan amado como contigo.

—Umm —pensaste arrugando la frente—, ¿la ninfa de los saraos?

—Vale, vale —respondí mientras me reía.

Ya tenías los ojos completamente cerrados. No movías la boca ni con la mueca de una sonrisa. Tu mano cada vez me apretaba con menos fuerza.

—«Yo, si quieres, te convierto en pingüino a ti también». Y así fue cómo, por amor, Tristófonos, dios de los tristes, se convirtió en pingüino emperador.

—¡¡Muy bien!! —aplaudí—. Una historia muy romántica —ironicé.

—No, no. Ahí no acaba.

—¡Anda! La historia ya me parecía que quedaba redonda.

—¡No te vayas, Sara! —pensaba mientras leía.

Te podía estar perdiendo. Esa vez para siempre. Y no podía decirte adiós. La vida no me había dado tregua, pero con esto no iba a poder. Te juro que no.

—¿Cómo dices que camina? —Te moviste de un lado a otro imitando a un pingüino—. Ja, ja, ja. Perdón, continúa.

—De entre todos los pingüinos, ve a una pingüina que prueba un sándwich de plancton (porque son pingüinos veganos) y emite un graznido enorme y malsonante. Casi le pareció escuchar un «¡Joder, qué rico!».

Tristófonos reconocería ese graznido en cualquier parte: era Sarífone.

—Ja, ja, ja, me meo.

Me dio miedo. Si no te reías con esa parte es que ya no estabas escuchando. Tu mano ya no ejercía ninguna fuerza y se soltó de la mía. Seguí leyendo, era lo único que podía hacer. Si me detenía, quizás nunca más podría hablar contigo, así que seguiría leyendo mientras hubiera historia que contar.

—No me hagas esto, Sara —grité mentalmente.

—No se dan cuenta de que Sarífone ya no es una ninfa inmortal, sino una pingüina, así que, pasados unos años, Sarífone se va apagando, abrazada a Tristófonos, hasta que muere junto a su amado.

Sentía tu respiración porque veía moverse las sábanas sobre tu pecho, pero con tal ligereza que daba la sensación de que podías dejar de respirar en cualquier momento. Seguí leyendo.

—Tonto —te reñí, con cariño, dándote un manotazo en el brazo—. ¡Ya no me gusta esta historia!

Apenas podía mirarte. ¡Te quería tanto! No me veía capaz de perderte. No iba a resistir la vida sin ti. Contemplaba tu nariz, dulce y redondeada; tus mejillas, esas que se sonrojaban al mínimo contacto; y esa sonrisa, tan plena, tan sincera, tan repleta de amor que me estremecía; tus ojos, demasiado oscuros para decir que fueran verdes y demasiado claros para asegurar que fuesen marrones.

Eso no está en las constelaciones. No hay estrellas que puedan contar cómo nos amamos, Sara.

—Tristófonos dibuja a su amada y le pide a Estréllides que convierta su dibujo en una constelación para poder ver a Sarífone todas las noches. Y ahí está, la constelación del pingüino. De la pingüina, en realidad. Tristófonos, desde cualquier sitio de la tierra en el que esté, sale todas las noches a ver a su amada en el cielo.

No importaba que me escucharas o no, porque, con mi voz quebrada y temblorosa, no habrías entendido nada. Seguí leyendo. No quería parar. No podía. Si dejaba de leerte tu historia quizás se acabara todo. No iba a conformarme con dibujarte en las estrellas para contemplarte.

—Eres muy tonto —protesté con los ojos vidriosos.

Y dejé de leer. Ya no había más historia que contar.

CAPÍTULO**71**

No puedo perderte. No otra vez

Sara

Te prometo que pensé que jamás volvería a abrir los ojos, que tu voz sería lo último que escucharía; tu mano cálida y reconfortante, lo último que sentiría. Te juro que pensé que ese era mi final. La vida no suele pagar sus deudas, pero quizás consideró que nos debía demasiado y quiso pagarnos una parte.

Abrí los ojos y allí estabas, junto a mi cama, sentado a mi izquierda, apretándome la mano con fuerza, igual que cuando quedé dormida. Miré a mi alrededor y comprobé que no estaba en mi habitación, sino en el hospital.

Tenías la cabeza apoyada en el colchón, escondida entre tus brazos. Llorabas tan fuerte que ni te percataste de que había despertado. Te había visto llorar otras veces, pero nunca con la rabia y la impotencia con que llorabas aquel día. Reconocía ese llanto, porque así lloré yo por mamá.

Me sujetabas mi mano izquierda con tus dos manos. Coloqué mi mano derecha sobre las tuyas. Al tocarte, levantaste la cabeza y me viste. Estabas desencajado. No sé si te alegraste al verme o te hundiste más. Te pusiste en pie y me apretaste contra ti con fuerza. Tanta que me llegaste a hacer daño. Tanta, que me dio miedo pensar en lo que tenías que estar sufriendo para agarrarme así, como si quisieras atrapar mi alma para que no escapara.

No decías nada. No podías hablar. Y yo no sabía qué decir, así que estuvimos en silencio un rato, hasta que entró una enfermera.

—La doctora vendrá de tarde —nos informó—. De momento, va a suspender la quimioterapia unos días, hasta que tu cuerpo pueda recuperar un poco de fuerza.

—No puedo con esto, Tristán —dije cuando se fue—. Sigo pensando lo mismo: voy a interrumpir el tratamiento.

Seguías en silencio. No era un silencio de estar tranquilo, ni en paz; ni siquiera un silencio reflexivo. Me miraste y te pusiste en pie, nervioso.

—¿Sabes qué? Iba a decir que lo entendía, que te apoyaría y que es una decisión exclusivamente tuya.

Tu nerviosismo iba creciendo con cada palabra.

—Pero no —continuaste—. Siempre he mirado más por los demás que por mí mismo; esta vez no puedo. Probablemente, sea el peor momento para ser egoísta, pero necesito serlo. No puedo fingir que todo está bien.

—¿Qué pasa, Tristán? —pregunté, intentando aparentar tranquilidad, a pesar de los nervios que me atenazaban.

Quedaste en silencio de nuevo, mirando hacia afuera a través del cristal de la ventana.

—No lo hagas, Sara —hablaste, por fin—. He visto cómo te ibas. Te he visto morir —te giraste hacia mí y volví a ver tu rostro desencajado—. Sentí que te había perdido para siempre. Y ha sido horrible. No puedo perderte. No otra vez. La vida no me ha dado tregua. A veces he luchado contra lo que la vida me ponía encima; otras, lo he asumido con resignación; y otras, simplemente, me he dejado llevar hasta que las cosas pasaran intentando que me afectaran lo menos posible. Pero con esto no puedo. —Negabas insistentemente con la cabeza—. Te juro que no puedo.

—No me hagas esto, Tristán —contesté, llorando.

—Te lo pido por favor —rogaste, casi sin voz, acercándote hasta ponerte frente a frente. No podía mirar esos ojos repletos de desesperación—. Te lo ruego. Sé que no debería pedirte algo así, pero… ¡hazlo por mí!

Tu voz angustiada y tu mirada suplicante me estaban matando. Me dolía la cabeza. Te sentaste y me diste la mano.

—No voy a dejarte ir sin decir nada. Te necesito y te pido… —arrugaste la frente y carraspeaste intentando contener las lágrimas durante un segundo—, te pido que luches. Sé que no debería, que es horrible lo que estás sufriendo —comencé a llorar con más fuerza y a asentir —, pero te pido un último esfuerzo.

Seguía asintiendo. Creía haber tomado la decisión definitiva de abandonar el tratamiento, pero no podía dejarte atrás sin tener en cuenta lo que sentías. No podía negarte lo único que me habías pedido en tu vida.

—Hazlo por mí —dijiste llorando de nuevo—, por ti. Por nosotros.

—Sí —contesté sin voz, entre el llanto.

—¿Sí? —Seguía asintiendo, pero no podía responder más—. ¿Lo harás? —Asentí de nuevo.

Me abrazaste, envueltos en lágrimas, emocionados. Hacer eso por ti fue lo más bonito que pude hacer por nadie, o eso me decía tu rostro ilusionado. Te juro que lo hice por ti; solo por ti, porque fue muy duro tomar la decisión de luchar por la vida cuando ya lo único que tenía en mente era descansar y dejarme llevar.

CAPÍTULO72

«Te quiero», pude leer en tus labios mientras me traspasabas el alma con la mirada

Sara

Con el paso de los días me iba encontrando algo mejor. Tendría que esperar unas semanas para reanudar el tratamiento y, en ese tiempo, logré sentirme más animada y con ganas de seguir adelante.

Mi padre venía a casa todas las mañanas. Me daba un beso y me preguntaba cómo me encontraba. Al principio, se quedaba en la habitación conmigo, pero, los días en los que no era capaz de levantarme y apenas tenía ganas de hablar, entendía que molestaba, así que solo se quedaba si yo se lo pedía. Si no, se sentaba en el salón. Para él, estar allí por si lo necesitábamos era suficiente.

Fran y Ángela pasaban largas temporadas en la ciudad. Ángela era programadora *freelance* y Fran se dedicaba al *marketing* digital, por lo que podían teletrabajar durante tiempo. Solo regresaban a Berlín para reuniones importantes que exigieran que estuvieran presencialmente allí.

Ángela era un polvorín. No podía parar un minuto ni callarse un momento. La quiero un montón, pero, en los días malos, me molestaba que estuviera en la habitación. Fran me entendía rápidamente y se iban al salón enseguida.

Me sentía muy arropada. Cuando me encontraba tan débil y con tantos dolores que ni podía moverme, oír vuestras conversaciones por casa, alguna risa, el olor a café recién hecho, el ajetreo en la cocina, cualquier cosa, me daba la sensación de la calidez de un hogar. Me encantaba cerrar los ojos y sentir la casa repleta de vida.

Azu y Marcos empezaron a tomar la rutina de venir cada sábado de tarde, salvo que tú los avisaras de lo contrario. Me levantaba y pasábamos la tarde en el salón. Charlábamos, reíamos, jugábamos a algún juego de mesa. También Jon se involucró y se pasaba un par de veces por semana.

Melania
¿Qué tal tu primer paseo?
¿Te has mareado? ¿Cansada?

Melania me seguía escribiendo a diario. Me gustaba la tranquilidad que me daba no tener la obligación de contestar. Podía llevar una semana sin responder ninguno de sus mensajes y ella seguía escribiendo.

Cada día se interesaba por mí y luego siempre me contaba alguna de sus historias. De ser esa amiga tuya a la que tenía cierto cariño pasó a ser parte fundamental de mi vida.

Yo
Ha estado bien.
Me he cansado pronto y hemos vuelto a la media hora.
Mañana otro poco.

Melania
¡¡Genial!!

Yo

Gracias por tu apoyo, Melania.
Ya el día que te conocí le dije a Tristán que no me extrañaba que fuerais amigos, porque eres una tía genial.

Melania

Y tú.
Pero me porté como la mierda.

Yo

Eso quedó atrás, pero ahora sí tenemos confianza para sincerarme.
Me dolió mucho.
Sobre todo, porque eras la única con la que podía hablar y la única que hubiera entendido mi dolor.

Melania

Ay, no me digas eso.
Me siento fatal de pensarlo.

Yo

Sigues siendo la misma tía genial.
Todos nos equivocamos, pero has demostrado tanto desde entonces que no te puedo reprochar nada.

Melania

¿Sabes que estaba loca por Tristán?
Incluso tiempo después de empezar a verme con Rodri.
Ojo, ahora adoro a Rodri y no lo cambio por nadie.
Bueno… puede que por… Liam Hemsworth.

Yo

Ja, ja, ja.

Melania

Mientras Tristán estaba con Silvia, siempre tuve la sensación de que él y yo podríamos terminar juntos.

Si te soy sincera, siempre vi más química y más afinidad entre Tristán y yo que entre él y Silvia.

Eso lo pensé hasta el día de su cumple.

El día que os vi juntos por primera vez supe que no tenía nada que hacer.

Y se lo dije a él.

Yo

Sí, lo sé.
Lo he leído.

Melania

¿Cómo que lo has leído?

Yo

Sí, Tristán lleva escribiendo nuestra historia desde entonces.
Y la narra como si me la estuviera contando a mí.

Melania

¿¿En serio??

Al segundo, estaba sonando una videollamada.

—¿¡En serio!? —se oyó nada más que descolgué.

Melania arrugaba la frente y tenía los ojos como platos. Estaba más guapa que nunca. La tez morena resaltaba esos ojazos negros ligeramente rasgados. Me hizo reír con su expresión de sorpresa e ilusión.

—¿Y qué dice de mí? ¿En qué pasajes aparezco? Quiero decir… ¿En serio está escrito? ¡Y nunca me ha confesado nada!

—Pues…

—¿Pues qué?

—Que yo también le escribía nuestra historia. La sigo escribiendo, de hecho.

—¡¡¡Me muero con vosotros!!! ¿En serio? No, a ver, yo eso tengo que leerlo.

—Ja, ja, ja.

—¡¡¡Ríete, pero necesito leerlo!!!

—Son algo muy personal. Casi como diarios.

—¿¿¿En serio??? Que no, que no, que te flipas mucho. Que eso yo lo voy a leer. O sea, esto que estamos hablando… ¿quizás quede escrito en tu historia?

—Ja, ja, ja. Puede ser.

Al oírme hablar y reírme, te acercaste hasta la habitación y abriste la puerta lo justo para asomar la cabeza.

—¿Con quién hablas? —preguntaste.

Giré el teléfono para que vieras a Melania.

—¡¡¡Hola!!! —gritó, enseñando los dientes.

—¿Hola? —preguntaste, extrañado, arrugando la frente y mirándonos alternativamente a Melania y a mí.

—Es que en la conversación de hoy se me ha escapado que tú y yo nos escribimos y…

—¿La conversación de hoy? ¿Soléis hablar?

—A diario… —respondí.

—¿Y nunca me has dicho nada?

—Ups —dije, tapándome la boca.

Miraste a Melania, quien levantó la vista, intentando disimular.

—¿Y tú tampoco? —le reprochaste.

—Bueno, tú no me habías dicho que le escribías a Sara, así que estamos en paz. Eso sí, no desvíes el tema, quiero leer lo que habéis escrito. El mundo necesita conocer vuestra historia.

—Ja, ja, ja —me reí—. ¡Qué dramática! ¿El mundo necesita conocer nuestra historia?

—Tristán, dile a tu novia que es muy tonta. Que no bromeo.

—Me pones un *margarita* —se oyó por detrás de Melania.

—¡Un momento! —gritó mirando hacia el lado derecho—. ¿No ves que estoy tratando unos temas importantes?

—Ah, estás trabajando —recriminaste con sorna.

—Claro. Pero soy la jefa, no sé si te acuerdas. Tenía un socio, pero me dejó aquí tirada. Así que mira, dos a uno; me debes una tú a mí. Con leer lo que tengas escrito estamos en paz.

—Ja, ja, ja —me reí de nuevo—. Yo, si lo convences a él, no tengo problema.

—Uy, eso no sé si es bueno o malo. ¡¡Que ya voy, pesado!! Os dejo… por ahora.

Cada día me lo recordaba, aunque yo le daba largas y te ponía como excusa. Recuerdo una conversación que tuvimos un par de semanas después.

Melania
Oye, Sara, no soy muy de ponerme ñoña, ya lo sabes.
Pero desearía tanto estar ahí con vosotros.
Poder abrazarte y darte ánimos.

Yo
Ya me has hecho llorar.
Sabes que yo sí soy un poco ñoña.
Me das ánimos cada día.
Y cada día te siento muy cerca.
Creo que eres la mejor amiga que podía tener.

Melania
Ahora la que llora soy yo.
Contigo nunca me he sentido incómoda y siempre me has aceptado con mis locuras.
Y que digas eso… bufff, no sabes cómo estoy llorando.
Oye, ¿esto lo vas a escribir en tu libro?
¿Lo sigues escribiendo?
¿Cuándo lo voy a poder leer?

Yo
¡¡¡No es un libro!!!

Melania
¿Cuándo voy a leer el *no–libro*?

Yo
Como si fuera terminología vegana, ja, ja. Muy bueno.
Ya te he dicho que convenzas a Tristán.

Melania
Ay, madre, empezará con sus dos motivos…

Yo
Ja, ja, ja.
Con su voz grave y profunda.
«Uno, es un atentado flagrante a nuestra intimidad».

Melania
Ja, ja, ja.

«Y dos, escribimos sobre terceras personas que no tienen por qué verse involucradas en esto».

«Jou, jou, jou».

Yo

Ja, ja, ja.

Me lo imagino.

Melania

Sí, sí.

En caso de que me deje leerlo, ya te veo pidiendo consentimientos de protección de datos a todos los que aparecen.

Yo

Ja, ja, ja.

Ya había comenzado el tratamiento, aunque el domingo seguía bastante animada y decidimos invitar a comer en casa a mi padre, Fran y Ángela. Me sentía lo suficientemente bien para estar levantada y sentarme a la mesa. Preparaste arroz jambalaya vegano, con alubias rojas y garbanzos. Estaba muy sabroso y tenía un toque picante… ¡Joder, se me hace la boca agua al recordarlo!

Tú te pusiste en la cabecera más cercana a la puerta para salir a la cocina a por lo que hiciera falta. A tu izquierda, se sentó mi padre, y yo a su lado, frente a Fran. En la otra cabecera, a mi lado, se colocó Ángela.

—Al final, entre unos y otros, me haréis vegano a mí también —bromeó mi padre.

A papá le encantaba pasar tiempo con nosotros. El gesto de tristeza no se le había borrado desde que se fue mamá; estar con nosotros era lo único que le hacía sentir bien.

—Claro, papá —le animó Ángela, levantándose para servirle arroz de la paellera—, tienes que hacerte vegano, hombre.

—Eso no lo verán mis ojos —replicó Fran con media sonrisa.

Ángela nos sirvió a todos. No podía estar quieta un momento. Le pasó el plato a Fran y le dio un beso en la nariz.

—Feo —le llamó.

Fran se rio, para, después, agarrarla por la cintura y hacerle cosquillas. ¡Qué felices se les veía!

—¿Queréis vino? —preguntaste—. ¿Cerveza?

Cualquiera que fuera a casa enseguida se sentía como en la suya contigo. ¡Ponías todo tan fácil a todos! No podía dejar de mirarte con admiración. Te levantaste para ir a buscar la bebida. Me miraste y me subió un escalofrío por todo el cuerpo. Te sonreí como una tonta. Me devolviste la sonrisa y creí morir (metafóricamente, no te asustes).

—Yo tomaré un poco de vino, gracias —respondió mi padre.

Respiré hondo. Ese tipo de comida familiar de domingo se estaría viviendo en mil hogares. Quizás, en muchas casas, los comensales habrían ido a disgusto; incluso, en algunos casos, la decisión de asistir a la comida habría provocado alguna discusión matrimonial.

Sin embargo, yo te miraba con admiración. ¡Estaba tan orgullosa de que fueras mi pareja! «Ese es mi novio, pendiente de todo y de todos», pensaba. Miraba a Fran y Ángela, tan enamorados, tan felices juntos. Y mi padre estaba a mi lado, contento de estar con nosotros. Esa comida normal de un domingo cualquiera para mí era algo tan extraordinario que me superó ese

aluvión de sensaciones y se me escaparon las lágrimas.

—Ey.

Ángela se dio cuenta enseguida y me dio la mano. En cuanto me miró, me derrumbé y rompí a llorar, ante lo que ella se levantó y me abrazó.

—¿Qué te pasa, hija? —preguntó mi padre, acariciándome el brazo.

Quería responder, pero entre los sollozos era incapaz de respirar lo suficiente para hablar.

Tú viniste corriendo. Te habías asustado. Me arrepentí de haber llorado porque en tus ojos percibí el pánico. Te agachaste para dejar tu rostro frente al mío y apartaste mis manos de la cara.

—¿Qué pasa, Sara? —me preguntaste. Yo no podía dejar de llorar.

—¡Que soy muy feliz! —logré decir entre lágrimas—. Lo siento, no sé por qué me he puesto así. Es que… —intenté limpiarme las lágrimas e inspirar una gran bocanada de aire— hacía tanto tiempo que no estaba tan contenta.

—Tranquila, respira —me dijiste.

Fran vino hasta mí y me abrazó con fuerza.

—Esto solo es el principio —afirmó, limpiándome las lágrimas que aún brotaban de mis ojos—. Tristán, recuerdo que me dijiste que estas cosas no dependen de la justicia. Es cierto, pero esta vez sí que la vida va a ser justa y os va a permitir ser felices.

Mi padre se levantó y me abrazó a continuación.

—Venga, el arroz, que se enfría —ordenó Ángela, al tiempo que daba dos palmadas y se secaba los ojos con la manga de su jersey—. No ha estado Tristán cocinando toda la mañana para echarlo a perder.

Me diste un beso en la cabeza y me susurraste un «te quiero» que me llenó el pecho.

—Está muy rico, Tristán —afirmó mi padre.

—¡El vino! —exclamaste—. ¡No lo he traído!

—¡Oye! —gritó Fran para que lo oyeras desde la cocina—. ¿Cómo haces para que te quede tan suelto el arroz?

—Ya —dijo Ángela—, danos algún truco, porque a Fran le queda como chapapote.

—Y a ti como argamasa para levantar paredes.

—Ñi, ñi, ñi —replicó ella—. Bueno, tienes razón. Me queda casi tan mal como a ti.

—Esa me la sé yo —intervine—. La paella es lo único que se me da bien.

—¿Qué dice que se le da bien? —preguntaste mientras entrabas en el salón con el vino.

—El arroz —respondió Fran.

—No sé. Nunca me lo ha preparado, así que no puedo opinar.

—¡Vaya! Mañana te haré arroz —te prometí a la vez que te guiñaba un ojo.

—Vale, sí, os amáis y todo eso —dijo Ángela—, pero ¿lo del arroz?

—Algo fundamental —expliqué— es sofreír el arroz un poco antes de echar el caldo o el agua, así se suelta el almidón del grano y no se apelmaza. Ah, y echar el caldo muy caliente.

—Ni caso —replicaste—. Primero, se hierve el caldo y, solo cuando haya hervido, echáis el arroz; una taza de arroz por cada dos de agua.

—Qué dices, loco. Hacedme caso a mí; queda mucho mejor.

—Vale, si quieres el próximo domingo hacemos una paella cada uno y que los demás valoren.

—Hecho. —Estiré el brazo para estrechar la mano y cerrar el trato—. Eso sí, los mismos ingredientes para los dos, que si no empiezas con tus hierbajos y tus especias y queda más rico el tuyo. Hay que valorar solo cómo queda el arroz.

—Trato hecho.

—Ay, qué bien —celebró Ángela—. Duelo de paellas. Eso sí, será como elegir entre papá y mamá.

—Pues cata a ciegas —propuso Fran—. No sabremos quién hace cuál y votamos.

Seguimos comiendo. Los demás comentaban las normas que tendría el concurso. Tú continuabas mirándome, pendiente de que estuviera bien. Volví la vista hacia ti y te saqué la lengua, intentando no emocionarme otra vez. Tú arrugaste la nariz y me lanzaste un beso.

No podía mirarte sin emocionarme. Contemplaba cada pequeño detalle de tu rostro: la curva de tus labios mientras sonreías, esa chispa que siempre tienen tus ojos cuando me miras, la forma en que tu cabello suele caer despreocupado sobre tu frente. Cada gesto y cada rasgo están grabados a fuego en mi memoria.

Si me voy, me imagino cómo mostrarás nuestros escritos a todo el que quiera. Ya, ya sé que no te gusta airear intimidades, pero nuestra historia merece ser contada. Melania tiene razón. El mundo necesita saber cómo me has amado. Cómo me amas. Cómo me amarás.

Me seguías mirando. Trataba de aferrarme a ese momento, decidida a aprovechar al máximo cada segundo que viva a tu lado. Se formó una sonrisa triste en mi boca y mis ojos se empaparon de nuevo.

«Te quiero», pude leer en tus labios mientras me traspasabas el alma con la mirada. Me llevé las manos al pecho y la mano a la boca tratando de contenerme.

Tú me lo has dado todo siempre. Yo, solo preocupaciones. Mis ojos continuaban recorriendo tu rostro mientras un nudo en la garganta amenazaba con hacerme llorar de nuevo. Quería seguir memorizando cada detalle, cada expresión, cada gesto de cariño. Esas imágenes se quedarán siempre conmigo. Incluso si las fuerzas que me das cada día no son suficientes, si me tengo que ir, nada de esto morirá.

Vaya donde vaya, tú estarás conmigo.

EL FINAL DE SARA

LO QUE DESEÁBAMOS ESCRIBIR

—¿Qué escribes, mamá?

—¡Ay, Esther, no seas bruta!

Estaba aún en la cama y Esther se tiró en plancha sobre mi estómago.

—¿Otra vez le escribes a papá? No sé por qué no se lo dices, si está en la cocina.

—Los mayores somos raros, hija.

—Yo también soy mayor. Ya tengo seis años.

—Sí, hija, muy mayor.

Me acerqué a Esther, le aparté de la cara su precioso cabello castaño claro y le di un beso en la mejilla mientras ella me miraba con sus grandes ojos, demasiado claros para decir que eran marrones y demasiado oscuros para asegurar que fuesen verdes.

—¿Te levantas? Es tarde —protestó, con una sonrisa, mientras me destapaba.

Miré el reloj: 08:42. Se ve que las nociones de tarde y temprano son diferentes según la edad.

—Vale, voy a vestirme y salimos al jardín para que papá pueda cocinar tranquilo.

—¡Genial! Voy a buscar la pelota.

Esther anotó siete goles.

—¡Esther! ¿Por qué has escrito en mi cuaderno? —reprendí al leer la frase escrita con su letra.

—Yo no he sido —gritó desde la cocina.

Me reí. Mentía igual de mal que tú.

—¡Joder, qué bueno está esto, papá! —oí que te decía.

—¡Esther! —reñiste—. Esa boca.

Solté una carcajada. Me levanté y fui a la cocina. Probé la salsa que estabas preparando para la pasta. Los sábados siempre preparabas pasta con salteado de verduras y champiñones con una salsa de tomate que nos gustaba mucho. Nos encantaba que llegara el sábado.

—¡Joder, qué rico! —exclamé mientras miraba a Esther con complicidad.

—¡Sara! —Esther se rio—. Yo, aquí, riñendo a Esther y tú… —te miramos, enseñándote los dientes y poniendo cara de angelitas—. Nada, olvídalo.

—¿Qué escribes? —te pregunté.

En la encimera tenías pimientos, berenjena, champiñones y todos los ingredientes, mientras que, en la pequeña isleta, habías dejado unos folios.

—Nada que te interese.

Tapaste las hojas con tus brazos y las recogiste.

—Anda, déjame ver —rogué mientras te las intentaba quitar.

—Sí, papá, si luego se lo vas a leer.

—Bueno, pero ahora estoy escribiendo.

—Atrápalo por ahí —le ordené a Esther.

Te cerramos el paso poniéndonos cada una por un lado. Poppi, como siempre que oye risas y juego, entró desde el jardín y alzó las patas delanteras para ponerse encima de ti.

—Oye, que me dejéis. Y tú, Poppi, ¡vete al jardín!

Poppi agachó las orejas y salió, aunque, al momento, percibió que el juego continuaba y entró de nuevo.

—Hazle cosquillas, mamá.

Ella te sujetaba una pierna y Poppi había puesto las dos patas delanteras sobre ti. Intenté hacerte cosquillas por la barriga.

—¡Que me dejéis! —protestaste.

Fingiste escapar, pero te dejaste atrapar en cuanto salimos de la cocina. Esther y Poppi te sujetaron y simulaste caer.

—¡Mamá, mamá! —gritó Esther, tirándose encima de ti. Yo me había detenido para observaros durante un instante—. ¡Ven, rápido, que le tenemos!

—¡Cuidado, Esther, no seas bruta! —dijiste cuando se lanzó sobre tu estómago. Poppi no dejaba de darte lametones en la cara. Me lancé sobre ti también.

*****

—¡Jod… —iba a exclamar Esther al probar la pasta en la comida. Clavaste los ojos en ella—. ¡Jopetas! ¿Qué? Iba a decir «jopetas».

—¡Jopetas, qué rico! —me burlé yo mientras te reías—. Vaya, tú dirás lo que quieras, pero no es lo mismo… No sabe igual con un «jopetas».

—Oye, ¿cuándo vais a dejar de escribiros? —preguntó Esther.

—No sé —respondí—. Aunque, la verdad, ya no tiene mucho sentido seguir contándonos nuestra historia.

—Ya, pero no la puedo dejar así, sin terminar.

—Te da urticaria, ¿no? —me burlé.

—Algo así.

—¿Qué es urticaria? —preguntó Esther.

—Unas erupciones que te salen por la piel, a veces por nervios. A papá le salen si deja algo sin terminar.

—No le hagas caso. Pero no es mala idea concluirlas. Después de comer, nos ponemos a ello.

—Y yo os ayudo —sentenció Esther.

—Si tú ni siquiera habías nacido.

—¿Y qué? —contestó con chulería, encogiéndose de hombros.

*****

—Retomaremos el tratamiento —nos dijeron en oncología—, aunque iremos ajustando las dosis hasta dar con la adecuada.

—Sea sincera, ¿hay alguna posibilidad? —pregunté—. No percibo ningún avance.

—El desgaste se debe más al tratamiento que a la enfermedad. De momento, nuestra intención es frenar el avance. Si conseguimos eso, estaremos en el buen camino.

Me agarraste la mano con fuerza.

—No quiero dar falsas esperanzas —continuó—. La situación… es la que es. Incluso así, de momento, parece que no se extiende más y eso, dadas las circunstancias, es el mejor escenario posible.

Fueron meses muy duros. Aquí lo cuento en unos párrafos, pero tú sabes todo lo que

sufrimos y todo lo que lloramos. Ajustaron el tratamiento varias veces; aun así, muchos días seguía postrada en la cama. Fueron muchos los momentos en los que nos invadía la rabia y la frustración de no salir del pozo. Y eso un día. Y otro. Y el siguiente.

Sin embargo, cada visita a oncología traía consigo alguna pequeña buena noticia. Habíamos logrado detener el tumor y que no se extendiera. Fue un primer paso. A los meses me intervinieron de nuevo. Más tratamiento. Más quimio. Fueron más de dos años durísimos.

—Tengo excelentes noticias —celebró la doctora con una sonrisa—. Los resultados de su biopsia muestran que no hay signos de cáncer en su cuerpo. Ha desaparecido por completo. Desde mañana, vamos a suspender el tratamiento, aunque no vamos a tomar ningún riesgo y haremos revisiones periódicamente para asegurarnos de que no reaparece.

—¿Está segura, doctora? —preguntaste. A mí no me salían las palabras.

—Absolutamente. Sara, sé que ha sido un camino muy largo. —Me intenté limpiar las lágrimas. Se acercó a mí y me tomó la mano—. Puedo contar con los dedos los casos en los que, con un cáncer tan avanzado y con un tratamiento tan abrasivo, la paciente se haya recuperado. Espero que seas muy feliz, porque te lo mereces; de verdad que te lo mereces.

Me puse en pie y la abracé, llorando para liberar la presión de tantos meses de tratamiento y preocupación. Para mí era una emoción indescriptible poder acostarme sin pensar en que, al día siguiente, había que ir a quimioterapia; sin la inquietud de no saber cómo me sentaría ese día; sin estar pendiente de si me podría levantar de la cama o tendría que pedir ayuda hasta para ir al baño.

—Ah, una última cosa —concluyó, sujetando la puerta mientras salíamos. Nos giramos hacia ella, expectantes—. Ya podéis hacer el amor sin ningún tipo de restricción.

Quizás ese sería un buen final para nuestra historia, aunque quedarían muchas cosas buenas sin contar y nos merecemos disfrutar recordándolas, y otro buen final podría ser en mitad de la fiesta sorpresa que me organizaste en *El Rincón de Marc* para celebrarlo, a la que invitaste a todos a los que podía tener algo de cariño.

Cuando entramos tú y yo, todos rompieron en una gran ovación. Me emocioné al ver a tanta gente que me había dado su apoyo. Y, sobre todo, me emocioné por lo que te habías molestado organizando aquella fiesta.

En las primeras mesas estaban los de la pandilla.

—¡¡Venga, ese abrazo!! —exclamó Marcos.

Nos fundimos en un abrazo en grupo, conmigo en medio, mientras gritábamos.

—¡Cuidado! ¡Me asfixiáis! A ver si he sobrevivido al cáncer y no sobrevivo al abrazo de mis amigos.

—Tan tonta como siempre —se rio Vero.

En las mesas del fondo estaban mi padre, Fran y Ángela. Nos abrazamos y cuando pensaba que no quedaba nadie más, por detrás de ellos, apareció Melania. Rodri estaba con ella; pobre, a él ni lo vi. ¡¡Di un grito enorme!! Ni se me había pasado por la cabeza verla. Ella abrió los brazos.

—¡¡¡Melania!!! —Me abracé a ella—. Pero ¿¿¿cómo???

—Tristán, que es muy pesado. Lleva diciéndonos un mes que esta semana podría ser la semana, y no queríamos perdérnoslo.

Entonces, Rodri pasó el brazo por encima del hombro de Melania y ella se desabrochó la cazadora dejando ver una pequeña barriguita. Yo ya lo sabía, porque me lo había contado. Me

encantó ver tu mirada de sorpresa.

—Puedes cerrar la boca si quieres —bromeé.

—Eh… Sí… ¿Y esto? No sabía nada. ¡¡Enhorabuena!!

—¡¡Felicidades!!

Nos abrazamos de nuevo.

—Eh… bueno… —advirtió Rodri—, yo soy el padre. Sé que mi aportación es mínima… pero si alguien me quiere felicitar también…

—Felicidades, papá —le felicitaste, abrazándolo, después de reírnos—. ¿Ya conocemos el sexo?

—Sí, y el nombre también —respondió Melania.

— Se llamará Tristán —anunció Rodri, con una gran sonrisa.

—¿Lo vais a llamar Tristán? ¿En serio? —preguntaste, arrugando la frente—. ¿Por qué le vais a hacer eso al niño?

—¡Oye! —te reñí—. Es un nombre precioso. A mí me encanta. ¡Qué bien! —te dirigiste a Melania, abrazándola de nuevo. Luego abrazaste a Rodri—. Y sí, tú muy bien también.

—Y queremos pedirte… —continuó Rodri—, pediros a los dos, en realidad…

—¡Que seáis los padrinos! —gritó Melania al tiempo que aplaudía.

Recuerdo que en la comida que organizamos para presentarte a Ángela, terminaste por decir que sentías que éramos lo más parecido a una familia. Es irónico que hoy en día es real: somos todos familia. Por una vez, la ironía del destino es positiva.

La fiesta había concluido y estábamos saliendo del bar. Yo bajaba las escaleras agarrada del brazo de Melania. A su lado iba Rodri y, delante, mi familia y los de la pandilla. Tú habías quedado atrás despidiéndote de Róber. Bajamos las escaleras; esas escaleras donde clavé mi mirada de ilusión en tus ojos tras la celebración que me habías organizado; la escalera donde me viste, desencajada, bajo la lluvia; la escalera donde me confesaste que me querías (a voces y enfadado); aquella escalera donde me habías hecho la cobra.

—¡Esperad un segundo! —te oí gritar desde arriba—. Quiero decir algo.

—¿Qué pasa? Me estás asustando —respondí.

—Ya te aviso. Es algo especial y romántico, así que intenta no arruinarlo con tu sentido del humor.

—No puedo prometer nada… —repliqué, entornando los ojos.

—¿Aún no he empezado y ya estás?

—Vale, vale. ¡¡Romanticismo al poder!! —exclamé alzando el brazo con el puño cerrado.

—Eres una mujer espectacular. En todo. Cada vez que te observo, me asombro de que exista alguien como tú. Y que, además, quieras compartir la vida conmigo, es algo que me alucina. Por eso… Sara Escudero, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Ostras! ¡Esto sí que no lo veía venir! El Tristán que yo conocía, aquel que luchaba contra las convenciones sociales, diría que eso es solo un papel que no es necesario para declarar que nos queremos.

—Ya, pero es que las cosas cambian…

—Ay, ay. Aquí vienen los dos motivos… —bromeé.

Todos rieron, más que nada porque sabían que era verdad.

—Por supuesto. El primero es obvio. Quiero casarme contigo porque te amo, porque siempre te amaré, porque solo puedo imaginarte a ti como compañera de viaje.

—Muy bonito —Subí las escaleras y te di un beso en la mejilla—, pero eso ya lo sabíamos

y lo haremos haya un papel de casados o no. Ya puede ser bueno el segundo motivo.

—El segundo es que cuando hablo de ti —continuaste, en un tono más suave—, o cuando pienso en ti incluso, referirme a ti como mi pareja, o mi novia, ¡¡se me queda tan pequeño!! ¡¡Cómo voy a decir que eres mi novia si eres mi mundo!! Creo que, a día de hoy, eso de «mi mundo» no se puede registrar en el juzgado, así que quiero que, al menos, al pensar en ti se me venga a la cabeza la palabra ESPOSA, así, en mayúsculas, con letras de neón.

—Ay, Tristán Palacios, sí, quiero ser tu mundo, y sí, quiero que tú seas el mío.

Me rodeaste con los brazos y me besaste.

—Ahora, quítate la ropa, que quiero hacerle el amor a mi futuro esposo.

*****

Otro final perfecto podría ser cuando caminé hacia ti mientras me esperabas en el altar. Decidimos que haríamos una boda íntima con familiares y amigos. Nada de acantilados con vestidos blancos ondeando al viento, ni doscientos invitados, ni carros de caballos. Nos acercamos al juzgado y, después, organizamos un pequeño convite en el jardín de la casa de Azu y Marcos.

Lo habían decorado para la ocasión. Alquilaron sillas blancas a juego con el arco recubierto de rosas donde se iba a oficiar una pequeña ceremonia. No sé cómo nos atrevimos a pedirle a Melania que fuera ella quien la oficiara.

A pocos metros de llegar al pequeño altar donde me esperabas, alcé la vista. Estabas nervioso, ilusionado, incluso tímido, como si fuera la primera vez que nos viéramos. «Ese va a ser mi marido», pensé, repleta de admiración. Al cruzar la mirada contigo me sentí tan plena que sonreí, llena de felicidad, y mis ojos brillaron de ilusión.

—Desde que os vi juntos por primera vez —comenzó a oficiar Melania, a la que se le notaba ya mucho el embarazo— supe que erais el uno para el otro. La mayoría de nosotros tenemos que luchar cada día por construir una relación, por afianzar nuestros lazos, por encajar nuestras prioridades. Estos cabrones, no —sonreímos—. No tienen que hacer el más mínimo esfuerzo por llevarse bien, por entenderse, por quererse. —Hizo una pausa—. Bueno, y en el sexo, no quiero imaginar el rollo que tendrán en la cama.

Todo el mundo se carcajeó. Excepto tu tía, que se santiguaba. Y mi padre, al que preferí no mirar.

—Hacéis que lo vuestro sea tan fácil y fluya con tanta naturalidad que parece que enfadasteis al destino. Hizo todo lo posible para separaros, pero, por suerte, todo eso ha quedado atrás, y todas las putadas que os ha hecho la vida han fortalecido vuestro vínculo. ¡¡Os amo!! ¡¡Os necesito en mi vida!!

Le tiré un beso. Melania hizo una pausa y torció el gesto, llevándose la mano a la barriga. Rodri le acercó un vaso de agua al instante. Tomó un trago y continuó.

—Pero esto hoy no va de lo que os amo; no va de mí ni de que Rodri aún no me haya pedido matrimonio. —Rodri abrió los ojos, sorprendido, ante las risas de los demás—. Esto va de estas dos personas maravillosas que compartirán sus vidas para siempre. Tristán —prosiguió, con solemnidad—, ¿quieres ser el mundo de Sara?

—Sí, quiero.

—¿Y quieres que Sara sea tu mundo?

—Más que nada —respondiste.

—Limítate a un «sí, quiero», por favor —ordenó.

—Sí, quiero.

—Y tú, Sara, ¿quieres ser el mundo de Tristán? ¿Ya sea hacinados en vuestro minúsculo apartamento, ya sea en una lujosa mansión… digamos… en Cancún? ¿Tanto aquí, tristes y aburridos, como con unos amigos divertidísimos… en México?

—Sí, quiero —respondí.

—Y tú, Sara…

—¡Sí, quiero! —respondí gritando, ilusionada, acercándome a ti.

—Eh, no seas impaciente —me riñó.

—Perdón, perdón —me disculpé.

—Sara, ¿quieres ser el mundo de Tristán?

—Sí, quiero.

—¿Y quieres que Tristán sea tu mundo?

—Sí, sí, ¡¡¡y mil veces sí!!! —respondí, echándome sobre ti para besarte.

—Eh, eh, un momento. —Se acercó a nosotros y nos separó—. Por el poder que se me ha otorgado —volvió al tono solemne—, Tristán, yo te declaro «el mundo» de Sara. Sara, te declaro «el mundo» de Tristán. Hala, ¡¡a morrearse!!

Habías pedido que la primera canción que sonara fuera *Home*, de *Edward Sharpe and The Magnetic Zeros*, la canción que habíamos «bailado» en el pub la primera noche que pasamos juntos. Empezamos a movernos como aquel día, haciendo el tonto, saltando y dando vueltas con los brazos extendidos hasta que entró la letra. Entonces fue peor, porque me puse a cantar.

I do love my ma and pa,
Not the way that I do love you.
Amo a mi mamá y papá,
No de la manera en que te amo a ti.

Temía que me dejaras haciendo el ridículo sola, pero no, en cuanto entró la primera estrofa cantada por el chico, cantaste tú también. Así hasta el estribillo, donde cantamos a dúo, saltando, girando, señalándonos el uno al otro.

Oh, home, let me come home.
Home is wherever I'm with you
Oh, hogar, déjame volver a mi hojar.
Mi hogar es donde sea que esté contigo

A la siguiente vez que sonó el estribillo, agarré a Melania para que se uniera al centro con nosotros. Tú, a Fran. Poco a poco, todos se unieron, hasta mi padre.

Ese también podría ser un gran final; el arroz y los pétalos de rosas blancas por nuestras cabezas, el beso interminable que nos dimos bajo aquel arco, la ovación cerrada de los invitados, la petición de matrimonio que le hizo Melania a Rodri al anochecer, los dos cantando como locos «mi hogar es donde sea que esté contigo».

*****

Los momentos felices se amontonaban y, pocos meses después, supimos que estaba embarazada.

—¿Queréis conocer el sexo? —nos preguntaron en la revisión de las veinte semanas.

—Sí, sí —respondí con ansia. En realidad, yo no tenía predilección, pero tú, aunque no lo quisieras reconocer, sí preferías tener a una mini Sara correteando por casa—. Todavía tenemos que pensar nombres.

—Recuerda que me prometiste que lo decidiría yo —replicaste.

—De eso nada, no seas caradura. Dije que podías opinar.

—Es niña.

—¡¡Qué bien!! —aplaudí. A ti se te iluminaron los ojos—. Ahora, tenemos que pensar nombres de niña.

—Esther.

Lo anunciaste mirándome a los ojos, sin un mínimo de duda.

¡Hala, otra vez a llorar! En serio, tengo que dejar de confiarme hasta creer que no me vas a sorprender, porque luego me entra la llorera.

Cuando nació Esther podría ser otro final; un final hermoso de la familia al completo. O quizás sería un buen final cuando descubrimos nuestro hogar, esta casita de una planta en las afueras de Peñíscola con unos metros de terreno, suficientes para una mesa de terraza y un pequeño huerto. O quizás el día que regresamos de adoptar a Poppi, felices en nuestro hogar.

Estás a mi lado mientras trato de escribir el final de nuestra historia, agarrándome por el brazo, porque necesitamos tocarnos constantemente, como si temiéramos que la vida volviera a separarnos. Sin embargo, el final no puede ser ninguno de esos momentos maravillosos, porque no se me ocurre mejor final que hoy, un sábado cualquiera, uno de esos días que no son especiales, un día que es tan *nosotros* que muero de amor.

ESTHÉRIDES

—Papi, ¿hoy puedo dormir con vosotros? —preguntó Esther cuando estábamos terminando de cenar.

—¿No dices que eres mayor?

—Sí, tengo seis años.

—Pues las niñas grandes duermen solas en su habitación.

—Porfaaaaa —gimoteó dibujando un puchero en su cara.

—Vaaale —respondiste—, pero solo hoy.

—¡Bien! —celebró cerrando el puño con fuerza.

—Ahora vete a lavarte los dientes.

Me acerqué a ti mientras fregabas los platos y te abracé por detrás rodeándote por la cintura.

—¿Sabes que eso de «solo hoy» pierde validez a la vigésimo quinta vez que se dice? —bromeé mientras te daba besitos en el cuello.

—¿Ah, sí? —contestaste, juguetón.

—Sí —respondí yo sin despegar mis labios de ti.

—Intento fregar —protestaste. Cerraste los ojos y echaste la cabeza ligeramente hacia atrás.

—Ajá. —Pasé mi lengua por tu cuello—. Mira —expliqué sin dejar de darte besos y mordisquitos—. Para redondear, nueve años sin vernos, a una media de cincuenta besos por día, me salen unos trescientos cincuenta besos a la semana; a unas cincuenta dos semanas por año, salen dieciocho mil doscientos por año. Me debes ciento sesenta y tres mil ochocientos. Más los intereses.

—¿Ah, sí? ¿Y esto? —Cerraste el grifo y, tras llevarme hasta ti, me besaste con lengua—. ¿Por cuántos vale este?

—No me ha quedado claro. A ver, repítelo.

Me apretaste contra ti y me besaste aún con más intensidad.

—Así.

—Umm —pensé—. Puede valer por cinco.

—Y si además…

Esta vez, al besarme, me agarraste las nalgas y me subiste a la isleta.

—Eso puede computar como veinte.

—¡Esther, hoy duermes en tu cama! —bromeaste, pensando que no nos oía—. Papá y mamá tienen que recuperar besos.

—¿El qué? —preguntó, entrando en la cocina—. ¿Por qué? —protestó—. Mira, tengo que dormir con vosotros por dos motivos. Uno…

—Ya está como su padre —señalé, llevándome la mano a la frente.

—Si solo duermo los viernes y sábados con vosotros, son dos días a la semana. Así que si hay… ¿Cuántas semanas hay al año?

—Cincuenta y dos —respondiste, mirándome con sorna.

—Cincuenta y dos semanas al año, así que… —pensó mientras movía los dedos—, son ciento cuatro días. El año tiene trescientos sesenta y cinco días, así que hay… trescientos sesenta y cinco menos ciento cuatro…

—Doscientos sesenta y uno —la ayudé.

—Doscientos sesenta y un días en los que NO duermo con vosotros y, como mucho, ciento cuatro en los que SÍ duermo con vosotros.

—Igualita que tu madre —comentaste.

—Y dos.

—¿Lo ves? Igualita que tú —repliqué, mirándote de reojo.

—Y dos… porfi, porfi , porfi —rogó, juntando las manos y arrugando la frente con cara de pena.

—Ya veo, igualita que yo —ironizaste.

Tuve que apartar la vista y mirar hacia arriba, intentando disimular.

—Que sí, amorcito. Eran bromas de papi; ya sabes cómo es.

—Sí, muy gracioso —respondió arrugando el entrecejo, enfadada—. Ahora, por simpático, nos cuentas la historia de los pingüinos.

—¿En serio? ¿Otra vez?

—Sí, pero cámbiale el final. No me gusta.

—Lo que siempre te he dicho. A ver si a tu hija le haces caso.

Te echaste en la cama y te aprisionamos una por cada lado. Comenzaste a contar cómo Tristófonos se había enamorado de Sarífone.

—Toximisa, diosa de los gases fétidos del inframundo —dijiste con voz tenebrosa—, celosa porque amaba a Tristófonos, convierte a Sarífone en pingüina.

—¡Oye, vaya morro! —protestó Esther—. ¿Por qué no convierte a Tristófonos? Sarífone no ha hecho nada.

—Tristófonos tampoco ha hecho nada —explicaste. Yo me reía—. Y es un dios muy poderoso. No puede enfrentarse a él.

—Si es tan poderoso, ¿por qué no acaba con ella? —pregunté yo.

—Primero, porque no habría cuento. Y segundo, porque Toximisa también es muy poderosa y la lucha terminaría con los dos. ¿Puedo seguir? ¿O tenéis alguna objeción más?

—No, no. Continúa —respondí a la vez que Esther y yo negábamos con la cabeza y poníamos cara de buenas.

—Benévolo ayuda a Tristófonos y lo convierte en pingüino durante los tres meses que pasan en las colonias. Cuando los pingüinos retoman su viaje a alta mar, Tristófonos deberá volver a la tierra con su forma de dios. Se pasa días de colonia en colonia buscando a Sarífone.

—Oye, no se vale —refunfuñó Esther—. En esta parte tienes que caminar como un pingüino.

—No, hija. Estoy acostado en la cama. No quiero levantarme.

—No, no, así no es —añadí yo para meter presión—. Tienes que levantarte y andar como un pingüino.

—¡¡Que camine, que camine!! —empezamos a corear.

—Ya os vale —protestaste mientras te levantabas.

—¡Bieen!

Aplaudimos y comenzaste a moverte, con los pies hacia afuera y los brazos pegados al cuerpo. Nos carcajeamos. Tenías que verte. Otro día te grabo.

—Entonces, oyó un graznido a lo lejos. «Jopetas, qué rico».

—¿Seguro que dijo eso? —pregunté, arrugando la frente.

—Sí. Seguro.

—Ay, papá. No mientas. Todos sabemos lo que dijo.

—Pues por eso no es necesario repetirlo. El caso es que le regala la piedra más grande y hermosa que ha encontrado y juntos construyen el nido donde incubarán el huevo del que saldrá

su hija, Esthérides.

A Esther se le dibujó una sonrisa y juntó sus manos en unos tímidos aplausos.

—¡Qué bien! —exclamó.

—Esthérides no deja de graznar nunca, ni cuando está nadando debajo del agua.

—¡Oye! —gruñó. Le diste un beso en la frente.

—Llegado el momento en que Tristófonos tiene que volver a tierra, se niega. No dejará nunca a Sarífone y a Esthérides.

—¿Y qué pasa con Toximisa? —preguntó Esther—. ¿No les lanza sus rayos fétidos?

—Eso —añadí yo—, buena pregunta. ¿Qué pasa con Toximisa?

—Mmm... no sé… igual hay que dejar el final como estaba.

—No, papá —suplicó, arrugando el entrecejo—, porfa.

—Veo una laguna argumental ahí… —me burlé, de nuevo.

—A ver… Lo que ocurrió es que los pingüinos, no sé si lo sabéis, tienen un olfato excelente. De hecho, pueden encontrar a sus parientes a distancia por el olor. Cada vez que Toximisa se aproxima a ellos, la detectan y huyen.

—¿Se pasan la vida huyendo? —protesté.

—Pues vaya gracia —añadió Esther.

—¿He acabado? Ese primer año huyen.

—¿Al año siguiente pueden incubar otro huevito? —preguntó Esther.

—No, no —me apresuré a decir yo, aterrada.

—Ja, ja, ja —te reíste—. Ya veremos, hija.

—¿Cómo que ya veremos? No, no, nada de más huevitos. —Tú y Esther os mirasteis, asintiendo—. Sigue con el cuento, anda.

—Pues bien. Sarífone presiente que Toximisa está aproximándose a la playa congelada en la que están con el grupo. Todos huyen despavoridos. Sarífone, no. «Vámonos», grita Tristófonos. «No. Estoy cansada de huir. Vete y llévate a Esthérides.» Tristófonos no sabe qué hacer, porque no quiere dejar sola a Sarífone, pero mira a la pequeña y entiende que no puede ponerla en peligro, así que huyen con el grupo. Toximisa desciende volando desde el cielo hasta verse frente a frente con Sarífone.

—Ay, papá, tengo miedo.

—Toximisa lanza algunos de sus rayos fétidos. Sarífone, con su poderoso olfato, logra saber dónde van a impactar y los esquiva. Toximisa se enfada. Grita llena de ira mientras aprieta sus manos, entre las cuales se va formando una gran bola de gases fétidos que termina con convertirse en una gigantesca esfera de fuego que podría destruir la Antártida entera.

—¡Papá! —protestó Esther tapándose la cara con la almohada.

—Sarífone sabe que no lo puede permitir. Cierra los ojos y solo puede imaginarse a Esthérides y Tristófonos en peligro por esa gran bola de fuego. Estira sus aletas hacia adelante y, entre ellas, el amor que siente por su familia va formando una gran bola rosácea con olor a arándanos.

—¿Va a poder con ella, papi?

—Toximisa lanza la pelota de fuego del tamaño de una montaña. Sarífone sigue con los ojos cerrados. Su bola de fragancia de arándanos no es más grande que una pelota, pero su olor lo inunda todo. La bola de fuego se aproxima. Sarífone, que ya siente el calor en sus mejillas, lanza su esfera repleta de amor. Las dos bolas impactan y parece que nada puede acabar con esa montaña de fuego.

—Ay, Tristán, me estoy poniendo tensa yo también —dije, nerviosa.

—«¡Sarífone!», oye que gritan. Abre los ojos y ve a lo lejos a Tristófonos. Detrás de él está Esthérides. «¡Ven, rápido!». Corre hacia ellos. Las bolas siguen girando una contra la otra; la esfera de fuego pasa del naranja al rojo intenso hasta que explota y se convierte en un gran rayo rosáceo del color de la bola de arándanos que atraviesa a Toximisa, quien cae al suelo, derrotada.

—¡¡Bien!! —gritó Esther al tiempo que aplaudía.

—Cuando Toximisa se pone en pie, su túnica gris se transforma en un largo vestido de seda rosa y, bajo el influjo de la bola de arándanos, se convierte en Cariñístodes. Es ella quien dibuja a los tres pingüinos y le pide a Estréllides que convierta esos trazos en una constelación para que el mundo recuerde que nada puede vencer al amor y para que todos sepan que los tres pingüinos se amarán para siempre.

—¡¡¡Ay, te quiero!!!

Me abracé a ti y te di un beso.

—¡¡Me gusta este final!! —exclamó Esther.

—Me alegro. Hay veces que la vida no nos da opción; no obstante, en ocasiones, podemos elegir el final de nuestra historia.

Me miraste, con dulzura. Te sonreí, emocionada.

—¿Y dos? —preguntó Esther.

—¿Dos? ¿Qué dos?

—Siempre hay un dos, papá —replicó mirándote con condescendencia, al tiempo que abría sus brazos con las palmas hacia arriba para indicar que era algo obvio.

—Pues… dos… —pensaste un instante—. Hay que saber qué versión se escucha, porque la historia puede ser diferente.

—¿Cómo que la versión? —preguntó Esther—. No te entiendo.

—He contado la historia tal como la viven Tristófonos y Sarífone.

—Y Esthérides.

—Sí, y Esthérides. Quizás Toximisa tenga otra visión de los hechos. Y puede que hasta el final sea distinto.

—Sigo sin entenderte. No importa, ¿nos lo cuentas otra vez, papá? Me ha gustado mucho.

—No, hija, es tarde. Vamos a dormir.

—Porfiii —rogó.

—Sí —añadí yo—. Ahora nos enamora la historia. Otra vez.

—La última, porfa —te pidió Esther con un puchero.

—Vaaaale. Pero luego a dormir.

Rodeaste a Esther con tu brazo y ella se acurrucó contra ti mientras comenzabas a narrar la historia de nuevo. Al poco, Esther se quedó dormida. Muy despacio y con mucho cuidado para no despertarla, lograste liberar tu brazo de debajo de su espalda.

—Ay, no, termina la historia, porfa —rogué, acercándome a ti. Entornaste los ojos.

—Os aprovecháis de mí. ¡Qué suerte tenéis de que sea un poco bobo!

—Y botarate, no te olvides.

Te abracé y te di beso suave en la mejilla. Te giraste hacia mí y clavaste tus ojos en los míos. ¡Qué vuelco al corazón me da cada vez que me miras!

—Y mequetrefe —susurraste, meloso.

Me besaste en los labios.

—Y pazguato.

Te devolví el beso.

—Y un poco borde —añadiste.

—Solo un poco, dice.

—Sarífone cierra los ojos —continuaste la historia por donde la habías dejado— y solo puede imaginarse a Esthérides y Tristófonos en peligro por la gran bola de fuego de Toximisa.

Emocionada, sabiendo que otro final era posible, me dejé llevar hasta dormirme acurrucada sobre tu pecho, mi lugar favorito.

EL FINAL DE TRISTÁN

LO QUE NUNCA QUISE ESCRIBIR

¡¡Cómo voy a decir que eres mi novia si eres mi mundo!!

Después de la paella con tu familia, pasamos una tarde agradable. Cuando se fueron todos, cerramos la puerta y, aún en el pasillo, comenzaste a provocarme.

—Así que haces el arroz mejor que yo —me dijiste con voz sensual.

—Bueno, creo que no hay dudas.

—Ah, ¿no?

Me comenzaste a besar mientras pasabas tus brazos alrededor de mi cuello.

—Bueno, ya no estoy tan convencido.

Me mordisqueaste la oreja mientras suspirabas en mi oído.

—¿Estás seguro de que no quieres que me ponga tan contenta por cocinar mejor que tú que me apetezca… no sé, otras cosas?

—Estoy pensando… Quizás no tenga ni idea de cómo se hace el arroz.

Me acariciaste por dentro de la camiseta mientras me empujabas hacia la habitación.

—¡Qué ganas te tengo, Tristán! —me susurraste.

—Sí, sí, está claro que tu arroz está mucho más rico. Sin duda.

Cuando llegamos a la habitación, te aparté un poco.

—Espera un segundo. Quiero decirte algo.

—¿Qué pasa? Me estás asustando —respondiste.

—Ya te aviso. Es algo especial y romántico, así que intenta no arruinarlo con tu sentido del humor.

—No puedo prometer nada… —dijiste entornando los ojos.

—¿Aún no he empezado y ya estás?

—Vale, vale. ¡¡Romanticismo al poder!! —exclamaste alzando el brazo con el puño cerrado.

—Eres una mujer espectacular. En todo. Cada vez que te observo, me asombro de que exista alguien como tú. Y que, además, quieras compartir la vida conmigo, es algo que me alucina. Por eso… Sara Escudero, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Ostras! ¡Esto sí que no lo veía venir! El Tristán que yo conocía de joven, aquel que luchaba contra las convenciones sociales, diría que eso es solo un papel que no es necesario para declarar que nos queremos.

—Ya, pero es que las cosas cambian…

—Ay, ay. Aquí vienen los dos motivos… —bromeaste.

—Por supuesto. El primero es obvio. Quiero casarme contigo porque te amo, porque siempre te amaré, porque solo puedo imaginarte a ti como compañera de viaje.

—Muy bonito —me diste un besito en la mejilla—, pero eso ya lo sabíamos y lo haremos haya un papel de casados o no. Ya puede ser bueno el segundo motivo.

—El segundo es que cuando hablo de ti, o cuando pienso en ti incluso, referirme a ti como mi pareja, o mi novia, ¡¡se me queda tan pequeño!! ¡¡Cómo voy a decir que eres mi novia si eres mi mundo!! Creo que, a día de hoy, eso de «mi mundo» no se puede registrar en el juzgado, así que quiero que, al menos, al pensar en ti se me venga a la cabeza la palabra ESPOSA, así, en

mayúsculas, con letras de neón.

—Ay, Tristán Palacios, sí, quiero ser tu mundo, y sí, quiero que tú seas el mío.

Me rodeaste con los brazos y me besaste.

—Ahora, quítate la ropa, que quiero hacerle el amor a mi futuro esposo.

No habíamos hecho el amor desde que habíamos comenzado con el tratamiento. Ese día, después de pedirte matrimonio, creías tener las fuerzas suficientes. Nos desnudamos y nos metimos en la cama, aunque noté que te habías arrepentido en cuanto nos acostamos.

—Lo siento —te disculpaste, avergonzada—. Ahora no…

—No tienes que justificarte.

—Pero te deseo, eso tenlo claro.

—Lo sé.

—Y cuando tenga fuerzas…

—Sí, preferiría haberte leído *El Quijote*.

Te di un beso, y respondiste besándome y jugando con tu lengua dentro de mi boca. Me miraste con deseo, esa mirada que me ponía el vello de punta. Y tus labios. Cómo me besaban. El deseo parecía haberte dado fuerzas de nuevo, pero, casi inmediatamente, te incorporaste entre arcadas y corriste hacia el baño.

En aquellas semanas sin tratamiento parecía que podrías volver a una vida más o menos normal, pero, aquel mismo domingo, solo tres días después de retomar la quimio, todo volvió al punto de partida.

Volvías a estar postrada en la cama. Te oía llorar y se me partía el alma. Había sido muy egoísta. Había tenido la esperanza de que hubieras tocado fondo y tu cuerpo no tuviera otra opción que ir hacia delante. Me equivoqué. El fondo se hacía más profundo cada día. Tú ya habías asumido tu destino; solo luchabas porque yo te lo había pedido.

—Sara —te dije uno de esos días mientras te limpiaba las lágrimas—, quiero que suspendas el tratamiento.

Pensaba que tu respuesta sería que lo intentarías una última vez y que esperaríamos unas semanas a ver cómo reaccionaba tu cuerpo. Me agarraste con fuerza la mano que tenía en tu mejilla y me diste un beso en ella.

—Gracias —fue lo único que susurraste entre lágrimas.

No tenías fuerza para más. Si me quedaba alguna duda, se me disipó con ese hilillo de voz agradeciendo que no te pidiera luchar por más tiempo. Te apoyaste en mi pecho y estuvimos en silencio unos minutos.

—Espero que tengamos tiempo para un último fin de semana en Peñíscola —fue lo único que añadiste.

******

Al suspender el tratamiento, lo inevitable era cuestión de un mes, nos dijeron. Dos, como mucho. Así que, a las tres semanas, en cuanto te sentiste con un mínimo de fuerzas, decidimos no perder el tiempo y emprendimos viaje hacia Peñíscola. Nuestro último fin de semana juntos.

En cuanto subimos al coche, buscaste una canción en *Spotify* y sincronizaste tu móvil al reproductor. Tras unos silbidos y una guitarra que le daban a la canción un toque *hippie* que rememoraba la música *folk* estadounidense, sonaba la voz de una chica. En la siguiente estrofa

cantaba un chico, y se iban intercalando.

—Me encanta esta canción —dijiste, moviendo la cabeza al ritmo de la música—. Siempre que la escucho, nos imagino a nosotros cantándola.

—No la conozco.

—¿No la recuerdas? Fue la que bailamos… bueno, con la que hicimos el tonto en el pub nuestra primera noche juntos, después de tu nefasta confesión de amor.

—¡Es verdad! No la había oído más desde entonces.

—Escucha. —Subiste el volumen—. La chica le dice al chico todo lo que le gusta en el mundo, pero que nada es comparable a lo que siente por él. El chico responde. Y ahora entran los dos a coro.

Oh, home, let me come home
Home is wherever I'm with you
Oh, hogar, déjame volver a mi hogar
Mi hogar es donde quiera que esté contigo

—Quiero que este fin de semana sea como esta canción —dijiste—: bonita y alegre. Ya hemos sufrido bastante.

—Está bien. Lo intentaré, aunque no será fácil.

—Eso sí, antes quiero que me prometas algo.

—¿En serio? ¿Otra promesa?

—Ésta seguro que la cumples. —Te giraste hacia mí—. Prométeme que terminarás mi historia. —Te miré, extrañado—. Yo no tendré tiempo. Escribe tú mis últimos capítulos.

—Sara, no me pidas eso. No sé si seré capaz.

—No, no quiero que escribas la realidad de lo que suceda de aquí hasta el final. Al contrario. Quiero que escribas el final que deberíamos haber vivido. Quiero un final bonito, hermoso. Como esta canción. Un final en el que nos casemos, y vivamos juntos y felices.

—En una casita en las afueras de Peñíscola —continué yo.

—Un final en el que podamos disfrutar y tener tiempo hasta para aburrirnos. Y en el que tengamos una niña —propusiste—; sé que siempre has preferido niña.

—Esther.

—¿Qué?

—Esther —respondí, agarrándote la mano—. Desde el día en que comentaste que querías tener una hija, decidí que teníamos que llamarla Esther. Por eso prefería que fuera una niña.

—No aprendo —dijiste mientras sonreías y una lágrima de emoción descendía por tu mejilla—. Cuando pienso que ya no me puedes sorprender, ¡zas!, a llorar otra vez. ¿Lo vas a hacer? —preguntaste, cabizbaja—. ¿Escribirás el final de mi historia?

—Te prometo que escribiré tus últimos capítulos; unos capítulos felices y hermosos.

*****

—Me toca conducir a mí —dijiste al poco.

—¿Estás segura?

—Sí, tengo que aprovechar las últimas veces de todo.

A las dos horas de trayecto, tomaste una carretera comarcal y te detuviste en una colina donde no había más que prados resecos tras los meses de verano.

—Creí que íbamos a parar a comer —te dije.

—Claro.

Te acercaste a mí y me diste un beso. Después, abriste el maletero. Quedé asombrado de todo lo que había allí

—A ver si piensas que solo existe tu mochila mágica.

—¿En serio? ¿Una cesta de mimbre como las de picnic del oso yogui?

—Ya ves. Una, que está preparada. Tú, lleva la bolsa con el pan.

Llegamos a una explanada y sacaste un mantel blanco.

—Flipas, ¿verdad? Esta vez te voy a sorprender yo.

Me agarraste por la camiseta y me acercaste a ti para darme un beso. Sonreías, pletórica. Te miraba y no me creía que toda esa energía que desprendías tuviera fecha de caducidad, que esa alegría se estuviera desvaneciendo a cada segundo, que esa sonrisa se fuera a apagar en pocos días.

—Ya puedes cerrar la boca —bromeaste.

—No, no puedo.

—Extiende —dijiste mientras sacudías el mantel por dos esquinas.

—¿Qué más tienes? —pregunté, asomándome a la cesta.

—Chts, no se mira.

Sacaste una botella de vino y, con un abridor que también guardabas en la cesta, la descorchaste.

—¿Vamos a beberlo a morro?

—¿Un *Cune imperial* del 2014? No, estás muy confundido. Tú, al final, nunca llevaste las copas de balón, así que he tenido que traerlas yo.

Sacaste dos copas grandes de la cesta y me serviste para brindar.

—Por nosotros —dije.

—Y por este fin de semana.

—Um, qué rico —comenté después de probarlo—. Perdón, perdón, creo que no me he expresado correctamente. ¡Joder, pero qué coño es esta mierda tan jodidamente buena!

—Ja, ja, ja. Creo que te ha faltado un «hostia» por algún lado, pero lo doy por válido.

Nos sentamos sobre el mantel y comenzaste a sacar comida.

—Vete colocando: hummus de aguacate y unos picos para dipear, coca de trampó (sin manteca de cerdo, claro), focaccia con tomates cherry y romero… ¿Así está bien?

—Vaya si está bien. Esto es un festín.

—Pues mira, aquí tienes una tabla de quesos veganos: hierbas provenzales —ibas nombrando a la vez que los iba sacando de la cesta—, queso de anacardos, de pimentón dulce ahumado con nueces y pimienta rosa.

—¿Te puedo hacer el amor ya? —pregunté—. ¿O esperamos a después de comer?

—Bueno, ahora encima de todo esto va a ser un poco incómodo.

—Se puede apartar —dije moviendo el mantel con cuidado—. ¿Ves que fácil?

Fue hasta ti gateando y te besé. Tú te levantaste y escapaste.

—Atrápame si puedes. Siempre quise hacer como en las pelis: escapar entre la hierba hasta que me atrapes.

Corrí detrás de ti, aunque al momento me paré y me llevé la mano al pecho. Te detuviste, alarmada, y viniste hacia mí. Cuando estabas lo suficientemente cerca, te agarré por la cintura y te tiré al suelo.

—Idiota, me habías preocupado.

—¿Sí? —pregunté mientras te besaba—. Sabes que soy un poco bobo.

—Y botarate, no te olvides.

—Y un poco borde —añadí yo mientras te quitaba el pantalón.

—Un poco, dice —suspiraste, mientras comenzamos a hacer el amor.

*****

—¡Qué bueno está este queso! ¿Cómo has podido encargarte de todo esto?

—Sigo teniendo mis trucos.

—¡Me encanta! Menudo picnic.

—Y a mí me encanta haber hecho el amor contigo aquí —te acercaste a mí, melosa, y te echaste sobre mis piernas—. Es la primera vez que hago el amor en medio de una pradera. Espero que no sea un fin de semana solo de últimas veces, sino también de hacer cosas por primera vez. Y por cierto, ¿sabes algo que nunca he hecho? —te pusiste en pie y tiraste de mí para que me levantara—. Nunca he aprendido a bailar. Enséñame algunos pasos.

—¿En serio?

—No seas perezoso.

—No es pereza, es salvaguardar mi integridad. Ya me pisas cuando haces el tonto, no quiero imaginar bailando.

—Ya verás como lo hago genial. —Me carcajeé—. Un poco de confianza, ¿no?

Me acerqué al coche y busqué «Héctor Acosta, bachata» y, cuando comenzó a sonar la primera canción, me puse frente a ti y entrelacé mis manos con las tuyas.

—Mira, es fácil, vamos a seguir este ritmo: un, dos, tres, cua. Avanzamos un pasito con cada uno y con el «cua» damos con el talón y comenzamos la cuenta yendo hacia atrás.

Aunque estabas agarrotada, conseguimos hacer un par de idas y vueltas.

—Mira, ahora lo mismo, pero en vez de ir hacia adelante y hacia atrás vamos de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

Lograste llevar el ritmo dos o tres veces también de lado, así que empezamos a combinar las direcciones. Comenzamos hacia delante, fuimos hacia la derecha, después atrás y después a la izquierda para terminar en el lugar de inicio y empezar de nuevo.

—¡Estoy bailando! No me lo creo. ¡Y sin caerme! ¡¡Estoy bailando!!

—Vale, si quieres también puedes probar a mover un poco la cadera y no parecer un bloque de hormigón.

—Ya pides demasiado.

—Ahora aprovechamos una cuenta para dar una vuelta.

Te levanté los brazos y los crucé intentando que giraras, pero no te moviste.

—¡Ahora para dónde!

Tu brazo derecho chocó con el izquierdo y ambos se enredaron con los míos. Estabas tiesa como si fueras mármol. Me reí y tú te reíste también, echándote a mis brazos. Nos miramos unos segundos entre carcajadas.

—No quiero que esto se acabe nunca, Tristán.

Se me heló la sangre. Mientras nos divertíamos no era consciente de que aquel iba a ser nuestro último fin de semana juntos. Continuamos bailando, abrazados, con tu cabeza apoyada en mi hombro. Sonaba bachata, pero nosotros nos movíamos con suavidad, como si estuviéramos

bailando una canción lenta, balanceándonos de un lado a otro tratando de encontrar consuelo en nuestro abrazo.

—Tristán, quiero que escribas mis últimos capítulos, pero como si lo escribiera yo —me susurraste—. Me conoces tan bien que sabes lo que contaría y cómo lo escribiría.

—Lo intentaré.

—Eso sí… no es por criticar —cambiaste a un tono juguetón—, pero ten en cuenta que existen más verbos para los diálogos que el «decir» —DIJISTE, con ese sentido del humor tan tuyo.

—Soy de la vieja escuela —repliqué—. Creo que más allá de un «dijo», «preguntó» y «respondió» es distraer al lector.

—Lo que no vas a hacer es rellenarlo todo de «dijos». Si quieres no distraer a lector, lo que tienes que hacer es ir variándolo, porque yo no vería texto, solo vería «dijo», «dije», «dijeron».

—A mí lo que me saca de la historia es leer un «intervino», «inquirió», «cuestionó» … Me hace ser consciente de que hay alguien escribiendo, porque nadie por la calle cuenta una historia con un «inquirió Pedro».

—¿Y tus «no obstante»? Vale, tú sí los utilizas…

—Está bien, nada de «dijos». Utilizaré de «inquirió» para arriba —te reíste y apoyaste la cabeza en mi hombro de nuevo, mientras nos abrazábamos y bailábamos.

—Ahora en serio, quiero que imagines que te hablo, que te estoy contando yo el final. Quiero que tengas tu refugio en mi historia; que, cada vez que no le encuentres sentido a la vida, vayas a leer ese final, porque es lo que en realidad vivimos en nuestros corazones. Nuestro amor solo se entiende así, en la eternidad, aunque ahora se vaya a terminar. Quiero ser tu último refugio, por tantas veces que tú has sido el mío.

—¿Y puedes ser mi refugio ahora también? —pregunté empapado en lágrimas. Me abrazaste y escondí mi cabeza en tu pecho mientras lloraba.

*****

Llegamos a Peñíscola a media tarde. Dimos un paseo junto a la playa mientras ya se ocultaba el sol por el horizonte. Estábamos en otoño y se notaba que los días eran más cortos.

—¡Mira! —exclamaste, señalando hacia el mar—. Otra cosa que me apetece hacer por primera vez.

—¿Montar en moto acuática? Te puedo enseñar.

—¿En serio?

—Sí, aprendí en Cancún. Hoy habrán cerrado ya, pero mañana, si quieres, alquilamos una.

—¡¡Ay, qué bien!! —celebraste, aplaudiendo.

—¿Te apetece que vayamos hasta el *Green Day* a ver cómo está?

Aceptaste y nos acercamos hasta allí. El local se mantenía prácticamente igual. Me alegró ver a Yolanda, la encargada, tras la barra, quien salió nada más verme para darme un abrazo.

—¡Tristán! Me alegro de verte. Y de verte tan bien —añadió, sonriéndote—. ¿Qué os trae por aquí?

—Quería encargar algo de comida para llevar. Una tortilla y dos sándwiches de calabacín.

—Se han ido muchos empleados desde que te fuiste y han cambiado la carta. No todo el mundo trata a la gente como tú. Va de borde —te susurró—, pero se le toma mucho cariño.

—¡Qué me vas a contar! —respondiste, sonriendo.

—Vaya —me lamenté—. Me has chafado la idea. Quería pedir algo para llevar y cenar en la playa.

—Aún no hay nadie en cocina. ¿Por qué no pasáis y lo preparáis vosotros?

—¡Vamos! —dije, agarrándote por el brazo y tirando de ti.

—Yo pelo patatas —respondiste—. No esperes otra cosa de mí, ya lo sabes.

Abrí las cámaras hasta dar con un balde.

—Has tenido suerte, ya están peladas.

—Ahora no tendré nada que hacer. Bueno, puedo echarlas a la freidora.

—No, no. Nada de freidora. Échalas en una sartén con un poquito de ajo. Prepara otra sartén y vete troceando cebolla.

Mientras la partías, yo preparé la mantequilla de aguacate, mezclé el agua con la harina de garbanzo para el *no–huevo* y puse a calentar aceite en una sartén con un par de ajos.

—¿Qué? —pregunté al notar que me mirabas.

—Nada.

—¿Por qué me miras así?

—¡Te como!

Te acercaste a mí, me agarraste la cara y me diste un beso muy sonoro.

—Me estás dando miedo. No empieces guerra de comida, ¿eh?

—Ja, ja, ja. No era eso. No sé si te lo he dicho alguna vez, pero ¡para algunas cosas eres más tonto!

—Algo me han comentado.

—Te adoro tanto que verte tan feliz como te veo aquí me llena el alma.

No quería emocionarme. Nada de cosas tristes ese fin de semana, así que aparté la vista y te mostré el bol con las patatas y la cebolla ya pochadas.

—¿Te vas a atrever a prepararla?

—No cambies de tema. Este es tu sitio, entre fogones.

—No cambies tú el tema —continué tras acercarme y darte un beso—, ¿te atreves o no?

—¡Quién dijo miedo! —exclamaste.

—Yo, yo digo miedo —respondí.

Basculaste las patatas y la cebolla del bol a la sartén y me miraste con una mueca de suficiencia.

—No cantes victoria. Ahora viene lo complicado. Dale la vuelta.

—Echo un poco de aceite en un plato…

—¿Aún lo recuerdas?

—¿Cómo iba a olvidarlo? —respondiste, acercándote a darme un beso.

—¡La tortilla! —interrumpí—. A ver si se quema.

—Vaaale —contestaste, encogiéndote de hombros—. Concentración… Mira si estoy segura de mí misma que ni me coloco sobre la encimera.

Me llevé la mano a la cara para no verlo. Le diste la vuelta y cayó casi todo fuera del plato, una parte sobre los fogones y otra al suelo. Me entró la risa y no podía parar. Tuve que agacharme y apretarme el estómago, porque me dolía de tanto reírme.

—Oye, no te rías y ayúdame.

Intentabas recoger un poco de la pasta de tortilla que había caído en la cocina, pero estaba pegajoso y ponías cara de asco cada vez que lo tocabas. Yo seguía agachado, muerto de la risa.

—Gracias por tu ayuda —reprochaste con sarcasmo.

—Déjalo, eso ya no tiene arreglo. Tendremos que conformarnos con los sándwiches.

Aparté la sartén y te agarré hacia mí rodeándote con mis brazos.

—Además —añadí mientras te besaba—, de lo que tengo hambre es de ti.

—¡Me encanta cuando te pones tan ñoño!

Al salir, Yolanda vino hacia nosotros y me dio un abrazo enorme.

—Me encanta verte tan feliz —me dijo—. Y me encanta que lo hagas tan feliz —se dirigió a ti—. No sabía que podía reírse; ni que podía ser hasta gracioso. Si montáis un restaurante, a ver si me lleváis con vosotros.

—No lo dudes —le respondiste, con una sonrisa.

*****

Se hizo de noche. Nos descalzamos y entramos en la playa hasta llegar casi a la orilla del mar. Te echaste y yo me tumbé de lado para apoyar la cabeza en tu barriga. Apenas había nubes; la luna estaba casi llena y su luz blanca se reflejaba en la arena. Sacamos los sándwiches y dos cervezas, con las que brindamos.

—¡Qué recuerdos! —rememoraste—. En aquellos primeros días en el parque *San Javier* me moría de vergüenza con solo mirarte.

—¿En serio?

—Mmmm… ¡Joder! No recordaba lo bueno que estaba este sándwich. ¿El qué? Ah, sí, lo del amor y eso.

—Estaba tan a gusto contigo que no quería irme nunca a casa —continué yo—. Cuando no estábamos juntos, no dejaba de pensar en ti.

Te acercaste a mí y me diste un beso.

—Por cierto… —cambiaste a tu tono pícaro previo a hacer alguna travesura.

—¡Qué miedo!

—¿Sabes otra cosa que no he hecho nunca? Jamás he hecho el amor en el mar.

—Ni lo sueñes. Aún hay gente paseando.

—Vale.

Te levantaste, me diste un beso y te despojaste del pañuelo de la cabeza. El mar ya mojaba tus pies. Te quitaste el pantalón y me lo lanzaste. Después, la blusa. Fuiste adentrándote en el mar y, cuando el agua te estaba llegando por la cintura, me lanzaste el tanga.

—Espera —dije mientras recogía todo. Extendí mi camiseta y amontoné el resto, doblado, encima de ella, para que nada más se llenara de arena—. Estás loca. —Me desabroché los pantalones—. Muy loca.

Entré en el agua, mientras tú te zambulliste alejándote más de la orilla.

—¡Está fría! —protesté. Te acercaste a mí y me salpicaste—. No, no. ¡Que me voy, eh!

—Perdone, señor, ¿le he molestado? —te burlaste—. Luego le acompaño a disfrutar de su partida de petanca.

Corrí hacia ti y te hundí la cabeza en el agua. Saltaste sobre mí, rodeándome con tus piernas mientras te besaba.

—Loquísima.

—Sí. Me vuelves loca, Tristán.

Estabas guapísima desnuda, en el agua, con la luna emitiendo reflejos sobre tu cuerpo mojado.

—Vale, muy romántico todo —dije cuando salimos del agua—. ¿Y ahora? No podemos vestirnos. No tenemos con qué secarnos…

—Ya. Esta parte no aparece en las películas. Pues nada, nos sentaremos hasta que sequemos lo suficiente para poder vestirnos.

Estuvimos un buen rato allí, frente al mar, bajo la luna y las estrellas, sentados en ropa interior.

—Lo más probable es que sea la última vez que me bañe en el mar —dijiste, apoyando tu cabeza en mi hombro.

—Habíamos quedado en que, este fin de semana, nada triste.

—Ya. Lo siento. Aunque me voy feliz, Tristán. Si no nos hubiéramos reencontrado, tendría un vacío en el pecho constantemente, aunque hubiera vivido mil años. ¿Preferiría que esto no se termine tan pronto? Por supuesto. Sin embargo, hemos vivido un montón de cosas juntos y, con ellas, hemos recuperado las que habíamos compartido, incluso las que vivimos cuando se suponía que no éramos pareja.

—Pero no es justo.

—La justicia no tiene nada que ver en estos casos.

—Oye, no me robes la frase —protesté entre lágrimas.

—Hace tiempo que tengo asumido que el camino ha llegado a su fin; me tomo estos últimos días contigo como un regalo de despedida.

—Ya, vale, pero vamos a vestirnos —me levanté, intentando reponerme—. No quiero que esos últimos días los pasemos en la cama… —Me miraste con picardía—; al menos, no con gripe.

Fuimos al hotel. No me dejaste encender la lámpara, así que intuía tu cuerpo únicamente por la luz de la luna que entraba por el balcón que daba al mar. Me besaste mientras te desnudabas. Me echaste en la cama y me quitaste la ropa. Los dos sabíamos que era la última vez que íbamos a hacer el amor.

Te echaste encima de mí. Nuestras bocas se besaban descontroladas, porque se estaban despidiendo. Mis manos recorrían todo tu cuerpo mientras te movías encima de mí; querían memorizar cada centímetro de tu piel. Cerré los ojos para atrapar la sensación de aquel momento y no olvidarla nunca.

—Te deseo, Tristán —susurraste.

Tus manos acariciaban mi torso, con delicadeza, con dulzura, como quien saca del cajón su juguete favorito de la infancia. Me mirabas con deseo, sin dejar de moverte, a la vez que te mordías el labio. No quería que aquello terminara nunca.

Entrelazamos nuestras manos, dedo a dedo. Te movías cada vez más rápido y apretamos las manos para sentirnos con cada parte de nuestro cuerpo. Veía cómo te retorcías bajo la tenue y azulada luz de la noche. Quería disfrutar del roce de tu cuerpo y sentirte para siempre. Por última vez.

*****

A la mañana siguiente nos levantamos. Queríamos dar un paseo por la playa, subir a la fortaleza, hacernos fotos junto a las letras de PEÑÍSCOLA, pero, a los diez minutos de salir del hotel, te apoyaste en una pared.

—¿Podemos volver? Estoy cansada.

—¿Quieres que pregunte por los horarios de las motos acuáticas y volvemos después?

—No, me refiero a regresar a casa. Lo siento, pero no tengo fuerza.

Durante el camino de vuelta, contemplabas el paisaje con la mirada perdida. Reconocí esos ojos marchitos. Sonó la canción de nuevo. Ya no era alegre. No había motivo para estar feliz.

Oh, home, let me come home
Home is wherever I'm with you
Oh, hogar, déjame volver a mi hogar
Mi hogar es donde quiera que esté contigo

El sol se filtraba a través de la ventanilla, acariciando tu rostro, resaltando cada surco de tu piel, blanca por los meses en casa. Las ojeras envolvían esos ojos cansados que miraban las montañas con el ansia con que se mira algo por primera vez, pero con la desesperanza de saber que será la última. Bajaste el volumen del reproductor, pero lo dejaste sonar. El suave murmullo del motor se mezclaba con la música, construyendo una banda sonora llena de ternura y nostalgia.

Sentía la necesidad de detener el tiempo, de quedarnos suspendidos en ese momento, aunque sabía que querías descansar y abandonar ese sufrimiento que te atenazaba. El final del viaje se acercaba, un viaje desgarrador que, sin embargo, no quería que terminara nunca.

FIN

—No es de noche, así que no veremos las estrellas, pero quiero visitar el Serbal —dijiste cuando nos acercábamos a casa. Asentí mientras intentaba limpiarme las lágrimas, y te acaricié la mano.

Nos sentamos junto al serbal en silencio durante más de una hora. Ya no era un fin de semana divertido ni alegre. El sol comenzó a ocultarse entre las nubes hasta que quedó escondido tras las montañas. Aún no se veían las estrellas porque no era de noche, pero tampoco había sol que nos alumbrara.

—Quiero que traigáis aquí mis cenizas —dijiste, rompiendo el silencio y quebrándome el alma—. Quizás así pueda convertirme en la constelación y puedas contemplarme allí arriba.

—Hablaré a las estrellas cada vez que quiera contarte algo.

—Para ser un fin de semana feliz, ¡vaya cómo estamos llorando! —intentaste bromear, con lágrimas en los ojos.

—Oye, no pienses que se me ha olvidado —te dije mientras intentaba encontrar ánimo para dibujar una sonrisa—. Aún me debes una boda.

—¿En serio? Tú lo que quieres es convertirte en un viudo interesante. —Torcí la boca en una mueca de reproche y te miré de reojo—. Vale, vale, mi sentido del humor, ya sabes.

—Podemos avisar a Melania.

—¿A Melania?

—En Cancún se sacó la licencia para oficiar bodas. Dijo que siempre llegaban al bar parejas que querían casarse, tipo Las Vegas. Y, de hecho, alguna tiene oficiado.

—¿Y eso aquí tiene validez?

—¿Acaso importa?

—Ay, sí, ¡¡me encanta!! ¡¡Melania oficiando nuestra boda!! No le vendrá mal para el embarazo, ¿no?

—¿Embarazo?

—Ah, que no te había dicho nada, es verdad.

—Genial. Mi mejor amiga y mi futura esposa confabulando contra mí.

—Que no, lo que pasa es que ella quería darte la sorpresa y pedirte que fueras el padrino.

—Ya, ya, disculpas. Bueno, la aviso y organizamos algo rápido para el sábado. Podemos pedirles a Azu y Marcos que nos presten el jardín de su casa.

—Avísalos para mañana.

Entendí el porqué de la urgencia. Melania y Rodri habían regresado a España en cuanto les conté que querías suspender el tratamiento, así que los avisé. Después, hablé con Azu y Marcos. Llamaron a sus trabajos para pedir libre ese lunes y acordaron encargarse de las flores y la decoración de su jardín. Fran y Ángela no habían vuelto a Berlín desde que habías decidido abandonar el tratamiento, así que, junto a tu padre, vendrían también. Pensé mucho sobre si debía avisar a mi tía. Era la única familia que me quedaba, por lo que, finalmente, la llamé.

—Ay, hijo, si no fuera tan precipitado… pero mañana…

—Ya. Lo entiendo —respondí, sin ninguna gana de continuar aquella conversación.

En cuanto despertaste, te costó un esfuerzo enorme llegar al baño. Comprendí que lo poco que nos había dado tiempo a organizar no iba a servir de nada.

—Lo siento —dijiste con pena—, habrá que olvidarse de la boda.

—No, no vamos a cancelarla.

—No me puedo levantar, Tristán.

—Es lo mismo, Sara. Yo lo que quiero es casarme contigo. —Te apreté la mano—. Si fuera al borde de un acantilado con tu vestido blanco al viento sería genial, pero si es con pijama y en la cama va a ser igual de bonito para mí. Eres mi familia y eres mi hogar. Y casarnos es una manera de ponerle nombre a todo eso.

—¿Ves? —dijiste emocionada—. Otra vez que me confío y, zas, a llorar de nuevo.

Avisé a todos y, poco a poco, fueron apareciendo en casa. Los últimos en llegar fueron Azu y Marcos.

—¡Traéis las flores! —les agradecí.

—Sí, por eso hemos llegado un poco tarde —contestó Marcos mirando el reloj.

Coloqué unos cojines en el cabecero de la cama para que pudieras incorporarte un poco y me senté en el sillón junto a ti, agarrados de la mano. A los pies de la cama se situó Melania y, sentados en las sillas que había llevado de la mesa de la cocina, se sentaron los demás. Azu y Marcos fueron decorando la habitación con las flores.

Estaba nervioso e ilusionado, como si fuera la primera vez que mis ojos se hubieran cruzado con los tuyos. «Esta va a ser mi esposa», pensé, repleto de admiración. Al cruzar la mirada contigo me sentí tan pleno que sonreí y tus ojos brillaron de ilusión.

—Desde que os vi juntos por primera vez —comenzó a oficiar Melania, a la que se le notaba mucho el embarazo— supe que erais el uno para el otro. La mayoría de nosotros tenemos que luchar cada día por construir una relación, por afianzar nuestros lazos, por encajar nuestras prioridades. Estos cabrones, no —sonreímos—. No tienen que hacer el más mínimo esfuerzo por llevarse bien, por entenderse, por quererse. —Hizo una pausa, intentando no emocionarse—. Bueno, y en el sexo, no quiero imaginar el rollo que tendrán en la cama.

Todo el mundo se carcajeó. Bueno, a tu padre preferí no mirarlo.

—Hacéis que lo vuestro sea tan fácil y fluya con tanta naturalidad que parece que enfadasteis al destino. Ha hecho todo lo posible por separaros —se le hizo un nudo en la garganta—, pero habéis conseguido burlaros de él y estar juntos. Y eso —respiró profundamente y se limpió los ojos— hace que lo vuestro sea eterno. ¡¡Os amo!! ¡¡Os necesito en mi vida!!

Le tiraste un beso. Melania hizo una pausa intentando enjugar las lágrimas, y se llevó la mano a la barriga. Rodri le acercó un vaso de agua al instante. Tomó un trago y continuó. Todos nos miraban, emocionados, con lágrimas en los ojos.

—Pero esto hoy no va de lo que os amo; no va de mí ni de que Rodri aún no me haya pedido matrimonio. —Rodri abrió los ojos, sorprendido, ante las risas de los demás—. Esto va de estas dos personas maravillosas que estarán unidas para siempre, por mucho que el destino se empeñe en otra cosa. Tristán —dijo, con solemnidad—, ¿quieres ser el mundo de Sara?

—Sí, quiero.

—¿Y quieres que Sara sea tu mundo?

—Más que nada —respondí.

—Limítate a un «sí, quiero», por favor.

—Sí, quiero.

—Y tú, Sara…

—¡¡Sí, quiero!! —respondiste gritando, ilusionada, acercándote a mí.

—Eh, no seas impaciente —te riñó.

—Perdón, perdón —te disculpaste.

—Tú, Sara, ¿quieres ser el mundo de Tristán?

—Sí, quiero —respondí.

—¿Y quieres que Tristán sea tu mundo?

—Sí, sí, ¡¡¡y mil veces sí!!! —dijiste, echándote sobre mí para besarme.

—Eh, eh, un momento. Por el poder que se me ha otorgado, Tristán, yo te declaro «el mundo» de Sara. Sara, te declaro «el mundo» de Tristán. Hala, ¡¡a morrearse!!

*****

—Llévame al hospital —me pediste, con tranquilidad, pocas horas después de la boda.

Tu serenidad me ayudaba a sobrellevar el momento. Parecía que habías resistido hasta pasar ese último fin de semana juntos. Después, como te había pedido que nos casáramos, aguantaste hasta después de la boda.

En el hospital, te despediste de los amigos y, a continuación, de tu padre y Fran, quienes fueron los últimos en abandonar la habitación, hasta que, finalmente, nos dejaron a solas.

—Agárrame la mano. No me sueltes —dijiste mientras te acurrucabas en mi pecho—. Solo quiero quedarme aquí, como Sarífone, hasta que me duerma. Lo que no me habías dicho era lo plena que se sentía esa pingüina por haber vivido su amor junto a Tristófonos.

—No podía saberlo.

—Pues ya lo sabes. Pero, ya que vas a escribir mi final, busca la manera de cambiarles el final a ellos también. Déjalos vivir su amor. En la vida real no podemos cambiar nuestro destino, así que aprovechemos que esa historia la escribes tú, y sí puedes decidir cómo quieres que termine.

—Sara —quise despedirme. Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante.

—No hace falta decir nada más, Tristán. Ya nos lo hemos dicho todo.

—Sara —volví a intentarlo, pero no salían las palabras—. Voy a ser feliz; todo lo feliz que pueda ser sin tenerte a mi lado. Voy a intentarlo. Por ti. Sé que la única preocupación que te impide irte tranquila es saber que me dejas aquí; te inquieta saber cómo sobrellevaré tu ausencia.

Me abrazaste y no pude contener el chorro de lágrimas. No pude hablar durante minutos.

—Te prometo que lo intentaré con toda el alma —añadí, cuando recobré la voz—. Eso sí, tienes que prometerme tú algo.

—Lo que quieras.

Te incorporaste y me miraste a los ojos. Tu ternura y tu serenidad me infundieron fuerzas para continuar.

—Espérame.

Arrugaste las cejas, sin entender del todo. Las lágrimas regresaron a mis ojos.

—Espérame, Sara. No sé lo que habrá al otro lado, pero, haya lo que haya, espera por mí, tiéndeme la mano en cuanto llegue. Soñaré con ese momento desde hoy.

Te abalanzaste sobre mí y me abrazaste con fuerza.

—Te esperaré. Si hay cielo e infierno, donde me corresponda. Si hay reencarnación, te buscaré en cuanto nazca otra vez, aunque me toque ser cucaracha —bromeaste—. Y si solo somos cuerpo, si lo único que queda de nosotros es el polvo, te esperaré revoloteando en el Serbal hasta que tus cenizas y las mías se entremezclen y caigan, unidas, a la tierra, para que, quizás, de ellas brote un serbal tan bonito como la manera en que nos amamos.

—Te quiero, Sara.

—Te quiero, Tristán.

Con tu mano derecha rozaste mi mano izquierda, dorso con dorso. Con tu índice buscaste mi índice y lo apretaste con fuerza.

—Ay, cuéntame la historia de las estrellas otra vez —rogaste.

—Te aprovechas de mí. ¡Qué suerte tienes de que sea un poco bobo!

—Y botarate, no te olvides.

Me abrazaste y me diste un beso suave en la mejilla. Clavaste tus ojos en los míos y casi se me sale el corazón del pecho.

—Y un poco borde —añadí yo.

—Un poco, dice.

Tus labios rozaron los míos con delicadeza: nuestro último beso.

Comencé a contarte la historia mientras te acurrucabas en mi pecho, aún abrazados con los índices. Te dormiste a los pocos minutos. Tu corazón seguía latiendo. Eso indicaba el monitor de constantes. Pero tú ya no estabas. Tu esencia ya flotaba buscando el serbal donde esperarme.

LA CARTA

Unas semanas después de tu marcha, me llegó un paquete a casa. La caja contenía unas llaves, un montón de papeles y una nota. Las llaves las reconocí al instante.

Hola, Tristán.

En cuanto desplegué la hoja y vi tu letra me eché a llorar.

Esta vez he sido yo quien ha decidido por ti. Le he pedido a Fran que usara todo el dinero necesario para que recuperara Green Day *para ti… para nosotros. Sé que te has casado conmigo por mi herencia, pero lo siento, ya no podrás ser el viudo rico e interesante que pretendías.*

Aparté la hoja un instante, sonriendo entre lágrimas.

Nunca te he visto tan feliz como cocinando (bueno, sin tener en cuenta los momentos en que estabas conmigo, obviamente). Y yo estaré a tu lado. Cada vez que cocines yo estaré ahí, robando un poco de salsa para probarla. Me verás en la entrada, calculando cuántos comensales hay en el comedor. Me oirás exclamando «¡joder, qué rico!» en cada expresión de satisfacción que haga cualquier cliente al probar tu sándwich.

Estaba emocionado, pero siempre conseguías hacerme reír.

Esto no es una carta de despedida, ni de consejos para el futuro, ni nada similar. Ya nos lo hemos dicho todo. Solo quiero recordarte lo has dicho alguna vez: tu sueño no es Green Day, *sino compartirlo con la gente a la que amas. Rodéate de ellos. Yo siempre estaré contigo.*

Te quiero,
Sara.
P.D. ¡¡Te quiero!!
P.D.2 ¿¿Te he dicho que te quiero?? ¡¡¡Te quiero!!!

Me limpié las lágrimas, guardé la carta y me acerqué a casa de tu padre. Estaba en el salón, viendo las noticias, donde hablaban de ti.

—Nuestra compañera, Sara Escudero, a la que, tristemente, se ha llevado el cáncer, nos ha dejado catorce obras, con títulos como El rencor del almendro *o* El llanto del sauce. *Sin embargo, su legado no ha concluido todavía. Su marido ha anunciado que, en los próximos meses, saldrá a la luz un relato autobiográfico de la escritora. Bajo el título de* Hasta que te odié, *Sara da su versión más íntima y personal sobre la relación que vivió desde joven con quien se casara horas antes de fallecer.*

Me senté y apagué la tele.
—Quiero que vengas a Peñíscola conmigo —le dije a tu padre.
—Ya he alquilado un piso en Peñíscola con Fran —anunció—. Cuando estén en España,

ese será el piso de ellos también.

Y aquí está, constantemente en el restaurante, como si fuera parte de la decoración. Viene en cada turno de comidas, en cada turno de cenas. Recoge mesas, coloca manteles; hasta ha aprendido a hacer cafés y nos echa una mano cuando hay mucho apuro. Ayuda en lo que puede. Es su manera de estar a tu lado.

Green Day está básicamente igual, excepto por algunas ramas de serbal con las que he decorado algunas paredes. Bueno, tengo que confesar que he quitado los cuadros de Silvia y los he donado. Entiendo que se pudiera sentir incómoda viéndonos juntos; incluso que eso le despertara viejos fantasmas. No obstante, eso eran chiquilladas comparado con lo que vivimos; debería haber contactado contigo, aunque fuera una vez.

No pasaron ni dos semanas desde que había abierto de nuevo el restaurante cuando aparecieron Melania y Rodri en la puerta, con las maletas en la mano. Me sonrió al entrar mientras se limpiaba las lágrimas.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté.

—Busco trabajo.

—Ya tengo encargada —respondí señalando a Yolanda.

—Sé fregar platos.

Nos fundimos en un abrazo. No tengo vidas suficientes para agradecerle a Melania todo lo que ha hecho por mí.

Fran y Ángela apenas se mueven de Peñíscola y, los domingos, después del servicio de comidas, nos reunimos alrededor de una paella con tu padre, Melania y Rodri. Algunas veces vienen incluso Azu y Marcos. Es inevitable no tenerte presente, no acordarme de ti a cada instante, no imaginarme esa sonrisa radiante que se dibujaba en tu rostro cuando me mirabas. Estoy feliz, como te prometí; todo lo feliz que puedo estar sin ti. Comparto mi vida con la gente a la que quiero. Y tú estás conmigo todo el tiempo.

Cada noche, tras cerrar el restaurante, me acerco hasta la playa a contemplar las estrellas y contarte cómo ha ido el día. Cuántas veces tu final ha sido mi refugio. Tenías razón. Como siempre. En ocasiones, lo leo con la esperanza de que es lo que aún tenemos por vivir y, en otras, imaginando que son recuerdos de lo que hemos vivido.

Por eso quise exponer tu historia al mundo. Sabes que nunca me ha gustado airear mi intimidad, pero sé que tú hubieras querido gritar a los cuatro vientos cuánto nos amamos. Y eres un ejemplo de tantas cosas que quiero que todo el mundo sepa lo generosa, fuerte, empática, noble y maravillosa que eres.

Nació el bebé de Melania y Rodri, mi ahijado, al que llamaron Tristán. Dos años después, tuviste una sobrina, mi ahijada. Adivinarás que Fran y Ángela quisieron llamarla Sara, así que hay unos pequeños Tristán y Sara tirándose arena en la playa de Peñíscola. ¡Quién sabe! Quizás el día de mañana se enamoren en un *enemies to lovers* épico.

Seis años después de que te fueras, regresé al Serbal. No había vuelto desde que volaste entre estas montañas. Cerré aquí mi historia. «Te da urticaria si no le pones fin, ¿no?», me hubieras dicho. En parte sí, pero, después de esos años, había gente que quería conocer la realidad de lo que sucedió. No sé para qué. La titulé *Mientras me olvidas*, porque, tonto de mí, pensaba que ya no me recordarías.

No obstante, creo ya no tiene sentido que haya dos historias. Tu historia no puede ser *Hasta que te odié*, porque nunca me has odiado; mi historia no será más *Mientras me olvidas*, porque

nunca has dejado de quererme. Solo existe una historia, NUESTRA historia, y quedarán unidas para siempre en *Hasta que nos amamos*, porque haberte amado (seguir amándote), encontrarte de nuevo y saber cuánto me amabas (cuánto me amas), me hace sentir pleno. Te echo de menos. Cada día. Cada minuto. No obstante, no intento dejar de pensar en ti. Tu recuerdo me reconforta. La tristeza por habernos separado nunca se irá, pero tampoco se borrará, jamás, la felicidad de habernos tenido.